

El libro recorre la vida de Martin Arrowsmith, un tipo bastante común que entra en contacto con la medicina a los catorce años como asistente del médico en su ciudad natal. Lewis narra de manera brillante el mundo de la investigación, y de las compañías farmacéuticas, así como las modestas ambiciones de muchos hombres y mujeres que tienen una gran vocación. Describe magistralmente muchos aspectos del mundo de la medicina, desde la formación hasta las consideraciones éticas, y nos muestra, con un tono satírico, las envidias, presiones y negligencias que a veces van asociadas a ese mundo.

**Sinclair Lewis**

**Doctor Arrowsmith**

Título original: Arrowsmith

© 1925 by Harcourt Brace Company, copyright renewed 1953 by Michael Lewis

© de la traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Edición en ebook: mayo de 2013

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-15564-83-6

## CAPÍTULO 1

La carreta que atravesaba bamboleándose bosques y cenagales por las tierras vírgenes de Ohio la conducía una muchacha andrajosa de catorce años. Habían enterrado a su madre cerca del Monongahela; la propia chica había amontonado los terrones arrancados sobre la tumba junto a la orilla del río de ese bello nombre. En el interior de la carreta yacía encogido su padre, víctima de la fiebre, y alrededor de él jugaban sus hermanos y hermanas, sucios diablillos, diablillos harapientos, unos diablillos muy divertidos.

La muchacha se detuvo en una bifurcación del camino cubierto de hierba, y el enfermo dijo con voz temblorosa: «Emmy, sería mejor que dices la vuelta hacia Cincinnati. Si pudiéramos encontrar a tu tío Ed, creo que nos acogería».

—Nadie tendrá que acogernos —dijo ella—. Vamos a seguir todo lo que podamos. ¡Hacia el Oeste! ¡Hay un montón de cosas nuevas que me propongo ver!

Hizo la cena, acostó a los niños y se sentó junto al fuego, sola.

Esa era la bisabuela de Martin Arrowsmith.

## II

En la consulta del Dr. Vickerson, sentado con las piernas cruzadas en el sillón de reconocimiento, había un muchacho leyendo la *Anatomía de Gray*. Se llamaba Martin Arrowsmith, de Elk Mills, en el estado de Winnemac.

En Elk Mills (entonces, en 1897, una población desangelada de edificios de ladrillo rojo que olía a manzanas) se sospechaba que aquel sillón ajustable de cuero marrón que utilizaba el doctor Vickerson para operaciones menores, para las infrecuentes extracciones dentales y para las frecuentísimas siestas, había iniciado su vida como sillón de barbero. Existía también la creencia de que su propietario había recibido en tiempos el nombre de doctor Vickerson, pero hacía años ya que era solo El Médico y era bastante más casposo y mucho menos ajustable que el sillón.

Martin era el hijo de J. J. Arrowsmith, que llevaba la tienda de ropa Nueva York. A base de puro descaró y obstinación se había convertido, a los catorce años, en el ayudante extraoficial, amén de decididamente no pagado, de El Médico, y cuando El Médico tenía

que salir a hacer una visita en el campo quedaba al cargo del consultorio él (aunque nunca se pudiese saber de lo que iba a tener que hacerse cargo). Era un muchacho delgado, no muy alto; cabello e inquietos ojos negros, pero piel de una blancura excepcional, un contraste que le otorgaba un aire de versatilidad apasionada. La cabeza cuadrada y los hombros razonablemente anchos le libraban de cualquier apariencia de afeminamiento o de esa timidez quejumbrosa que los jóvenes caballeros de tendencias artísticas llaman Sensibilidad. Cuando alzaba la cabeza para escuchar, la ceja derecha, un poquito más alta que la izquierda, se enarcaba y temblaba en su expresión característica de energía, de independencia y de una insinuación de que podría luchar; una mirada de interrogación impertinente que había quedado demostrado que enojaba a sus profesores y al director de la escuela dominical.

Martin era, como la mayoría de los habitantes de Elk Mills antes de la inmigración eslavo-italiana, un típico americano anglosajón de pura cepa, lo que significa que era una mezcla de alemán, francés, escocés, irlandés, quizás un poco de español, posiblemente un poco de las cepas englobadas como «judío» y una gran cuantía de inglés, que es por su parte una combinación de britano primitivo, celta, fenicio, romano, alemán, danés y sueco.

No es seguro que Martin estuviese, al vincularse al doctor Vickerson, edificadamente poseído del todo por el deseo de convertirse en un Gran Curador. Se ganaba el respeto de la pandilla vendando heridas de pedradas, diseccionando ardillas y explicando asuntos secretos y asombrosos que podían descubrirse en el patio trasero de la fisiología, pero no se hallaba del todo libre de la ambición de disfrutar entre sus amigos de una gloria comparable a la del hijo del ministro episcopaliano, que era capaz de fumarse un puro entero sin ponerse malo. Sin embargo, esa tarde, leía con toda atención la sección correspondiente al sistema linfático y murmuraba entre dientes las palabras largas y totalmente incomprensibles, en un tarareo que hacía que la polvorienta habitación en la que estaba resultase más letárgica aún.

Era la habitación central de las tres que ocupaba el doctor Vickerson, que daban a la calle Mayor y quedaban encima de la tienda de ropa Nueva York. A un lado de ella se encontraba la mugrienta sala de espera; al otro, el dormitorio de El Médico. Este era un viudo ya de edad que no se interesaba lo más mínimo por lo que denominaba «pulcritudes femeninas» y aquel dormitorio, con su buró tambaleante y su catre de mantas astrosas, solo lo limpiaba Martin, en arrebatos no muy frecuentes de saneamiento higiénico.

La habitación central era al mismo tiempo despacho, consultorio, quirófano, cuarto de estar, garito de póquer y almacén de armas de fuego y aparejos de pesca. En una pared encalada había una vitrina de colecciones zoológicas y curiosidades médicas, y junto a ella el objeto más terrible y fascinante de que tenía conocimiento el mundo juvenil de Elk Mills: un esqueleto con un diente de oro solitario. Al final del día, cuando no estaba El Médico, Martin adquiría prestigio entre la temblorosa pandilla introduciendo allí a sus miembros en medio de una oscuridad inenarrable y raspando una cerilla de azufre en la mandíbula del esqueleto.

En la pared había un lucio disecado por el propio Médico sobre un tablero también

de barnizado casero. Al lado de la herrumbrosa estufa, sobre un hule mugriento gastado hasta los hilos, había una caja de serrín que hacía de escupidera. Encima de una mesa senil se amontonaban recordatorios de deudas que El Médico siempre andaba jurando que iba a «cobrarles a esos malditos gorriones inmediatamente», y que ni por casualidad, jamás de los jamases, nunca, llegaría a cobrar de ninguno de ellos. Y un año o dos, una década o dos, un siglo o dos eran todos ellos iguales para el laborioso médico de aquella población en la que zumbaban las abejas.

El rincón más antihigiénico era el que ocupaba el fregadero de hierro colado, que servía más para lavar platos de desayuno manchados de huevo que para esterilizar instrumentos. En su repisa había un tubo de ensayo roto, un anzuelo roto, un frasco de pastillas olvidado sin etiqueta, un tacón de zapato erizado de puntas, una colilla aplastada y un bisturí herrumbroso clavado en una patata.

El aspecto desastrado y desordenado de la habitación era el alma y el símbolo del doctor Vickerson; resultaba más emocionante que las lisas hileras de cajas de zapatos apiladas de la tienda Nueva York: era para Martin Arrowsmith el señuelo de la indagación y la aventura.

### *III*

El muchacho levantó la cabeza, enarcó la ceja inquisitiva. Se oía ya en la escalera el paso torpe del doctor Vickerson. ¡El Médico estaba sobrio! Martin no tendría que ayudarlo a acostarse.

Era, sin embargo, una mala señal que El Médico tuviera que entrar primero en el dormitorio. El muchacho escuchó atentamente. Oyó cómo El Médico abría el armario de la parte de abajo del lavabo, donde guardaba su botella de ron de Jamaica. Tras un prolongado gorgoteo, el invisible doctor dejó la botella y cerró la puerta del armario de una patada enérgica. Aún bien. Solo un trago. Si entraba en el consultorio inmediatamente, no habría problema. Pero seguía en el dormitorio. Martin suspiró al oír que las puertas del armario del lavabo se abrían de nuevo rápidamente; oyó otro gorgoteo; luego un tercero.

El paso del doctor era mucho más vivo cuando hizo aparición en el despacho; una masa humana gris con una masa gris de bigote, una forma vasta e irreal e indefinida como una nube que adoptase de momento una apariencia de humanidad. Con la enérgica agresividad del que desea impedir que se hable de sus culpas, el doctor tronó con voz cavernosa mientras anadeaba hacia la silla del escritorio:

—¿Qué haces aquí, jovencito? ¿Qué haces aquí? Ya sabía yo que entraría el gato si

no cerraba la puerta con llave —tragó un poco de saliva; luego sonrió para indicar que estaba hablando en broma... Era cosa sabida que la gente interpretaba mal las bromas del doctor.

A continuación pasó a hablar más en serio, aunque olvidándose de vez en cuando de qué estaba hablando.

—¿Leyendo al amigo Gray? Eso está bien. La biblioteca del médico solo debe tener tres libros: la *Anatomía de Gray*, la Biblia y Shakespeare. Estudia. Tienes que convertirte en un gran médico. Establecerse en Zenith y ganar cinco mil dólares al año... ¡Tanto como un senador de los Estados Unidos! Márcate un objetivo elevado. No dejes que se te escapen las cosas de las manos. Fórmate. Ve a la escuela preparatoria antes de ir a la Facultad de Medicina. Estudia. Química. Latín. ¡Conocimiento! Yo solo puedo trabajar... sin mujer ni hijos... sin nadie... solo soy un viejo borracho. Pero tú... tú tienes que ser un gran médico. Ganar cinco mil dólares al año.

«La mujer de Murray tiene endocarditis. No puedo hacer nada por ella. Quiere que alguien le estreche la mano. La carretera es un desastre puñetero. Alcantarillas al descubierto más allá de la arboleda. Un desastre.

»Endocarditis y...

»Fórmate, eso es lo que tienes que hacer. Las cosas básicas. Conocer la química. La biología. Yo nunca lo hice. La señora del reverendo Jones cree que tiene una úlcera gástrica. Quiere ir a la ciudad a que la operen. ¡Úlcera, un cuerno! Ella y el reverendo comen demasiado.

»Por qué no reparan esa alcantarilla, a ver... Y no te dediques a empinar el codo como yo, tampoco. Y aprende la ciencia básica. Yo te explicaré.»

El muchacho, a pesar de ser un jovencito normal de pueblo, aficionado a apedrear gatos y a jugar al corre que te pillo, sentía algo parecido a la embriaguez del que busca un tesoro cuando El Médico se esforzaba en transmitirle su visión del orgullo del saber, del alcance universal de la biología, de la exactitud triunfal de la química. El Médico era un hombre viejo, gordo, sucio y nada virtuoso; su gramática era dudosa, su vocabulario alarmante y las alusiones a su rival, el bueno del doctor Needham, escandalosas; pero sus palabras evocaban a Martin la visión de poder hacer estallar sustancias químicas con mucho ruido y muy mal olor y de ver animáculos que ningún muchacho de Elk Mills había contemplado jamás.

Al doctor empezaba a trabársele la lengua; estaba hundido en su asiento, la vista borrosa y la boca laxa. Martin le rogó que se acostase, pero él siguió hablando:

—No necesito dormir. No. Escucha una cosa. Tú no lo aprecias, claro... soy un viejo ya. Te he enseñado todo lo que he aprendido yo. Te he enseñado mi colección. El único museo que hay en todo el condado. Un pionero de la ciencia.

Martin había contemplado obedientemente un centenar de veces los especímenes de la vitrina barnizada en un agrietado marrón: escarabajos y muestras de mica; el embrión de un ternero de dos cabezas, los cálculos biliares extraídos a una señora respetable cuyo nombre el doctor comunicaba entusiasmado a todo visitante. Plantado delante de la vitrina, agitando un índice enorme pero tembloroso, prosiguió con su perorata:

—Mira esa mariposa. Se llamaba Porthesia chrysorrhoea. ¡A que el doctor Needham no podría decirte eso! ¡Él no sabe cómo se llaman las mariposas! A él no le importa si tú recibes una buena formación o no. ¿Recuerdas ese nombre ya? —se volvió a Martin—. ¿Me estás prestando atención? ¿Te interesas o no? ¿EH? ¡Oh, demonios! Nadie quiere saber nada de mi museo... absolutamente nadie. Es el único que hay en el condado pero... soy un viejo fracasado.

—¡Está muy bien, de verdad! —le aseguró Martin.

—¡Mira aquí! ¡Mira aquí! ¿Ves eso? ¿Lo de la botella? Es un apéndice. El primero que se extirpó por aquí. ¡Lo hice yo! El bueno del doctor Vickerson, ¡él hizo la primera apendectomía en este rincón del bosque, puedes estar seguro! Y el primer museo. No es... muy grande... pero es un principio. No he ahorrado dinero como el doctor Needham, pero puse en marcha la primera colección... ¡yo la inicié!

Se derrumbó en una silla, gruñendo: «Tienes razón. Tengo que dormir. Estoy rendido». Pero cuando Martin le ayudó a ponerse de pie se apartó de él, se puso a revolver en el escritorio y luego miró hacia atrás dubitativamente. «Quieres que te diga una cosa... Inicia ya tu formación. Y no te olvides de este viejo. ¿Se acordará alguien de este viejo?»

Tenía en la mano su amada lupa, que había utilizado muchos años para herborizar. Observó cómo Martin le metía los lentes en el bolsillo, suspiró, se esforzó en vano por encontrar algo más que decir, y entró al fin silenciosamente en su dormitorio con paso vacilante.



## CAPÍTULO 2

El estado de Winnemac limita con los de Michigan, Ohio, Illinois e Indiana y es como ellos mitad Este, mitad Medio Oeste. Recuerda en parte a Nueva Inglaterra por sus pueblos de ladrillo y arcos, sus industrias estables y una tradición que se remonta a la Guerra de Independencia. Zenith, la ciudad más grande del estado, se fundó en 1792. Pero Winnemac es Medio Oeste por sus trigales y maizales, sus silos y pajares rojos y, pese a la inmensa antigüedad de Zenith, muchos condados no llegaron a poblarse hasta 1860.

La Universidad de Winnemac está en Mohalis, a unos veinticinco kilómetros de Zenith. Hay doce mil estudiantes; Oxford es una pequeña escuela de Teología al lado de este prodigio, y Harvard una escuela preparatoria selecta para jóvenes caballeros. La universidad tiene un campo de béisbol con techo de cristal; sus edificios miden kilómetros; contrata a cientos de jóvenes doctores en Filosofía para dar instrucción rápida en sánscrito, navegación, contabilidad, graduación de gafas, ingeniería sanitaria, poesía provenzal, sistemas arancelarios, el cultivo del colinabo, diseño de automóviles, la historia de Voronezh, el estilo de Matthew Arnold, el diagnóstico de la *miiohipertrophia quimoparalítica* y publicidad de grandes almacenes. Su director es el mejor recaudador de dinero y el mejor orador de sobremesa de los Estados Unidos; y Winnemac fue la primera universidad del mundo que impartió cursos a distancia por radio.

No es una institución para ricos pretenciosos, dedicada al disparate ocioso. Es propiedad de los habitantes del estado y lo que quieren (o lo que se les dice que quieren) es una fábrica que cree hombres y mujeres que lleven una vida moral, jueguen al *bridge*, conduzcan buenos coches, sean emprendedores en los negocios y mencionen de cuando en cuando libros, aunque no se espera que tengan tiempo para leerlos. Es una fábrica de motores Ford y, aunque sus productos traqueteen un poco, están bellamente estandarizados, con piezas perfectamente intercambiables. La Universidad de Winnemac crece de hora en hora en número de alumnos y en influencia, y se puede esperar que para 1950 haya creado una civilización mundial completamente nueva, una civilización más grande y más dinámica y más pura.

### II

En 1904, cuando Martin Arrowsmith estudiaba los cursos preparatorios para el ingreso en la Facultad de Medicina, Winnemac, aunque solo contaba con 5.000 alumnos, era ya una institución dinámica.

Martin tenía veintidos años. Aún parecía pálido, en contraste con su pelo liso y negro, pero era un corredor respetable, jugaba bastante bien al baloncesto como base y era un jugador de hockey terrible. Las alumnas murmuraban que «parecía tan romántico», pero como esto era antes de la invención del sexo y de la era de las fiestas de licenciado manoseo, se limitaban a hablar de él a distancia, y él no sabía que podría haber sido un héroe del flirteo. Era tímido, pese a su notoria obstinación. No es que ignorase del todo las caricias y los toqueteos, pero no hacía de ello una ocupación. Se juntaba con hombres que se enorgullecían virilmente de fumar en sucias pipas de panocha de maíz y llevar jerséis sucios.

La universidad se había convertido en su mundo. Para él, Elk Mills no existía. El doctor Vickerson estaba muerto y enterrado y olvidado; su padre y su madre habían fallecido también, dejándole solo dinero suficiente para que pudiera seguir sus estudios preparatorios y la carrera de medicina. Los objetivos de su vida eran la química y la física y la perspectiva de estudiar biología al año siguiente.

Su ídolo era el profesor Edward Edwards, jefe del departamento de Química, al que se conocía universalmente como «Repetición». Los conocimientos que tenía Edward de la historia de la química eran inmensos. Podía leer en árabe y enfurecía a sus colegas, los otros químicos, afirmando que los árabes se habían adelantado a todas sus investigaciones. El profesor Edwards, por su parte, no investigaba. Se sentaba delante del fuego y acariciaba a su perro pastor y se reía para sus barbas.

Esa noche Repetición estaba entregado a una de sus pequeñas y populares sesiones En Casa. Repantigado en un sillón Morris de pana, desplegabá tranquilamente su sentido del humor en beneficio de Martin y media docena de jóvenes químicos fanáticos más y acosaba al doctor Norman Brumfit, el profesor auxiliar de Inglés. La habitación estaba llena de cordialidad y cerveza y Brumfit.

Todas las facultades universitarias deben tener un Salvaje para estremecer y conmocionar las aulas atestadas. Hasta en una institución tan resueltamente virtuosa como Winnemac había un Salvaje, y era Norman Brumfit. Se le permitía, sin limitaciones, calificarse a sí mismo de inmoral, agnóstico y socialista, mientras se supiese universalmente que se mantenía puro, presbiteriano y republicano. El doctor Brumfit estaba esa noche muy en forma. Afirmaba que siempre que un hombre mostraba talento se podía demostrar que tenía sangre judía. Como todas las discusiones sobre el judaísmo en Winnemac, esta condujo a que se mencionase a Max Gottlieb, profesor de Bacteriología en la Facultad de Medicina.

El profesor Gottlieb era el misterio de la universidad. Se sabía que era un judío nacido y educado en Alemania y que sus trabajos sobre inmunología le habían dado fama en el Este y en Europa. Raras veces abandonaba su casita marrón invadida por la maleza, salvo que fuese para regresar a su laboratorio, y pocos estudiantes le habían identificado jamás fuera de sus clases, pero todo mundo había oído hablar de su alto, flaco y moreno distanciamiento. Se tejían a su alrededor miles de fábulas. Se creía que era hijo de un príncipe alemán, que poseía una fortuna inmensa, que vivía tan parcamente como los demás

profesores solo porque estaba haciendo costosos y aterradores experimentos que era muy posible que se relacionasen con los sacrificios humanos. Se decía que era capaz de crear vida en el laboratorio, que podía hablar con los monos a los que inculaba, que había sido expulsado de Alemania por adorador del diablo o por anarquista y que bebía en secreto todas las noches en la cena champán auténtico.

Aunque existía la tradición de que los miembros del cuerpo docente no hablaran de sus colegas con los estudiantes, a Max Gottlieb no se le podía considerar colega de nadie. Era tan impersonal como el frío viento del Nordeste.

—Soy bastante liberal, creo yo, en relación con las pretensiones de la ciencia —matraqueó el doctor Brumfit—, pero tratándose de un individuo como Gottlieb... en fin, estoy dispuesto a creer que sabe todo lo que hay que saber sobre las fuerzas materiales, pero me asombra que un hombre como él pueda permanecer ciego a la fuerza vital que crea todas las demás. Dice que el conocimiento carece de valor a menos que se demuestre con hileras de cifras. Bueno, cuando uno de ustedes, los tiburones científicos, pueda coger el talento de un Ben Johnson y medirlo con una vara de medir, entonces admitiré que nosotros los simples literatos, que creemos, sin duda absurdamente, en la belleza y la lealtad y el mundo de los sueños, nos hemos extraviado por un camino erróneo.

Martin Arrowsmith no estaba seguro del todo de lo que esto significaba, pero su entusiasmo hacía que le diese igual. Sintió alivio cuando de entre la barbudez y la humosidad del profesor Edwards brotó un sonido curiosamente similar a «¡Oh, demonios!» que le quitó la palabra a Brumfit. Normalmente Repetición habría sugerido, con picardía amistosa, que Gottlieb era un «ave de mal agüero» que perdía el tiempo destruyendo las teorías de otros en vez de elaborar teorías propias. Pero esa noche, por aversión a diletantes literarios como Brumfit, ensalzó el prolongado trabajo en solitario de Gottlieb para sintetizar la antitoxina, pese a los numerosos fracasos, y su diabólico placer al refutar sus propios supuestos igual que los de Ehrlich o los de sir Almroth Wright. Habló del gran libro de Gottlieb, *Inmunología*, que habían leído siete novenas partes de todos los hombres del mundo que tal vez pudiesen entenderlo... que eran en total nueve.

La fiesta terminó con las celebradas rosquillas de la señora Edwards. Martin se dirigió hacia su pensión atravesando una neblinosa noche de primavera. La discusión sobre Gottlieb le había causado una emoción irracional. Pensaba en trabajar en un laboratorio de noche, solo, absorto, despreciando el éxito en el medio académico y entre las clases populares. Aunque nunca había visto a aquel hombre, sabía que su laboratorio estaba en el edificio principal de la Facultad de Medicina. Se dirigió hacia el lejano campus. Las pocas personas con las que se encontró caminaban apresuradas con la timidez de la medianoche. Se adentró en la sombra del edificio de anatomía, torvo como un cuartel, silencioso y quieto como los muertos que yacían allí en la sala de disección. Más allá de él estaba la mole torreada del edificio principal de la facultad, una mole borrosa y adusta, en lo alto de cuya oscura fachada había una sola luz. Se sobresaltó. La luz se había apagado bruscamente, como si un observador nervioso estuviese intentando ocultarse de él.

En las escaleras de piedra del edificio principal de la facultad apareció bajo la

lámpara de arco, dos minutos después, un individuo alto, ascético, autosuficiente, distante. De enjutas mejillas oscuras, fina nariz de puente alto. No se apresuraba como los que volvían a casa con retraso. Parecía ajeno al mundo. Miró a Martin sin verlo; se alejó, murmurando entre dientes, los hombros inclinados, las largas manos unidas a la espalda. Se perdió en las sombras, una sombra él mismo.

Llevaba el abrigo raído de un profesor pobre, pero Martin le recordó como si estuviera envuelto en una capa negra de terciopelo y le brillara una arrogante estrella de plata en el pecho.

### *III*

Martin Arrowsmith se hallaba en su primer día en la Facultad de Medicina en un estado notorio de superioridad. Como estudiante de Medicina era aún más pintoresco que los demás estudiantes, porque los que estudian Medicina tienen fama de conocer secretos, horrores, maldades refocilantes. Los alumnos de las otras facultades van a sus habitaciones a mirar en sus libros. Pero además, como graduado académico, con una formación en ciencias básicas, se sentía superior a sus colegas, los demás estudiantes de Medicina, la mayoría de los cuales solo tenía un diploma de instituto, con tal vez un año en una escuela preparatoria luterana de diez habitaciones entre los maizales.

Martin estaba nervioso, pese a todo su orgullo. Pensaba en operar, en hacer una incisión equivocada y asesina; y con un temor más inmediato y macabro, pensaba en la sala de disección y en el pétreo y acerado edificio de anatomía. Había oído murmurar a estudiantes más viejos sobre sus horrores: sobre cadáveres colgando de ganchos, como hileras de frutos espectrales, en un abominable depósito de salmuera de un oscuro sótano; sobre Henry, el conserje, del que se decía que sacaba los cadáveres de la salmuera para inyectarles minio en las venas y que les regañaba cuando los cargaba en el montacargas.

Se respiraba un frescor de pradera en el día otoñal pero Martin no lo notaba. Cruzó con paso rápido el vestíbulo color pizarra del edificio principal de la Facultad de Medicina, subió las amplias escaleras hasta el despacho de Max Gottlieb. No miraba a los estudiantes con los que se cruzaba y cuando tropezaba con ellos farfullaba confusas disculpas. Era un momento milagroso. Iba a especializarse en Bacteriología; iba a descubrir nuevos gérmenes cautivadores; el profesor Gottlieb iba a reconocerle como un genio, a convertirle en ayudante suyo, a predecir para él... Se detuvo en el laboratorio privado de Gottlieb, un espacio pequeño y ordenado con hileras de tubos de ensayo tapados con algodón sobre el plano de trabajo, un lugar nada impresionante ni mágico, salvo por la bañera de temperatura constante con su complicado termómetro y sus bombillas eléctricas. Esperó a que otro estudiante, un bobo tartamudo, terminara de hablar con Gottlieb, moreno, delicado, impasible en su escritorio en un cuchitril de oficina; luego irrumpió allí él.

Aunque en la neblinosa noche de abril Gottlieb había sido romántico como un jinete con capa, resultaba ahora quisquilloso y viejo. A aquella distancia, Martin podía ver arrugas además de los ojos de halcón. Gottlieb se había vuelto a su escritorio, en el que había amontonados cuadernos mugrientos, hojas de cálculos y un gráfico maravillosamente preciso con curvas rojas y verdes que descendían hasta desvanecerse en cero. Los cálculos eran delicados, diminutos, de una claridad exquisita; y delicadas eran también las flacas manos del científico entre los papeles. Alzó la vista, habló con un leve acento alemán. Sus palabras, más que mal pronunciadas, estaban teñidas de un tono cálido y extraño.

—¿Bien? ¿Sí?

—Oh, profesor Gottlieb, me llamo Arrowsmith. Soy estudiante de primero de Medicina, licenciado en Winnemac. Me gustaría muchísimo hacer Bacteriología este otoño en vez del año que viene. He hecho muchísima química...

—No. No es cuando le toca a usted.

—Sé que podría hacerlo ahora, en serio.

—Los dioses me proporcionan dos clases de estudiantes. Unos me los echan encima como en un cesto de patatas. No me gustan las patatas y las patatas nunca parecen sentir gran afecto por mí, pero les acepto y les enseño a matar pacientes. La otra clase (¡hay muy pocos!) parecen tener, por alguna razón que no está del todo clara para mí, un pequeño deseo de convertirse en científicos, de trabajar con bichos y cometer errores. A esos, ay, a esos les cojo, les corrijo, les enseño inmediatamente la lección básica de la ciencia, que es esperar y dudar. A las patatas no les pido nada; a los idiotas como usted, que creen que podría enseñarles algo, se lo exijo todo. No. Es usted demasiado joven. Vuelva el año que viene.

—Pero de verdad, con la química que yo sé...

—¿Ha estudiado usted fisicoquímica?

—No señor, pero sí mucha química orgánica.

—¡Química orgánica! ¡Química de rompecabezas! ¡Química hedionda! ¡Química de droguería! La fisicoquímica es poder, es exactitud, es vida. Pero la química orgánica... eso es cosa de limpiaollas. No. Es usted demasiado joven. Vuelva de aquí a un año.

Gottlieb era inapelable. Sus dedos de garra indicaron a Martin la puerta y el muchacho se apresuró a salir, sin osar discutir. Se fue muy afligido con paso vacilante. En el campus se encontró con el jovial historiador de la química Repetición Edwards y le rogó: «Dígame, profesor, ¿tiene algún valor para un médico la química orgánica?».

—¿Valor? ¡Bueno, busca los medicamentos que alivian el dolor! Produce la pintura con que embelleces tu casa, tiñe los vestidos de tu amada... ¡y puede que en estos tiempos

degenerados sus labios de cereza! ¿Quién demonios ha estado despotricando contra mi química orgánica?

—Nadie. Solo me lo preguntaba —dijo Martin quejumbrosamente, y se dirigió al bar de la universidad donde, agraviado y melancólico, devoró un enorme helado adornado con rodajas de plátano y una chocolatina con almendras, mientras cavilaba:

«Quiero hacer Bacteriología. Quiero llegar hasta el fondo de este asunto de la enfermedad. Aprenderé algo de fisicoquímica. ¡Tengo que darle una lección al amigo Gottlieb, maldito sea! Descubriré algún día el germen del cáncer o algo así, y entonces quedará como un imbécil delante de mí... Oh, señor, espero no marearme la primera vez que entre en la sala de disección... Quiero hacer Bacteriología... ¡ya!»

Recordó la expresión sardónica de Gottlieb; sintió y temió aquella animosidad dinámica suya. Luego recordó las arrugas y vio a Max Gottlieb no como un genio sino como un hombre que tenía dolores de cabeza, que se cansaba mortalmente, al que se podía querer.

«Me pregunto si Repetición Edwards sabe tanto como yo creía... ¿Qué es la Verdad?», se dijo desconcertado.

#### IV

Martin estaba nervioso en su primer día de disección. No podía mirar los rostros inhumanamente rígidos de los hombres grises y desnutridos que yacían en las mesas de madera. Pero eran tan impersonales, aquellos hombres desubicados, que al cabo de dos días ya estaba, como los otros estudiantes, llamándoles «Billy», «Ike» y «El Párroco», y mirándoles igual que había mirado a los animales en biología. La propia sala de disección era impersonal: suelo duro de cemento, paredes de estuco entre ventanas de vidrio reforzado. Martin detestaba el hedor del formaldehído; eso y algún otro aroma terrible y sutil que parecía llevar pegado a él fuera de la sala de disección; pero fumaba cigarrillos para olvidarlo, y al cabo de una semana andaba ya explorando arterias con una alegría juvenil y absolutamente impía.

Su compañero de disección era el reverendo Ira Hinkley, conocido por la clase con un nombre similar pero diferente.

Ira iba a ser misionero médico. Era un hombre de veintinueve años, un graduado del Colegio Cristiano de Pottsburg y de la Escuela Misionera de la Biblia y la Santificación. Había jugado al fútbol americano; era tan fuerte y casi tan grande como un buey, y ningún buey había bramado nunca más estruendosamente que él. Era un cristiano alegre y feliz, un optimista jugueteón que alejaba el pecado y la duda con risas, un puritano jubiloso que

predicaba con una virilidad irritante la doctrina de su pequeña secta, la Hermandad de la Santificación, según la cual tener una iglesia bella era casi tan condenable como el desenfreno de las partidas de cartas.

Martin acabó viendo a «Billy», su cadáver (un viejo de pequeña talla lleno de arrugas, con una horrible barbita pelirroja en un rostro crudo y petrificado) como una máquina, fascinante, compleja, bella, pero una máquina. Quebrantaba su ya débil fe en la divinidad y en la inmortalidad del hombre. Podría haberse guardado sus dudas para sí, considerándolas pausadamente mientras diseccionaba los nervios de aquel brazo mutilado, pero Ira Hinkley no le dejaba en paz. Ira creía que podía conducir incluso a estudiantes de Medicina a la beatitud, que consistía para él en cantar himnos extraordinariamente largos y sin el menor atractivo en una capilla de la Hermandad de la Santificación.

—Mart, hijo mío —clamó—, ¿te das cuenta de que con esto, lo que alguien podría llamar una tarea sórdida, estamos aprendiendo cosas que nos permitirán curar los cuerpos y confortar las almas de innumerables personas desdichadas y extraviadas?

—¡Uf! Almas. Yo aún no he encontrado ninguna en el viejo Billy. ¿Tú crees de verdad en ese cuento?

Ira cerró el puño y frunció el ceño, luego rompió a reír, asestó a Martin una dolorosa palmada en la espalda y vociferó:

—¡Tienes que hacer mejor las cosas para conseguir que Ira se enfade, hermano! Piensas que te has hecho con un montón de esas elegantes Dudas Modernas. Pero no es así... lo único que tú tienes es una indigestión. Lo que necesitas es ejercicio y fe. Ven a la Asociación de Jóvenes Cristianos y allí podrás nadar y rezaré contigo. Ay, pobre y flaco y pequeño agnóstico, tienes ante ti una oportunidad de ver la obra del Todopoderoso y lo único que sacas en limpio es el convencimiento de que eres muy listo. Levanta el ánimo, joven Arrowsmith. ¡No sabes lo ridículo que resultas para alguien que tiene una fe serena!

Después de decir esto, le hundió un codo en las costillas, le asestó unas palmadas en la cabeza, bastante dolorosas, y reanudó amistosamente el trabajo, haciéndole saltar de furia, para júbilo de Cliff Clawson, el gracioso de la clase, que trabajaba en la mesa de al lado.

## V

Martin había sido en la escuela preparatoria un «bárbaro»: no había pertenecido a una asociación secreta designada con una letra griega. Había sido «cortejado», pero le había irritado la condescendencia engreída de la aristocracia de los estudiantes de las poblaciones de mayor tamaño. Ahora que la mayoría de sus antiguos compañeros de clase habían

partido hacia oficinas de seguros, facultades de Derecho y bancos, se sentía solo y le tentaba una invitación de Digamma Pi, la principal hermandad de los estudiantes de Medicina.

Digamma Pi era una animada pensión con una mesa de billar y precios modestos. De noche llegaban de ella ruidos ásperos y cordiales, y se cantaba muy a menudo aquello de «A mí no me enterréis cuando me muera»; sin embargo, los digams habían conseguido hacerse con la oración de despedida y la Medalla de Cirugía Experimental Hugh Loizeau tres años seguidos. Ese otoño eligieron a Ira Hinkley, porque se habían ganado cierta fama de libertinos (se hablaba de que se habían metido allí chicas de contrabando a altas horas de la noche) y ningún grupo que incluyese al reverendo señor Hinkley podía ser considerado inmoral por el decano, lo que era una ventaja si querían seguir siendo cómodamente inmorales.

Martin valoraba mucho la independencia de su habitación solitaria. En una hermandad, se tenían en común todas las raquetas de tenis, los pantalones y las opiniones. Cuando Ira descubrió que Martin estaba dudando, insistió:

—¡Oh vamos, ven con nosotros! Digamma te necesita. Tú estudias mucho, lo reconozco, y creo que tendrás una oportunidad de influir positivamente en Los Muchachos.

(Ira se refería siempre a sus compañeros de clase como Los Muchachos, y utilizaba con frecuencia el término en las oraciones en la AJC, la Asociación de Jóvenes Cristianos.)

—Yo no quiero influir en nadie. Quiero aprender la profesión de médico y ganar seis mil dólares al año.

—¡Ay amigo, si supieras lo tonto que pareces cuando intentas ser cínico! Cuando seas tan viejo como yo, comprenderás que la gloria de ser un médico es que puedes enseñar a la gente ideales elevados mientras alivias el dolor de sus cuerpos.

—¿Y si ellos no quieren mi rama particular de elevados ideales?

—Mart, ¿me vas a obligar a parar para rezar contigo?

—¡No! ¡Vale, vale! De verdad, Hinkley, de todos los cristianos que he conocido tú eres el que reúne las cualidades más terribles. Puedes liquidar a cualquiera de la clase, y me dan ganas de llorar cuando pienso en cómo vas a acoquinar a los pobres paganos cuando seas misionero y obligues a los muchachos a ponerse pantalones y a todos los amantes felices a casarse con la persona equivocada.

La perspectiva de abandonar su guarida acogedora por el padrinazgo del reverendo señor Hinkley era insoportable. No se decidió a ingresar hasta que Angus Duer aceptó la elección para Digamma Pi. Duer era uno de los pocos compañeros de clase de Martin que había ido con él a la escuela médica preparatoria de Winnemac. Había sido él el que había leído el discurso de despedida. Era un joven silencioso, de rostro afilado, pelo rizado,



bastante guapo, que no desperdiciaba nunca una hora ni un buen impulso. Su trabajo en biología y en química fue tan brillante que un cirujano de Chicago le había prometido un puesto en su clínica. Martin comparaba a Angus Duer con una navaja de afeitar en una mañana de enero; le odiaba, se sentía incómodo con él y le envidiaba. Sabía que en Biología Duer había estado demasiado ocupado aprobando exámenes para ponderar, para captar una concepción global de la biología. Sabía que Duer era un buen químico, que completaba con rapidez y limpieza los experimentos que se exigían en el curso y que nunca se aventuraba en experimentos originales que, al conducirlo a un territorio confuso de duda, podrían llevarle a la gloria o al desastre. Estaba seguro de que Duer cultivaba su actitud de fría eficiencia para impresionar a los instructores. Pero destacaba tan sombríamente entre una masa de estudiantes, que nunca eran capaces de completar sus experimentos ni de ponderar ni de hacer algo que no fuese fumar sus pipas y ver cómo se practicaba fútbol americano, que Martin le amaba al mismo tiempo que le odiaba y le siguió casi sumisamente a Digamma Pi.

Martin, Ira Hinkley, Angus Duer, Cliff Clawson, el corpulento gracioso de la clase, y un tal «Gordito» Pfaff fueron iniciados juntos en Digamma Pi. Fue un acto ruidoso y bastante doloroso, que incluyó oler asa fétida. Martin se aburrió, pero Gordito Pfaff rechinaba los dientes, resoplaba y jadeaba aterrado.

De todos los nuevos candidatos de primer curso, Gordito era el más útil para Digamma Pi. Estaba planeado por Naturaleza para ser un hazmerreír. Parecía una bolsa de agua caliente hinchada; era un idiota esplendoroso; se lo creería todo, no sabía nada, no era capaz de memorizar nada; y perdonaba ansiosamente a los individuos que se dedicaban a pasar las horas vacías riéndose de él. Le convencieron de que los emplastos de mostaza eran excelentes para los catarros y se agolparon solícitamente a su alrededor y le pegaron un emplasto enorme en la espalda y se lo quitaron después amablemente. Le escondieron la oreja de un cadáver en su bonito, limpio y nuevo pañuelo del bolsillo de la chaqueta un domingo que iba a cenar a casa de una prima suya a Zenith... y en la cena sacó el pañuelo en un gesto elegante.

Gordito tenía que retirar de su cama todas las noches, cuando iba a acostarse, una colección de objetos que sus considerados compañeros de residencia le habían metido entre las sábanas: jabón, despertadores, pescado. Era la persona perfecta para venderle cosas inútiles. Cliff Clawson, que combinaba una activa venta al por menor con sus bromas y chistes, le vendió por cuatro dólares una *Historia de la Medicina* que había comprado de segunda mano por dos, y aunque Gordito nunca la leyó, es de suponer que nunca fue capaz de hacerlo, la posesión de aquel libro rojo grueso le hacía sentirse ilustrado. Pero la mayor aportación de Gordito a Digamma fue su creencia en el espiritismo. Andaba aterrizado con los fantasmas. Los veía salir continuamente de noche por las ventanas de la sala de disección. Sus compañeros de clase procuraban que viese gran cantidad de ellos recorriendo los pasillos de la hermandad.

Digamma Pi estaba emplazada en una residencia construida en el período de expansión de 1885. El salón sugería un ciclón reciente. Había mesas con cortes de cuchillo, sillones Morris desvencijados y alfombras rotas esparcidas por él, además de libros sin lomo, zapatillas de *hockey* y colillas. Encima del salón estaban los dormitorios, dormían cuatro en cada uno, en literas dobles de hierro, como las de los camarotes de clase económica de los barcos.

Los digams utilizaban como ceniceros cráneos humanos, y en las paredes del dormitorio había mapas anatómicos, para poder estudiarlos mientras se vestían y se desvestían. En la habitación de Martin había un esqueleto entero. Él y sus compañeros de habitación se lo habían comprado confiadamente a un viajante que llegó allí como representante de una empresa de suministros quirúrgicos de Zenith. Era un vendedor tan simpático, tan cordial; les dio puros, les contó historias de cuando él estudiaba en la universidad y les explicó qué prósperos médicos iban a ser todos. Le compraron el esqueleto agradecidos, a plazos... Luego el viajante pasó a resultarles menos simpático.

Martin compartía habitación con Cliff Clawson, Gordito Pfaff y un estudiante de segundo curso serio y concienzudo llamado Irving Watters.

Cualquier psicólogo que deseara disponer de un hombre perfectamente normal para utilizarlo en las prácticas no podría haber hecho nada mejor que contratar a Irving Watters. Era siempre cuidadosamente insulso; de una insulsez risueña, cómoda y absolutamente de fiar. Si había algún tópico que él no utilizase, era porque aún no había llegado a sus oídos. Creía en la moralidad... salvo los sábados por la noche; creía en la Iglesia episcopaliana... pero no en la High Church;<sup>[1]</sup> creía en la Constitución, en el darwinismo, en el ejercicio sistemático en el gimnasio y en que el talento del rector de la universidad bordeaba la genialidad.

El que mejor le caía a Martin de todos ellos era Cliff Clawson. Cliff era el payaso de la residencia. Dado a la risa estrepitosa, zapateaba y cantaba canciones insensatas, llegando incluso a practicar con la corneta, pero era a pesar de todo un buen compañero, del que se podía uno fiar, y Martin, que detestaba a Ira Hinkley, temía a Angus Duer, le daba lástima Gordito Pfaff y le fastidiaba la cordialidad insulsa de Irving Watters, se volcaba en el ruidoso Cliff como en algo vivo y activo. Tenía por lo menos realidad; la realidad de un campo arado, de un montón de estiércol humeante. Era Cliff quien boxeaba con él; Cliff el que (aunque le encantara pasarse las horas sentado fumando, gruñendo y haraganeando majestuosamente) podía dejarse convencer para salir a dar un paseo de siete u ocho kilómetros.

Y era Cliff quien se jugaba la vida lanzándole judías cocidas al reverendo Ira Hinkley en la mesa durante la cena, cuando se ponía corpulenta y dulcemente correctivo.

En la sala de disección, Ira era bastante enloquecedor con sus burlas de las ideas de Martin que no habrían sido aceptadas en el Colegio Cristiano de Pittsburg, pero en la

residencia de la hermandad era una plaga moral. No paraba de intentar poner coto a la impiedad verbal de los demás. Después de tres años en un equipo de fútbol del remoto interior, aún creía con un optimismo infatigable que podría esterilizar a jóvenes administrando reproches, con carcajadas de profesora de escuela dominical y la delicadeza de un elefante enfurecido. Ira siempre tenía estadísticas sobre la Vida Sana.

Estaba lleno de estadísticas. No le importaba de dónde procediesen; ya fuese de los diarios, del informe del censo o de la columna de asuntos varios del *Heraldo de la Santificación* tenían todas la misma validez. «Cliff», proclamaba de pronto en la mesa de la cena, «me asombra que un tipo tan inteligente como tú pueda seguir chupando esa vieja pipa asquerosa. ¿Tú sabes que el 67,9 por ciento de todas las mujeres que acaban en la mesa de operaciones tienen maridos que fuman tabaco?»

—¿Qué demonios iban a fumar si no? —preguntó Cliff.

—¿De dónde ha sacado esas cifras? —dijo Martin.

—Son de una convención médica de Filadelfia de 1902 —respondió condescendiente Ira—. Por supuesto supongo que a una pandilla de tontainas listillos como vosotros os da igual que algún día os caséis con una mujercita guapa y alegre y le arruinéis la vida con vuestros vicios. Muy bien, seguid así... ¡Menuda pandilla de hombres estupendos, valientes y viriles! ¡Un pobre predicador debilucho como yo no se atrevería a hacer nada tan valiente como fumar una pipa!

Les dejó triunfalmente, y Martin gruñó: «Ira hace que me den ganas de dejar la Medicina y conformarme con ser un honrado guarnicionero».

—Oh, vamos, Mart —se quejó Gordito Pfaff—, no deberías echar a Ira diciendo esas cosas. Él es muy sincero.

—¿Sincero? ¡Y eso qué! ¡También lo es una cucaracha!

Mientras ellos parloteaban así, Angus Duer les observaba en silencio con unos aires de superioridad que a Martin le sacaban de quicio. En el estudio de la profesión que había anhelado toda su vida encontraba irritación y vacuidad además de sabiduría serena; no veía un camino claro hacia la Verdad sino un millar de senderos que se dirigían hacia un millar de verdades lejanas y dudosas.

### CAPÍTULO 3

John A. Robertshaw, John Aldington Robertshaw, profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina, era, además de bastante sordo, el único profesor de la Universidad de Winnemac que aún llevaba patillas de boca de hacha. Era bostoniano, de Back Bay, y como se enorgullecía de ello procuraba que se supiese. Junto con otros tres miembros de la clase alta de Boston formaba en Mohalis una colonia bostoniana partidaria de la dulzura decidida y de la alegría decorosamente matizada. Comentaba en toda ocasión: «Cuando estudiaba con Ludwig en Alemania...». Estaba demasiado absorto en su propia corrección para poder prestar atención a estudiantes individuales, y Cliff Clawson y los otros jóvenes técnicamente conocidos como «alborotadores» esperaban con ansia sus lecciones de Fisiología.

Se impartían en un anfiteatro cuyos asientos se curvaban tanto a los lados que el profesor no podía ver al mismo tiempo los dos extremos y, mientras el doctor Robertshaw, que peroraba sobre la circulación de la sangre, miraba hacia el lado derecho para descubrir quién estaba haciendo aquel ruido ofensivo que era como la bocina de un automóvil, en el lejano extremo de la izquierda Cliff Clawson se levantaba y le imitaba, serrando con una mano y dándose palmaditas en unas patillas imaginarias con la otra. En una ocasión, Cliff ejecutó la obra maestra de lanzar un ladrillo y encestarlo en el lavabo que había junto al estrado, en el momento preciso en que el doctor Robertshaw se esforzaba por alcanzar su clímax anual explicando cómo podía influir la música de instrumentos metálicos en la intensidad del reflejo rotular.

Martin había estado leyendo artículos científicos de Max Gottlieb (todo lo que podía leer en ellos, entre la ciénaga de símbolos matemáticos) y, basándose en esas lecturas, estaba convencido de que los experimentos tenían que ser algo que abordase los fundamentos de la vida y la muerte, la naturaleza de la infección bacteriana, la química de las reacciones corporales. Cuando Robertshaw gorjeaba sobre sus remilgados experimentillos, unos experimentos estándar, gazmoños, Martin se sentía incómodo. En la escuela preparatoria había pensado que la prosodia y la composición latinas eran inútiles, y esperaba con ansiedad el estudio de la medicina como una iluminación. Ahora, melancólicamente preocupado por su propia irracionalidad, se encontraba con que empezaba a sentir el mismo desprecio por las generalidades de Robertshaw... y por la mayor parte del trabajo de anatomía.

El profesor de Anatomía, el doctor Oliver O. Stout, era una anatomía en sí, un gráfico de disección, un nudo ligeramente cubierto de nervios, vasos sanguíneos y huesos. Sus conocimientos eran vastos y precisos; podía repetir con su voz seca más datos sobre el dedo meñique del pie izquierdo de los que podría uno haberse imaginado que alguien se hubiese molestado en aprender sobre el dedo meñique del pie izquierdo.

No había discusión más violenta en la mesa de la Digamma Pi durante las cenas que el debate inacabable sobre la importancia de recordar términos anatómicos para un médico, un médico decente y normal que se ganase bien la vida y no se preocupase de leer artículos de asociaciones médicas. Pero, independientemente de lo que pensasen, todos se esforzaban por aprender las listas de nombres que permitían a un individuo aprobar los exámenes y convertirse en Persona Ilustrada, con un valor de mercado de cinco dólares la hora. Sabios desconocidos habían inventado rimas que les permitían memorizar. En la cena (los treinta digams piratas sentados en una mesa larga y llena de manchas, devorando sopa de almejas y alubias y albóndigas de bacalao y tarta de plátano) los estudiantes de primero repetían afanosos lo que iba diciendo un estudiante de último curso:

«Ocho orzuelos obstinados tenía Tomás...»

Así, por asociación con las letras iniciales, conseguían retener los doce nervios craneales: olfatorio, óptico, oculomotor, troclear, trigémino y el resto. Para los digams era el poema más noble del mundo, y lo recordarían muchos años después de que se hubiesen convertido en médicos practicantes y hubiesen olvidado del todo los nombres de los propios nervios.

## II

En las clases de Anatomía del doctor Stout no había alboroto, pero en su sala de disección había muchas bromas y chanzas. La más suave fue la inserción de un petardo en el cadáver en el que trabajaban dos desdichadas y virginales estudiantes. Pero lo que provocó verdadera emoción durante el primer curso fue el incidente de Cliff Clawson y el páncreas.

Cliff había sido elegido presidente de la clase aquel año a causa de sus numerosos y cordiales saludos. Nunca se encontraba con un compañero de clase en el vestíbulo del edificio principal de la Facultad de Medicina sin que gritase: «¿Qué tal te funciona el apéndice vermiforme esta mañana?» o «Te dirijo una excelsa salutación, amiga pediculosis». Presidía con un decoro atronador las asambleas de clase (asambleas furiosas para oponerse a la propuesta de dejar a todos los «agros», es decir, los que estudiaban agronomía, utilizar las pistas de tenis del lado Norte), pero en la vida privada era menos decoroso.

El terrible suceso tuvo lugar cuando se estaba enseñando el campus al Consejo de Rectores. Los rectores eran las autoridades supremas de la universidad; eran banqueros, fabricantes y pastores de grandes iglesias; hasta el rector de la universidad era humilde con ellos. No había nada que les causase estremecimientos más interesantes que la sala de disección de la Facultad de Medicina. Los predicadores hablaban virtuosamente de los efectos del alcohol sobre los pobres, y los banqueros del desdén hacia las cuentas de ahorro

que solía mostrar la clase de hombres que se empeñaban en convertirse en cadáveres de aquel género. En plena gira, dirigida por el doctor Stout y el secretario de la universidad, que llevaba un paraguas, el más grueso y más pedagógico de todos los banqueros se paró cerca de la mesa de disección de Cliff Clawson, con su sombrero hongo reverentemente sostenido a la espalda, y en ese sombrero gris Cliff dejó caer un páncreas.

Un páncreas es una cosa húmeda y repugnante cuando uno se lo encuentra en un sombrero nuevo, y cuando el banquero se encontró aquel en el suyo, tiró el sombrero y dijo que los estudiantes de Winnemac iban a saber lo que era bueno. El doctor Stout y el secretario le confortaron; limpiaron el sombrero y aseguraron que el castigo que recibiría el individuo que había sido capaz de meter un páncreas en el sombrero de un banquero sería terrible.

El doctor Stout convocó a Cliff, como presidente de primer curso. Cliff estaba muy dolido. Reunió a la clase, lamentó que hubiese podido haber un individuo en Winnemac capaz de meter un páncreas en el sombrero de un banquero y exigió que el culpable fuese lo bastante hombre para ponerse de pie y confesar.

Por desgracia el reverendo Ira Hinkley, que se sentaba entre Martin y Angus Duer, había visto a Cliff poner el páncreas en el sombrero.

—¡Esto es indignante! Voy a denunciar a Clawson, aunque seamos de la misma hermandad.

—No lo hagas —protestó Martin—. ¿No querrás que le expulsen?

—¡Deberían hacerlo!

Angus Duer se volvió en su asiento, miró a Ira y sugirió: «¿Tendrías la bondad de callarte?» y, como Ira se calló, Angus pasó a ser para Martin más admirable y más odioso que nunca.

### *III*

Martin, cuando estaba deprimido porque se preguntaba por qué estaba allí escuchando al profesor Robertshaw, repitiendo versos sobre orzuelos obstinados, aprendiendo el oficio de la medicina como Gordito Pfaff o Irving Watters, se consolaba entregándose a lo que él consideraba el libertinaje. Se trataba en realidad de un libertinaje extremadamente modesto; rara vez iba más allá de demasiada cerveza en la contigua ciudad de Zenith, o de las sonrisas de una chica de la clase obrera paseando por las sórdidas avenidas secundarias, pero a Martin, que se enorgullecía con el esfuerzo firme, que cifraba su gozo en un cerebro claro, estos excesos le parecían después algo trágico.

Su compañero más seguro era Cliff Clawson. Cliff, por mucha mala cerveza que bebiera, jamás se hallaba mucho más embriagado de lo que parecía en su estado normal. A Martin le levantaba el ánimo o se lo hundía la alegría de Cliff, mientras que a Cliff se lo levantaba o se lo hundía el talante especulativo de Martin. Un día que estaban en un reservado, en una mesa en la que brillaban círculos de vasos de cerveza, Cliff blandió el dedo índice y proclamó:

—Tú eres el único que me entiende, Mart. Mira, a pesar de todas las peleas y las discusiones sobre lo de ganar dinero que les suelto a esos que van de altruistas como Ira Hinkley, me da tanto asco el comercialismo como a ti.

—Claro. Ya lo sé —ratificó Martin con alcoholica cordialidad—. Tú eres como yo. Dios mío, te das cuenta... ¡Tipos que aceptan lo que sea como Irving Watters o arribistas sin corazón como Angus Duer, y luego el bueno de Gottlieb! ¡El ideal de la investigación! ¡No contentarse nunca con lo que parece verdad! ¡Solitario, sin hacer caso a nada, firme como un capitán en el puente, trabajando toda la noche, yendo al fondo de las cosas!

—Ese es el asunto. Esa es también mi idea. Vamos a tomar otra cerveza. ¡Choca esa mano! —ratificó Cliff Clawson.

Zenith, con sus bares, quedaba a unos veinticinco kilómetros de Mohalis y de la Universidad de Winnemac; media hora con los inmensos y estruendosos tranvías de acero interurbanos. Era allí adonde iban los estudiantes de Medicina en sus correrías. Decir que uno había «ido a la ciudad anoche» era motivo de guiños y miradas pícaras. Pero Martin descubrió un nuevo Zenith con Angus Duer.

—Ven conmigo a la ciudad a escuchar un concierto —le dijo Duer de pronto en la cena.

Pese a su supuesta superioridad al resto de la clase, Martin era de una ignorancia sin límites en cuanto a literatura, pintura y música. Le asombró que el pálido y ambicioso Angus Duer perdiese el tiempo escuchando violines. Descubrió, además, que le entusiasmaban en especial dos compositores llamados Bach y Beethoven, presumiblemente alemanes, y que él, por su parte, aún no entendía bien del todo cómo funcionaba el mundo. Duer atenuó su seriedad en el tranvía y exclamó: «¡Muchacho, si no hubiese nacido para trinchar vísceras, habría sido un gran músico! ¡Esta noche voy a llevarte directo al Cielo!».

Martin se encontró en una confusión de sillitas y enormes arcos dorados, de damas educadas pero reprobatorias con programas en el regazo, músicos antirománticos haciendo ruidos desagradables abajo y, finalmente, una belleza incomprensible, que dibujaba para él colinas y bosques profundos, y luego de pronto pasaba a ser de una minuciosidad dolorosa. Se sentía entusiasmado: «Voy a conseguirlo todo... la fama de Max Gottlieb... quiero decir su capacidad... y la música encantadora y las mujeres encantadoras... ¡Jolín! Voy a hacer grandes cosas. Y ver el mundo... ¿Es que no va a acabar nunca esta pieza?».

Fue una semana después del concierto cuando redescubrió a Madeline Fox.

Madeline era una chica guapa, ruborosa, diligente y testaruda a la que Martin había conocido en la escuela preparatoria. Seguía allí, aparentemente para hacer un curso de posgrado en Inglés; en realidad, para no tener que volver a casa. Se consideraba una jugadora de tenis soberbia; jugaba con energía y con raquetazos irregulares y una gran falta de dirección. Creía ser muy entendida en literatura; los afortunados a los que ella otorgaba su aprobación eran Hardy, Meredith, Howells y Thackeray, pese a que llevaba cinco años sin leerlos. Había reprendido muchas veces a Martin por desdeñar a Howells, por vestir camisas de franela y por no ofrecerle la mano cuando bajaba del tranvía a la manera de un héroe de novela. En la escuela preparatoria, habían ido juntos a bailes, aunque Martin era más dinámico que preciso como bailarín, y sus parejas tenían a veces dificultad para decidir qué era exactamente lo que intentaba bailar. A él le gustaba el encanto espigado de Madeline y su vigor; tenía la sensación de que con su pujante cultura ella era de algún modo «buena para él». Durante el curso, apenas la había visto. Solía pensar en ella al final del día, y aunque siempre se prometía telefonarla nunca lo hacía. Pero cuando empezó a dudar de la medicina ansiaba su comprensión, y una tarde de domingo de primavera la llevó a dar un paseo por las orillas del río Chaloosa.

Desde los riscos de la orilla del río se extiende la llanura en onduladas colinas exuberantes. En los grandes campos de cebada, los pastos agrestes, los robles achaparrados y los brillantes abedules, está presente la abundancia de la frontera, y como jóvenes llaneros paseaban por los riscos contándose uno a otro cómo iban a conquistar el mundo.

—Esos puñeteros estudiantes de Medicina... —se quejaba él.

—Oh, Martin, ¿tú crees que «puñetero» es una palabra bonita? —dijo Madeline.

A él, en realidad, le parecía que era una palabra muy bonita, y que siempre era útil para un trabajador atareado, pero la sonrisa de ella era tan deseable.

—Verás... esos malditos estudiantes no están intentando aprender ciencia; solo están aprendiendo una profesión. Lo único que quieren es conseguir unos conocimientos que les permitan ganar dinero. No hablan de salvar vidas sino de «perder casos»... ¡de perder dólares! ¡Y hasta no les importaría perder casos si se tratase de una operación sensacional que les proporcionase publicidad! ¡Me ponen malo! ¿Cuántos crees tú que se interesan por el trabajo que está haciendo Ehrlich en Alemania?... ¡Sí, o en lo que ese Max Gottlieb está haciendo justo aquí precisamente ahora! Gottlieb acaba de descubrir un fallo horroroso en la teoría de la opsonina de Wright.

—¿De veras...?



—¡Y tanto! ¡Claro que sí! ¿Y tú crees que alguno de esos estudiantes se ha interesado por eso? ¡Ninguno! Dicen todos: «Oh, sí claro, la ciencia está muy bien a su manera; ayuda al médico a tratar a sus pacientes», y luego empiezan a discutir sobre si se puede ganar más ejerciendo en una ciudad grande o en una ciudad pequeña, y si es mejor para un médico joven hacer el papel de buen tipo campechano y salir de caza con la gente o si es mejor ir a la iglesia y parecer devoto. Tendrías que oír a Irve Watters. Solo tiene una idea: ¿el que sale adelante en medicina es el que sabe patología? Oh, no; ¡para triunfar en la profesión hay que abrir un consultorio en un rincón del Noreste, cerca de un enlace de tranvías, con un número de teléfono que les resulte fácil de recordar a los pacientes! ¡Hablo en serio! ¡Es lo que dice él! Te juro que cuando me gradúe creo que seré médico de un barco. Así ves mundo, y no tienes que andar corriendo de aquí para allá en el barco para quitarle los pacientes a algún médico rival que abra un consultorio en otra cubierta.

—Sí, tienes razón; es terrible que la gente no tenga ideales en su trabajo. Son muchos los que estudian un curso de posgrado de inglés que lo único que quieren es ganar dinero enseñando, en vez de disfrutar el conocimiento como yo.

A Martin le pareció sorprendente que Madeline se considerase una persona superior igual que él, pero le sorprendió aún más que añadiese:

—Al mismo tiempo, Martin, hay que ser práctico, ¿no te parece? Piensa cuánto más dinero... No, quiero decir, cuánta más posición social y más poder para hacer el bien tiene un médico de éxito que uno de esos científicos que se limitan a perder el tiempo y que no saben lo que pasa en el mundo. Piensa en un cirujano como el doctor Loizeau, yendo al hospital en un automóvil precioso con un chófer uniformado, y todos sus pacientes sencillamente le adoran, y luego piensa en tu Max Gottlieb... Me lo señalaron el otro día y llevaba un traje viejo horroroso, y desde luego me pareció que le habría ido bien un corte de pelo.

Martin lanzó sobre ella furia, estadísticas, vituperios, celo religioso y confusas metáforas. Se sentaron en una valla de raíles anticuada y torcida, donde zumbaban sobre las resplandecientes matas de llantén empapadas de sol los primeros insectos de la primavera. Ante aquella tormenta de fanatismo ella perdió su liviana cultura y chilló: «Sí, ya lo veo, ya lo veo», sin explicar qué era lo que veía. «Oh, eres tan inteligente... y tan íntegro.»

—¿De veras? ¿Crees que lo soy?

—Oh, claro que lo creo, y estoy segura de que tendrás un futuro maravilloso. Y me alegra mucho que no pienses en el dinero como los demás. ¡No importa lo que digan ellos!

Y Martin se dio cuenta de que Madeline no solo era un espíritu comprensivo y excepcional, sino también una mujer muy deseable: el color saludable, los ojos tiernos, la adorable loma del hombro hasta el costado. Cuando regresaban caminando, se percató de que ella era la pareja perfecta para él. Educada por él entendería la diferencia entre vagos «ideales» y la certeza firme de la ciencia. Se detuvieron en el risco, contemplando el cenagoso Chaloosa que corría abajo, un río del Oeste en primavera lleno de ramas flotantes.

Ansiaba poseerla; lamentaba las aventuras casuales de estudiante y decidió ser un joven puro y trabajar de firme, para ser, de verdad, «digno de ella».

—Oh, Madeline —dijo quejumbroso—, ¡eres tan adorable!

Ella le miró, tímidamente.

Le cogió la mano; en un arranque desesperado intento besarla. Lo hizo muy mal. Solo consiguió besarla en la punta de la barbilla, mientras ella se debatía y suplicaba: «¡Oh, no!». No reconocieron, mientras volvían caminando a Mohalis, que hubiese ocurrido aquel incidente, pero había una suavidad especial en sus voces y ya, sin impaciencia, ella le escuchó criticar al profesor Robertshaw, diciendo que era como un fonógrafo, y él escuchó los comentarios de ella sobre la superficialidad y la vulgaridad del doctor Norman Brumfit, aquel vivaz profesor auxiliar de Inglés. Cuando llegaron a la pensión ella le dijo:

—Ojalá pudiera pedirte que entraras, pero es ya casi la hora de cenar... ¿Me llamarás por teléfono algún día?

—¡Puedes apostar que sí! —dijo Martin, ajustándose a las normas del discurso amoroso en la Universidad de Winnemac.

Corrió a casa arrobado. Acostado en su estrecha litera de arriba, a medianoche, veía sus ojos, ya impertinentes, ya reprobatorios, ya cálidos y llenos de confianza en él. «¡La amo! ¡La amo! La telefonaré... No sé si estaría bien llamarla mañana mismo muy temprano, ¿a las ocho?»

Pero a las ocho estaba demasiado ocupado estudiando el aparato lagrimal para pensar en los ojos de las damas. Solo vio a Madeline una vez, y en la publicidad del porche de su pensión, lleno de compañeras suyas, cojines rojos y malvaviscos, antes de verse precipitado en el frenético período de estudio previo a los exámenes de final de curso.

## V

En época de exámenes la hermandad Digamma Pi mostraba su valor para los que buscaban ávidamente sabiduría. Generaciones de digams habían reunido los exámenes y los habían conservado en el sacrosanto Libro de Exámenes; genios del detalle habían trabajado en aquel volumen y habían marcado con lápiz rojo los problemas que más a menudo salían en los exámenes a lo largo de los años. Los estudiantes de primero se agolpaban en el salón formando un anillo alrededor de Ira Hinkley, que les leía las preguntas que era más probable que salieran. Se retorcían, se tiraban del pelo, se rascaban la barbilla, se mordían las uñas y se daban palmadas en las sienes intentando dar con la respuesta correcta antes de que Angus Duer se la leyera en el libro de texto.

En medio de sus propios sufrimientos tenían que trabajar además con Gordito Pfaff.

Gordito había suspendido el examen de Anatomía de mitad de curso y tenía que pasar por una prueba especial para poder presentarse a los exámenes finales. Se sentía un cierto cariño por él en Digamma Pi; Gordito era blandéngue, Gordito era supersticioso, Gordito era un imbécil, pero sentían por él el mismo afecto exasperado que podrían haber sentido por un automóvil de segunda mano o por un perro manchado de barro. Trabajaban todos con él; intentaban levantarle el ánimo y conseguir que pasase el examen como quien pasa por una trampilla. Jadeaban y gruñían y se quejaban en sus esfuerzos, y Gordito jadeaba y gemía con ellos.

La noche previa a esa prueba especial que tenía que pasar le mantuvieron despierto hasta las dos, con paños húmedos, café, rezos y lenguaje profano. Le repetían listas y listas y más listas; blandían los puños ante su cara redonda, roja y afligida, y aullaban: «Maldita sea, tienes que *recordar* que la válvula bicúspide es lo *mismo* que la válvula mitral y *no* otra cosa». Corrían de un lado a otro por el salón, alzando las manos y gritando: «¿Es que nunca va a ser capaz de recordar nada?». Y se lanzaban de nuevo a ronronear con una calma ficticia: «Bueno, no hay que preocuparse, Gordito. Tómalo con calma. Tú solo escucha esto, tranquilamente, eh, e intenta», en tono persuasivo, «e intenta recordar ¡*una* cosa, por lo menos!».

Le llevaron con cuidado a la cama. Estaba tan lleno de datos que al más leve empujón se habrían derramado.

Cuando despertó a las siete, con ojos inyectados en sangre y labios temblorosos, había olvidado todo lo que había aprendido.

—No hay nada que hacer —dijo el presidente de Digamma Pi—. Tendrá que llevar una chuleta y correr el riesgo de que le cacen con ella. Eso es lo que yo creo. Le hice una ayer. Es una maravilla. Abarca suficientes preguntas, así que con ella aprobará.

Hasta el reverendo Ira Hinkley, que había sido testigo de los horrores de la medianoche anterior, se hizo el sordo ignorando el delito. Fue el propio Gordito el que protestó: «Es que a mí no me gusta hacer trampas. No creo que a un tipo que no sea capaz de aprobar un examen se le deba permitir ejercer la medicina. Eso fue lo que me dijo mi papá».

Vertieron más café en su interior y (por consejo de Cliff Clawson, que no estaba muy seguro del efecto que podría tener pero que estaba deseoso de saberlo) le administraron una pastilla de bromuro potásico. El presidente de Digamma asió con cierta firmeza a Gordito y gruñó: «Voy a meterte esta chuleta en el bolsillo... Mira, aquí, en el bolsillo del pecho, detrás del pañuelo».

—No la utilizaré. Aunque suspenda —gimoteó Gordito.

—Está bien, pero tú llévala ahí. A lo mejor puedes absorber un poco de información

de ella a través de los pulmones, porque bien sabe Dios... —el presidente se tiró del pelo, elevó el tono, y en su voz estaba presente toda la tragedia de las guardias nocturnas y las píldoras negras y las derrotas sin esperanza—... ¡Bien sabe Dios que por la cabeza no puedes absorberla!

Le sacudieron el polvo, le pusieron de pie y le sacaron a empujones de allí, rumbo al edificio de anatomía. Observaron cómo se dirigía hacia él: un globo con piernas, una salchicha con pantalones de pana.

—¿Es posible que sea sincero y no vaya a copiar? —preguntó maravillado Cliff Clawson.

—Bueno, si lo es, será mejor que subamos y empecemos a hacerle la maleta. Y esta vieja hermandad nunca habrá tenido un tonto del calibre de Gordito —se lamentó el presidente.

Luego vieron que Gordito se paraba, se sacaba el pañuelo, se sonaba melancólicamente... y descubría un trozo de papel largo y estrecho. Vieron que lo miraba ceñudo, lo abría, empezaba a leerlo, volvía a guardarlo en el bolsillo y seguía su camino con paso más resuelto.

Bailaron todos cogidos de la mano por el salón de la hermandad, asegurándose unos a otros devotamente: «La utilizará... seguro... ¡si no le cazan aprueba!».

Aprobó.

## VI

Digamma Pi estaba más irritada por las inquietas dudas de Martin que por la estupidez de Gordito, la voz ronca de Cliff Clawson, la aspereza de Angus Duer o el acoso del reverendo Ira Hinkley.

En el tenso período de preparación de exámenes Martin se sentía especialmente irritado con lo de «valerse de los términos médicos de más calidad como los esterilizadores de más calidad... no para usarlos sino para impresionar a tus pacientes». Los digams le dijeron, todos a una: «Mira, si no te gusta la manera que tenemos de estudiar Medicina, haremos con mucho gusto una colecta y te pagamos el viaje de vuelta a Elk Mills, donde ya no te molestará más gente inculta como nosotros, que solo pensamos en el dinero. ¡Escucha! Nosotros no te decimos cómo tienes que trabajar. ¿De dónde has sacado que tú tienes que decírnoslo a nosotros? ¡Bah, cállate de una vez!».

Angus Duer comentó con agria dulzura: «Aceptaremos que nosotros somos simples

carpinteros, y que tú eres un gran investigador. Pero hay varias cosas que podrías considerar cuando termines con la ciencia. ¿Qué sabes tú de arquitectura? ¿Cómo andas de verbos franceses? ¿Cuántas grandes novelas has leído en tu vida? ¿Quién es el primer ministro de Austria-Hungría?».

—No pretendo saber nada —se defendió Martin—, lo único que sé es lo que significa un hombre como Max Gottlieb. Ha conseguido el método correcto, todos esos otros profesionales de pacotilla son simples curanderos. Tú crees que Gottlieb no es religioso, Hinkley. Escucha, el simple hecho de que él esté en un laboratorio es una oración. ¿No os dais cuenta, idiotas, de lo que significa tener un hombre como ese aquí, elaborando nuevas ideas sobre la vida? No os dais cuenta...

—¡Rezando en el laboratorio! —reflexionó Cliff Clawson, con un bostezo monumental—. ¡Apuesto a que papá Gottlieb me da una buena tunda si me pesca rezando en las horas de experimentos cuando haga Bacteriología!

—¡Escuchad, maldita sea! —clamó Martin—. Lo que yo digo es que vosotros, amigos, sois de los que pensáis que la medicina no es más que hacer diagnósticos, y ahí tenéis un hombre que...

Y seguían discutiendo así durante horas, después de su laborioso barajar de datos.

Cuando los demás se fueron a la cama, cuando la habitación era un estercolero de ropa tirada y jóvenes cansados roncando en literas metálicas, Martin siguió sentado en la larga mesa de estudio de pino desvencijada, muy preocupado. Angus Duer se sentó a la mesa también, y le dijo:

—Mira una cosa, muchacho. Estamos hartos todos de tus críticas. Si la medicina y la forma que tenemos de estudiarla te parecen una porquería, si eres tan puñeteramente honrado, ¿por qué no te largas?

Esto dejó a Martin sumido en un calvario: «Tiene razón. Tengo que callarme o largarme. ¿Qué es lo que quiero hacer en realidad? ¿Qué *quiero* yo? ¿Qué *voy* a hacer yo?».

## VII

La aplicación de Angus Duer al estudio y su respeto reverente a los buenos modales se sentían ofendidos por igual por las canciones indecentes de Cliff, la conversación vociferante de Cliff, la afición de Cliff a echar cosas en la sopa de la gente y la melancólica incapacidad de Cliff para tener las manos limpias. Pese a toda su apariencia de tranquilidad serena, durante la tensión del período de exámenes, Duer estaba tan nervioso como Martin; y, una noche en la cena, cuando Cliff estaba gritando, le soltó: «¿Tendrías la bondad de no

armar tanta bulla?».

—¡Armaré toda la bulla que me dé la gana! —afirmó Cliff y se inició un enfrentamiento.

A partir de entonces Cliff era tan ruidoso que casi hasta él se cansaba de su propio ruido. Era ruidoso en el salón, era ruidoso en el baño y hasta se mantenía despierto con cierto sacrificio para fingir que roncaba. Aunque Duer era tranquilo y estaba siempre inmerso en los libros, no tenía nada de tímido; se enfrentaba a Cliff mirándole con ojos de magistrado y le acobardaba. Cliff se quejaba en privado a Martin: «Maldito imbécil. Actúa como si yo fuese un gusano. Tenemos que salir de la hermandad uno de los dos, él o yo, eso está claro... ¡Y no seré yo!».

Hablaba de ello con ferocidad y muy ruidosamente, pero al final fue él el que abandonó la hermandad. Dijo que los digams eran «una pandilla de desarrapados; que ni siquiera tienen una partida de póquer decente», pero de lo que huía era de los ojos implacables de Angus Duer. Y Martin abandonó la hermandad también, para alquilar una habitación con él el otoño siguiente.

A Martin la fanfarronería de Cliff le molestaba tanto como a Duer. Cliff no paraba de hablar; cuando no estaba contando cenagosas historias estaba preguntando: «Cuánto has pagado por esos zapatos... ¡Debes de pensar que eres un Vanderbilt!» o «Te he visto paseando con esa Madeline Fox... ¿qué es lo que te propones?». Pero Martin se sentía distanciado de aquellos buenos chicos civilizados e industriosos de Digamma Pi, en cuyos rostros veía ya recetas, esterilizadores blancos y brillantes, elegantes automóviles cerrados y carteles de consultorio de cristal con las mejores letras doradas. Prefería una soledad rústica, porque al año siguiente estaría trabajando con Max Gottlieb y no podría permitir que le molestasen.

Había pasado el verano trabajando con una brigada de instaladores de teléfonos en Montana.

Trabajaba en el tendido del cable. Su tarea consistía en trepar por los postes, clavando los agujones de los hierros que llevaba en las piernas en la blanda y plateada madera de pino, para subir el cable, fijarlo en los aislantes de cristal, luego bajar y pasar a otro poste.

Hacían entre siete y ocho kilómetros al día; de noche paraban en pequeñas y destartaladas poblaciones de casas de madera. El acto de acostarse era muy simple: se quitaban los zapatos y se tapaban con una manta de caballo. Martin vestía un mono y una camisa de franela. Parecía un jornalero. Trepaba por los postes todo el día, respiraba hondo, y se le aclararon los ojos de preocupaciones y un día experimentó un milagro.

Estaba en lo alto de un poste y de pronto, sin ninguna causa apreciable, se le abrieron los ojos y vio; vio como si acabase de despertar en aquel instante que la pradera era inmensa, que el sol caía bondadosamente sobre el áspero pasto y sobre el trigo que

maduraba, sobre los viejos caballos, aquellos caballos dóciles, de poderosas grupas, amistosos, y sobre sus jocosos compañeros de caras rojizas; vio que los sabaneros cantaban jubilosos, y que brillaban radiantes los tordos junto a las charcas, y con el sol vivo todo cobraba vida. Aunque los Angus Duers y los Irving Watters fuesen unos comerciantes miserables, ¿qué importaba eso? «¡Yo estoy aquí!», se dijo entusiasmado.

La brigada del tendido de cable era tan sana y sencilla como el viento del Oeste; allí no había la menor presunción; aunque manejaban equipamiento eléctrico no aprendían, como los estudiantes de Medicina, una confusión de términos científicos y no pretendían hacerse pasar por científicos con los granjeros. Se reían sin problema y estaban satisfechos de ser ellos mismos, y con ellos Martin se olvidaba gustoso de lo noble que era. Sentía hacia ellos un afecto que no sentía hacia nadie en la universidad salvo hacia Max Gottlieb.

Llevaba en la bolsa un libro, la *Inmunología* de Gottlieb. Podía leer a menudo media página de él antes de empantanarse en las fórmulas químicas. De cuando en cuando, los domingos o los días que llovía, intentaba leerlo, y ansiaba verse en el laboratorio; también pensaba de cuando en cuando en Madeline Fox, y acababa llegando a la conclusión de que él era abrumadoramente solitario para ella. Pero las semanas se deslizaban despreocupadas y potentes y cuando despertaba en un establo, con el dulce olor del heno y de los caballos y la pradera en que cantaban los sabaneros, que llegaba casi hasta el corazón de aquellos pueblos miserables, solo pensaba en la tarea del día, en la ruta del día, hacia el Oeste, camino del crepúsculo.

Recorrieron así las tierras de trigales de Montana, ducados enteros de trigo en una sola extensión de trigal relumbrante, atravesaron las tierras ganaderas y el desierto de artemisia y, de pronto, cuando miraba fijo una nube insistente, Martin se dio cuenta de que lo que veía eran ya las montañas.

Luego iba en el tren; la brigada del tendido de cable telefónico estaba ya olvidada; y pensaba solo en Madeline Fox, en Cliff Clawson, en Angus Duer, en Max Gottlieb.

## CAPÍTULO 4

El profesor Max Gottlieb estaba a punto de asesinar a un conejillo de Indias con gérmenes de ántrax, y la clase de Bacteriología estaba nerviosa.

Habían estudiado las formas de las bacterias, habían manejado placas de Petri y asas bacteriológicas, habían cultivado orgullosamente en rebanadas de patatas los cultivos rojos inofensivos de *Bacillus prodigiosus*, y habían pasado ya a los gérmenes patógenos y a la inoculación de un animal vivo con una enfermedad rápida. Aquellos dos conejillos de Indias de ojos como cuentas, que gorjeaban en un vaso de pila, estarían tiesos y muertos en dos días.

Martin sentía una excitación no exenta de ansiedad. Se reía de ella, recordaba con ironía profesional lo necios que eran los visitantes legos que venían al laboratorio, que pensaban que saltarían sobre ellos microbios sanguinarios desde las misteriosas centrifugadoras, desde las mesas de trabajo, desde el propio aire. Pero él sabía muy bien que en el tubo de ensayo taponado con algodón, que estaba entre la bañera de instrumentos y el frasco de bicloruro de la mesa del demostrador, había millones de gérmenes mortíferos de ántrax.

La clase miraba con respeto y no se acercaba demasiado. El doctor Gottlieb, con la elegancia distintiva de la técnica, la rapidez segura que dignificaba hasta el más leve movimiento de sus manos, recortó el pelo del vientre de uno de los conejillos de Indias sostenido por el ayudante. Aplicó jabón en el vientre con una brocha, lo afeitó y lo pintó con yodo.

(Y Max Gottlieb estaba recordando durante todo ese tiempo el entusiasmo de sus primeros alumnos, cuando él acababa de volver de trabajar con Koch y con Pasteur, recién salido aún de las sesiones de enormes *seidels* de cerveza y *Korpsbruder* y fieras discusiones. ¡Días bellos y apasionados! *Die goldene Zeit!* En sus primeras clases en América, en Queen City College, los alumnos estaban sobrecogidos por los nuevos descubrimientos sensacionales en bacteriología; se agolpaban reverentes a su alrededor; deseaban saber. Ahora la clase era una chusma. Les miraba: Gordito Pfaff en la primera fila, la cara tan vacua como un picaporte; las estudiantes, impresionables y asustadas; los únicos visiblemente inteligentes eran Martin Arrowsmith y Angus Duer. Su recuerdo buscó a tientas un atardecer azul pálido en Múnich, un puente y una chica esperando y un rumor de música.)

Sumergió las manos en la solución de bicloruro y las agitó: un movimiento rápido, los dedos hacia abajo, como los de un pianista sobre las teclas. Cogió una aguja hipodérmica de la bañera de instrumental y alzó el tubo de ensayo. Su voz fluía indolente,



germánicas vocales y uves dobles borrosas.

—Esto, caballeros, es un cultivo de veinticuatro horas de *Bacillus anthracis*. Apreciarán, estoy seguro de que lo habrán apreciado ya, que en el fondo del vaso había algodón para impedir que se rompiera el tubo. No me parece aconsejable que se rompan tubos de gérmenes de ántrax y luego se metan las manos en el cultivo. *Podrían* ustedes simplemente contraer carbunco...

La clase se estremeció.

Gottlieb sacó bruscamente el tapón de algodón con el dedo meñique, con una limpieza tal que los estudiantes, que se habían quejado de que «la bacteriología es basura; los análisis de orina y de sangre son todo el material de laboratorio que necesitamos conocer», le otorgaron en ese momento algo del respeto que sentían por el que es capaz de hacer trucos con las cartas o de extirpar un apéndice en siete minutos. Luego Gottlieb agitó la boca del tubo en el mechero Bunsen, salmodiando: «Cada vez que quiten el tapón de un tubo pasen la boca del tubo por la llama. Conviertan eso en una regla. Es una necesidad técnica, y la técnica, caballeros, es el principio de toda ciencia. Es también la cosa menos conocida de la ciencia».

La clase estaba impaciente. ¿Por qué no pasaba al asunto, al momento aterradoramente divertido de inocular al conejillo?

(Max Gottlieb, mirando al otro conejillo de Indias que estaba en la prisión de su vaso de pila, meditaba: «¡Pobre inocente! ¿Por qué he de asesinarle, para enseñar a *Dummkopfe*?<sup>[2]</sup> Sería mejor experimentar con ese joven gordo».)

Introdujo la jeringuilla en el tubo, accionó el émbolo diestramente con el dedo índice y explicó:

—Tomen medio c.c. del cultivo. Hay dos clases de médicos, aquellos para los que c.c. significa centímetro cúbico y aquellos para los que significa catártico compuesto. Los del segundo tipo se hacen más ricos.

(Pero es imposible transmitir los matices: el leve arrastre de las palabras, la cordialidad sardónica, el silbido de las eses, las des convertidas en tes contundentes y desafiantes.)

El ayudante aproximó el conejillo de Indias; Gottlieb pellizcó la piel del vientre e introdujo la aguja hipodérmica con un movimiento rápido. El conejillo hizo un leve movimiento espasmódico, emitió un chillido y las estudiantes se estremecieron. Los dedos sabios de Gottlieb tenían claro cuándo se llegaba a la pared peritoneal. Presionó el émbolo de la jeringuilla. Dijo quedamente: «Este pobre animal pronto estará tan muerto como Moisés». Los alumnos se miraban unos a otros inquietos. «Algunos de ustedes pensarán que no importa; algunos de ustedes pensarán, como Bernard Shaw, que soy un verdugo y que lo más monstruoso es que además lo soy fríamente; y algunos de ustedes no pensarán

nada en absoluto. Esta diferencia de filosofías es lo que hace interesante la vida».

Mientras el ayudante etiquetaba al conejillo con un disco de estaño en la oreja y volvía a colocarlo en el vaso de pila, Gottlieb anotó en un cuaderno su peso, con la hora de la inoculación y de la formación del cultivo bacterial. Estas notas las reprodujo en la pizarra, con su letra meticulosa, musitando: «Caballeros, la parte más importante de la vida no es el vivir sino el reflexionar sobre ello. Y la parte más importante de la experimentación no es hacer el experimento sino tomar notas, notas cuantitativas muy precisas... a tinta. Les aseguro que hay gran número de personas inteligentes que piensan que pueden guardar notas en la cabeza. He podido observar a menudo con placer que esas personas no tienen cabeza en que guardar sus notas. Y eso está muy bien, porque así el mundo nunca ve sus resultados y el progreso de la ciencia no se ve obstaculizado por ellos. Inocularé ahora al segundo conejillo de Indias, y la clase se dará por terminada con ello. Antes de la próxima hora de laboratorio me gustaría mucho que leyesen *Mario el Epicúreo* de Pater, para extraer de él esa calma que es el secreto de la habilidad en las prácticas del laboratorio».

## II

Cuando iban por el pasillo, Angus Duer le comentó a un hermano digam: «Gottlieb es una vieja rata de laboratorio; no tiene ninguna imaginación; se queda aquí en vez de salir al mundo y disfrutar de la lucha. Pero no hay duda de que es hábil. Su técnica es excelente. Podría haber sido un cirujano de primera y ganar 50.000 dólares al año. ¡Pero haciendo lo que hace no creo que gane más de 4.000!».

Ira Hinkley iba solo, preocupado. Aquel párroco inmenso e inepto era un hombre muy bondadoso. Aceptaba reverentemente todo lo que le decían sus profesores, por mucho que contradijese todo lo demás, pero aquello de matar animales... resultaba odioso. Por una conexión no evidente para él recordó que el domingo anterior, en la capilla miserable donde predicaba mientras hacía aquel curso de Medicina, había ensalzado el sacrificio de los mártires y luego habían cantado sobre la sangre del cordero, la fuente alimentada con sangre extraída de las venas de Emmanuel, pero esta meditación se le fue de la cabeza y se encaminó hacia la Digamma Pi envuelto en una bruma de piedad reflexiva.

Cliff Clawson, que iba caminando con Gordito Pfaff, gritó: «¡Jolines, cómo se estremeció el pobre conejillo cuando el amigo Gottlieb le clavó la aguja!». Y Gordito suplicó: «¡No sigas! ¡Por favor!».

Pero Martin Arrowsmith se veía a sí mismo haciendo el mismo experimento y, mientras recordaba los dedos infalibles de Gottlieb, sus manos se curvaban imitándole.

## III

Los conejillos de Indias fueron adormilándose cada vez más. A los dos días se desplomaron, patalearon convulsivamente y murieron. La clase se reunió de nuevo para la necropsia, llena de expectación dramática. En la mesa del demostrador había una bandeja de madera con huellas de las tachuelas con que se habían fijado los cadáveres a lo largo de los años. Los conejillos estaban en un tarro de cristal, rígidos, el pelo alborotado. La clase intentó recordar cómo mordisqueaban llenos de vida. El ayudante estiró uno de ellos fijándolo con tachuelas. Gottlieb le untó el vientre con un trocito de algodón empapado en lisol, lo abrió hasta el cuello y cauterizó el corazón con una espátula al rojo vivo (la clase se estremeció al oír cómo se quemaba la carne). Gottlieb recogió la sangre ennegrecida con una pipeta como el sacerdote de unos misterios diabólicos. El ayudante trazó manchas onduladas sobre portaobjetos de cristal con los pulmones, el bazo y los riñones y el hígado distendidos. Los estudiantes que habían aprendido a mirar por el microscopio sin tener que cerrar un ojo se sentían orgullosos y profesionales, y todos hablaban de lo maravilloso que era identificar el bacilo, mientras hacían girar los tornillos metálicos correctamente y las células salían de la bruma, hasta adquirir una claridad precisa en el portaobjetos. Pero se sentían inquietos, porque Gottlieb continuaba con ellos aquel día, apostado detrás, sin decir nada, vigilándoles constantemente, controlando la eliminación de los restos de los conejillos; y circulaban entre ellos nerviosos rumores sobre un antiguo estudiante que había muerto de una infección de ántrax en el laboratorio.

#### *IV*

Martin experimentaba esos días un gozo muy satisfactorio; el celo y la emoción de un partido de hockey jugado a ritmo acelerado, la serenidad de la pradera, la perplejidad ante la gran música y un sentimiento de creación. Despertaba temprano y pensaba muy contento en el día; corría a su trabajo, devoto, ciego.

La confusión del laboratorio bacteriológico era para él un éxtasis: los estudiantes en mangas de camisa, filtrando gelatina nutriente, con dedos pegajosos de las hojas crujientes; o calentando medios de cultivo en un autoclave que parecía un obús plateado. El rugir de llamas Bunsen bajo los hornos de aire caliente, el vapor de los esterilizadores Arnold rodando hacia las balsas y empañando las ventanas, eran para Martin cosas activas, seductoras; y lo más esplendoroso del mundo eran las hileras de tubos de ensayo llenos de suero acuoso y taponados con algodón teñido de un marrón café, un asa delicada de platino inclinando una probeta relumbrante, un fantástico seto de tubos altos de cristal que conectaban matraces misteriosamente, o un frasco enriquecido con tintura violeta de genciana.

Había empezado, tal vez en una juvenil imitación de Gottlieb, a trabajar solo en el laboratorio, de noche... la larga habitación estaba en tinieblas, sumida en una oscuridad completa, salvo por el manguito incandescente que había detrás de su microscopio. El cono de luz proyectaba un brillo sobre el tubo metálico reluciente, un lustre sobre su cabello negro, cuando se inclinaba sobre el ocular. Estaba estudiando tripanosomas de una rata: un florón de ocho brazos tintado de un polícromo azul de metileno; un racimo de organismos delicado como un narciso, con sus núcleos violáceos, sus células azul claro y las pequeñas líneas de los flagelos. Estaba emocionado y un poco orgulloso; había pintado los gérmenes a la perfección, y no es fácil pintar un florón sin romper la forma de los pétalos. Unos pasos en la oscuridad, el paso cansino de Max Gottlieb, y una mano en el hombro de Martin. Martin alzó silenciosamente la cabeza, empujó el microscopio hacia él. Gottlieb, inclinado, con una colilla en la boca (el humo habría irritado los ojos de cualquier ser humano), examinó el preparado.

Ajustó la luz de gas medio centímetro y musitó: «¡Espléndido! Tiene usted habilidad. Oh, hay un arte en la ciencia... para unos pocos. Ustedes los americanos, muchos de ustedes... todos llenos de ideas, pero son impacientes; no aprecian la bella monotonía de los trabajos largos. Ya veo, sí... y le he observado antes en el laboratorio... tal vez deba probar usted con los tripanosomas de la enfermedad del sueño. Es una enfermedad muy bonita. En algunas aldeas de África, la tiene el 50 por ciento de la población, y siempre es mortal. Sí, yo creo que usted podría trabajar con los bichos».

Lo que, para Martin, era lanzar su brigada al combate.

—Tendré —dijo Gottlieb— unos pequeños emparedados en mi habitación a medianoche. Si por casualidad se queda trabajando hasta tan tarde, me gustaría mucho que se acercase a tomar algo.

Martin cruzó respetuosamente el vestíbulo a medianoche camino del immaculado laboratorio de Gottlieb. En la mesa había café y emparedados, unos emparedados curiosamente pequeños y excelentes, exóticos para el gusto de restaurante barato de Martin.

Gottlieb habló hasta que Cliff se hubo esfumado de la existencia y Angus Duer parecía solo un absurdo arribista. Evocó laboratorios de Londres, cenas en noches de helada en Estocolmo, paseos por el Pincio con el sol poniéndose detrás de la cúpula de San Pietro, el extremo peligro y la agobiante repugnancia de las prendas de ropa manchadas de excrementos durante una epidemia en Marsella. Se desprendió de su reserva y habló de sí mismo y de su familia como si Martin fuese contemporáneo suyo.

Habló del primo que era coronel en Uruguay y del primo, un rabino, que había sido torturado en un pogromo en Moscú. De su esposa enferma... podría ser cáncer. De sus tres hijos... de que la más pequeña, una chica, Miriam, había estudiado música y era buena en lo suyo, pero el muchacho, de catorce años, era un quebradero de cabeza; no estudiaba, era un impertinente. Él, por su parte, había trabajado años en la síntesis de anticuerpos; se encontraba en aquel momento en un callejón sin salida, y en Mohalis no había nadie que estuviese interesado, nadie que le estimulase, aunque estaba pasando por un período

agradable refutando la teoría de la opsonina, y eso le alegraba.

—No, no he hecho nada más que poner en su sitio a gente que tenía demasiadas pretensiones, pero sueño con hacer auténticos descubrimientos algún día. Y... No. Ni siquiera cinco veces en estos cinco años he tenido estudiantes con la habilidad y la precisión necesarias, y que tengan además un poco de imaginación para elaborar hipótesis. Y pienso que usted podría tenerlas. Si puedo ayudarle... ¡En fin!

«No creo que llegue usted a ser un buen médico. Los buenos médicos son gente magnífica, son a menudo artistas, pero su oficio no es para nosotros los solitarios que trabajamos en laboratorios. En cierta época ejercí como médico. Fue en Heidelberg... *Herr Gott*, ¡eso fue en 1875! No podía conseguir que me interesase demasiado vendar piernas y mirar lenguas. Yo era seguidor de Helmholtz... ¡qué joven más loco! Intenté hacer investigaciones en la física del sonido... Era malo en eso, una cosa increíble, pero aprendí que en este valle de lágrimas lo único seguro es el método cuantitativo. Y también fui químico... un buen fabricante de malos olores. Y luego al final la biología, con muchos problemas. Ha estado bien. He descubierto una o dos cosas. Y aunque a veces me siento un exiliado, indiferente... tuve que salir de Alemania una vez por negarme a cantar *Die Wacht am Rhein* e intentar matar a un capitán de caballería... era un tipo fuerte... tenía que estrangularle... bueno ya se dará cuenta de que estoy presumiendo, pero hace treinta años yo era un *Kerl* muy animado. ¡Oh, sí!

»Solo hay un problema para un bacteriólogo filosófico. ¿Por qué deberíamos destruir esos amables gérmenes patógenos? ¿Estamos seguros del todo, cuando contemplamos a esos, oh sí, a esos horribles estudiantes jóvenes que asisten a las reuniones de la Asociación de Jóvenes Cristianos y cantan esas canciones y llevan sombreros con iniciales grabadas a fuego, estamos seguros de que merece la pena protegerles de alguien con un funcionamiento tan elegante como el *Bacillus typhosus*, con sus encantadores flagelos? Sabe, en una ocasión le pregunté al decano Silva si no sería mejor dejar sueltos en el mundo los gérmenes patógenos, y resolver así todos los problemas económicos. Pero no se interesó por mi método. En fin, es mayor que yo; tengo entendido además que da banquetes a los que asisten obispos y jueces, todos vestidos con ropas elegantes. Ha de saber más que un judío alemán que ama al padre Nietzsche y al padre Schopenhauer (¡aunque, maldita sea, tenía una mentalidad teológica!) y al padre Koch y al padre Pasteur y al hermano Jacques Loeb y al hermano Arrhenius. ¡Ay! Digo tonterías. Vamos a ver esos portaobjetos suyos y luego hasta mañana.»

Después de dejar a Gottlieb en su ridícula casita marrón, con una expresión tan evasiva como si la cena de medianoche y toda la charla divagatoria no hubiesen existido jamás, Martin corrió a casa completamente ebrio.

## CAPÍTULO 5

Aunque la Bacteriología era ya para Martin la vida entera, la universidad tenía la teoría de que él estaba estudiando también Patología, Higiene, Anatomía quirúrgica y un número suficiente de asignaturas más para empantanar a un genio.

Cliff Clawson y él vivían en una habitación grande con empapelado de flores, montones de prendas de ropa sucias, camas metálicas y escupideras. Se hacían ellos el desayuno; comían picadillo en un puesto ambulante, el Vagón Comedor Peregrino, o en el Mesón La Gota de Rocío. Cliff era a veces irritante; no soportaba las ventanas abiertas; hablaba de calcetines sucios; cantaba «Algunos mueren de diabetes» cuando Martin estaba estudiando; y era absolutamente incapaz de decir algo directamente. Tenía que introducir algo gracioso. Comentaba: «¿Es tu concepto combobulatorio que podríamos alimentar ahora estas viejas caras?» o «¿Qué tal si ingurgitamos algunas calorías?». Pero para Martin tenía un atractivo que no se podía definir como jovialidad: su perspicacia, su vago coraje. El todo de Cliff era más que la suma de sus partes.

Inmerso en el gozo de su trabajo de laboratorio, Martin apenas pensaba en sus recientes compañeros de Digamma Pi. Se quejaba de vez en cuando de que el reverendo Ira Hinkley era un policía de pueblo e Irving Watters un fontanero, de que Angus Duer era capaz de pasar por encima del cadáver de su abuela para triunfar, y de que el que un idiota como Gordito Pfaff practicase con seres humanos desvalidos era un crimen, pero en general les ignoraba y dejaba de ser un incordio. Y después de lograr sus primeros éxitos en clase de Biología y de descubrir la gran cantidad de cosas que no sabía, se volvió extrañamente humilde.

Aunque era menos cargante con sus condiscípulos, lo era más en las clases. Había aprendido de Gottlieb el truco de emplear la palabra «control» para referirse a la persona o el animal o la sustancia química que se dejaba intacto en un experimento, como elemento comparativo; y no hay en este mundo truco más irritante. Cuando un médico se ufanaba de su éxito con este medicamento o aquel armario eléctrico, Gottlieb siempre soltaba: «¿Dónde estaba su control? ¿Cuántos casos tuvo en condiciones idénticas y cuántos de ellos no recibieron tratamiento?». Martin empezó a utilizarlo entonces (control, control, control, ¿dónde está tu control? ¿Dónde está su control?), hasta que la mayoría de sus compañeros y unos cuantos profesores empezaron a sentir ganas de lincharle.

Era particularmente fastidioso en Materia Médica.

El profesor de Materia Médica, el doctor Lloyd Davidson, habría sido un tendero excelente. Era muy popular. El futuro médico podía aprender de él lo más importante de todo: los medicamentos adecuados que se le debían recetar a un paciente, sobre todo

cuando no eras capaz de descubrir lo que tenía. La clase escuchaba con celo y memorizaba las ciento cincuenta recetas sagradas favoritas. (Estaba orgulloso de que se incluyesen en ella cincuenta más de las que había considerado necesarias su predecesor.)

Pero Martin era rebelde. Preguntaba, y públicamente:

—Dr. Davidson, ¿cómo saben que el ictiol es bueno para la erisipela? ¿No es simplemente pescado fósil podrido? ¿No es como la carne momia y la oreja de cachorro que se recetaban antiguamente?

—¿Que cómo lo saben? ¡Bueno, mi crítico y joven amigo, porque miles de médicos lo han utilizado durante muchos años y han descubierto que sus pacientes mejoraban, por eso lo saben!

—Pero, en serio, doctor, ¿no es posible que los pacientes mejoraran de todos modos? ¿No se trata quizás de un *post hoc, propter hoc*? ¿Han experimentado alguna vez con un grupo de pacientes a la vez, con controles?

—Probablemente no... y hasta que un genio como usted, Arrowsmith, pueda reunir unos cuantos centenares de personas con casos exactamente idénticos de erisipela, es probable que no se haga nunca. Mientras tanto confío en que el resto de ustedes, caballeros, que quizás carezcan de los profundos conocimientos científicos del señor Arrowsmith y de su capacidad para utilizar términos técnicos tan apropiados como «control», continuarán, movidos solo por mi humilde consejo, utilizando ictiol.

Pero Martin insistió:

—Por favor, doctor Davidson, ¿de qué sirve aprender todas esas recetas de memoria? Olvidaremos la mayoría de ellas y además siempre podemos mirarlas en el libro.

Davidson apretó los labios, luego dijo:

—Arrowsmith, no me gusta contestarle a un hombre de su edad como le contestaría a un niño de tres años, pero al parecer eso es lo que he de hacer. Así que, debe aprender usted las propiedades de los medicamentos y el contenido de las recetas ¡*Porque lo digo yo!* Si no fuese porque no quiero hacer perder el tiempo al resto de la clase, intentaría convencerle de que lo que yo digo debe aceptarse, no por mi humilde autoridad, sino porque se trata de las conclusiones de hombres sabios, hombres más sabios o, desde luego, un poco mayores que usted, amigo mío... a lo largo de varios siglos. Pero como no tengo el menor deseo de entregarme a fantásticos despliegues de retórica y de elocuencia, me limitaré a decir que debe usted aceptar y estudiar y memorizar todo eso porque lo digo yo.

Martin consideró la opción de abandonar su curso de Medicina y especializarse en Bacteriología. Intentó comentarlo con Cliff, pero, como Cliff estaba harto de sus quejas, hubo de recurrir otra vez a la dinámica y esbelta Madeline Fox.

## II

Madeline se mostró al mismo tiempo comprensiva y sensata. ¿Por qué no terminar el curso de Medicina y ver después lo que quería hacer?

Pasearon, patinaron, esquieron, fueron a una representación del grupo de teatro universitario. La madre viuda de Madeline había ido a vivir con ella, y habían cogido un piso en la última planta en una de las casitas de apartamentos que empezaban a sustituir a las antiguas casonas de madera de Mohalis. El piso estaba lleno de literatura y decoración: un bronce de Buda procedente de Chicago, una copia del epitafio de Shakespeare, una colección de Anatole France traducido, una fotografía de la catedral de Colonia, una mesa de té de mimbre con un samovar cuyo funcionamiento nadie de la universidad entendía y un álbum de postales. La madre de Madeline era una duquesa viuda de calle Mayor de ciudad pequeña. Era señorial y tenía el pelo blanco pero asistía a la iglesia metodista. Allí, en Mohalis, se sentía azorada con la charla de los estudiantes; echaba mucho de menos su ciudad, por las reuniones de la iglesia y las del club de mujeres, que ese año estaban estudiando Educación, y lamentaba mucho perderse toda la información relacionada con usos y modales propios de la Universidad.

Con una casa y una carabina, Madeline empezó a «recibir»: veladas a las ocho con café, tarta de chocolate, ensalada de pollo y juegos de palabras. Invitaba a Martin, pero él prefería sus noches maravillosas de investigación. La primera vez que consiguió arrastrarle fue en el mes de enero, con ocasión de su gran fiesta de Año Nuevo. Hicieron «anuncios», es decir, adivinar a qué imágenes publicitarias correspondían los cuadros vivos que formaban; bailaron con el fonógrafo; y disfrutaron no simplemente de un tentempié con el plato sobre las rodillas, sino de unas mesitas excesivamente cubiertas de tapetitos.

Martin no estaba acostumbrado a tanta elegancia. Aunque había ido con hosca renuencia, se quedó impresionado con la cena, con los vestidos largos de las chicas; se dio cuenta de que como bailarín estaba oxidado, y envidió al estudiante de último curso que sabía bailar el nuevo vals llamado el «Boston». No existía ninguna fuerza, ninguna gracia, ningún conocimiento que Martin Arrowsmith no ansiase poseer, cuando su conciencia había atravesado las capas de su ensimismamiento. Aunque era poco codicioso de posesiones, no había habilidad que no deseara dominar.

La admiración renuente de los demás la ahogaba en este caso su admiración de Madeline. La había conocido como a una chica de chaqueta, al aire libre, pero aquella era una Madeline exquisita de interior, esbelta y envuelta en seda amarilla. Le pareció un milagro de tacto y de habilidad cómo ponía en su sitio a los invitados aparentando hablarles en broma. Necesitó desplegar ese tacto porque estaba allí el doctor Norman Brumfit, y era una de las ocasiones en que el doctor había decidido ser travieso y original. Intentó besar a la madre de Madeline, lo que incomodó mucho a la pobre señora; cantó una canción de



negros sumamente impropia que contenía la palabra infierno; sostuvo ante un grupo de estudiantes graduadas que las aventuras amorosas de George Sand tal vez pudiesen estar parcialmente justificadas por la influencia que habían tenido en hombres de talento; y cuando le miraron sobrecogidas, se pavoneó un poco y le brillaron las gafas.

Madeline se hizo cargo de él.

—Doctor Brumfit —le reconvino— es usted muy culto y esto y lo otro y lo de más allá, y a veces en las clases de Inglés me siento sencillamente muerta de miedo ante usted, pero otras veces es usted un niño malo, y no aceptaré que se dedique a tomarles el pelo a las chicas. Puede ayudarme con el sorbete, eso es lo que puede hacer.

A Martin le pareció adorable. Le dio mucha rabia que Brumfit disfrutase del privilegio de desaparecer con ella en aquella cocina del piso, que era como un armario. ¡Madeline! ¡Ella era la única persona que le entendía! Allí, donde todo el mundo estaba pendiente de ella y el doctor Brumfit la sonreía con un cariño casi matrimonial, resultaba preciosa, y era algo que debía ser suyo.

Con el pretexto de ayudarla a poner las mesas, tuvo un instante con ella y le susurró quejumbrosamente: «¡Dios mío, eres tan encantadora!».

—Me alegra que pienses que soy un poquito agradable.

Ella, la rosa y la adorada de todos, le otorgaba su favor.

—¿Puedo venir a verte mañana a última hora?

—Bueno, yo... Quizás.

### III

No puede decirse, en esta biografía de un joven que no era en modo alguno un héroe, que se consideraba un buscador de la verdad aunque tropezarse y resbalase toda su vida y se empantanase en cada evidente cenagal, que las intenciones de Martin hacia Madeline Fox fuesen lo que se llama «honorables». No era un don Juan, sino un pobre estudiante de Medicina que tendría que esperar años para poder llegar a ganarse la vida. No pensaba, ciertamente, en proponer matrimonio. Él quería, como la mayoría de los jóvenes pobres y fogosos en tales casos, lo que pudiese conseguir.

Corría hacia el piso de ella lleno de esperanzas de aventura. Se la imaginaba derriéndose; sentía la caricia de su mano en la mejilla. Se prevenía a sí mismo: «¡No seas tonto! Probablemente no pase nada de nada. No te entusiasmes tanto para luego

decepcionarte. Lo más probable es que te eche una bronca por algo que hiciste mal en la fiesta. Lo más probable es que tenga sueño y piense que ojalá no hubieses ido. ¡Nada!». Pero ni por un segundo lo creía.

Llamó al timbre, vio que abría la puerta ella, la siguió por el exiguo pasillo, ansiando cogerla de la mano. Entró en un cuarto de estar con demasiada luz... y allí estaba, como una sólida pirámide, su madre, tan inamovible como un invierno sin sol.

Pero, por supuesto, Madre se iría amablemente, y le dejaría conquistarla.

Madre, sin embargo, no lo hizo.

En Mohalis, la hora adecuada para que los jóvenes de visita se vayan son las diez, pero Martin libró una batalla con la señora Fox desde las ocho hasta las once y cuarto; hablando con dos lenguas, una charla audible y una protesta muda pero furiosa, mientras Madeline... estaba presente; estaba allí sentada y estaba preciosa. La señora Fox contestaba a Martin también en una lengua silenciosa, hasta que la habitación se llenó a rebosar de hostilidad, mientras parecían estar hablando en realidad del tiempo, de la universidad, del servicio de tranvías de Zenith.

—Sí, por supuesto, supongo que algún día tendrán un vehículo cada veinte minutos —decía cansinamente Martin.

(«Maldita sea, ¿por qué no se va a la cama? ¡Bravo! Ya termina el ovillo, va a dejar de tejer. Nada de eso. ¡Maldita sea! Ha cogido otro ovillo.»)

—Oh, sí, estoy segura de que tendrán que mejorar el servicio —dijo la señora Fox.

(«Joven, no sé mucho de usted, pero no creo que sea el tipo de persona adecuada para salir con Madeline. De cualquier modo, ya es hora de que se vaya usted a su casa.»)

—Oh, sí, claro, seguro. Tendrán que mejorarlo mucho.

(«Sé que es hora ya de que me vaya, y sé que usted lo sabe, ¡pero me da igual!»)

Parecía imposible que la señora Fox pudiese soportar su impasible perseverancia. Martin hizo uso de proyecciones mentales, de la fuerza de la voluntad, del hipnotismo, y cuando se levantó, derrotado, ella aún seguía allí la mar de tranquila. Se dijeron adiós no demasiado calurosamente. Madeline le acompañó a la puerta; por un medio minuto emocionante la tenía a ella sola.

—Tenía tantas ganas... ¡tenía tantas ganas de hablar contigo!

—Lo sé. Lo siento. ¡En otra ocasión! —susurró ella.

La besó. Fue un beso apasionado, y muy dulce.

## IV

Fiestas de dulces de chocolate, fiestas de patinar, fiestas de trineo, una fiesta literaria en la que la invitada de honor era una dama periodista que hacía la página de ecos de sociedad del Advocate-Times de Zenith... Madeline se lanzó a una orgía de diversiones joviales pero extraordinariamente agotadoras, y Martin la siguió obediente y ardientemente. Ella parecía tener problemas para conseguir hombres suficientes, así que Martin arrastró al irritado Cliff Clawson a la velada literaria. «Este es el zoo de gorriones más condenado que he visto en mi vida», refunfuñaba, pero se llevó de él un tesoro... había oído a Madeline llamar a Martin por el que era para ella su nombre favorito: «Martykins». Eso era muy valioso. Empezó a llamarle él también Martykins. Y además animó a otros a que le llamasen así. Gordito Pfaff e Irving Watters lo hicieron. Y cuando Martin quería irse a dormir, Cliff graznaba:

—Bueno, lo más probable es que te cases con ella. Es de las que no fallan, de las que tienen muy buena puntería. Puede acertarle a un joven médico listo a noventa pasos. Oh, sí, lo pasarás muy bien con la ciencia después de que esa muñequita te ponga a arrancar amígdalas... Es una de esas pájaras literarias. Sabe todo lo que hay que saber de literatura salvo, a lo mejor, leer... claro que no tiene mala pinta. Aunque engordará, seguro. Como su mamá.

Martin dijo lo que había que decir y concluyó: «Es la única chica de la escuela de posgrado que tiene algo de brío. Las otras lo único que hacen es sentarse por ahí a hablar, y es la que da las mejores fiestas...».

—¿Da alguna de esas de besitos?

—¡Oye, cuidado con lo que dices! ¡Me voy a enfadar, sabes! Tú y yo somos unos palurdos, pero Madeline Fox... ella es como Angus Duer, en algunos sentidos. Yo me doy cuenta de todo lo que no tenemos: música y literatura, sí, y ropa decente, también... no hay nada malo en vestir bien...

—¡Eso es precisamente lo que te decía yo! Ella te pondrá todo emperifollado con traje príncipe Albert y camisa de pechera, diagnosticando toda clase de cosas, por ejemplo, riquiuiditis. Cómo puedes dejarte atrapar por una dama tan farolera... *¿Dónde está tu control?*

La oposición de Cliff le impulsó no a considerar a Madeline solo como alguien con un interés taimado y avaricioso, sino a convencerse dramáticamente de que ansiaba casarse con ella.

## V

Pocas mujeres pueden contener durante largos períodos el afán de intentar Mejorar a sus hombres, y Mejorar significa cambiar a una persona de lo que es, sea lo que sea, a otra cosa distinta. A chicas como Madeline Fox, jóvenes de tendencias artísticas pero que no les dan salida, no se les puede impedir que Mejoren durante más de un día seguido. Desde el momento en que el apremiante Martin demostró que estaba conmovido por sus encantos, ella empezó a arremeter contra su indumentaria (los pantalones de pana y los cuellos blandos y el viejo y excéntrico sombrero gris de fieltro), contra su vocabulario y contra su gusto literario, con un vigor nuevo y más arrogante y prepotente. Su forma esquemática de decirlo: «Bueno, como pensador, Emerson fue el más grande, eso lo sabe todo el mundo, claro» le irritaba, y aún más comparada con la oscura paciencia de Gottlieb.

—¡Oh, déjame en paz! —le gritaba—. No hay nada en el mundo que se te pueda comparar cuando hablas de cosas sobre las que sabes, pero cuando sueltas tus ideas sobre política y quimioterapia... ¡Maldita sea, deja de fastidiarme! Supongo que tienes razón en lo de la jerga. En lo de no decir cosas como lo de «alimentar tu cara» y demás. ¡Pero no me pondré un cuello duro! ¡No lo haré!

Podría no haberle propuesto nunca matrimonio de no ser por aquella noche de primavera en la terraza.

Ella utilizaba la azotea de su casa de pisos como jardín. Había instalado una caja de geranios y un banco de hierro colado como los que se veían en otros tiempos en los cementerios; había colgado dos farolillos... eran harapientos y colgaban torcidos. Madeline hablaba despectivamente de los otros habitantes de la casa, que eran «tan prosaicos, tan convencionales, que nunca subían a aquel retiro encantador». Comparaba su refugio con la terraza de un palacio moruno, con un patio español, con un jardín japonés, con una «*pleasaunce* de la vieja Provenza». Pero a Martin le parecía más bien un tejado plano. Se sentía vagamente dispuesto a una pelea, aquella noche de abril que fue a casa de Madeline y su madre le dijo desdeñosa que podía encontrarla en la azotea.

—Malditos farolillos. Parecen más bien secciones de hígado —masculló, mientras subía la curva escalera.

Madeline estaba sentada en el banco de hierro funerario, con la barbilla apoyada en las manos. Por una vez no parecía recibirle con florida emoción, sino con un esquivo «Hola». Parecía abatida. Él se sintió culpable por no tomarla en serio; se dio cuenta de pronto de lo patética que era su pretensión de que aquella extensión de papel alquitranado y senderos de pizarra fuese un jardín esplendoroso.

—Oye —gorjeó al sentarse a su lado—, queda muy bien esta tira de estera que has puesto aquí, es muy elegante.

—¡No lo es! ¡Es asquerosa! —se volvió hacia él y gimió—: Oh, Mart, estoy tan harta de mí misma, esta noche. Siempre intentando hacer que la gente piense que soy alguien. No lo soy. Soy una farsa.

—¿Pero qué pasa, querida?

—Oh, muchas cosas. El doctor Brumfit, menudo está hecho... aunque tenía razón, claro... ha llegado al extremo de decirme que si no me esfuerzo más tendré que dejar la escuela de posgrado. No voy a conseguir doctorarme, según él, y si no consigo el doctorado, no podré conseguir un buen trabajo como profesora de Inglés en un colegio decente, y tengo que conseguirlo porque no parece que la pobre Madeline sea alguien con quien alguien se vaya casar.

—Yo sé exactamente quién... —exclamó él rodeándola con un brazo.

—No, no estoy intentando cazarte. Esta noche soy casi sincera. No sirvo para nada, Mart. Ando siempre diciéndole a la gente lo lista que soy. Supongo que nadie se lo cree. ¡Lo más probable es que luego se rían de mí!

—¡No es así! Si lo hiciesen... si yo viese que alguien se ríe de ti...

—Eres muy bueno, eres un encanto por decirme eso, pero no lo merezco. La poética Madeline. ¡Con su vocabulario hiperrefinado! Soy una... soy una... ¡Soy un ser despreciable, Martin! Soy todo lo que dice tu amigo Cliff que soy. Oh, no hace falta que me lo cuentes. Se ve muy claro lo que piensa. Y... tendré que irme a casa con Madre, y no puedo soportarlo, querido, ¡no puedo soportarlo! ¡No volveré! ¡A esa ciudad! ¡Nunca hay nada que hacer allí! Las viejas cotillas, y esos viejos brutales, contando siempre los mismos chistes viejos. ¡No volveré!

Había apoyado la cabeza en el hueco del brazo de Martin; lloraba, fuerte; él le acarició el pelo, sin codicia ya, tiernamente, susurrando:

—¡Cariño! Tengo casi la sensación de atreverme a amarte. Te casarás conmigo y... dame un par de años más para terminar Medicina y un par más en el hospital, luego nos casaremos y... ¡Con tu ayuda llegaré hasta la cima, te lo juro! ¡Seré un gran cirujano! ¡Lo tendremos todo!

—Oh, querido, sé juicioso. Yo no quiero apartarte de tu trabajo científico...

—Bueno. Bueno, me gustaría seguir haciendo algo de investigación. Pero no soy solo una rata de laboratorio, te lo juro. Hay que participar también en la batalla de la vida. Abrirse camino con empuje. Competir con hombres reales en una lucha real de hombres. Si no soy capaz de hacer eso y de hacer también algo de trabajo científico, es que no valgo nada. Por supuesto, mientras esté con Gottlieb, quiero aprender todo lo posible de él, pero después... ¡Oh, Madeline!

Luego todo razonamiento se perdió en una bruma de proximidad a ella.

## VI

Martin temía la entrevista con la señora Fox; estaba convencido de que le diría: «¿Joven, cómo espera usted mantener a mi Maddy? Y utiliza usted un lenguaje grosero». Pero ella le estrechó la mano y dijo quejumbrosamente: «Tengo la esperanza de que usted y mi niña sean felices. Es muy buena chica, aunque a veces sea un poco frívola, y sé que usted es bueno y honrado y trabajador. Rezaré para que sean felices... ¡Oh, sí, rezaré con todas mis fuerzas! Ustedes los jóvenes no parecen creer que sirva de mucho rezar, pero si supiese usted cómo me ayudó a mí... ¡Rezaré para que sean muy felices, sí!».

Estaba llorando; besó a Martin en la frente con el beso seco, suave y cortés de una anciana, y él estuvo a punto de llorar también.

—Oye Martin —cuchicheó Madeline al despedirle—, a mí me da igual, pero a Madre le gustaría mucho que fuéramos a la iglesia con ella. ¿No crees que podrías, solo por una vez?

El atónito mundo, el atónito y profano Cliff Clawson pudieron gozar del espectáculo de Martin con ropa flamante y bien planchada, un doloroso cuello de lino y un pañuelo arduamente atado al cuello, acompañando a la señora Fox y a la castamente parlanchina Madeline a la iglesia metodista de Mohalis, a oír discursar al reverendo doctor Myron Schwab sobre «El único camino justo».

Pasaron al lado del reverendo Ira Hinkley, e Ira se regodeó con santo regodeo de la cautividad de Martin.

## VII

Martin, pese a mantenerse fiel a la visión pesimista de Max Gottlieb de la inteligencia humana, siempre había creído que existía eso que se llama progreso, que los acontecimientos significaban algo, que la gente podía aprender algo, que si Madeline había admitido en una ocasión que era una joven normal que se equivocaba algunas veces, estaba salvada. Así que se quedó desconcertado cuando ella empezó a mejorarle más despreocupadamente que nunca. Se quejaba de su vulgaridad y de lo que ella afirmaba que era su escasa ambición. «Piensas que al sentirte superior eres terriblemente listo. A veces me pregunto si no es solo holgazanería. Te gusta soñar despierto con los laboratorios. ¿Por

qué te deberías ahorrar tú el trabajo de memorizar la materia médica y esas otras cosas? Todos los demás tienen que hacerlo. No, no te besaré. Quiero que crezcas y atiendas a razones».

Entre la furia por aquel acoso, y el deseo de sus labios y su sonrisa de perdón, fue viéndose empujado hasta final de curso.

Una semana antes de los exámenes, mientras intentaba dedicar veinticuatro horas al día a amar a Madeline, veinticuatro a estudiar para los exámenes y veinticuatro al laboratorio bacteriológico, le prometió a Cliff que pasaría las vacaciones de verano con él, trabajando de camarero en un hotel canadiense. Se lo explicó a Madeline a última hora del día, cuando paseaban por el huerto de cerezos del recinto de la Estación Agrícola Experimental.

—Sabes muy bien lo que pienso de tu horrible Cliff Clawson —se quejó ella—. Supongo que no hace falta que te explique la opinión que me merece.

—Ya me has dicho lo que piensas de él, amor mío —el tono de Martin era el de un hombre maduro, y no demasiado amable.

—Bueno, ¡pues ahora voy a decirte mi opinión sobre lo de que tú seas camarero! No puedo entender, la verdad, por qué no coges un trabajo de más categoría para las vacaciones, en vez de dedicarte a lavar platos. ¿Por qué no intentas trabajar en un periódico, donde tendrías que vestir decentemente y conocerías a gente interesante?

—Claro. Podría dirigir el periódico. Pero ya que lo dices, no trabajaré en todo el verano. Es una tontería hacerlo, en realidad. Me iré a Newport y me dedicaré a jugar al golf y a vestirme de etiqueta todas las noches.

—¡No te haría ningún daño! Yo respeto el trabajo honrado. Es lo que dice Burns. ¡Pero servir mesas! Por Dios, Mart, ¿por qué te enorgullece tanto ser un palurdo? Deja de hacerte el listo, por un momento. Escucha la noche. Y huele las flores de cerezo... ¡o es que un gran científico como tú, que es tan superior a la gente ordinaria, no se interesa por bobadas como las flores de cerezo!

—Bueno, si tenemos en cuenta el hecho de que todas las flores de cerezo hace ya semanas que cayeron, tienes toda la razón.

—¡Oh sí, claro! Puede que se hayan caído pero... ¿serías tan amable de explicarme qué es esa masa de un blanco pálido que se ve ahí arriba?

—Lo haré. A mí me parece la camisa de un criado.

—Martin Arrowsmith, si crees por un momento que yo voy a casarme alguna vez con un sabihondo cazamicrobios vulgar, grosero y egoísta...

—Y si tú crees que yo voy a casarme con una dama que se pasa el día jorobándose y fastidiándose...

Se hicieron daño uno a otro; había placer en ello; y se separaron para siempre, se separaron para siempre dos veces, la segunda con mucha aspereza, junto a la residencia de una hermandad en la que los estudiantes entonaban canciones que destrozaban el corazón al compás de la música de un banjo.

Al cabo de diez días, en los que no volvieron a verse, él se fue con Cliff a los North Woods y a causa de su pesadumbre por perderla, del anhelo de su piel suave y de su disposición a escucharle, no le emocionó más que un poquito el hecho de haber tenido que dirigir la clase de Bacteriología y de que Max Gottlieb le hubiese nombrado ayudante pregraduado para el curso siguiente.



## CAPÍTULO 6

Los camareros del Mesón Nokomis, emplazado entre los pinos de Ontario, eran todos ellos estudiantes universitarios. No estaba previsto que apareciesen en los bailes del mesón... simplemente aparecían, y les quitaban las chicas más guapas a los pretendientes mayores e indignados de blancos pantalones de franela. Tenían que trabajar, pero solo siete horas al día. El resto del tiempo pescaban, nadaban y recorrían los sombreados senderos y Martin regresó a Mohalis sereno... y enormemente enamorado de Madeline.

Se habían escrito, cartas corteses y apesadumbradas, una vez cada quince días; luego apasionada y diariamente. Porque el verano a ella la había arrastrado a su ciudad natal, cerca de la frontera de Ohio y Winnemac, una ciudad mayor que la Elk Mills de Martin pero más tostada por el sol y con pequeñas fábricas que la hacían aún más desolada. Se quejaba de ello en sus cartas, con una letra suelta inmensa que se extendía por toda la página:

*Tal vez no volvamos a vernos nunca, pero quiero que sepas lo mucho que aprecio las conversaciones que tuvimos sobre ciencia e ideales y educación, etc... desde luego las aprecio aquí cuando escucho a estos vejestorios ignorantes, hablar, oh, es demasiado horrible, de sus automóviles y de cuánto tienen que pagar a sus criadas y así sucesivamente. Tú me diste mucho pero yo te di algo también, ¿verdad que sí? No puede ser que me equivoque siempre, ¿verdad que no?*

—¡Mi niña querida, mi pequeña! —se lamentó él—. ¡No puede ser que me equivoque siempre! ¡Pobre niña, pobre niña querida!

A mediados de verano se habían vuelto a prometer firmemente y, aunque a Martin le encandilase un poco la cajera, una maestra de Wisconsin joven y risueña con botas hasta los tobillos, echaba tanto de menos a Madeline que se quedaba despierto en la cama pensando en dejar el trabajo y huir buscando sus caricias... se quedaba despierto así durante varios minutos seguidos.

El tren de regreso era de una lentitud torturante y se bajó en Mohalis enfebrecido con visiones de ella. Veinte minutos después, estaban abrazados en la tranquilidad de su cuarto de estar. Y aunque es cierto que veinte minutos después de eso ella estaba burlándose de Cliff Clawson, de la pesca y de las maestras de escuela, ante la furia de él sucumbió en lágrimas.

## II

Su tercer curso fue vertiginoso. Tenía que asistir a clases sobre diagnosis física, cirugía, neurología, obstetricia y ginecología por la mañana, a prácticas en el hospital por la tarde; tenía que supervisar la elaboración de medios de cultivo y la esterilización de los recipientes de cristal para Gottlieb; que instruir a una nueva clase en el uso del microscopio y el filtro y el autoclave; que leer una página de vez en cuando de alemán o francés científico; que ver a Madeline constantemente; cumplir con todo eso le obligaba a un apresuramiento histérico, y en la bruma más espesa de ese apresuramiento fue cuando inició su primera investigación original... su primera experiencia lírica, su primera ascensión a montañas inexploradas.

Había inmunizado conejos al tifus, y creía que si mezclaba suero procedente de esos animales inmunes con gérmenes tifoideos, los gérmenes morirían. Por desgracia (fue su sentimiento) los gérmenes prosperaron alegremente. Eso le desconcertó; estaba seguro de haber cometido alguna torpeza técnica; realizó el experimento una y otra vez, trabajando hasta la medianoche, despertando al amanecer para considerar sus notas. (Aunque en las cartas a Madeline su letra era torpe y desigual, en las notas de laboratorio era regular y precisa.) Una vez seguro del todo de que la Naturaleza insistía en hacer algo que no debía hacer, acudió culpablemente a Gottlieb, protestando: «Esos malditos bichos deberían morir en este suero inmune y no lo hacen. Tiene que haber algún fallo en las teorías».

—¿Se pone usted en contra de la ciencia, joven? —refunfuñó Gottlieb, agitando los papeles de su escritorio—. ¿Acaso se considera usted competente para atacar los dogmas de la inmunología?

—Lo siento, señor. No puedo saber cuál es el dogma. Aquí están mis protocolos. Sinceramente, he repetido una y otra vez la operación y he obtenido los mismos resultados, como puede usted ver. Solo sé lo que observo.

—¡Le otorgo mis bendiciones episcopales, hijo! —dijo Gottlieb con una sonrisa oronda—. ¡Ese es el camino! Atente a lo que observes, y si choca con todos los bonitos puntos de vista correctos de la ciencia... ¡fuera con ellos! Estoy muy contento, Martin. Pero ahora busca el Porqué, el principio subyacente.

Gottlieb solía llamarle «Arrowsmith» o «usted» o «Uj». Cuando estaba furioso le llamaba «doctor», como al resto de los estudiantes. Solo en momentos muy especiales le honraba con «Martin» y el muchacho salió de allí trotando beatíficamente, decidido a intentar descubrir (sin conseguirlo nunca) aquel Porqué que hacía que las cosas fuesen así.

## III

Gottlieb le había enviado a Zenith, al inmenso Hospital General de allí, a buscar una cepa de meningococcus de un paciente interesante. El aburrido empleado de recepción (que solo estaba interesado en obtener los nombres, las direcciones de trabajo y las religiones de los pacientes, y que no se interesaba por quién moría o quién escupía sobre el bello linóleo azul y blanco o quien acudía a recoger meningococci, siempre que la dirección estuviese adecuadamente registrada) le dijo arrogantemente que subiese al pabellón D. Martin fue recorriendo los largos pasillos con numerosas puertas desde las que se atisbaban ancianas de rostro amarillento y camisones raídos sentadas en la cama, procurando parecer importante, con la esperanza de que le tomasen por un médico, y no consiguiendo más que sentirse extraordinariamente azorado.

Pasó rápidamente al lado de varias enfermeras, medio saludándolas con un cabeceo, a la manera (o lo que él creía que era la manera) de un brillante y joven cirujano que está a punto de iniciar una operación. Tan absorto estaba en la tarea de parecer un joven y brillante cirujano que se perdió completamente, y cuando se quiso dar cuenta se encontraba en un pabellón lleno de habitaciones privadas. Se estaba retrasando. No tenía tiempo ya para parecer impresionante. Le fastidiaba mucho, como a todos los varones, confesar su ignorancia preguntando direcciones, pero se paró a regañadientes en la puerta de un dormitorio en el que había una aprendiz de enfermera fregando el suelo.

Era una aprendiz de enfermera bajita y delgada, con un tosco vestido azul de dril, un enorme delantal blanco y un turbante a la cabeza sujeto con un elástico: un uniforme tan mugriento como su cubo de agua de fregar. La muchacha alzó la vista con el descaro vivaz de una ardilla.

—Enfermera —dijo él—, quiero encontrar el pabellón D.

—¿Quiere? —perezosamente.

—¡Quiero! Si puede usted interrumpir su trabajo...

—No importa. Esa maldita superintendente de enfermeras me ha puesto a fregar porque me cogió fumando, aunque se supone que nosotras no tenemos nunca que fregar suelos. Menudo bicho está hecha. Si encontrase a un crío como tú andando por aquí te sacaría de una oreja.

—Mi querida jovencita, puede que le interese saber...

—¡Oh! «Mi querida jovencita, puede que...» Así exactamente era como hablaba nuestro viejo profe de allá del pueblo.

Su guaseo indolente, su modo de tratarle como si fuesen un par de niños sacándose

la lengua en una estación de ferrocarril, estaba enfureciendo al joven e impulsivo ayudante del profesor Gottlieb.

—¡Soy el doctor Arrowsmith —replicó— y según tengo entendido hasta las aprendices de enfermera aprenden que el primer deber de una enfermera es ponerse de pie cuando se dirigen a un médico! Quiero encontrar el Pabellón D, recoger una cepa de, *¡puede que le interese a usted saberlo!*, de un microbio muy peligroso y si tiene usted la bondad de indicarme...

—Vaya, bueno, otra vez he sido descarada. Parece que no me va a mí esta disciplina militar. Está bien. Me pondré de pie —lo hizo; su movimiento fue tan suave y ágil como el de un gato corriendo—. Vuelve atrás, gira a la derecha, luego a la izquierda. Perdóname por ser tan descarada. Pero si vieses algunos de los viejos cascarrabias de médicos con los que una enfermera tiene que ser mansita... sinceramente, doctor... si es que tú eres un médico...

—¡No veo por qué voy a tener necesidad de convencerte! —dijo él furioso, mientras se alejaba. Durante todo el camino hasta el Pabellón D siguió enfurecido por el desdén velado con que le había tratado aquella muchacha. Él era un científico eminente, y resultaba ofensivo tener que soportar las impertinencias de una aprendiz de enfermera... una aprendiz de enfermera de lo más vulgar, una jovencita flaca y mal hablada que parecía del Oeste. Repitió su respuesta: «No veo por qué voy a tener necesidad de convencerte». Estaba orgulloso de sí mismo por haber sido altivo. Se imaginó contándole el incidente a Madeline y concluyendo: «Yo solo le dije tranquilamente: “Mi querida jovencita, no creo que sea usted la persona a la que tenga yo que explicar mi misión aquí”, dije, y con eso la puse en su sitio».

Pero la imagen de aquella jovencita no se quedaba en su sitio después de que encontró al interno que tenía que ayudarle y de recoger el fluido espinal. Seguía ante él, provocativa, firme. Tenía que verla de nuevo, y convencerla... «¡Hace falta un hombre mejor de lo que ella es, un hombre mejor que todos los que he conocido en mi vida, para ofenderme a mí e irse de rositas!», dijo el joven y modesto científico.

Había vuelto corriendo a aquella habitación, y estaban mirándose fijamente antes de que él cayera en la cuenta de que no había preparado las cosas aplastantes que iba a decirle. Ella ya no estaba fregando arrodillada, estaba de pie. Se había quitado el turbante y tenía un pelo sedoso color miel, los ojos azules, la cara infantil. No había en ella nada de la esclava. Podía imaginarla corriendo ladera abajo, subiéndose a un saco de paja.

—Oh —dijo con seriedad—. No quería ser grosera antes. Solo estaba... es que lo de fregar me pone de malhumor. La verdad es que me pareciste muy majo y siento haber herido tus sentimientos, pero parecías muy joven para ser médico.

—No lo soy. Soy estudiante de Medicina. Estaba presumiendo.

—¡Yo también!

Martin sintió una camaradería instantánea y completa con ella, una relación libre del antagonismo y el fingimiento de su lucha con Madeline. Supo que aquella chica era de los suyos. Aunque fuese vulgar, cómica, franca, era también valiente; estaba muy dispuesta a reírse de los presuntuosos, era capaz de una lealtad demasiado despreocupada y natural para parecer heroica. La voz de Martin tenía un tono alegre, aunque sus palabras fuesen solo:

—Supongo que son muy duros estos cursos de enfermería.

—No son tan terribles, pero son tan románticos como hacer de criada... así es como decimos en Dakota.

—¿Eres de Dakota?

—Soy de la población más emprendedora (362 habitantes) de todo el estado de Dakota del Norte: Wheatsylvania. ¿Tú estudias Medicina en la universidad?

A una enfermera que pasase por allí le habría parecido que aquellos dos jóvenes estaban ocupados en cosas del hospital. Martin estaba parado a la puerta, ella junto al cubo de fregar. Había vuelto a ponerse el turbante; le colgaba un poco, oscureciéndole el cabello claro.

—Sí, estudio primero de Medicina en Mohalis... no sé. No me tira demasiado la medicina. Lo que a mí me gusta es el laboratorio. Creo que seré bacteriólogo, y me cargaré algunas de las teorías tontas sobre la inmunología. Y no me interesa gran cosa lo de ser médico de cabecera.

—Me alegro de que no te interese. Es lo que hay aquí. Tendrías que oír a algunos de ellos, son todo dulzura y suavidad con los pacientes... pero cómo les gritan luego a las enfermeras. Y los laboratorios... parecen una cosa más real. A las bacterias no las puedes engañar... ¿qué es lo que son? ¿se llaman así, no?

—Sí, sí, bacterias... ¿cómo te llamas tú?

—¿Yo? Oh, es un nombre muy feo... Leora Tozer.

—¿Qué tiene de feo Leora? Es bonito.

Cantos de pájaros emparejándose, rumor de flores de primavera cayendo en el aire tranquilo, ladrar de perros soñolientos a medianoche; ¿quién es capaz de oír eso y considerarlo solo algo trillado? Pues tan natural, tan convencional, tan juvenilmente desmañado, tan eternamente bello y auténtico como esos antiguos sonidos fue la charla de Martin y Leora, en aquella media hora apasionada en que cada uno de ellos encontraba en el otro una parte de su propio yo, que siempre había echado de menos vagamente y descubría ahora con atónito gozo. Conversaban los dos como el héroe y la heroína de un relato sensiblero, como operarios explotados, como robustos rústicos, como príncipe y princesa. Sus palabras eran estúpidas e inconsecuentes oídas una por una, pero consideradas

juntas eran tan sabias e importantes como las mareas o el ruido del viento.

Él le explicó a ella lo que admiraba a Max Gottlieb, que había cruzado su Dakota del Norte en un tren y que era un jugador de hockey excelente. Ella le contó a él que «adoraba» el vodevil, que su padre, Andrew Jackson Tozer, había nacido en el Este (con lo que quería decir Illinois) y que no le interesaba especialmente la enfermería. No tenía ninguna ambición personal especial; había ido allí porque le gustaba la aventura. Comentó, con jovial pesadumbre, que no le caía demasiado bien a la superintendente de las enfermeras; aunque quería ser buena siempre, se veía arrastrada de algún modo a rebeliones relacionadas con las fugas o escapadas a medianoche. No había nada heroico en su historia, pero a él le causaba una impresión de alegre coraje por su plácida forma de contarla.

—¿Cuándo puedes salir del hospital a cenar? —la interrumpió con urgencia—. ¿Esta noche?

—Bueno...

—¡Por favor!

—Vale.

—¿Cuándo puedo pasar a buscarte?

—Tú crees que debería... Bueno, a las siete.

Martin sentía cólera y gozo alternativamente en el viaje de vuelta a Mohalis. Se decía que era un imbécil por hacer aquel largo viaje a Zenith dos veces en un día; se recordaba que estaba comprometido con una chica llamada Madeline Fox; le inquietaba el asunto de la infidelidad; se aseguraba que Leora Tozer era solo una enfermera de imitación, que era tan inculta como una ayudante de cocina y tan impertinente como un repartidor de periódicos; decidió, lo decidió varias veces, telefonarla y librarse de aquel compromiso.

A las siete menos cuarto estaba en el hospital.

Tuvo que esperar veinte minutos en una sala de recepción que era como la de una funeraria. Estaba aterrado. ¿Qué hacía allí? Lo más probable era que aquella chica resultase mortalmente aburrida en una larga cena. ¿La reconocería, incluso sin uniforme? Luego se levantó de un salto. Ella estaba en la puerta. Su deprimente uniforme azul había desaparecido; parecía tan esbelta y ligera como una niña con un traje de princesa recto, desde el alto cuello y el suave y joven pecho hasta los pies. Parecía natural coger su mano bajo el brazo cuando salieron del hospital. Caminaba a su lado con pasitos de baile, más tímida ahora de lo que había sido en la dignidad de su trabajo, pero mirando hacia arriba, hacia él, muy segura de sí.

—¿Contenta de que viniese? —le preguntó.

Ella lo pensó. Utilizaba el truco de pensar seriamente sobre cuestiones obvias; y seriamente (pero con la seriedad de una niña, no con la seriedad grave de un político o un jefe de oficina) admitió: «Sí, estoy contenta. Tenía miedo de que fueras y te enfadaras conmigo por lo fresca que fui, y quería disculparme y... me gustó lo de que estuvieses tan chiflado con tu bacteriología. Creo que yo estoy también un poco chiflada. Los internos aquí... vienen mucho por aquí a fastidiar, pero son tan, no sé... tan sosos, con sus estetoscopios nuevos y su dignidad recién estrenada. Bueno...» y, más seriamente aún, añadió: «En fin, bueno, sí, me alegro de que vinieras... ¿Soy una idiota por confesarlo?».

—Eres un encanto por confesarlo —se sentía un poco desconcertado con ella; le apretó la mano con el brazo.

—No pensarás que salgo con cualquier estudiante o cualquier médico, ¿verdad?

—¡Leora! Y tú no pensarás que yo intento salir con todas las chicas guapas que me encuentro, ¿verdad? Me gustó... no sé por qué, pero tuve la sensación de que podríamos ser amigos. ¿No podemos? Dime. ¿No podemos?

—No sé. Ya veremos. ¿Dónde vamos a ir a cenar?

—Al Gran Hotel.

—¡Allí no! Es carísimo. Salvo que seas muy rico. No lo eres, ¿verdad?

—No, no lo soy. Solo tengo dinero suficiente para estudiar la carrera. Pero quiero...

—Vayamos al Bijou. Es un sitio estupendo, y no es caro.

Él recordó cuántas veces le había dicho Madeline Fox que sería maravilloso ir al Gran Hotel, el hotel más relumbrante de Zenith, pero esa fue la última vez que pensó en Madeline aquella velada. Leora le tenía absorto. Veía en ella una naturalidad, una falta de prejuicios, una claridad sorprendentes en la hija de Andrew Jackson Tozer. Era femenina pero no exigente; nunca intentaba mejorar y raras veces se sorprendía; no era ni coqueta ni fría. Era, en realidad, la primera chica a la que había hablado sin timidez en toda su vida. Es dudoso, por otra parte, que Leora tuviese una oportunidad de decir algo, ya que él la hizo partícipe de todas sus confidencias como discípulo de Gottlieb. Para Madeline, Gottlieb era un viejo malvado que se burlaba de la santidad del matrimonio y de la de los lirios de Pascua, para Cliff era un pelma, pero Leora sonreía muy contenta mientras Martin aporreaba la mesa y citaba a su ídolo: «Hasta el presente, incluso en el trabajo de Ehrlich, la mayor parte de la investigación ha sido sobre todo una cuestión de prueba y error, de tanteo, el método empírico, que es lo contrario del método científico, por el que uno pretende establecer una ley general que rige un grupo de fenómenos para poder así predecir lo que pasará».

Explicaba esto reverentemente, mirándola fijamente desde el otro lado de la mesa, casi echando chispas por los ojos.

—¿Te das cuenta —insistía— de dónde deja él a todos esos mascadatos, esos investigadores hechos a máquina que andan revoloteando alrededor del estercolero y también a los médicos comerciales? ¿Lo entiendes? ¿Te das cuenta?

—Sí, creo que sí. Y de todos modos, de lo que me doy cuenta es de tu entusiasmo por él. ¡Pero no me mires así, como si me riñeras, por favor!

—¿Estaba riñéndote? No lo pretendía. Es que cuando me pongo a pensar que a la mayoría de esos malditos profes no les interesa siquiera saber qué es lo que está buscando él...

Martin estaba otra vez disparado, y aunque Leora no entendía del todo la relación de la síntesis de los anticuerpos con los trabajos de Arrhenius, escuchaba con un placer estimulante al ver el entusiasmo de él, sin ninguna de las amonestaciones amablemente correctoras de Madeline Fox.

Tuvo que avisarle de que debía volver al hospital a las diez.

—¡He hablado demasiado! Dios mío, espero no haberte aburrido —dijo él.

—Me encantó.

—Y me puse tan técnico y tan voceras... ¡Oh, soy un pesado!

—Me gusta que confíes en mí. Yo no soy «seria», y no tengo nada de cerebro, pero me encanta que los hombres que son amigos míos piensen que tengo la suficiente inteligencia para oír lo que ellos piensan y... ¡Buenas noches!

Cenaron juntos dos veces en dos semanas, y solo dos veces en ese tiempo, aunque ella le telefoneó, vio Martin a su auténtica prometida, Madeline.

Llegó a conocer todo el pasado de Leora. Su tía abuela de Zenith, postrada en cama, que era la excusa que ella había utilizado para adquirir experiencia hospitalaria tan lejos. La aldea de Wheatsylvania, Dakota del Norte; una calle de casuchas de madera con los elevadores de grano rojos al final. Su padre, Andrew Hugo Jackson Tozer, conocido a veces como Jackass<sup>[3]</sup> Tozer; propietario del banco, de la mantequería y de un elevador, y en consecuencia la persona más importante del pueblo; piadoso los miércoles en la reunión vespertina para el rezo, protestaba por cada céntimo que tenía que darles a Leora o a su madre. Bert Tozer, su hermano; dientes de ardilla, una cadena de oro sobre la oreja para las gafas, cajero y único empleado del banco de una sola habitación propiedad de su padre. Las cenas de ensalada de pollo y café en la iglesia de los Hermanos Unidos; granjeros luteranos alemanes cantando antiguos himnos teutónicos; los holandeses, los bohemios y los polacos. Y alrededor de la aldea, el trigo vivo, con un arco de tremendas nubes sobre él. Martin veía a Leora, siempre como una «niña rara», bastante obediente en la ejecución de las tediosas tareas domésticas, pero manteniendo oculta la creencia de que algún día encontraría a un joven con el que, arrojando cualquier peligro o pobreza que se presentasen, vería todo el



pintoresco mundo.

Fue al final del esfuerzo vacilante de ella por hacerle ver su infancia cuando Martin exclamó: «Querida, no tienes que contarme nada sobre ti. Te conozco desde siempre. No voy a dejarte marchar, pase lo que pase. Vas a casarte conmigo...».

Así fue como se declararon, manos cogidas, ojos reveladores, en aquel restaurante ruidoso. Las primeras palabras de ella después fueron:

—Quiero llamarte «Sandy».<sup>[4]</sup> ¿Por qué? No sé por qué. Ya sé que ese nombre no te va nada, pero en cierto modo tú significas «Sandy» para mí y... ¡oh, cuánto me gustas, querido mío, me encantas!

Y Martin se fue a casa comprometido con dos chicas a la vez.

#### IV

Había prometido ver a Madeline a la mañana siguiente.

De acuerdo con cualquier canon de conducta respetable debería haberse sentido un miserable; se aseguraba a sí mismo que debía sentirse un miserable; pero no era capaz de conseguirlo. Pensaba en los entusiasmos patéticos de Madeline: su «*pleasaunce* provenzal» y los volúmenes de poesía encuadernados en flácido cuero que ella golpeteaba amorosamente con las yemas de los dedos; en la corbata que le había comprado, y en lo orgullosa que se sentía del pelo de él cuando conseguía que se lo cepillara como los héroes de zapatos de charol de las revistas ilustradas. Él se lamentaba de su pecado de infidelidad. Pero su agitación se estrellaba contra la solidez de su unión con Leora. Su camaradería con ella le liberaba el alma. Hasta cuando, como abogado defensor de Madeline, alegaba que Leora era una jovencita trivial que probablemente mascase chicle en privado y, desde luego, era despreocupada en cuanto al aspecto de sus uñas en público, su sencillez le resultaba grata a la sencillez que también había en él, tan válida como la ambición o la veneración, una base terrenal tanto para la alegría de ella como para la nerviosa curiosidad científica de él.

No conseguía concentrarse en el laboratorio aquel fatídico día siguiente. Gottlieb tuvo que preguntarle por dos veces si había preparado la nueva tanda de caldo de cultivo, y Gottlieb era un autócrata, más duro con sus favoritos que con la masa general de estudiantes. Le reprendió: «Arrowsmith, ¿estás en la luna! Dios mío, ¿es que voy a pasarme la vida con *Dummkopfe*?<sup>[5]</sup> ¡No puedo estar siempre solo, Martin! ¿Es que vas a fallarme tú? Llevas ya varios días sin concentrarte en el trabajo».

Martin se fue murmurando: «¡Cuánto quiero a este hombre!». En aquel estado de

ánimo confuso, catalogó las ínfulas de Madeline, su acoso, su egoísmo, su ignorancia básica. Fue preparándose hasta alcanzar un estado de virtud en el que le resultó gratamente claro que debía prescindir de ella, que debía romper con ella definitivamente. Fue a verla a última hora del día dispuesto a estallar a la primera queja que le hiciese, a perdonarla al final, pero a romper su compromiso y conseguir que la vida fuese de nuevo decididamente sencilla.

Ella no se quejó. Corrió hacia él.

—Querido, estás tan cansado... se te nota en los ojos. ¿Has estado trabajando muy duro, verdad? He sentido tanto que no pudieras venir esta semana. Querido, te estás matando. Piensa en todos los años que tienes por delante para hacer cosas espléndidas. No, no hables. Quiero que descanses. Madre se ha ido al cine. Siéntate aquí. Mira, voy a ponerte estos cojines para que estés bien cómodo. Tú échate, y duerme si quieres, y yo te leeré *La olla de oro*. Te encantará.

Es dudoso que lo apreciase en todo su valor, pues aunque estaba decidido a que no le encantase y, es probable que no tuviese absolutamente ningún sentido del humor, su carácter diferente le interesó. Aunque la voz de Madeline era chillona y áspera después de la suavidad perezosa de Leora, leía con tanto empeño que él se avergonzó mucho de su intención de hierla. Vio que era ella, con sus ínfulas, la niña, y Leora, distante y sin miedo, la que era madura, señora de un mundo real. Los reproches con los que había planeado aplastarla se desvanecieron.

De pronto, ella estaba a su lado, suplicando: «¡Te he echado tanto de menos toda la semana!».

Y empezó entonces a traicionarlas a las dos. Era Leora la que le había excitado insoportablemente; era en realidad a Leora a la que estaba acariciando; pero era a Madeline a la que satisfacía con su anhelo vehemente, y cuando ella gimió: «Me alegra tanto que te guste estar aquí», él no pudo decir nada. Quería hablar de Leora, decir a gritos cosas sobre ella, ufanarse de ella, de su mujer. Consiguió decir a la fuerza unos cuantos halagos, con firmeza pero sin pasión; le comentó que era una chica guapa y que sabía mucho de literatura; y consiguió irse, a las diez, dejándola boquiabierta de decepción con su tibieza. Había acabado consiguiendo verdaderamente un gran éxito en la tarea de sentirse un miserable.

Corrió en busca de Cliff Clawson.

A Cliff no le había dicho nada de Leora. Tenía miedo a sus probables burlas. Se sintió orgulloso de la calma con la que entró en la habitación que compartían. Cliff estaba sentado con solo la punta del trasero apoyada en la silla y con los pies descalzos sobre la mesa de estudio, leyendo un relato de Sherlock Holmes, que descansaba sobre el potente volumen de *Medicina* de Osler que teóricamente estaba estudiando.

—¡Cliff! Necesito echar un trago. Estoy cansado. Vayamos hasta Barney a ver si

podemos conseguir algo.

—Habláis como quien tiene el don de lenguas y pone en marcha velozmente al buen romboencéfalo comprimiendo el cerebelo y la médula oblongata.

—¡Oh, deja de hacerte el gracioso! Estoy de muy mal humor.

—Vaya, ¡el amigo ha tenido una pelea con su casta y pequeña Madeline! ¿Se portó muy mal ella con el chiquitín de Martykins? Vale, hombre. Lo dejaré. Vamos. A echar ese trago.

Cliff le contó tres nuevas historias sobre el profesor Robertshaw, todas ellas groseras y en su mayor parte falsas, a su manera, y casi consiguió hacerle reír. Barney era un salón de billar, despacho de tabaco y, dado que en Mohalis imperaba la prohibición por opción local, un encomiable garito clandestino donde se expedían furtiva e ilegalmente bebidas alcohólicas. Cliff estrechó la mano peluda de Barney y se saludaron de una forma digna y excelsa:

—Las bendiciones del atardecer para ti, Barney. Que tu circulación proceda sin trabas y, especialmente, la rama dorsocarpiana de la arteria ulnaria, y en cuanto a la nuestra y para su mejora, camarada, el profesor doctor colegiado Egbert Arrowsmith y yo querríamos dar cuenta de otra botella de esa afamada gaseosa de fresa tuya.

—Jolines, Cliff, menuda música de mandíbula que te gastas. Si alguna vez necesito que me amputen un brazo cuando tú seas médico, me acercaré a tu consulta y dejaré que me lo amputes hablando. ¿Así que gaseosa de fresa, eh amigos?

La habitación delantera de Barney era un cuadro impresionista en el que se mezclaban caóticamente una mesa de billar, montones de cigarrillos, chocolatinas, barajas y periódicos deportivos rosa. La habitación de atrás era más sencilla: cajas de soda dulce y ligeramente aromatizada, y dos mesas pequeñas con sillas rotas. Barney sirvió, de una botella etiquetada claramente como Ginger Ale, dos vasos de potente whisky de una aspereza aterradora, y Cliff y Martin se los llevaron a la mesa del rincón. El efecto fue rápido. Los confusos pesares de Martin se convirtieron en optimismo. Le dijo a Cliff que iba a escribir un libro desenmascarando el idealismo, pero lo que quería decir era que iba a hacer algo inteligente sobre su doble compromiso. ¡Ya lo tenía! Invitaría a Leora y a Madeline a comer juntas, les diría la verdad, y vería cuál de ellas le amaba. Lanzó un viva, y pidió otro whisky; le dijo a Cliff que era un tipo estupendo y a Barney que era un benefactor público y se retiró con paso inseguro hacia el teléfono, que estaba metido en un cuartito a resguardo de la audición pública.

En el Hospital General de Zenith consiguió hablar con el portero de noche y el portero de noche era un hombre frío y receloso. «¡Estas no son horas de llamar a una estudiante de enfermería! ¡Son las once y media! ¿Además, quién es usted?»

Martin contuvo el «¡ahora mismo le diré a usted quién soy yo!», que era su reacción

natural, y explicó que estaba llamando en nombre de la tía abuela inválida de Leora, que la pobre señora se encontraba muy mal, y que si al portero de noche no le importaba echarse sobre la conciencia el asesinato de una buena señora decente y sin tacha...

Cuando Leora llegó al teléfono le dijo rápida y sobriamente, ya, sintiendo como si hubiese pasado de la amenaza de un montón de extraños a la seguridad de su presencia:

—¿Leora? Sandy. Reúnete conmigo mañana en el vestíbulo del Gran Hotel, a las dos y media. ¡Sin falta! ¡Es importante! Invéntate algo... tu tía está enferma.

—Está bien, querido. Buenas noches —fue todo lo que dijo ella.

Tardó varios largos minutos en conseguir que le contestaran en el piso de Madeline, luego sonó la voz de la señora Fox, soñolienta, temblorosa.

—¿Sí, diga?

—Martin.

—¿Quién es? ¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Está usted llamando al piso de la señora Fox?

—¡Sí, sí! Señora Fox, soy Martin Arrowsmith.

—¡Oh, oh, querido mío! El teléfono me despertó de un sueño profundo, y no podía entender lo que estabas diciendo. Estaba tan asustada. Pensé que podría ser un telegrama o algo así. Pensé que a lo mejor le había pasado algo al hermano de Maddy. ¿Qué pasa, querido? ¡Oh, espero que no haya pasado nada!

Aquella confianza en él, el afecto de aquella anciana, desarraigada y desconcertada en una tierra extraña, le abrumaron; perdió del todo su convencimiento coloreado por el whisky de que era un tipo hábil, y de una forma melancólica, con todo el peso de la vida de nuevo sobre él, dijo suspirando que no, que no había pasado nada, que era solo que se le había olvidado decirle una cosa a Madeline... lo sentía mucho... sentía mucho haber llamado tan tarde... podría hablar un momento con Mad...

Luego era ya Madeline la que parlotaba: «Marty, querido, ¿qué quieres? ¡Espero que no haya pasado nada! Si acabas de irte de aquí hace un ratito...».

—Escucha, querida. Se me olvidó decírtelo. Hay una... una gran amistad mía de Zenith que quiero presentarte...

—¿Quién es?

—Ya lo verás mañana. Escucha, quiero que vengas y nos encontremos... que vengas y nos encontremos para comer. Voy a —con una jocosidad pesada—, voy a convidarte a una elegante comida en el Gran Hotel...

—¡Oh, qué bien!

—...así que quiero que quedemos en el interurbano a las once cuarenta, en College Square. ¿Puedes?

—Oh —vagamente—, me encantaría pero... pero es que tengo una cita a las once y media, y no me gustaría anularla, le prometí a May Harmon ir de compras con ella... anda buscando unos zapatos que le vayan con su traje de crespón de China pero que al mismo tiempo sean cómodos para caminar... y habíamos pensado que quizás podríamos comer en Ye Kollege Karavanserai... y había medio planeado ir al cine con ella o con alguien. Madre dice que la nueva película de Alaska es sencillamente estupenda, ella la vio anoche, y pensé que podría ir a verla antes de que la quitaran, aunque bien sabe Dios que debería volver derecha a casa y estudiar y no ir a ningún sitio...

—¡Mira, *escucha!* Es importante. ¿No confías en mí? ¿Vendrás o no?

—Bueno, por supuesto que confío en ti, querido. De acuerdo, intentaré estar allí. ¿A las once y cuarenta?

—Sí.

—¿En College Square? ¿O en la librería Bluthman?

—¡En College Square!

Su amable «confío en ti» y su vacilante «lo intentaré» batallaban en los oídos de Martin cuando salía de la celda sofocante de la cabina telefónica y volvía con Cliff.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Cliff—. ¿Se murió la esposa? ¿O ganaron los Gigantes en la novena? Barney, nuestro juerguista parece una necropsia. Sirve otra gaseosa de fresa a toda prisa. Caramba, doctor, creo que sería mejor que llamase a un médico.

—Oh, cállate —fue todo lo que dijo Martin, y eso sin convicción. Antes de telefonar disfrutaba de una cierta alegría; había alabado la habilidad de Cliff jugando al billar y había llamado a Barney «mi buena *Cimex lectularius*»; pero ahora, mientras el afectuoso Cliff intentaba animarle, estaba caviloso y no hablaba, salvo cuando masculló (con un repunte de autosatisfacción): «Si supieses todos los problemas que tengo... todo el lío puñetero en que puede uno meterse... te sentirías igual de deprimido que me siento yo...».

Cliff se sintió alarmado.

—Oye, amigo mío, si te has metido en deudas conseguiré dinero, encontraré la forma. Si se trata de que... ¿has ido quizás demasiado lejos con Madeline?

—¡Pero qué dices! Solo piensas en marranadas. No soy digno de tocar la mano de

Madeline. La miro solo con respeto.

—¡Un cuerno! Pero vale, si tú lo dices. En fin, ojalá hubiese algo que pudiese hacer por ti. ¡Bueno! ¡Toma otro trago! ¡Barney! ¡Deprisa!

Tras varios tragos más Martin se aposentó en una despreocupación nebulosa y Cliff le arrastró solícitamente a casa después de impedir que se pelease con tres corpulentos estudiantes de segundo. Pero, por la mañana, despertó con el cráneo chisporroteando y la clara conciencia de que iba a tener que enfrentarse a Leora y a Madeline a la hora de comer.

## V

Su viaje de media hora con Madeline a Zenith parecía una cosa visible y agobiante, como una nube de tornado. No solo tendría que soportar cada minuto cuando pasaba; todos los desagradables treinta minutos estaban presentes al mismo tiempo. Mientras practicaba el ponderado comentario que iba a formular dos minutos más tarde, podía oír aún la bobada que había dicho dos minutos antes. Luchaba por apartar la atención de Madeline de aquella «gran amistad suya» con la que iban a encontrarse. Describió con fatua complacencia una noche en el local de Barney; intentó ser divertido sin el menor éxito; y cuando ella le aleccionó sobre los males del alcohol y los males de relacionarse con individuos inmorales, se sintió por una vez aliviado. Pero no podía desviarla.

—¿Quién es ese hombre al que vamos a ver? ¿Por qué estás tan misterioso? Oh, Martin, ¿es una broma? ¿No vamos a ver a nadie? ¿Solo quieres huir un rato de mamá, que vayamos los dos solos a divertirnos al Gran Hotel? ¡Oh, qué estupendo! Siempre he querido comer allí. Por supuesto, me parece un poco demasiado, bueno, rococó, pero de todos modos es impresionante y... ¿lo he adivinado, cariño?

—No, hay alguien... ¡Vamos a ver a alguien, vale!

—¿Por qué no me dices entonces quién es él? De veras, Mart, me tienes impaciente.

—Bueno, te lo diré. No es él; es ella.

—¡Oh!

—Es... Ya sabes que mi trabajo me lleva a los hospitales, y algunas de las enfermeras del Hospital General de Zenith me han ayudado muchísimo.

Jadeaba. Le dolían los ojos. Dado que la tortura de la comida inminente era inevitable, se preguntó por qué tenía que seguir intentando resistirse al castigo.

—Hay una enfermera en especial allí que es una maravilla. Sabe muchísimo sobre el cuidado de los enfermos, y me indica muchos casos interesantes y parece una chica muy maja... la señorita Tozer, se llama así... Creo que su nombre de pila es Lee o algo parecido... y es tan... Su padre es uno de los hombres más importantes de Dakota del Norte... asombrosamente rico... un gran banquero... Supongo que ella aceptó el trabajo de enfermería para poder aportar su colaboración en las tareas del mundo —había logrado alcanzar el tono de exaltación poética de la propia Madeline—. Pensé que os podría gustar a las dos conoceros. Recuerda que me comentabas que había muy pocas chicas en Mohalis que apreciaran de verdad... que apreciaran los ideales.

—Sí, sí —Madeline miraba algo a lo lejos y, fuese lo que fuese, no le gustaba—. Tendré mucho gusto en conocerla, por supuesto. *Cualquier* amistad tuya... ¡Oh, Mart! Espero que no andes flirteando; espero que no te hagas demasiado amigo de todas esas enfermeras. Yo no sé nada de esas cosas, claro, pero no hago más que oír que algunas de las enfermeras son verdaderas cazadoras de hombres.

—Bueno, déjame que te lo diga ya, ¡Leora no lo es!

—No, estoy segura, pero... Oh, Martykins, ¿no serás un tonto y dejarás que esas enfermeras se diviertan contigo? Quiero decir, por tu propio bien. Tienen una ventaja muy grande. A la pobre Madeline no la dejarían andar por las habitaciones de los hombres aprendiendo... cosas, y te crees que eres muy sicológico, Mart, pero la verdad es que a ti cualquier mujer lista puede darte cien vueltas con un dedo.

—¡Bueno, creo que soy capaz de cuidarme solo!

—Bien, quiero decir... no es que diga que... Pero tengo la esperanza de que esa Tozer... estoy segura de que me caerá bien, si te cae bien a ti, pero... ¡yo soy tu verdadero amor, verdad que sí, para siempre!

Ella, la decorosa, ignoró al resto de los pasajeros y le cogió la mano. Parecía tan asustada que la cólera de Martin por los comentarios que había hecho sobre Leora se convirtió en pesar. Por otra parte, estaba clavándole dolorosamente el pulgar en el dorso de la mano. Martin alegó, esforzándose por parecer tierno: «Claro, claro... oye, Mad, ten cuidado, fíjate, ese viejo idiota del otro lado del pasillo no hace más que mirarnos».

Cualquier infidelidad que pudiese haber cometido Martin en toda su vida antes de que llegasen al Gran Hotel había recibido ya adecuado castigo.

El Gran Hotel era, en 1907, el mejor de Zenith. Los viajeros lo comparaban con el Parker House, el Palmer House, el Hotel West. Ha sido humillado más tarde por la modestia arrogante del inmenso Hotel Thornleigh; hoy su suelo de mosaico está sucio y todos los dorados desvaídos, y en sus majestuosos sillones de cuero hay costuras rotas y ceniza de puros baratos y tratantes de caballos. Pero era en sus tiempos el hotel más soberbio que había entre Chicago y Pittsburgh; un palacio oriental, la entrada con una veintena de arcos de herradura de ladrillo, el vestíbulo elevándose desde el suelo de mármol

negro y blanco, por encima de las galerías de hierro dorado, hasta llegar a la claraboya verde, rosa, perla y ámbar situada siete pisos por encima.

Encontraron a Leora en el vestíbulo, minúscula en un enorme sofá construido alrededor de una columna. Miró fijamente a Madeline, silenciosa, esperando. Martin apreció que Leora era extraordinariamente descuidada... esa fue la palabra que usó. A él no le importaba lo torpemente que tenía recogido el pelo color miel debajo del sombrero negro, un pequeño hongo informe, pero percibió y le dolió el contraste entre la blusa, a la que le faltaba el tercer botón, la falda de cuadros, la lamentable chaquetilla corta de un color castaño, y el lustre y la lisura del vestido de sarga azul de Madeline. El resentimiento no era hacia Leora. Examinándolas juntas (no arrogantemente, como el macho altivo que elige, sino con angustia) se sentía más irritado que nunca con Madeline. El que ella fuese mejor vestida era una afrenta. Su afecto corría a proteger a Leora, a envolverla y ampararla.

Y no dejaba de hablar un momento, divagando:

—...pensé que vosotras dos, chicas, teníais que conoceros... Señorita Fox, quiero presentarle a la señorita Tozer... esto es una pequeña celebración... Soy un perro afortunado por tener dos reinas de Saba...

Y a sí mismo se decía: «¡Oh, demonios!».

Las condujo al famoso comedor del Gran Hotel, mientras ellas murmuraban cosas sin decirse nada en particular. Estaba lleno de candelabros dorados, sillas rojas tapizadas de felpa, gruesa cubertería de plata y ancianos camareros negros con chalecos verde y oro. En las paredes había vistas selectas de Pompeya, Venecia, el lago de Como y Versalles.

—¡Qué comedor tan elegante! —gorjeó Leora.

Había dado la sensación de que Madeline se propusiese decir la misma cosa con palabras más largas, pero consideró los frescos de nuevo y explicó: «Bueno, es muy grande...».

Martin estaba eligiendo los platos con angustia. Había asignado cuatro dólares para la orgía, incluyendo rigurosamente la propina, y su medida de la buena comida era que debía costar todo el importe de los cuatro dólares. Mientras se preguntaba qué podría ser «puré San Germain», y el camarero se mantenía odiosamente plantado detrás de él mirando por encima de su hombro, Madeline empezó a hablar. Canturreó con una urbanidad horripilante:

—El señor Arrowsmith me ha contado que es usted enfermera, señorita... Tozer.

—Sí, algo así.

—¿Y le parece interesante?



—Bueno... sí... sí, creo que es interesante.

—Imagino que debe de ser maravilloso aliviar el sufrimiento. Por supuesto mi trabajo... estoy haciendo mi doctorado en Letras, en Inglés... —hizo que sonase como si estuviese adquiriendo el título de condesa— es algo bastante árido y teórico. Tengo que conocer la historia de la formación del idioma y todo eso. A usted, con su formación práctica, supongo que le parecerá bastante estúpido eso.

—Sí, debe de serlo... bueno no, tiene que ser muy interesante.

—¿Es usted de Zenith, señorita... Tozer?

—No, yo soy de... de una ciudad pequeña. Bueno, ni siquiera es una ciudad... de Dakota del Norte.

—¡Oh! ¡Dakota del Norte!

—Sí... Hacia el Oeste.

—Oh, sí... ¿Lleva usted tiempo viviendo en el Este? —era precisamente lo que le había dicho una vez a Madeline una prima suya de Nueva York a la que odiaba.

—Bueno, yo no... Sí, debo de llevar aquí ya bastante tiempo.

—¿Y qué, le gusta a usted vivir aquí?

—Oh, sí, es muy bonito. Estas grandes ciudades... Tanto que ver.

—¿Grandes? Bueno, supongo que todo depende del punto de vista, ¿*No es así?* A mí Nueva York siempre me parece grande pero... Por supuesto... ¿Le parece interesante el contraste con Dakota del Norte?

—Bueno, claro, es diferente.

—Cuénteme cómo es Dakota del Norte. Me he preguntado siempre cómo serán esos estados del Oeste —era el segundo plagio que hacía Madeline de su prima—. ¿Qué impresión general le causa?

—Me parece que no sé exactamente qué es lo que quiere decir.

—Quiero decir que cuál es el efecto general... la... *impresión*.

—Bueno, hay muchísimo trigo y muchísimos suecos.

—Pero, quiero decir... supongo que son ustedes terriblemente viriles y llenos de energía, comparados con nosotros los del Este.

—Yo no... Bueno, sí, puede.

—¿Ha conocido usted a mucha gente en Zenith?

—No demasiada.

—Oh, ¿no conoce al doctor Birchall, que opera en su hospital? Es un hombre tan encantador, y no solo es un buen cirujano sino que además tiene un talento tremendo. Canta maravillosamente, y es de una familia tremendamente distinguida.

—No, creo que no lo he conocido aún —se lamentó Leora.

—Oh, debe conocerle. Y juega tan magníficamente... tan espléndidamente al tenis. Va siempre a todas esas fiestas millonarias de Royal Ridge. Es una persona muy brillante.

Martin interrumpió aquí por primera vez.

—¿Brillante? ¿Él? No tiene ni pizca de cerebro.

—¡Oh, queridito, no quería decir «brillante» en ese sentido!

Martin siguió sentado allí, solo y desvalido, mientras ella volvía a la carga con Leora y, con un lenguaje cada vez más brillante, inquiría si conocía al hijo de un abogado empresarial y a una famosa debutante, esta sombrerería, aquel club. Hablaba con familiaridad de aquellos a los que se conocía como los Puntales de la Sociedad de Zenith, los personajes que aparecían diariamente en los ecos de sociedad del Advocate-Times, los Cowxes y los Van Antrim y los Dodsworth. A Martin aquella familiaridad le dejaba atónito; recordaba que ella había ido una vez a un baile de caridad en Zenith, pero no tenía noticia alguna de que tuviese aquella relación tan íntima con la aristocracia. Desde luego Leora jamás había oído hablar sorprendentemente de aquellos personajes, ni había asistido jamás a los conciertos, conferencias, recitales en los que daba la impresión que Madeline pasaba sus brillantes veladas.

Luego, Madeline se encogió un poco de hombros, y dijo:

—Bueno... claro, con los doctores fascinantes y toda la gente que conocerá en el hospital, supongo que las conferencias le parecerán tremendamente aburridas. En fin... —y desechó a Leora y miró condescendiente a Martin—. ¿Qué, estás planeando algún trabajo más con ese asunto tuyo de los conejos?

Él estaba ceñudo. Se sentía capaz de hacerlo ya, si lo hacía rápido.

—¡Madeline! Quise juntaros a las dos porque... no sé si os llevaréis bien o no, pero me gustaría que os llevaseis bien, porque yo he... no estoy intentando disculparme. No pude evitarlo. Me he comprometido con las dos, y quiero saber...

Madeline se había levantado bruscamente. Nunca había parecido tan orgullosa y refinada. Les miró fijamente a los ojos y se fue, sin decir palabra. Luego volvió, tocó en el hombro a Leora y la besó silenciosamente.

—Querida, lo siento por usted. ¡No sabe lo que le espera! ¡Pobre niña! —Y tras decir esto se fue con paso resuelto, muy erguida.

Martin, encogido, asustado, no era capaz de mirar a Leora.

Sintió la mano de ella en la suya. Alzó la vista. Leora sonreía, tranquilamente, un poco burlona.

—Sandy, te advierto que yo nunca voy a dejarte. Supongo que eres tan malo como ella dice; supongo que soy tonta... solo una palurda. ¡Pero eres mío! Y te advierto que no te servirá de nada comprometerte de nuevo con otra. ¡Te sacaré los ojos! ¡Aunque no creas que eres ninguna maravilla! Creo que eres bastante egoísta. Pero no me importa. ¡Eres mío!

Él dijo con voz entrecortada muchas cosas bellas en su sencillez.

—Yo creo que tú y yo estamos más próximos que tú y ella —reflexionó Leora—. Tal vez te guste yo más porque a mí puedes apabullarme... porque yo te sigo a ti y ella nunca lo haría. Y sé que tu trabajo es más importante para ti de lo que lo soy yo, quizás más importante de lo que lo eres tú. Pero soy estúpida y vulgar y ella no lo es. Yo simplemente te admiro muchísimo (Dios sabe por qué, pero es así), mientras que ella tiene el suficiente sentido para hacerte admirarla a ella y que seas tú el que la sigas.

—¡No! Juro que no es porque pueda apabullarte, Leora... te juro que no es eso... no creo que lo sea. Queridísima, yo no creo que ella sea más inteligente que tú. Ella tiene mucha labia pero... ¡Oh, dejemos de hablar! ¡Te he encontrado! ¡Ha empezado mi vida!

## CAPÍTULO 7

La diferencia entre las relaciones de Martin con Madeline y con Leora era la diferencia entre un duelo vehemente y una serena camaradería. Leora y él se apoyaron desde su primera salida en su lealtad y estimación mutua, y ciertas cosas de su vida quedaron establecidas para siempre. Sin embargo, a Martin Leora no le absorbía de una forma paralizante. Siempre estaba haciendo descubrimientos sobre las observaciones de la vida que ella continuaba incubando en su cabecita en secreto, mientras hacía anillos de humo con sus cigarrillos y sonreía silenciosamente. Él anhelaba a la chica Leora; le estimulaba y ella le respondía con una pasión franca y alegre; pero a la otra Leora, sin sexo, le hablaba con más sinceridad que a Gottlieb o a su propio yo preocupado, mientras que ella con su cabeceo infantil o con una palabra esporádica le estimulaba a confiar en la validez de sus crecientes ambiciones y desdenes.

### II

La hermandad Digamma Pi daba un baile. Era algo sobreentendido entre los estudiantes de Medicina, en sus cuchicheos ansiosos, que la Universidad de Winnemac se estaba haciendo tan cosmopolita que se esperaba que los asistentes vistiesen los símbolos de respetabilidad conocidos como «trajes de etiqueta». En la solitaria y nerviosa ocasión en que Martin había llevado ropa de etiqueta la había alquilado, pero ahora que iba a presentar a Leora al mundo como su orgullo y su florecer, debía comprarla.

Martin y Leora, como dos viejecitos absortos el uno en el otro que explorasen respetuosamente las nuevas calles hostiles de la ciudad, donde viven sus hijos alejados de ellos, penetraron en la adornada magnificencia de Benson, Hanley y Koch, los más excelsos grandes almacenes de Zenith. Ella se sentía intimidada por los marcos luminosos de caoba y vidrio cilindrado, por los sombreros de ópera y los lustrosos pañuelos de cuello y los pantalones de montar de color crema. Después de que Martin se probó un traje y salió a recibir la aprobación de ella, la larga corbata marrón y la camisa de cuello blando un tanto rústica con el chaleco bajo de etiqueta, y cuando el empleado se había ido a buscar cuellos, ella se quejó:

—Demonios, Sandy, es demasiado grande para mí. La verdad es que yo no soy capaz de preocuparme por la ropa, y tú vas y tienes ese aspecto tan elegante que no voy a tener nada que hacer contigo.

Él casi la besó.

—Yo creo, madame —balbuceó el empleado de regreso—, que le parecerá a usted que a su marido le sientan muy bien estos cuellos de pajarita.

Luego, mientras el empleado buscaba corbatas, él la besó, y ella dijo suspirando:

—Oh, sí, tú eres una de esas personas que salen adelante. Nunca creí que tendría que estar a la altura de un hombre que vistiese de etiqueta y llevase cuello de eclesiástico. ¡En fin, qué le vamos a hacer!

### III

La Armería de la universidad estaba extraordinariamente decorada para el baile de Digamma, con las paredes de ladrillo deslumbrantes de banderas, salpicadas de crisantemos de papel y calaveras de yeso y escalpelos de madera de tres metros de longitud.

Martin, en los seis años que llevaba en Mohalis, había ido a menos de una veintena de bailes, aunque los refinados estremecimientos del abrazo comunal fuesen el principal aliciente de la enseñanza mixta. Cuando llegó a la Armería, con Leora timoratamente audaz con su vestido azul de crespón de seda de un estilo no identificable, Martin no se sentía preocupado por si iban a sacarla alguna vez a bailar o no, aunque deseaba ardientemente que los otros hombres se amontonasen a su alrededor y le pidieran un baile y la admiraran y le dieran la bienvenida. Era, sin embargo, demasiado orgulloso para ir presentándose, porque podía parecer si lo hacía que estuviese rogando a sus amigos que bailasen con ella. Se quedaron parados los dos, bajo la galería, contemplando desconsoladamente la inmensidad de la pista de baile, donde, lejos de ellos, brillaban los bailarines, formidables, deseables. Leora y él se habían asegurado mutuamente que, tratándose de un asunto de estudiantes, el frac y el chaleco negro serían lo apropiado, tal como se indicaba en la *Guía de la Ropa Adecuada para la Gente Distinguida de Benson, Hanley y Koch*, pero empezó a sentirse mal ante el espectáculo de los voluptuosos chalecos blancos, y cuando aquel cirujano famoso en embrión, Angus Duer, pasó cerca de ellos, desdeñoso como un galgo y poniéndose unos guantes blancos (que son los objetos más blancos, más arrogantemente blancos de este mundo), Martin se sintió un adolescente.

—Venga, *bailemos* —dijo, como si fuera un desafío a todos los Angus Duer.

Estaba deseando en realidad irse a casa.

No disfrutó del baile, aunque bailaba con desenvoltura y no demasiado mal. Ni

siquiera disfrutaba de tener a Leora entre sus brazos. No podía creer que la tuviese entre sus brazos. En uno de sus giros vio a Duer unirse a una colección deslumbrante de chicas guapas y mujeres de aspecto distinguido que rodeaban al gran doctor Silva, decano de la Facultad de Medicina. Angus daba una impresión apabullante de sentirse en casa, y salió a bailar con la más guapa de todas aquellas chicas, deslizándose y girando diestro y seguro en la pista. Martin intentó que le pareciese un imbécil odioso, pero recordó que el día anterior había sido elegido para la asociación honorífica de Sigma Xi.

Leora y él volvieron al punto exacto debajo de la galería donde habían estado parados antes, su madriguera, su único refugio seguro. Él, mientras intentaba mostrarse despreocupado y a la altura de su nueva indumentaria, estaba maldiciendo a los hombres que veía pasar riéndose con chicas, ignorando a su Leora.

—Aún no hay mucha gente aquí —alegó—. Pronto llegarán todos y entonces ya verás cómo habrá muchos que te saquen a bailar.

—Oh, a mí no me importa.

(«Dios mío, ¿es que no va a venir nadie a pedirle un baile a esta pobre chica?»)

Se sentía furioso por su propia falta de popularidad entre los bailarines de la Facultad de Medicina. Estaba deseando que apareciese por fin Cliff Clawson... a Cliff le gustaban todo tipo de festejos, pero no podía permitirse ropa de etiqueta. Luego, alegrándose de ello como ante la visión de la amada, vio a Irving Watters, aquel parangón de la normalidad profesional, que se dirigía hacia ellos, pero Watters pasó a su lado sin detenerse, limitándose a saludar con un cabeceo. Por tres veces albergó Martin la esperanza y se vio decepcionado, y había perdido ya todo su orgullo. Si Leora pudiese ser feliz...

«No me importaría absolutamente nada que se liase con el mayor fantasma de la universidad y me dejase solo toda la noche. ¡Cualquier cosa con tal de que lo pase bien! Si pudiese atraer hasta aquí a Duer... No, eso es algo que no podría soportar: arrastrarme delante de ese pretencioso de mierda... ¡Lo haré!»

Apareció ante ellos de pronto Gordito Pfaff, recién llegado. Martin se lanzó sobre él amorosamente.

—¡Hombre, Gordito! ¿No tienes pareja esta noche? Te presento a mi amiga la señorita Tozer.

Los ojos bulbosos de Gordito indicaron que aprobaba las mejillas y el cabello ámbar de Leora.

—Encantado de conocerte —dijo—. Ha empezado ya el baile... ¿me concedes el honor?

Lo dijo de una forma tan halagadora que Martin podría haberle besado.

Que él, por su parte, se quedase solo durante toda aquella pieza era algo en lo que no había pensado siquiera. Se apoyó en una columna muy complacido. Se sentía espléndidamente generoso... El que hubiese varias chicas a las que nadie sacaba sentadas cerca de él, esperando que las sacaran a bailar, no se le pasó siquiera por la cabeza.

Luego vio que Gordito presentaba a Leora a una decorativa pareja de digams, uno de los cuales le pidió que le concediese el baile siguiente. A partir de eso tuvo más invitaciones de las que podía satisfacer. La emoción de Martin se enfrió. Empezó a parecerle ya que se pegaba demasiado a su pareja, que seguía sus pasos con demasiado entusiasmo. Después del quinto baile estaba ya bastante nervioso. «¡Por supuesto! ¡Ella está disfrutando! No ha tenido tiempo de darse cuenta de que yo estoy aquí plantado... ¡sí, demonios, sosteniéndole el pañuelo, además! ¡Claro! Muy bien, muy bien. Podría ocurrírsele que a mí también me gustaría bailar un poco... y cómo le sonrío a ese imbécil de Brindle Morgan, y cómo le mira, ese... ese... majadero... ¡Tú y yo tenemos que tener una charla, jovencita! ¡Esos malditos perros intentando quitármela... la única cosa que he amado en toda mi vida! Solo porque sabe bailar mejor que yo, y soltar un montón de sandeces... y esa maldita orquesta, menuda música boba toca... A ella le entusiasman todos esos malditos cumplidos baratos que le dedican... ¡Tú y yo tendremos que aclarar cariñosamente unas cuantas cosas!»

Cuando volvió con él, asediada por tres juguetones estudiantes de Medicina, Martin le dijo en un murmullo: «¡Yo no *importo* nada, verdad!».

—¿Te gustaría bailar este? ¡*Por supuesto* que lo bailaré contigo! —dijo, centrándose plenamente en él; carecía por completo de aquella tendencia de Madeline a actuar siempre en beneficio de los observadores. A lo largo de una tensa eternidad de espera, mientras él miraba furioso, ella hacía comentarios sobre la pista de baile, sobre el tamaño del local y sobre sus «elegantes parejas». Al empezar la música, él estiró los brazos.

—No —dijo ella—. Quiero hablar contigo.

Le llevó a un rincón y se lanzó sobre él.

—Sandy, esta es la última vez que voy a aguantar que te pongas celoso. ¡Oh, lo sé! ¡Mira una cosa! Si vamos a seguir juntos, ¡y vamos a seguir!, bailaré con todos los hombres que quiera, y haré con ellos todas las tonterías que quiera. En cenas y cosas así... supongo que seguiré estando siempre muda como una almeja. Sin tener nada que decir. Pero bailar me encanta, y haré exactamente lo que quiera, y si tienes un poco de sentido común, tienes que saber muy bien que el único que me importa eres tú. ¡Tú! Nada más. No importa las bobadas que hagas... y probablemente serán muchas. Así que cuando vayas y te pongas otra vez celoso conmigo, lo que tienes que hacer es largarte y librarte de ello. ¡Es que no te avergüenzas de ti mismo!

—No estaba celoso... bueno, sí, lo estaba. ¡Es que no puedo evitarlo! Te quiero tanto. ¡Sería un buen amante, dime, lo sería si nunca me pusiese celoso!

—Está bien. Solo que tienes que procurar que no se note. Ahora acabemos el baile.

Era su esclavo.

#### IV

En la Universidad de Winnemac se consideraba inmoral bailar después de medianoche, y a esa hora la gente del baile se amontonaba en la Cafetería Imperial. Normalmente cerraba a las ocho, pero esa noche estaba abierta hasta la una, y eso fomentaba un espíritu de alegría casi lasciva. Gordito Pfaff bailó una giga, otro estudiante guasón, con un servilleta en el antebrazo, fingía ser un camarero, y una chica (aunque provocó mucha desaprobación) fumó un cigarrillo.

Cliff Clawson estaba esperando en la puerta a Martin y Leora. Vestía su traje gris habitual lleno de brillos, con una camisa azul de franela.

Cliff daba por supuesto que él era la autoridad ante la que debían comparecer en juicio todas las amistades de Martin. Él no había conocido a Leora. Martin había confesado su compromiso doble; había explicado que Leora era sin discusión posible la chica más gentil de este mundo; pero como había hecho un uso abusivo anteriormente de todos sus adjetivos laudatorios y de toda la paciencia de Cliff en el asunto de Madeline, Cliff no le había hecho caso y estaba predispuesto a que no le gustase Leora y a considerarla otra sirena de la moralidad.

Así que la miraba con una hostilidad condescendiente. Le dijo a Martin por detrás de ella: «Una chica guapa, lo reconozco... ¿dónde está la pega?». Después de que recogieron sus emparedados y el café y el pastel de damero del largo mostrador, Cliff dijo con voz áspera:

—Bueno, es todo un detalle que una pareja de elegantes de etiqueta como vosotros dos alternéis conmigo, que tengo un sastre que es el mayor desastre de la sociedad. En fin, es terrible que tuviese que perderme los selectos placeres de una velada con Ansioso Duer y elegantes relacionados, y tuviese que conformarme con una vulgar partida de póquer... en la que aquí papá les birló la suma de seis dólares con diez a los haraganes y patanes reunidos. Bueno, Leory, supongo que tú y aquí el amigo Martykins habréis departido sobre todas esas cuestiones importantes del deporte del polo y, bueno, Montecarlo y demás.

Leora tenía una capacidad inmensa para aceptar a la gente tal como era. Mientras Cliff esperaba, riendo entre dientes, ella investigó plácidamente el contenido de un emparedado de pollo y asintió: «Hum-uj».

—¡Buena chica! ¡Creí que ibas a soltar ese rollo de «Si eres un palurdo, no entiendo



por qué piensas que tienes que presumir de ello» que me suelta Mart!

Cliff se convirtió en un compañero jovial y (para ser él) insólitamente silencioso... Ex peón agrícola, ex vendedor de libros, ex mecánico, tenía muy poco dinero pero tenía sin embargo un deseo tan grande de brillar esplendorosamente que se refugiaba en enorgullecerse de la pobreza, en enorgullecerse de ser ofensivo. Pero al ver que aquella chica parecía darse cuenta de lo que había detrás de su fanfarronería, le gustó Leora tan instantáneamente como le había gustado a Martin, y rebosaban alegría los tres. Martin se sentía impulsado a la benevolencia hacia el género humano, incluido Angus Duer, que estaba al fondo del local en una mesa con el decano Silva y sus plateadas mujeres. Así que, sin pensarlo siquiera, se levantó, corrió hasta allí y le alzó la mano gritando:

—Angus, amigo, quiero felicitarte por conseguir Sigma Xi. Es estupendo.

Duer miró la mano extendida como si fuese un instrumento que hubiese visto antes pero cuyo uso no pudiese del todo recordar. La retiró y la agitó dubitativamente. No le dio la espalda; fue más que grosero... hizo un gesto paciente.

—En fin, buena suerte —dijo Martin, helado y tembloroso.

—Muy amable. Gracias.

Volvió con Leora y Cliff, para contarles el incidente como una tragedia cósmica. Los dos coincidieron en que a Angus Duer había que pegarle un tiro. En medio de ello Duer pasó a su lado, siguiendo al grupo del decano Silva, y dirigió un cabeceo a Martin, que le miró furioso, sintiéndose maduro y distinguido.

Al despedirse, Cliff retuvo la mano de Leora y la instó: «Querida, estimo mucho a Mart, y en una ocasión tuve miedo de que fuese a acabar atado a... a gentes que le convertirían en un estrechamanos. Yo mismo soy un estrechamanos. Sé menos de medicina que el profesor Robertshaw. Pero este idiota tiene una cierta conciencia, y yo me alegro muchísimo de que ande con una chica que es una persona de verdad y... ¡Oh, estoy en tal estado que estos pies torpes ya no me sostienen! Pero solo quiero decir que espero que no te importe que el tío Cliff te diga que le caes muy bien!».

Eran casi las cuatro cuando Martin regresó de llevar a Leora a casa y se metió en la cama. No podía dormir. El desdén de Angus Duer le torturaba como un insulto hacia él, pero también en cierto modo como un insulto implícito a Leora; pero su rabia infantil se había convertido en una preocupación más sombría. ¿No tenía Duer, pese a toda su presunción y su superficialidad, algo de lo que él carecía? ¿No se tomaba Cliff, con su humor de cachorrillo, su charla de campesino de vodevil, su sospecha de que los buenos modales eran hipocresía, la vida de un modo demasiado fácil? ¿No sabía Duer controlar y guiar su dura y pequeña inteligencia? ¿No había una técnica de los buenos modales como la había de la experimentación... la técnica fluida del trabajo de laboratorio de Gottlieb frente a las manos torpes y gordas de Ira Hinkley... o eran todas aquellas dudas una traición, un sometimiento al propio patrón engreído de Duer?

Estaba tan cansado que detrás de los párpados cerrados había *flashes* de fuego. Su pensamiento vertiginoso volaba sobre cada frase que había dicho u oído aquella noche, hasta que alrededor de su cuerpo inquieto hubo todo un griterío enfebrecido.

## V

Cuando cruzaba el campus de Medicina al día siguiente, se encontró inesperadamente con Angus y le asaltó esa sensación culpable y embarazosa que se tiene con una persona que ha pedido dinero prestado y que probablemente nunca lo devolverá. Empezó a balbucir mecánicamente «Hola», pero lo reprimió convirtiéndolo en un gruñido, frunció el ceño y siguió su camino.

—Oye, Mart —le llamó Angus; estaba tranquilo y melancólico—. ¿Te acuerdas que me hablaste anoche? Me pareció cuando me iba que estabas enfadado conmigo. No sé si pensaste que había sido grosero. Si es así perdona. La verdad es que tenía un dolor de cabeza terrible. Mira. Tengo cuatro entradas para *As It Listeth en Zenith*, para la noche del próximo viernes... ¡El reparto es el mismo de Nueva York! ¿Te gustaría verla? Y me fijé que ibas con un bombón, en el baile. ¿Crees que a ella le gustaría ir con nosotros, ella y alguna amiga suya?

—Bueno... vale... la llamaré... Eres muy amable por la invitación...

Hasta el melancólico oscurecer, después de que Leora hubiera aceptado y prometido llevar a una aprendiz de enfermera llamada Nelly Byers, no empezó Martin a cavilar:

«¿Sería verdad que tenía dolor de cabeza anoche?

»¿Le habrá dado alguien las entradas?

»¿Por qué no le pidió a la hija de Papá Silva que fuese con nosotros? ¿Creerá que Leora es alguna fulana que yo me he agenciado?

»Claro, él en realidad nunca se enfada con nadie... quiere que seamos todos amigos suyos para que le mandemos pacientes quirúrgicos algún día, cuando nosotros seamos médicos de pueblo y él sea Grande y Único.

»¿Por qué me arrastré tan dócilmente?

»¡Es igual! Si Leora lo pasa bien... A mí personalmente me importa un pimiento todo este asunto... aunque por supuesto no está mal lo de ver mujeres guapas con ropa elegante y vestirse tan bien como el que más... ¡En fin, no sé!».

## VI

En la ciudad ligeramente Medio Oeste de Zenith la aparición de una obra «con el reparto original de Nueva York» era un acontecimiento. (No importaba mucho qué obra fuese.) El Teatro Dodsworth estaba esplendoroso con toda la aristocracia de las grandes mansiones de Royal Ridge. Leora y Nelly Byers admiraron a los grandes linajes (graduados de Yale y Harvard y Princeton, abogados y banqueros, fabricantes de automóviles y herederos de propiedades inmobiliarias, virtuosos del golf, familiares de Nueva York) que con sus estridentes y resplandecientes mujeres ocupaban las primeras filas. La señorita Byers señaló a los Dodsworth, a los que se mencionaba a menudo en los Ecos de Sociedad.

Leora y la señorita Byers dieron saltitos de admiración cuando el héroe rechazaba el cargo de gobernador; Martin estaba molesto porque la heroína era más guapa que Leora; y Angus Duer (que daba la impresión de saberlo todo sobre las obras sin haber visto más de media docena de ellas en toda su vida) confesó que el decorado que representaba «el Campamento de Jack Vanduzen en Adirondack: puesta de sol, al día siguiente» estaba realmente muy bien.

Martin estaba de un talante resueltamente hospitalario. Iba a convidarles a todos a cenar y no había más que hablar. La señorita Byers explicó que ellas tenían que estar en el hospital a las once y cuarto, pero Leora dijo perezosamente: «Oh, a mí me da igual. Entraré por una ventana. Si estás allí por la mañana, esa vieja bruja no puede demostrar que llegaste tarde». Moviendo la cabeza críticamente ante esta maldad mentirosa, la señorita Byers corrió a coger un autobús, mientras Leora, Angus y Martin se dirigían al café Alt Nuremberg de Epstein a tomar cerveza y emparedados de queso suizo sazonados con la visión de lemas de brindis alemanes y una armadura de cartón piedra.

Angus estaba estudiando a Leora, la miraba a ella y luego a Martin, observando cómo se miraban con cariño. Probablemente fuese inconcebible para él que un joven listo y aplicado convirtiese en camarada suya a una chica que no podía proporcionarle un ascenso social, que pudiese existir una cosa como la pasión amorosa entre Martin y Leora. Decidió que ella era adecuadamente frágil. Dedicó a Martin una versión refinada de sonrisa burlona y se lanzó a apoderarse de aquella chica para sus propios fines.

—Espero que te haya gustado la obra —le dijo condescendiente.

—Oh, sí...

—Cielos. Os envidio a los dos. Por supuesto comprendo por qué las chicas se enamoran de alguien como aquí Martin, con sus ojos románticos, pero un empollón como yo, tiene que seguir trabajando sin que haya nadie que muestre ninguna simpatía por mí. Pero, claro, me lo merezco por ser tímido con las mujeres.

—Cuando alguien dice eso —dijo Leora con un tono inesperado de desafío— quiere decir que no es tímido, y que desprecia a las mujeres.

—¿Despreciarlas? Vamos, niña, de verdad, me encantaría ser un don Juan. Pero no sé cómo. ¿Por qué no me das tú una lección?

La voz áridamente correcta de Angus se había vuelto arrulladora; se concentró en Leora como podría haberse concentrado en diseccionar un conejillo de Indias. Ella sonreía a Martin de vez en cuando para decir: «No estés celoso, idiota. Desdeño majestuosamente a este hipnotizador engreído». Pero la aturdía la sedosa seguridad de Angus, el homenaje que brindaba a sus ojos y su ingenio y su reserva.

Martin sentía retortijones de celos. Farfulló que debían irse... Leora tenía realmente que volver... Los tranvías pasaban con mucha menos frecuencia después de medianoche y fueron caminando hasta el hospital a través de calles vacías y resonantes. Angus y Leora mantenían una charla tensa, mientras Martin caminaba a su lado, silencioso, hosco, orgulloso de estar hosco. Deslizándose por la calleja de un garaje fueron a encontrarse frente a la masa del Hospital General de Zenith, toda una manzana, cinco plantas de ventanas negras con esporádicas manchas tenues de luz. No había nadie por allí a la vista. El primer piso estaba a solo metro y medio del suelo, y alzaron a Leora hasta el saliente de piedra caliza de la ventana de un pasillo que estaba medio abierta. Ella se deslizó dentro, cuchicheando: «¡Buenas noches! ¡Gracias!».

Martin se sintió vacío, y satisfecho. La noche estaba llena de una tristeza fría. Chispeó de pronto una luz en una ventana sobre ellos, y se oyó un grito de mujer que se quebraba en gemidos. Martin sintió la tragedia de la despedida... el que tuviese que perder un instante de la presencia viva de ella en la brevedad de la vida.

—Voy a ir detrás de ella; a ver si llega sin problema a su cuarto —dijo.

El frío borde del saliente de piedra le mordió las manos, pero saltó, metió la rodilla, se coló rápidamente por la ventana. Delante de él, en el pasillo con suelo del corcho iluminado solo por un pequeño globo eléctrico, Leora se dirigía de puntillas hacia un tramo de escaleras. Corrió tras ella, de puntillas también. Ella gritó cuando la cogió del brazo.

—¡Teníamos que decirnos buenas noches mejor! —murmuró—. Con ese condenado Duer...

—¡Chsss! Si te cogen aquí me matarán. ¿Quieres que me expulsen?

—¿Te importaría, si fuese por mi culpa?

—Sí... no... bueno... *Pero* probablemente te expulsarían también a ti de la Facultad de Medicina, amigo mío. Si...

Las manos acariciadoras de Martin podían sentirla temblar de angustia. Ella atisbó a

lo largo del pasillo. La imaginación acelerada de él creaba formas furtivas, ojos que atisbaban desde los quicios de las puertas. Luego ella suspiró y dijo resueltamente:

—No podemos hablar aquí. Subiremos a mi habitación... Mi compañera de cuarto esta fuera esta semana. Quédate aquí, en la sombra. Si no hay nadie a la vista arriba, volveré.

Volvió enseguida y la siguió hasta el piso de arriba, hasta una puerta blanca; luego, conteniendo la respiración, entró. Cuando cerró la puerta le conmovió aquel refugio tan reducido, con las literas y con las fotos de casa y la ropa de cama ligeramente arrugada. Intentó abrazarla, pero ella le detuvo poniéndole una mano en el pecho y dijo quejosa:

—¡Estuviste celoso otra vez! ¿Cómo puedes desconfiar de ese modo de mí? ¡Con ese imbécil! ¿Las mujeres no le quieren? ¡Tendrían que tener una oportunidad! Se quiere a sí mismo demasiado bien. ¡Y luego tú celoso!

—No lo estaba... Sí, bueno, lo estaba, ¡pero claro, tienes que estar allí sentado y sonreír como una hiena, con él entre los dos, cuando lo que yo quería era hablar contigo, besarte! ¡Está bien! Probablemente seré celoso siempre. Eres tú la que tienes que conseguir confiar en mí. No soy una persona tranquila y pacífica; nunca lo seré. Oh, confía en mí...

Su beso, profundo y sin resistencias, fue el momento más apasionado en el recuerdo de aquella hora estéril con Angus. Olvidaron que la superintendente de las enfermeras podría irrumpir allí aterradoramente; olvidaron que Angus estaba esperando. «¡Oh, maldito Angus... que se vaya a casa!» fue la única reflexión de Martin, cuando sus ojos se cerraron y se esfumó su larga soledad.

—Buenas noches, amor mío... mi amor eterno —exclamó extasiado.

En la quietud fantasmal del pasillo, se rio al pensar que Angus debía de haberse marchado furioso. Pero desde la ventana descubrió que estaba encogido en las escaleras de piedra, dormido. Cuando tocó el suelo, silbó, pero se detuvo bruscamente. Vio brotar de la sombra a un hombre corpulento que parecía llevar uniforme de portero y que gritaba:

—¡Te he pescado, amigo! ¡Vuelve a entrar en el hospital y veremos qué es lo que andabas buscando!

Se trabaron. Martin era nervudo, pero el vigilante le asfixiaba en su abrazo. Percibió un hedor a mono sucio, a carne sin bañar. Le asestó una patada en la canilla, aporreó la roca de su mejilla encarnada, intentó retorcerle un brazo. Se libró de él, empezó a huir y se detuvo. La lucha, en su contraste con la dulzura dolorosa de Leora, le había enfurecido. Se enfrentó indignado al vigilante.

Del despertado Angus, que apareció súbitamente a su lado, brotó un leve sonido de disgusto.

—¡Oh, vamos hombre! Olvídate de este asunto. ¿Por qué vas a ensuciarte las manos con una basura como él?

—¿Qué, que soy una basura, yo? ¡Ahora vas a ver! —aulló el vigilante.

Cogió a Angus por el cuello y le abofeteó.

Bajo el farol soñoliento, Martin vio a un hombre volverse loco. No era el insensible Angus Duer el que miraba fijamente al vigilante; era un asesino, y sus ojos eran los ojos terribles de un asesino, comunicando hasta al más inexperto un mensaje de muerte. Solo balbuceó: «¡Se atrevió a tocarme!». Y de pronto apareció en sus manos una navaja, y se lanzó sobre el vigilante y empezó a intentar afanosa y vehementemente degollarle.

Martin oyó, mientras intentaba contenerlos, el golpeteo nervioso del bastón nocturno de un policía en la acera. Aunque era delgado había paleado heno y tendido cable telefónico. Golpeó al vigilante, juiciosamente, al lado de la oreja derecha, sujetó la muñeca de Angus y le sacó de allí a rastras. Subieron corriendo por una calleja, cruzaron un patio. Llegaron a una avenida y vieron brillar y traquetear un tranvía nocturno doblando la esquina; corrieron a su lado, saltaron a la escalerilla y estuvieron seguros.

Angus se quedó parado en la plataforma trasera, sollozando. «¡Dios mío, ojalá le hubiese matado! ¡Me puso sus sucias manos encima! ¡Martin! No me dejes bajar del tranvía. Creí que había superado esto. Una vez, cuando era un crío, intenté matar a un tipo... ¡Dios Santo, ojalá le hubiese cortado el cuello a ese cerdo asqueroso!»

Mientras el tranvía penetraba en el centro de la ciudad, Martin le instó: «Hay un restaurante que está abierto toda la noche en la avenida Oberlin donde podemos conseguir algo de bebida. Vamos. Te calmará».

Angus estaba temblando y caminaba con dificultad... Angus el puntilloso. Martin le condujo al comedor donde, entre botellas de salsa de tomate, tomaron áspero whisky en tazas de café que parecían de granito. Angus, con la cabeza apoyada en un brazo, lloraba, sin que le importase que le miraran, hasta que la bebida le embotó y Martin le acompañó a casa. Luego para él, en su habitación amueblada, con Cliff roncando, aquella noche se convirtió en algo increíble y nada más increíble que Angus Duer. «Bueno, ahora será un buen amigo mío, para siempre. ¡Estupendo!»

A la mañana siguiente, en el vestíbulo del edificio de anatomía, vio a Angus y se acercó rápidamente a él. Angus le dijo con aspereza: «Anoche estabas muy borracho, Arrowsmith. Si no puedes manejar mejor el alcohol, es mejor que lo dejes del todo».

Y siguió su camino, juicioso y sereno.

## CAPÍTULO 8

Y el trabajo de Martin no cesaba nunca: ayudaba a Max Gottlieb, instruía a los estudiantes de Bacteriología, asistía a clases y a prácticas en el hospital... dieciséis implacables horas al día. Aprovechaba noches esporádicas para hacer investigación original o para asomarse a los mundos estimulantes de las publicaciones bacteriológicas francesas y alemanas; iba orgullosamente de cuando en cuando a la casita de Gottlieb, en la que, sobre el empapelado de un marrón borroso, había dibujos de Blake y un retrato firmado de Koch. Pero lo demás era enervante.

Neurología, Obstetricia, Medicina Interna, Diagnóstico Físico; siempre unas pocas páginas más de las que podía recorrer antes de caer dormido en su desvencijada mesa de estudio.

Memorizaba Ginecología, Oftalmología, hasta que le ardía la cabeza.

Tardes ronroneantes de prácticas en el hospital, entre estudiantes que se equivocaban y a los que gritaban cansados profesores clínicos.

Las demandas competitivas de la cirugía con perros, en la que imperaba Angus Duer con impaciente perfección.

Martin admiraba al profesor de Medicina Interna, T. J. H. Silva, conocido como «Papá» Silva, que era también decano de la facultad. Era un hombrecillo redondo, con un bigotito en forma de media luna. Su dios era sir William Osler, su religión era el arte de la curación por simpatía, y su patriotismo el diagnóstico físico preciso. Era un doctor Vickerson de Elk Mills más sabio y más sobrio y más seguro. Pero la adoración que Martin sentía por el decano Silva quedaba contrapesada por la aversión que sentía hacia el doctor Roscoe Geake, profesor de Otolaringología.

Roscoe Geake tenía alma de vendedor ambulante. Le habría ido bien vendiendo bonos del petróleo. Como otorrinolaringólogo creía que las amígdalas habían sido colocadas en el organismo humano con la finalidad de proporcionar a los especialistas automóviles cerrados. Un médico que dejase las amígdalas en cualquier paciente estaba, en su opinión, desdeñando por estupidez e ignorancia su futura salud y confort... la futura salud y el confort del médico. Su creencia más firme respecto al *septum* nasal era que nunca le hacía daño a ningún paciente el que se quitase una parte de él, y si el examen más esperanzado no podía hallar nada en la nariz y la garganta del paciente más que que estaba fumando demasiado, de todas maneras, en cualquier caso, el descanso forzoso después de una operación le sentaría muy bien. Geake no se cansaba de criticar la cantinela de que había que «dejar que la naturaleza actuase sola». ¡El hombre próspero medio apreciaba la

atención! No le inspiraban demasiado respeto los especialistas a menos que se le operase de vez en cuando... solo un poco y sin hacerle mucho daño. Geake daba una charla anual clásica en la que, elevándose muy por encima de la otolaringología, valoraba toda la medicina y explicaba a curadores agradecidos como Irving Watters el método para conseguir minutas adecuadas:

—El conocimiento es la cosa más grande en el mundo de la medicina, pero no sirve absolutamente para nada si no puedes venderlo, y para hacer eso tienes que imponer tu personalidad a la gente que tiene dinero. Sea el paciente un viejo o un nuevo amigo, has de utilizar siempre con él el Arte de Vender. Explicarle, y explicar también a su nerviosa y atribulada familia, lo mucho que trabajas y piensas en su caso, y hacerle sentir así que el bien que le has hecho, o que te propones hacerle, es aún mayor que la minuta que piensas presentarle. Entonces, cuando reciba tu factura, sabrá que tiene que aceptarla y no se caerá para atrás.

## II

Aún no había en Martin ninguna visión de la espaciosidad serena de la mente. Era sin duda un joven bullicioso, y bastante estridente. No tenía momentos de elevación en que se viese a sí mismo en relación con la totalidad del mundo... si es que caía en la cuenta de que hubiese una extensión del mundo a su lado. Su amigo Cliff era un patán, su amada Leora una pueblerina, por mucho que pudiera quererle, y él mismo desperdiciaba energía en un ajetreo frenético y en su asombro ante la necesidad. Pero aunque no había madurado, tenía sin embargo los pies bien asentados en la tierra, odiaba la pretenciosidad, hacía uso de sus manos y buscaba hechos firmes con una curiosidad inagotable.

Y en ocasiones esporádicas percibía la comedia de la vida; se relajaba durante una espléndida hora de la vehemencia que agotaba a sus admiradores. Como en la hora de antes de las vacaciones de Navidad en que Roscoe Geake ascendió a la gloria.

El Daily News de Winnemac comunicó que el doctor Geake había sido nombrado vicepresidente de la próspera empresa de mobiliario e instrumental médico Nueva Idea, de Jersey City, e iba a abandonar su cátedra de otolaringología. Para celebrarlo dio una última charla para toda la Facultad de Medicina sobre «El arte y la ciencia de amueblar el consultorio médico».

Geake era un hombre pulcro y refinado, de gafas, entusiasta, le gustaba la gente. Miró a sus amados estudiantes con una sonrisa esplendorosa y gritó:

—Caballeros, el problema de demasiados médicos, incluso de esos viejos y espléndidos luchadores pioneros que arrojando el barro y la tormenta, arrojando el soplo frío del invierno y el calor destemplado de agosto, van a llevar alegría y alivio del dolor a



los más humildes de este mundo, el problema es que hasta esos viejos Néstores no es tan raro que queden atrapados en un surco y nunca consigan salir de él. Ahora que abandono este campo donde he laborado durante tanto tiempo y felizmente, quiero pedir a todos y cada uno de ustedes que lean, antes de iniciar la práctica de la medicina, no solo su Rosenau y su Howell y su Gray, sino también, como una preparación para ser eso que todos los buenos ciudadanos deben ser, es decir, hombres prácticos, un valiosísimo y pequeño manual de psicología moderna, *Cómo dinamizar el arte de la venta*, por Groesvenor A. Bibeby. Pero no olviden ustedes, caballeros, y este es el último mensaje que les dirijo, que el hombre que merece la pena no es simplemente el hombre que se toma las cosas con una sonrisa, sino también el hombre que está adiestrado en la filosofía, la filosofía *práctica*, de manera que en vez de soñar despierto y de perder el tiempo hablando de «ética», por muy espléndida que sea, y de «caridad», aunque sea una virtud gloriosa, nunca olvida que desgraciadamente el mundo juzga a un hombre por la cuantía de buen dinero en efectivo que puede ganar. Los graduados de la Universidad de Los Nudillos Duros juzgan a un médico lo mismo que juzgan a un hombre de negocios, no simplemente por sus supuestos «elevados ideales» sino por la potencia en caballos de vapor que aplica a ponerlos en práctica... ¡y a hacerlos rentables! Y desde un punto de vista científico, no han de pasar por alto el hecho de que la impresión de competencia adecuadamente remunerada que inspiran a un paciente es exactamente igual de importante, en estos tiempos de la nueva psicología, que los medicamentos que introducen ustedes en él o las operaciones que él les permite practicarle.

«Nada es más importante para inspirarle que el que tengan ustedes un consultorio en el que en cuanto el paciente entre en él hayan empezado ustedes ya a venderle la idea de que va a ser curado como es debido. A mí me da igual que un médico haya estudiado en Alemania, Múnich, Baltimore o Rochester. Me da igual que tenga toda la ciencia en las yemas de los dedos, que pueda diagnosticar instantáneamente con un grado considerable de exactitud el mal más abstruso, que posea la técnica quirúrgica de un Mayo, un Crile, un Blake, un Ochsner, un Cushing. Si tiene un consultorio sucio y viejo, con asientos desvencijados y un montón de revistas de segunda mano, el paciente no tendrá confianza en él; se resistirá al tratamiento... y el médico tendrá dificultades para facturar y cobrar unos honorarios apropiados.

»Para ahondar muy por debajo de la superficie de este asunto y captar la filosofía básica y la estética del mobiliario de consultorio médico, hay hoy dos escuelas enfrentadas, la Escuela del Tapizado y la Escuela Aséptica, si se me permite aventurarme a denominarlas así y a diferenciarlas adecuadamente. Ambas tienen sus méritos. La Escuela del Tapizado afirma que asientos lujosos para los pacientes que esperan, bellos cuadros pintados a mano, una estantería de libros llena de la mejor literatura del mundo en colecciones con encuadernación cara y lujosa, junto con jarrones de cristal de roca y palmas en maceta, dan una impresión de esa opulencia que solo puede proceder de una habilidad y un conocimiento profundos. La Escuela Aséptica, por otra parte, sostiene que lo que el paciente quiere es esa apariencia de higiene escrupulosa que solo puede lograrse amueblando la sala de espera exterior, así como las dependencias interiores del consultorio, con sillas y mesas pintadas de blanco, con solo un grabado japonés sobre una pared gris.

»Pero, caballeros, a mí me parece evidente, tan evidente que me asombra que no se haya planteado antes, que la sala de espera ideal es una combinación de estas dos escuelas. Tengan sus palmeras en macetas y sus bonitos cuadros... para el médico práctico son una parte tan necesaria de su equipamiento de trabajo como un esterilizador o un baumanómetro. Pero en la medida de lo posible tengan ustedes todo de un blanco de aspecto sanitario... ¡y piensen en las combinaciones de color que se les puedan ocurrir a ustedes!, ¡o a sus buenas esposas, si gozan de la bendición del gusto artístico! ¡Opulentos cojines en rojo o en oro, en una butaca barnizada en el blanco más puro! ¡Un recubrimiento del suelo en barniz blanco, con solo un borde de rosa delicado! ¡Números recientes e inmaculados de revistas caras, con portadas artísticas, colocadas en una mesa blanca! Caballeros, es la idea del arte de vender imaginativo lo que quiero dejarles a ustedes; es el Evangelio que tengo la esperanza de difundir en mi nuevo campo de actividad, la empresa de instrumental Nueva Idea de Jersey City, donde estaré encantado de recibirles y de estrecharles la mano, cuando gusten, a todos y cada uno de ustedes.

### III

Durante la tormenta de sus exámenes de Navidad, Martin tenía una necesidad intensificada de Leora. La habían llamado a casa, a Dakota, tal vez para estar allí meses, alegando que su madre no se encontraba bien, y él tenía que verla, o pensaba que tenía que verla, diariamente. Debía de dormir menos de cuatro horas por noche. Estudiando para los exámenes en el interurbano, corría hasta ella, alzando la vista para fruncir el ceño cuando pensaba en los vivaces internos y en los pacientes masculinos con los que ella se encontraba en el hospital, burlándose de sí mismo por ser tan primitivo, y volviendo a preocuparse de nuevo otra vez. Para poder verla tenía que esperar horas en el vestíbulo, o pasear arriba y abajo fuera, en la nieve, hasta que ella pudiese escurrirse hasta una ventana y mirar fuera. Cuando estaban juntos, estaban completamente absortos. Ella tenía un talento especial para la pasión franca; le destrozaba, le torturaba, pero era tierna e intrépida.

Martin se sintió terriblemente solo cuando la vio partir en la Union Station. Las respuestas que había dado en los exámenes escritos eran competentes pero, salvo en Bacteriología y en Medicina Interna, eran esquemáticas. Volvió vacuamente al laboratorio durante el período de vacaciones.

Hasta entonces había desplegado más emoción que logros en sus pequeñas investigaciones originales. Gottlieb era paciente. «Es un magnífico sistema, esta educación. Todo lo que les metemos en la cabeza a los estudiantes, ni Koch y dos *Dieters* lo podrían aprender. No te preocupes por la investigación. Acabaremos haciéndola.» Pero esperaba que Martin realizase un milagro o dos a lo largo de la quincena de las vacaciones, y Martin no tenía fuerzas para pensar. Jugaba en el laboratorio; pasaba el rato limpiando los recipientes de cristal, y cuando trasplantaba cultivos de sus conejos, sus notas eran incompletas.

Gottlieb no tardó en ponerse ceñudo. «*Was gibt es dann?* ¿Llamas a esto notas? ¿Es que cuando alabo a alguien tiene que dejar de trabajar? ¿Te crees que eres un Theobald Smith o un Novy, que solo debes sentarte y meditar? ¡Tienes la habilidad de un Pfaff!»

Martin se mostró impenitente por una vez. Murmuró para sí, mientras Gottlieb salía pisando fuerte como un Gran Duque: «Demonios, tengo que tener *algún* descanso. Jolines, la mayoría de la gente, bueno, se va a casas estupendas de vacaciones, tiene bailes y padres y todo. Si Leora estuviese aquí, iríamos a algún espectáculo esta noche».

Cogió con furia su gorra (un objeto insulso y dudoso), buscó a Cliff Clawson, que se dedicaba en aquellas vacaciones a dormir entre partida y partida de póquer en Barney, y perfilaron los dos el proyecto de ir a la ciudad y emborracharse. Lo ejecutaron con tal éxito que se repitió durante aquellas vacaciones siempre que Martin pensaba en que tenía que volver al potro de tortura del trabajo sin inspiración, siempre que caía en la cuenta de que eran solo Gottlieb y Leora los que le mantenían allí. Después de las vacaciones, a finales de enero, descubrió que el whisky le aliviaba del frenesí del trabajo, del terror de la soledad... luego le traicionaba y le dejaba más agotado, más solo. Se sentía súbitamente viejo; tenía veinticuatro años ya, se recordaba, y era aún un escolar, su verdadero trabajo aún no había empezado. Su refugio era Cliff; Cliff admiraba a Leora y le escuchaba babear hablando de ella.

Pero luego llegó para Cliff y Martin el acontecimiento desventurado del Día del Fundador.

#### IV

El 30 de enero, el día del nacimiento del difunto doctor Warburton Stonedge, fundador de la Facultad de Medicina de Winnemac, se celebraba anualmente con un banquete pródigo en fraternidad y discursos y una gran escasez de vino. Todos los miembros del cuerpo docente reservaban sus comentarios más sesudos para aquel acontecimiento, y se esperaba que todos los estudiantes estuviesen presentes.

Ese año se celebró en el gran salón de la Asociación de Jóvenes Cristianos de la Universidad, un escenario moral de empapelado rojo, retratos de antiguos alumnos patilludos que habían salido de allí para ser misioneros, y cajas de madera de pino largas y finas que pretendían parecer vigas de roble vistas. Alrededor de los invitados famosos (el doctor Rouncefield, el cirujano de Chicago, un especialista en diabetes de Omaha, un internista de Pittsburgh) se agrupaban los miembros del cuerpo docente. Intentaban parecer festivos, pero estaban agotados y nerviosos después de cuatro meses de clases. Tenían arrugas y ojos cansados. Llevaban todos trajes normales, la mayoría sin planchar. Parecían interesados y científicos; utilizaban palabras como flebarteriectasia y hepatocolangioenterostomía y preguntaban a los invitados: «¿Así que estás ahora en

Rochester? Vaya, vaya, ¿y cómo les va a Charlie y a Will con la ortopedia?». Pero estaban hambrientos y melancólicos. Eran las siete y media y, entre ellos, los que normalmente no cenaban a las siete lo hacían a las seis y media.

En medio de esta alegría mugrienta irrumpió un ser esplendoroso, un personaje tremendo de barba negra, majestuoso con su glacial pechera, su vasta frente, unos ojos en los que ardía la genialidad o la locura. Con una gran voz maravillosa, con un aroma de acento alemán, preguntó por el doctor Silva y puso rumbo al grupo del decano como una fragata entre barquitas de pesca.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Martin.

—Vamos hasta allí a descubrirlo —dijo Cliff, y se unieron a la masa en rápido crecimiento que rodeaba al decano Silva y al misterio, que fue presentado como el doctor Benoni Carr, farmacólogo.

Oyeron luego al doctor Carr, ante la pálida admiración de los profesores ayudantes vinculados a la facultad, tronar afablemente sobre cómo había trabajado con Schmiedeberg en Alemania en el aislamiento de la dihidroxipentametildiamina, sobre las posibilidades de la quimioterapia, de la cura inmediata de la enfermedad del sueño, de la era de la curación científica. «Aunque he nacido en América, tengo la ventaja de hablar alemán desde la infancia, y tal vez por eso puedo entender mejor la obra de mi querido amigo Ehrlich. Le vi recibir una condecoración de manos de Su Alteza Imperial el Kaiser. ¡Mi querido y buen Ehrlich, era como un niño!»

Había por esta época (aunque eso cambió curiosamente en 1914 y 1915) una activa sección germanófila entre el cuerpo docente. Se inclinaban ante aquel tornado de erudición. Angus Duer olvidó que era Angus Duer; y Martin escuchaba con una estimulación emocionada. Benoni Carr tenía toda la individualidad de Gottlieb, todo su escarnio de los profesores hechos a máquina, todo su aire de un gran mundo que hacía patente que Mohalis era provinciana, sin nada de la susceptibilidad nerviosa de Gottlieb. Martin pensó que ojalá Gottlieb estuviese presente; se preguntó si los dos gigantes chocarían.

El doctor Carr estaba situado en la mesa de los oradores, cerca del decano. Martin se quedó atónito al ver que el eminente farmacólogo, tras una inspección sorprendida del pollo agrio y la torpe ensalada que componían la mayor parte de la cena, se servía algo en su vaso de agua de una inmensa petaca plateada... y que se servía ese algo frecuentemente. Se ponía además muy bullicioso. Se inclinó por encima de dos comensales para dar una palmada en el hombro al indignado decano; contradecía a sus vecinos; se puso a cantar una estrofa de «Me voy para el salvaje Missouri».

Pocos fenómenos de la cena fueron tan detenidamente observados por los estudiantes como la actuación del doctor Benoni Carr.

Después de una hora de tensa celebración, cuando el decano Silva se había levantado para presentar a los oradores, Carr se puso de pie vacilante y gritó: «Que no haya

ningún discurso. Solo los idiotas hacen discursos. Los sabios cantan canciones. ¡Iuuupi! ¡Oh, tirolí, oh, tirolí, oh, tirolí, una dama para mí! ¡Vosotros los profes sois la caraba en bicicleta!».

Había que ver al decano Silva implorándole, luego sacándole de la habitación, con la ayuda de los profesores y un placador de fútbol americano y, en el silencio de un horror jubiloso que siguió, Cliff le dijo a Martin:

—¡Ahora me la voy a cargar yo! ¡Ese maldito imbécil me prometió que no bebería!

—¿Cómo?

—Podría haber supuesto que aparecería cocido y la armaría. ¡Pero bueno, tal vez el decano no me mande al infierno en realidad!

Se explicó. El doctor Benoni Carr se llamaba en realidad Benno Karkowski. Había estudiado medicina en una escuela que daba títulos en dos años. Había leído muchísimo, pero nunca había estado en Europa. Había sido vendedor ambulante de aceite de serpiente, quiropodista, médium espiritista, maestro esotérico, jefe de sanatorios para el recreo de mujeres neuróticas. Cliff le había conocido en Zenith, estando borrachos los dos. Había sido él quien le había dicho al decano Silva que el célebre farmacólogo, que acababa de llegar de Europa, estaba en Zenith pasando unos días y tal vez podría aceptar una invitación...

El decano le había dado las gracias a Cliff efusivamente.

El banquete terminó pronto, y no se prestó la atención debida al valioso discurso del doctor Rouncefield sobre la esterilización del catgut.

Cliff se levantó preocupado y admitió que Martin tenía toda la razón en varios comentarios que le hizo. Al día siguiente (sabía convencer a las mujeres cuando se dignaba a interesarse por ello) sonsacó a la secretaria del decano y descubrió su destino. Se había reunido un comité del cuerpo docente; se había echado la culpa del ultraje de Benoni Carr a Cliff; y el decano había dicho todas las cosas que Cliff había imaginado, con una serie más que él no había tenido el talento necesario para imaginar. Pero el decano no tenía previsto convocarle inmediatamente; quería tenerle esperando torturado para ejecutarle luego públicamente.

—¡Adiós, mi buen título de médico! A la mierda, nunca me pareció gran cosa, en realidad. Supongo que seré un vendedor de bonos —dijo Cliff a Martin. Y luego fue a ver al decano y le explicó:

—Mire, decano Silva, me he acercado un momento para decirle que he decidido dejar la Facultad de Medicina. Me han ofrecido un trabajo estupendo en, ejem, en Chicago y además no tengo demasiada buena opinión de la manera que tiene usted de dirigir la facultad. Hay un exceso de memorización y muy poco espíritu científico auténtico. Que le

vaya bien, doctor. Adiós.

—Grrrrrr... —dijo el decano Silva.

Cliff se trasladó a Zenith y Martin se quedó solo. Cambió la habitación doble de fachada de la pensión por una de pasillo de la parte de atrás, y en aquella estrecha madriguera se sentaba y se acongojaba en su solitaria desolación. Miraba afuera y veía un solar vacío en el que en una valla publicitaria torcida aleteaba un anuncio hecho jirones de carne de cerdo y alubias. Pensaba en los ojos de Leora y en las gratas burlas de Cliff, y la quietud que le rodeaba era tal que no la podía soportar.

## CAPÍTULO 9

Los gemidos persistentes de la bocina de un automóvil arrastraron a Martin hasta la ventana del laboratorio, al final de una tarde de febrero. Miró abajo. Había allí un descapotable fabuloso, todo líneas aerodinámicas y pintura crema, con enormes faros. Lentamente fue dándose cuenta de que el conductor, un joven de chaqueta suelta color café de automovilista, extraña gorra a cuadros y mucho abrigo al cuello, era Cliff Clawson y que estaba haciéndole señas para que bajara.

Bajó enseguida, y Cliff le gritó:

—¡Qué, muchacho! ¿Qué te parece el barco? Diagnostica este traje, venga. Azul brezo escocés... ¡en serio! Tío Cliff se ha agenciado un trabajo de veinticinco pavos a la semana con comisiones, vendiendo automóviles. Yo estaba perdido en vuestra vieja Facultad de Medicina, amigo. Soy capaz de vender lo que sea a cualquiera. En un año estaré ganando ochenta a la semana. Sube, muchacho. Voy a llevarte al Gran Hotel y a convidarte a la comida más opípara que haya trasegado nunca tu flaco organismo.

Los sesenta kilómetros por hora a los que Cliff condujo por Zenith eran, en 1908, una velocidad asombrosa. Martin descubrió un nuevo Cliff. Era tan ruidoso como siempre, pero más seguro, rebosaba planes para adquirir inmediatamente grandes sumas de dinero. Su cabello, en tiempos revuelto y sucio por delante y tendente a sobresalir por detrás irregularmente, era ahora liso, y su cara tenía el tono rosado del masaje. Paró en el fabuloso Gran Hotel con un chirrido de los frenos; antes de bajar del coche sustituyó los guantes de conducir, de un amarillo violento, por un par de guantes grises con la costura negra, que se quitó nada más entrar en el vestíbulo. Llamó a la chica del guardarropa «Queridita» y en la puerta del comedor se dirigió al jefe de camareros:

—Hola, Gus, qué tal, cómo van las cosas esta noche. Cómo está el mucho famoso mayordomo. Gus, quiero presentarte al doctor Arrowsmith. Siempre que el doctor venga aquí quiero que muevas las piernas y las manos y le prestes tu famoso servicio, amigo mío, y que le des todo lo que te pide, y si está sin blanca, me lo cargas a mí. Vamos a ver, ahora, Gus, quiero una mesa pequeña que esté bien, para dos, con garaje y agua fría y caliente, y nos gustaría también que nos aconsejaras, Gustavus, sobre las ostras y demás sandeces necesarias para reunir todos los ingredientes de un mecenesco banquete.

—Sí señor, así lo haré, señor Clawson —dijo el jefe de camareros.

—¡He conseguido poner así a este tipo en dos semanas! ¡Tú has visto los humos que me gasto!

Mientras Cliff estaba pidiendo la cena, se había parado un hombre al lado de su mesa. Parecía un viajante diligente al que le gustase volver a su chalet suburbano todas las noches de los sábados. Estaba empezando a quedarse un poquito calvo, estaba un poco gordo. Las gafas sin montura, en medio de un rostro liso y redondo, le hacían parecer inocente. Miraba a su alrededor como si quisiese buscar a alguien con quien cenar. Cliff se levantó rápidamente, le dio unas palmaditas en el codo y dijo:

—Hombre, qué hay, Babski, muchacho. ¿Cena usted con alguien? Venga, únase a la Asociación de Caballeros Deportistas.

—Está bien, con mucho gusto. Mi mujer está fuera de la ciudad —dijo aquel hombre.

—Estreche la mano del doctor Arrowsmith. Mart, te presento al señor George F. Babbitt, ilustrísimo rey del negocio inmobiliario de Zenith. El señor Babbitt ha adornado su treinta y cuatro cumpleaños comprando su primer trasto de gasolina a este su seguro servidor, que espera seguir siéndolo siempre.

Cliff explicó lo seguro que estaba (al parecer su distinguida formación médica tenía algo que ver con ello) de llegar a ser director de una fábrica de automóviles, y el señor Babbitt explicó confidencialmente:

—Ustedes, amigos, son muchísimo más jóvenes que yo, ocho o diez años, y aún no han aprendido, como he aprendido yo, que donde está el gran placer es en Ideales y Servicio y una Carrera Pública. Ahora, solo entre ustedes y yo y el poste de la entrada, les diré que lo mío no es la propiedad inmobiliaria sino la oratoria. De hecho, en tiempos, me planteé estudiar Derecho y meterme en política. Solo entre nosotros, y no quiero que salga de aquí, les diré que he estado haciendo últimamente algunas filiaciones muy buenas... he estado reuniéndome con algunos de los jóvenes políticos republicanos más prometedores. Por supuesto, uno tiene que empezar modestamente, pero debo decir, *sotto voce*, que espero presentarme para concejal el próximo otoño. De eso a alcalde no hay más que un paso y luego me presentaré a gobernador del estado, y si encuentro que la carrera me va, no hay ninguna razón para que en diez o doce años, digamos en 1918 ó 1920, ¡no tenga yo el honor de representar al gran estado de Winnemac en Washington D. C.!

En presencia de un Napoleón como Cliff y un Gladstone como George F. Babbitt, Martin cobró conciencia de su propia falta de poder y de habilidad mercantil, y cuando regresó a Mohalis se sentía inquieto. Raras veces había pensado en su pobreza, pero ahora su ropa astrosa y su pequeña habitación, comparadas con la próspera y desahogada posición de Cliff, le avergonzaban.

## II



Una larga carta de Leora, en la que insinuaba que quizás no pudiese volver a Zenith, le dejó más solitario aún. No parecía que mereciese la pena hacer nada. En aquel estado de apatía, cuando andaba soñando por el laboratorio durante la hora de prácticas bacteriológicas elementales, Gottlieb le envió al sótano a por seis conejillos de Indias macho para inoculación. Gottlieb andaba trabajando dieciocho horas al día en nuevos experimentos; estaba tenso y nervioso e irritable; daba órdenes en un tono que hacía que pareciesen insultos. Cuando Martin regresó ensimismado con seis hembras, en vez de seis machos, Gottlieb le gritó: «¡Eres el peor imbécil que ha habido nunca en este laboratorio!».

Los rastreros, los de segundo año que tenían muy presentes las regañinas que les administraba el propio Martin, empezaron a reírse por lo bajo como animalitos, y le empujaron a decir furioso:

—Bueno, no entendí bien lo que me decía. Y es la primera vez que me equivoco. ¡Y no voy a aguantar que me hable de ese modo!

—¡Aguantará usted todo lo que yo le diga! ¡Inútil! ¡Puede usted coger el sombrero y largarse!

—¿Quiere decir que estoy destituido como ayudante?

—¡Me alegro de que tenga la inteligencia suficiente para entenderlo, por muy mal que yo hable!

Martin se fue. Gottlieb pareció de pronto desconcertado y dio un paso hacia la espalda en retirada de Martin. Pero la clase, los animalitos que reían entre dientes estaban encantados, esperaban más, y Gottlieb se encogió de hombros, les miró amedrentándoles, envió al menos torpe de ellos a por los conejillos de Indias y continuó, extrañamente tranquilo.

Y Martin, en el tugurio de Barney, bebía ardorosamente el primero de los whiskys que le enviaron a vagabundear toda la noche solo. Admitía, con cada uno de ellos que tenía una excelente oportunidad de convertirse en un borracho, y se ufanaba, con cada uno de ellos, de que no le importaba. Si Leora hubiese estado más cerca, no a los dos mil kilómetros de distancia que había hasta Wheatsylvania, habría corrido hasta ella buscando salvación. Aún sentía temblores a la mañana siguiente, y había tomado ya un trago para poder soportar la mañana cuando recibió una nota del decano Silva, ordenándole presentarse en su despacho inmediatamente.

El decano le sermoneó:

—Arrowsmith, se ha estado discutiendo su caso detenidamente en la última reunión de docentes. Ha prestado usted muy poca atención, salvo en una o dos asignaturas (en la mía en concreto no tengo ninguna queja). Sus notas han sido buenas, pero podrían ser mejores. Recientemente ha estado usted también bebiendo. Se le ha visto en lugares de muy mala reputación, y ha tenido usted relaciones estrechas con una persona que decidió

ofenderme a mí, al Fundador, a nuestros invitados y a la universidad. Diversos miembros del cuerpo docente se han quejado de que se da usted aires de superioridad y ¡de que se burla de nuestras asignaturas en la propia clase! Pero el doctor Gottlieb le ha defendido siempre ardorosamente, insistiendo en que posee usted grandes dotes para la investigación científica. Anoche, sin embargo, confesó que se había portado usted de una forma grosera con él recientemente. En fin, salvo que pase página, joven, inmediatamente, tendré que suspenderle por el resto del año y, si no es suficiente con eso, tendré que pedirle que se vaya. Y creo que podía ser una buena cosa para su humildad (¡parece tener usted un orgullo diabólico, joven!), podría ser una buena idea para usted, ir a ver al doctor Gottlieb e iniciar su reforma disculpándose...

Fue el whisky el que habló, no Martin.

—¡Ni hablar! ¡Puede irse al diablo! Le he entregado mi vida y él va y me insulta...

—Eso es absolutamente injusto con el doctor Gottlieb. Él solo...

—Claro. Él solo me echó. Me disculparé cuando nos veamos en el infierno, después de haber trabajado como he trabajado para él. Y en cuanto a Cliff Clawson, del que ha estado insinuando usted que... que «quiso ofender a alguien»... Él solo quería gastar una broma, y ustedes decidieron cargárselo. ¡Me alegro de que hiciera lo que hizo!

Luego Martin esperó las palabras que pondrían fin a su vida científica.

El hombrecillo, el sonrosado, gordito y buen hombrecillo, le miró fijamente, resopló y dijo con mucha suavidad:

—Arrowsmith, podría expulsarle inmediatamente, por supuesto, pero creo que hay en usted buena madera. No quiero que se vaya. Naturalmente, queda usted suspendido, al menos hasta que recupere el sentido y se disculpe conmigo y con Gottlieb —el tono era paternal; casi hizo arrepentirse a Martin; pero concluyó diciendo—: Y en cuanto a Clawson, su «broma» relacionada con ese tal Benoni Carr... y por qué nunca le busqué para hablar con él, no sé qué decirle, supongo que estaba demasiado ocupado... su «broma», como la llama usted, fue el acto de un idiota o de un sinvergüenza, y hasta que no sea usted capaz de darse cuenta de ello, no creo que esté en condiciones de volver con nosotros.

—De acuerdo —dijo Martin, y abandonó el despacho.

Sentía mucha lástima de sí mismo. La auténtica tragedia, pensaba, era que aunque Gottlieb le había traicionado y había puesto fin a su carrera, impidiéndole llegar a dominar la ciencia y casarse con Leora, aún seguía venerándole.

No se despidió de nadie de Mohalis más que de su casera. Hizo el equipaje, que era muy simple. Reunió sus libros, sus notas, un traje astroso, su inadecuada ropa blanca y su única gloria, la ropa de etiqueta, lo metió todo en su rígida maleta de cuero de imitación.

Recordó con lágrimas beodas aquel día que había comprado la chaqueta del traje de etiqueta.

El dinero de Martin, de la pequeña herencia de su padre, llegaba en cheques bimensuales del banco de Elk Mills. En aquel momento solo tenía seis dólares.

En Zenith dejó la maleta en la estación del tranvía interurbano y buscó a Cliff, al que encontró practicando la elocuencia sobre un bello coche fúnebre gris perla, en el que el dueño de una funeraria, bien cargado de cerveza, estaba jovialmente interesado. Esperó, sentado en el estribo de una limusina, encogido y retorcido. Le molestaban, aunque se sentía demasiado apático para que le molestasen demasiado, las miradas de los otros vendedores y de las taquígrafas.

Cliff se acercó corriendo, y mascullando: «Vaya, vaya, ¿cómo estás, muchacho? Vamos a echar un trago».

—No me vendría mal.

Martin sabía que Cliff estaba mirándole fijamente. Cuando entraron en el bar del Gran Hotel, con sus cuadros de damas encantadoras pero ensimismadas, sus espejos, su gruesa barandilla de mármol a lo largo de una barra de caoba, masculló:

—Bueno, me ha tocado a mí, también. Papá Silva me ha echado, por inutilidad general. Voy a vagabundear un poco y luego a buscar trabajo. ¡Dios mío, estoy tan nervioso y tan cansado! Oye, ¿puedes prestarme algo de dinero?

—Claro. Todo lo que tenga. ¿Cuánto quieres?

—Creo que necesitaré unos cien dólares. Puede que me dedique a andar por ahí algún tiempo.

—Bueno, no tengo tanto, pero probablemente pueda conseguirlo en la oficina. Mira, siéntate en esa mesa y espérame.

Nunca se ha llegado a explicar cómo consiguió Cliff los cien dólares, pero en un cuarto de hora estaba de vuelta. Fueron a comer, y Martin bebió mucho whisky, demasiado. Cliff se lo llevó a su propia pensión (que daba claramente menos indicios de prosperidad que su atuendo), le administró con firmeza un baño de agua fría para hacerle reaccionar y le metió en la cama. A la mañana siguiente se ofreció a buscarle un trabajo, pero Martin rechazó la propuesta y abandonó Zenith a mediodía en el tren que iba hacia el Norte.

En los Estados Unidos hay siempre, desde los tiempos de los pioneros, una población de parias compuesta por jóvenes desarrapados que peregrinan despreocupadamente de estado en estado, de cuadrilla en cuadrilla, poseídos por el ansia de vagabundeo. Visten camisas negras de sarga y portan hatillos. No son vagabundos permanentes. Tienen pueblos natales a los que vuelven, para trabajar tranquilamente en la

fábrica o en las cuadrillas del ferrocarril durante un año, o una semana, y vuelven a desaparecer con la misma discreción. Se agolpan de noche en los vagones de fumadores; esperan sentados en silencio, en los bancos de sucias estaciones; conocen todo el país pero no saben nada de él, porque, en el centenar de ciudades que recorren, solo ven las agencias de empleo, los restaurantes que están abiertos toda la noche, los tugurios que venden alcohol ilegal, las pensiones escabrosas. Martin se esfumó en ese mundo de viajeros. Bebía mucho, consciente solo a medias de a dónde iba, de lo que quería hacer, avergonzado y perseguido por el recuerdo de Leora y de Cliff y de las diestras y rápidas manos de Gottlieb; pasó rápidamente de Zenith a la ciudad de Sparta, cruzó Ohio, subió hasta Michigan, siguió hacia el Oeste hasta Illinois. Su mente era un caos. Nunca podía recordar del todo, después, dónde había estado. En una ocasión, eso está claro, fue camarero de un bar de refrescos de Minnemagantic. En otra, debió de ser una semana lavaplatos en el hedor de un restaurante barato. Vagabundó viajando en trenes de carga, o en vagones cerrados de equipaje, a pie. Sus compañeros de vagabundeo le conocían como «Slim», el más cascarrabias y el más inquieto de todo el grupo.

Al cabo un tiempo, empezó a aparecer un sentido de dirección en su loco vagabundeo. Se dirigía instintivamente hacia el Oeste, y dentro del Oeste hacia el largo crepúsculo de la pradera, donde estaba esperando Leora. Dejó de beber un día o dos. Despertó sintiéndose no el vagabundo enfermo llamado Slim, sino Martin Arrowsmith, y caviló, con una mente que empezaba a aclararse: «¿Por qué no puedo volver? Tal vez esto no haya sido malo para mí. Estaba trabajando demasiado. Estaba muy tenso. Estallé. Me gustaría, bueno... ¿qué habrá sido de mis conejos?... ¿Me dejarán investigar de nuevo alguna vez?».

Pero volver a la universidad antes de haber visto a Leora era imposible. Su necesidad de ella era una obsesión, y hacía que el resto del mundo fuese absurdo y desdeñable. Había ahorrado, con una confusa sagacidad, la mayor parte de los cien dólares que le había pedido a Cliff; había vivido, muy mal, a base de guisos que nadaban en grasa y de pan que apestaba a bicarbonato, con lo que iba ganando a lo largo del camino. De pronto, en ningún día determinado ni en ninguna población determinada de Wisconsin, se dirigió a la estación, compró un billete para Wheatsylvania, Dakota del Norte, y telegrafió a Leora: «Llego mañana miércoles 2:43. Sandy».

### III

Cruzó el ancho Mississippi y entró en Minnesota. Cambió de tren en St. Paul; se adentró en las extensiones de nieve batidas por el viento, cortadas por las delicadas líneas de alambre de las cercas. Se sintió libre, sin el agobio de los pequeños campos de Winnemac y Ohio; sintió que se relajaban los nervios temblorosos del estudio de medianoche y de la borrachera de medianoche. Recordó sus días tendiendo cable telefónico en Montana y recuperó aquella paz despreocupada. El crepúsculo era una marejada

carmesí, y de noche, cuando se bajó del asfixiante vagón del ferrocarril y pisó el andén de Sauk Centre, bebió el aire helado y alzó la vista hacia la vastedad solitaria de las estrellas del invierno. El abanico de la aurora boreal atemorizaba y glorificaba el cielo. Regresó al vagón con la energía de aquel país valeroso. Cabeceó y gorgoteó en un breve sueño sofocante; se acomodó en el asiento y habló con amistosos camaradas vagabundos; bebió café amargo y comió exageradamente pasteles de alforfón en un restaurante de estación; y así, cambiando de trenes en poblaciones anónimas, llegó por fin a los agazapados refugios, los dos elevadores de trigo, los rediles de ganado, el depósito de petróleo y la caja roja de una estación, con su andén cubierto de barro, que formaban los arrabales de Wheatsylvania. Recortándose en la estación, absurda en un inmenso abrigo de mapache, estaba Leora. Debía de parecer un poco loco mientras la miraba fijamente desde el vestíbulo, temblando con el viento. Leora alzó hacia él sus dos manos abiertas, infantiles en las manoplas rojas. Corrió hacia ella, dejó caer su maltrecha maleta en el andén y, sin reparar en los boquiabiertos campesinos cubiertos de pieles, se perdieron en un beso.

Años más tarde, en un mediodía tropical, él recordaría la frescura de las mejillas de ella enfriadas por el viento.

El tren se había ido, alejándose traqueteante de la pequeña estación. Se había mantenido como un paredón oscuro al lado del andén, protegiéndoles, pero, al irse, la luz de los campos nevados se abatió deslumbrante sobre ellos y les dejó expuestos y cohibidos.

—¿Qué... qué ha pasado? —balbuceó ella—. Ni una carta. Estaba tan asustada.

—Anduve vagabundeando. El decano me expulsó... por ser descarado con los profes. ¿Te importa?

—Por supuesto que no, si tú querías...

—He venido a casarme contigo.

—No veo cómo vamos a poder, querido mío, pero... De acuerdo. Será una pelea encantadora con Pa —se echó a reír—. Se sorprende y se siente tan ofendido cuando pasa algo que él no ha planeado. Estará muy bien tenerte conmigo en la discusión, porque no se supone que tú sepas que él espera planearlo todo para todos y... ¡Oh, me he sentido tan sola sin ti! Madre no está nada enferma en realidad, absolutamente nada, pero siguen queriendo que esté aquí. Creo que es probable que alguien le haya insinuado a Pa que la gente andaba diciendo que debía de estar arruinado, si su querida hijita tenía que irse y aprender enfermería, y que aún no ha podido quitarse de encima esa preocupación... a Andrew Jackson Tozer le cuesta aproximadamente un año quitarse de encima cualquier preocupación. ¡Oh, Sandy! ¡Estás aquí!

Después del traqueteo y el hacinamiento del tren, la aldea daba la impresión de estar completamente vacía. Podría haber dado una vuelta alrededor de Wheatsylvania en diez minutos. Probablemente, para Leora un edificio difería de otro (parecía distinguir entre la tienda de Norblom y la de Frazier amp; Lamb), pero para Martin las dos cabañas de madera

de dos plantas, que avanzaban arrastrándose a la deriva a lo largo de la ancha calle Mayor, carecían de rasgos distintivos y eran indiferenciables. Luego, «Esa es nuestra casa, al final de la cuadra siguiente», dijo Leora, cuando doblaron la esquina en el almacén de provisiones y herramientas, y Martín quiso detenerse en un acceso de pánico y de vergüenza. Vio venir sobre él una tormenta: el señor Tozer acusándolo de ser un fracasado que quería destrozar la vida de Leora, la señora Tozer llorando.

—Oye... oye... oye... ¿les has hablado de mí? —tartamudeó.

—Sí. Un poco. Les dije que eras una lumbrera en la Facultad de Medicina, y que quizás nos casásemos en cuanto terminases el internado, y, luego, cuando llegó el telegrama, querían saber por qué venías, y por qué ponías el telegrama desde Wisconsin, y de qué color era la corbata que llevabas cuando pusiste el telegrama, y yo no podía hacerles entender que no lo sabía. Lo discutieron. Muchísimo. Discuten mucho las cosas. Durante toda la cena. Muy en serio. Oh, Sandy, maldice y jura un poco en las comidas.

Él se sentía amilanado. Los padres de Leora, antes figuras divertidas de un relato, se hacían agobiantemente reales ante la amplia casa parda porcheada. Se había abierto hacía poco en la pared una gran ventana de vidrio cilindrado, con un borde en color, como un signo de prosperidad, y el garaje era nuevo y autoritario.

Siguió tras Leora, esperando la explosión. Abrió la puerta la señora Tozer, y se le quedó mirando quejumbrosamente... una mujer apagada, sin gracia, delgada. Se inclinó como si él fuese algo inexplicable y dudoso más que mal recibido.

—¿Le enseñarás su habitación al señor Arrowsmith, Ory, o se la enseño yo? —pio.

Era el tipo de casa donde hay un fonógrafo grande pero ningún libro y, si había cuadros, y no podía tenerse ninguna esperanza de que los hubiese, Martín nunca los recordaría después. La cama de su habitación estaba llena de bultos, pero cubierta con una colcha castamente ornamentada, y la jarra y el cuenco floreados se apoyaban en un tapete bordado en rojo con corderos, ranas, nenúfares y un lema piadoso.

Martín tardó todo lo que pudo en sacar de la maleta las cosas que no hacía ninguna falta sacar de ella, y bajó las escaleras con paso vacilante. No había nadie en la sala que olía a calor de horno y a cojines de abeto balsámico; luego, surgida aparentemente de la nada, estaba allí la señora Tozer, preocupándose por él e intentando pensar algo cortés que decir.

—¿Fue cómodo el viaje en tren?

—Oh, sí, lo fue... bueno, el tren iba un poco lleno.

—¿Ah, estaba lleno?

—Sí, había mucha gente viajando.

—¿La había? Supongo... Sí. A veces me pregunto a dónde puede estar yendo toda la gente que ves yendo a los sitios todo el tiempo. Y... ¿hacía mucho frío en las ciudades... en Minneapolis y St. Paul?

—Sí, hacía bastante frío.

—¿Ah, hacía frío?

La señora Tozer estaba tan inmóvil, se mostraba tan ansiosamente cortés. Martin se sentía como un ladrón al que se confundiese con un invitado, y se preguntaba insistentemente dónde podría estar Leora. Entró serenamente, con café y un tremendo pastel de café sueco voluptuoso, con uvas pasas y azúcar moreno resplandeciente, y les dejó allí hablando, sin apenas embarazo ya, sobre el frío que hace en invierno y el valor de los Fords, hasta que interrumpió su animado coloquio la aparición del señor Andrew Jackson Tozer, y hubo que volver de nuevo a la cortesía.

El señor Tozer era tan delgado e insignificante y atezado por el sol como su esposa, y piaba como ella al hablar, y guardaba silencio y cavilaba. Lo que más le asombraba era que hubiese en el mundo tantas cosas que no se relacionasen con su elevador de grano, su lechería, su pequeño banco, la iglesia de la Hermandad Unida y conducir con la prudencia debida un automóvil Overland. No tenía nada de asombroso que se hubiese hecho casi rico, ya que no aceptaba nada que no resultase natural y conveniente para Andrew Jackson Tozer.

Insinuó un deseo de saber si Martin «bebía», lo próspero que era y cómo era posible que hubiese recorrido todo el camino hasta allí desde los refinamientos urbanos de Winnemac. (Los Tozer habían nacido en Illinois, pero llevaban en Dakota desde la infancia, y consideraban Wisconsin el borde más lejano y peligroso del horizonte del Este.) Eran tan escuetos, tan escalofriantemente corteses, que Martin pudo evitar temas tan desagradables como el de que le hubiesen expulsado. Procuró dar la impresión de que era un joven estudiante de medicina aplicado, que dentro de muy poco estaría ganando grandes sumas de dinero para mantener adecuadamente a su Leora, pero cuando estaba empezando ya a retreparse en su asiento, se vio traicionado por la aparición del hermano de Leora.

Bert Tozer, Albert R. Tozer, cajero y vicepresidente del Banco del Estado de Wheatsylvania, auditor y vicepresidente de la Empresa de Grano y Almacenaje Tozer, tesorero y vicepresidente de la Lechería Star, no se hallaba afligido en modo alguno por aquella atenta indecisión de sus padres. Tenía unos dientes saltones y en los anteojos una cadena de oro, que conducía hasta el elegante gancho situado detrás de la oreja izquierda. Él creía en el progreso del pueblo, en los viajes en automóvil organizados, en los boy-scouts, en el béisbol y en que a los miembros del sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo había que ahorcarles a todos; y su pesar más doloroso era que Wheatsylvania fuese demasiado pequeño (todavía) para tener una Asociación de Jóvenes Cristianos o un Club Comercial. A su lado entraba su prometida, la señorita Ada Quist, hija del almacén de provisiones y utensilios. Tenía la nariz afilada, pero no tan afilada como la voz o la desconfianza con que miraba a Martin.

—¿Este es Arrowsmith? —exigió Bert—. ¡Vaya! ¡Bueno, supongo que estarás contento de encontrarte en el país de Dios!

—Sí, es estupendo...

—El problema de los estados del Este es que no tienen brío o el espacio necesario para crecer. ¡Tendrías que ver una auténtica cosecha de Dakota! Una cosa, ¿cómo es que estás fuera de la universidad en esta época del año?

—Me tomé un pequeño descanso.

—Leora dice que tú y ella estáis pensando en casaros.

—Nosotros...

—¿Tienes algo de dinero aparte del que tienes que gastar en tus estudios?

—¡No!

—¡Lo suponía! ¿Y cómo esperas mantener a una esposa?

—Supongo que practicaré la medicina algún día.

—¡Algún día! ¿Qué sentido tiene entonces hablar de estar prometidos hasta que no puedas mantener a una esposa?

—Eso —interrumpió la amada de Bert, la señorita Ada Quist—, ¡eso fue precisamente lo que dije yo, Ory!

Parecía hablar con su nariz puntiaguda tanto como con la boca de botón.

—¡Si Bert y yo podemos esperar, supongo que los demás también pueden! —añadió.

—No seas tan duro con el señor Arrowsmith, Bertie —gimoteó la señora Tozer—. Estoy segura de que quiere hacer lo correcto.

—¡No estoy siendo duro con nadie! Estoy siendo sensato. Si Pa y tú estuvieseis pendientes de las cosas en vez de andar siempre remugando, no tendría que intervenir yo. No me gusta meterme en los asuntos de los demás, ni que los demás se metan en los míos. Vive y deja vivir y ocúpate de tus cosas, ese es mi lema, y eso es lo que le dije el otro día a Alec Ingleblad cuando estaba allí afeitándome e intentó hacerse el gracioso con comentarios sobre todas las hipotecas que teníamos, ¡pero lo que no estoy dispuesto a consentir es que un tipo del que no sé nada venga aquí a husmear y a molestar a Mi Hermana mientras no sepa algo sobre sus perspectivas!



—Bertie, hermanito, haz el favor de no meterte en camisa de once varas —canturreó Leora.

—Sí y tú qué, Ory —chilló Bert—, ¡si no fuese por mí te habrías casado ya con Sam Petchek hace dos años!

Luego Bert dijo, con ejemplos e ilustraciones, que ella era una cabeza hueca, y en cuanto a lo de la enfermería... *¡Enfermería!*

Ella dijo que Bert era lo que era e intentó explicarle a Martin el asunto de Sam Petchek. (Nunca había sido explicado del todo.)

Ada Quist dijo que a Leora no le importaba destrozar el corazón de sus padres y arruinar la carrera de Bert.

—Miren, yo... —intentó Martin, y no consiguió llegar más allá. El señor y la señora Tozer dijeron que tenían que calmarse todos y que, por supuesto, Bert no quería decir... Pero en el fondo, era verdad; tenían que ser sensatos, y cómo podía esperar el señor Arrowsmith mantener a una esposa...

La conferencia duró hasta las nueve y media, en que, como señaló el señor Tozer, era hora de que todo el mundo se fuese a la cama, y salvo por la discusión de cinco minutos sobre si la señorita Ada Quist debía de quedarse a cenar, y el debate sobre lo salada que estaba la última cecina, se centraron fielmente en la investigación de si Martin y Leora estaban comprometidos. Todas las personas interesadas, entre las que no parecían incluirse Martin y Leora, decidieron que no lo estaban. Bert acompañó a Martin arriba. Procuró que los amantes no tuviesen una oportunidad de darse un beso de buenas noches, y hasta que el señor Tozer gritó desde abajo, desde el vestíbulo, siete minutos después de las diez: «¿Es que piensas estar ahí arriba dándole a la lengua toda la bendita noche, Bert?» tuvo la gentileza de permanecer sentado en la cama de Martin, mirando despectivamente su mísero equipaje, y exigiendo datos de su familia, religión, ideas políticas y actitud frente a los horrores de los juegos de cartas y el baile.

En el desayuno expresaron todos la esperanza de que Martin se quedase una noche más en su casa... había sitio de sobra.

Bert dictaminó que Martin iría al centro del pueblo a las diez y se le enseñarían el banco, la lechería y el elevador de grano.

Pero a las diez Martin y Leora estaban en el tren camino del Este. Se bajaron en la capital del condado, Leopolis, una vasta ciudad de 4.000 habitantes, que contaba con un edificio de tres plantas. A la una de aquella tarde les casó allí un pastor luterano alemán. Su despacho era un vacío rodeado por una estufa de leña grande y oxidada, y los testigos, la esposa del pastor y un viejo alemán que había estado todo el día paleando para abrir caminos en la nieve y estaba sentado en una caja de madera y parecía adormilado. Hasta que no cogieron el tren de la tarde para Wheatsylvania, no escaparon Martin y Leora al

temor fantasmal que les había perseguido todo el día. En el fétido tren, muy juntos, cogidos de la mano, inocentemente libres de la alienación que la pomposidad de las bodas interpone a veces entre los enamorados, suspiraban: «¿Ahora qué vamos a hacer?... ¿Qué vamos a hacer *ahora?*».

En la estación de Wheatsylvania fueron recibidos por toda la familia, muy enfadada.

Bert había sospechado la fuga. Había investigado en media docena de poblaciones a través de conferencias telefónicas, y contactado con el secretario del condado justo después de que se hubiese otorgado la licencia. No suavizó su furia el hecho de que dicho secretario le indicase que si Martin y Leora eran mayores de edad no se podía hacer nada, y que le importaba un rábano con quién pudiese estar hablando, que era él el que llevaba aquella oficina.

Bert había llegado a la estación decidido a conseguir que Martin fuese perfecto, incluso tan perfecto como el propio Bert Tozer, y a que lo fuese inmediatamente.

Siguió a eso una velada terrible en la mansión de los Tozer.

El señor Tozer explicó, por extenso, que Martin había asumido responsabilidades.

La señora Tozer lloró y dijo que esperaba que Ory no hubiese tenido que casarse por ciertas razones...

Ada Quist dijo que Ory podría ahora comprobar a lo que llevaba el orgullo y la presunción de ir a su maravilloso Zenith...

El señor Tozer dijo que había una cosa buena en el asunto, de todos modos: Ory podría ver ahora por sí misma que no podían dejar que volviese a la escuela de enfermería y se metiese en más líos...

Martin aportaba de cuando en cuando comentarios en el sentido de que él era un buen muchacho, un bacteriólogo maravilloso y capaz de hacerse cargo de su esposa; pero nadie salvo Leora le escuchaba.

Bert propuso luego (mientras su padre chillaba: «Vamos, no seas *demasiado* duro con el chico») que si Martin *pensaba* por un solo *instante* que iba a recibir un solo *céntimo* de los Tozer porque se hubiese entrometido sin más ni más donde nadie le había *invitado*, él, Bert, quería *saberlo*, eso era todo, ¡él, por supuesto, quería *saberlo!*

Y Leora les observaba, girando su cabecita hacia uno y hacia otro. En una ocasión se acercó a estrechar la mano de Martin. En lo más bronco de la tormenta, cuando Martin estaba empezando a enfurecerse, sacó de un bolsillo misterioso una caja de cigarrillos muy malos y encendió uno. Ninguno de los Tozer había descubierto que ella fumaba. Pensasen lo que pensasen de su moral sexual, su infidelidad a la Hermandad Unida y su demencia general, no habían sospechado que pudiese cometer una obscenidad como la de fumar.

Arremetieron contra ella y Martin contuvo el aliento lleno de furia.

El señor Tozer había ido de algún modo tomando una decisión a lo largo de todas estas fulminaciones. Era capaz a veces de arrebatarse la dirección a Bert, al que consideraba útil pero un poco indiscreto e incapaz de captar «todo el valor de un dólar». (Él lo valoraba en un dólar y 90 centavos, pero el progresista Bert en poco más de unos 50.) Por último el señor Tozer dio suavemente órdenes:

Debían dejar de «incordiar». No tenía ninguna prueba de que Martin fuese necesariamente un mal partido para Ory. Ya verían. Martin volvería inmediatamente a la Facultad de Medicina, y sería un buen muchacho y terminaría sus estudios todo lo rápido que pudiese y empezaría a ganar dinero. Ory seguiría en casa y tendría que comportarse... y ciertamente nunca más se volvería a portar como una Mala Mujer fumando cigarrillos. Y de momento Martin y ella no tendrían, ejem, relaciones. (La señora Tozer pareció turbarse y la ávidamente atenta Ada Quist ruborizarse.) Podrían escribirse una vez por semana, pero eso sería todo. No podrían actuar de ninguna manera, ejem, como si estuviesen casados hasta que él diese permiso.

—¿Bien? —preguntó.

Es indudable que Martin debería haberles desafiado y haberse adentrado en la noche con su esposa en brazos. Pero parecía faltar solo un momento para que se graduase, para que pudiese empezar a ejercer la medicina. Ya tenía a Leora, para siempre. Tenía que ser sensato, por ella. Volvería y sería Práctico. ¿Los ideales de la ciencia de Gottlieb? ¿Los laboratorios? ¿La investigación? ¡Al cuerno!

—De acuerdo —dijo.

No se le ocurrió que su abstención del amor empezaría esa noche; no se dio cuenta de ello hasta que, extendiendo las manos hacia Leora, sonriendo lleno de virtud por haber decidido ser prudente, oyó cacarear al señor Tozer: «Ory, tú sube a acostarte ya... ¡en tu habitación!».

Esa fue su noche de bodas; dando vueltas en la cama, a diez metros de ella.

En una ocasión oyó que se abría una puerta y pensó emocionado que ella venía. Esperó tenso. Ella no llegaba. Atisbó fuera, decidido a encontrar su habitación. La honda hostilidad que sentía hacia su cuñado se incrementó aún más: Bert estaba paseando por el pasillo, de guardia. Si hubiese sido físicamente más formidable, Martin podría haberle matado, pero no podía enfrentarse a aquella probidad dentona y chillona. Se acostó y decidió maldecirles a todos por la mañana e irse con Leora, pero con la llegada de la depresión de las tres de la mañana se dio cuenta de que ella, probablemente, se moriría de hambre con él, que estaba deshonorado, que no era seguro ni mucho menos que no se convirtiese en un borracho.

«Pobre chica, no destrozaré su vida. ¡Dios mío, cómo la amo! Volveré, sí, y cómo

voy a trabajar... ¿Podré soportarlo?»

Así fueron su noche de bodas y su amanecer baldío.

Tres días más tarde entraba en el despacho del doctor Silva, decano de la Facultad de Medicina de Winnemac.

## CAPÍTULO 10

La secretaria del decano Silva levantó la vista alegremente, escuchó con atención, expectante. Pero Martin dijo con mansedumbre: «¿Podría ver al decano, por favor?». Y esperó mansamente, en la hilera de sillas de roble, bajo el calendario farmacéutico de Dawson Hunziker.

Atravesó solemnemente la puerta de cristal hasta el despacho del decano y allí estaba el doctor Silva, sonriendo resplandeciente. Sentado, el hombrecillo parecía grande, tan abombada tenía la cabeza, tan tupido era su bigote redondeado.

—¡Bueno, caballero!

—Me gustaría volver —suplicó Martin—, si usted me lo permite. Le pido sinceramente disculpas a usted e iré a ver al doctor Gottlieb y me disculparé con él... aunque sinceramente, no puedo dejar tirado a Cliff Clawson...

El doctor Silva saltó de su asiento, impetuosamente. Martin se preparó. ¿No era bienvenido? ¿No tenía ningún hogar, en ninguna parte? No podría luchar. Ya no le quedaba valor. Estaba tan cansado después del monótono viaje, después de contenerse tanto para no enfadarse con los Tozer. ¡Estaba tan cansado! Miró melancólicamente al decano.

—No se preocupe, muchacho —gorjeó el hombrecillo—. ¡No hay ningún problema! Nos alegramos de que vuelva usted. ¡Sobran las disculpas! Lo único que yo quería era que hiciera usted lo que haya estado haciendo. ¡Es bueno tenerle de vuelta! Creía en usted, y luego pensé que tal vez le hubiésemos perdido. ¡Viejo tonto!

Martin estaba sollozando, demasiado débil para contenerse, demasiado solo y demasiado débil, y el doctor Silva intentó consolarle.

—Hablémoslo todo y veamos dónde estaba el problema. ¿Qué puedo hacer yo? Entiende usted, Martin, que la cosa que yo más deseo en la vida es ayudar a que haya en este mundo el mayor número posible de buenos médicos, de grandes profesionales. ¿A qué se debe ese nerviosismo? ¿Dónde ha estado usted?

Cuando Martin llegó a Leora y su matrimonio, Silva ronroneó: «¡Estoy encantado! Parece por lo que me dice, una chica estupenda. Bueno, tenemos que intentar que entre usted en el Hospital General de Zenith para el internado, dentro de un año, y que pueda así mantenerla adecuadamente».

Martin recordó con qué frecuencia, qué acerbamente se había burlado Gottlieb de

«esas alegres campanas de boda o de cárcel». Salió de allí convertido en un discípulo de Silva; se fue a estudiar furiosamente; y la brillante locura del genio de Max Gottlieb se esfumó de su fe.

## II

Leora escribió diciendo que la habían expulsado de la escuela de Enfermería por su excesiva falta de asistencia y por estar casada. Sospechaba que había sido su padre quien había informado a las autoridades del hospital. Luego, se descubrió que ella había encargado en secreto un libro de taquigrafía y, pretextando querer ayudar a Bert, estaba utilizando la máquina de escribir del banco, con la esperanza de que en el otoño próximo pudiese irse con Martin y ganarse la vida trabajando como taquígrafa.

En una ocasión, él se ofreció a dejar la medicina, a coger cualquier trabajo que pudiese encontrar y mandar a por ella. Ella lo rechazó.

Aunque Martin, al ponerse al servicio de Leora y de su nuevo dios, el decano Silva, se había hecho austero, negándose a sí mismo el whisky, aprendiendo página tras página de medicina con una furia frenética, se sentía siempre en un vacío de deseo de ella y siempre echaba a correr en la última manzana, antes de llegar a la pensión, para ver si había una carta suya. De pronto se le ocurrió un plan. Había probado ya la vergüenza... esta nueva vergüenza no importaba. Huiría hasta ella en las vacaciones de Pascua; obligaría a Tozer a mantenerla mientras estudiaba taquigrafía en Zenith; él la tendría cerca durante el último año. Pagó a Cliff los cien dólares que le había prestado en cuanto llegó el cheque bimensual de Elk Mills, y calculó sus finanzas al céntimo. Si no compraba el traje que necesitaba angustiosamente, podía arreglárselas. Luego hizo solo dos comidas al día, durante más de un mes, y de esas comidas una consistía en pan y mantequilla con café. Se lavaba él mismo la ropa blanca en la bañera y, salvo esporádicas caídas ferozmente disfrutadas, no fumó.

Su regreso a Wheatsylvania fue como su primera fuga, salvo que habló menos con sus colegas vagabundos, y durante todo el trayecto, entre sueñecitos inquietos en los asientos rojos de felpa de los vagones de tren, estudió los voluminosos libros de ginecología y de medicina interna. Le había escrito a Leora dándole determinadas instrucciones. Se reunió con ella en el borde de Wheatsylvania y tuvieron un momento de charla y pudieron darse un resuelto beso.

Las noticias se difunden con rapidez en Wheatsylvania. Hay un cierto interés por los asuntos de los demás, y ojos de ciudadanos de cuya existencia Martin no tenía noticia le habían seguido desde su llegada. Cuando los culpables llegaron al castillo plagado de huesos de los ogros Tozer, el padre y el hermano de Leora estaban ya allí, furiosos. El bueno de Andrew Jackson se puso a gritarles. Dijo que podía ser que no hubiese sido una locura el que Martin se hubiese «escapado una vez de la facultad, pero ir y largarse esta

segunda vez era una locura absoluta». A pesar de estas palabras, Martin y Leora sonreían confiados.

En cuanto a Bert, sus palabras fueron:

—¡Vive Dios, caballero, esto es demasiado! —Bert había estado leyendo novelas—. Rechazo el uso de términos impropios, pero al ver que vienes de nuevo a asediar a mi hermana por segunda vez, eso es lo único que puedo decir, ¡vive Dios, caballero, esto es demasiado!

Martin se limitó a mirar por la ventana cavilosamente. Reparó en que había tres personas paseando por la calle cenagosa. Todos miraban a la casa de los Tozer con esperanzado interés. Luego habló con firmeza:

—Señor Tozer, he estado trabajando duro. Todo ha ido magníficamente. Pero he decidido que no quiero vivir sin mi mujer. He venido a llevármela. Legalmente, no puede usted impedírmelo. Admitiré, sin discusión, que aún no puedo mantenerla, si sigo en la universidad. Ella va a estudiar taquigrafía. En unos cuantos meses podrá ganarse la vida y entretanto espero que sea usted lo bastante decente para mandarle dinero.

Tozer dijo: «Esto es demasiado». Bert lo llevó aún más allá: «¡Este Tipo, no solo arruina prácticamente a una chica, sino que viene y pide que la mantengamos nosotros por él!».

—Está bien. Como quiera. A la larga, será mejor para ella y para mí y para ustedes si termino la carrera de Medicina y tengo una profesión, pero si no quieren cuidarse de ella, dejaré la facultad, me pondré a trabajar. ¡Oh, la mantendré, desde luego! Solo que nunca volverán a verla. Si siguen comportándose como unos imbéciles, ella y yo nos iremos de aquí en el tren de la noche para la costa, y ese será el final.

Por primera vez en sus siglos de discusión con los Tozer, Martin se puso melodramático. Agitó el puño bajo la nariz de Bert.

—¡Y si tú intentas impedirnos marchar, que Dios te ampare! ¡Cómo se va a reír de ti todo el mundo en este pueblo!... ¿Qué me dices a eso, Leora? ¿Estás dispuesta a irte conmigo... para siempre?

—Sí —dijo ella.

Lo discutieron, por extenso. Tozer y Bert adoptaron actitudes de defensa. Ellos no podían, dijeron, dejarse intimidar por nadie. Además, Martin era un Aventurero, y ¿cómo sabía Leora que no estaba planeando vivir a costa del dinero que le enviase a ella? Poco a poco fueron cediendo. Decidieron que aquel nuevo y maduro Martin, aquella nueva Leora de mirada dura estaban dispuestos a dejarlo todo con tal de estar juntos.

El señor Tozer lloriqueó mucho, y acabó prometiendo enviarle a Leora setenta

dólares al mes hasta que estuviese preparada para trabajar en una oficina.

En la estación de Wheatsylvania, mirando desde la ventanilla del tren, Martin comprendió que aquel Jackson Tozer de ojos angustiados y labios fruncidos amaba a su hija, sentía mucho que se fuese.

### *III*

Martin encontró una habitación para Leora en el deteriorado borde norte de Zenith, varios kilómetros más cerca de Mohalis y de la universidad de lo que lo había estado el hospital; una habitación cuadrada blanca y azul, con sillas sucias pero con respaldo hasta los hombros. Daba a un terreno baldío, azotado por el viento y descuidado, que llegaba hasta las brillantes y lejanas vías del ferrocarril. La casera era una alemana gorda sensible a lo romántico. Es dudoso que llegase a creer alguna vez que estaban casados. Era una buena mujer.

Había llegado el baúl de Leora. Sus libros de taquigrafía estaban primorosamente colocados en su pequeña mesa, y sus zapatillas rosa de fieltro estaban colocadas debajo de la cama metálica blanca. Martin se asomó con ella a la ventana, enloquecido con un orgullo de propietario. De pronto se sintió tan débil, tan cansado, el misterioso cemento que mantiene unida una célula a otra parecía disolverse, y tuvo la sensación de estar desmayándose. Pero las rodillas se enderezaron rígidamente, echó la cabeza hacia atrás, apretó los labios sobre los dientes, se contuvo y exclamó: «¡Nuestro primer hogar!».

Era embriagador que estuviese con ella, tranquilo, sin que nada les perturbara.

Aquella habitación vulgar brillaba con una luz extraña; las vigorosas malas hierbas y los ásperos matorrales del terreno baldío estaban radiantes bajo el sol de abril, y había gorriones piando.

—Sí —dijo Leora, con la voz, luego con labios ávidos.

### *IV*

Leora asistió a la Universidad de Comercio y Finanzas de Zenith, cuyo título indicaba que era una escuela grande y razonablemente mala para taquígrafas, contables e



hijos de cerveceros y políticos de Zenith que no eran capaces de acceder siquiera a las universidades del estado. Trotaba diariamente hasta el tranvía, una limpia figura infantil con cuadernos y lápices afilados, para perderse entre la horda de estudiantes. Tardó seis meses en aprender la taquigrafía suficiente para conseguir un puesto de trabajo en una oficina de seguros.

Hasta que Martin se graduó, conservaron aquella habitación, su hogar, cada día más querido. Nadie había tan hogareño como aquellas dos aves de paso. Dos noches por semana como mínimo, Martin llegaba de Mohalis y estudiaba allí. Ella tenía un talento genial para mantenerse apartada de su camino, para no exigir que se fijase en ella, de manera que, mientras él se zambullía en sus libros como no había hecho jamás en la susurrante, gruñente y expectorante compañía de Cliff, siempre tenía la sensación cálida y semiinconsciente de su presencia. A veces, a medianoche, justo cuando él empezaba a darse cuenta de que tenía hambre, descubría que había aparecido junto a él, por silenciosa magia, un plato de emparedados. No era, en modo alguno, menos afectuoso por el hecho de que no hiciese ningún comentario. Ella le hacía sentirse seguro. Mantenía a raya al mundo que le había golpeado.

En sus paseos, en la cena, en el disoluto y delicioso cuarto de hora de disipación en que se sentaban en el borde de la cama envueltos en colchas y fumaban el inexcusable cigarrillo de antes del desayuno, él le explicaba su trabajo, y cuando ella terminó sus estudios, intentaba leer cualquier libro que él no estuviese utilizando. Sin saber nada, sin aprender nunca mucho de los detalles concretos de la medicina, entendía, sin embargo (es posible que mejor que Angus Duer), la filosofía y la base del trabajo de él. A pesar de que Martin había abandonado el culto a Gottlieb y su ansia del laboratorio como santuario, aunque había decidido ser un médico práctico dispuesto a hacerse rico, había aún algo en él del espíritu de Gottlieb que persistía. Siempre quería indagar por detrás de los datos y de los detalles y de las listas de impresionante sonoridad de los términos técnicos, buscando las causas de las cosas, buscando reglas generales que pudiesen reducir el caos de síntomas diversos y contradictorios al orden claro de la química.

Los sábados por la noche iban solemnemente al cine, a ver películas de uno y dos carretes con el vaquero Billy Anderson y una chica que más tarde sería famosa como Mary Pickford, y analizaban luego con toda solemnidad sus tramas inexistentes mientras regresaban, indiferentes a las otras personas con las que se cruzaban en la calle; pero cuando iban al campo un domingo (con cuatro emparedados y una botella de gaseosa de jengibre en los raídos bolsillos de él), la perseguía ladera arriba y hondonada abajo, y perdían su solemnidad entregados a un gozo infantil. Martin procuraba, cuando iba por la noche a la habitación de ella, coger el tranvía nocturno para Mohalis y estar cerca de su trabajo al despertar por la mañana. Era firme en eso, siempre, y ella admiraba su eficiencia, pero nunca llegaba a coger el tranvía. La gente que cogía el interurbano de las seis de la mañana acabó acostumbrándose a un joven pálido y de rápidos movimientos, que se sentaba encorvado en un asiento de atrás y devoraba grandes libros rojos, mientras mordisqueaba con aire ausente un donut de aspecto bastante atroz. Pero no había en aquel joven nada de la pesadez de los trabajadores que se levantaban y se arrastraban al amanecer para otro día fútil y gris de trabajo. Él parecía extrañamente decidido, extrañamente

contento.

Todo era mucho más fácil ahora que estaba liberado en parte de la honestidad tiránica del gottliebismo, de la búsqueda implacable de causas que, a medida que iba atravesando capa tras capa, parecían cada vez más alejadas de los principios más profundos, de la tensión insoportable de aprender día tras día lo mucho que ignoraba. Le resultaba grato huir de la nevera de Gottlieb al mundo cálido y amistoso del decano Silva.

De vez en cuando, veía a Gottlieb en el campus. Intercambiaban una inclinación de cabeza avergonzada y continuaban su camino acelerando el paso.

## V

No parecía haber ninguna diferencia entre su primer año y el segundo. Tuvo que seguir en Mohalis todo el verano debido al tiempo que había perdido. El año y medio transcurrido desde su matrimonio hasta su graduación fue un frenesí vertiginoso, sin fechas ni estaciones.

Después de que, como ellos decían, «había prescindido de sus tonterías y se había puesto a trabajar», se había ganado la admiración del doctor Silva y de todos los Buenos Estudiantes, en especial de Angus Duer y del reverendo Ira Hinkley. Martin siempre había proclamado que le traía sin cuidado su aprobación, el aplauso de los vulgares esclavos del trabajo, pero ahora que contaba con él, lo valoraba. Por mucho que se burlase, estaba agradecido de que le tratase como un igual Angus, que pasaba el verano como externo en el Hospital General de Zenith, y que poseía ya la dignidad inalcanzable de un joven cirujano de éxito.

A lo largo de aquel cálido verano, Martin y Leora trabajaron, aguantaron el calor, y cuando se sentaban en su habitación, con sus libros y una negra cazuela de cerveza, ni su ropa ni su lenguaje guardaban el decoro que debería uno de esperar de una pareja romántica consagrada a la ciencia y a una elevada misión. No eran muy recatados. Leora dio en usar, a su modo despreocupado, unas palabras tales, unos antiguos monosílabos anglosajones tales, que habrían consternado a Angus o a Bert Tozer. En sus veladas fuera iban económicamente a una Coney Island de imitación al lado de un hediondo y espumoso lago, y comían con serio placer perritos calientes, viajaban esforzadamente en el ferrocarril panorámico.

Su principal animador era Cliff Clawson. Cliff no estaba voluntariamente solo y callado más que cuando estaba dormido. Es probable que su éxito en la venta de automóviles se debiese exclusivamente a su amor por las enormes cantidades de alegre conversación que parecían necesarias en esa ocupación. Es imposible determinar cuánta de su atención a Martin y Leora era amistad y cuánta era debida a su miedo a estar solo, pero

desde luego les entretenía y les sacaba de sí mismos y nunca parecía ofenderse por la actitud de hosco rechazo con que Martin le recibía a veces cuando iba a buscarles.

Llegaba rugiendo a la casa en un automóvil, el amortiguador de ruidos siempre apagado. Gritaba hacia su ventana: «¡Eh, chicos, vamos! ¡Salid de ahí! ¡Moved las piernas! Demos una vuelta en el coche para refrescarnos y luego os convidaré a comer».

Cliff nunca comprendía que Martin tuviese que trabajar. Había poca excusa para la brutalidad esporádica de Martin al mostrar su enojo pero, ahora que estaba alimentado por Leora y se comportaba de un modo egoísta, sin preocuparse lo más mínimo de la necesidad ávida que pudiesen tener otros de él, ahora que estaba asentado en una rutina de laboriosidad y compañerismo satisfecho, le aburría el flujo invariable de humor grueso de Cliff. La cortés era Leora. Ella había oído con demasiada frecuencia los siete chistes que, con disfraces distintos, componían todo el humor y la filosofía de Cliff, pero podía pasarse horas sentada con actitud afable mientras Cliff explicaba lo listo que era vendiendo, y le recordaba firmemente a Martin que nunca tendrían un amigo más leal ni más generoso.

Pero Cliff se fue a Nueva York, a una nueva agencia de venta de automóviles, y Martin y Leora pasaron a depender el uno del otro más total y felizmente de lo que lo habían hecho jamás.

Su última preocupación quedó eliminada por la actitud complaciente del señor Tozer. Ahora se mostraba cordial en todas sus cartas, aunque les irritasen sus consejos paternales con los que les penalizaba por cada cheque que les remitía.

## VI

Ninguna de las actividades frenéticas del segundo año (neurología y pediatría, prácticas de obstetricia, historias clínicas en los hospitales, asistencia a operaciones, vendaje de heridas, aprender que cuando los pacientes pobres le llamaban a uno «doctor» no pareciese que te resultaba embarazoso) era tan importante como el debate sobre: «¿Qué haremos después de la graduación?».

¿Es necesario ser un interno durante más de un año? ¿Seguiremos siendo toda la vida médicos de medicina general o procuraremos convertirnos en especialistas? ¿Qué especialidades son las mejores... es decir, las mejor pagadas? ¿Nos estableceremos en el campo o en la ciudad? ¿Y si nos vamos al Oeste? ¿Y si entramos en el cuerpo médico del ejército: saludos, botas de montar, mujeres guapas, viajes?

Esta discusión la sostenían en los pasillos del edificio principal de la Facultad de Medicina, en el hospital, en los comedores; y cuando Martin se iba a casa con Leora pasaba por todo ello de nuevo, muy docta, muy explicativamente. Martin «tomaba una decisión»

casi todas las noches, que rechazaba luego todas las mañanas.

En una ocasión en que el doctor Loizeau, profesor de Cirugía, había efectuado una operación en una clase práctica en que participaban varios ilustres médicos invitados (la pequeña figura blanca del cirujano abajo, tajando entre la vida y la muerte, teatral como un gran actor al que llaman a escena), Martin salió de allí convencido de que estaba destinado a la cirugía. Coincidió entonces con Angus Duer, que acababa de ganar la medalla Hugh Loizeau de Cirugía Experimental, en que el operador era el león, el águila, el soldado entre los médicos. Angus era uno de los pocos que sabía sin vacilación, exactamente, lo que iba a hacer: después del internado iba a ingresar en la célebre clínica de Chicago que dirigía el doctor Rouncefield, el eminente cirujano abdominal. En cinco años, decía escuetamente, estaría ganando veinte mil al año.

Martin se lo explicaba todo a Leora. Cirugía. Drama. Nervios de acero. Ayudantes que te adoran. Salvar vidas, ciencia en la creación de nuevas técnicas. Ganar dinero... no convertirse en un comerciante, por supuesto, pero proporcionar a Leora comodidades y una posición desahogada. Viaje a Europa (los dos juntos), gris Londres. Cafés de Viena. Leora le era útil durante su discurso solemne. Asentía suavemente; y a la noche siguiente, cuando él intentaba demostrar que la cirugía era una basura y que la mayoría de los cirujanos no eran más que buenos carpinteros, ella estaba de acuerdo más amistosamente que nunca.

Aparte de Angus, y del futuro misionero médico Ira Hinkley, el primero que descubrió cuál era su futuro fue Gordito Pfaff. Iba a ser obstetra... o, como decían técnicamente los estudiantes de medicina, un «sacabebés». Gordito tenía alma de comadrona; simpatizaba con las mujeres en su jadeante calvario, simpatizaba sincera y casi lacrimosamente, y era espléndido en lo de estar esperando sentado, tomando té. Durante su primer caso de obstetricia, cuando el estudiante que estaba con él se sentía solo nervioso, mientras trajinaban junto a la cama en la dura desolación de la habitación del hospital, Gordito estaba aterrado, y ansiaba como jamás había ansiado nada en su blanda pero melancólica existencia confortar a aquella desconocida pálida y tensa, asumir él mismo sus dolores.

Mientras los demás iban decidiéndose, a menudo por casualidad, a menudo a través de la familia, por sus diversas especialidades, Martin permanecía dudoso. Admiraba la insistencia del decano Silva en el servicio inmediato del médico a la humanidad, pero no podía olvidar las frescas horas ascéticas del laboratorio. Hacia finales del segundo año, pasó a ser necesario tomar una decisión, y se sintió conmovido por un discurso en el que el decano Silva condenaba la excesiva especialización y pintaba al excelente viejo médico de pueblo, sacerdote y padre de sus pacientes, sano bajo cielos abiertos, sereno en la conquista de sí mismo. A esto se sumó la llegada de cartas urgentes del señor Tozer, rogando a Martin que se estableciese en Wheatsylvania.

Tozer amaba a su hija, era evidente, y le gustaba, más o menos, Martin, y les quería cerca de él. Wheatsylvania era una «buena plaza», les decía: campesinos bohemios y alemanes y holandeses y escandinavos que pagaban sus facturas. El médico más próximo era Hesselink, que estaba en Groningen, a casi quince kilómetros de distancia, y que tenía

más trabajo del que podía atender. Si se iban allí, él ayudaría a Martin a comprar el equipo que necesitase: hasta le enviaría un cheque inmediatamente y después, durante su internado de dos años en el hospital. El capital de Martin estaba prácticamente agotado. A Angus Duer y a él les habían concedido plazas en el Hospital General de Zenith, donde podrían recibir una formación incomparable, pero el Hospital General de Zenith solo daba a sus internos, el primer año, comida y habitación, y Martin temía que no iba a poder aceptar el nombramiento. La oferta de Tozer le emocionó. Leora y él estuvieron toda la noche levantados hablando con entusiasmo de la libertad del Oeste, de los corazones bondadosos y las manos amistosas de los pioneros, del heroísmo y la utilidad de los médicos rurales, y esta vez llegaron a una decisión que se mantuvo firme.

Se establecerían en Wheatsylvania.

Si echaba de menos un poco la investigación y la curiosidad divina de Gottlieb... bueno, ¡sería un médico rural como Robert Koch! No degeneraría convirtiéndose en un jugador de *bridge*, un zángano cazador de patos. Tendría un pequeño laboratorio propio. De este modo llegó al final de año y se graduó, lució el birrete y la toga bastante azorado. Angus fue el primero y Martin el séptimo de la clase. Dijo adiós, con lamentaciones y abundante cerveza; encontró una habitación para Leora más cerca del hospital; y pasó a convertirse en Martin L. Arrowsmith, doctor en Medicina, médico residente del Hospital General de Zenith.

## CAPÍTULO 11

La Fábrica de Cajas de Hombre Anuncio estaba en llamas. Todo Zenith sur estaba agitado por el brillo del fuego en las nubes bajas, el olor a madera quemada, las campanas infernales del aparato de carga de los bomberos. Estaban amenazadas miles de casitas de madera situadas al oeste de la fábrica, y mujeres tapadas con chales y hombres despeinados con los pantalones por encima del pijama, que se habían levantado precipitadamente de la cama, acudían corriendo con un denso murmullo de pisadas en las calles empapadas del frío de la noche.

Los bomberos, con calma profesional, con sus cascos, estaban cargando los goteantes motores. Los policías contenían la presión de la gente, esgrimiendo sus porras, gritando: «¡Atrás, eh, vosotros!». El cortafuego era sagrado. Solo el propietario de la fábrica y los periodistas podían pasar. Un peón de la fábrica de ojos enloquecidos fue parado por un sargento de policía.

—¡Tengo mis herramientas ahí dentro! —gritaba.

—Eso no es ninguna justificación —gritó a su vez pavoneándose, el sargento—. ¡*Nadie* puede pasar de aquí!

Pero uno pasó. Todos oyeron el blang-blanc-blanc de una ambulancia que llegaba veloz, incesante, furiosa, desafiante. La multitud le abrió paso sin necesidad de ordenárselo y el inmenso automóvil gris se deslizó por él, casi rozando a los espectadores. Y atrás, arrogante en su uniforme blanco, imperturbable en un estrecho asiento, estaba El Doctor... Martin Arrowsmith.

La multitud le miraba, los policías corrían a recibirle.

—¿Dónde está el bombero que resultó herido? —les dijo.

—En aquel cobertizo —gritó el sargento de policía, corriendo al lado de la ambulancia.

—¡Hay que acercarse más allí! ¡No importa el humo! —aulló Martin al conductor.

Un teniente de bomberos le condujo hasta un montón de serrín en el que estaba acurrucado un joven inconsciente, la cara pálida y sudorosa.

—Recibió una mala dosis de humo de la madera verde y se desmayó. Un buen muchacho. ¿Va a morir? —le dijo el teniente.

Martin se arrodilló a su lado, le tomó el pulso, escuchó la respiración. Luego abrió bruscamente un maletín negro, le administró una hipodérmica de estricnina y le aplicó una ampolla de amoníaco a la nariz.

—Se pondrá bien. Ustedes dos, métenlo en la ambulancia... ¡rápido!

El sargento de policía y el patrullero en prácticas más novato se apresuraron los dos a hacerlo, murmurando los dos: «Está bien, doctor».

Luego se acercó a Martin el reportero jefe del *Advocate-Times*. Aunque solo tenía veintinueve años de edad, era el hombre más viejo y tal vez el más cínico del mundo. Había entrevistado a senadores; había descubierto chanchullos en asociaciones benéficas e incluso en combates profesionales de boxeo. Tenía finas arrugas bordeándole los ojos, liaba constantemente cigarrillos Bull Durham, y su opinión sobre el honor del hombre y la virtud de la mujer era bastante pobre. Sin embargo con Martin, o al menos con El Doctor, era cortés.

—¿Se pondrá bien, doctor? —dijo con voz gangosa.

—Sí, yo creo que sí. Es sofocación. El corazón sigue funcionando.

Martin gritó las últimas palabras desde el escalón de la parte de atrás de la ambulancia, que se alejaba con saltos y balanceos, cruzaba el patio de la fábrica, atravesando el humo acre, hacia la multitud en retroceso. Martin poseía la ciudad y mandaba en ella, él y el conductor de la ambulancia. No hacían caso de las normas de tráfico, desdeñaban a la gente, que regresaba de teatros y cines, que salpicaba las calles que se desplegaban delante del raudo capó gris. ¡Que se aparten del camino! El agente de tráfico que había entre Chickasaw y la Veinte oyó que llegaban, corriendo como el expreso de medianoche... urrrrr... blang-blang-blang-blang... y despejó la ruidosa esquina. La gente se apretujaba contra la acera, amenazada por los caballos que retrocedían y los coches que maniobran, y entre ellos pasaba lanzada la ambulancia, blang-blang-blang-blang, con El Doctor cogido a una correa y balanceándose con desenvoltura en su peligroso asiento.

En el hospital, el recepcionista gritó: «Un caso de tiroteo en el Arbor, doctor».

—Está bien. Un momento, que voy a echar un trago —dijo plácidamente Martin. De camino a su habitación pasó ante la puerta abierta del laboratorio del hospital, con su maltrecho plano de trabajo, sus hileras sin vida de frascos y de tubos de ensayo.

—¡Uf! ¡Menudo asunto! ¡Qué pérdida de tiempo los laboratorios! Esto sí que es la vida real —dijo con entusiasmo, y no se permitió aceptar la visión de Max Gottlieb esperando allí, tan flaco, tan cansado, tan paciente.

Los seis internos del General de Zenith, incluidos Martin y Angus Duer, vivían en una larga habitación oscura con seis literas y seis tocadores extravagantemente adornados con fotos y corbatas y calcetines sin zurcir. Se pasaban horas sentados en la cama, discutiendo los méritos de la cirugía frente a la medicina interna, planeando las comidas de las que esperaban disfrutar en sus noches libres, y explicaban a Martin, como el único hombre casado, las virtudes de las diversas enfermeras de las que, uno a uno, acababan enamorándose.

A Martin la rutina del hospital le resultaba un poco aburrida. Aunque asimiló el Paso del Interno, la forma rápida de recorrer los pasillos con el estetoscopio destacando en el bolsillo, no asimiló, no pudo hacerlo, los modales del médico de cabecera. Le daban lástima los pacientes magullados, pálidos, doloridos, cambiando constantemente como individuos y no cambiando nunca como una masa gris de dolor, pero cuando había vendado por tercera vez una herida, ya estaba cansado; quería continuar con nuevas experiencias. Sin embargo, el trabajo de ambulancia fuera del hospital era infinitamente estimulante para su orgullo.

El Doctor, y solo El Doctor, estaba seguro de noche en los barrios bajos llamados «El Arbor». Su maletín negro era un salvoconducto. Los policías le saludaban, las prostitutas le hacían una inclinación sin burla, los dueños de los bares le decían: «buenas noches, doctor», y apartaban a los hombres que estaban apoyados en las entradas para dejarle paso. Martin tenía poder, el primer poder evidente de toda su vida. Y sus salidas eran una aventura incesante.

Sacó al director de un banco de un tugurio ilegal donde se consumían bebidas alcohólicas; ayudó a la familia a ocultar la desgracia; rechazó luego, indignado, su intento de pagarle por ello; y después, cuando pensó en cómo podría haber cenado con Leora con aquel dinero, lamentó haberlo rechazado. Irrumpió en habitaciones de hotel que apestaban a gas y revivió a presuntos suicidas. Bebió ron Trinidad con un miembro del Congreso que defendía la prohibición. Asistió a un policía agredido por huelguistas y a un huelguista agredido por policías. Ayudó en una operación abdominal de emergencia a las tres de la madrugada. El quirófano (paredes de mosaico blanco y suelo de mosaico blanco y claraboya resplandeciente de cristal esmerilado) parecía forrado de un hielo iluminado por fuego, y las grandes lámparas incandescentes relumbraban en los estuches de cristal de los instrumentos, aquellos cuchillitos crueles. El cirujano, con una larga bata blanca, turbante blanco y guantes de goma de un naranja pálido, hizo su rápida incisión en el cuadrado de carne amarillenta al descubierto entre toallas, penetrando profundamente en capas de grasa, y Martin siguió mirando sin conmoverse cómo seguía amenazadoramente al corte la primera sangre. Y un mes después, durante el desbordamiento del río Chaloosa, trabajó durante setenta y seis horas, con descansos de media hora para dormir en la ambulancia o en una mesa de la comisaría de policía.

Desembarcó de un bote en lo que había sido la segunda planta de una casa de pisos y asistió a un parto en la última planta; vendó cabezas y brazos de una sucesión de hombres que hacían cola ante él; pero lo que le proporcionó gloria fue la hazaña, absolutamente



disparatada, de nadar en la corriente desbordada para salvar a cinco niños aislados y aterrados sobre un balanceante banco de iglesia. Los periódicos le otorgaron grandes titulares, y cuando regresó a besar a Leora y a dormir doce horas seguidas, pensó, echado en la cama, en la investigación con una satírica burla autodefensiva.

«¡Gottlieb, ese pobre viejo cascarrabias sin sentido práctico! ¡Me gustaría verle nadar en aquella corriente!», dijo triunfal el doctor Arrowsmith a Martin.

Pero en la guardia nocturna, solo, tenía que enfrentarse al yo que había tenido miedo a descubrir, y sentía nostalgia del laboratorio, de la emoción de los descubrimientos inexplorados, la indagación por debajo de la superficie y más allá del momento, la búsqueda de leyes fundamentales que el científico (por muy blasfemo y coloquial que sea el lenguaje con que pueda describirla) exalta por encima de la curación temporal, lo mismo que el religioso exalta la naturaleza y la gloria terrible de Dios por encima de las agradables virtudes cotidianas. Junto a la tristeza había envidia de haber quedado fuera de aquellas cosas, de que otros se le adelantaran, cada vez más seguros en la técnica, con una conciencia más amplia de los fenómenos de la química biológica, atreviéndose a profundizar más en la explicación de las leyes que los pioneros habían intuido e insinuado a tientas.

En su segundo año de internado, cuando las emociones de incendios e inundaciones y asesinatos se convirtieron en una rutina tan evidente como la contabilidad, cuando hubo visto ya las formas, extrañamente escasas, con que los seres humanos pueden conspirar para herirse y matarse entre ellos, cuando ya solo le resultaba agotador tener que estar a la altura de la presunción de ser El Doctor, Martin intentó satisfacer, y tal vez matar, su ansia científica culpable con pequeñas tareas voluntarias en el laboratorio del hospital, correlacionando los recuentos de sangre en casos de anemia perniciosa. Esa frivolidad con la droga de la investigación era arriesgada. En medio del trajín de las operaciones empezó a imaginar la quietud arrebatadora del laboratorio. «Es mejor que acabe con esto», le dijo a Leora, «si voy a establecerme en Wheatsylvania y atender el negocio y ganarme la vida... ¡y por supuesto voy a hacerlo!».

El decano Silva acudía a menudo al hospital para consultas. Un día, a última hora, cruzaba el vestíbulo y estaba allí Leora, que había salido ya de la oficina donde era taquígrafa, esperando a Martin para ir a cenar. Martin les presentó y el hombrecillo retuvo la mano de ella, ronroneó y luego dijo con voz chillona: «¿Me dan ustedes, hijos, el placer de invitarles a cenar? Mi mujer me ha abandonado. Soy un hombre misantrópico y solo».

Caminó trotando entre ellos, gordito y feliz. Martin y él no eran alumno y profesor, sino dos médicos juntos, pues el decano Silva era un pedagogo que aún podía interesarse por un hombre que no se sentaba ya a sus pies. Condujo a los dos hambrientos a un bodegón y en un reservado de paredes fijas les atracó hábilmente con pato al horno y jarras de cerveza.

Se concentraba en Leora, pero hablaba de Martin:

—Su marido tiene que ser un artista de la curación, no un rebuscador de pequeñeces como esos hombres de los laboratorios.

—Pero Gottlieb no es ningún rebuscador de pequeñeces —insistió Martin.

—No. Pero con él... Se trata de una diferencia de dioses. Los dioses de Gottlieb son los cínicos, los destructores... los aguafiestas en lenguaje vulgar: Diderot y Voltaire y Elser; grandes hombres, trabajadores admirables, pero hombres que disfrutaban más destruyendo las teorías de otras personas que creando las suyas. Sin embargo, mis dioses son los hombres que toman los descubrimientos de los dioses de Gottlieb y los utilizan para provecho de los seres humanos... ¡les dan vida!

«Los hombres que inventaron la pintura y el lienzo merecen crédito, pero ¿quién lo merece más, eh? ¡Los Rafael y Holbein que utilizaron esos descubrimientos! ¡Laennec y Osler, esos son los hombres! Ese asunto de la investigación pura está muy bien: buscar la verdad, sin las trabas del comercialismo ni la búsqueda de la fama. Llegar hasta el fondo. No preocuparse de las consecuencias ni de los usos prácticos. Pero hay que tener en cuenta que si se llevase esa idea lo bastante lejos, un hombre podría considerarse justificado para no hacer nada más que contar los adoquines de la avenida Warehouse... sí, y para torturar a la gente solo por ver cómo chillaba... ¡y burlarse luego de un hombre dedicado a procurar que estén bien y sean felices millones de personas!

»¡No, no! Señora Arrowsmith, aquí el amigo Martin es un individuo apasionado, no un burro de carga. Tiene que ser apasionado en beneficio de la humanidad. Ha elegido la vocación más elevada del mundo, pero es un demonio irresponsable y experimentador. Debe usted procurar que siga esa vocación, querida mía, y no dejar que el mundo pierda el beneficio de su pasión.

Tras esta solemne admonición, Papá Silva les llevó a ver una comedia musical y se sentó entre los dos, dando palmaditas a Martin en el hombro y a Leora en el brazo, muriéndose de risa cuando el cómico metió el pie en el cubo de cal. En la volubilidad de la medianoche, Martin y Leora expresaron en murmullos su afecto por él y vieron su aventura de Wheatsylvania como una gloria y una salvación.

Pero unos cuantos días antes de que Martin terminara su internado y de su migración a Dakota del Norte, se encontraron en la calle con Max Gottlieb.

Hacía más de un año que Martin no le veía; Leora no le había visto nunca. Parecía preocupado y enfermo. Mientras Martin dudaba angustiado si limitarse a saludarle con un cabeceo y seguir, Gottlieb se paró.

—¿Cómo va todo, Martin? —dijo cordialmente. Pero sus ojos decían: «¿Por qué no has vuelto nunca a mí?».

El muchacho tartamudeo algo, nada, y cuando Gottlieb se había ido ya, se encogió como si sintiera un dolor y sintió un gran deseo de correr tras él.

—¿Ese es el profesor Gottlieb del que siempre andas hablando? —le estaba preguntando Leora.

—Sí. ¡Dime! ¿Qué te parece?

—Yo no... ¡Sandy, es el hombre más grande que he visto en mi vida! ¡No sé cómo lo sé, pero lo es! ¡El doctor Silva es un encanto, pero ese era un gran hombre! Querría... querría que le viésemos otra vez. Es el primer hombre al que le he puesto la vista encima que me ha hecho pensar que te habría dejado a ti por él, si él me quisiese. Es tan... oh, es como una espada... no, es como un cerebro caminando. Oh, Sandy, parecía tan compungido. Me dieron ganas de llorar. ¡Le limpiaría los zapatos!

—¡Dios! ¡Yo también lo haría!

Pero en el trajín de abandonar Zenith, en la excitación del viaje a Wheatsylvania, la confusión de sus exámenes de estado, la dignidad de ser un médico en ejercicio, se olvidó de Gottlieb; y en aquella radiante pradera de Dakota de principios de junio, con un sabanero en cada poste de cerca, empezó su trabajo.

## CAPÍTULO 12

En el momento en que Martin le encontró en la calle, Gottlieb estaba arruinado.

Max Gottlieb era un judío alemán, nacido en Sajonia en 1850. Aunque se había licenciado en Medicina en Heidelberg, nunca se interesó por ejercerla. Fue un seguidor de Helmholtz, e investigaciones juveniles en la física del sonido le convencieron de que era necesario aplicar el método cuantitativo en las ciencias médicas. Luego, los descubrimientos de Koch le arrastraron a la biología. Siempre un trabajador concienzudo y meticulado, un elaborador de largas hileras de cifras, siempre teniendo en cuenta la presencia de variables incontrolables, siempre un enemigo encarnizado de lo que consideraba dejadez o mentira o pomposidad, nunca demasiado bondadoso con la estupidez bienintencionada, trabajó en los laboratorios de Koch, de Pasteur, siguió las primeras proposiciones de Pearson en biométrica, bebió cerveza y escribió cartas vitriólicas, viajó a Italia e Inglaterra y Escandinavia y, de pronto, de un día para otro, se casó (como podría haberse comprado una chaqueta o contratado un ama de llaves) con la paciente y silenciosa hija de un comerciante gentil.

Luego inició una serie de experimentos, muy importantes, de enunciado muy poco teatral, muy largos y extraordinariamente poco apreciados. En 1881 andaba confirmando los resultados de Pasteur sobre la inmunidad del cólera del pollo y, por alivio y pasatiempo, intentando aislar una enzima de levadura. Unos cuantos años más tarde, cuando vivía de la pequeña herencia de su padre, un modesto banquero, y acababa con ella alegremente y sin la menor preocupación, analizaba críticamente la teoría ptomáica de la enfermedad e investigaba el mecanismo de la atenuación de la virulencia de los microorganismos. Obtuvo con ello una pequeña fama. Quizás fuese excesivamente cauto, y más que al demonio o al hambre odiaba a los hombres que se apresuraban a publicar sin estar preparados.

Aunque se metió poco en política, considerándola la más repetitiva y menos científica de las actividades humanas, era un alemán lo suficientemente patriota como para odiar a los Junkers. De joven había luchado unas cuantas veces con subalternos díscolos; en una ocasión pasó una semana en la cárcel; se enfurecía a menudo por discriminaciones contra los judíos: y a los cuarenta años se fue tristemente a la América que no podía convertirse jamás en militarista ni antisemita... al laboratorio Hoagland de Brooklyn, luego a la Universidad Queen City como profesor de Bacteriología.

En América hizo su primera investigación sobre reacciones toxina-antitoxina. Proclamó que los anticuerpos, exceptuando la antitoxina, no tenían relación alguna con el estado inmune de un animal, y mientras él, por su parte, estaba siendo atacado furiosamente en el pequeño pero frenético mundo de los científicos, abordaba con calma pero con extrema brutalidad las teorías de los sueros de Yersin y Marmorek.

Su sueño máspreciado, entonces y durante años de torturante investigación, era la producción artificial de antitoxinas, su producción *in vitro*. En cierta ocasión, cuando se disponía ya a publicar, encontró un error y eliminó implacablemente sus notas. Siempre estaba solo. No había al parecer nadie en Queen City que le considerase otra cosa que un judío chiflado que atrapaba microbios cogiéndolos por el rabito para ver cómo eran... no era un trabajo digno de un hombre alto en una época en que los héroes andaban construyendo puentes, experimentando con carruajes sin caballos, escribiendo los primeros y poéticos Anuncios Convincentes y vendiendo kilómetros de calicó y de puros.

En 1899 le llamaron desde la Universidad de Winnemac, ofreciendo el puesto de profesor de Bacteriología en la Facultad de Medicina, y trabajó allí duramente durante una docena de años. Ni una sola vez habló de resultados del género denominado «práctico»; ni una sola vez dejó de combatir las conclusiones *post hoc propter hoc* que aún constituían la mayor parte de la tradición médica; ni una sola vez dejó de ser odiado por sus colegas, que se mostraban respetuosos en su presencia, incómodos al percibir su poder irónico, pero que en privado le llamaban gozosos Mefisto, satánico, aguafiestas, pesimista, crítico destructivo, cínico impertinente, palurdo científico carente de dignidad y de seriedad, pretencioso intelectual, pacifista, anarquista, ateo, judío. Decían, con razón, que estaba tan consagrado a la Ciencia Pura, al arte por el arte, que habría preferido que la gente muriese con la terapia correcta a que se curase con la errónea. Tras haber construido un santuario para la humanidad, quería echar de él a patadas a todos los seres meramente humanos.

El número total de sus artículos, en un activo campo de la ciencia donde en realidad la gente lista publicaba cinco veces al año, no era de más de veinticinco en treinta años. Estaban todos exquisitamente terminados, y fueron tranquilamente copiados y revisados por los críticos más dudosos.

En Mohalis estaba contento por las grandes facilidades con que contaba para trabajar, por los excelentes ayudantes, por la infinita provisión de útiles de laboratorio, la abundancia de conejillos de Indias, el número suficiente de monos; pero estaba aburrido por la rutina repetitiva de las clases y melancólico de nuevo por la falta de amigos que le comprendieran. Siempre buscaba a alguien con quien pudiese hablar sin recelo ni reserva. Era lo suficientemente humano, cuando meditaba sobre la exaltación de los médicos audaces por ignorancia, los inventores que no eran más que chapuceros magnificados, para sentirse irritado por su carencia de fama en el país, incluso en Mohalis, y para quejarse no demasiado noblemente.

Nunca había cenado con una duquesa, nunca había recibido un premio, nunca había sido entrevistado, nunca había producido nada que el público pudiese entender, ni experimentado nada desde sus amores de escolar que la buena gente pudiese considerar romántico. Era, en realidad, un auténtico científico.

Era uno de los grandes benefactores de la humanidad. No habrá nunca, en ninguna época, un intento de poner fin a las grandes epidemias o a las pequeñas infecciones que no cuenta con la influencia de las investigaciones de Max Gottlieb, pues él no era alguien que etiquetase y clasificase bonitamente bacterias y protozoos. Buscaba su composición

química, las leyes de su existencia y de su destrucción, leyes básicas desconocidas en su mayor parte después de una generación de activos biólogos. Sin embargo, tenían razón al calificarle de «pesimista», ya que este hombre, que habrá sido la causa de que se reduzcan las enfermedades infecciosas casi a cero más que ningún otro, dudaba a menudo de que mereciese en realidad la pena reducir en cualquier cuantía las enfermedades infecciosas.

Él pensaba (era un debate internacional en el que unos cuantos se le unieron y muchos condenaron) que media docena de generaciones casi libres de epidemias producirían una raza con una inmunidad natural tan baja que cuando volviese a surgir de pronto una gran plaga, saltando de casi cero a una nube que sofocase el mundo, podría acabar con ella, por lo que las medidas para salvar vidas a las que él aportaba su genio podrían acabar causando la destrucción de toda vida humana.

Él pensaba que si la ciencia y la higiene pública erradicasen la tuberculosis y las otras plagas importantes, era indudable que el mundo acabaría estando tan superpoblado que se convertiría en una confusión universal llena de esclavos; y toda la belleza y la comodidad y la sabiduría desaparecerían en una lucha por la vida estimulada por el hambre. Pero estas especulaciones nunca obstaculizaban su trabajo. Si el mundo del futuro acababa estando superpoblado, el propio futuro debía velar por sí mismo a través del control de la natalidad o por otros procedimientos. Tal vez lo hiciese, reflexionaba. Pero hasta esa gota de sano optimismo estaba ausente en sus dudas finales. Porque dudaba de todo progreso del intelecto y de las emociones, y dudaba, ante todo, de la superioridad del divino género humano sobre los alegres perros, los infaliblemente gráciles gatos, los inmorales caballos, tranquilos e irreligiosos, las espléndidamente intrépidas gaviotas.

Mientras los simples curanderos, los fabricantes de medicinas patentadas, los vendedores de goma de mascar y los sumos sacerdotes de la publicidad vivían en mansiones, servidos por criados y desplazaban sus sagradas personas fuera de ellas en limusinas, Max Gottlieb habitaba en una casita pequeña en la que la pintura se desconchaba, y acudía al laboratorio montado en una bici vieja y desvencijada. Él, por su parte, raras veces protestaba. No era tan poco razonable (normalmente) como para exigir al mismo tiempo libertad y los frutos de la esclavitud popular. «¿Por qué», le dijo en una ocasión a Martin, «debería pagarme el mundo por hacer lo que yo quiero hacer y lo que ellos no quieren hacer?».

Aunque en su casa solo hubiese un asiento cómodo, en su escritorio había cartas, largas, íntimas y respetuosas, de los grandes de Francia y Alemania, Italia y Dinamarca, y de científicos a los que la Gran Bretaña había valorado tanto que les había otorgado títulos casi tan excelsos como los que se concedían a destiladores, fabricantes de cigarrillos y propietarios de revistas obscenas.

Pero la pobreza le impediría satisfacer plenamente su anhelo estival de sentarse bajo los álamos junto al Rin o el tranquilo Sena, en una mesa sobre cuyo mantel a cuadros hubiese pan y queso y vino y cerezas oscuras, esas cosas sencillas, antiguas y sagradas de todo el mundo.

## II

La esposa de Max Gottlieb era ancha y lenta de movimientos y muda; tenía sesenta años y no había aprendido a hablar inglés con fluidez; su alemán era el de la burguesía de pueblo, que pagaba sus deudas y comía demasiado y enrojecía. Aunque él no le hacía confidencias, aunque en la mesa se olvidase de ella en largas reflexiones, no era con ella ni duro ni impaciente, y dependía de su gobierno de la casa, de que le calentase su anticuada camisa de dormir. Últimamente no se encontraba bien. Tenía náuseas e indigestión, pero seguía con su trabajo. Siempre oías el rumor de sus viejas zapatillas por la casa.

Tenían tres hijos, nacidos todos cuando Gottlieb tenía más de treinta y ocho años: Miriam, la más pequeña, una niña fogosa con talento para el piano, un instinto para Beethoven, y que odiaba el popular «ragtime» de los Estados Unidos; una hermana mayor que no tenía nada de particular; y su hijo Robert: Robert Koch Gottlieb. Era un muchacho incontrolable y una aflicción. Le enviaron, angustiados por los costes, a una elegante escuela situada cerca de Zenith, en la que conoció a hijos de fabricantes y descubrió su gusto por los automóviles rápidos y las ropas excéntricas, y donde no adquirió más gusto que antes por los estudios. En casa clamaba que su padre era un «tacaño». Cuando Gottlieb intentó dejar claro que era un hombre pobre, el muchacho contestó que a pesar de su pobreza él siempre gastaba dinero a escondidas en sus investigaciones... no tenía ningún derecho a hacer eso y era una vergüenza para su hijo... ¡que le proporcionase materiales la maldita universidad!

## III

Había pocos alumnos de Gottlieb que le viesan y viesan sus enseñanzas como algo más que obstáculos que había que sortear lo más rápidamente posible. Uno de esos pocos fue Martin Arrowsmith.

Por muy duro que pudiese haber sido señalando los errores de Martin, por altivo que pudiese haber parecido ignorando su dedicación, Gottlieb era tan consciente de Martin como Martin de él. Planeaba grandes cosas. Si el muchacho deseaba realmente que le ayudase (Gottlieb podía ser personalmente tan modesto como egoísta y jactancioso en la ciencia competitiva), se haría cargo de su carrera. Durante la pequeña investigación original de Martin, Gottlieb se entusiasmó al ver que estaba dispuesto a abandonar teorías convencionales (y cómodas) de inmunología, y que era de una meticulosidad exasperada

comprobando los resultados. Cuando Martin, por razones desconocidas, se volvió descuidado, cuando se hizo evidente que estaba bebiendo demasiado, y evidente que estaba enredado en algún absurdo asunto personal, fueron la trágica avidez de amigos y el fervoroso respeto al trabajo perfecto los que le movieron a reprenderle. De las disculpas exigidas por Silva él no tenía ni idea. Se habría puesto furioso si lo hubiese sabido...

Él esperaba que Martin volviera. Se reprendía: «¡Idiota! Era un alma grande. Deberías haberte dado cuenta de que no se usa un asa de platino para palear carbón». Aplazó todo lo que pudo (mientras Martin andaba lavando platos y vagando en trenes inauditos entre gentes inverosímiles) el nombramiento de un nuevo ayudante. Luego, toda su tristeza se enfrió en cólera. Consideró a Martin un traidor y le borró de su pensamiento.

#### IV

Es posible que Max Gottlieb fuese un genio. Desde luego estaba loco como todos los genios. Durante el período de internado de Martin en el Hospital General de Zenith hizo una cosa más grotesca y ridícula que todas las supersticiones de las que se burlaba.

¡Intentó convertirse en un ejecutivo y un reformador! Él, el cínico, el anárquico, intentó fundar una institución, y se lanzó a hacerlo como una solterona que organizase una liga para impedir que los niños pequeños aprendiesen palabrotas.

Imaginó que podría haber, en este mundo, una Facultad de Medicina que fuese totalmente científica, regida por una química y una biología exactas y cuantitativas, ignorando la enseñanza del ajuste de gafas y la mayor parte de la cirugía, e imaginó además que semejante empresa podría llevarse a cabo en la Universidad de Winnemac. Intentó ser práctico al respecto; ¡oh, sí, fue extremadamente práctico y creíble!

«Admito que no seremos capaces de producir médicos para curar dolores de tripa en los pueblos. Y los médicos normales son admirables y absolutamente necesarios... quizás. Pero hay demasiados. Y considerando el aspecto “práctico”, puedo asegurarles que en veinte años una facultad que use la cautela y la precisión nos permitirá curar la diabetes, tal vez la tuberculosis y el cáncer, y todas esas artritis ante las que los carpinteros mueven la cabeza y las llaman a todas “reumatismo”. ¡Desde luego que sí!»

Gottlieb no tenía el menor deseo de controlar esa facultad, ni de que se le otorgase crédito por ello. Él estaba demasiado ocupado. Pero en una reunión de la Academia Nacional de Ciencias conoció a un tal doctor Entwisle, un fisiólogo jovencito de Harvard, que podría ser un excelente decano. Entwisle le admiraba y le sondeó sobre su disposición a aceptar si le llamaban de Harvard. Cuando Gottlieb expuso su nuevo tipo de Facultad de Medicina, se mostró entusiasta. «Nada me gustaría tanto como tener una oportunidad en un lugar así», dijo enseguida, y Gottlieb volvió a Mohalis triunfante. Se sentía aún más seguro



por el hecho de que había sido por entonces cuando le habían propuesto (aunque había rechazado la propuesta sardónicamente) el Decanato de Medicina en la Universidad de West Chippewa.

Tan simple fue, o tan loco, que escribió al decano Silva pidiéndole cortésmente que se retirase y le entregase su facultad (su obra, su vida) ¡a un profesor desconocido de Harvard! Papá Silva era un caballero viejo y cortés, fiel discípulo de Osler, pero aquella carta increíble agotó su paciencia. Contestó que aunque pudiese seguir creyendo en el valor de la investigación básica, la Facultad de Medicina pertenecía a los habitantes del estado y su tarea era proporcionarles atención inmediata y práctica. En cuanto a él, indicaba, si alguna vez creyese que la facultad se beneficiaría de su dimisión se iría inmediatamente, ¡pero necesitaba para eso algo de más envidia que la carta de uno de sus subordinados!

Gottlieb respondió con brío e indiscreción. Maldijo a la gente del estado de Winnemac. ¿Eran dignos, en su condición actual de necios ignorantes, de algún tipo de atención? Y remitió luego su petición de la cabeza de Silva al gran orador y patriota doctor Horace Greeley Truscott, director de la universidad.

El director Truscott dijo: «Mire, estoy demasiado ocupado para considerar proyectos médicos, por ingeniosos que puedan ser».

—Usted está demasiado ocupado para considerar lo que no sea vender títulos honoríficos a millonarios para hacer gimnasios —respondió Gottlieb.

Al día siguiente fue convocado para una reunión especial del Consejo de la Universidad. Como jefe del departamento médico de Bacteriología, Gottlieb era miembro de ese órgano supremo, y cuando entró en la larga Cámara del Consejo, con su techo dorado, sus gruesas cortinas de color granate, sus cuadros sombríos de pioneros, se dirigió a su asiento habitual, cavilando sobre cosas absorbentes y remotas sin reparar en el grupo de cuchicheantes consejeros.

—Eh, oiga, profesor Gottlieb, ¿querría sentarse usted, por favor, allá, al final de la mesa? —dijo el director Truscott.

Gottlieb se dio cuenta entonces de que había tensiones. Vio que de los siete miembros del Consejo los cuatro que vivían en Zenith o cerca estaban presentes. Vio que al lado de Truscott no estaba sentado el decano del departamento académico, sino el decano Silva. Vio que aunque hablasen con mucha despreocupación, estaban mirándole a través de la niebla de su charla.

—Caballeros —anunció el rector Truscott—, esta reunión conjunta del Consejo y de los rectores es para considerar las acusaciones presentadas contra el profesor Max Gottlieb por su decano y por mí.

Gottlieb pareció de pronto viejo.

—Esas acusaciones son: deslealtad con su decano, su director, los miembros del Consejo y el estado de Winnemac. Deslealtad a la ética académica y médica reconocida. Egoísmo demente. Ateísmo. Negativa persistente a colaborar con sus colegas y una incapacidad para comprender asuntos prácticos que hace que sea peligroso dejarle dirigir los importantes laboratorios y las clases que se le han confiado. Caballeros, demostraré a continuación cada uno de estos puntos, basándome en las propias cartas del profesor Gottlieb al decano Silva.

Los demostró.

El presidente del Consejo de rectores sugirió:

—Gottlieb, creo que simplificaría las cosas el que usted nos entregase su dimisión y nos permitiese despedirnos de usted de buenas maneras, en vez de tener la desagradable...

—¡Un cuerno voy a dimitir! —Gottlieb estaba de pie, una flaca furia—. Como todos ustedes tienen mentalidad de escolares, mentalidad de campo de golf, están tergiversando mi propuesta, una propuesta rigurosa y precisa, de un sólido ideal revolucionario, que a mí personalmente no me aportaría ningún beneficio ni significaría para mí ninguna ventaja, convirtiéndola en un deseo de conseguir ascensos. ¡Eso, idiotas, debería considerarse un honor...! —su largo dedo índice era un anzuelo, dirigido hacia el alma del director Truscott—. ¡No! ¡No dimitiré! ¡Pueden echarme!

—Me temo entonces que debemos pedirle que abandone la Cámara mientras se efectúa una votación —el presidente hablaba con mucha suavidad, demasiada para ser un hombre tan grande y tan fuerte y tan vigoroso.

Gottlieb volvió al laboratorio en su balanceante bici. Fue por mensaje telefónico de una brusca empleada de la oficina del director como se le informó de que «su dimisión había sido aceptada».

«¿Despedirme?», se dijo angustiado, «¡No pueden! Soy la gloria principal, la única gloria de esta escuela de tenderos!» Cuando comprendió que estaba claro, muy claro, que le habían despedido, se avergonzó de haberles dado una oportunidad de echarle. Pero lo que era más decepcionante era que en su tentativa de ser un político hubiese interrumpido la tarea sagrada.

Necesitaba paz y un laboratorio, inmediatamente.

¡Ya verían lo idiotas que habían sido cuando se enterasen de que le habían llamado de Harvard!

Añoraba modales más suaves de Cambridge y de Boston. ¿Por qué se había quedado tanto tiempo en la tosca Mohalis? Escribió al doctor Entwisle, insinuando que estaba dispuesto a que le hiciesen una oferta. Esperaba un telegrama. Esperó una semana, luego recibió una larga carta de Entwisle confesando que se había precipitado al hablarle de la

posibilidad de que se incorporase al cuerpo docente de Harvard. Le presentaba los respetos de los demás docentes y su esperanza de que en algún momento pudiesen tener el honor de contar con su presencia, pero que las cosas estaban por entonces...

Gottlieb escribió a la Universidad de West Chippewa diciendo que, finalmente, estaba dispuesto a pensar en su Decanato de Medicina... y le respondieron que la plaza estaba ya ocupada y que no les había parecido nada bien el tono de su carta anterior, y que no creían «que valiese la pena hablar más del asunto».

Gottlieb, con sesenta y un años, solo había ahorrado unos cuantos cientos de dólares... literalmente unos cuantos cientos. Lo mismo que un albañil en paro, o encontraba un trabajo o iba a pasar hambre. No era ya un genio impaciente por ver interrumpido su trabajo creador sino un harapiento maestro de escuela caído en desgracia.

Paseaba por su casita marrón, revolvía papeles, miraba fijamente a su mujer, miraba fijamente viejos cuadros, miraba fijamente al vacío. Aún le quedaba un mes de clases (habían fechado para entonces la dimisión que habían escrito para él) pero estaba demasiado deprimido para ir al laboratorio.

Se sentía rechazado, casi desvalido. Su antigua seguridad se había convertido en lástima de sí mismo. Esperaba cada entrega del correo. Era indudable que alguien que supiese quién era él, lo que significaba, le ayudaría. Recibía muchas cartas amistosas sobre investigación, pero la clase de hombres con los que mantenía correspondencia no se enteraban de los rumores que corrían entre docentes universitarios ni sabían lo necesitado que se hallaba.

No podía, después del infortunio de Harvard y del rechazo de West Chippewa, recurrir a las universidades o a las instituciones científicas, y era demasiado orgulloso para escribir cartas de súplica a los hombres que le reverenciaban. No, ¡sería práctico! Escribió a una agencia de colocación de profesores de Chicago, y recibió una respuesta encopetada en que se le prometía mirar a ver e investigar si podría obtener un puesto como profesor de Física y Química en un instituto de enseñanza media suburbano.

Antes de que se hubiese recuperado lo suficiente de su furia para ser capaz de responder, su hogar se vio sobrecogido por el súbito agravamiento de su esposa.

Llevaba meses encontrándose mal. Él había querido que la viese un médico, pero ella se había negado, y había estado estúpidamente aterrada todo el tiempo por el miedo a un cáncer de estómago. Así que cuando empezó a vomitar sangre, le pidió ayuda a gritos. El Gottlieb que se burlaba de los credos médicos, de los «carpinteros» y «mercaderes de píldoras» había olvidado lo que sabía de diagnóstico, y cuando él o algún miembro de su familia estaban enfermos llamaba al médico tan desesperadamente como cualquier lego de aldea para el que la enfermedad fuese la malevolencia tenebrosa de diablos desconocidos.

Con una simplicidad increíble consideró que, como su disputa con Silva no era personal, aún podía llamarle, y esta vez estaba justificado. Silva acudió, lleno de una

benevolencia exagerada, riendo para sí y diciéndose: «¡Cuando se trata de algo que le importa de veras, no corre a buscar a Arrhenius o a Jacques Loeb, me busca a mí!». El hombrecillo aportó fuerza a la humilde casita y Gottlieb confiaba plenamente en él.

La señora Gottlieb estaba sufriendo. Silva le dio morfina. Se enteró, no sin satisfacción, de que Gottlieb ni siquiera conocía la dosis. Luego la examinó: sus manos gordezuelas tenían la sensibilidad de los dedos esqueléticos de Gottlieb aunque no tuviesen su precisión. Miró el dormitorio sin ventilación: las cortinas de un verde oscuro, el crucifijo sobre la robusta cómoda, el grabado en color de una doncella de virtuosa voluptuosidad. Le inquietó la sensación de haber estado recientemente allí. Recordó. Era la habitación gemela del triste dormitorio de un tendero alemán que había visto un mes atrás durante una visita.

Le habló a Gottlieb no como a un colega ni como a un enemigo sino como a un paciente, al que había que animar.

—No creo que haya ninguna masa tumoral. Como por supuesto sabe usted, doctor, eso se puede determinar en gran medida por las diferencias en el tamaño del borde inferior de las costillas, y por la superficie del vientre en la respiración profunda.

—Oh, sííí.

—No creo que tenga que preocuparse lo más mínimo. Lo mejor es que la llevemos rápidamente al hospital de la universidad; allí le daremos una comida de prueba y la miraremos por rayos y echaremos un vistazo para ver si hay bacilos de Boas-Oppler.

Se la llevaron, pesada, inerte, la bajaron por las escaleras de la casita. Gottlieb iba con ella. Era imposible saber si la amaba o no, si era capaz de afecto doméstico normal. La necesidad de recurrir al decano Silva había dañado su opinión de su propio saber. Era la afrenta final, más sutil y más enervante que la oferta de enseñar química a niños. Sentado allí, junto a la cama de ella, su rostro oscuro estaba pálido y las arrugas que profundizaban cruzando aquella máscara podrían haber sido fruto de la aflicción, fruto del miedo... Tampoco se sabe cómo había mirado, a lo largo de los años seguros y sin invasiones, el crucifijo de su esposa, que Silva había visto sobre la cómoda: un crucifijo chillón de escayola enmarcado en una caja con conchas doradas.

Silva diagnosticó que probablemente se tratase de úlcera gástrica, y sometió a la enferma a un tratamiento, con comidas ligeras y frecuentes. La enferma mejoró, pero permaneció en el hospital cuatro semanas y Gottlieb se preguntaba: «¿Están engañándonos estos médicos? ¿Es en realidad cáncer, y están ocultándomelo a mí, que no sé nada, por su mística del oficio?».

Privado de la presencia tranquilizadora y silenciosa de ella, de la que noche tras agotadora noche había dependido, le agobiaban sus hijas, le desesperaba su ruidosa práctica del piano, su incapacidad para manejar a una criada sucia y descuidada. Cuando ellas se iban a la cama se quedaba sentado solo, bajo la pálida luz de la lámpara, inmóvil, sin leer. Estaba desconcertado. Su altivo yo era como un capitalista explotador que hubiese caído en

manos de esclavos rebeldes, encorvado bajo una carga inmundada, los ojos orgullosos llenos de legañas y torturados por la desesperación, la mano de la espada cercenada y el muñón de la muñeca invadido por moscas indecentes.

Fue en esa época cuando se encontró con Martin y Leora en la calle en Zenith.

No miró hacia atrás después de que pasaron, pero toda aquella tarde caviló sobre ellos. «Esa chica, tal vez fuese ella la que me robó a Martin... ¿se lo robó a la ciencia! ¡No! Tenía razón. ¡No hay más que ver lo que les pasa a tontos como yo!»

Al día siguiente de que Martin y Leora hubiesen salido cantando para Wheatsylvania, Gottlieb fue a Chicago, a la agencia de empleo de profesores.

La empresa la controlaba un individuo activo y vital que había sido en tiempos inspector escolar del condado. No estaba muy interesado. Gottlieb perdió el control:

—¿Se dedica usted a encontrar trabajo a los profesores o solo envía usted circulares para divertirse? ¿Ha mirado usted mi currículum? ¿Sabe usted quién soy?

—¡Oh, sí —gritó el agente— sabemos quién es usted, por supuesto, lo sabemos muy bien! Cuando me escribió usted no lo sabía, pero parece tener un buen historial como hombre de laboratorio, aunque no veo que haya descubierto usted nada que tenga la menor utilidad en medicina. Habíamos tenido la esperanza de poder ofrecerle una oportunidad que ni usted ni nadie ha tenido jamás. John Edtooth, el magnate petrolero de Oklahoma, ha decidido fundar una universidad que por extensión y dotación e individualidades superará todo lo que haya podido hacerse en educación: ¡el gimnasio más grande del mundo, con un ex entrenador de béisbol de los Gigantes de Nueva York! Pensamos que quizás podría trabajar usted allí en bacteriología o en fisiología... pensamos que podría conseguir enseñar eso, también, si ponía usted interés en el asunto. Pero hemos estado haciendo algunas indagaciones. Hemos hablado con unos amigos nuestros, de Winnemac. Y nos hemos enterado de que no se le puede confiar a usted un cargo de verdadera responsabilidad. ¡En fin, le echaron a usted por incompetencia general! Pero ahora que ha recibido usted su lección... ¿Cree que podría enseñar Higiene Práctica en la Universidad de Edtooth?

Gottlieb se puso tan furioso que se olvidó de hablar inglés, y como todas sus maldiciones las decía en alemán de estudiante, con una voz seca y restallante, la escena resultó toda ella realmente muy divertida para el contable y las taquígrafas que se rieron a carcajadas. Cuando salió de aquel lugar, Max Gottlieb caminaba despacio, sin rumbo, y había en sus ojos lágrimas seniles.

## CAPÍTULO 13

Nadie en el mundo médico había condenado nunca más apasionadamente que Gottlieb el comercialismo de ciertas grandes empresas farmacéuticas, particularmente el de Dawson T. Hunziker amp; Co. Inc., de Pittsburgh. La empresa Hunziker era una vieja empresa ética que solo trataba con médicos respetables... o prácticamente solo con médicos respetables. Proporcionaba excelentes antitoxinas para la difteria y el tétanos, así como los preparados oficiales más puros, con las etiquetas más simples y de apariencia más oficial, en frasquitos de una modestia jactanciosa. Gottlieb había asegurado que fabricaban vacunas dudosas, pero a su regreso de Chicago escribió a Dawson Hunziker diciéndole que ya no estaba interesado en la enseñanza y que estaría dispuesto a trabajar para ellos media jornada si podía utilizar durante el resto del día sus laboratorios, para una investigación posiblemente importante.

Después de echar la carta se puso a cavilar y pensó que no estaba del todo en sus cabales. «¡La educación! ¡El gimnasio más grande del mundo! Incapaz de asumir una responsabilidad. No puedo enseñar más. Pero Hunziker se reirá de mí. He dicho la verdad sobre él y tendré que... Dios Santo, ¿qué voy a hacer?»

En este frenesí inmóvil, mientras sus asustadas hijas le atisbaban desde los quicios de las puertas, la esperanza se esfumaba.

Sonó el teléfono. No lo contestó. Al tercer ronroneo irascible descolgó el receptor y murmuró: «Sí, sí, ¿quién es?».

Una voz gangosa y despreocupada: «¿Es M. C. Gottlieb?».

—¡Al habla el doctor Gottlieb!

—Bueno, supongo que es usted la persona. Espere al aparato. Hay una conferencia para usted.

Luego: «¿Profesor Gottlieb? Le habla Dawson Hunziker. Desde Pittsburgh. Mi querido amigo, estaríamos encantados de tenerle en nuestro equipo».

—Yo... Pero...

—Creo que ha criticado usted a las empresas farmacéuticas..., ¡oh, sí, leemos los recortes de prensa muy eficientemente!..., pero pensamos que cuando venga usted a trabajar con nosotros y comprenda mejor el Espíritu de esta Vieja Empresa, se entusiasmará. Por cierto, espero no estar interrumpiendo algo.

—No, no, no se preocupe.

—Bueno... le ofrecemos con mucho gusto cinco mil dólares al año, para empezar, y no se preocupe lo más mínimo sobre lo de la media jornada. Le daremos todo el espacio y los técnicos y el material que necesite, y solo tiene que seguir adelante con lo suyo e ignorarnos, trabajando en lo que a usted le parezca importante. Nuestra única petición es que si consigue encontrar sueros que sean de auténtico valor para el mundo, tengamos el privilegio de fabricarlos, y si perdemos dinero en ellos, no importa. Nos gusta ganar dinero si podemos hacerlo honradamente, pero nuestro objetivo principal es servir a la humanidad. Por supuesto, si los sueros arrojan beneficios, estaremos encantados de darle a usted una comisión generosa. Ahora sobre detalles prácticos...

## II

Gottlieb, el adversario plácidamente virulento de todos los ritos religiosos, tenía una costumbre aparentemente religiosa.

Se arrodillaba a menudo al lado de su cama y dejaba al pensamiento correr libre. Era algo muy parecido a la oración, aunque desde luego no había ninguna invocación formal, Ninguna Conciencia de un Ser Supremo... aparte de Max Gottlieb. Esa noche, arrodillado allí, con las arrugas visualizándose en su rostro tenso, meditaba: «¡Fui un necio al criticar a los comerciantes de medicamentos! Este vendedor sabe lo que se hace. ¡Es mucho más auténtico el peor de los tenderos que esos profesores timoratos! ¡Ese atajo de imbéciles! ¡Libertad! ¡Nada de enseñar a los idiotas! *Du Heiliger!*».

Pero no tenía ningún contrato con Dawson Hunziker.

La Compañía Dawson Hunziker publicó anuncios a toda página de lo más engolado y refinado, anunciando que el profesor Max Gottlieb, quizás el inmunólogo más distinguido del mundo, se había incorporado a sus filas.

Un tal doctor Rouncefield cacareó en su clínica de Chicago: «Eso es lo que pasa con estos superintelectuales. Y que se me perdone si parezco sonreír».

En los laboratorios de Ehrlich y Roux, Bordet y sir David Bruce, hombres apesadumbrado se lamentaron: «¿Cómo pudo el bueno de Max ponerse en manos de ese vendedor de pastillas? ¿Por qué no acudió a nosotros? Oh, bueno, si no quiso... *Voilà!* Está liquidado».

En la aldea de Wheatsylvania, en Dakota del Norte, un joven médico hablaba con su esposa:

—¡De todas las personas de este mundo! —protestaba—. ¡No lo habría creído!  
¡Max Gottlieb cayendo en manos de esos facinerosos!

—¡A mí no me preocupa! —dijo su esposa—. Si ha empezado a trabajar con ellos debió de tener alguna buena razón para hacerlo. Ya te lo dije, yo te dejaría por...

—Oh, sí, bueno —dijo él suspirando—, no hay que ser ingrato. Aprendí mucho con Gottlieb y le estoy muy agradecido... ¡Dios mío, Leora, ojalá que él no se haya equivocado!

Y Max Gottlieb llegó a la estación de Pittsburgh con sus tres hijos y su pálida y lenta esposa, arrastrando una mugrienta maleta de mimbre, un hato de inmigrante, y un neceser de Bond Street. En el tren, él había alzado la vista hacia los terribles acantilados, había mirado hacia abajo, hacia el esplendor tiznado de humo del río, y se había sentido joven de corazón. Aquella era una tierra fiera y emprendedora, no era la tierra plana y las mentes planas de Winnemac. A la salida de la estación, hasta los mugrientos taxis le parecieron radiantes y avanzó hacia ellos como un conquistador.

### *III*

Gottlieb nunca había pensado que podría disponer de unos laboratorios como los que encontró en el edificio de Dawson Hunziker, y en vez de estudiantes como auxiliares contaba además con un especialista que había enseñado también Bacteriología, así como con tres hábiles técnicos, uno de ellos formado en Alemania. Fue recibido con aclamaciones en el despacho privado de Hunziker, que se parecía notablemente a una pequeña catedral. Hunziker era calvo, serio y directo en cuanto al cráneo, pero por lo que se refiere a los ojos, con gafas de carey, sentimental. Se levantó de su escritorio jacobeano, le dio a Gottlieb un habano y le dijo que le habían estado esperando anhelantes.

En el enorme comedor del personal, Gottlieb encontró gran número de jóvenes químicos y biólogos competentes que le trataron con un respeto reverente. Le gustaron. Aunque hablasen demasiado de dinero (de cuánto debería de venderse de la nueva tintura de quinina, y cuánto tardarían en subirles el sueldo) estaban, sin embargo, libres de las cautas grandilocuencias de los profesores universitarios. En otros tiempos, el joven y marchoso Max se reía mucho, y aquella misma risa volvía ahora a veces en las discusiones que surgían.

Su esposa parecía mejor de salud; su hija Miriam encontró un profesor de piano excelente; Robert, el chico, entró ese otoño en la universidad; tenía una casa espaciosa aunque decrepita; verse libre de la indolencia y la rutina inevitable de repetir año tras año de las clases resultaba emocionante; y Gottlieb nunca había trabajado tan bien en toda su vida. No tenía conciencia de lo que pudiese suceder fuera de su laboratorio y de unos



cuantos teatros y salas de conciertos.

Hasta que no transcurrieron seis meses, no se dio cuenta de que los jóvenes especialistas técnicos se ofendían con lo que él consideraba sus joviales críticas a su comercialismo. Estaban cansados de sus entusiasmos matemáticos, y algunos de ellos le consideraban un viejo pelma, y murmuraban de él como judío. Él se sintió herido, porque le gustaba ser alegre con los compañeros de trabajo. Empezó a hacer preguntas y a explorar el edificio de la compañía. Lo único que había visto de él era el laboratorio, un pasillo o dos, el comedor y el despacho de Hunziker.

Aunque ensimismado y poco práctico, Gottlieb habría sido un excelente Sherlock Holmes... si alguien que habría sido un excelente Sherlock Holmes hubiese estado dispuesto a ser un detective. Su mente sabía traspasar las apariencias para llegar a la realidad. Descubrió entonces que la Compañía Dawson Hunziker era todo lo que él había afirmado anteriormente que era. Hacían excelentes antitoxinas y preparados éticos, pero estaban produciendo también un nuevo «remedio contra el cáncer» derivado de una orquídea, pontificalmente recomendado y que no poseía valor alguno. Y vendían a diversas empresas de productos de belleza, que se anunciaban en vallas publicitarias, una crema para el cutis que garantizaba que podía proporcionar a un guía indio una blancura de azucena angelical. Este tesoro costaba seis centavos por frasco fabricarlo y un dólar en el mostrador, y el nombre de Dawson Hunziker no se relacionaba jamás con él.

Fue por entonces cuando Gottlieb consiguió culminar su obra maestra después de veinte años de búsqueda. Produjo antitoxina en el tubo de ensayo, lo que significaba que se podía inmunizar contra ciertas enfermedades sin la tediosa elaboración de sueros mediante la inoculación de animales. Era una revolución, la revolución, en inmunología... si Gottlieb tenía razón.

Lo reveló en una cena para la que Hunziker había captado a un general, un rector de universidad y un pionero de la aviación. Fue una cena cordial, con un vino blanco de Rin admirable, el primer vino alemán decente que Gottlieb había bebido en muchos años. Giraba el esbelto vaso verde amorosamente; salió de sus sueños y empezó a sentirse emocionado, alegre, imperativo. Le aplaudieron, y durante una hora fue el Gran Científico. Hunziker fue, de todos ellos el más generoso en sus alabanzas. Gottlieb se preguntó si a aquel buen hombre calvo no le habría engañado alguien para meterle en coqueteos con los potingues embellecedores.

Hunziker le llamó al día siguiente a su despacho. Dispuso esa llamada muy bien (a menos que diese la casualidad de que fuese solo una taquígrafa). Envió a un pulido y trajeado secretario, que presentó los respetos del señor Hunziker al mucho menos pulido doctor Gottlieb e indicó con la delicadeza de un capullo de lila que si no había ningún inconveniente, si es que no interfería de algún modo en los experimentos del doctor Gottlieb, al señor Hunziker le gustaría mucho verle en su despacho a las tres y cuarto.

Cuando Gottlieb entró, Hunziker indicó al secretario que desapareciese y le hizo sentarse en una alta silla española.

—He estado despierto la mitad de la noche pensando en su descubrimiento, doctor Gottlieb. He hablado con el director técnico y el director de ventas y creemos que es hora de actuar. Patentaremos su método de síntesis de anticuerpos y lo pondremos inmediatamente en el mercado en grandes cantidades, con una gran campaña publicitaria... bueno... nada circense, por supuesto... una publicidad estrictamente ética, de alto nivel. Empezaremos con el suero antidiftérico. Por cierto, cuando reciba su próximo cheque verá que hemos elevado sus honorarios a 7.000 al año —Hunziker era ya un gran gatito ronroneante, y Gottlieb guardaba un silencio mortal—. ¡No hace falta que le diga, mi querido amigo, que si se produce la demanda prevista, recibirá usted unas comisiones muy considerables!

Hunziker se retrepó en su asiento con un gesto de «¿qué tal se está en la gloria, muchacho?».

—Yo no apruebo —dijo Gottlieb, nervioso— que se patenten procesos serológicos. Deberían estar a disposición de todos los laboratorios. Y soy firmemente contrario a la producción prematura e incluso al anuncio. Creo que tengo razón, pero debo comprobar mi técnica, tal vez mejorarla... estar *seguro*. Entonces, yo diría que no tendría por qué haber ninguna objeción a que se produjese para el mercado, pero en cantidades *muy* pequeñas y en competencia justa con otros, ¡no bajo patente, como si se tratase de un juguetito para la campaña de Navidad!

—Mi querido amigo, le comprendo muy bien. Personalmente no habría nada que me gustase más que dedicar toda mi vida a producir solo un descubrimiento científico de incalculable valor, sin considerar el mero beneficio. Pero tenemos el deber con los accionistas de la Compañía Dawson Hunziker de ganar dinero para ellos. ¿No se da cuenta usted de que ellos, y muchos son huérfanos y viudas pobres, han invertido su Pequeño Todo en nuestras acciones y que tenemos que ser leales con ellos? Yo personalmente no puedo hacer nada; solo soy su Humilde Servidor. Y por otra parte: creo que le hemos tratado a usted bastante bien, doctor Gottlieb, y que le hemos dado absoluta libertad. ¡Y queremos seguir tratándole bien! ¡Vamos, hombre, será rico; será uno de los nuestros! No me gusta hacer peticiones, pero en este asunto tengo el deber de insistir, y espero de usted que lo más pronto posible se empiece a fabricar...

Gottlieb tenía sesenta y dos años. La derrota de Winnemac había menoscabado un poco su valor... Y no tenía ningún contrato con Hunziker.

Protestó con voz temblorosa, pero cuando regresaba arrastrando los pies a su laboratorio le parecía imposible abandonar aquel santuario y enfrentarse al mundo asesino y camorrista, e igual de imposible tolerar una imitación abaratada e ineficaz de su antitoxina. Inició, desde aquel mismo instante, una estrategia sórdida que su viejo yo orgulloso habría calificado de inconcebible; empezó a equivocarse, a aplazar el anuncio y la producción hasta que hubiese «aclarado unas cuantas cuestiones», mientras Hunziker iba mostrándose más amenazador a medida que transcurrían las semanas. Gottlieb trasladó a su familia a una casa más pequeña y prescindió de todos los lujos, incluso de fumar.

Entre sus economías figuró reducir la asignación de su hijo.

Robert era un muchacho presumido, moreno, tempestuoso, arrogante cuando no parecía haber ninguna razón para la arrogancia, anhelado por ese tipo de chicas anémicas de cutis lechoso, pero siempre arrogante con ellas. Mientras su padre se mostraba a veces orgulloso y a veces afablemente sardónico respecto a su propia sangre judía, el muchacho comunicó a sus compañeros de clase de la universidad que era de pura raza alemana y probablemente noble. Se le dio la bienvenida, o se le dio a medias, en un grupo de automovilistas, jugadores de póquer y miembros del club de campo, por lo que tenía que disponer de más dinero. Gottlieb echó de menos veinte dólares de su escritorio. Él, que ridiculizaba el honor convencional, tenía el honor, lo mismo que tenía el orgullo, de un feroz noble rural. A su amargura constante por tener que engañar a Hunziker se añadía una nueva desdicha. Se enfrentó a Robert con: «Hijo mío, ¿cogiste dinero de mi escritorio?».

Pocos jóvenes podrían haber afrontado aquella prominente nariz aguileña, aquella cólera de venillas rojas de sus ojos hundidos. Robert farfulló y luego gritó:

—¡Sí, lo hice! ¡Y necesito tener más dinero! Tengo que comprar ropa y cosas. Es culpa tuya. ¡Me has metido a estudiar con un montón de tipos que tienen todo el dinero del mundo, y luego esperas que me vista como un pordiosero!

—Robar...

—¡Tonterías! ¡Qué es eso de robar! Tú siempre estás burlándote de esos predicadores, que hablan de Pecado y Verdad y Honestidad y todas las palabras que han estado usándose tanto que maldita cosa significan ya y... ¡me da igual! Daws Hunziker, el hijo del viejo, me contó que su papá dijo que tú podías ser millonario, y vas y nos tienes atados así, y mamá enferma... Déjame que te cuente una cosa, en Mohalis mamá solía pasarme un par de dólares casi todas las semanas y... ¡ya estoy harto! ¡Si vas a querer que ande vestido de andrajos, dejo la universidad!

Gottlieb se puso furioso, pero no había ninguna fuerza en su cólera. Se pasó toda la quincena siguiente sin saber lo que iba a hacer su hijo, lo que él mismo iba a hacer.

Luego, tan silenciosamente que hasta que no volvieron del cementerio no cayeron del todo en la cuenta de su fallecimiento, murió su esposa, y la semana siguiente su hija mayor se escapó con un tipo risueño e indigno que vivía del juego.

Gottlieb se sentaba solo. Leía una y otra vez el *Libro de Job*. «Verdaderamente el Señor me ha golpeado a mí y a mi casa», cuchicheaba. Cuando entró Robert, murmurando que sería bueno, el viejo alzó hacia él un rostro ciego, sin oírle. Pero aunque repitiese las fábulas de sus padres no se le ocurría creer en ellas o inclinarse temeroso ante su Dios colérico... ni conseguir una situación cómoda y desahogada permitiendo que Hunziker profanara su descubrimiento.

Se levantaba, a la hora habitual, y se dirigía silenciosamente a su laboratorio. Sus

experimentos eran tan meticulosos como siempre, y sus ayudantes no vieron más cambio en su conducta que el de que dejó de comer en la empresa. Se iba unas manzanas más allá, a un mísero restaurante en el que podía ahorrar treinta centavos al día.

#### IV

Miriam afloró de la penumbra que oscurecía a la gente que le rodeaba.

Tenía dieciocho años, era la más pequeña de sus vástagos, achaparrada y sin más atractivo que una boca tierna. Siempre había estado orgullosa de su padre, y comprendía las misteriosas e irracionales compulsiones de su ciencia, pero hasta entonces nunca se había sentido sobrecogida, al ver que caminaba arrastrando los pies y que apenas hablaba. Dejó las lecciones de piano, despidió a la criada, estudió un libro de cocina y le preparó los platos crujientes de grasa que a él le gustaban. Lo único que lamentaba era no haber aprendido alemán, porque él, de vez en cuando, se ponía a hablar en el idioma de su infancia.

Él la miraba, y se quedaba largo rato observándola:

—¡Bueno! Tú al menos sigues conmigo. Podrías soportar la pobreza si me fuese... ¡a dar clase de Química en un instituto de secundaria!

—Sí. Por supuesto. Yo tal vez pudiese tocar el piano en un cine.

Sin su lealtad podría no haberse mantenido firme cuando Dawson Hunziker entró la vez siguiente en el laboratorio exigiendo: «Bueno mire usted. Hemos esperado ya suficiente. Tenemos que poner su asunto en el mercado».

—No —le contestó—. Si espera usted a que haya hecho todo lo que pueda... tal vez un año, probablemente tres, podrá hacerlo. Pero hasta que no esté seguro: no.

Hunziker se fue bufando, y Gottlieb se preparó para la sentencia.

Luego le llevaron la tarjeta del doctor A. DeWitt Tubbs, director del Instituto de Biología McGurk de Nueva York.

Gottlieb sabía de Tubbs. Nunca había visitado el instituto pero le consideraba, junto con el de Rockefeller y McCormick, la organización más sólida y libre para la investigación científica pura del país, y si había pensado alguna vez en un laboratorio celestial en el que buenos científicos pudieran pasarse toda la eternidad entregados a una

investigación feliz y sin absolutamente ningún imperativo práctico, habría imaginado algo parecido a McGurk. Se sintió sumisamente complacido de que su director le visitase.

El doctor A. DeWitt Tubbs era un hombre tremendamente peludo en todos los puntos visibles salvo la nariz y las sienes y las palmas de las manos, cubierto por lo demás de un vello corto pero apasionado, como un terrier escocés. Pero no era un vello cómico; era el vello de la dignidad; y sus ojos eran serios, el paso un trote decidido, la voz de una solemnidad aflautada.

—Dr. Gottlieb, es un gran placer. He oído hablar de sus trabajos en la Academia de Ciencias pero, desgraciadamente, no había podido hasta ahora conocerle a usted.

Gottlieb se esforzó por no parecer azorado.

Tubbs miró a los ayudantes; como un conspirador en una obra política, y murmuró: «Podemos hablar un momento...».

Gottlieb le condujo a su despacho, desde el que se divisaba un gran trajín de desvíos, de carriles curvados y de pardos vagones de carga, y Tubbs le instó:

—Ha llegado a oídos nuestros, por una curiosa casualidad, que está usted a punto de lograr su descubrimiento más significativo. Todos nos preguntamos, cuando abandonó usted el trabajo académico, el por qué de su decisión de incorporarse al campo comercial. Lamentamos que no se le hubiese ocurrido acudir a nosotros.

—¿Me habrían admitido? ¿No tenía absolutamente ninguna necesidad de haber venido aquí?

—¡Naturalmente! Y por lo que sabemos, no estaba prestando usted atención al aspecto comercial de las cosas, y eso nos mueve a preguntarle si se le podría convencer a usted para que se incorporase a McGurk. Así que me subí a un tren y vine hasta aquí. Estaríamos encantados de que se convirtiese usted en miembro del instituto y jefe del Departamento de Bacteriología e Inmunología. El señor McGurk y yo solo deseamos el progreso de la ciencia. Tendría usted, por supuesto, libertad absoluta en cuanto a las investigaciones que considerase más oportuno realizar, y creo que podríamos proporcionarle ayuda y material tan buenos como los que pueda haber en cualquier parte del mundo. Respecto al sueldo... permítame que sea práctico y directo y tal vez un poco brusco, pero es que mi tren sale dentro de una hora... imagino que no podríamos igualar los emolumentos elevados, sin duda, que la gente de Hunziker puede pagarle, pero podemos llegar a los 10.000 dólares al año...

—¡Oh, Dios mío, no me hable de dinero! Estaré con usted en Nueva York dentro de una semana. Sabe —dijo Gottlieb— ¡no tengo ningún contrato aquí!



## CAPÍTULO 14

Se pasaron toda la tarde recorriendo las largas ondulaciones de la pradera en la balanceante calesa. No había ninguna barrera que impidiese su vagabundeo, ni lago ni montaña ni ciudad erizada de fábricas, y la brisa era, a su alrededor, fluyente luz del sol.

—Tengo la sensación —gritó Martin a Leora— de que se hubiesen borrado de mis pulmones el polvo de Zenith y la fibra de algodón del hospital. Dakota. El verdadero país del hombre. La frontera. La oportunidad. ¡América!

Del denso y húmedo bajío se alzaron las jóvenes chochas de las praderas. Mientras las veían volar cruzando el trigo, el espíritu de Martin adormecido por el sol era parte de aquella tierra grande, y se sentía casi libre de la impaciencia con la que había partido de Wheatsylvania.

«Si vais a salir a pasear, no olvidéis que la cena es a las seis en punto», había dicho la señora Tozer, sonriendo para azucararlo.

En la calle Mayor, el señor Tozer les dijo adiós y les gritó: «Estad de vuelta a las seis. La cena es a las seis en punto».

Bert Tozer salió corriendo del banco, como un maestro de escuela rural que saliese de una escuela de una sola habitación, y cacareó: «Eh, amigos, es mejor que no olvidéis que tenéis que estar de vuelta a las seis en punto para la cena, porque si no al viejo le dará un ataque. Os esperará para cenar a las seis en punto, y cuando él dice las seis en *punto*, quiere decir las seis en *punto*, y no las seis y cinco!».

—Bueno, eso es curioso —comentó Leora—, porque en mis veintidós años en Wheatsylvania recuerdo tres ocasiones en que la cena llegó a retrasarse hasta las seis y siete minutos. Tenemos que salir de esto, Sandy... no sé si hicimos bien en lo de vivir con la familia y ahorrar dinero...

Antes de que hubiesen dejado atrás los no muy extensos límites de Wheatsylvania pasaron ante Ada Quist, la futura señora de Bert Tozer, y a través del aire perezoso oyeron su voz cortante: «Será mejor que estéis en casa a las seis».

Martin estaba dispuesto a ser heroico. «¡Bueno qué caray, volveremos cuando nos dé la gana y nos parezca bien!», le dijo a Leora; pero el miedo acumulativo de aquellas voces ñoñas pesaba sobre ellos, por encima del grato panorama pesaba la orden: «Volved a las seis en punto»; y arrearon al caballo para llegar a las seis menos once minutos, cuando el señor Tozer volvía ya de la lechería, treinta segundos completos más tarde de lo habitual.

—Me alegro de veros entre nosotros —dijo—. Daos prisa ahora y llevad el caballo al establo. La cena es a las seis... ¡en punto!

Martin sobrevivió lo suficiente para no desentonar cuando proclamó en la mesa de la cena:

—Dimos un paseo estupendo. Va a gustarme estar aquí. Bueno, he hecho el haragán durante un día y medio, y ahora tengo que ponerme en marcha. Lo primero que tengo que buscar es un sitio para mi consultorio. ¿Qué hay vacante, padre Tozer?

—Bueno —dijo alegremente la señora Tozer— tengo una idea tan estupenda, Martin. ¿Por qué no montamos un consultorio para ti en el pajar? Estaría muy cerca de la casa, para que pudieras llegar a tiempo a las comidas, y pudieras echar un ojo a la casa también y vigilar si la chica está fuera y Ory y yo hemos ido de visita o al Círculo de Bordado.

—¡En el pajar!

—Bueno, sí, en el viejo local de los arneses. Está parcialmente techado y podríamos ponerle algún papel alquitranado bonito o incluso unas tablas de madera de fibra.

—Madre Tozer, ¿qué demonios piensa usted que estoy planeando hacer? ¡No soy un criado en una caballeriza, ni un muchacho que busque un sitio donde meter sus huevos de pájaro! ¡Lo que me propongo es abrir un consultorio médico!

Bert intentó ayudar: «Bueno, pero todavía no eres un médico del todo. Todavía estás empezando».

—¡Soy un médico puñeteramente bueno! Perdona la expresión, madre Tozer, pero... ¡En fin, en mis noches de hospital he tenido cientos de vidas en mis manos! Lo que pretendo...

—Mira una cosa, Mart —dijo Bert—. Como somos nosotros los que estamos poniendo el dinero... no quiero ser un tacaño pero, después de todo, un dólar es un dólar... Si nosotros aportamos la pasta, tenemos derecho a decidir el mejor modo de gastarla.

El señor Tozer parecía pensativo y dijo impotente: «Así es. No tiene sentido correr riesgos, con estos malditos granjeros que piden todo lo que pueden por el trigo y la leche, y luego se van a trabajar tranquilamente y no pagan los intereses de los préstamos. No merece la pena invertir en hipotecas ya, lo juro. No tiene sentido darse aires. Es indudable que mirarle a un tipo la garganta irritada o recetarle algo para un dolor de oídos igual puedes hacerlo en una oficinita simple y sencilla que un sitio rimbombante todo lleno de adornos, como uno de esos bares de Moorhead. Madre procurará que tengas un rincón cómodo en el pajar...».

—Mira una cosa, papá —intervino Leora—. Quiero que nos prestes mil dólares, sin



más, para utilizarlos como nos parezca.

Esto causó una sensación inmensa.

—Te pagaremos un seis por ciento —añadió—. No, tanto no; te pagaremos un cinco; eso es suficiente.

—¡Y las hipotecas dan un seis, un siete y un ocho! —gorjeó Bert.

—Cinco es suficiente. Y queremos poder decidir, con toda libertad, cómo queremos utilizarlos... para montar un consultorio o lo que sea.

—Esa es una forma estúpida de... —empezó el señor Tozer.

Bert le quitó la palabra:

—¡Tú estás loca, Ory! Supongo que tendremos que prestaros algo de dinero, pero desde luego nada de dárselo todo de una vez, os lo daremos poco a poco, y tendréis que seguir nuestro consejo, además...

—O hacéis lo que digo —dijo Leora levantándose—, exactamente lo que digo, o Mart y yo cogemos el primer tren y volvemos a Zenith, ¡lo digo muy en serio! ¡Allí tiene muchas oportunidades, con un buen sueldo, y no tendremos que depender de nadie!

Hubo mucha conversación, la mayor parte de ella muy parecida a lo ya dicho. En una ocasión Leora se dirigió a las escaleras, para subir a hacer el equipaje; en otra Martin y ella se pusieron de pie agitando las servilletas al mismo tiempo que los puños, en una composición general notablemente parecida al *Laocoonte*.

Leora ganó.

Pasaron luego a una discusión más pacificadora.

—¿Trajisteis vuestro baúl de la estación? —preguntó el señor Tozer.

—Es un disparate dejarlo allí... ¡y pagar veinticinco centavos al día de almacenaje! —refunfuñó Bert.

—Lo traje yo esta mañana —dijo Martin.

—Oh, sí, Mart mandó que lo trajeran esta mañana —confirmó la señora Tozer.

—¿Mandaste que lo trajeran? ¿No lo trajiste tú? —preguntó angustiado el señor Tozer.

—No. Le dije al que lleva el almacén de madera que me lo trajera —dijo Martin.

—Bueno, Dios todopoderoso, ¿podrías también haberlo cargado en una carretilla y haberlo traído tú mismo y te habrías ahorrado un cuarto de dólar! —dijo Bert.

—Pero un médico tiene que mantener su dignidad —dijo Leora.

—¿Qué dignidad ni qué ocho cuartos! ¡Es bastante más digno que te vean empujando una carretilla que fumando todo el tiempo esos cigarrillos asquerosos!

—Bueno, da igual... ¿dónde lo pusiste? —preguntó el señor Tozer.

—Está arriba, en nuestra habitación —dijo Martin.

—¿Dónde crees que será mejor que lo metamos una vez vacío? El desván está llenísimo —consultó el señor Tozer a la señora Tozer.

—Oh, yo creo que Martin podría meterlo allí.

—¿Por qué no ponerlo en el pajar?

—¡Oh, no, un baúl nuevo tan bonito como ese!

—¿Qué pasa con el pajar? —dijo Bert—. Está seco y está muy bien. ¡Es una vergüenza desperdiciar todo ese buen espacio del pajar, ahora que hemos decidido ya que él debe poner su despachito allí!

—Bertie —dijo Leora— yo sé lo que haremos. Parece que no te puedes quitar el pajar de la cabeza. Puedes trasladar allí tu viejo banco, y Martin instalar su consultorio en el edificio del banco.

—Eso es algo completamente distinto...

—Bueno, no tiene ningún sentido que os dediquéis los dos a haceros los listos —protestó el señor Tozer—. ¿Habéis oído alguna vez a vuestra madre y a mí discutir y reñir de ese modo? ¿Cuándo crees que habrás vaciado el baúl, Mart?

El señor Tozer podía pensar en pajares y podía pensar en baúles, pero su cerebro no era de los que abordan dos asuntos tan complicados al mismo tiempo.

—Puedo vaciarlo esta noche, si es necesario...

—Bueno, en realidad no creo que sea necesario, es solo que cuando se empieza a hacer una cosa...

—Oh, qué más da que lo haga o que...

—Si va a tener que buscar un despacho, en vez de instalarse inmediatamente en el

pajar, no puede tardar un mes en deshacer el equipaje y...

—Oh, Dios mío, lo vaciaré esta noche...

—Y yo creo que podemos llevarlo al desván...

—Ya te he dicho que está lleno de cosas...

—Echaremos un vistazo después de cenar...

—Bueno, ahora os explicaré que cuando intenté meter ese trasto en...

Martin probablemente no chillase, pero se oía chillando. La tierra libre y viril quedaba a leguas de distancia y hacía ya años que estaba olvidada.

## II

Encontrar un despacho llevó toda una quincena de diplomacia, y una discusión que animó tres comidas al día, todos los días. (No es que la búsqueda de despacho fuese lo único que mencionasen los Tozer. Recorrían detenidamente todos los momentos del día de Martin; comentaban su digestión, su correo, sus paseos, sus zapatos, que necesitaban arreglo, y si se los había llevado ya al granjero-trampero-zapatero, y cuánto podría costar el arreglo, y las presuntas relaciones maritales, la política y la teología de dicho zapatero.)

El señor Tozer había sabido desde el principio cuál era el despacho perfecto. Los Norblom vivían encima del almacén general, y el señor Tozer sabía que estaban pensando mudarse. No había nada en realidad que estuviese pasando o que fuese probable que pasase, en Wheatsylvania que el señor Tozer no supiese y explicase. La señora Norblom estaba cansada de cuidar de la casa y quería ir a vivir a la pensión de la señora Beeson (a la habitación delantera, a la derecha yendo por el pasillo del piso de arriba, la de paredes encaladas, con la estufita que la señora Beeson había comprado a Otto Krag por siete dólares y treinta y cinco centavos... no, habían sido siete dólares y veinticinco centavos).

Fueron a ver a los Norblom y el señor Tozer insinuó que «podría estar bien para el doctor instalarse encima de la tienda, si los Norblom estuviesen pensando hacer algún cambio...».

Los Norblom se miraron, con largas miradas escandinavas, cautas y desvaídas, y mascullaron que aunque ellos «no *sabían*... por supuesto era el mejor emplazamiento de la población...». El señor Norblom admitió que si, aunque no fuese muy probable, considerasen alguna vez la posibilidad de mudarse, posiblemente pedirían veinticinco dólares al mes por el piso, sin muebles.

El señor Tozer salió de la conferencia internacional tan astutamente gozoso como cualquier señor ministro Tozer o lord Tozer en Washington o Londres.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Le hicimos comprometerse! Veinticinco, dice. Eso significa que cuando llegue el momento, le ofreceremos dieciocho y cerraremos el trato por veintiuno setenta y cinco. Si le manejamos con cuidado, y le damos tiempo para ir a ver a la señora Beeson y arreglar el asunto de ir a la pensión con ella, ¡le tendremos justo donde le queremos tener!

—Bueno, si los Norblom no acaban de decidirse, tendremos que buscar otra cosa —dijo Martin—. Detrás de la oficina de Eagle hay un par de habitaciones vacías.

—¿Qué? ¿Andar por ahí a la caza, después de haberles dado a los Norblom motivos para pensar que vamos en serio, y convertirlos en enemigos para toda la vida? Pues sí que sería ese un buen modo de empezar a crearse una clientela, ¿no te parece? Y he de decirte que no les haría ningún reproche a los Norblom si se enfadasen si tú les dejases en la estacada de ese modo. ¡Esto no es Zenith, donde puedes andar por ahí dando gritos esperando que se hagan las cosas en dos minutos!

A lo largo de una quincena, mientras los Norblom pasaban por el calvario de decidirse a hacer lo que hacía ya mucho que habían decidido, Martin esperaba, sin poder empezar a trabajar. Hasta que no abriese un consultorio certificado e identificable, la mayoría del pueblo no le consideraría un médico competente sino solo «ese yerno de Andy Tozer». En esos quince días le llamaron solo una vez: para la migraña de la señorita Agnes Ingleblad, tía y ama de llaves de Alec Ingleblad, el barbero. Martin estaba encantado, hasta que Bert le explicó:

—Oh, así que te llamó *ella*, ¿eh? Siempre anda de médicos. En realidad no le pasa nada, pero siempre está intentando probar la última novedad. La última vez fue un tipo que pasó por aquí vendiendo píldoras y linimentos en un Ford, y la vez anterior un curador por la fe, un chiflado de por aquí, de Dutchman's Forge, y luego, durante un tiempo, estuvo tratándose con un osteópata de Leopolis... aunque yo te digo que en eso de la osteopatía hay algo, eh... curan a muchísima gente que los médicos normales no parecen saber qué tiene, ¿tú no lo crees?

Martin indicó que no lo creía.

—¡Ay, vosotros los médicos! —graznó Bert en su tono más jocundo, porque Bert podía ser muy bromista y alegre—. Sois todos iguales, especialmente cuando estáis recién salidos de la facultad y creéis que lo sabéis todo. No sois capaces de ver nada bueno en la quiropráctica ni en los cinturones eléctricos ni en los que asientan huesos ni en nada, porque os quitan muchos buenos dólares a vosotros.

Había que ver al doctor Martin Arrowsmith, que había puesto furiosos en otros tiempos a Angus Duer y a Irving Watters por su sarcasmo, criticando las pautas médicas, defendiendo ante un Bert Tozer que sonreía obscenamente, la bondad y los conocimientos

científicos de todos los médicos; proclamando que jamás se había recetado sin motivo medicamento alguno (al menos por un graduado de Winnemac) ni se había realizado ninguna operación innecesaria.

Veía mucho a Bert ahora. Se sentaba en el banco, esperando que le llamasen, le hormigueaban los dedos del deseo de poner vendas. Ada Quist entraba con frecuencia y Bert dejaba a un lado sus cifras para hablar recatadamente con ella.

—Tienes que tener cuidado hasta con lo que piensas, cuando está aquí el médico, Ade. Ha estado contándome lo mucho que sabe de neurología y de todo ese asunto de leer el pensamiento. ¿Qué dices a eso, Mart? Estoy cogiendo tanto miedo que he cambiado la combinación de la caja fuerte.

—¡Vaya! —dijo Ada—. Puede engañar a algunas personas, pero a mí no puede engañarme. Aprender cosas en los libros puede hacerlo cualquiera, pero cuando llega el momento de practicarlas... déjame que te diga una cosa, Mart, ¿para llegar alguna vez a saber una décima parte de lo que sabe ese viejo doctor Winter de Leopolis, que es tan listo, tendrás que vivir más de lo que yo espero!

Señalaron los dos que para ser alguien que pensaba que su práctica de Zenith le había hecho tan «terriblemente listo que nos mira por encima del hombro a nosotros, unos pobres y sucios campesinos ignorantes», tenía bastante mal puesto el pañuelo del cuello.

Todas estas gracias tuyas y algunas de Ada las repetía Bert en la mesa a la hora de la cena.

—No deberías agobiar tanto al chico. Aunque eso del pañuelo estuvo bastante bien... supongo que Mart piensa que es todo un personaje —dijo riéndose el señor Tozer.

Leora llevó a Martin aparte después de la cena.

—Querido, ¿cómo puedes soportarlo? Tenemos que tener una casa propia lo antes posible. ¿O nos largamos?

—¡Aguantaré sea como sea!

—Bueno. Tal vez. Pero, querido, cuando le pegues a Bertie, hazlo con cuidado... porque si no te colgarán.

Martin se dirigió al porche delantero. Decidió echar un vistazo a las habitaciones que había detrás del despacho de Eagle. Sin un retiro en el que estuviese a salvo de Bert no podría aguantar otra semana. No podía esperar a que los Norblom se decidiesen, a pesar de que se hubiesen convertido para él en eternos y temibles personajes cuya enemistad le aplastaría; deidades prodigiosas que ensombrecerían aquella Wheatsylvania que era el único mundo perceptible.

Se dio cuenta, con la última y triste luz, de que avanzaba hacia él por el camino de tablas de delante de la casa un hombre, y que vacilaba y le miraba. El hombre era un tal Wise, un judío ruso conocido en el pueblo como «Wise el Polaco». Vendía artículos de plata y piezas de automóvil, compraba y vendía tierra agrícola y caballos y pieles de rata almizclera en su cabaña, situada junto a la vía del tren.

—¿Es usted el médico? —le gritó.

—¡Sí!

Martin se emocionó. ¡Un paciente!

—Mire, querría que viniese usted conmigo. Hay un par de cosas que me gustaría comentarle. Bueno, escuche, por qué no se acerca hasta mi casa y probamos unos puros nuevos que he conseguido —dijo lo de «puros» con un cierto énfasis. En Dakota del Norte, como en Mohalis, el alcohol estaba teóricamente prohibido.

A Martin le agradó la propuesta. ¡Llevaba tanto tiempo siendo sobrio e industrioso!

La cabaña de Wise era una construcción de una planta, nada mal hecha, a media cuadra de la calle Mayor, sin nada más que la vía del ferrocarril entre ella y las extensiones de trigales. Estaba forrada por dentro de madera de pino, y olía bien en ella a humo de pipa. Wise guiñó un ojo (era un hombre menudo, confidencial e indigno de confianza) y murmuró: «¿Cree que podría aguantar usted un traguito de un *bourbon* de Kentucky de primera clase?».

—Bueno, creo que no me enfadaría demasiado por eso.

Wise bajó las mugrientas persianas y de un cajón alabeado de su escritorio sacó una botella de la que bebieron ambos, limpiando la boca con palmas giratorias. Luego Wise dijo bruscamente:

—Mire, doctor. Usted no es como estos palurdos; usted comprende que a veces uno se mete en asuntos turbios sin proponérselo. Bueno, abreviando, supongo que he vendido demasiadas acciones mineras, y van a venir a por mí. Tengo que ponerme en marcha, maldita sea, esperaba poder estar tranquilo en un sitio un par de años esta vez. Bueno, me he enterado de que está usted buscando un despacho. Esta casa sería ideal. ¡Ideal! Dos habitaciones atrás además de esta. Se lo alquilo a usted, con muebles y todo el equipo, por quince dólares al mes si me paga usted un año por adelantado. No hay ninguna trampa, eh. Su cuñado sabe todo lo que hay que saber sobre mi propiedad.

Martin intentó ser muy práctico y directo. ¿Acaso no era él un joven médico que pronto estaría invirtiendo dinero, uno de los Ciudadanos más Importantes de Wheatsylvania? Volvió a casa y bajo la lámpara del salón, con sus margaritas verdes sobre cristal rosa, los Tozer escucharon atentamente, Bert inclinándose hacia delante con la boca abierta.

—Estarías seguro alquilándolo por un año, pero esa no es la cuestión —dijo.

—¡Desde luego que no! ¿Enfrentarse con los Norblom, ahora que ya están casi decididos a alquilarte su casa? ¿Dejarme como un idiota después de todo el trabajo que me he tomado? —gruñó el señor Tozer.

Discutieron el asunto una y otra vez hasta que eran ya casi las diez, pero Martin estaba decidido, y al día siguiente alquiló la cabaña de Wise.

Por primera vez en su vida tenía un lugar que era completamente suyo, suyo y de Leora.

El orgullo que le causaba la posesión hacía que le pareciese el edificio más señorial del mundo, y cada piedra y hierba y manubrio de puerta era especial y encantador. En el crepúsculo se sentaron en el descansillo de la entrada de atrás (una caja de jabón muy interesante y no demasiado rota) y el campo abierto fluía cruzando la delgada franja del ferrocarril desde el espectacular horizonte hasta sus pies. De pronto Leora estaba a su lado, rodeándole el cuello con un brazo y él entonó en un himno toda la gloria del futuro de ambos:

—¿Sabes lo que encontré aquí en la cocina? Un viejo taladro magnífico, solo está un poquito oxidado, y puedo coger una caja y hacer una estantería para tubos de ensayo... ¡propios!

## CAPÍTULO 15

Martin estudió el catálogo de la Compañía de Mobiliario e Instrumental Nueva Idea de Jersey City sin hacer ninguno de los comentarios impíos sobre los «mercachifles médicos» que habían enojado a Digamma Pi. Era una cosa bonita. En la portada, que era de un verde satinado, aparecían, en rojo y negro, los retratos del presidente, un hombre redondo y ocurrente, que amaba a todos los jóvenes médicos; del director general, un individuo de aire doctoral y cadavérico que dedicaba, sin duda todos sus laboriosos días con sus noches al progreso de la ciencia; y del vicepresidente, antiguo preceptor de Martin, el doctor Roscoe Geake, con toda su propia modernidad animosa, progresista y anteojuda. También contenía la portada, en un espacio sorprendentemente pequeño, una gran cantidad de prosa poética, y esta promesa inspiradora:

*Doctor, no te dejes amilantar por el no emprendedor. No hay ninguna razón por la que tú tengas que carecer del equipamiento que impresiona a los pacientes, facilita la práctica médica y proporciona honor y riquezas. Todos los suministros de alto nivel que distinguen a los Grandes de la Profesión de los Torpes están a tu alcance ahora por el famoso Sistema de Financiación de Nueva Idea: «Solo un pequeño pago y el resto gratis... ¡a base del aumento de ingresos que el aparato de Nueva Idea te proporcionará!».*

Arriba, en un borde de ramas de laurel y capiteles jónicos, estaba el desafío:

*Canta no la gloria de los soldados los exploradores ni de los estadistas porque quién puede igualarse al médico: sabio, heroico, no contaminado por la vulgar codicia. Caballeros, os saludamos humildemente y os ofrecemos aquí el catálogo más reciente que haya presentado jamás una empresa de suministros quirúrgicos.*

La cubierta de atrás, aunque menos gloriosa en verde y rojo, era igual de estimulante. Presentaba ilustraciones del Instrumental de Tonsilectomía de Bindledorf y de un armario eléctrico, con la petición:



*Doctor, ¿está usted enviando a sus pacientes a especialistas para extracción de las amígdalas o a sanatorios para tratamiento eléctrico, etc.? Si es así, está perdiendo la oportunidad de demostrar que es usted una de las figuras destacadas en el dominio del progreso médico en su localidad, y perdiendo un montón de buenas minutas. ¿No quiere usted ser un médico de primera clase? Aquí le ofrecemos la Puerta Abierta.*

*El Instrumental de Bindledorf no solo es útil sino de una belleza exquisita, adorna cualquier consultorio y le proporciona clase. Garantizamos que con su instalación y con la del armario Electro-Terapéutico Panaceático de Nueva Idea (ver detalles en pp. 34 y 97) puede aumentar sus ingresos pasando de los mil a los diez mil dólares al año, y complacer más a sus pacientes que con la publicidad más esmerada.*

*Cuando se oiga la Llamada Final, doctor, y le llegue la hora de recoger su recompensa, ¿podrá gozar de la satisfacción de un gran funeral Masónico y del tributo de Pacientes Agradecidos si no ha sabido reunir lo necesario para cubrir las necesidades de los niños y de la fiel esposa que ha compartido sus tribulaciones?*

*Puede usted desafiar la ventisca y los calores de agosto, y descender hasta el valle de lágrimas de sombras purpúreas y combatir con los negros Poderes de la Oscuridad en defensa de las vidas de sus pacientes, pero ese heroísmo es incompleto sin Progreso Moderno, que se obtiene por medio del uso de Instrumental de Tonsilectomía de Bindledorf y del Armario Panaceático de Nueva Idea, que puede obtener por un pequeño pago inicial, ¡el resto en los plazos más cómodos que se conocen en toda la historia de la medicina!*

## II

Martin desdeñó toda esta poesía apasionada, ya que la opinión que tenía él de la poesía era como la que tenía de los armarios eléctricos, pero pidió muy emocionado un pedestal de acero, un esterilizador, frascos, tubos de ensayo y un mecanismo esmaltado en blanco con encantadoras palancas y engranajes que lo transformaban de sillón de reconocimiento en mesa de operaciones. Contempló con codicia la imagen de un centrifugador mientras Leora admiraba la «Impresionante Sala de Espera de siete piezas en roble ahumado, tapizadas con auténtica piel sintética de Barcelona Longware, que proporcionará a su consultorio la clase y la distinción del de cualquier especialista de primera fila de Nueva York».

—Bueno, mejor que se sienten en sillas planas —gruñó Martin.

La señora Tozer encontró en el desván sillas mugrientas suficientes para la sala de espera, y una librería antigua que, después de que Leora la forrase con un papel rosa con orlas, se convirtió en un noble armario para el instrumental. Hasta que llegase el sillón de reconocimiento, Martin utilizaría el sofá lleno de bultos de Wise, que Leora cubrió con hule

blanco. Detrás de la habitación delantera del pequeño edificio-consultorio había dos cubículos, anteriormente dormitorio y cocina. Martin los convirtió en sala de consulta y laboratorio. Serró silbando tablas para las estanterías de frascos y tubos de ensayo, y convirtió el horno de una cocina de keroseno desechada en un horno de aire caliente para esterilizarlos.

—Pero entiéndelo, Lee, no me pondré a jugar con ninguna investigación científica. Ya estoy harto de todo eso.

Leora sonrió inocentemente. Aunque mientras él trabajaba estaba sentada fuera en la larga hierba descuidada, aspirando la brisa de la pradera, las manos en los tobillos, cada cuarto de hora tenía que entrar y admirar.

El señor Tozer llevó a casa un paquete a la hora de cenar. La familia lo abrió, entre murmullos. Después de la cena, Martin y Leora corrieron con el nuevo tesoro al consultorio y lo clavaron en su sitio. Era un letrero de plancha de vidrio; en él decía en letras doradas: «M. Arrowsmith, doctor en medicina». Lo miraron abrazados, con un grito apagado, y Martin masculló, reverente: «¡Uf... Jolines!».

Se sentaron en el rellano de las escaleras de la entrada de atrás, entusiasmados por verse libres de los Tozer. A lo largo de la vía del tren traqueteaba un carguero con alegre estruendo. El fogonero les saludó desde la locomotora, un guardafrenos desde la plataforma del furgón de cola rojo. Después del tren se hizo el silencio, salvo por los grillos y una remota rana.

—Nunca he sido tan feliz —murmuró él.

### *III*

Martin había llevado de Zenith su propio estuche quirúrgico Ochsner. Mientras colocaba los instrumentos, admiraba el fino, agudo y brillante bisturí, el sólido tenótomo, las delicadas agujas curvas. Había con ellas un fórceps dental. Papá Silva había advertido en sus clases: «No olvidéis que el médico rural tiene que ser a menudo no solo médico sino dentista, sí, y sacerdote, abogado de divorcios, herrero, chófer e ingeniero de caminos, y si sois demasiado delicados para esos oficios, no os alejéis mucho de donde haya tranvía y un salón de belleza». Y el primer paciente al que Martin tuvo en su nuevo consultorio, su segundo paciente en Wheatsylvania, fue Nills Krag, el carpintero, que aullaba con un diente ulcerado. Eso fue una semana antes de que estuviese colocado el letrero de cristal y Martin le dijo entusiasmado a Leora: «¡Ya empecé! Verás cómo ahora acuden en tropel».

Pero no les vieron acudir en tropel. Durante diez días Martin anduvo trajinando con el horno de aire caliente o estuvo sentado en el escritorio, leyendo e intentando parecer

ocupado. Su primera alegría se convirtió en irritabilidad, y podría haberse puesto a aullar ante aquella quietud, aquella inactividad.

Un día, a última hora de la tarde, cuando se estaba preparando melancólicamente para irse a casa, irrumpió en el consultorio un barbudo granjero sueco que gruñó: «Doctor, me he clavado en el pulgar un anzuelo y lo tengo todo hinchado». Para Arrowsmith, interno del Hospital General de Zenith con sus trescientos tratamientos clínicos de pacientes externos al día, vendar una mano había sido menos importante que pedir prestada una cerilla, pero para el doctor Arrowsmith de Wheatsylvania fue una operación frenética, y el granjero una persona notable y sumamente encantadora. Martin le estrechó violentamente la mano izquierda y le dijo: «Bueno, si hay algo, solo tiene que llamarme por teléfono... solo tiene que llamarme por teléfono».

Había habido, creía él, una afluencia suficiente de maravillados pacientes para justificar la única cosa que Leora y él ansiaban hacer, aquello de lo que hablaban en susurros por la noche: la compra de un automóvil para las visitas en el campo.

Habían visto el coche en la tienda de Frazier.

Era un Ford, con cinco años de uso, la tapicería rota, un motor pegajoso y muelles hechos por un herrero que no había hecho muelles antes de aquellos en toda su vida. El sonido más familiar de Wheatsylvania, junto con el traqueteo del motor de gasolina de la lechería, era el de Frazier cerrando la puerta del Ford. La cerraba con fuerza en la tienda y normalmente tenía que cerrarla tres veces más antes de llegar a casa.

Pero para Martin y Leora, cuando compraron temblando el coche y tres neumáticos nuevos y una bocina, era el vehículo más impresionante del mundo. Era suyo; podían ir a donde quisieran y cuando quisieran.

Martin, durante su verano en un hotel canadiense, había aprendido a conducir una camioneta Ford, pero para Leora era la primera aventura. Bert le había dado tantas instrucciones que ella se había negado a conducir el Overland de la familia. Cuando se sentó por primera vez al volante, cuando movió el acelerador manual con su dedito y sintió en sus propias manos todo aquel poder, aquella brujería que le permitía ir tan deprisa como pudiese desear (dentro de ciertos límites), trascendió la fuerza humana, tuvo la sensación de que podía volar como el ganso salvaje... y luego, en una extensión de arena, se le caló el motor.

Martin se convirtió en el conductor diabólico del pueblo. Ir con él era sentarse sujetándose el sombrero, con los ojos cerrados, esperando la muerte. Parecía acelerar en las curvas, para hacerlas más interesantes. La vista de algo delante en la carretera, desde otro automóvil a un cachorrillo, le precipitaban en un frenesí que solo podía cesar acelerando y pasándolo. El pueblo le adoraba: «El Joven Médico es todo un conductor, no hay duda». Esperaban, con amistoso interés, la noticia de que se había matado. Es posible que la mitad de la primera docena de pacientes que acudieron a su consultorio lo hiciesen movidos por el respeto que les inspiraba su forma de conducir... el resto porque no tenía ningún problema

serio, y estaba más cerca que el doctor Hesselink de Groningen.

#### IV

Con sus primeros admiradores surgieron sus primeros enemigos.

Cuando se encontraba con los Norblom en la calle (y en Wheatsylvania era difícil no encontrarse a todo el mundo en la calle todos los días), le miraban furiosos. Luego se enemistó con Pete Yeska.

Pete llevaba lo que se llamaba una «botica», dedicada a la venta de caramelos, agua de soda, medicinas patentadas, papel matamoscas, revistas, lavadoras y accesorios de Ford, pero se habría muerto de hambre si no hubiese sido también el cartero. Afirmaba que era farmacéutico titulado pero mutilaba de tal modo las recetas que Martin irrumpió un día en la tienda y le reprendió beatamente.

—Vosotros, los médicos jóvenes, me ponéis malo —dijo Pete—. Cuando tú estabas en la cuna ya estaba yo haciendo preparados. El médico que había antes aquí me lo mandaba hacer todo a mí. Le gustaba mi forma de hacer las cosas, y no pienso cambiar eso por ti ni por ningún otro jovencito larguirucho a medio cocer.

A partir de entonces Martin tenía que comprar los medicamentos en St. Paul, abarrotar su pequeño laboratorio y preparar él mismo píldoras y pomadas, mirando nostálgicamente los tubos de ensayo rara vez usados y el polvo que se acumulaba sobre la campana de cristal del microscopio, mientras Pete Yeska se unía a los Norblom murmurando: «Este nuevo médico que tenemos no vale para nada. Es mejor seguir yendo a Hesselink».

#### V

Tan en blanco, tan ociosa había sido la semana, que cuando oyó el teléfono en la casa de los Tozer, a las tres de la mañana, corrió a cogerlo como si estuviese esperando un mensaje de amor.

—Quiero hablar con el médico —dijo una voz áspera y temblorosa.

—Sí... sí... el médico al habla.

—Le habla Henry Novak, a poco más de seis kilómetros al Noreste, en la carretera de Leopolis. Mi hijita pequeña, Mary, tiene la garganta muy irritada. Creo que puede ser el garrotillo, está muy mal... ¿Podría venir inmediatamente?

—Por supuesto. Iré enseguida.

Poco más de seis kilómetros... los haría en ocho minutos.

Se vistió rápidamente, sin olvidar su raída corbata marrón, mientras Leora sonreía beatíficamente ante la primera llamada nocturna. Giró con furia la manivela del Ford, pasó traqueteando ruidosamente a toda marcha por delante de la estación y se adentró en la pradera, entre el trigo. Cuando llevaba recorridos, según el velocímetro, bastante más de seis kilómetros, acortando la marcha en cada buzón rural para mirar el nombre del propietario, comprendió que se había perdido. Entró a toda marcha por el camino de coches de una granja y se detuvo bajo los sauces, la luz del faro iluminando un montón de mellados cántaros de leche, ruedas rotas de cosechadora, astillas y cañas de bambú. Del pajar salió rápidamente un extraño perro peludo, ladrando con saña y saltando hacia el coche.

En una ventana de la planta baja de la casa asomó una cabeza desgredada. «¿Qué quiere?», chilló una voz escandinava.

—Soy El Médico. ¿Dónde vive Henry Novak?

—¡Ah! ¡El Médico! ¿El doctor Hesselink?

—¡No! El doctor Arrowsmith.

—Ah. El doctor Arrowsmith. ¿De Wheatsylvania? Hum. Bueno, está usted bastante cerca de su casa. Tiene que volver atrás kilómetro y medio y girar a la derecha por donde está la escuela de ladrillo, y queda unas cuarenta varas carretera arriba... es la casa que tiene un silo de cemento. ¿Está enfermo alguien en casa de Henry?

—Sí... sí... la niña tiene el garrotillo... gracias...

—Ha de seguir por la derecha. No tiene pérdida —es probable que nadie que hubiese escuchado aquel optimista «no tiene pérdida» hubiese podido evitar perderse jamás.

Martin giró el Ford, rozando una tabla de picar acuchillada; se lanzó carretera arriba, siguió por aquel lado de la escuela en vez del otro, continuó algo más de medio kilómetro por un camino cenagoso entre pastos y se detuvo en una granja. En la sorprendente irrupción del silencio, podían oírse las vacas comiendo y un caballo blanco, sobresaltado en la oscuridad, alzó interrogativo la cabeza mirándole. Tuvo que despertar a la gente de la

casa con insistentes toques de bocina, y un enfurecido granjero que gritó: «¿Quién anda ahí? ¡Tengo una escopeta!», le envió de nuevo a la carretera.

Hacía ya cuarenta minutos de la llamada telefónica cuando se adentró por un camino de coches lleno de surcos y vio en la escalera de la entrada, junto a la luz del farol, a un hombre encorvado que gritaba: «¿El Médico? Soy Novak».

La niña estaba en un dormitorio recién acabado de paredes de yeso blanco y pálido pino barnizado. Solo una cama metálica, una silla recta, una litografía de santa Ana y una lámpara manual sin pantalla en un soporte tambaleante rompían el brillo fijo del cuarto, una ampliación reciente del edificio de la granja. Arrodillada junto a la cama estaba una mujer de anchos hombros. Cuando alzó su cara enrojecida y llorosa, Novak la instó:

—No llores más; ¡ya está aquí! —y a Martin—: la pequeña está muy mal pero hemos hecho todo lo que hemos podido por ella. ¡Ayer noche y esta noche le hemos aplicado vahos en la garganta y la pusimos aquí, en nuestro dormitorio!

Mary era una niña de siete u ocho años. Martin vio que tenía los labios y las yemas de los dedos azules, pero no tenía ningún rubor en la cara. Se retorció en contracciones terribles intentando expulsar el aliento, luego escupía saliva con manchas grisáceas. Martin se sentía preocupado mientras sacaba el termómetro clínico y le daba una sacudida de aire profesional.

Era, decidió, crup laríngeo o difteria. No había tiempo ya para examen bacteriológico, para cultivos y precisión tranquila. Silva el curador ocupó la habitación, expulsando a Gottlieb el inhumano perfeccionista. Martin se inclinó nervioso sobre la niña en la cama revuelta, examinando abstraído el pulso una y otra vez. Se sentía desvalido sin el equipamiento del Hospital General de Zenith, sus enfermeras y el consejo seguro de Angus Duer. Sintió un súbito respeto por el médico rural solitario.

Tenía que tomar una decisión, irrevocable, peligrosa quizás. Utilizaría la antitoxina diftérica. Desde luego no podía obtenerla de Pete Yeska en Wheatsylvania.

¿Leopolis?

—Rápido, póngame con Blassner, el farmacéutico de Leopolis, al teléfono —le dijo a Novak, con toda la calma que pudo aparentar. Se imaginó a Blassner conduciendo a través de la noche, llevando respetuosamente la antitoxina a El Médico. Mientras Novak aullaba por el teléfono de la granja en el comedor, Martin esperaba... esperaba... mirando a la niña; a la señora Novak que aguardaba milagros de él; el jadeo áspero y angustioso de la niña resultaba horrible; y las paredes chillonas, las líneas chillonas de un amarillo pálido del artesonado le hipnotizaban adormilándole. Era demasiado tarde para ningún tipo de antitoxina o traqueotomía. ¿Debería operar, practicar un corte en la tráquea para que pudiese respirar? Se levantó angustiado; se hundía en el sueño e intentó quitárselo de encima con una sacudida. Tenía que hacer algo, veía a la madre arrodillada allí, mirándole, empezando a dudar.

—Traiga algo de ropa caliente, toallas, servilletas, y póngaselas alrededor del cuello. ¡Dios quiera que consiga hacer esa llamada de teléfono! —exclamó irritado.

En cuanto la señora Novak, pisando suave con gruesos pies enzapatillados, trajo la ropa caliente, apareció Novak con un tajante: «No hay nadie durmiendo en la farmacia y el teléfono de la casa de Blassner no contesta».

—Entonces escuche. Me temo que esto puede ser grave. Tengo que conseguir antitoxina. Hay que ir hasta Leopolis a por ella. Ustedes sigan aplicándole esta ropa caliente y... Ojalá tuviésemos un pulverizador. Y la habitación debería estar más húmeda. ¿Tiene una estufa de alcohol? Mantengan aquí agua hirviendo. Ninguna medicina sirve. Vuelvo enseguida.

Hizo los casi cuarenta kilómetros que había hasta Leopolis en treinta y siete minutos. No aminoró la marcha ni una sola vez en los cruces. Desafió las curvas, las raíces que invadían la carretera, aunque siempre un punto oscuro en su mente temiese el reventón y el vuelco súbito. La velocidad, el prescindir de toda precaución, provocó en él una exaltación intensa, y era una bendición verse solo allí en el aire fresco, después de la tensión de la señora Novak mirando. Tenía constantemente en el pensamiento la página de Osler sobre la difteria, la imagen misma de las palabras: «En casos graves la primera dosis debería ser de 8.000...». No. Oh, sí: «... de 10.000 a 15.000 unidades».

Recuperó la confianza. Dio las gracias al dios de la ciencia por la antitoxina y por el automóvil de gasolina. Era, decidió, una Carrera con la Muerte.

—¡Conseguiré hacerlo... lo conseguiré y salvaré a la pobre niña! —se decía con entusiasmo.

Se aproximó a un paso a nivel y se lanzó hacia él, ignorando los posibles trenes. Cobró conciencia de un silbido devorador, vio deslizarse luz sobre los raíles y frenó bruscamente. Ante él pasó, a tres metros de sus ruedas delanteras, el Expreso de Seattle como un volcán volador. El fogonero estaba paleando, e incluso en la leve claridad de la inminente aurora el brillo del fogón resultaba sobrecogedor por debajo del humo rodante. La aparición se desvaneció instantáneamente y Martin se quedó allí quieto, temblando, las manos temblorosas en el pequeño volante, los pies temblando en el freno como con el baile de San Vito. «¡Qué poco faltó, fue terrible!», murmuró, y pensó en una Leora viuda, abandonada a los Tozer. Pero la visión de la niña de los Novak, debatiéndose en cada terrible aliento, sepultó todo lo demás. «¡Demonios! ¡Se ha apagado el motor!», masculló. Bajó de un salto, giró la manivela hasta que arrancó el coche y continuó a toda marcha hacia Leopolis.

Leopolis, con sus cuatro mil habitantes, era para el condado de Crynsen una metrópoli, pero en la quietud suspensa del alba era un pequeño cementerio: la calle Mayor una extensión de arena, las tiendas bajas desoladas como cabañas. Encontró un sitio en el que había actividad; el vigilante nocturno del hotel Dakota estaba jugando una partida de póquer en su sombrío despacho con el conductor del autobús y el policía del pueblo.

Su histórica irrupción les asombró.

—Soy el doctor Arrowsmith de Wheatsylvania. Hay una niña que se está muriendo de difteria. ¿Dónde vive Blassner? Venga conmigo en el coche e indíquemelo.

El policía era un hombre viejo y larguirucho, con el chaleco balanceándose abierto sobre una camisa sin cuello, los pantalones arrugados, la mirada resuelta. Condujo a Martin hasta la casa del farmacéutico, pateó la puerta; luego, con su enjuto e hirsuto rostro alzado en el frío de la primera luz, aulló: «¡Ed! ¡Eh, Ed, escucha! ¡Sal de una vez!».

Ed Blassner soltó un gruñido desde la ventana del piso de arriba. Para él, la muerte y los médicos frenéticos no eran ninguna novedad. Mientras se ponía los pantalones y la chaqueta se le oía discursar a su soñolienta esposa sobre la triste suerte de los farmacéuticos, sobre lo razonable de trasladarse a Los Ángeles y dedicarse al negocio inmobiliario. Pero tenía antitoxina de difteria en la tienda y, dieciséis minutos después de que estuviese a punto de perecer aplastado por un tren, Martin corría de nuevo hacia la casa de Henry Novak.

## VI

La niña aún estaba viva cuando entró bruscamente en la casa.

La había visto rígida y muerta durante todo el viaje de vuelta. Gruñó: «¡Gracias Dios mío!» y pidió furioso agua caliente. No era ya el médico novato nervioso sino el doctor sabio y heroico que había ganado la Carrera con la Muerte, y en los ojos campesinos de la señora Novak, en la obediencia nerviosa de Henry, leía su poder.

Rápida y suavemente, puso la inyección intravenosa de la antitoxina y aguardó expectante.

La respiración de la niña no varió al principio, sofocada en la tarea de expulsar el aliento. Hubo un gorgoteo, una lucha en la que su rostro se oscureció, luego se quedó inmóvil. Martín miraba incrédulo. Los Novak empezaron poco a poco a enfurecerse, las manos temblorosas en los labios. Poco a poco fueron dándose cuenta de que la niña había muerto.

En el hospital, la muerte había pasado a ser algo indiferente y natural para Martin. Le había dicho a Angus, había oído a las enfermeras decirse entre ellas, muy alegremente: «Bueno, el 57 acababa de morir». Ahora deseaba furiosamente poder hacer lo imposible. La niña *no podía* estar muerta. Él haría algo... murmuraba sin cesar: «Debería haber operado... debería haber». Tan insistente era ese pensamiento que tardó un rato en darse cuenta de que la señora Novak estaba gritando: «¿Está muerta? ¿Muerta?».



Él afirmó con un cabeceo, temiendo mirarla.

—¡La mató usted, con esa cosa de la aguja! ¡Y ni siquiera nos lo dijo, para que pudiésemos llamar al sacerdote!

Pasó lentamente ante ella, ante sus lamentos y el dolor del hombre y, con el corazón vacío, volvió en el coche a casa.

«Nunca volveré a practicar la medicina», se decía.

—Estoy liquidado —le dijo a Leora—. Soy una nulidad. Debería haber operado. No voy a poder mirar a la gente a la cara cuando se enteren. Estoy liquidado. Tendré que buscar un trabajo cualquiera... con Dawson Hunziker o en algún otro sitio.

La acritud con que ella protestó resultó saludable: «¡Eres el hombre más engreído del mundo! ¿Crees que eres el único médico que ha perdido un paciente? Sé que hiciste todo lo que pudiste». Pero él siguió torturándose al día siguiente, y aún más cuando el señor Tozer se quejó en la cena: «Henry Novak y su mujer estuvieron hoy en el pueblo. Dicen que deberías haber salvado a su hija. ¿Por qué no te centraste en ello y conseguiste curarla de algún modo? Debiste hacerlo. Es muy mal asunto, porque los Novak tienen muchísima influencia con todos esos granjeros polacos y húngaros».

Después de una noche en que estaba demasiado cansado para dormir, Martin cogió el coche de pronto y se fue a Leopolis.

Había oído a los Tozer cantar alabanzas casi religiosas del doctor Adam Winter de Leopolis, un hombre de casi setenta años, el médico pionero del condado de Crynssen, y a ver a ese sabio se dirigía. Mientras conducía, se burlaba con saña de su melodramática Carrera con la Muerte, y llegó al fin a una calle Mayor donde se arremolinaba el polvo. El consultorio del doctor Winter estaba encima de una tienda de ultramarinos, en una larga «cuadra» de alegres tiendas de ladrillo rojo con una cornisa egipcia... de hojalata. La oscuridad del amplio vestíbulo resultaba confortante después del calor y la incandescencia de la pradera. Martin hubo de esperar a que fueran atendidos tres respetables pacientes por el doctor Winter, un hombre canoso con una voz agradable de bajo, antes de ser admitido a la consulta.

El sillón de examen era dudosamente superior al que había utilizado en tiempos el doctor Vickerson de Elk Mills, y la esterilización parecía efectuarse en una palangana, pero en un rincón había un armario terapéutico eléctrico con más electrodos y almohadillas de los que Martin había visto en su vida.

Le contó la historia de los Novak, y Winter exclamó: «Vamos, doctor, hizo todo lo que pudo y más. Solo una cosa, la próxima vez, en un caso crucial, será mejor que llame a un médico más viejo en consulta... No es que necesite su consejo, pero resulta muy positivo con la familia, divide la responsabilidad y les impide andar luego criticando. Yo, bueno, frecuentemente tengo el honor de que me llamen algunos de mis colegas más

jóvenes. Espere un momento. Llamaré al editor de la *Gaceta* y le haré un resumen del caso».

Después de hablar por teléfono, el doctor Winter le estrechó la mano calurosamente. Luego le señaló su armario eléctrico. «¿Aún no tiene uno de estos? Debería tenerlo, hijo mío. No es que yo lo use muy a menudo, salvo con los chiflados que no tienen nada, pero mire, le sorprendería ver cómo impresiona a la gente. En fin, doctor, bienvenido al condado de Crynssen. ¿Casado? ¿Por qué no vienen su mujer y usted a comer con nosotros un domingo? A la señora Winter le encantaría conocerles. Y si alguna vez puedo serle útil en una consulta... solo cobro un poquito más de mis emolumentos habituales, y da muy buena impresión lo de hablar del caso con alguien más viejo.»

En el viaje de regreso a casa Martin cayó en una presunción vana y malvada:

—¡Puedes apostar que te haré caso, sí! ¡A pesar de todo, nunca seré tan malo como ese viejo gangoso que solo piensa en el dinero!

Dos semanas después, el *Eagle* de Wheatsylvania, un periodicucho de cuatro páginas, informaba:

*Nuestra emprendedora contemporánea, la Gaceta de Leopolis, decía lo siguiente la semana pasada sobre uno de nuestros vecinos recientemente incorporado a nuestro medio.*

*«Según nos ha informado el doctor Adam Winter, nuestro estimado médico local pionero, el doctor M. Arrowsmith de Wheatsylvania está siendo felicitado, por la hermandad médica de todo el Valle del Río Pony, pues no hay ocupación o profesión cuyos miembros sean más generosos para reconocer las virtudes de sus compañeros que los señores médicos, por lo emprendedor y valiente que demostró ser en fecha reciente, además de por sus conocimientos científicos.*

*»Le llamaron para que asistiera a la hijita de Henry Norwalk, el conocido granjero de Delft, y al encontrar a la pequeña casi muerta de difteria hizo un intento desesperado de salvarla yendo él mismo a por la antitoxina que le sirvió Blassner, nuestro siempre popular farmacéutico, que tenía a su disposición un suministro abundante y reciente. Fue y regresó en su coche de gasolina recorriendo la distancia total de casi 80 kilómetros en 79 minutos.*

*»Afortunadamente, nuestro policía Joe Colby, siempre alerta, estaba en su puesto de trabajo y ayudó al doctor Arrowsmith a encontrar la residencia del señor Blassner, en la avenida Red River, y dicho caballero se levantó de la cama y se apresuró a suministrar al doctor el medicamento que necesitaba, aunque por desgracia la niña estaba ya demasiado grave para que se la pudiera salvar, pero son incidentes como este, en que queda demostrado el coraje y la rápida iniciativa así como los conocimientos científicos, los que hacen que la profesión médica sea una de nuestras mayores bendiciones.»*

Dos horas después de que se publicase esto, la señorita Agnes Ingleblad acudió para otra revisión de sus males inexistentes, y dos días más tarde apareció Henry Novak, diciendo, muy orgulloso:

—Bueno, doctor, todos hicimos lo que pudimos por la pobre niña, pero supongo que esperé demasiado tiempo para llamarle. Mi mujer está muy afectada. Ella y yo estuvimos leyendo este artículo del *Eagle* sobre el asunto. Se lo enseñamos al sacerdote. Mire, doctor, quiero que me eche un vistazo al pie. Tengo una especie de dolor reumático en el tobillo.

## CAPÍTULO 16

Después de haber practicado la medicina en Wheatsylvania durante un año, Martin era un médico rural poco conocido pero no desanimado. En el verano, Leora y él iban al final del día en el coche hasta el río Pony de excursión a darse un baño, muy ruidoso, chapoteante e indecoroso; en otoño, Martin iba a cazar patos con Bert Tozer, que se convertía en casi soportable cuando se situaba en la puesta de sol en un paso entre dos bajíos; y cuando el invierno aislaba el pueblo convirtiéndolo en un desierto de nieve vacío de sol, hacían carreras de trineos, jugaban a las cartas y acudían a las «reuniones sociales» de las iglesias.

Cuando los pacientes de Martin acudían a él pidiendo ayuda, su necesidad y su mansa obediencia los hacía bellos. Una o dos veces, habitantes del pueblo que le explicaban bondadosamente que era menos viejo de lo que debería haber sido le hicieron perder la paciencia; en una o dos ocasiones bebió demasiado whisky en partidas de póquer en la habitación trasera de la Cooperativa; pero se le consideraba de fiar, hábil y honrado... y era, en conjunto, bastante menos distinguido que Alec Ingleblad el barbero, menos próspero que Nils Krag el carpintero y menos interesante para sus vecinos que el mecánico finlandés del garaje.

Luego, un accidente y un error le hicieron famoso en unos veinte kilómetros a la redonda.

Había ido a pescar, en primavera. Cuando pasaba delante de una granja una mujer salió corriendo, gritando que su bebé se había tragado un dedal y estaba asfixiándose. Todo el instrumental quirúrgico de que Martin disponía era una navaja grande. La afiló en la piedra de aceite del granjero, la esterilizó en la tetera, operó al bebé y le salvó la vida.

Todos los periódicos del Valle del Río Pony publicaron un párrafo y, antes de que este hecho sensacional se olvidase, curó a la señorita Agnes Ingleblad de su deseo de ser curada.

La señorita Ingleblad había conseguido tener las manos frías y una circulación lenta, y Martin fue llamado a medianoche. Estaba empapado de sueño, después de dos viajes al campo por carreteras cenagosas, y le administró, debido a ello, una sobredosis de estricnina, que la conmocionó y la estimuló tanto que decidió ponerse bien. Fue un cambio tan violento que la hizo más interesante que ser una inválida... Era notorio que la gente había acabado por disfrutar cada vez menos con sus síntomas. Una vez curada, se dedicó a ensalzar a Martin y todos decían: «Parece ser que ese doctor Arrowsmith es el único médico al que Agnes ha ido a consultar y que le ha hecho algo de bien».

Martin consiguió hacerse con una clientela pequeña, fiel, pero nada notable. Leora y él se trasladaron de la casa de los Tozer a una casita propia, con salón-comedor, con una estufa niquelada y un linóleo brillante, nuevo, de olor agradable, y un aparador de roble dorado con una fosforera recuerdo del lago Minnetonka. Martin compró un aparato pequeño de rayos X; y pasó a ser un director más del banco Tozer. Empezaba a estar demasiado ocupado para anhelar sus tiempos de investigación científica, que nunca habían existido, y Leora suspiraba:

—Es terrible, estar casada. Yo esperaba tener que seguirte por los caminos y ser una vagabunda, pero nunca esperaba ser un Pilar de la Comunidad. En fin, soy demasiado perezosa para buscar un nuevo marido. Solo te aviso: cuando te conviertas en inspector de la escuela dominical, no se te ocurra esperar que yo toque el órgano y me ría con los bonitos chistes que hagas sobre Willy, que no es capaz de aprender el Texto Áureo.

## II

Así fue como Martin accedió a la respetabilidad.

En el otoño de 1912, cuando el señor Debs, el señor Roosevelt, el señor Wilson y el señor Taft hacían campaña para la presidencia, y Martin Arrowsmith llevaba viviendo año y medio en Wheatsylvania, Bert Tozer se convirtió en un Prominente Booster. Regresó de la convención estatal de los Modernos Leñadores de América con ideas. Varias poblaciones habían enviado delegaciones estimuladoras a la convención, y el pueblo de Groningen había acudido con una procesión motorizada de cinco coches, cada uno de ellos con una banderola enorme que decía: «Para Hombres Blancos y Basura Negra: Groningen».

—Yo no quiero una de esas cosas estúpidas ondeando en mi coche —protestó Martin—. ¿Qué sentido tiene, en realidad?

—¿Qué sentido? ¡Hacer publicidad de nuestro pueblo, por supuesto!

—¿Pero de qué hay que hacer publicidad? ¿Acaso piensas que vas a hacer creer a los forasteros que Wheatsylvania es una metrópoli como Nueva York o Jimtown por colocar un trapo sucio detrás de un trasto viejo de segunda mano?

—¡Tú nunca has tenido ningún patriotismo! ¡Déjame que te diga, Mart, que si no pones una banderola haré que todo el pueblo lo sepa!

Mientras los otros coches desvencijados del pueblo anunciaban al mundo, o al menos a unos cuantos kilómetros cuadrados de él, que Wheatsylvania era la «Ciudad Maravillosa de la Dakota del Norte Central», el traqueteante Ford de Martin iba desnudo; y cuando su enemigo Norblom comentó: «Un hombre tiene que apreciar el lugar donde gana

su dinero y tener un poco de espíritu cívico», la ciudadanía asintió y escupió y empezó a poner en duda la fama de Martin como hacedor de milagros.

### *III*

Martin tenía íntimos (el barbero, el director del Eagle, el mecánico del garaje) con los que hablaba tranquilamente de la casa y de las cosechas, y con los que jugaba al póquer. Tal vez tuviese demasiada intimidad con ellos. En el condado de Crynssen existía la teoría de que estaba muy bien que un joven profesional echara un trago de vez en cuando, siempre que lo mantuviera en secreto y lo compensase cumpliendo con el clero de la vecindad. Pero Martin con el clero era breve, y nunca ocultaba lo de la bebida y el póquer.

Si le aburría la perorata del ministro de los Hermanos Unidos sobre la doctrina, sobre la maldad de las películas y sobre el sueldo escandaloso que se pagaba a los pastores, no era en absoluto porque fuese un joven distante y superdelicado, sino porque le parecían más sustanciosos los comentarios picantes sobre el arte de recordar para envidar al póquer del mecánico del garaje.

Había en el estado jugadores de póquer célebres, hombres de aspecto rústico y estólido rostro; instalados en la mesa de juego en mangas de camisa y mascando tabaco, su comentario más extenso era «voy» y les encantaba desplumar al opulento viajante de comercio que les miraba por encima del hombro. Cuando había noticia de una «gran partida en marcha», las lumbreras del condado se dejaban caer por allí y se ponían a trabajar silenciosamente... el representante de máquinas de coser de Leopolis, el dueño de la funeraria de Vanderheide's Grove, el contrabandista de St. Luke, el hombre gordo y colorado de Melody que no tenía ninguna profesión conocida.

Una vez (aún hay hombres que hablan de ello gratamente por todo el Valle), se jugó durante setenta y dos horas seguidas en el despacho del garaje de Wheatsylvania. El local había sido antes una caballeriza; estaba lleno de prendas de ropa y largos látigos y el olor a caballos se mezclaba con el hedor de la gasolina.

Los jugadores iban y venían, y a veces dormían en el suelo una hora o dos, pero nunca había menos de cuatro en la partida. La hedionda fetidez de frágiles cigarrillos baratos y de baratos y potentes puros flotaba alrededor de la mesa como un espíritu maligno; el suelo estaba salpicado de colillas, cerillas, cartas viejas y botellas de whisky. Figuraban entre los guerreros Martin, Alec Ingleblad el barbero y un ingeniero de caminos; todos ellos en camiseta, sin moverse de allí hora tras hora, barajando las cartas, los ojos entrecerrados y ausentes.

Cuando Bert Tozer se enteró del asunto, temió por la buena fama de Wheatsylvania y explicó a todo el mundo las malas costumbres de Martin y su propia paciencia. Sucedió

así que cuando Martin estaba en la cúspide de su prosperidad y crédito como médico, a lo largo del Valle del Río Pony se propagaron las murmuraciones de que era un jugador, que era un «bebedor», que nunca iba a la iglesia; y los piadosos disfrutaban todos ellos lamentando: «Qué lástima ver que un hombre decente como ese se echa a perder así».

Martin era impaciente además de obstinado. Los saludos bien intencionados le irritaban: «Debería dejar algún traguito para que podamos beber un poco también los demás, doctor» o «Supongo que está usted demasiado ocupado jugando al póquer para venir hasta mi casa y echar un vistazo a la mujer». Incurrió en una falta de tacto absurda y juvenil cuando oyó que Norblom le comentaba al cartero: «Un tipo que se considera un médico solo porque tuvo suerte con esa idiota de Agnes Ingleblad no debería andar bebiendo por ahí y deshonrándose...».

Martin se paró. «¡Norblom! ¿Está hablando de mí?»

El tendero se giró lentamente. «Tengo cosas más importantes que hacer que hablar de usted», cacareó.

Martin le oyó reír mientras se alejaba.

Se dijo a sí mismo que aquellos pueblerinos eran generosos; que su fisgoneo era, en parte, un interés afectuoso e inevitable en un pueblo donde el acontecimiento más absorbente del año era la excursión de la Escuela Dominical de los Hermanos Unidos el 4 de Julio. Pero no podía librarse de la incomodidad nerviosa que le causaban sus comentarios interminables y enloquecedoramente detallados sobre todas las cosas. Tenía la sensación de que la palabra más leve que dijese en su consulta sería altavoceada de oreja en oreja por todas las carreteras del condado.

Él tenía suficiente con cotillear sobre la pesca con el barbero, y no desdeñaba tampoco la meteorologicomanía, pero no tenía nadie, salvo Leora, con quien pudiese hablar de su trabajo. Angus Duer había sido frío, pero Angus estaba muy pendiente de cualquier posible cambio de la técnica quirúrgica, y era un acerbo polemista. Martin se daba cuenta de que, a menos que luchase, no solo acabaría encerrándose en una moralidad timorata bajo la presión del pueblo, sino que acabarían cayendo en una rutina de recetas y vendados.

Podría buscar estímulo en el doctor Hesselink de Groningen.

Solo había visto a Hesselink una vez, pero oía decir de él en todas partes que era el médico más honrado del Valle. Siguiendo un impulso, Martin cogió el coche y fue a verle.

El doctor Hesselink era un hombre de cuarenta años, rojizo, alto, ancho de hombros. Te dabas cuenta inmediatamente de que era cuidadoso y de que no tenía miedo a nada, por mucho que pudiese carecer de imaginación. Recibió a Martin sin demasiado entusiasmo, y su mirada decía: «Bueno, ¿qué quiere? Soy un hombre ocupado».

—Doctor —dijo Martin— ¿le resulta difícil mantenerse al tanto de los adelantos

médicos?

—No. Leo las revistas médicas.

—Bueno, no le parece... jolín, no quiero ponerme sentimental con el asunto, pero ¿no le parece que sin contacto con los Peces Gordos se vuelve uno mentalmente perezoso... es como si se careciese de inspiración?

—¡Nada de eso! Para mí es inspiración suficiente el intentar ayudar al enfermo.

Martin protestaba para sí: «Muy bien, ¡si no quieres ser amigo, vete al diablo!». Pero hizo otro intento:

—Lo sé. Si no fuese por el atractivo del asunto, por el placer de aumentar los conocimientos médicos, ¿cómo iba a poder uno mantenerse al día no contando más que con la práctica rutinaria entre un montón de campesinos?

—Arrowsmith, puede que no le trate con justicia, pero muchos de ustedes, los médicos jóvenes, se sienten superiores a los campesinos, que hacen su trabajo mejor que ustedes. Piensa usted que solo con estar en una ciudad con bibliotecas y encuentros médicos y demás, avanzaría. Pues bien, ¡yo no veo que haya nada que le impida estudiar en casa! Se considera usted mucho mejor educado que esos rústicos, pero veo que dice usted «jolines» y «Peces Gordos» y ese tipo de cosas. ¿Cuánto lee usted? Yo personalmente me siento muy satisfecho. Mis pacientes me pagan para que pueda vivir muy bien, aprecian mi trabajo y me honran eligiéndome para el consejo escolar. A mí me parece que un buen número de esos campesinos piensa mucho mejor y más razonablemente que los elegantes con los que me encuentro en la ciudad. ¡En fin! ¡No veo ninguna razón para sentirse superior y tampoco solitario!

—¡Demonios, yo tampoco! —murmuró Martin. Cuando regresaba a casa, se sentía furioso por la superioridad de Hesselink en lo de no sentirse superior, pero tropezó con una reflexión incómoda. Era verdad; solo estaba educado a medias. Era, en teoría, un graduado universitario pero no sabía nada de economía, nada de historia, nada de música o de pintura. Salvo de modo precipitado para los exámenes, no había leído más poesía que la de Robert Service, y la única prosa, aparte de la de las revistas médicas, a la que se asomaba en el presente eran las noticias de asesinatos y de béisbol de los periódicos de Minneapolis y los relatos del Salvaje Oeste de las revistas.

Hizo un repaso de la «conversación inteligente» que, desde el desierto de Wheatsylvania, creía haber sostenido en Mohalis. Recordó que para Cliff Clawson había sido pretencioso utilizar cualquier frase que no fuese coloquial y tan indecente como el lenguaje de un camionero, y que su propio discurso había diferido del de Cliff principalmente en que había sido menos fantástico y menos original. No podía recordar nada, salvo la filosofía de Max Gottlieb, regañinas esporádicas de Angus Duer, una de cada diez de las digresiones de Madeline Fox y los discursos de Papá Silva, que estuviese por encima del nivel de la barbería de Alec Ingleblad.



Llegó a casa odiando a Hesselink pero sin amarse gran cosa a sí mismo; cayó sobre Leora y, para plácido acuerdo de esta, proclamó que iban a «conseguir educarnos, si no perecemos en el intento». Y se lanzó a hacerlo con el mismo entusiasmo con que se había entregado a la bacteriología.

Le leyó historia europea en voz alta a Leora, que parecía interesada o, al menos, clemente; les dio vueltas a las frases de un ejemplar de La Rama Dorada que un desdichado maestro había dejado en casa de los Tozer; el redactor de noticias locales del pueblo le prestó un volumen de Conrad y después, mientras conducía por los caminos y carreteras de la pradera, recorría aldeas de la selva... salacots, orquídeas, templos perdidos de deidades obscenas y de cara de perro, ríos secretos y cicatrizados por el sol. Se daba cuenta de su propio vocabulario mezquino. No puede decirse que se convirtiese en una persona elocuente de un modo inmediato y claro, pero es posible que en aquellas largas e intensas veladas de lectura con Leora avanzase un paso o dos hacia los trágicos encantamientos del mundo de Max Gottlieb... encantador a veces y siempre trágico.

Pero no se sentía tan satisfecho como el doctor Hesselink convirtiéndose de nuevo en un escolar.

#### IV

Gustaf Sondelius estaba de nuevo en América.

En la Facultad de Medicina Martin había leído sobre Sondelius, el soldado de la ciencia. Ostentaba títulos académicos razonables y extensos, pero era un hombre rico y excéntrico y ni trabajaba en laboratorios ni tenía un consultorio decente ni un hogar ni una esposa vestida de encaje. Vagaba por el mundo combatiendo epidemias y fundando instituciones y pronunciando discursos inconvenientes y probando nuevas bebidas. Sueco de nacimiento, alemán por educación, un poco de todo por el diálogo, sus clubs estaban en Londres, París, Washington y Nueva York. Se habían tenido noticias de él desde Batoum y Fuchau, desde Milán y Bechuanalandia, desde Antofagasta y Cabo Romanzoff. Manson mencionaba en *Enfermedades Tropicales* el admirable método de Sondelius de matar ratas con gas de ácido cianhídrico, y *The Sketch* mencionó una vez su atroz sistema para el bacará.

Gustaf Sondelius decía a gritos, en todas partes, altas y bajas, que la mayoría de las enfermedades se podían y debían erradicar; que la tuberculosis, el cáncer, el tifus, la peste, la gripe eran un ejército invasor contra el que el mundo debía movilizarse... literalmente; que las autoridades públicas deberían reemplazar a los generales y los reyes del petróleo. Andaba dando conferencias por todo el país y todas las agencias de prensa difundían sus exclamativas afirmaciones.

Martin menospreciaba la mayoría de los artículos de prensa que trataban de la ciencia o la salud, pero la violencia de Sondelius le cautivó y de pronto estaba convertido y esa conversión era para él una cosa importante.

Se decía que él, por mucho que pudiese aliviar al enfermo, era en el fondo un hombre de negocios, que competía con el doctor Winter de Leopolis y el doctor Hesselink de Groningen; que aunque pudiesen ser honrados, su objetivo más que la honradez y la curación era ganar dinero; que acabar con las enfermedades evitables y que hubiese una población sana sería para ellos la peor cosa de este mundo; y que debían ser sustituidos todos ellos por funcionarios públicos sanitarios.

Martin era un hombre religioso, como todos los agnósticos fervientes. Desde la muerte de su culto a Gottlieb había buscado inconscientemente una nueva pasión, y la encontró entonces en la guerra de Gustaf Sondelius contra la enfermedad. Pasó a resultarles a sus pacientes inmediatamente tan fastidioso como lo había sido en otros tiempos para Digamma Pi.

Informó a los granjeros en Delft que no tenían derecho a padecer tanta tuberculosis.

Esto era indignante, porque ninguno de sus derechos como ciudadanos de los Estados Unidos estaba más asentado, o se utilizaba con mayor frecuencia, que el privilegio de estar enfermo. «¿Qué se ha creído?», decían furiosos, «le llamamos para que nos cure, no para que nos mande. ¡Cómo se atreve a decir, el muy idiota, que tenemos que quemar nuestras casas... a decir que estamos cometiendo un delito si tenemos aquí tuberculosis! ¡No estoy dispuesto a aguantar que nadie me hable así!».

Todo empezaba a estar claro para Martin... demasiado claro. La nación debía convertir a los mejores médicos en funcionarios autocráticos, inmediatamente, y esa era la solución de todo el asunto. En cuanto a cómo los funcionarios debían convertirse en perfectos ejecutivos, y cómo se había de persuadir al pueblo de que les obedeciese, no tenía sugerencia alguna, solo una hermosa fe.

—¡Otro día estúpido escribiendo recetas para dolores de barriga que nunca deberían de haber ocurrido! —se quejaba durante el desayuno—. ¡Si pudiese incorporarme a la Gran Lucha, con hombres como Sondelius! ¡Estoy harto!

—Sí, querido —murmuró Leora—. Prometo ser buena. ¡No tendré ningún pequeño dolor de barriga ni tuberculosis ni nada, así que por favor no me alecciones!

Pese a su irritabilidad era amable con ella, porque ella estaba embarazada.

Faltaban cinco meses para que llegase su bebé. Martin prometía para él todo aquello de lo que él había carecido.

—¡Tendrá una verdadera educación! —le decía entusiasmado, en primavera, en el crepúsculo, sentados en el porche—. Aprenderá literatura y todo lo demás. Nosotros no hemos hecho gran cosa... aquí estamos, metidos en este pueblucho insignificante para el resto de nuestras vidas... pero tal vez hemos ido un poco más allá que nuestros padres, y él irá mucho más allá que nosotros.

Estaba preocupado, pese a toda su pomposidad. Leora vomitaba injustificadamente por la mañana. Andaba arrastrándose luego por la casa, pálida y despeinada y demacrada hasta el mediodía. Martin encontró una especie de criada que iba a ayudar a lavar los platos y barrer la entrada. Le leía a Leora todas las noches, no historia ya ni Henry James sino «La señora Wiggs del huerto de coles», que los dos consideraban un relato excelente. Se sentaba en el suelo junto al maltrecho sofá de segunda mano en el que ella se echaba por su debilidad; él le cogía la mano y graznaba:

—Jolines, nosotros... No, «jolines» no. Bueno, ¿qué puedes decir más que «jolines»? De todos modos: algún día ahorraremos lo suficiente para un par de meses en Italia y todos esos sitios. ¡Todas esas viejas calles estrechas y esos viejos castillos! ¡Debe de haber montones de ellos que son de hace un par de cientos de años o más! Llevaremos al chico... ¡aunque resulte ser una chica, el condenado!... Y él aprenderá a hablar macarroni y francés y todo como un nativo normal, ¡y su papá y su mamá se sentirán tan orgullosos! ¡Oh, menudo par de pajarracos que seremos! Nunca tuvimos más principios que un conejo, ninguno de los dos, y cuando lleguemos a los setenta nos sentaremos probablemente a la entrada de casa a fumar una pipa y nos reiremos con disimulo de toda la gente respetable que pase, y nos contaremos historias escandalosas sobre ellos hasta que les den ganas de pegarnos un tiro, y nuestro chico... llevará sombrero de copa y tendrá chófer... ¡no se atreverá a reconocernos!

Adiestrado ya en la falsa alegría del médico, cuando ella estaba torturada y se sentía horrible con la indignidad de los mareos matutinos, gritaba: «¡Eso es buena señal, amiga mía! No podrías hacer un buen bebé si no te mareases. Siempre pasa eso». Estaba mintiendo, y estaba nervioso. Porque siempre que pensaba que ella podía morir, él parecía morir con ella. Privado de su compañía, no querría hacer nada, no querría ir a ningún sitio. De qué valdría tener el mundo entero si no podía enseñárselo a ella, si no estaba ella allí...

Criticaba a la naturaleza por su forma de engañar a los seres humanos, por sus alegres instrumentos de luz de luna y blancos miembros y combatir la soledad teniendo hijos, y luego hacer el nacimiento todo lo cruel y burdo y despilfarrador que podía. Se mostraba brusco e irritado con los pacientes que le llamaban desde el campo. Se compadecía de su sufrimiento más que nunca, pues sus ojos se habían abierto a la belleza terrible del dolor, pero no debía alejarse de la necesidad de Leora.

Los mareos matutinos de ella se convirtieron en perniciosos vómitos. De pronto,

cuando ella estaba torturada e inhumana en su calvario, envió a por el doctor Hesselink, y aquella tarde horrible en que la primavera de la pradera brillaba exuberante al otro lado de las ventanas de la pobre habitación que apestaba a yodoformo, sacaron el bebé de ella, muerto.

Si hubiese sido posible, podría haber entendido entonces el éxito de Hesselink, haber apreciado aquella gravedad y aquel encanto, aquella piedad y aquella seguridad, que hacían que la gente le confiase sus vidas. Hesselink no fue entonces ni frío ni acusador, sino un hermano mayor y más sabio, muy compasivo. Martin no vio nada. No era un médico. Era un niño aterrado, menos útil para Hesselink que la más torpe enfermera.

Cuando estuvo seguro de que Leora se recuperaría, se sentó al lado de su cama, e intentó consolarla:

—Tendremos que hacernos a la idea de que nunca podremos tener ya un bebé, y por eso quiero... ¡Oh, no sirvo para nada! Y tengo además un carácter horrible. ¡Pero por ti, quiero serlo todo!

Ella suspiró y dijo con voz casi inaudible:

—Habría sido un bebé tan dulce. ¡Oh, lo sé muy bien! Le veía tan a menudo. Porque sabía que iba a ser como tú. Cuando eras un bebé —intentó reírse—. Tal vez le quería porque podía mandarle. Nunca he tenido a nadie que me dejara mandarle. Así que si no puedo tener un bebé real, tendré que educarte a ti. Convertirte en un gran hombre al que admire todo el mundo, como tu Sondelius... Querido, me preocupaba tanto que estuvieses tan preocupado...

La besó y estuvieron allí sentados los dos durante horas, sin hablar, comprendiendo eternamente, en el crepúsculo de la pradera.

## CAPÍTULO 17

El doctor Coughlin de Leopolis tenía un bigote pelirrojo, una gran cordialidad y un Maxwell que, aunque cumpliese ya tres años aquel mayo y tuviese un barnizado deplorable, él creía que era superior en velocidad y belleza a cualquier otro automóvil de Dakota.

El doctor llegó a casa muy contento, dio un paseo a cuestras al más pequeño de sus tres hijos y le dijo a su mujer:

—Tessie, es una idea estupenda.

—Sí, y tú tienes un aliento estupendo, también. ¡Me gustaría que dejases de probar esa vieja botella de Spirits Frumentus de la farmacia!

—¡Qué mujer! ¡En serio, escucha!

—¡No lo haré! —le besuqueó cordialmente—. Nada de ir en el coche hasta Los Ángeles este verano. Está demasiado lejos, con todos los críos berreando.

—Claro. Por supuesto. Mira, escucha: Hagamos el equipaje y larguémonos y pasemos una semana recorriendo el estado. Mañana, por ejemplo, o pasado. No tengo nada que me retenga en este momento, solo un caso obstétrico y eso se lo pasaremos a Winter.

—Está bien. ¡Podemos probar los termos nuevos!

El doctor Coughlin, su señora y los niños se pusieron en marcha a las cuatro de la mañana. El coche estaba al principio demasiado bien ordenado para resultar interesante, pero al cabo de tres días, cuando se acercaba a ti por aquella carretera llana que sin un centímetro de curva trazaba un tajo a lo largo de las extensiones de trigo tierno, veías al doctor con su traje caqui, sus gafas de montura de carey y la gorra visera blanca de lino; a su esposa con una blusa verde de franela y un gorro de tocador de encaje. El resto del coche era un poco más confuso. Según ibas acercándote veías ya una botella de Agua Egipcia de lona, barro en ruedas y defensa, una pala, los niños mayores peligrosamente asomados al vehículo y sacándote la lengua, los pañales del bebé colgando de una cuerda en un tendedero instalado sobre el maletero, un ejemplar roto de una revista de relatos ilustrada, *Snappy Stories*, siete palos de pirulí, un gato, una caña de pescar y una tienda de campaña enrollada.

Tu última impresión eran dos grandes banderines en los que decía: «Leopolis, Dakota del Norte» y «Perdonen por el polvo».

Los Coughlin tenían agradables aventuras. En una ocasión se quedaron atascados en un barrizal. Ante la gritona admiración de la familia, el doctor consiguió sacarles de allí haciendo un puente con postes de valla. En una ocasión se apagó el motor y, mientras esperaban a que llegara un mecánico al que habían llamado por teléfono, vieron una granja lechera en la que había una ordeñadora eléctrica. Tenían durante todo el viaje una sensación de expansión y apertura, de descubrir las maravillas del gran mundo: el cine de Roundup, en que la orquesta no era solo un piano tocado a mano sino también un violín; la granja de zorros negros de Melody; y el depósito de agua de Severance, que se decía que era el más alto de Dakota del Norte Central.

El doctor Coughlin «se paraba para pasar un ratito charlando», como decía él, con todos los médicos. En St. Luke tenía un amigo íntimo, el doctor Tromp... al menos se habían visto dos veces, en las reuniones anuales de la Asociación Médica del Valle del Río Pony. Cuando le contó a Tromp lo malos que les habían parecido los hoteles por los que habían pasado, Tromp se sintió incómodo y obligado y suspiró:

—Si mi mujer pudiese arreglarlo de algún modo, me gustaría invitarles a todos a pasar esta noche con nosotros.

—Oh, no quiero agobiarles. ¿Seguro que no habría ningún problema? —dijo Coughlin.

Después de que la señora Tromp consiguiera reprimir el impulso de llamar a su marido aparte y hacerle silenciosos pero vigorosos comentarios, y después de que al chico mayor de los Tromp se le explicase que «no estaba bien que un pequeño caballero anduviese dando patadas a sus pequeños invitados que venían de tan lejos», se sintieron todos muy felices. La señora Coughlin y la señora Tromp se lamentaron del coste del jabón de lavar y de la mantequilla e intercambiaron recetas de melocotones en almíbar, mientras los hombres, sentados en el borde del porche, las piernas cruzadas y esgrimiendo elocuentemente sus puros, se entregaban al éxtasis de la conversación sobre el trabajo.

—Dígame, doctor, ¿cómo le va con los cobros?

(El que hablaba era Coughlin... o podría haber sido también Tromp.)

—Bueno, bastante bien. Estos alemanes pagan de primera. No les mando nunca una factura, pero cuando han recogido la cosecha vienen y dicen: «¿Cuánto le debo, doctor?».

—Sí, los alemanes son buenos pagadores.

—Sí, desde luego que sí que lo son. Entre los alemanes no hay aprovechados.

—Sí, así es. Y dígame, doctor, ¿qué es lo que hace con los casos de ictericia?

—Bueno, le diré, doctor: si se trata de un caso persistente, yo normalmente uso cloruro amónico.

—¿De veras? Yo he estado dando cloruro amónico pero resulta que el otro día leí una comunicación en el *Diario de la Asociación Médica Nacional* en que un tipo decía que no servía para nada.

—¡Ah sí! ¡Pues vaya! No lo leí. ¿Sí? Bueno. Dígame, doctor, ¿a usted le parece que se puede hacer mucho con el asma?

—Bueno, verá usted, doctor, en confianza, voy a decirle algo que puede que le parezca raro, pero creo que los pulmones de zorro son magníficos para el asma, y también para la tuberculosis. Se lo dije en una ocasión a un especialista de pulmón de Sioux City y se rio de mí... dijo que no era científico... y yo le dije, «¡Demonios!», dije, «¡científico!», dije: «No sé si es el último grito de la moda científica o no», dije, «pero yo conseguí resultados, y eso es lo que yo busco, ¡resultados!», le dije. Le aseguro que un simple médico de medicina general puede no tener un montón de letras detrás de su nombre, pero ve muchísimas cosas misteriosas que no puede explicar, y le juro que creo que la mayoría de esos malditos presuntos científicos podrían aprender un montón de muchos de los sencillos médicos rurales, ¡permítame que se lo diga, sí!

—Sí, sí, así es. Personalmente, yo prefiero estar aquí en el campo y poder salir de caza de vez en cuando y tomarme las cosas con calma que ser uno de esos grandes especialistas de las ciudades. Una vez estuve pensando en convertirme en especialista en rayos X... buscar un sitio en Nueva York donde pudiese hacer todo el curso en ocho semanas... y establecerme en Butte, por ejemplo, o en Sioux Falls, pero luego pensé que aún en el caso de que consiguiese ganar ochenta mil al año, difícilmente significarían más de lo que significan tres mil aquí, sabe... Uno ha de considerar que tiene un deber con sus viejos pacientes.

—Así es... oiga, doctor, dígame, ¿qué clase de tipo es ese McMinturn que está cerca de usted?

—Bueno, no me gusta hablar mal de ningún compañero, y supongo que él tiene buena intención, pero solo entre usted y yo le diré que hace demasiadas cosas a ojo. Porque, por ejemplo, usted y yo, nosotros, aplicamos *ciencia* a un caso, en vez de correr riesgos y simplemente confiar en la experiencia y luego salir escaldado. Pero McMinturn no sabe bastante. Y  *mire*, esa mujer suya, es muy divertida... pero no hay peor lengua en cuatro condados a la redonda, y hay que ver cómo anda a la caza de clientes para Mac... Bueno, supongo que esa es la forma que tienen de hacer negocio.

—¿Está bien el viejo Winter?

—Oh, sí, en cierto modo. Ya sabe cómo es. Por supuesto va con veinte años de retraso para esta época, pero es un gran apoyo... Mantiene a una mujer tonta en la cama seis semanas más de lo que necesita y se pasa por allí dos veces al día a charlar con ella... algo completamente innecesario.

—Supongo que la mayor competencia que tiene usted es la de Silzer, ¿no?

—¡No se lo creerá, doctor! No tiene ni la mitad de pacientes que dice que tiene. El problema con Silzer es el excesivo descaro que tiene... le da demasiado a la lengua... le gusta oírse hablar. Oh, por cierto, dígame, ¿se ha tropezado usted con ese tipo nuevo...? debe de llevar aquí ya unos dos años... en Wheatsylvania... Arrowsmith...

—No, pero dicen que es un joven bueno e inteligente.

—Sí, dicen que tiene cerebro... que está muy bien informado... y tengo entendido que su esposa es también una mujercita simpática e inteligente.

—Pero he oído también que Arrowsmith empina el codo demasiado... que le gusta demasiado la botella.

—Sí, eso dicen. Lástima, un tipo joven y majo y con empuje, que está empezando. A mí me gusta echar un traguito de vez en cuando, pero ¡ser un bebedor...! ¡Imagínese usted que se emborracha y le llaman para una urgencia! Y un tipo de por allí me contó que Arrowsmith es muy bueno con los libros y con el estudio, pero que es un librepensador... nunca va a la iglesia.

—¡Así es! Sí. Un gran error para cualquier médico no identificarse con algún buen credo religioso sólido, crea en él o no crea. Le aseguro que un sacerdote o un predicador puede proporcionarle a uno muchísimos pacientes.

—¡Y tanto que sí! Bueno, pues ese tipo me dijo que Arrowsmith andaba siempre discutiendo con los predicadores... que le dijo a cierto reverendo que todo el mundo debería leer a ese inmunólogo, Max Gottlieb, y a ese tal Jacques Loeb, ya sabe usted, ese tipo que decía... bueno, no me acuerdo exactamente lo que era, pero aseguraba que podía crear peces vivos a partir de sustancias químicas.

—¡Claro! ¡Ahí lo tiene! Ese es el tipo de bobadas a las que esa gente de los laboratorios se dedica si no tiene alguna práctica concreta que les obligue a tener un poco de sentido. Bueno, si Arrowsmith se inclina por ese tipo de individuos, no me extraña que la gente no confíe en él.

—Pues claro. Sí. Bueno, es una lástima que Arrowsmith ande bebiendo y diciendo esas cosas por ahí y olvidándose de la familia y de los pacientes. Así no le irá bien. Qué lástima. Bueno... me pregunto qué hora debe de ser ya...

## II

—Mart —se lamentó Bert Tozer—, ¿qué le has hecho al doctor Coughlin de Leopolis? Un tipo me contó que andaba diciendo por ahí que eras un borracho y no sé



cuántas cosas más.

—¿De veras? Parece que los de por aquí no hacen más que andar vigilándose unos a otros.

—Puedes apostar a que sí, y por eso es por lo que te digo que deberías dejar de una vez el póquer y el trago. A mí no ves que me haga falta beber ningún licor, ¿verdad?

Martin tuvo más desesperadamente que nunca la sensación de que todo el condado estaba vigilándole. No es que necesitase alabanzas; no estaba orgulloso por sentirse fuera de lugar, pero por mucho que se esforzase no se veía integrado en el marco de Wheatsylvania y de fatigosos años de práctica como médico rural.

De pronto, sin planearlo, olvidando en su admiración por Sondelius y la guerra sanitaria su orgullo del laboratorio, se vio enredado en un problema de investigación.

### *III*

Había ántrax entre el ganado en el condado de Crynssen. Se había llamado al veterinario del estado y se había inyectado la vacuna Dawson Hunziker, pero aún así se había propagado la enfermedad. Martin oía lamentarse a los granjeros. Se dio cuenta de que el ganado inyectado no mostraba ninguna inflamación ni aumento de temperatura. Eso le hizo sospechar que la vacuna Hunziker tenía insuficientes organismos vivos, y se lanzó a comprobar esa hipótesis.

Obtuvo (mediante una impostura) un suministro de la vacuna y lo probó en su diminuto y congestionado laboratorio. Tuvo que fabricar su artilugio para desarrollar cultivos anaeróbicos, pero había sido adiestrado por aquel Gottlieb que decía: «Cualquier hombre que no sea capaz de construir un filtro con palillos de dientes, si tiene que hacerlo, sería mejor que comprase sus resultados junto con su magnífico equipo». Con un tarro de fruta grande y un tubo soldado Martin se fabricó su aparato.

Cuando estuvo totalmente seguro de que la vacuna no contenía suficientes organismos vivos adecuados se sintió mucho más contento que si hubiese descubierto que el buen señor Dawson Hunziker estaba produciendo vacunas válidas.

Sin excusa ni estímulo alguno aisló organismos apropiados de ganado enfermo y preparó una vacuna atenuada propia. Llevó mucho tiempo. No olvidó por ello a sus pacientes pero por supuesto no apareció en las tiendas ni en las partidas de póquer. Leora y él cenaban un emparedado todos los días y acudían rápidamente al laboratorio a calentar los cultivos en el baño maría improvisado, una vieja cazuela para avena que perdía, con una lámpara de alcohol. El Martin que se había mostrado impaciente con Hesselink mostraba

una paciencia infinita mientras vigilaba sus resultados. Silbaba y tarareaba, y todas aquellas horas, desde las siete hasta la medianoche, eran solo un momento. Leora, frunciendo el ceño plácidamente, la punta de la lengua en un rincón de la boca, vigilaba la temperatura como un buen perrillo centinela.

Después de tres intentos con dos fracasos absurdos, consiguió una vacuna que le satisfacía, y se la inyectó a un rebaño afectado. El ántrax cesó, lo que fue para Martin el final y la recompensa, y entregó sus notas y el suministro de vacunas al veterinario del estado. Para otros, no fue el final. El veterinario del condado le denunció por intrusión en su derecho a salvar o matar el ganado; los médicos insinuaban: «Estos son los tejemanejes que acaban con la dignidad de la profesión. Os aseguro que Arrowsmith es un nihilista médico y lo que busca es notoriedad, eso es lo único que pasa. Recordad mis palabras, en vez de atenerse a una práctica regular decente, ¡ya veréis como acaba abriendo una clínica de curandero el día menos pensado!».

Martin le comentó a Leora:

—¡Al cuerno la dignidad! Si pudiese estaría haciendo investigación... No esa cosa fría y distante de Gottlieb, claro, sino trabajo realmente práctico... y luego haría que algún tipo como Sondelius cogiese mis resultados y se los hiciese tragar a la gente, y yo conseguiría que estuviesen sanos ellos y su ganado y sus gatos, quisiesen ellos o no, ¡eso es lo que yo haría!

En este estado de ánimo leyó en su periódico de Minneapolis, entre una media columna sobre la boda del campeón de los pesos ligeros y tres líneas dedicadas al linchamiento de un agitador sindicalista de Trabajadores Industriales del Mundo, este anuncio:

*Gustave Swndelius, reconocida autoridad en la prevención del cólera, dará una conferencia sobre «Héroes de la Salud» en la escuela de verano de la universidad el próximo viernes por la tarde.*

Martin corrió a casa entusiasmado: «¡Lee! Sondelius va a dar una conferencia en Minneapolis. ¡Iré! ¡Iremos! ¡Asistiremos a la conferencia y luego nos iremos de juerga tranquilamente!».

—No, ve tú solo. Te sentará bien alejarte del pueblo y de la familia y de mí un rato. Yo ya iré contigo en otoño. De verdad. Si no estoy yo por medio tal vez consigas tener una larga charla con el doctor Sondelius.

—¡No podré! Estarán rodeándole en filas de diez los grandes médicos la ciudad y las autoridades sanitarias del estado. Pero iré.

#### IV

La pradera estaba caliente, una brisa cansina hacía chasquear el trigo, el vagón de segunda estaba arenoso de cenizas. Martin se sentía agarrotado por las horas de lento viaje. Se adormilaba y fumaba y meditaba. «Voy a olvidar la medicina y todo lo demás», se prometió. «Iré hasta el vagón de fumadores y hablaré con alguien y le contaré que soy viajante de zapatos.»

Lo hizo. Desgraciadamente dio la casualidad de que su confidente era un viajante de zapatos auténtico, con mucha curiosidad por saber a qué empresa representaba Martin, y volvió al vagón de segunda con una sensación renovada de agravio. Cuando llegó a Minneapolis, a media tarde, se dirigió rápidamente a la universidad y consiguió una entrada para la conferencia de Sondelius antes de haber buscado siquiera un hotel, aunque no antes de haber encontrado los grandes vasos de cerveza que había estado imaginando durante un centenar y medio de kilómetros.

Tenía el propósito agradable pero informal de pasar su primera velada de libertad entregado a la disipación. Encontraría en algún sitio compañía de gente interesante que le socorrería con risa y charla y muchos tragos... no demasiados, por supuesto... y luego iría en coche muy rápido hasta el lago Minnetonka para un chapuzón a la luz de la luna. Empezó su búsqueda de colegas tomando un cóctel en el bar de un hotel y cenando en un restaurante de la avenida Hennepin. Nadie le miraba, nadie parecía desear un compañero. Se sentía solo sin Leora, y todo su estado de gracia, toda su apasionada y simplona devoción por la juerga, degeneró en adormilamiento.

Mientras daba vueltas y vueltas en la cama del hotel, se lamentaba: «Y lo más probable es que la conferencia de Sondelius sea una porquería. Lo más probable es que Sondelius no sea más que otro Roscoe Geake».

#### V

Estudiantes indecisos se acercaban en la cálida noche a la puerta de la sala de conferencias, examinaban el modesto cartel de Sondelius y continuaban su camino. Martin estaba medio tentado a desertar con ellos, pero entró ceñudo. La sala de conferencias estaba un tercio llena de estudiantes de verano y profesores, y hombres que podrían haber sido doctores o directores de escuela. Él se sentó atrás, abanicándose con el sombrero de paja que llevaba, sintiendo hostilidad hacia el hombre de patillas que compartía la fila con él, desaprobando a Gustaf Sondelius, y sin demasiada buena opinión tampoco de sí mismo.

Luego el local se cargó de vitalidad. Por el pasillo central abajo, ineficazmente asistido por un individuo pequeño y melindroso, irrumpió un hombre sonriente de frente amplia y con todo un almiar de pelo rubio rizado encima... un hombre que parecía un terranova. Martin se enderezó en su asiento. Se sintió con fuerzas suficientes hasta para soportar al deprimente tipo de patillas de al lado en cuanto Sondelius empezó a hablar con un rugido musical de acento y sonsonete suecos:

—La profesión médica solo puede tener un deseo: destruir a la profesión médica. En cuanto a los legos, pueden estar seguros solo de una cosa: nueve décimas partes de lo que saben sobre salud no es así, y la otra décima no sirve para nada. Como nos muestra Butler en *Erewhon* (me robó esa idea también, el muy cerdo, unos treinta años antes de que yo diera con ella), el único delito por el que deberíamos ahorcar a la gente es el de tener tuberculosis.

—¡Uf! —gruñó la docta audiencia, sin saber si lo adecuado era sonreír, ofenderse, sentirse aburrido o edificado.

Sondelius era un fenómeno y un hombre de mundo, pero sabía hechizar. Con él Martin vio ante sí a los héroes de la fiebre amarilla, Reed, Agramonte, Carroll y Lazear; desembarcó con él en un puerto mexicano inmovilizado por la peste y pasó hambre bajo un sol virulento; recorrió con él senderos de montaña hasta una población asolada por el tifus; luchó con él, en un agosto fatigoso en que los bebés eran esqueletos deshidratados, contra un *trust* del hielo bajo la espada dorada y despuntada de la ley.

«¡Eso es lo que yo quiero hacer! ¡No limitarme a reparar un montón de cuerpos gastados, sino hacer un mundo nuevo!», se decía Martin arrobado. «¡Jolín, le seguiría a través del fuego! ¡Y cómo desenmascara a los aguafiestas que critican la eficacia de la sanidad pública! Si pudiese al menos hablar con él un par de minutos...»

Se quedó en el local una vez acabada la conferencia. Una docena de personas rodeaban a Sondelius en el estrado; hubo unos cuantos choques de manos; se hicieron unas cuantas preguntas; un preocupado médico le dijo: «¿Pero qué me dice del peligro de las clínicas libres y todas esas cosas que llevan al socialismo?». Martin esperó hasta que Sondelius se quedó solo. Había un conserje cerrando las ventanas, muy firme y sugerentemente. Sondelius miró a su alrededor y Martin habría jurado que el Gran Hombre se sentía solo. Le tendió la mano y graznó:

—Señor, si no tiene que ir usted a algún sitio, me pregunto si le gustaría venir a echar un... un...

Sondelius gravitó sobre él con radiación solar y exclamó: «¿A echar un trago? Bueno, creo que tal vez podría. ¿Qué efecto le pareció que hacía el chiste del perro y de las pulgas esta noche? ¿Cree que les gustó?».

—Oh, claro, por supuesto.

El guerrero, que había estado hablando de alimentar a cinco mil tártaros, de recibir una licenciatura de una universidad china y de rechazar una condecoración de todo un buen rey balcánico, miró afectuosamente a su comitiva de un discípulo y preguntó: «¿Estuvo bien... verdad? ¿Les gustó? Hace tanto calor esta noche y he dado ya nueve conferencias en una semana... Des Moines, Fort Dodge, La Crosse, Elgin, Joliet (pero lo pronunció Zyoliay) y... se me ha olvidado. ¿Estuvo bien, verdad? ¿Les gustó?».

—¡Estuvo sensacional! ¡Oh, les encantó! En serio, ¡yo no había disfrutado tanto en toda mi vida!

—¡Vamos! —graznó el profeta—. Le convidó a un trago. Como higienista, yo combato el alcohol. En cantidades excesivas es casi tan malo como el café o incluso más que la gaseosa con helado. Pero cuando a uno le apetece charlar, encuentro que un buen vaso largo de whisky con soda es un gran disolvente de la idiotez humana. ¿Hay un sitio fresco con algo de Pilsener aquí en Detroit...? No, ¿dónde estoy esta noche? ¿Minneapolis?

—Tengo entendido que hay una buena cervecería con terraza. Y podemos coger el tranvía aquí mismo.

Sondelius le miró fijamente.

—Oh, tengo un taxi esperando.

Martin se sintió sobrecogido por este lujo. En el taxi intentó pensar en cosas adecuadas para decirle a una celebridad.

—Oiga, doctor, ¿en Europa tienen servicios de salud pública en las ciudades?

Sondelius le ignoró.

—¿Ha visto usted a esa chica que pasa? ¡Qué tobillos! ¡Qué hombros! ¿Es buena la cerveza en esa cervecería? ¿Tienen un coñac decente? ¿Conoce usted el coñac Courvoisier 1865? ¡Uf! ¡Las conferencias! Le juro que lo dejaré. ¡Y tener que ir de traje una noche como esta! Sabe, todas esas cosas locas que digo en las conferencias las digo en serio, pero ahora olvidémonos de la seriedad, bebamos un poco, cantemos «Der Graf von Luxemburg», separemos a chicas exquisitas de sus acompañantes, analicemos las alegrías de «Die Meistersinger», que solo yo aprecio.

En la cervecería, el tremendo Sondelius discursó sobre el Club Cosmos, la investigación de Halle sobre la mortalidad infantil, si era adecuado o no combinar Benedictine y licor de manzana, Biarritz, lord Haldane, el método de examen de la leche Doane-Buckley, George Gissing y el homard thermidor. Martin buscaba una conexión entre Sondelius y él, como hace uno con los famosos o con gente a la que conoce en el extranjero. Podría haber dicho: «Yo creo que conozco a un hombre que le conoce» o «he tenido el placer de leer todos sus artículos», pero acabó diciendo: «¿Ha conocido usted a los dos grandes hombres de mi Facultad de Medicina... Winnemac... el decano Silva y Max

Gottlieb?».

—¿Sí? No recuerdo. Pero Gottlieb... ¿le conoce usted? ¡Oh! —Sondelius agitó sus poderosos brazos—. ¡El más grande! ¡El espíritu de la ciencia! Tuve el placer de hablar con él en McGurk. ¡Él no se sentaría aquí a parlotear como yo! ¡Él me convierte a mí en un payaso de circo! ¡Es capaz de coger todas mis declaraciones sobre epidemiología y demostrarme que soy un imbécil! ¡Oh, oh, oh! —sonrió muy satisfecho y pasó a criticar las tarifas elevadas.

Cada tema tenía su bebida correspondiente. Sondelius era un bebedor fantástico, y forrado de zinc. Mezclaba Pilsener, whisky, café solo y un líquido que el camarero afirmó que era absenta.

—Debería irme a la cama a medianoche —se lamentó—, pero es un pecado mortal interrumpir una buena charla. ¡Tiénteme solo un poquito! ¡Soy fácil de tentar! Pero debo tener cinco horas de sueño. ¡Es imprescindible! Tengo que dar una conferencia... en algún lugar de Iowa... mañana por la noche. Ahora que paso ya de los cincuenta no puedo arreglármelas con tres horas como antes, y sin embargo he descubierto tantas cosas nuevas de las que quiero hablar.

Estaba más elocuente que nunca; luego pasó a estar enojado. Había un hombre hosco en la mesa de al lado que escuchaba y no paraba de mirar y se reía de ellos. Sondelius dejó a un lado el suero del cólera de Haffkine y dijo furioso:

—¡Si ese tipo sigue mirándome así un instante más, voy a acercarme allí y a matarle! Soy un hombre pacífico, ahora que ya no soy tan joven, pero no me gustan los mirones. Iré hasta allí y se lo haré saber. ¡Y le pegaré solo un poco!

Mientras los camareros acudían presurosos, Sondelius se lanzó hacia aquel hombre, le amenazó con puños enormes; algo le detuvo, le estrecho la mano repetidamente y regresó con él junto a Martin.

—Este es un compatriota mío, de Gotemburgo. Es carpintero. Siéntate, Nilsson, siéntate, toma un trago. ¡Demonios! ¡Camarero!

El carpintero era socialista, y adventista del séptimo día sueco, y polemista feroz y le gustaba beber aquavit. Arremetió contra Sondelius por aristócrata, reprendió a Martin por su ignorancia de la economía, reprendió al camarero por el brandy; Sondelius y Martin y el camarero contestaron con vigor; y la conversación se hizo admirable. Finalmente desecharon la cervecería y se amontonaron los tres en el taxi que aún seguía esperando, y que se estremeció como consecuencia de su animado debate. Martin jamás pudo recordar a dónde habían ido. Tal vez soñase todo el asunto. En una ocasión parecían estar en un restaurante de carretera, en una larga calle que debía de ser sin duda la avenida de la Universidad; y otra vez estaban en un bar de la avenida Washington Sur, donde había tres vagabundos durmiendo al final de la barra; luego en casa del carpintero, donde un hombre no identificado les hizo café.

Donde quiera que pudiesen estar, estaban al mismo tiempo en Moscú y en Curaçao y en Murwillumbah. El carpintero creó estados comunistas, mientras Sondelius, proclamando que a él no le importaba si trabajaba bajo el socialismo o con un emperador, siempre que pudiese obligar a la gente a estar sana, aniquiló la tuberculosis y, al amanecer, había puesto en fuga al cáncer.

Se separaron a las cuatro, jurando lacrimosamente volver a encontrarse, en Minnesota o en Estocolmo, en Río o en los mares del Sur, y Martin partió hacia Wheatsylvania dispuesto a poner fin a todo aquel disparate de permitir a la gente enfermar.

Y el gran dios Sondelius había matado al decano Silva, lo mismo que Silva había matado a Gottlieb, Gottlieb había matado a Repetición Edwards el químico juguetero, Edwards había matado al doctor Vickerson y Vickerson había matado al hijo del ministro que tenía un trapecio de verdad en su pajar.

## CAPÍTULO 18

El doctor Woestijne de Vanderheide's Grove actuaba en el tiempo libre como superintendente de sanidad del condado de Crynssen, pero el cargo no estaba bien pagado y no le interesaba gran cosa. Cuando apareció Martin y se ofreció a hacer el trabajo por la mitad del sueldo, Woestijne aceptó con benevolencia, asegurándole que tendría mucha repercusión en su práctica privada.

La tuvo. Casi acabó con ella.

No se produjo nunca un nombramiento oficial. Martin firmaba los documentos con el nombre de Woestijne (escrito de diversos e interesantes modos, según le apeteciese) y el Consejo de Comisarios del Condado reconocía el poder ilimitado de Martin, pero lo más probable es que todo el asunto fuese ilegal.

Hubo poca ciencia y considerablemente menos heroísmo en las primeras furias de Martin como agente sanitario, pero muchísima irritación con sus conciudadanos. Investigó en los patios, denunció a la señora Beeson por sus apestosos barriles de ceniza, al señor Norblom por amontonar estiércol en la calle, y al consejo escolar por la ventilación de la escuela y la falta de instrucción sobre el cepillado de los dientes. Los ciudadanos se habían sentido anteriormente agitados por su irreligiosidad, su moral laxa y su falta de patriotismo local, pero cuando empezó a hostigarles para que abandonasen su cómoda y probablemente beneficiosa suciedad, estallaron.

Martin era honrado y asombrosamente diligente, pero aunque tenía la inocencia de la paloma carecía de la prudencia de la serpiente. No les hacía comprender cuál era su misión; apenas intentaba hacerles entender. Su autoridad, como *alter ego* de Woestijne, era imponente sobre el papel pero débil en la práctica, y resultaba insignificante frente a la obstinación que despertaba.

Pronto pasó de la vigilancia de la basura a un drama de infección. La comunidad de Delft tenía una epidemia de tifus que se amortiguaba y reaparecía continuamente. Los aldeanos creían que procedía de una tribu de ocupantes ilegales que se habían establecido unos diez kilómetros río arriba y a los que estaban pensando linchar, como una protesta práctica y una interesante interrupción del cultivo del trigo. Cuando Martin insistió en que en diez kilómetros el río purificaba cualquier basura y que los ocupantes ilegales probablemente no fuesen la causa, se le criticó generalizadamente.

—¡Quién se cree que es para andar por ahí diciendo que deberíamos tener más precauciones sanitarias! Resulta que vamos y le decimos dónde están esos facinerosos a los que habría que matar a tiros, y que además son solo húngaros, y va y lo único que se le



ocurre es soltar un montón de bobadas sobre el efecto germicida y no sé cuántas cosas más —comentó Kaes, el comprador de trigo del elevador de Delft.

Martin, haciendo un recorrido del condado, sin desatender pero ciertamente sin ampliar el número de sus pacientes, fue ubicando todos los casos recientes de tifus en unos nueve kilómetros a la redonda de Delft. Investigó en las rutas de la leche y en las entregas de comestibles. Descubrió que la mayoría de los casos habían aparecido después de las visitas de una costurera itinerante, una solterona virtuosa y casi dolorosamente higiénica. Había tenido tifus cuatro años antes.

—Es una portadora crónica de los bacilos. Hay que examinarla —anunció.

La encontró cosiendo en la casa de un viejo granjero predicador.

Ella se negó con pudorosa indignación a que la examinasen, y cuando él se fue se la pudo oír llorar por aquel agravio, mientras el predicador le maldecía desde la puerta de la casa. Volvió con el agente de policía del pueblo y detuvo a la costurera y la confinó en el pabellón de aislamiento de la granja de pobres del condado. Encontró en sus secreciones millones de bacilos del tifus.

Aquel cuerpo frágil y decente no estaba a gusto en el pabellón encalado forrado de tablas. La pobre mujer se sentía avergonzada y asustada. Siempre la habían tratado con consideración, era una solterona educada, venida a menos, de ojos brillantes, que llevaba regalos a los niños, ayudaba a las amas de casa abrumadas por el trabajo a hacer la comida y les cantaba a los pequeños con su vocecita de gorrión. Se denigró a Martin por perseguirla. «No se atrevería a detenerla si no fuese tan pobre», decían, y hablaban de sacarla por la fuerza de la cárcel.

Martin se inquietó. Visitó a la costurera en la granja de pobres, intentó hacerle entender que no podía estar en ningún otro sitio, le llevó revistas y dulces. Pero se mantuvo firme. No podía ponerla en libertad. Estaba convencido de que había causado como mínimo un centenar de casos de tifus, con nueve muertos.

Todo el condado le criticaba. ¿Contagiar del tifus ahora, cuando llevaba ya cuatro años bien de salud? Los comisarios del condado y el Consejo de Sanidad del Condado llamaron al doctor Hesselink del condado vecino. Él se mostró de acuerdo con Martin y con sus mapas. Cada reunión de los comisarios era ya una batalla, y no estaba claro si Martin sería entronizado o destituido.

Leora les salvo a él y a la costurera. «¿Por qué no se hace una colecta para mandarla a algún hospital grande donde la puedan tratar, o donde puedan tenerla si no se la puede curar?», propuso.

La costurera ingresó en un sanatorio (y fue cordialmente olvidada por todos durante el resto de su vida) y los recientes enemigos de Martin decían de él: «La verdad es que es muy listo y hace bien el trabajo». Hesselink se acercó en el coche para informarle: «Lo hizo

muy bien esta vez, Arrowsmith. Me alegra ver que está haciéndose más práctico».

Martin se ensoberbeció un poco y se lanzó inmediatamente tras una magnífica epidemia nueva. Tuvo la suerte de que apareciese un caso de viruela y varios que sospechó que lo eran. Algunos de ellos estaban al otro lado de la frontera, en el condado de Mencken, dominio de Hesselink, y Hesselink se rio de él. «Lo más probable es que sea varicela, salvo ese caso único suyo. Es muy raro que haya viruela en verano», le dijo, mientras Martin recorría hecho una furia los dos condados de un lado a otro proclamando el azote, implorando a todo el mundo que se vacunase, atronando: «¡Se va a desencadenar el infierno aquí en diez o quince días!».

Pero el párroco de los Hermanos Unidos, que atendía capillas de Wheatsylvania y dos pueblos más, era contrario a la vacunación y predicó contra ella. La gente de los pueblos se puso de su parte. Martin fue de casa en casa, acuciándoles, ofreciéndose a tratarles gratuitamente. Como nunca les había enseñado a quererle y a seguirle como a un dirigente, dudaban, discutían largo y tendido en las puertas de sus casas, cacareaban que estaba borracho. Aunque hacía semanas que lo más fuerte que había bebido había sido el café acre del campo, se decían unos a otros que se emborrachaba todas las noches, que el ministro de los Hermanos Unidos estaba a punto de denunciarlo desde el púlpito.

Y pasaron diez días espantosos y quince, y todos los casos, salvo el primero, resultaron ser varicela. Hesselink se regodeó y en el pueblo se rieron a carcajadas convirtiéndose Martin en el blanco de todas las bromas.

Él solo se había ofendido un poco por las murmuraciones sobre su maldad, solo en las noches de lenta depresión se había planteado la alternativa de huir de ellos, pero sus carcajadas le enfurecieron.

Leora le confortó con frescas manos. «Esto pasará», decía. Pero no pasaba.

En el otoño se había convertido en una epopeya burlesca de esas que tanto les gustan a los campesinos en todo el mundo. Él, relataban alegremente, había proclamado que todo el que tuviese cerdos moriría de viruela; se había pasado una semana borracho y lo diagnosticaba todo, desde los cálculos biliares al ardor de estómago, como viruela. Le saludaban, sin proponerse ninguna ofensa con su broma, diciendo: «Tengo un granito en la barbilla, doctor. ¿Qué será... viruela?».

La risa de la gente es más temible que su cólera, y si destruye a los tiranos, persigue con igual celo al santo y al sabio y ensucia su tesoro.

Cuando el vecindario consiguió de pronto una epidemia auténtica de difteria y Martin predicó temblorosamente en favor de la antitoxina, la mitad de los vecinos recordó que no había sido capaz de salvar a Mary Novak y la otra mitad clamó: «¡Oh, déjanos en paz! ¡Tienes las epidemias en el cerebro!».

El que un número de niños muriese como correspondía no les hizo abandonar su epopeya cómica.

Luego fue cuando Martin llegó a casa y le dijo quedamente a Leora: «No puedo más. Tengo que largarme. No puedo hacer nada más aquí. Tardarán años en volver a confiar en mí. ¡Son tan condenadamente *graciosos!* Voy a ir a conseguir un trabajo de verdad... en la sanidad pública».

—¡Cuánto me alegro! Eres demasiado bueno para la gente de aquí. Buscaremos algún sitio grande donde sepan apreciar tu trabajo.

—No, eso no es justo. He aprendido un poco. Aquí he fracasado. Me he enfrentado a demasiada gente. No he sabido manejarles. Podríamos aguantarlo, yo lo haría, pero la vida es corta y creo que soy un buen trabajador en muchos sentidos. Estaba preocupado pensando que sería un cobarde si me fuese, estaría huyendo, «apartando la mano...», ¿cómo es?, «... apartando la mano del arado». ¡Ya no me importa! ¡Sé lo que puedo hacer, qué demonios! ¡Gottlieb lo vio! Y quiero ponerme a trabajar. Nos vamos. ¿De acuerdo?

—¡Por supuesto!

## II

Martin había leído en el *Diario de la Asociación Médica Americana* que Gustaf Sondelius estaba dando una serie de conferencias en Harvard. Le escribió preguntándole si sabía de algún puesto en la sanidad pública. Sondelius contestó, en un garabateo emborronado y profano, que recordaba con alegría su vacación de Minneapolis, que no estaba de acuerdo con Entwisle de Harvard sobre la naturaleza de la metatrombina, que en Boston había un excelente restaurante italiano y que investigaría entre los funcionarios de sanidad amigos suyos sobre un posible puesto.

Al cabo de dos días escribió diciendo que el doctor Almus Pickerbaugh, director de sanidad pública de la ciudad de Nautilus, Iowa, andaba buscando un subdirector y que tal vez estuviese dispuesto a enviar los datos.

Leora y Martin consultaron rápidamente en un almanaque.

—¡Cielo santo! ¡Hay sesenta y nueve mil habitantes en Nautilus! Frente a trescientos sesenta y seis aquí... no, espera, son trescientos sesenta y siete ya, con el nuevo bebé de Pete Yeska; que el cerdo asqueroso de él llamó a Hesselink para el parto. ¡Gente! ¡Gente capaz de hablar! ¡Cines y teatros! ¡Tal vez conciertos! ¡Leora, seremos como un par de críos libres de la escuela!

Telegrafió para conseguir los datos, despertando un enorme interés en el jefe de estación que era también el telegrafista.

La copia impresa que le enviaron decía que el doctor Pickerbaugh necesitaba un ayudante que sería el único agente médico a jornada completa además del propio Pickerbaugh, ya que los médicos de la clínica y de la facultad eran médicos privados que trabajaban a tiempo parcial. El ayudante sería epidemiólogo, bacteriólogo y estaría encargado de dirigir a los empleados de la oficina, a las enfermeras y a los inspectores legos de lecherías y de sanidad. El salario sería de dos mil quinientos dólares al año... frente al de mil quinientos a mil seiscientos que estaba ganando Martin en Wheatsylvania.

Debían aportarse también referencias adecuadas.

Martin escribió a Sondelius, a Papá Silva, y a Max Gottlieb, que ahora estaba en el Instituto McGurk de Nueva York.

El doctor Pickerbaugh le informó: «He recibido cartas muy agradables del decano Silva y del doctor Sondelius sobre usted, pero la carta del doctor Gottlieb es muy notable. Dice que posee usted dotes excepcionales como hombre de laboratorio. Es para mí un gran placer ofrecerle el cargo; sea tan amable de responder telegráficamente».

Hasta entonces Martin no se había dado cuenta del todo de que iba a abandonar Wheatsylvania... el tedio del incordio de Bert Tozer... el espionaje de Pete Yeska y de los Norblom... lo inevitable de girar, como tantas veces había girado invariablemente, hacia el Sur por la carretera de Leopolis en Two Mile Grove para seguir de nuevo aquel sendero cansino, llano, sin curvas... la superioridad del doctor Hesselink y la malevolencia del doctor Coughlin... las visitas que no le dejaban tiempo para su laboratorio cubierto de polvo... iba a dejarlo todo por el triunfo y el esplendor de la gran ciudad de Nautilus.

—¡Leora, nos vamos! ¡Nos vamos de verdad!

### *III*

Bert Tozer dijo:

—Cielo santo, sabes muy bien que hay gente que te llamaría traidor, después de todo lo que hemos hecho por ti, aunque devolvieses los mil dólares, dejar que venga aquí el otro médico y le quite toda esa influencia a la Familia.

Ada Quist dijo:

—¡Supongo que si no has conseguido llegar a ser demasiado popular con la gente de aquí lo vas a pasar la mar de bien en una gran ciudad como Nautilus! En fin, Bert y yo nos vamos a casar el año que viene y en cuanto vosotros dos, los elegantes, hayáis fracasado allí supongo que tendremos que hacernos cargo de vosotros en nuestra casa cuando volváis

arrastrándoos... ¿Creéis que podríamos conseguir vuestra casa por la misma renta que pagáis por ella?... Oh Bert, ¿no podríamos coger el consultorio de Mart en vez de la casa... ahorrariamos dinero... En fin, yo siempre he dicho, desde que estábamos las dos en la escuela, que tú nunca serías capaz de llevar una vida decente y regular, Ory.

El señor Tozer dijo:

—La verdad es que yo no puedo entenderlo, yendo todo tan bien como va. No sé, llegarías algún día a ganar hasta treinta y cuatro mil al año, si te aplicases a ello. ¿No hemos procurado tratarte bien? No me gusta que mi hijita se vaya y me deje solo, ahora que estoy haciéndome viejo. Y Bert es tan gruñón conmigo y con Madre, mientras que tú y Ory nos escuchabais siempre. ¿No podrías arreglar las cosas de algún modo para quedarte?

Pete Yeska dijo:

—¡Doctor, me quedé pasmado cuando me enteré de que se iba usted! Hemos tenido algunos roces por el asunto ese de los medicamentos, ¡pero Señor! Yo había estado medio pensando en acercarme alguna vez y ofrecerle que fuéramos socios y dejarle llevar el negocio de los medicamentos para que los hiciese a su gusto, y podríamos coger la agencia Buick, tal vez, y sacar adelante un pequeño negocio. Lamento muchísimo que se vaya usted, la verdad, y que nos deje... Bueno, a ver si vuelve algún día y podemos ir a pegarles unos tiros a los patos, y a reírnos un poco sobre aquella sandez suya de la viruela. ¡Nunca olvidaré eso! El otro día precisamente le decía a la vieja, que tenía dolor de oídos: «¡No habrás cogido la viruela, eh, Bess!».

El doctor Hesselink dijo:

—Doctor, ¿qué es esto que oigo? ¿No se irá? Vaya, cuando estábamos empezando usted y yo a introducir la práctica médica como debe ser en este rincón del mundo; lo oí decir y cogí el coche y me acerqué hasta aquí... Dígame, ¿le pusimos verde, verdad? Sí, supongo que sí, pero eso no significa que no le apreciáramos. En un sitio pequeño como este o como Groningen te tienes que reír un poco de los vecinos para no aburrirte. En fin, doctor, he estado viendo cómo pasaba de ser un tierno aprendiz a convertirse en un médico profesional de verdad, y ahora se va usted... ¡no sabe cuánto lo siento!

Henry Novak dijo:

—¿Pero, doctor, no irá a dejarnos? Y nosotros con un bebé en camino, y le dije a la mujer, precisamente el otro día: «Es una buena cosa que tengamos un médico que te dice la verdad y no todas esas tonterías que solía decirnos el doctor Winter.»

El comprador de trigo de Delft dijo:

—¿Qué es esto que oigo por ahí, doctor? ¿No me diga que va a *irse*? Un tipo me dijo que se iba usted y yo le dije: «No seas más imbécil de lo que quiere el Señor que seas», eso le dije. Pero empecé a preocuparme por el asunto y me acerqué y... Doctor, yo le doy

mucho a la lengua, supongo. Me puse contra usted cuando lo de la epidemia de tifus, cuando dijo usted que aquella costurera andaba esparciendo por ahí la enfermedad, y luego me demostró que tenía razón. Mire, doctor, si le gustase ser senador del estado, y si se quedase... yo tengo un poco de influencia... créame, ¡estaría dispuesto a perder la camisa por usted!

Alec Ingleblad dijo:

—¡Eres un tipo afortunado!

Todo el pueblo acudió al tren cuando se marcharon a Nautilus.

Durante unos 160 kilómetros de otoño resplandeciente Martin se condolió por sus vecinos. «Me dan ganas de bajarme y volver. ¡Te acuerdas cómo nos divertíamos mucho jugando a las cartas con los Frazier! Me fastidia pensar en el tipo de médico que puede venir. ¡Te lo juro, si se establece aquí algún medicucho o si Woestijne se olvida otra vez del trabajo sanitario, volveré y les echaré a los dos del negocio! Y sería divertido ser senador del estado, en cierto modo, verdad.»

Pero cuando fue anocheciendo y no existía nada ya del rápido mundo más que los globos amarillos de gasóleo en el largo vagón, vieron delante de ellos la gran Nautilus, el gran honor y el triunfo, la creación de una ciudad modelo radiante y la alabanza de Sondelius... tal vez incluso de Max Gottlieb.

## CAPÍTULO 19

En medio de la llanura de suelo negro de Iowa, regada solo por un riachuelo insignificante y sin profundidad, la ciudad de Nautilus se asa y crepita y reluce. Durante cientos de kilómetros, los altos tallos de trigo se alzan en una selva de hileras alineadas, y el forastero que recorre sudoroso las carreteras con muros de trigales se siente perdido y nervioso, con una sensación de crecimiento implacable.

Nautilus es a Zenith lo que Zenith a Chicago.

Con setenta mil habitantes, es un Zenith más pequeño pero no menos dinámico. Hay un solo hotel grande comparado con la docena que hay en Zenith, pero es tan activo y estandarizado y frenéticamente moderno como su propietario puede hacerlo. La única diferencia auténtica entre Nautilus y Zenith es que en ambos casos todas las calles parecen iguales aunque en Nautilus no parezcan iguales durante tantos kilómetros.

La dificultad para definir su carácter es que nadie ha determinado si se trata de un pueblo muy grande o de una ciudad muy pequeña. Hay casas con chóferes y cócteles de Bacardí, pero en los anocheceres de agosto todos salvo unas cuantas veintenas de burgueses se sientan en mangas de camisa en los porches delanteros de sus casas. Enfrente del edificio de oficinas de diez plantas, en el que publica una pequeña revista de la Nueva Prosa una joven que durante cinco meses vivió en los cafés de Montparnasse, hay una casa de madera vieja y grande y acogedora con arces, y una hilera de Fords y carros de leña en los que campesinos de mono han venido a la ciudad.

Iowa tiene la tierra más rica, el índice de analfabetismo más bajo, los porcentajes más elevados de blancos nativos y de propietarios de automóviles, y las ciudades más morales y que miran más hacia el futuro de todos los Estados Unidos, y Nautilus es la ciudad más iowana de Iowa. Una de cada tres personas por encima de la edad de sesenta ha pasado un invierno en California, y se encuentran entre ellos el campeón de lanzamiento de herradura de Pasadena y la mujer que presentó el pavo del que disfrutó la señorita Mary Pickford, la princesa del cinema, en su cena de Navidad de 1912.

Nautilus se distingue por las casas grandes con grandes extensiones de césped y por una cantidad asombrosa de garajes y elevadas agujas de iglesia. Los ricos campos llegan hasta el borde de la ciudad, y las fábricas diseminadas, las innumerables vías muertas de ferrocarril y las chozas mugrientas para obreros están casi en medio del trigo. Nautilus fabrica molinos de viento de acero, implementos agrícolas, incluida la celebrada Esparcidora de Estiércol Margarita, y productos alimenticios como Maize Mealies, el famoso alimento de desayuno. Fabrica ladrillos, vende comestibles al por mayor y es la sede central de la Empresa de Seguros Cooperativa del Cinturón Cerealero.

Una de sus industrias más pequeñas pero más antiguas es el Colegio Cristiano Mugford, que cuenta con doscientos diecisiete estudiantes y dieciséis profesores de los que once son ministros de la Iglesia de Cristo. El famoso doctor Tom Bissex es entrenador de fútbol, director sanitario y profesor de Higiene, Química, Física, Francés y Alemán. Sus departamentos de taquigrafía y piano son conocidos mucho más allá de los límites de Nautilus y en una ocasión, aunque eso fue hace ya algunos años, Mugford derrotó al equipo de béisbol de Grinnell College por un tanteo de once a cinco. Nunca se ha visto afectado por problemas relacionados con la enseñanza de la biología evolucionista... allí nunca se ha planteado siquiera enseñar Biología.

## II

Martin dejó a Leora en el Sims House, el anticuado hotel que ocupaba el segundo puesto en Nautilus, para informar de su llegada al doctor Pickerbaugh, director del Departamento de Salud Pública.

El departamento estaba en una calleja, en un semisótano de la parte de atrás del gran hongo de piedra gris que era el ayuntamiento de la ciudad. Cuando entró en la insulsa oficina de recepción, fue recibido con todos los honores por la taquígrafa y las dos enfermeras externas. En medio de sus revoloteos («¿Tuvo un buen viaje, doctor? El doctor Pickerbaugh no le esperaba a usted hasta mañana, doctor. ¿Está la señora Arrowsmith con usted, doctor?») irrumpió Pickerbaugh, atronando bienvenidas.

El doctor Almus Pickerbaugh tenía cuarenta y ocho años. Había estudiado en el Colegio Mugford y en la Facultad de Medicina de Wassau. Se parecía algo al presidente Roosevelt, tenía la misma solidez cuadrada y el mismo bigote erizado, y cultivaba el parecido. Era un hombre que nunca se limitaba a hablar: o burbujeaba o hacía discursos solemnes.

Recibió a Martin con cuatro «Bien», que pronunció a la manera de un vitoreador estudiantil; le enseñó el departamento, le condujo al despacho privado del director, le dio un puro y rompió la presa de silencio varonil:

—Doctor, estoy encantado de tener un hombre con sus inclinaciones científicas. No es que deba considerarme yo mismo totalmente carente de ellas. De hecho, me atengo a la práctica regular de reservar un período para la investigación científica, sin una cierta cuantía de la cual ni el cruzado más ferviente de los métodos sanitarios conseguiría adelantar gran cosa.

Sonaba a principio de un largo seminario. Martin se acomodó en su asiento. Estaba dubitativo en cuanto al puro, pero consideró que le ayudaría a parecer más interesado.



—Pero mi caso, lo confieso, es una cuestión de temperamento. He albergado a menudo la esperanza de que, sin ningún deseo de mero engrandecimiento personal, los poderes de lo alto puedan aún otorgarme el talento que me permita convertirme, al mismo tiempo, en el Roosevelt y el Longfellow del gran movimiento creciente y universal en pro de medidas de higiene pública... ¿es demasiado suave su puro, doctor? O tal vez sería mejor decir el Kipling de la salud pública en vez del Longfellow, porque a pesar de los bellos pasajes y de la elevada atmósfera moral del Sabio de Cambridge, su poesía carecía de la rapidez y la pegada de Kipling.

«Supongo que está usted de acuerdo conmigo, o que lo estará cuando haya tenido la oportunidad de ver el efecto que tiene en la ciudad nuestro trabajo, y el éxito que tenemos vendiendo la idea de Mejor Salud, en que lo que el mundo necesita es un dirigente realmente inspirado, valiente, que se imponga (digamos un Billy Sunday<sup>[6]</sup> del movimiento); un hombre que supiese utilizar adecuadamente el sensacionalismo y despertar a la gente de su letargo. A veces los periódicos, y solo puedo decir que me halagan cuando me comparan con Billy Sunday, el más grande de todos los evangelistas y predicadores cristianos, a veces afirman que soy demasiado sensacionalista. ¡Uf! Ojalá pudiesen entenderlo, ¡el problema es que no puedo ser lo suficientemente sensacionalista! De todos modos, lo intento, lo intento, y... Mire aquí. Es un cartel, lo pintó mi hija Orquídea y la poesía es un humilde esfuerzo mío, y déjeme que le cuente que se cita en todas partes:

No se puede impulsar la sanidad

con buenas palabras y mucha bondad.

Los agentes sanitarios

deben cacarear como los gallos.

»Luego hay otra... esto es una cosa menor; no pretende transmitir principios generales abstractos, pero le sorprendería la influencia que ha tenido en las amas de casa despreocupadas, lo que por supuesto no significa que olviden o desdeñen la salud de sus pequeños, necesitan simplemente instrucción y que se las estimule un poco, y cuando ven una cosa como esta, les hace pensar:

Si no hierves los biberones con esmero,

es mejor que compres un billete para el Cielo.

»La verdad es que se me ha agradecido mucho, a mi modesto nivel, por alguna de estas cosas que apenas me lleva cinco minutos inventar. Algún día, cuando tenga, tiempo, eche un vistazo a este volumen de recortes... solo para indicarle, doctor, lo que puede hacer usted si se une al Movimiento de un modo científico y moderno. Este, de la convención sobre la templanza de Des Moines en la que intervine... en fin, tenía delante de mí aquel gran auditorio, lleno hasta los topes, ¡y se pusieron de pie todos cuando les demostré con estadísticas que el noventa y tres por ciento de toda la locura se debe al alcohol! En fin, esto... bueno, no tiene nada que ver con la sanidad, directamente, pero le indicará las posibilidades que tiene usted aquí de establecer contacto con todos los movimientos en pro del bienestar cívico.»

Le mostró un recorte de periódico en el que sobre una caricatura a pluma y tinta, en que se le retrataba con una gran cabeza bigotuda sobre un cuerpo pequeño, se encontraba este titular:

***EL DOCTOR PICKERBAUGH GRAN PROMOTOR DEL CONDADO DE  
EVANGELINE DIRIGE AQUÍ UNA GRAN MANIFESTACIÓN EN PRO DE LA  
ASISTENCIA A LA IGLESIA***

Pickerbaugh examinó el recorte, reflexivamente:

—¡Qué magnífico acto! ¡Aumentamos la asistencia a la iglesia, aquí, un diecisiete por ciento! Ay, doctor, usted fue a Winnemac e hizo su internado en Zenith, ¿verdad? Bueno, entonces esto podría interesarle. Es del Advocate-Times de Zenith, y es de Chum Frink, que, yo creo que estará de acuerdo conmigo, figura con Eddie Guest y Walt Mason entre los más grandes, pues no hay duda de que son los más populares de todos nuestros poetas, lo que demuestra que puede uno apostar siempre por el gusto literario del Público Americano. ¡El bueno del amigo Chum! Eso fue cuando estuve en Zenith para intervenir en la convención nacional de las escuelas dominicales con los congregacionistas (da la casualidad de que yo también soy congregacionista), sobre «La moralidad de una sanidad A1». Y entonces Chum escribió este poema sobre mí.

Zenith da la bienvenida con hurras y besos

a su buen amigo Almus Pickerbaugh,

el médico poeta de pelo en pecho;

de la sanidad firme defensor,  
con bellas palabras y con bellos hechos,  
con cifras y datos y con buen humor,  
¡y es todo un machote por su gran valor!

El exuberante doctor Pickerbaugh se sintió cohibido por unos instantes.

—Tal vez sea poca modestia por mi parte andar enseñando esto. Pero es que cuando leo un poema con la originalidad y el empuje que tiene este, cuando encuentro una auténtica obra maestra de bolsillo como esta, me doy cuenta de que yo no soy un poeta ni mucho menos, por mucho que mis cancioncillas puedan servir para dar ambiente a la Causa de la Salud. Mis pequeñas creaciones literarias pueden enseñar sanidad y poner su granito de arena para salvar miles de vidas valiosas, pero no son literatura, como lo que produce Chum Frink. No, supongo que yo no soy más que un simple científico en un despacho.

«De todos modos, enseguida verá usted cómo uno de estos esfuerzos míos, solo porque provocan una risa saludable y pegan y tienen melodía, puede dorar la píldora y hacer que la gente despreocupada deje de escupir en las aceras, y salga a esos campos de Dios y se llene los pulmones de ozono y lleve una vida auténtica y viril, de pelo en pecho. Tal vez le interesase echar un vistazo al primer número de una revistita semestral que estoy preparando... sé seguro que una serie de directores de periódicos va a citarla para continuar con la buena obra y aumentar al mismo tiempo mi circulación.»

Y entregó a Martin un folleto titulado «Florilegio de Pickerbaugh».

Este Florilegio recomendaba en versos y aforismos la buena salud, las buenas carreteras, los buenos negocios y la norma única de moralidad. El doctor Pickerbaugh respaldaba sus afirmaciones con estadísticas tan impresionantes como las que el reverendo Ira Hinkley había utilizado en otros tiempos en Digamma Pi. Martin se sintió edificado por un ejemplo que mostraba que entre todas las familias divorciadas de Ontario, Tennessee, y Wyoming meridional, en 1912, el asombroso número del 53 por ciento de los maridos bebía como mínimo un vaso de whisky al día.

Antes de que esta advertencia hubiese sido asimilada, Pickerbaugh le arrebató el Florilegio con un juvenil: «Oh, no querrá usted seguir leyendo esta basura mía. Puede echarle un vistazo en otro momento, más tarde. Pero tal vez le interese a usted este segundo volumen de mis recortes, solo como indicio de lo que uno puede hacer».

Martin, al examinar los titulares del álbum de recortes, se dio cuenta de que el doctor Pickerbaugh era mucho más conocido de lo que él había supuesto. Aparecía allí como fundador del primer club Rotario de Iowa; director de la Escuela Dominical

Congregacionista Jonathan Edwards de Nautilus; presidente del Club de Esquí y Excursionismo Mocasín, del Club de Bolos del West Side, y del Club Roosevelt y Alce Macho 1912; organizador y director de un Picnic Conjunto de los Leñadores, Alces, Antas, Masones, Tipos Raros, Turnvereins, Caballeros de Colón, B'nai Brith y la Asociación de Jóvenes Cristianos; y ganador de premios tanto por haber recitado el mayor número de textos bíblicos como por bailar la mejor giga irlandesa en el Sarao de la Luna Llena De la Clase de Biblia para Adultos Jonathan Edwards.

Martin leyó que había hablado en el Club Centro de Nautilus sobre un «Viaje de un médico yanqui por la Vieja Europa» y en la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Mugford sobre «Se busca: un entrenador de fútbol para el viejo Mugford que sea todo un hombre». Pero también había fuera de Nautilus sonoras muestras de su presencia.

Había hablado en la Comida Semanal de la Cámara de Comercio de Toledo sobre «Más salud-más limpieza en los bancos». Había edificado al Consejo Nacional del Tranvía Interurbano, reunido en Wichita, sobre «Máximas sanitarias para usuarios de tranvía». Siete mil seiscientos mecánicos de automóvil de Detroit habían escuchado sus comentarios sobre «Primero salud, segundo seguridad y de alcohol nada de nada». Y en una gran convención en Waterloo había ayudado a organizar el primer regimiento de Iowa de los Minute Men Anti-ron.

Los artículos y editoriales relacionados con él, en periódicos, órganos del gremio y una publicación periódica sobre artículos de goma, iban acompañados de fotografías suyas, de su pechugona esposa y de sus ocho saltarinas hijas, ataviados todos con atuendos invernales canadienses entre nieve y carámbanos, o con modestos pero cómodos y atléticos atuendos jugando al tenis en el patio de atrás, o con atuendos de absolutamente ningún tipo conocido, friendo beicon con un fondo de pinos en Minnesota Norte.

Martin tenía una intensa sensación de que le gustaría salir de allí a recuperarse.

Regresó andando al Sims House. Se daba cuenta de que para un hombre civilizado el hecho de que Pickerbaugh abogase por cualquier reforma sería razón suficiente para ignorarla.

Después de extremar tanto las cosas, Martin se recuperó, se maldijo por lo que consideró su viejo pecado de considerarse superior a la gente normal... Fallo. Deslealtad. En la Facultad de Medicina, en la práctica privada, en su trabajo intimidatorio en la administración sanitaria. ¿Ahora de nuevo?

«Esta vivacidad y esta cordialidad de Pickerbaugh —se urgió— son exactamente lo que hace falta para conseguir hacer llegar hasta la mayoría de la gente los descubrimientos científicos de los Max Gottlieb. ¿Qué me importa todo lo que pueda eructar Pickerbaugh ante convenciones de directores de escuela dominical y otros idiotas, mientras me deje hacer mi trabajo en el laboratorio y en la inspección de la leche?»

Bombeó entusiasmo y entró bastante alegre y confiado en el astroso dormitorio de

hotel de alto techo, donde estaba Leora sentada en una mecedora junto a la ventana.

—¿Qué? —le preguntó.

—Estupendo... me dio una bienvenida magnífica. Y quiere que vayamos a cenar mañana por la noche.

—¿Y cómo es?

—Bueno, terriblemente optimista... expone las cosas... bueno... Oh Leora, ¿voy a ser de nuevo un fracasado asqueroso, agrio, gruñón e impopular?

Tenía la cabeza enterrada en su regazo y se aferraba a su afecto, la única realidad en un mundo de espectros parlantes.

### *III*

Cuando agitaba los arcos debajo de su ventana la brisa que se levantaba al iniciarse el crepúsculo, cuando los cordiales ciudadanos de Nautilus habían regresado a casa a cenar en sus traqueteantes Fords, Leora le había convencido ya de que la exuberancia de Pickerbaugh no interferiría en su trabajo, que de todos modos no se quedarían en Nautilus para siempre, que era un impaciente y que le quería muchísimo. Así que bajaron a cenar, una cena tradicional de Iowa con arepas y muchos platitos que resultaban interesantes después de la forma de cocinar amorosa pero desinformada de Leora, y luego fueron al cine y se cogieron de la mano y no estaban descontentos, la verdad.

Al día siguiente, el doctor Pickerbaugh estaba más ocupado y menos exuberante. Informó a Martin más o menos de los detalles de su trabajo.

Él se había imaginado que, sin tener ya que trajinar con dedos cortados y dolores de oídos, se pasaría los días extasiado en el laboratorio, saliendo de allí solo para combatir a los propietarios de fábricas que no cumplieren las normas sanitarias. Pero se encontró con que era imposible definir su trabajo, salvo que consistía en hacer un poco de todo lo que Pickerbaugh, la prensa o cualquier ciudadano errabundo de Nautilus pudiese pensar que había que hacer.

Tenía que aplacar a votantes volubles que acudían a quejarse de todo, desde el olor a gas mefítico a las fiestas cervecescas de medianoche de los vecinos; tenía que dictar la correspondencia del despacho a la quisquillosa taquígrafa, que no era una Trabajadora sino Una Chica Guapa que Estaba Trabajando; que dar publicidad a los periódicos; que comprar clips y cera para el suelo e impresos informativos a los precios más económicos; que ayudar, en caso necesario, a los dos médicos a tiempo parcial de la clínica de la ciudad; que

dirigir a las enfermeras y a los dos inspectores sanitarios; que reprender a la Empresa de Recogida de Basura; que detener (o al menos reconvenir) a todos los que escupiesen en público; que montarse en un Ford y correr a colocar letreros en casas en las que había enfermedades infecciosas; que vigilar implacable y doctamente todas las epidemias que surgiesen desde Vladivostok a la Patagonia, e impedir (por métodos no muy claramente definidos) que llegasen allí para liquidar a obreros y campesinos e incluso paralizar las actividades mercantiles de Nautilus.

Pero había un pequeño trabajo de laboratorio: las pruebas de las leches, los Wassermanns para médicos privados, la elaboración de vacunas, los caldos de cultivo en posibles casos de difteria.

—Entiendo —dijo Leora, cuando se dirigían a cenar en casa de los Pickerbaugh—. Tu trabajo solo te llevará veintiocho horas al día y el resto del tiempo podrás dedicarlo tranquilamente a la investigación, a menos que alguien te interrumpa.

#### IV

La casa del doctor Almus Pickerbaugh y señora, en el West Side erizado de iglesias, era un Auténtico Hogar a la Antigua. Es decir, una casa de madera con torres, columpios, hamacas, árboles de sombra bastante descuidados, una extensión de césped bastante sarnosa, una pérgola bastante mohosa y un viejo garaje con una hilera de espigones de acero a lo largo del caballete del tejado. Encima de la puerta de entrada decía: Hogar, dulce hogar.

Martin y Leora se adentraron en una confusión de saluciones y de hijas. Las ocho muchachas, desde la linda Orquídea de diecinueve años de edad a las gemelas de cinco, se abalanzaron sobre ellos en una marea de curiosidad amistosa intentando hablar todas a la vez.

La anfitriona era una mujer rellenita con un aire de esperanza afanosa. Su convicción de que todo estaba bien se hallaba siempre luchando con su conocimiento de que gran número de cosas parecía estar muy mal. Besó a Leora mientras Pickerbaugh bombeaba la mano de Martin. Pickerbaugh tenía la costumbre de apretarte con el pulgar en el dorso de la mano, de un modo extraordinariamente cordial y doloroso.

Enseguida pasó a silenciar incluso a sus hijas con un discurso solemne sobre el Nido del Hogar:

—Aquí tienes un ejemplo de Salud en el Hogar. ¡Mira a estas chicas grandes y robustas, Arrowsmith! No han estado enfermas ni un solo día de su vida... prácticamente... y aunque Madre tiene sus migrañas, es algo que debe atribuirse al descuido de su dieta en la

primera etapa de su vida, porque aunque su padre, el viejo diácono, era un caballero excelente y recto y de la vieja escuela además, y hasta amigo de Nathaniel Mugford, al que más que ningún otro debemos no solo la fundación del Colegio Mugford sino también la tradición de integridad y laboriosidad que ha sido la causa de nuestra prosperidad actual... Sin embargo, no tenía ningún conocimiento dietético ni sanitario, y yo siempre he pensado...

Las hijas fueron presentadas como Orquídea, Verbena, Margarita, Junquilla, Hibisca, Narcisa, y las gemelas, Arbuta y Gladiola.

—Supongo —dijo la señora Pickerbaugh, suspirando— que sería terriblemente convencional llamarlas Mis Joyas... Son tan odiosas esas frases convencionales que usa todo el mundo, ¿verdad?... pero eso es lo que son en realidad para su madre, y el doctor y yo hemos deseado a veces... Por supuesto después de que empezamos a ponerles nombres de flores no tuvimos más remedio que seguir haciéndolo, pero si hubiésemos empezado con joyas, piensen en todos los nombres encantadores que podríamos haber utilizado, como Ágata y Camafea y Sardónice y Berila y Topacia y Ópala y Esmeralda y Crisoprasa... ¿Es Crisoprasa, verdad, no Crisálida? Pues, bueno, mucha gente nos ha felicitado por sus nombres tal como son. Las chicas, saben, están haciéndose muy famosas... salen sus fotos en muchos periódicos, y tenemos el Equipo Femenino de Béisbol Pickerbaugh que es todo nuestro... solo que tiene que jugar en él ahora el doctor, porque yo me estoy empezando a poner un poquito gruesa.

Solo se podía diferenciar a las hijas por la edad. Todas ellas eran ruidosas, todas eran rubias, todas guapas, todas entusiastas, todas musicales y no simplemente puras, sino de una limpieza mental clamorosa. Pertenecían todas a la Escuela Dominical Congregacionista y o bien a la Asociación de Jóvenes Cristianas o a las Jóvenes del Fuego de Campamento; les gustaban a todas las excursiones campestres; y todas ellas eran capaces, salvo las gemelas que tenían cinco años, de citar prácticamente sin error las estadísticas más recientes que demostraban los males que causaba el alcohol.

—De hecho —dijo el doctor Pickerbaugh—, nosotros pensamos que son una camada de pollitas muy admirable.

—¡Desde luego que lo son! —dijo Martin con voz vibrante.

—Pero lo mejor de todo es que son capaces de ayudarme a difundir la doctrina de Mens sana in el corpus sano. La señora Pickerbaugh y yo les hemos enseñado a cantar juntas, tanto en casa como públicamente, y como conjunto nos llamamos el Octeto Salucito.

—¿De veras? —dijo Leora, cuando se hizo evidente que Martin había perdido ya la capacidad de hablar.

—Sí, y antes de que el octeto desaparezca tengo la esperanza de popularizar el nombre de Salucita de extremo a extremo de este viejo país, y se verán bandas de jovencitas felices yendo de un lado a otro dedicadas a difundir su alado mensaje por todos

los rincones. ¡Bandas de Salucitas! ¡Bellas y de corazón puro y entusiastas y buenas jugadoras de baloncesto! ¡Ellas harán que muevan las zancas los perezosos y los obstinados, se lo aseguro! ¡Ellas inducirán a la decencia a los hígados sucios y a las bocas sucias de los malhablados! He preparado ya un poema-consigna para las Bandas de Salucitas. ¿Les gustaría oírlo?

*La feminidad joven y atractiva con una sonrisa acude a salvar*

*a bebedores, escupidores y jugadores que ignoran que hacen mal.*

*Padres y maestros nos han enseñado la vida sana a defender,*

*y contra los malvados que prefieren el mal lucharemos también.*

*De los malos hábitos les apartaremos, ¡podéis apostar!*

*¡Somos Salucitas así que cuidado, señor Haragán!*

—Pero por supuesto una Causa aún más importante es... y yo fui uno de los primeros en abogar por ello... que haya un ministro de salud y eugenesia en el Gobierno de Washington...

La marea de esta disertación discurría a lo largo de una cena estupenda. Con un cordial: «Tonterías, tonterías, hombre, por supuesto que quiere usted repetir... ¡esta es la Casa de la Hospitalidad!», Pickerbaugh atracó tanto a Martin y a Leora con pato asado, batatas escarchadas y pastel de frutas que se pusieron peligrosamente malos y tenían los ojos vidriosos. Pero el propio Pickerbaugh no parecía afectado. Seguía discursando mientras pinchaba y zampaba, hasta que el comedor, con su viejo aparador de nogal, sus cuadros de Cristo de Hoffmann y sus cuadros de Remington de vaqueros, parecieron esfumarse, colocándole sobre un estrado junto a una jarra de agua con hielo.

No siempre era meramente fantástico. «Doctor Arrowsmith, le aseguro que somos hombres afortunados por poder ganarnos la vida haciendo honradamente todo lo posible por conseguir que la gente de una ciudad de pelo en pecho, como es esta, se encuentre bien y llena de vitalidad. Yo podría estar sacando de ocho a diez mil al año en la práctica privada, y me han dicho que podría ganar aún más en el arte de la publicidad, sin embargo, me alegro, y mis seres queridos se alegran conmigo, de ganar un sueldo de solo cuatro mil. ¡Piense lo que es hacer un trabajo en el que lo único que hemos de vender es honradez y decencia y la hermandad del hombre!»

Martin se daba cuenta de que Pickerbaugh sentía de verdad lo que decía, y la vergüenza que le causaba eso le impedía levantarse rápidamente, coger a Leora y subir los



dos al primer tren de carga que saliera de Nautilus.

Después de cenar, las hijas más pequeñas se lanzaron a Leora, en enjambres. Martin tuvo que poner a las gemelas en sus rodillas y contarles un cuento. Eran unas gemelas notablemente pesadas, pero no más que la tarea de inventar una trama. Antes de que se fuesen a la cama, todo el Octeto Salucito cantó el famoso «Himno a la salud» (escrito por el doctor Almus Pickerbaugh) que Martin habría de oír en muchas alegres y activas celebraciones públicas en Nautilus. Estaba adaptado a la melodía de «El himno de combate de la República», pero como las voces de las gemelas eran enérgicas y extraordinariamente agudas, tenía un aire absolutamente propio:

¿Por qué hemos de luchar,  
por la felicidad o por el vil metal?  
La bandera de la patria exige  
la salud de todos defender,  
la mente cultivar,  
limpias las calles mantener  
y por la higiene de la nación velar.  
Por esa causa lucharemos.  
Con una mente sana y con el cuerpo limpio,  
con una mente sana y con el cuerpo limpio,  
con una mente sana y con el cuerpo limpio.  
La consigna de todos y la de cada uno.

Luego, de despedida, antes de irse a la cama, las gemelas recitaron, como habían hecho recientemente en el Festival Congregacionista, una de las piezas líricas menores de su padre:

¿Qué dice ese pajarito

en la ventana al romper el día?

«¡Hurra por la salud en Nautilus,

la de papá y mamá y de todos y la mía,

hurra hurra hurra!»

—¡Bueno, palomitas mías, ahora hay que irse a la cama! —dijo la señora Pickerbaugh—. ¿No le parece a usted, señora Arrowsmith, que son actrices natas? No tienen ningún miedo a ningún público, y hay que ver cómo se entregan a ello... tal vez no en Broadway, pero en los teatros más refinados de Nueva York estoy segura que allí les encantarían, y tal vez nos hayan sido enviadas para elevar el nivel del teatro. Ahora vamos arriba.

Durante su ausencia, las otras interpretaron un breve programa musical.

Verbena, la segunda de ellas, interpretó una pieza de Chaminade. («Por supuesto a todos nos encanta la música, y popularizarla entre los vecinos, pero Verby tal vez sea el único auténtico talento musical de la familia.») El número inesperado, sin embargo, fue el solo de cornetín de Orquídea.

Martin no se atrevía a mirar a Leora. No era que mirase con superioridad despectiva los solos de cornetín, porque en Elk Mills, Wheatsylvania y sectores sorprendentemente grandes de Zenith, los solos de cornetín los hacían las mujeres más virtuosas. Pero tenía la sensación de llevar ya docenas de años en un manicomio.

«Nunca en mi vida he estado tan borracho. Ojalá pudiese echar un trago que me hiciera sentirme un poco más sobrio», pensaba angustiado. Elaboró planes histéricos y completamente inviables de fuga. Luego, la señora Pickerbaugh, tras regresar de unas gemelas aún audibles, se sentó al arpa.

Mientras tocaba, mustia y gorda, cayó en un gran ensueño, y de pronto Martin tuvo una imagen de ella como una jovencita alegre, buena y dulce que había admirado al joven y dinámico estudiante de medicina Almus Pickerbaugh. Debía de haber sido una auténtica chica de finales de los 80 y principios de los 90, los tiempos ingenuos e idílicos de Howells, cuando los jóvenes eran puros, cuando jugaban al *cróquet* y cantaban *Swanee River*; una chica que se sentaba en el porche de la casa embelesada con la dulzura de las lilas y que albergaba la esperanza de que cuando Almus y ella estuviesen casados tendrían una cocina niquelada con horno automático y un hijo que se convertiría en un misionero o en un millonario.

Martin consiguió poner un poco de cordialidad respetable en su «eso me gustó mucho» por primera vez en aquella noche. Se sintió victorioso y recuperado en cierto modo

de su debilidad. Pero la orgía no había hecho más que empezar.

Hubo después juegos de palabras, que Martin odiaba y que a Leora se le daban francamente mal. Representaron pantomimas, en las que Pickerbaugh estuvo tremendo. La visión de él en el suelo con el abrigo de piel de su esposa siendo una foca en un témpano de hielo fue algo incomparable. Luego Martin, Orquídea e Hibisca (doce años de edad) tuvieron que representar una pantomima y hubo complicaciones.

Orquídea estaba llena de simples afectos, de sonrisas y palmaditas y saltitos, lo mismo que sus hermanas más pequeñas, pero tenía diecinueve años y no era del todo una niña. Era, sin duda, tan mentalmente pura y tan devota de las Novelas Sanas y Limpias como afirmaba el doctor Pickerbaugh, y lo afirmaba con frecuencia, pero no le pasaban desapercibidos por ello los hombres jóvenes, aunque estuviesen casados.

Ella planeó representar la palabra «triste», con un mendigo pidiendo una limosna, y un cuenco lleno de maíz.<sup>[7]</sup> Cuando subían al piso de arriba a vestirse, cogió por el brazo a Martin, retozando a su lado, y murmuró: «Oh, doctor, estoy tan contenta de que papi le tenga por ayudante... alguien joven y bien parecido como usted. Oh, ¿he dicho algo que no estaba bien? Pero lo digo en serio: parece usted tan atlético, además, y el otro subdirector... no le cuente a papi que lo he dicho, pero ¡era un viejo chiflado!».

A Martin no podían pasarle desapercibidos sus ojos de color castaño y unos labios virginales sin sombra. Cuando Orquídea se puso su indumentaria de mendigo agradablemente suelta, cobró conciencia también de unos tobillos y unos pechos jóvenes. Ella le sonrió, como alguien que le conociese desde hacía mucho tiempo, y dijo lealmente: «¡Les impresionaremos! ¡Sé que es usted un actor estupendo».

Al bajar las escaleras, como Orquídea no le cogía del brazo, la cogió él a ella del suyo, y lo apretó ligeramente y se sintió alarmado y lo soltó con énfasis.

Desde que se había casado, se había sentido tan centrado en Leora, como amante, como compañera, como ayuda, que hasta aquel momento su aventura más devastadora había sido una mirada a una chica guapa en un tren. Pero la rumorosa alegría juvenil de Orquídea le perturbaba. Quería librarse de ella y tenía la esperanza de que no pudiese librarse por completo, y por primera vez en muchos años tuvo miedo a los ojos de Leora.

Hubo luego hazañas acrobáticas, y un protagonismo considerable de Orquídea, que no llevaba sostén, que amaba el baile y que alabó las hazañas de Martin en el juego de «Seguir al Jefe».

Todas las hijas salvo Orquídea fueron enviadas a la cama, y el resto de la fiesta consistió en lo que Pickerbaugh llamó «una pequeña conversación científica tranquila al lado de la chimenea», compuesta por sus comentarios sobre buenas carreteras, sanidad rural, los Ideales en la política y los métodos de archivar cartas en los departamentos de sanidad. A lo largo de esa plácida hora, o tal vez llegase a ser hora y media, Martin vio que Orquídea se fijaba en su pelo, su mandíbula, sus manos, y pensó, y desechó el pensamiento,

y volvió a pensarlo de nuevo, en lo grato e inocente que había sido coger su manita amistosa.

Vio también que Leora estaba observándoles a los dos, y eso le hizo sufrir mucho, y no sacó prácticamente ningún provecho de las explicaciones de Pickerbaugh sobre el valor de los desinfectantes. Cuando Pickerbaugh predijo para Nautilus, en quince años, un departamento de sanidad tres veces mayor, con muchos médicos en la facultad y en la clínica a jornada completa y posiblemente Martin como director (el propio Pickerbaugh habría pasado a desempeñar misteriosas e interesantes actividades a un nivel superior), Martin se limitó a croar: «Sí, eso sería... sería estupendo», mientras se decía: «Maldita muchacha, ojalá no se hubiese fijado tanto en mí».

A las ocho y media se había imaginado su huida como el éxtasis más elevado de su vida; a las doce se despidió con nerviosa vacilación.

Regresaron andando al hotel. Martin, libre de la visión de Orquídea y estimulado por el fresco de la noche, se olvidó de ella y volvió otra vez al problema de su trabajo en Nautilus.

—Dios mío, no sé si voy a ser capaz de hacerlo. Trabajar a las órdenes de ese majadero, con esas cosas estúpidas que dice sobre los que beben...

—No eran tan estúpidas —protestó Leora.

—¿No? Vamos, probablemente sea el peor poeta que haya existido jamás, y desde luego de epidemiología no tiene la más remota idea. Y eso que dijo de... ¿cómo le llamaba Cliff Clawson?... Por cierto, me pregunto qué habrá sido de Cliff; no sabemos nada de él desde hace un par de años... Lo que dijo de la «domesticidad cristiana avasalladora»... Oh, busquemos un bar donde tengan alcohol ilegal y sentémonos allí con los demás tranquilos y buenos delincuentes.

—A mí sus poesías me parecieron muy bonitas —insistió ella.

—¡Bonitas! ¡Vaya palabra!

—¡Pues no es peor que las palabrotas que usas tú siempre! Pero el aullido de cornetín de esa horrible hija mayor... ¡Uf!

—Qué dices, tocaba bien.

—Martin, el cornetín es la clase de instrumento que tocaría mi hermano. ¡Y tú te haces el superior con las poesías del doctor y conmigo porque digo que me parecen «bonitas»! ¡Eres igual de palurdo que yo, o tal vez más!

—Vaya, Leora, ¡es la primera vez que te veo enfadada! Y no puedo entender por qué das tanta importancia a... Mira, un hombre como Pickerbaugh hace que todo el trabajo

de sanidad pública resulte sencillamente ridículo por el circo que organiza y por su ignorancia. Si él me dijese que el aire fresco es una cosa buena, en vez de hacerme abrir las ventanas a mí y a cualquier persona razonable, nos haría cerrarlas. Y utilizar la palabra «ciencia» en esos versillos chistosos macarrónicos o como quieras llamarlos... ¡es un sacrilegio!

—Bueno, si quieres saber la verdad, Martin Arrowsmith, ¡no aguantaré más esos juguetes con esa tal Orquídea! La estabas prácticamente abrazando cuando bajabais por las escaleras, y luego ¡toda la noche mirándola de aquel modo! No me importa que digas palabrotas ni que seas un gruñón ni incluso que te emborraches, dentro de lo razonable, claro, pero desde aquella comida en que nos dijiste, a mí y a aquella tal Fox: «Espero que no os importe chicas, pero acabo de acordarme de que estoy comprometido con vosotras dos»... desde entonces tú eres mío, y no permitiré que haya ninguna intrusa. Soy una cavernícola, y será mejor que no lo olvides, y en cuanto a esa Orquídea, con su sonrisa tonta y con las palmaditas que te daba en el brazo y con esos pies enormes y ridículos que tiene... ¡Orquídea! ¡Ella no es ninguna orquídea! ¡Es una planta carnívora!

—Pero qué dices, si ni siquiera me acuerdo cuál de las ocho era.

—¡Ya! Entonces es que estabas haciéndoles el amor a todas ellas, por eso no te acuerdas. ¡Maldita sea! Bueno, no voy a seguir hablando del asunto. Solo quiero avisarte, eso es todo.

En el hotel, después de renunciar al intento de encontrar un medio breve, jovial y convincente de prometer que nunca flirtearía con Orquídea, Martin tartamudeó: «Si no te importa, creo que bajaré a dar una vuelta. Tengo que pensar en este asunto del departamento de sanidad».

Se sentó en el despacho del Sims House... resultaba singularmente deprimente, después de medianoche, y singularmente fétido.

«¡Ese idiota de Pickerbaugh! Ojalá le hubiesen explicado claramente que casi no sabemos nada sobre la epidemiología de la tuberculosis, por ejemplo.

»De todos modos, ella es una chiquilla encantadora. ¡Orquídea! Es como una orquídea... no, es demasiado saludable. Sería una gran chica para ir de caza con ella. Dulce. Y actúa como si yo fuese de su edad, no un viejo médico. Seré bueno, eh, seré bueno, pero... me gustaría besarla una vez, ¡Dios! Le gusto. Aquellos lindos labios, como... ¡como capullos de rosa!

»Pobre Leora. La mayor sorpresa de mi vida. Celosa. Bueno, ¡tiene derecho a serlo! Ninguna mujer ha apoyado tanto a un hombre como... ¡Lee, querida, es que no te das cuenta, idiota, que aunque me escapase a la vuelta de la esquina con diecisiete millones de Orquídeas, te amaría siempre a ti y solo a ti!

»No me siento capaz de andar por ahí cantando ese material del Octeto Salucito

Calzoneto. Ni siquiera en el caso de que instruyese a la gente, cosa que no hace. Casi sería mejor dejarles morir que tener que vivir y escuchar a...

»Leora dijo que yo era un palurdo. Déjame que te diga, jovencita, que da la casualidad de que soy un licenciado y tienes que recordar la clase de libros que te estaba leyendo este palurdo el invierno pasado, incluso Henry James y todos los demás y... Bueno, ella tiene razón. Lo soy. Sé hacer pipetas y agar-agar... pero aún así quiero viajar algún día como Sondelius...

»¡Sondelius! Si fuese para él para el que estuviese trabajando, en vez de Pickerbaugh, sería su esclavo...

»¿O también él suelta gansadas?

»Bueno, eso es precisamente lo que me fastidia. Ese tipo de frase. ¡Suelta gansadas! ¡Qué horror!

»¡Demonios! ¡Utilizaré cualquier tipo de frase que me dé la gana! No soy uno de esos escaladores sociales como Angus. Sondelius, por ejemplo, hay que ver las palabrotas que suelta, y sin embargo está acostumbrado a todos esos grandes intelectuales...

»Y estaré tan ocupado aquí en Nautilus que ni siquiera podré seguir leyendo. De todos modos... no creo que ellos lean mucho, pero debe de haber unos cuantos de esos hombres ricos que saben de buenas casas. Ropa. Teatros. Esas cosas.

»¡Demonios!»

Se acercó hasta un restaurante nocturno, donde tomó lúgubrementemente café. A su lado, sentado en el largo mostrador que servía de mesa, bajo la noble ventana de cristal rojo con un retrato de George Washington, había un policía que, sin dejar de masticar su emparedado de hamburguesa, le preguntó:

—Oiga, ¿no es usted ese médico nuevo que ha venido a ayudar a Pickerbaugh? Le he visto en el ayuntamiento.

—Sí. Oiga, dígame, ¿se quiere a Pickerbaugh en la ciudad? ¿Le cae bien a usted? Dígamelo sinceramente, porque estoy empezando y... bueno... oriénteme.

El policía, con la cuchara sujeta dentro de la taza por un robusto pulgar, tomó un trago de café y proclamó, mientras el grasiento y amistoso cocinero del restaurante cabeceaba indicando su conformidad:

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, verá, da muchas voces, pero es un tipo con mucho cerebro. No hay duda de que puede darle al inglés de la reina de primera y ¿ha oído usted alguno de sus poemas? Son la mar de buenos. Le diré: algunos dicen que se pasa un poco con lo de tanto cantar y bailar, pero tal como veo yo las cosas, es cierto que para usted

o para mí, doctor, bastaría con que controlase lo de la leche y la basura y lo de los dientes de los críos. Pero es que hay un montón de zoquetes extranjeros, ignorantes y descuidados, que necesitan que se les anime a utilizar la calabaza en ese asunto de la salud, para que no se dediquen a enfermar con un montón de esas enfermedades infecciosas y a contagiárnoslas a los demás, y créame, ¡el bueno del doctor Pickerbaugh sabe muy bien lo que hay que hacer para meterles eso en la cabeza a los macarronis!

«Sí señor, es toda una cotorra... no se está callado como una almeja como hacen algunos de esos médicos. Mire, por ejemplo, se presentó un día en la merienda que hacemos por san Patricio, aunque es un sucio protestante, y él y el padre Costello charlaron como dos viejos amigos, y, oiga usted, no va y se atreve el tío a luchar con un individuo al que le doblaba la edad, y encima estuvo a punto de derribarlo, sí señor, y tanto que sí, desde luego le dio a aquel jovencito mucha guerra. A nosotros los de la policía nos cae bien a todos, y eso que nos hace trabajar, porque viene y nos larga un montón de tareas sanitarias que no tendríamos por ley que hacer, sabe usted, pero como nos lo dice haciéndonos reír en vez de dedicarse a dar un montón de órdenes tontas... Puede apostar que sí, que es buena gente. Un tipo legal.»

—Ya veo —dijo Martin, y mientras volvía al hotel cavilaba:

«Pero piensa lo que diría de él Gottlieb.

»¡Maldito Gottlieb! ¡Maldito todo el mundo excepto Leora!

»No estoy dispuesto a fracasar aquí como fracasé en Wheatsylvania.

»Algún día Pickerbaugh conseguirá un trabajo más importante... ¡Uf! ¡Es precisamente el tipo de fanfarrón jovial que ascenderá! Pero de todos modos, por entonces habré tenido ya experiencia y tal vez consiga organizar aquí un departamento de sanidad como es debido.

»Orquídea dijo que iríamos este invierno a patinar...

»¡Maldita Orquídea!»

## CAPÍTULO 20

Martin encontró en el doctor Pickerbaugh un jefe generoso. Quería que Martin inventase Causas y Movimientos propios y los propagase. Sus conocimientos científicos eran bastante más escasos que los de las enfermeras del servicio externo, pero era poco celoso y solo exigía a Martin la fe en que un desplazamiento rápido y ruidoso de un lugar a otro es el medio (y posiblemente el fin) del progreso.

Martin y Leora encontraron un segundo piso en una casa de dos en Cerro Social, que no es un cerro sino una ligera elevación en la llanura. Había una afabilidad sencilla en aquellas extensiones de césped continuas, aquellas calles amplias sombreadas por arcos, y era gozoso verse libres de las murmuraciones acechantes de Wheatsylvania.

Y no tardaron en verse cortejados por la Buena Sociedad de Nautilus.

Unos cuantos días después de su llegada Martin fue convocado al teléfono para oír por él una áspera voz masculina que decía:

—Hola. ¿Martin? ¡Apuesto a que no te puedes imaginar quién soy!

Martin, que estaba muy ocupado, reprimió el deseo de decir: «Tú ganas... ¡adiós!». Y murmuró, con la cordialidad correspondiente a un nuevo subdirector:

—No, me temo que no.

—Anda, prueba a ver.

—Oh... ¿Cliff Clawson?

—Ca. Bueno, veo que estas en forma. ¡En fin, esta vez te he ganado! ¡Adelante! ¡Inténtalo de nuevo!

La taquígrafa estaba esperando para que le dictara unas cartas y Martin aún no había aprendido a mantenerse impersonal e indiferente en su presencia. Dijo con una acritud perceptible:

—Bueno, imagino que debe de ser el presidente Wilson. Mire...

—¡Pero, Mart, soy Irve Watters! ¡Qué me dices a eso!

Al parecer, el bromista pretendía divertirse más, y a Martin le llevó diez segundos



recordar quién podría ser Irving Watters. Finalmente lo consiguió: Watters, el estudiante de medicina terriblemente normal cuya fe en lo bueno, lo verdadero, lo provechoso, tanto le había fastidiado en Digamma Pi. Hizo su respuesta tan cordial como pudo:

—Vaya, vaya, ¿Qué estás haciendo aquí, Irve?

—Bueno, estoy instalado aquí. Llevo aquí desde el internado. Y tengo además un pequeño consultorio que me va muy bien. Mira, Mart, la señora Watters y yo queremos que tú y tu esposa... creo que estás casado, ¿no?... vengáis a casa a cenar, mañana por la noche. Te pondré al corriente de todas las cosas de aquí.

El pánico al padrinazgo de Watters permitió a Martin mentir vigorosamente:

—Lo siento muchísimo... muchísimo... tengo un compromiso para mañana por la noche y para la noche siguiente.

—Entonces ven a comer conmigo mañana en el Club de los Alces, y tú y tu esposa os venís a comer con nosotros el domingo a mediodía.

—No creo que pueda ir a comer contigo —dijo con desesperación—, pero... Bueno, comeremos con vosotros el domingo.

Es una de las grandes tragedias de este mundo el que no haya nada más desagradable que el afecto cordial de los Viejos Amigos que nunca fueron amigos. La suposición de que era una desgracia verse asediado allí por Watters no se vio desmentida cuando Leora y él aparecieron de mala gana en su casa el domingo, a la una y media, y se sintió arrastrado de nuevo en un arrebato de Vieja Amistad a los tiempos de Digamma Pi.

La casa de Watters era nueva y estaba amueblada con ese estilo que se caracteriza por la abundancia de espacio empotrado y de cristal emplomado. Él, con tres años de práctica, era ya pedagógico y estaba increíblemente casado; había ganado peso e infalibilidad; y había aprendido muchas cosas nuevas con las que resultar pesado. Como se había graduado un año antes que Martin y se había casado con una mujer casi rica, se mostraba bueno y hospitalario, con un énfasis que despertaba impulsos homicidas. Su conversación era una serie de máximas y admoniciones:

—Si estás en el Departamento de Sanidad Pública un par de años y procuras conocer a la gente adecuada, podrás establecerte aquí y contar pronto con una clientela muy lucrativa. Es una ciudad magnífica... próspera... muy pocos granujas que no paguen.

«Tienes que ingresar en el club de campo y jugar al golf. Es la mejor oportunidad del mundo para conocer a los ciudadanos respetables. Yo he conseguido más de un paciente de clase alta allí.

»Pickerbaugh es un hombre bueno y activo y magnífico como propagandista, pero tiene una mala tendencia socialista. En esas clínicas... es una vergüenza... ¡va gente a ellas

que puede permitirse pagar! Pauperizan a las personas. Bueno, esto a ti puede que te moleste... en fin, tenías aquellas ideas tan raras cuando estabas en la facultad, pero bueno ¡tú no eres el único que piensa algo por su cuenta!... Yo a veces creo que sería mejor para la situación sanitaria general que no hubiese departamentos de sanidad pública, ninguno, porque hacen que la gente coja la costumbre de ir a clínicas gratuitas en vez de ir a médicos privados, con lo que reducen las ganancias de los médicos y reducen su número, y claro luego somos menos los que andamos vigilando las enfermedades.

»Supongo que a estas alturas habrás superado ya aquellas ideas raras que tenías sobre lo de ser práctico... «Comercialismo» solías llamarlo tú. Ya te habrás dado cuenta de que hay que mantener a tu mujer y a la familia, y que si no lo haces tú nadie lo va a hacer por ti.

»Siempre que quieras saber algo sobre gente de aquí, no tienes más que venir a verme. Pickerbaugh es un chiflado... él no te dará la información que hace falta... la gente a la que necesitas conocer es a los hombres de negocios, gente buena, sólida, conservadora, que ha triunfado en la vida.»

Luego le tocó el turno a la señora Watters. Estaba bien provista de consejos, siendo como era la hija de un próspero empresario, nada menos que el señor S. A. Peaseley, fabricante de la Esparcidora de Estiércol Margarita.

—¿No tenéis ningún hijo? —le dijo quejumbrosamente a Leora—. ¡Oh, tenéis que tenerlos! Irving y yo tenemos dos, y no sabes qué interesantes son para nosotros, y nos mantienen tan jóvenes.

Martin y Leora se miraron lastimeramente.

Después de cenar, Irving insistió en que recordaran los «buenos tiempos que pasábamos juntos en nuestra vieja y querida *uni*». No aceptó ninguna negativa. «Tú siempre querías hacer pensar a la gente que eras un excéntrico, Mart. Fingías que no sentías ningún patriotismo por la universidad, pero yo sé que no era así, sé que estabas fingiendo, presumiendo, tú admirabas nuestra vieja *uni* y a nuestros profesores tanto como todos los demás. ¡Puede que yo te conozca mejor de lo que tú mismo te conoces! Vamos, venga; lancemos un gran viva y cantemos: «Winnemac, Madre de Hombres Fuertes».

Y, «no seas tonto; por supuesto que vas a cantar», dijo la señora Watters, dirigiéndose al piano, que manejaba de manera muy firme.

Después de pasar educadamente por el pollo frito y el helado de corte, por las máximas, los alegres gorjeos y los recuerdos, Martin y Leora se fueron y hablaron de la experiencia:

—Pickerbaugh debe de ser un santo, si Watters se mete así con él. Estoy empezando a creer que tiene suficiente sentido para meterse bajo techado cuando llueve.

En su común desdicha se olvidaron de que habían estado discutiendo por causa de una chica llamada Orquídea.

## II

Entre Pickerbaugh e Irving Watters arrastraron a Martin a muchas de las asociaciones, clubs, logias y «causas» que proliferaban en Nautilus; desde la Cámara de Comercio al Club de Esquí y Excursionismo Mocasín, el Club de los Alces, los Tipos Raros y la Asociación Médica del Condado de Evangeline. Se resistió, pero ellos le dijeron en un tono elevado y ofendido que si iba a ser un funcionario público y apreciaba en algo sus deseos de que fuera bienvenido no le quedaba más remedio.

Leora y él se encontraron con tantas invitaciones que ellos, que habían deplorado el aburrimiento de Wheatsylvania, se quejaban ahora de que no podían pasar ninguna velada tranquila en casa. Pero cayeron en el hábito de la desenvoltura social, de vestirse para salir, de ir a los sitios sin experimentar ninguna expectación nerviosa. Modernizaron su forma pueblerina de bailar; aprendieron a jugar al *bridge* bastante mal y al tenis bastante bien; y Martin, no por virtud y heroísmo sino por simple hábito, dejó de aborrecer el gorjeo de la conversación trivial.

Probablemente no fuesen nunca identificados por sus anfitriones como piratas, sino considerados una Joven Pareja Alegre que, dado que eran protegidos de Pickerbaugh, debían de ser entusiastas y progresistas, y que, puesto que los patrocinaban Irving y la señora Watters, debían de ser respetables.

Watters se hizo cargo de ellos y no les soltaba. Tenía una corteza gruesa y le resultaba imposible entender que los frecuentes rechazos de Martin a sus invitaciones pudiesen quizás significar que no deseaba acudir a ellas. Detectaba rastros de heterodoxia en Martin y, con afecto, diligencia y un humor extraordinariamente pesado, se entregaba a la tarea de su salvación. Le gustaba divertir a menudo a sus invitados instándole a hablar con: «¡Bueno, Mart, ven y cuéntanos alguna de esas ideas locas tuyas!».

Su celo amistoso no era nada comparado con el de su esposa. La señora Watters había sido educada por su padre y por su marido para creer que ella era el fruto final de los siglos, y se dedicaba a corregir la barbarie de los Arrowsmith. Reprendía a Martin por sus palabras gruesas, a Leora por fumar y a ambos por su modo de jugar al *bridge*. Pero nunca acosaba. Acosar habría sido admitir que podía haber personas que no reconociesen su soberanía. Ella se limitaba a dar órdenes, breves, con humor e introducidas con un estridente: «No seas tonto», y esperaba que eso resolviese el asunto.

—Oh, señor —gruñó Martin—, entre Pickerbaugh e Irve es más fácil convertirse en un miembro respetable de la sociedad que seguir luchando.

Pero Watters y Pickerbaugh no eran una compulsión tan grande hacia la respetabilidad como los encantos de encontrarse con que se le escuchaba en Nautilus como nunca se le había escuchado en Wheatsylvania, y de verse admirado por Orquídea.

### III

Martin había estado buscando un test de precipitación para el diagnóstico de la sífilis que fuese más rápido y más simple que el Wassermann. Sus dedos debilitados y su mente oxidada estaban acostumbrándose al laboratorio y a las hipótesis apasionadas cuando hubo de dejarlo todo para ayudar a Pickerbaugh a asegurar publicidad. Se vio forzado a pronunciar su primer discurso: una charla sobre «Lo que enseña el laboratorio sobre las epidemias», para el Curso de Conferencias Gratuito de los Domingos por la Tarde de la Iglesia Universalista de la Estrella de la Esperanza.

Le puso nervioso la tarea de preparar sus notas, y la mañana de la charla sentía escalofríos cada vez que se acordaba de la cosa terrible que tendría que hacer aquel día, pero cuando se presentó en la iglesia de Estrella de la Esperanza estaba ya desesperado.

Había un montón de gente allí; gente madura, responsable. Tembló: «¡Vienen a oírme a *mí* y yo no tengo maldita cosa que decirles!». Le hacía sentirse más ridículo aún el que los que supuestamente deseaban escucharle no reparasen en su presencia, y que el acomodador, que estrechaba manos profusamente en el pórtico bizantino, le chillase: «Encontrará usted sitio suficiente en los pasillos laterales, joven».

—Yo soy el conferenciante de la tarde.

—Oh, oh, sí, oh, sí, doctor. Vaya usted por la entrada de la calle Bevis, por favor, doctor.

En el locutorio fue empalagosamente recibido por el pastor y un comité de tres personas, todas trajeadas y con modales de intelectualidad cristiana.

Le estrecharon la mano uno tras otro, llevaron mujeres susurrantes a que le conocieran, y le rodearon en un círculo cortés y gorjeante y esperaron con desaliento a que él dijese algo inteligente. Luego, sufriendo, con un miedo espectral, mudo, fue conducido a través de una entrada abovedada hasta el auditorio. Millones de rostros miraban fijamente su insignificancia apologética... rostros en las líneas curvadas de bancos, rostros en el palco bajo, ojos que le seguían y dudaban de él y se daban cuenta de que le flaqueaban las piernas.

El calvario aumentó mientras le rezaban y le cantaban.

El pastor y el director laico del Curso de Conferencias iniciaron el acto con las devociones correspondientes. Mientras Martin temblaba e intentaba mirar audazmente a la masa de gente que le miraba a él, mientras estaba allí sentado desnudo y expuesto y desvalido en el estrado, el pastor anunció la cena misionera del viernes y el club procesional de jovencitas. Cantaron unos cuantos himnos breves y alegres (mientras Martin se preguntaba si debía estar sentado o de pie) y el director rezó porque «nuestro amigo que nos hablará hoy pueda tener el poder de transmitir su mensaje». Martin permaneció durante la oración con la frente apoyada en la mano, sintiéndose un imbécil, y clamando furioso: «Supongo que esta es la actitud apropiada... están todos mirándome con la boca abierta... demonios, ¿no va a acabar nunca?... oh, maldita sea, ¿qué era aquello que iba a decir sobre la fumigación?... Oh, Señor, ¡está acabando y tengo que empezar yo!».

Sin saber cómo estaba de pie ante la mesa de lectura, utilizándola como apoyo, y su voz parecía estar en marcha, emitiendo palabras razonables. La masa indiferenciada de rostros se aclaró y pasó a ver individuos. Eligió a un anciano atento e intentó hacerle reír y maravillarle.

Encontró a Leora, hacia el fondo del local, asintiendo, tranquilizándole, dándole seguridad. Se atrevió a apartar la vista del sendero de rostros que quedaban directamente delante de él. Miró hacia el palco...

El público veía a un joven que hablaba con entusiasmo sobre sueros y vacunas pero, mientras su voz seguía ronroneando, aquel joven devoto había fijado la vista en dos sedosos tobillos que destacaban en la primera fila del palco; había descubierto que pertenecían a Orquídea Pickerbaugh y que ella estaba irradiando hacia él admiración.

Al final Martin recibió los aplausos más entusiastas de este mundo (todos los conferenciantes, después de todas las conferencias, son gratificados con ese género de aplausos) y el director dijo las cosas más halagadoras que se hubiesen dicho jamás, y el público salió de allí a la velocidad más notable que se hubiese visto, y Martin se encontró con la mano de Orquídea en la suya en el locutorio y ella parlotando, con una voz que era la más adorable que se hubiese escuchado jamás: «¡Oh, doctor Arrowsmith, estuvo usted maravilloso! ¡La mayoría de estos conferenciantes son unos vejestorios, pero usted lo hizo muy bien! Voy corriendo a casa a contárselo a papá. ¡Va a alegrarse tanto!».

Solo cuando se fue pudo darse cuenta de que Leora se había abierto camino también hasta el locutorio y estaba mirándole como una esposa.

Cuando volvían andando a casa, Leora se mantenía elocuentemente silenciosa.

—Bueno, ¿te gustó mi discurso? —dijo él, tras un tiempo adecuado de espera indignada.

—Sí, no estuvo mal. Debe de haber sido muy duro tener que hablar para toda aquella gente tan estúpida.

—¿Estúpida? ¿Qué quieres decir con «estúpida»? Me trataron espléndidamente. Fueron muy amables.

—¿De veras? Bueno, en fin, gracias a Dios no tendrás que seguir con esta cháchara estúpida. A Pickerbaugh le gusta demasiado oírse hablar para dejar que lo hagas tú demasiado a menudo.

—No me importó. La verdad es que, no sé, pero creo que es una cosa buena tener que expresarse uno públicamente de vez en cuando. Te hace pensar con más lucidez.

—¡Como por ejemplo los maravillosos, encantadores y lúcidos políticos!

—¡Oye, Lee, escucha! Por supuesto que es cosa sabida que tu marido es un idiota, y que no sirve para nada fuera del laboratorio, pero yo creo que podrías  *fingir*  que sientes un poquito de entusiasmo la primera vez que habla en público... la primera vez que pronuncia una conferencia... y más cuando han ido tan bien las cosas.

—Qué dices, tonto, estaba entusiasmada. Aplaudí un montón. Me pareciste muy listo. Es solo que... Hay otras cosas que creo que puedes hacer mejor. ¿Qué plan tenemos esta noche, tomamos algo frío en casa o vamos a la cafetería?

Se vio así reducido de héroe a marido, y gozó de todos los placeres del desafecto.

Pensó durante toda la semana en sus indignidades, pero con la llegada del invierno hubo una fiebre de comidas insulsamente alegres y de bridge inofensivamente audaz y su primera noche en casa, su primera oportunidad de una discusión cómoda y segura, fue un viernes. Se sentaron para lo que él anunció como «volver a alguna lectura de verdad, como fisiología y un poco de ese Arnold Bennett... una lectura agradable y tranquila», pero que consistió en ponerse al día sobre las nuevas noticias de las publicaciones médicas.

Martin estaba inquieto. Posó la revista. Preguntó:

—¿Qué vas a ponerte mañana para la excursión a la nieve de los Pickerbaugh?

—Oh, no sé... ya encontraré algo.

—Lee, quiero preguntarte una cosa: ¿Por qué demonios dijiste que hablé demasiado anoche en casa del doctor Strafford? Sé que tengo la mayoría de los defectos de este mundo, pero no sabía que hablar demasiado fuese uno de ellos.

—No lo ha sido, hasta ahora.

—¡Hasta ahora!

—¡Mira una cosa, Sandy Arrowsmith! Llevas lloriqueando como un nene malo toda la semana. ¿Qué es lo que te pasa?

—Bueno, yo... ¡Jolines, estoy harto! A todo el mundo le entusiasmó mi charla de la Estrella de la Esperanza... esa nota del *Morning Frontiersman*, y Pickerbaugh dice que Orquídea dijo que había sido magnífica... ¡y tú no me has animado en ningún momento!

—¿Es que no te aplaudí? Pero... se trata solo de que tengo la esperanza de que no vas a seguir con ese baboseo.

—¡Eso es lo que esperas, verdad! Bien, déjame que te diga que yo voy a seguir haciéndolo. No voy a dedicarme a soltar pura palabrería. Lo que expliqué el domingo era estrictamente científico, y ellos lo devoraron. No había caído en la cuenta de que no es necesario decir simplezas sentimentales para captar la atención del público. ¡Y cuánto bien puedes hacer! En fin, transmití más Instrucción Sanitaria y más ideas sobre el valor del laboratorio en esos tres cuartos de hora que... no es que pretenda ser un pez gordo pero está bien tener a la gente donde tiene que escuchar lo que vas a decir sin que pueda interrumpirte, como pasaba en Wheatsylvania. Puedes apostar que seguiré con eso que tú llamas tan cortésmente mi estúpido y condenado baboseo...

—Sandy, puede estar muy bien para algunas personas, pero no para ti. No sabes... ese es uno de los motivos de que no te haya dicho más cosas sobre tu charla... no sabes lo mucho que me asombra oírte decir eso a ti, que siempre te has burlado de lo que llamas sentimentalismo, ponerte a lloriquear por las Queridas Criaturitas.

—Yo nunca dije eso... nunca utilicé esa frase y lo sabes. ¡Y cielo santo! ¡Hablas tú de burlarse! Déjame que te diga que el Movimiento de la Sanidad Pública, corrigiendo tempranos fallos en los niños, velando por sus ojos y sus amígdalas y demás, puede salvar millones de vidas y hacer una futura generación...

—¡Ya lo sé! ¡Quiero a los niños mucho más que tú! Lo que pretendo decir es que todo ese sentimentalismo ridículo...

—Bueno, jolines, alguien tiene que hacerlo. No puedes trabajar con la gente hasta que no la eduques. Ahí es donde el bueno de Pick, aunque sea un imbécil, hace tan buen trabajo con sus poemas y todo eso. Es posible que fuese una buena cosa el que yo pudiese escribirlos... demonios, me pregunto si no podría aprender a hacerlos yo...

—¡Son horribles!

—¡Vaya con tu coherencia! La otra noche decías que eran «bonitos».

—No hay ninguna incoherencia. No soy más que una mujer. Tú, Martin Arrowsmith, deberías ser el primero que lo dijese. En cuanto al doctor Pickerbaugh, está muy bien en su caso, pero no para ti. Lo tuyo es el laboratorio. Descubrir cosas, no hacer publicidad de ellas. ¿Te acuerdas de que una vez en Wheatsylvania durante cinco minutos estuviste a punto de decidir ingresar en una iglesia y ser un Ciudadano Respetable? ¿Es que te vas a pasar el resto de tu vida dando traspiés en la respetabilidad y hundiéndote en ella y teniendo luego que ser desenterrado? ¿Es que no vas a convencerte nunca de que eres un

bárbaro?

—¡Dios Santo, lo soy! Y... qué fue la otra cosa encantadora que me llamaste... sí, soy también, hay que ver, ¡un palurdo! ¡Y hay que ver cómo me ayudas tú! ¡Cuando yo quiero asentarme en una vida útil y decente y no seguir enfrentándome por ahí a la gente, tú, la que más debería creer en mí, eres la primera que da marcha atrás!

—Puede que te ayudase mejor Orquídea Pickerbaugh.

—¡Ella probablemente lo haría, sí! Créeme, es un encanto, y apreció mi charla de la iglesia, y si crees que voy a estar aquí toda la noche viendo cómo te burlas de mi trabajo y de mis amigos... Voy a darme un baño caliente. ¡Buenas noches!

En el baño se dijo que era imposible que hubiese estado peleándose con Leora. ¡Por qué! Ella era la única persona del mundo aparte de Gottlieb y Sondelius y Cliff Clawson... por cierto, ¿dónde estaría Cliff? ¿Aún en Nueva York? ¿No le debía Cliff una carta? Pero de todos modos... era un idiota por haber perdido el control, aunque ella fuese tan terca que no adaptase sus opiniones, como no se daba cuenta de que él tenía un don para influir en la gente. Nadie le había apoyado nunca como lo había hecho ella, y él la amaba...

Se secó violentamente; irrumpió después en el cuarto de estar con disculpas; se dijeron que eran ambos las personas más razonables de este mundo; se besaron con elocuencia; y luego Leora reflexionó:

—De todos modos, amigo mío, no te voy a ayudar a engañarte. Tú no eres un propagandista. Tú eres un cazador de mentiras. Es curioso, al oír hablar de esos cazadores de mentiras como el profesor Gottlieb y tu viejo amigo Voltaire da la impresión de que a ellos no se les podría engañar. Pero tal vez fuesen como tú: siempre intentando huir de la aburrida verdad, siempre esperando asentarse y ser ricos, siempre vendiendo el alma al demonio para luego ir y engañar también al pobre demonio. Yo creo... yo creo... —se incorporó en la cama, apretándose las sienes para estimular la elocuencia—. Tú eres diferente del profesor Gottlieb. Él nunca comete errores ni pierde el tiempo con...

—Bien que lo perdió en la fábrica de remedios de Hunziker, y su título es «doctor», no «profesor», sí es que debes darle un...

—Si él fue a trabajar con Hunziker alguna buena razón debía de tener. Es un genio; no podría equivocarse. ¿O podría, incluso él? Pero, *de todos modos*: Tú, Sandy, tienes que tropezar muchas veces; tienes que aprender cometiendo errores. Te diré una cosa: tú aprendes de tus locos errores. Pero a veces me siento un poco cansada viendo cómo te apresuras a poner el cuello en todos los lazos corredizos... como esa bobada de querer ser un orador o de entusiasmartelo con tu Orquídea.

—¡Bueno, jolines! ¡Después de que vine aquí intentando hacer las paces! ¡Menos mal que tú nunca cometes errores! ¡Basta con que haya una sola persona perfecta en la casa!



Se metió en la cama dándole la espalda. Silencio. Sonidos suaves de «Mart... ¡Sandy!» que él ignoró, orgulloso de su capacidad para ser duro con ella, y acabó quedándose dormido. En el desayuno, en que él estaba avergonzado y voluntarioso, ella se mostró seca.

—No quiero hablar de eso —dijo.

Con ese talante tenso fueron el sábado por la tarde a la excursión a la nieve de los Pickerbaugh.

#### IV

El doctor Pickerbaugh poseía una pequeña cabaña de troncos en un bosquecillo de robles que había entre las colinas del norte de Nautilus. Una docena de ellos salieron en un trineo lleno de paja y ropas de lana azules. Las campanillas del trineo eran excitantes y los niños saltaban de él para correr al lado.

El médico de la escuela, que estaba soltero, era muy atento con Leora; la arropó por dos veces y eso, en Nautilus, era casi comprometerse. Martin, celoso, se centró abierta y totalmente en Orquídea.

Pasó a interesarse por ella no con la finalidad de disciplinar a Leora sino por su propia y rosada dulzura. Vestía una chaqueta de tweed, con una boina escocesa, una bufanda llamativa y los primeros pantalones que se había atrevido a ponerse una chica en Nautilus y a exhibirse con ellos. Le daba palmaditas a Martin en la rodilla, y cuando se lanzaron tras el trineo en un peligroso tobogán, le cogió por la cintura, resueltamente.

Le llamaba ya «doctor Martin», y él había pasado a un cálido «Orquídea».

En la cabaña hubo un clamor de desembarco. Martin y Orquídea llevaron juntos la cesta de la comida; se deslizaron juntos por las laderas en esquíes. Cuando sus esquíes se enredaron, rodaron en una masa confusa, y cuando ella se aferró a él, sin miedo ni embarazo, a él le pareció que en la aspereza de la tela de tweed ella resultaba aún más suave y más maravillosa... ojos intrépidos, mejillas brillantes cuando se sacudía la capa de nieve húmeda de ellas, ágiles piernas de muchacho esbelto, hombros adorables en su apariencia de robustez de muchacho también...

Pero: «¡Soy un estúpido sentimental! ¡Leora tenía razón!», se reconvinó. «¡Creí que tenías algo de originalidad! Y pobrecilla Orquídea... ¡se quedaría sobrecogida si supiese lo retorcido que eres!»

Pero la pobrecilla Orquídea le instaba zalamera: «Vamos, doctor Martin, bajemos

desde aquel cerro alto. Somos los únicos que tenemos un poco de empuje».

—Eso es porque somos los únicos jóvenes.

—Es por lo joven que es usted. Yo soy terriblemente vieja. No hago más que sentarme a cavilar mientras usted se entusiasma con sus epidemias y sus cosas.

Martin vio que Leora se deslizaba por una ladera lejana con su infernal médico de la escuela. Tal vez fuese resentimiento o tal vez fuese alivio de que se le permitiese estar solo con Orquídea, pero el caso es que dejó de hablarle como si fuese una niña y él una persona cargada de sabiduría; dejó de hablarle como si estuviese mirándola por encima del hombro. Corrieron hasta lo alto del cerro. Bajaron esquiando y cayeron; tuvieron un descenso vertiginoso y forcejearon en la nieve.

Volvieron juntos a la cabaña, y se encontraron con que los demás no estaban. Ella se quitó el jersey mojado y se dio palmadas en la blanda blusa. Consiguieron encontrar un termo de café caliente y él la miró como si fuese a besarla, y ella le miró a su vez como si no le importase. Dispusieron la comida tarareando con la intimidad del entendimiento y cuando ella gorjeó: «Venga, perezoso, rápido, a poner esas tazas en esa vieja mesa horrible», lo dijo como alguien contento de estar con él para siempre.

No dijeron nada comprometedor, no se cogieron de la mano, y cuando se dirigían a casa en la oscuridad eléctrica salpicada de pulgas de las nieves, aunque estaban sentados hombro con hombro, él no la rodeaba con sus brazos más que cuando el trineo giraba en las curvas cerradas. Si Martin estaba lleno de excitación, se debía presumiblemente al sano ejercicio del día. No pasó nada y nadie pareció inquietarse. Al despedirse de todos sus adioses fueron alegres y atentos.

Y Leora no hizo ningún comentario, aunque durante un día o dos había a su alrededor un aire frío sobre el que el ocupado Martin no investigó.

## CAPÍTULO 21

Nautilus fue una de las primeras comunidades del país que instituyó el hábito de las «Semanas», tan propagado y difundido hoy que tenemos la Semana de la Escuela de Correspondencia, la Semana de la Ciencia Cristiana, la Semana de la Osteopatía y la Semana del Pino de Georgia.

Una Semana no es simplemente una semana.

Si una iglesia o una cámara de comercio o una institución caritativa emprendedora, despierta, vivaz y con empuje desea mejorar, lo que significa conseguir más dinero, acude a esos pocos espíritus enérgicos que dirigen la ciudad, y proclama una Semana. Esto consiste en un mes de reuniones de comité, un centenar de columnas de alabanza a la organización correspondiente en los medios de comunicación públicos, y, por último, un día o dos en los que personas atléticas halagan a audiencias desganadas en iglesias o cines, y las chicas más bonitas de la ciudad tienen el placer de que se les permita hablar con varones desconocidos en las esquinas de las calles, con la finalidad de darles banderitas extremadamente poco decorativas a cambio de las mínimas sumas de dinero que esos desconocidos consideren que deben pagar para que se les tenga por unos caballeros.

La única variación son las Semanas en las que el objetivo no es conseguir el dinero inmediatamente con la venta de banderitas sino, mediante una campaña general de publicidad, conseguir más posteriormente.

Nautilus había celebrado una Semana de Promoción, durante la cual una raza de hombres de palabra rápida, antes promotores de libros y denominados ahora ingenieros de eficiencia, iban de un lado a otro dando consejos a los tenderos sobre cómo conseguir dinero unos de otros más deprisa, y el doctor Almus Pickerbaugh se dirigió a una asamblea de oración ilustrándola sobre «La campaña de promoción de san Pablo, primer promotor». Se había celebrado una Semana de la Mano Alegre, en que todo el mundo debía hablar con tres desconocidos al día como mínimo, con el fin de que enfurecidos y viejos viajeros recibiesen palmadas en la espalda a lo largo de todo el día de personas desconocidas, vigorosas y cordiales. Había habido también una Semana del Viejo Hogar, una Semana de Escribir a Mamá, una Semana de Queremos tu Fábrica en Nautilus, una Semana de Comer Más Trigo, una Semana de Ir a la Iglesia, una Semana del Ejército de Salvación y una semana de Posee un Automóvil Propio.

La más bonita de todas tal vez fuese la Semana J., organizada para recaudar ochenta mil dólares destinados a la construcción de un edificio nuevo para la Asociación de Jóvenes Cristianos.

En el viejo edificio había letreros eléctricos, que se cambiaban a diario, que proclamaban: «Cruza Hasta Aquí», «Ven Tú También, Joven» y «Tu Dinero Crea Felicidad». El doctor Pickerbaugh pronunció diecinueve conferencias en tres días, comparando la Asociación de Jóvenes Cristianos con las cruzadas, los apóstoles y las expediciones del doctor Cook, que él creía en realidad que era el que había descubierto el Polo Norte. Orquídea vendió trescientas diecinueve banderitas J., siete de ellas al mismo hombre, que después le hizo comentarios impropios. Fue salvada por un secretario de la Asociación de Jóvenes Cristianos, que le mantuvo la mano cogida durante un período de tiempo considerable con la finalidad de tranquilizarla.

No había organización que pudiese rivalizar con Almus Pickerbaugh en la invención de Semanas.

Empezó en enero con una Semana de Bebés Mejores, y fue una Semana muy buena, pero como la siguieron tan arduosamente la Semana de Proscripción del Alcohol, la Semana de Dentadura Más Fuerte y la Semana de Dejar de Escupir, se oía quejarse a la gente que carecía de su vigor: «Todo este revuelo por la salud me está destrozando la salud».

Durante la Semana de Limpieza, Pickerbaugh difundió una nueva composición lírica fruto de su propia inspiración:

*Los gérmenes atacan de improviso,*

*destruyen la salud sin avisar,*

*así que has de procurar amiguito*

*que tu patio te vayan a limpiar*

*y que lo dejen bien limpito*

*aunque lo tengas que pagar.*

La Semana de Acabar con las Moscas le aportó, además de la alegría de dar premios a los niños que habían matado más moscas, la inspiración para dos versos. Los carteles advertían:

*El martillo lo puedes vender y una cometa te puedes comprar,*

*pero el papel atrapamoscas nunca lo debes olvidar;  
porque para que la enfermedad no se cuele en el hogar  
con las moscas debes acabar.*

Dio la casualidad de que la Orden Fraternal de las Águilas estaba celebrando una convención estatal en Burlington esa semana, y Pickerbaugh les telegrafió:

*De la campaña de eliminación  
de todas las moscas ha de hacer mención.  
De las viejas Águilas la gran convención.*

Esto fue citado en noventa y seis periódicos, incluido uno de Alaska, y Pickerbaugh le explicaba a Martin mostrándole los recortes: «¿Se da cuenta de cómo puede uno difundir la verdad, si lo hace bien?».

La Semana de Tres Puros al Día, que Pickerbaugh se inventó a mediados de verano, no tuvo tanto éxito, en parte porque un humorista poco juicioso de un periódico local quiso saber si el doctor Pickerbaugh esperaba realmente que todos los niños de pecho llegasen a fumar tres puros al día, y en parte porque los fabricantes de puros acudieron al Departamento de Sanidad e hicieron comentarios fuertes sobre el Sentido Común. Tampoco fue del todo satisfactoria la Semana de Deja al Gato y Cura al Perro.

Pese a todas sus Semanas, Pickerbaugh tuvo tiempo para presidir el Comité del Programa de la Convención Estatal de Agencias y Funcionarios de Sanidad.

Él fue el autor de la circular que se envió a todos los miembros:

*Hermanos Varones y Varonas:*

*¿Vais a venir al círculo social de la Sanidad? Será el manos-a-la-obra más animado que haya visto jamás este ajetreado, pequeño y buen planeta. Y será Práctico. Recordaremos todas esas brillantes generalidades y recibiremos mensajes de hombres en lenguaje de familia, para que podamos llevarnos a casa un pensamiento o dos (2) con nosotros.*

*Estará allí el famoso líder del canto comunitario Luther Botts para dar empuje y vigor a todas las cosas del programa. John F. Zeisser, M. A., M. D., y todo el resto del alfabeto (hazte raya al medio Jack y estarás más guapo, todas las damas te amarán) soltará un par de notas claves (¡cuidado con vuestras mujercitas, amigos, nunca se sabe!). De vez en cuando, si el freno aguanta, correremos, o digámoslo en infinitivo, correr hemos hasta allí estemos donde estemos, y de una comida fastuosa disfrutar hemos.*

*¿Parece un buen programa? ¡Y tanto, sí! Barber, tú eres el siguiente. Esperamos esas tarjetas que dicen que venís.*

Esto creó mucho entusiasmo y alegría. El doctor Feesons de Clinton escribió a Pickerbaugh:

*Supongo que fue debido principalmente a su chisporroteante carta de invitación por lo que hubo tanta asistencia y creo con toda modestia que debemos decir que fue la mejor convención sanitaria que se haya celebrado en el mundo. ¡Y tuve que reírme de una gallina vieja, de Boston o de otro sitio importante, que se puso a cacarear que su carta era «poco digna»! ¡Insuperable! ¡Creo que a la gente tan hipercrítica y con tan poco sentido del humor como ella habría que tratarla con el digno desprecio que se merecen, los muy imbéciles!*

## II

Martin fue entusiasta durante la Semana de Mejores Bebés. Leora y él pesaron bebés, les examinaron, hicieron planes de dietas y vieron en cada uno al bebé que nunca podrían tener. Pero cuando llegó la Semana de Más Bebés, él se mostró polémico. Creía, dijo, en el control de natalidad. Pickerbaugh contestó con teología, violencia y el ejemplo de sus propias ocho beldades.

A Martin tampoco le convenció la Semana Anti-Tuberculosis. Le gustaba tener las ventanas abiertas de noche y no le agradaban los hombres que escupían jugo de tabaco en las aceras, pero se estremeció al oír las reformas ciertamente estéticas y posiblemente higiénicas propuestas con sacrosanto frenesí y espurias estadísticas.

Pickerbaugh consideraba cualquier duda sobre sus elocuentes cifras sobre la tuberculosis, cualquier insinuación de que la causa de la disminución de la incidencia de la enfermedad pudiese haber sido un aumento natural de la inmunidad, y no las cruzadas contra escupir y contra los ambientes no ventilados, como una crítica a su honradez al

realizar tales cruzadas. Poseía la susceptibilidad personal de la mayoría de los propagandistas; creía que, como era sincero, sus opiniones tenían que ser siempre correctas. Exigir que fuese preciso en sus afirmaciones, citar lo que había dicho Raymond Pearl de que era «muy poco lo que se sabe, en cuanto a datos científicos objetivos, de por qué la morbilidad de la tuberculosis ha descendido» eran cosas propias de un sinvergüenza al que le gustaba en realidad manchar las aceras.

Martin se había distanciado tanto que experimentó una alegría antisocial y probablemente malévola al descubrir que, aunque la tasa de mortalidad de la tuberculosis había disminuido indiscutiblemente durante la administración de Pickerbaugh en Nautilus, había disminuido en la misma cuantía en la mayoría de las poblaciones del distrito, sin ningún discurso sobre lo de escupir, ningún desfile de Abrid Vuestras Ventanas.

Fue una suerte para Martin que Pickerbaugh no esperarse de él mucha participación en sus campañas de publicidad, sino más bien que fuese su sustituto en la oficina durante ellas. A Martin esas campañas le inspiraban los pensamientos más furiosos y complicados que le hubiesen afligido jamás.

Pickerbaugh, siempre que Martin insinuaba una crítica, contestaba: «¿Y si mis estadísticas no son siempre exactas, qué? ¿Si mi publicidad, mi forma de animar al público, les parece vulgar a algunos, qué? Todo eso hace bien; todo eso está en el lado bueno. Da igual los métodos que utilicemos; si podemos conseguir que la gente tenga más aire fresco y patios más limpios y beba menos alcohol, estamos justificados».

Martin se dijo a sí mismo, un poco sorprendido: «Sí, ¿importa en realidad? ¿Importa la verdad... la verdad limpia, fría, hostil, la verdad de Max Gottlieb? Todo el mundo dice: “Oh, no hay que manipular la verdad”, y todos se enfurecen si les insinúan que la están manipulando. ¿Hay alguna cosa que importe aparte de hacer el amor y dormir y comer y que te halaguen?»

»Yo creo que a mí me importa la verdad, pero aunque me importe ¿no será el deseo de precisión científica simplemente mi pasatiempo favorito, algo así como la emoción que a otro le causa el golf? En fin, de cualquier modo, apoyaré a Pickerbaugh».

Le impulsaba aún más a defender a su jefe la actitud de Irving Watters y de otros médicos parecidos cuando le atacaban porque temían que tuviese éxito realmente y redujese sus ganancias. Pero de todos modos a Martin le seguían preocupando las estadísticas no comprobadas.

Calculaba que de acuerdo con las cifras de Pickerbaugh sobre la falta de higiene dental, la conducción despreocupada y temeraria de los automóviles, la tuberculosis y otros siete azotes más solo, cada habitante de la ciudad tenía una probabilidad de un 180 por ciento de morir antes de los dieciséis años, así que no podía causarle mucha alarma el que Pickerbaugh gritase: «¿Se dan cuenta de que el número de personas que murieron de frambesía en el condado de Pickens, Mississippi, solo el año pasado, fue de veintinueve y que podrían haberse salvado, *sí, señor, salvado*, con una ducha fría diaria?».

Porque Pickerbaugh tenía el terrible hábito de las duchas frías, incluso en invierno, aunque podría haber sabido que solo en Milwaukee, en veintidós años, habían muerto a causa de las duchas frías diecinueve hombres de edades comprendidas entre los diecisiete y los cuarenta y dos años.

Para Pickerbaugh la existencia de «variables», una palabra que Martin utilizaba ahora tan irritantemente como había utilizado en tiempos «control», carecía de significado. El que la salud pudiese estar determinada por la temperatura, la herencia, la profesión, el suelo, la inmunidad natural o por cualquier otra causa que no fuesen las campañas del Departamento de Sanidad para el fomento de la higiene y la moralidad, era para él inconcebible.

—¡Variables! ¡Uf! —resoplaba Pickerbaugh—. Qué demonios, toda persona ilustrada del servicio público sabe suficiente sobre las causas de la enfermedad... el asunto es actuar de acuerdo con ese conocimiento.

Cuando Martin intentaba demostrar que, en realidad, sabían muy poco sobre la superioridad del aire fresco sobre el caliente en las escuelas, sobre los peligros higiénicos de las calles sucias, sobre los peligros reales del alcohol, sobre el valor de las mascarillas en las epidemias de gripe, sobre la mayoría de las cosas acerca de las cuales peroraban demagógicamente en sus campañas, Pickerbaugh se limitaba a enfurecerse y Martin quería dimitir. Pero veía de nuevo a Irving Watters y volvía a apoyar a Pickerbaugh con celo renovado, y se sentía en líneas generales tan agitado y pesoso como un joven revolucionario que descubre la fatuidad de sus dirigentes.

Llegó a poner en duda lo que Pickerbaugh llamaba «el valor práctico demostrado» de sus campañas tanto como el rigor de sus conocimientos biológicos. Se daba cuenta de lo aburridos que se sentían la mayoría de los periodistas al verse metidos en una nueva salvación del mundo cada quincena, y lo incomparablemente aburrido que se sentía el Hombre de la Calle cuando la decimonovena chica guapa en veinte días se había plantado ante él de improviso pidiéndole que comprase una banderita para apoyar a una asociación de la que nunca había oído hablar.

Pero lo más decepcionante era el rastro pegajoso del dólar que veía en la elocuencia más ardiente de Pickerbaugh.

Cuando Martin sugirió que se debería pasteurizar toda la leche, que ciertas casas de pisos que se sabía que eran criaderos de tuberculosis deberían ser quemadas en vez de ser fumigadas de una forma inútil y chapucera, cuando insinuó que esas iniciativas salvarían más vidas que diez mil sermones y diez años de desfiles de niñas con banderitas empapadas por la lluvia, Pickerbaugh dijo preocupado: «No, no, Martin, no crea que podríamos hacer eso. Los lecheros y los propietarios de las casas se opondrían terminantemente. En este trabajo no puedes conseguir nada si no evitas ofender a la gente».

Cuando Pickerbaugh hablaba en una iglesia o en el círculo familiar hablaba de «el valor de la salud para hacer la vida más gozosa», pero cuando hablaba en una comida con



hombres de negocios cambiaba a «el valor en buenos y sólidos dólares y centavos de tener trabajadores que estén sanos y sobrios, y sean así capaces de trabajar más deprisa por el mismo salario». A las asociaciones de padres las ilustraba sobre «el ahorro en minutas de los médicos procurando tratar al niño antes de que los desajustes vayan demasiado lejos», pero a los médicos procuraba asegurarles que toda aquella agitación con la sanidad pública solo haría más popular la costumbre de acudir regularmente al médico.

A Martin le hablaba de Pasteur, George Washington, Victor Vaughan y Edison como sus maestros, pero al pedirles a los hombres de negocios de Nautilus (el club Rotario, la Cámara de Comercio, la Asociación de Mayoristas) su aprobación divina de más fondos para el departamento, dejaba claro que ellos eran los amos y señores de toda la tierra, y ellos, detrás de sus puros, aceptaban obesamente su soberanía.

Poco a poco la contemplación de Martin fue pasando de Almus Pickerbaugh a todos los dirigentes, de ejércitos o de imperios, de universidades o de iglesias, y vio que la mayoría de ellos eran Pickerbaughs. Y se predicó a sí mismo, como Max Gottlieb le había predicado a él en otros tiempos, la lealtad al inconformismo, la fe en la duda frecuente, el evangelio de no berrear evangelios, la sabiduría de admitir la probable ignorancia de uno mismo y de todos los demás, y la aceleración enérgica de un Movimiento para ir muy despacio.

### *III*

A Martin le sacaban de su laboratorio un centenar de interrupciones. Se le citaba en la sala de recepción del departamento para que explicara a ciudadanos furiosos por qué el garaje de la casa contigua a la suya tenía que oler a gasolina; volvía a su cubículo a dictar cartas a directores de escuela sobre clínicas dentales; tenía que coger el coche e ir hasta Swede Hollow para ver la atención que les había dedicado a los mataderos el inspector de la leche y los alimentos; ordenaba poner en cuarentena a una familia del barrio pobre; y escapaba finalmente a su laboratorio.

El laboratorio estaba bien iluminado, era adecuado y contaba con todo lo necesario. Martin tenía poco tiempo para lo que no fuesen cultivos, análisis de sangre y wassermanns para los médicos privados de la ciudad, pero el trabajo de laboratorio era un descanso para él y, de cuando en cuando, seguía investigando en un análisis de precipitación que iba a sustituir a los wassermanns y a hacerle famoso.

Pickerbaugh creía, al parecer, que esa investigación llevaría seis semanas; Martin albergaba la esperanza de terminarla en dos años; y con tantas interrupciones exigiría doscientos, un tiempo en el cual los Pickerbaughs habrían erradicado la sífilis y hecho inútiles los análisis.

A todos estos deberes de Martin se sumaba el de divertir a Leora en la desconocida ciudad de Nautilus.

«¿Consigues ocupar las horas del día?» La animaba, y «¿Te gustaría ir a algún sitio esta noche?».

Ella le miraba recelosa. Estaba tan fácil y automáticamente satisfecha sola como un minino, y él nunca se había ocupado antes de que no se aburriera.

#### IV

Las hijas de Pickerbaugh entraban continuamente en el laboratorio de Martin. Las gemelas rompían tubos de ensayo y hacían tiendas de campaña para las muñecas con el papel de los filtros. Orquídea rotulaba los carteles especiales de las Semanas de su padre y el laboratorio era, según ella, el lugar más tranquilo para hacerlo. Martin tenía conciencia, mientras laboraba en su banco, de la presencia de ella, tarareando en una mesa del rincón. Hablaban, inmensamente, y él escuchaba con fatuo entusiasmo opiniones que si las hubiese formulado Leora habrían sido recibidas con: «¡Eso es un comentario tonto!».

Martin puso a la luz un tubo de ensayo color burdeos claro con sangre hemolizada, pensando en parte en su color y en parte en los tobillos de Orquídea cuando se inclinaba sobre la mesa, absurdamente paciente con sus pinceles, enredando las piernas en un fantástico nudo.

—Dime una cosa, bonita —preguntó absurdamente—. Suponte que... suponte que una chica como tú se enamora de un hombre casado. ¿Qué crees tú que debería hacer? ¿Ser amable con él? ¿O cortar con él?

—Oh, debería cortar con él. Por mucho que le doliese hacerlo. Aunque él le gustase muchísimo. Porque aunque le gustase, no debería hacer daño a su mujer.

—Pero ¿y si la mujer nunca lo supiese, o tal vez no le importase? —había dejado de fingir trabajar; estaba plantado delante de ella en jarras, los ojos oscuros preguntando.

—Bueno, si ella no lo supiese... Pero no es eso. Yo creo que los matrimonios están real y verdaderamente hechos en el cielo, ¿no lo crees? Algún día llegará el Príncipe Encantado, el amante perfecto... —¡Era tan joven, tenía unos labios tan jóvenes, tan dulces!— Y, por supuesto, quiero reservarme para él. Lo estropearía todo si desperdiciarse el amor antes de que llegase mi Héroe.

Pero su sonrisa era acariciadora.

Se imaginó que acampaban los dos en un lugar solitario, aquellos moralismos que ella repetía como un loro olvidados. Experimentaba un cambio tan definido como una conversión religiosa o la irrupción de un frenesí demente en la guerra; el paso de la renuencia avergonzada a ser infiel a su esposa, a la decisión de tomar lo que pudiese conseguir. Empezó a irritarle que Leora, a la que había entregado para siempre su amor más profundo, reclamara también para ella todos los vuelos de su fantasía. Y los reclamaba. Ella raras veces hablaba de Orquídea, pero podía saber (o él pensaba nervioso que podía) cuándo había pasado una tarde con ella. El silencioso examen al que le sometía le hacía sentirse ilícito. Él, que nunca había sido demasiado zalamero, era profuso y afectuoso ahora y la urgía: «¿Has estado en casa todo el día? Bueno, saldremos un poquito después de cenar y veremos una película. ¿O prefieres que llamemos a alguien y vayamos a verle? Lo que prefieras».

Por otra parte, oía que su voz adquiría un tono florido y le fastidiaba muchísimo, porque sabía de sobra que aquellas zalamerías no servían de nada con Leora. Siempre que se entregaba a una de sus meditaciones sobre la superioridad de su rama de la verdad respecto a la de Pickerbaugh, se reconvenía: «¡Cómo te atreves tú a hablar de la verdad, mentiroso!».

Pagaba, en realidad, un alto precio por contemplar los labios de Orquídea, pero por mucho que le agobiase el precio no dejaba de mirarlos.

A principios de verano, dos meses antes de que estallase en Europa la Gran Guerra, Leora fue a Wheatsylvania a pasar quince días con la familia. Pero antes de irse le dijo:

—Sandy, no voy a hacerte ninguna pregunta cuando vuelva, pero tengo la esperanza de que no parezcas tan idiota como has estado pareciendo últimamente. No creo que esa hiedra trepadora, esa planta rastrera, esa dama idiota tuya, merezca que nosotros dos nos peleemos. Sandy querido, deseo que seas feliz, pero a menos que vaya y me muera por tí algún día, no voy a dejar que me cuelgues como una gorra vieja. Te aviso. Ahora sobre el hielo. He hecho un pedido de cien libras por semana y si quieres hacerte la comida alguna vez...

Después de que ella se fuera, no sucedió nada inmediatamente, aunque estuviese siempre a punto de suceder muchísimo. Orquídea sentía esa curiosidad de las jovencitas modernas sobre lo que era probable que hiciese un hombre, pero se daba por satisfecha con unos escalofríos emocionantes y mínimos.

Aquella mañana de junio, Martin juró que era una idiota y una coqueta y que él «no tenía la menor intención de acercarse a ella». ¡No! Iría a ver a Irving Watters al final de la tarde, o leería o daría un paseo con el dentista de la clínica de la escuela.

Pero a las ocho y media iba camino de la casa de los Pickerbaugh.

Si los Pickerbaugh mayores estaban allí... Martin podía oírse decir: «Se me ocurrió pasar por aquí, doctor, y preguntarle qué pensaba de...». ¡Maldita sea! ¿Qué pensaba de

qué? Pickerbaugh nunca pensaba nada de nada.

Pudo ver a Orquídea en los escalones de la entrada. Inclinado sobre ella había un muchacho de unos veinte años, un tal Charley, un empleado.

—Hola, ¿está tu padre? —exclamó, con una despreocupación de la que no pudo evitar sentirse orgulloso.

—Lo siento muchísimo; mamá y él no volverán hasta las once. ¿No quiere sentarse y tomar el fresco un poco?

—Bueno...

Se sentó, resueltamente, e intentó mantener una conversación juvenil, mientras Charley emitía comentarios adecuados, en opinión de Charley, para una persona mayor como el doctor Arrowsmith, y Orquídea emitía interesantes y pequeños sonidos ronroneantes, un arte para el que mostraba enorme talento.

—¿Has ido a ver muchos partidos de béisbol? —dijo Martin.

—Oh, he ido a todos los que he podido —dijo Charley—. ¿Cómo van las cosas en el ayuntamiento? ¿Se han localizado muchos casos de viruela y de vinculus pinculus y de todas esas enfermedades raras?

—Bueno, andamos muy ocupados, sí —masculló el viejo doctor Arrowsmith.

No se le ocurría ninguna cosa más. Escuchó mientras Charley y Orquídea reían críticamente por cosas a las que él no tenía acceso y que le hacían sentirse un centenario: alusiones a Mamie y Earl, y un violento: «Sí, está muy bien, pero si me ves alguna vez bailando con ella no tienes más que decírmelo, ¿lo harás?». En la esquina, Verbena Pickerbaugh gritaba y comentaba: «¡Dejadlo ya!» a personas desconocidas.

—¡Bueno! ¡Qué le vamos a hacer! Me voy a casa —suspiró Martin.

Pero en ese momento Charley gritó: «Vale, ta, ta, adiós; tengo que irme ya».

Se quedó con Orquídea y con una paz y un silencio bastante embarazosos.

—Es muy agradable estar con alguien que tiene cerebro y no anda siempre intentando flirtear como Charley —dijo Orquídea.

Él caviló: «¡Espléndido! Va a ser simplemente una buena chica. Y yo he recuperado el sentido. Tendremos solo una pequeña charla y me iré a casa».

Pero parecía haberse acercado más a él.

—Me sentía tan sola —le cuchicheó—, sobre todo con ese chico tan horrible y que no sabe hablar. Hasta que oí sus pasos. Supe inmediatamente, nada más oír sus pasos, que era usted.

Él le dio unas palmaditas en la mano. Cuando sus palmaditas se convertían ya en más ardientes de lo que podría haberse esperado de un ayudante y amigo de su padre, ella retiró la mano, se cogió las rodillas y empezó a charlar.

Siempre había sido así cuando había ido al final del día hasta allí y se la había encontrado sola en el porche. Era diez veces más insondable que la más compleja de las mujeres. Martin conseguía sentirse culpable con Leora sin ninguno de los reputados goces de la culpabilidad.

Mientras ella hablaba él intentaba descubrir si tenía un poco de cerebro o no. Parecía no tener el suficiente para ingresar en un pequeño colegio universitario confesional del Medio Oeste. Verbena iba a ir a uno aquel otoño, pero ella, le explicaba, creía que «debo quedarme en casa y ayudar a mamá a cuidar de las pequeñitas».

«Lo que quiere decir», reflexionó Martin, «¡que no es capaz de aprobar siquiera los exámenes de ingreso de Mugford!». Pero su opinión sobre la inteligencia de ella mejoró de pronto al oír que comentaba quejumbrosamente:

—Pobre de mí, lo más probable es que me quede siempre aquí en Nautilus, mientras que usted... bueno, ¡con sus conocimientos y esa fuerza de voluntad tan tremenda que tiene, sé que acabará triunfando en el mundo!

—Tonterías, nunca triunfaré en ningún mundo, aunque tengo la esperanza de sacar adelante unas cuantas buenas medidas sanitarias. Sinceramente, Orquídea, guapa, ¿tú crees que tengo mucha fuerza de voluntad?

La luna llena brillaba espaciosa ya detrás de los arces. El descuidado feudo de los Pickerbaugh parecía encantado; la hierba enredada era un jardín de rosas, la andrajosa pérgola un altar de Diana, la vieja hamaca se había convertido en una tela orlada de plata, el aspensor farfullante y malhumorado en un surtidor, y por encima del mundo entero estaba la apropiada brujería del amor a la luz de la luna. La pequeña ciudad, tan ajetreada y ruidosa de día como una pandilla de niños, estaba silenciosa y olvidada. Raras veces se había sentido Martin inspirado para apreciar la magia de una hora perfecta, tan absorto estaba siempre en sus irascibles cavilaciones, pero en aquel momento se sintió atrapado y elevado en un raptó.

Cogió la mano quieta de Orquídea... y sintió una gran nostalgia de Leora.

El beligerante Martin que había embelesado a Leora no se había planteado ningún romanticismo, porque había sido romántico a su manera torpe. El Martin que, como soldado que ha vuelto al combate de la vida civil, perfumado y debilitado, ansiaba a una muchacha a la luz de la luna, elevó entonces anhelante la cara hacia el romance y lo que vio

era completamente antirromántico.

Sentía que era su deber hacer el amor. La atrajo hacia él, pero cuando ella suspiró: «Oh, por favor no», no sintió ningún impulso implacable, ninguna convicción para seguir. Consideró de nuevo la luz de la luna, pero consideró también que tenía que estar en la oficina temprano por la mañana, y se preguntó si podría mirar de reojo el reloj y ver qué hora era sin que se notase. Lo consiguió. Se inclinó para el beso de despedida y sin que llegase, en realidad, a besarla del todo estaba ya caminando hacia casa.

Mientras caminaba, se sentía bastante implacable y bastante lleno de convicción en su juicio sobre sí mismo. Nunca había imaginado, se decía furioso, por muchos traspies que hubiese podido dar en la vida, que pudiera llegar a convertirse en un pequeño ladronzuelo de amor, un mirón, un miserable merodeador, y sin éxito además en su furtivo merodeo; menos éxito que los dependientes que se pavoneaban nocturnamente con las vírgenes bajo los arcos. Se decía que Orquídea era una joven de no demasiada sabiduría, una suspiradora y rotuladora de emes y de oes, pero en cuanto estuvo en su piso solitario volvió a desearla, pensó en formas milagrosas y absolutamente estúpidas de atraerla allí aquella noche, y se fue a la cama murmurando anhelante: «Oh, Orquídea...».

Quizás hubiese prestado demasiada atención a la luz de la luna y a la dulzura del verano, porque súbitamente, un día que Orquídea irrumpió en el laboratorio y se encaramó en el banco con un chispeo de medias, se acercó a ella, la asió dominadoramente por las muñecas y la besó como se merecía que la besaran.

Luego dejó inmediatamente de ser dominador. Se asustó. La miró amilanado. Ella, por su parte, le miró conmocionada, los ojos muy abiertos, los labios inseguros.

—¡Oh! —dijo en un tono profundo.

Luego, con un tono ya de inmenso interés y cierta satisfacción:

—Martin... oh... querido mío... ¿cree que debería haber hecho eso?

La besó de nuevo. Ella cedió y por un momento no hubo nada en el universo. Ni él ni ella, ni laboratorio ni padres ni esposas ni tradiciones, sino solo la intensidad del estar unidos.

—Sé que muchísima gente convencional —murmuró de pronto ella— diría que lo que hemos hecho está mal y tal vez yo habría pensado lo mismo, antes, pero... ¡Oh, estoy tan contenta de ser liberal! Por supuesto yo no haría daño a la querida Leora ni haría algo realmente malo por nada del mundo, pero, ¿verdad que es maravilloso que, con tanta gente burguesa alrededor, podamos elevarnos por encima de ellos y comprender la llamada que la fuerza hace a la fuerza y...? Pero bueno, es que tengo que ir a la reunión de la Asociación de Jóvenes Cristianas. Hay una abogada de Nueva York que va a ir allí a hablarnos de la Carrera de la Mujer Moderna.

Después de que se fue, Martin se vio a sí mismo como un amante de éxito. «La he conquistado», se regodeaba... pero probablemente nadie se haya regodeado nunca tan débil y deficientemente.

Esa noche, cuando estaba jugando al póquer en su casa con Irving Watters, el dentista de la clínica de la escuela y un médico joven de la clínica de la ciudad, el timbre del teléfono le convocó a un nervioso y sacarinado:

—Soy Orquídea. ¿Le alegra que le llame?

—Oh, sí, sí, me alegro mucho de que me llames —se esforzó porque el tono pareciese al mismo tiempo amorosamente jovial y lo suficientemente impersonal para engañar a los tres sonrientes doctores, cargados de cerveza y en mangas de camisa.

—¿Hace algo esta noche, Marty?

—Bueno, es que estoy aquí con un par de amigos echando una partidita a las cartas.

—¡Oh! —el tono fue agudo—. Oh, entonces... he sido una tonta por llamar, pero es que papi está fuera y Verbena y todos, y hacía una noche tan encantadora, así que pensé... ¿Cree que soy una niña tonta, verdad?

—No... no... claro que no.

—Me alegro tanto de que no lo crea. Me dolería mucho pensar que pensaba que era una tonta por llamarle. No lo piensa, ¿verdad?

—No... no... por supuesto que no. Mira, es que tengo que...

—Lo sé. No debo entretenerle. Pero solo quería que me dijese si pensaba que era una tonta por...

—¡No! ¡De verdad! ¡En serio!

Tres inquietos minutos más tarde, deplorablemente consciente de las risillas masculinas a su espalda, consiguió escapar. Los jugadores de póquer dijeron todas las cosas que se consideraban apropiadas en Nautilus: «¡Menudo don Juanete que estás hecho!» y «No hay quién le gane... ¡su mujer lleva solo una semana fuera!» y «¿Quién es, doctor? ¿Vamos, no seas tacaño, dile que venga a hacernos compañía!» y «Bueno, yo sé quién es; es aquella modistilla de Prairie Avenue».

Al día siguiente a mediodía ella telefoneó desde un bar diciendo que no había dormido en toda la noche y que, después de una profunda consideración, había decidido que no debían volver a hacer nunca una cosa como aquella... y ¿podría encontrarse con ella en la esquina de Crimmins Street y Missouri Avenue a las ocho, para poder hablarlo todo?

Por la tarde telefoneó y cambió la hora de la cita amorosa para las ocho y media.

A las cinco llamó solo para recordarle...

Ese día Martin no trasplantó más cultivos en el laboratorio. Se sentía demasiado confusamente humano para ser un experimentador satisfactorio, pensaba con demasiada frialdad para ser un varón satisfactoriamente pecador, y anhelaba todo el tiempo el seguro solaz de Leora.

«Puedo llegar con ella tan lejos como quiera esta noche.

»Pero es una cazadora de hombres sin cerebro.

»Tanto mejor. Estoy cansado de ser un filósofo golfo.

»Me pregunto si esos otros amantes afortunados sobre los que lees en todas esas poesías y esas novelas se sienten tan mal como me siento yo.

»¡No seré maduro y cauto y monogámico y moralista! Va contra mi religión. Exijo el derecho a ser libre...

»¡Demonios! Esas almas libres que tienen que esclavizarse a lo de ser libres son igual de necias que sus papás metodistas. Yo tengo suficiente inmoralidad natural sólida dentro de mí, así que puedo permitirme ser moralista. Quiero mantener la cabeza clara para el trabajo. No quiero tenerla perturbada por el hecho de tener que andar obligatoriamente corriendo de aquí para allá intentando besar a todas las que pueda.

»Orquídea es demasiado fácil. Me fastidia renunciar al derecho de ser un pecador feliz, pero llevaba una vida demasiado recta, solo con Leora y con mi trabajo, y no estoy dispuesto a estropearlo. ¡Que Dios ayude al hombre al que le gusten su trabajo y su esposa! Está derrotado desde el principio.»

Se encontró con Orquídea a las ocho y media, y todo el asunto fue duro y cruel. Le resultaba igual de desagradable el Martin galante de dos días antes que el Martin cauto y prosaico de esa noche. Volvió a casa desoladoramente ascético y estuvo toda la noche anhelando a Orquídea.

Una semana después regresó Leora de Wheatsylvania.

Fue a esperarla a la estación.

—Muy bien —le dijo—. Me siento ciento siete años más viejo. Soy un joven respetable y moralista, y cómo me fastidia, Dios santo, si no fuese por mi análisis de precipitación y por ti y... ¿Por qué pierdes siempre el comprobante? Supongo que soy un mal ejemplo para otros, renunciando tan fácilmente. ¡No, no, querida, es que no ves que ese es el billete que te dio el revisor!





## CAPÍTULO 22

Ese año Pickerbaugh había hecho un breve recorrido por las escuelas de verano gritando y estrechando manos en Iowa, Nebraska y Kansas. Martin comprendió que aunque parecía, en contraste con Gustaf Sondelius, un patán desdichadamente elocuente y generoso, estaba destinado a ser diez veces más conocido en el país de lo que podría serlo nunca Sondelius, un millar de veces más conocido que Max Gottlieb.

Era un equivalente a muchos de aquellos Grandes Hombres niquelados cuyas imágenes y cuyos sonoros aforismos aparecían en las revistas: los publicitarios que escribían libritos sobre Empuje y Optimismo, el director de la revista que explicaba a los empleados cómo podían convertirse en Goethes y Stonewall Jacksons estudiando cursos por correspondencia y sin tocar jamás la cerveza que destruye la virilidad, y el sabio de maizal que era una autoridad tanto en finanzas como en la paz, la biología, la edición, la etnología peruana y el arte de hacer rentable la oratoria. Estos dirigentes intelectuales reconocían a Pickerbaugh como uno de ellos; le escribían cartas ocurrentes: y él, cuando contestaba, firmaba «Pick», con lápiz rojo.

La revista *Adelante*, especializada en biografías de Hombres que Lo Han Hecho Bien, incluía un perfil de Pickerbaugh entre sus reseñas del pastor que construyó su propia y bella iglesia neogótica a base de latas, la dama que había conseguido en siete años que dos mil seiscientas noventa y ocho obreras no llevaran vidas vergonzosas, y el zapatero de Oregón que había aprendido por su cuenta a leer sánscrito, finlandés y esperanto.

«Conozca al Buen Doctor Almus Pickerbaugh, un hombre de verdad al que Chum Frink ha saludado como “el valeroso médico poeta de pelo en pecho”, un científico que pone sus notables descubrimientos en tercera base y, sin embargo, como los directores de escuela dominical normales de siempre, rechaza a los presuntos científicos ateos que socavan los fundamentos de nuestra religión y de nuestras libertades con sus burlas sabihondas de todo lo que es noble y beneficioso», salmodiaba el cronista.

Martin estaba leyendo este artículo, intentando asimilar el hecho de que estuviese realmente publicado en una fabulosa revista de Nueva York, con una tirada de un millón de ejemplares, cuando Pickerbaugh le llamó a su despacho.

—Marty —le dijo— ¿se cree usted competente para dirigir este departamento?

—Bueno, yo...

—¿Cree que puede plantar cara a los Intereses y mantener la ciudad limpia usted solo?

—Bueno, yo...

—¡Porque parece ser que yo puedo ir a Washington, como el próximo congresista de este distrito!

—¿De veras?

—Eso parece. ¡Muchacho, voy a llevar a toda la nación el Mensaje que he intentado inculcar aquí!

Martin consiguió un «le felicito» muy bueno. Tan asombrado estaba que resultó fervoroso. Aún conservaba un fragmento de su fe juvenil en que los miembros del Congreso eran personas inteligentes e importantes.

—Acabo de asistir a una conferencia con algunos de los principales republicanos del distrito. Una gran sorpresa para mí. ¡Ja, ja, ja! Puede que me escogieran porque no tenían nadie más a quien presentar este año. ¡Ja, ja, ja!

Martin se rio también. Pickerbaugh le miró como si esa no fuese exactamente la reacción correcta, pero se recuperó y siguió discursando:

—Yo les dije: «Caballeros, debo advertirles de que no estoy seguro que posea las raras cualificaciones necesarias en un hombre que tendrá el elevado privilegio de establecer, en Washington, las normas y regulaciones para guiar, por todos los caminos de la vida, a esta gran nación de cien millones de habitantes. Sin embargo, caballeros,» dije, «el impulso que me mueve a considerar, con toda modestia, su inesperado e innecesario honor procede del hecho de que me parece que lo que necesita el Congreso son más científicos progresistas para planear, y más hombres de negocios con verdadera experiencia para ejecutar, las mejoras que precisa esta gran nación nuestra en desarrollo, y también la posibilidad de persuadir allí en Washington a los muchachos de la preeminente y clamorosa necesidad de un Ministerio de Salud Pública que tenga el control absoluto...».

Y los republicanos nombraron realmente a Pickerbaugh candidato para el Congreso sin que importara lo que pudiese parecerle a Martin.

## II

Mientras Pickerbaugh se entregaba a su campaña electoral, Martin se hizo cargo del departamento, consiguiendo nada más iniciar su reinado que le denunciasen como tirano y radical.

No había lechería más higiénica y eficiente en Iowa que la del viejo Klopchuk, en

los arrabales de Nautilus. Estaba azulejada y drenada y excelentemente iluminada; las máquinas ordeñadoras eran perfectas; las botellas estaban superhervidas; y Klopchuk daba la bienvenida a los inspectores y a las pruebas de tuberculina. Había luchado contra el sindicato de trabajadores de lecherías, tenía en su granja trabajadores sindicados y no sindicados y pagaba más de lo que exigía la escala sindical. En una ocasión en que Martin asistió a una reunión del Consejo Central de Trabajadores de Nautilus como representante de Pickerbaugh, el secretario del Consejo confesó que no había ninguna empresa lechera que les gustase tanto sindicalizar y que fuese tan poco probable que sindicalizasen como la lechería de Klopchuk.

En realidad Martin sentía muy pocas simpatías por los sindicalistas. Como la mayoría de los hombres de laboratorio, creía que el que los obreros disfrutaran menos cosiendo chalecos o manejando una palanca de lo que disfrutaba él con una larga investigación se debía a que eran una raza inferior, holgazana y malvada de nacimiento. La queja de los sindicatos era la única cosa que le convencía de que había encontrado al fin la perfección.

Se paraba a menudo en la lechería de Klopchuk solo por la satisfacción que le causaba hacerlo. Solo había una cosa que le inquietaba: un lechero que tenía permanentemente la garganta irritada. Le examinó, hizo cultivos y encontró estreptococos hemolíticos. Presa del pánico corrió de nuevo a la lechería y, tras hacer cultivos, descubrió que había estreptococos en las ubres de tres vacas.

Cuando Pickerbaugh, después de preservar la salud de la nación por todas las poblaciones más pequeñas del distrito electoral, regresó a Nautilus, Martin insistió en someter a cuarentena al lechero infectado y cerrar la lechería de Klopchuk hasta que dejase de haber infección en ella.

—¡Tonterías! Pero si es el lugar más limpio de la ciudad —se burló Pickerbaugh—. ¿Para qué crear problemas? No hay ningún indicio de una epidemia de estreptos.

—¡Pero es seguro que la habrá! Tres vacas infectadas. Mire lo que pasó en Boston y en Baltimore, recientemente. Le he dicho a Klopchuk que venga para hablar con él.

—Bueno, ya sabe usted lo ocupado que estoy, pero...

Klopchuk apareció a las once y para él el asunto era trágico. Había nacido en Polonia, en el arroyo, había pasado hambre en Nueva York, había trabajado veinte horas al día en Vermont, en Ohio, en Iowa, había hecho aquella cosa bella, su lechería.

Abrumado, encorvado, dando vueltas al sombrero, casi llorando, protestó: «Doctor Pickerbaugh, yo hago todo lo que dicen los médicos que hay que hacer. ¡Conozco las lecherías! ¡Ahora llega este joven y dice que, porque uno de mis hombres tiene un catarro, mato a los niños pequeños con leche infectada! Se lo aseguro, la lechería es mi vida, y preferiría ahorcarme a vender una gota de leche en malas condiciones. Ese joven tiene alguna razón perversa. He preguntado. Resulta que es un gran amigo del Consejo Central

de Trabajadores. ¡Bueno, va a sus reuniones! ¡Y ellos quieren hundirme!».

A Martin le daba lástima aquel viejo tembloroso, pero nadie le había acusado nunca de traición. Dijo hoscamente:

—Puede usted considerar más tarde las acusaciones personales contra mí, doctor Pickerbaugh. Mientras tanto le sugiero que haga venir a algún especialista para que compruebe mis resultados; propongo a Long de Chicago o a Brent de Minneapolis o alguien así.

—Yo... yo... yo —el Kipling y el Billy Sunday de la sanidad parecía tan afectado como Klopchuk—. Estoy seguro de que aquí nuestro amigo no se propone realmente presentar acusaciones contra usted, Mart. Está sobrecitado, naturalmente. ¿No podemos simplemente tratar a ese individuo que tiene la infección de estreptos sin molestar a nadie?

—¡Está bien, si quiere tener usted una epidemia grave aquí, hacia el final de su campaña!

—Sabe usted perfectamente que yo haría cualquier cosa por evitar... ¡Aunque quiero que comprenda usted claramente que no tiene nada que ver con mi campaña para el Congreso! Se trata solo de que le debo a mi ciudad el cumplimiento más escrupuloso del deber para salvaguardarla de la enfermedad, y la aplicación más decidida de...

Después de su despliegue oratorio, Pickerbaugh telefoneó al doctor J. C. Long, el bacteriólogo de Chicago.

El doctor Long daba la impresión de haber hecho el viaje en tren en un refrigerador. Martin nunca había visto un hombre tan libre de la poesía y la filantropía fluida de Almus Pickerbaugh. Era flaco, preciso, sin labios, sin solapas, con anteojos, y se peinaba con raya al medio. Escuchó fríamente a Martin, luego aún más fríamente a Pickerbaugh, luego gélidamente a Klopchuk, hizo su inspección e informó: «El doctor Arrowsmith parece conocer su oficio perfectamente, es indudable que aquí hay peligro, aconsejo cerrar la lechería, mi minuta son cien dólares, gracias, no, no me quedaré a cenar, tengo que coger el tren a última hora de la tarde».

Martin se fue a casa y le dijo bufando a Leora: «Ese hombre era tan amable como una ensalada de pepino, pero Dios santo, Lee, al verle tan libre de sandeces me entraron unas ganas terribles de volver a la investigación; de dejar a todos estos humanitarios que están tan ocupados dedicándose a proclamar lo mucho que aman a la gente que no tienen tiempo de ocuparse de ella y la dejan morir. Me revienta ese hombre, pero... Me pregunto qué estará haciendo esta noche Gottlieb. ¡El viejo alemán gruñón! Apuesto... apuesto a que está hablando de música o de algo parecido con un grupo de terribles intelectuales. ¿No te gustaría ver otra vez a ese viejo loco? En fin, solo un par de minutos. ¿No te he contado nunca lo de aquella vez que hice una tintura de tripanosomas tan buena que...?... Ah, ya te lo conté...».

Martin supuso que con el cierre temporal de la lechería se había acabado el problema. No se había hecho cargo de lo herido que se sentía Klopchuk. Supo que Irving Watters, que era el médico de Klopchuk, estaba enfadado cuando se vieron y le gruñó: «¿De qué vale eso de ser un alarmista, Mart?». Pero lo que no sabía era cuántas personas de Nautilus habían sido confidencialmente informadas de que aquel Arrowsmith estaba a sueldo de los matones del sindicato.

### III

Dos meses antes, cuando Martin había hecho su inspección anual de fábricas, se había encontrado con Clay Tredgold, el director (por herencia) de la Compañía de Molinos de Acero. Había oído que Tredgold, un hombre refinado pero hablador de cuarenta y cinco años, se desenvolvía como envuelto en una túnica de púrpura en las esferas más elevadas de la sociedad de Nautilus. Después de la inspección, Tredgold le instó: «Siéntese, doctor; fúme un puro y explíqueme todo lo que haya que explicar sobre la sanidad».

Martin se sentía receloso. En la mirada afable de Tredgold había un destello sardónico.

—¿Qué quiere saber usted sobre la sanidad?

—Oh, quiero saberlo todo.

—Lo único que yo sé es que a sus hombres les cae usted bien. Por supuesto no tiene lavabos suficientes en esos servicios de la segunda planta, y todos ellos juran que es que va a instalar usted otros inmediatamente. Si les cae usted tan bien como para mentir en contra de sus propios intereses, debe de ser un buen jefe, y creo que le dejaré a usted seguir con el asunto... ¡hasta la próxima inspección! Bueno, tengo prisa.

Tredgold le miró con una sonrisa resplandeciente.

—Mi querido amigo, he estado engañando durante tres años a Pickerbaugh. Me alegro de haberle conocido. Y la verdad es que creo que puedo poner ahí unos cuantos lavabos más... justo antes de su próxima inspección. ¡Adiós!

Después del asunto Klopchuk, Martin y Leora se encontraron con Clay Tredgold y una esbelta y espléndida mujer, su esposa, a la salida de un cine.

—¿Quiere que les lleve, doctor? —dijo Tredgold.

Luego, en el camino, propuso: «No sé si son ustedes partidarios de la ley seca como Pickerbaugh, pero si no lo son me gustaría que viniesen a casa y ofrecerles el combinado

más noble que se haya elaborado aquí desde que se impuso la ley seca en el condado de Evangeline. ¿Les parece razonable la propuesta?».».

—Hace años que no oía una tan razonable —dijo Martin.

La casa de los Tredgold estaba en la cima de la colina más alta (seis metros completos por encima del nivel general de la llanura) de Ashford Grove, que es el Back Bay<sup>[8]</sup> de Nautilus. Era un edificio colonial, con una solana, un vestíbulo de paneles blancos y un salón en azul y plata. Martin procuró no mostrar la menor sorpresa mientras entraban allí charlando con la señora Tredgold, pero era la casa más bonita en que había entrado en toda su vida.

Mientras Leora se sentaba en el borde de su silla como alguien que piensa que es probable que le echen, y la señora Tredgold se sentaba inclinada hacia adelante como buena anfitriona, Tredgold agitaba la coctelera y prodigaba cortesías:

—¿Cuánto tiempo lleva ya aquí, doctor?

—Casi un año.

—Pruebe esto. Le diré una cosa, a mí me parece que no es usted del tipo del amigo Salvación Pickerbaugh.

Martin sintió que debía alabar a su jefe pero, para asombro agradecido de Leora, se levantó rápidamente y se puso a perorar con algo parecido al mejor estilo de Pickerbaugh:

—Caballeros de las Industrias del Molino de Acero, dado que no hay nadie que haya contribuido tanto al progreso de nuestra sociedad, y aunque sepa muy bien que están incurriendo impunemente en todas las infracciones de las leyes de sanidad en las que el inspector no puede cazarles, deseo rendir tributo a su notorio respeto a la sanidad, el patriotismo y los cócteles y añadido que solo con que tuviese un ayudante más voluntarioso que el joven Arrowsmith, llegaría a ser, con permiso de ustedes, presidente de los Estados Unidos.

Tredgold aplaudió. La señora Tredgold afirmó: «¡Es clavado al doctor Pickerbaugh!». Leora pareció sentirse orgullosa, y su marido también.

—Me alegra tanto que estén libres de toda esa basura socialista de Pickerbaugh —dijo Tredgold.

Esta suposición despertó algo fuerte y defensivo en Martin:

—Oh, me importa un pito lo socialista que él sea... signifique eso lo que signifique. Yo no sé nada de socialismo. Pero ya que he ido y me he puesto a hacer una imitación de él... supongo que fue quizás desleal... pero el hecho es que no me gusta gran cosa esa oratoria que es tan impetuosa que no deja sitio para los datos. Pero lo cierto es, Tredgold,

que la culpa la tiene, en parte, gente como esa Asociación de Manufactureros de usted. Son ustedes los que le empujan a discursar. Yo soy un hombre de laboratorio... o más bien deseo a veces serlo. Me gusta tratar con cifras exactas.

—A mí me pasa igual. Era muy bueno en matemáticas en Williams —dijo Tredgold.

Martin y él pasaron inmediatamente a hablar de educación, maldiciendo las universidades por fabricar licenciados como salchichas. Martin, cuando se dio cuenta, estaba haciendo confidencias sobre «variables» y Tredgold proclamó que nunca había querido hacerse cargo de la fábrica ancestral, sino especializarse en astronomía.

Leora estaba confesando a la afable señora Tredgold lo cautamente que la esposa de un subdirector tenía que economizar y la señora Tredgold la confortaba con aquella voz suya acariciadora: «Lo sé. Yo pasé un período muy difícil después de la muerte de papá. ¿Has probado en esa pequeña modista sueca de Crimmins Street, a dos puertas de la iglesia católica? Es muy lista, y muy barata».

Martin había encontrado, por primera vez desde que se había casado, una casa en la que se sentía completamente feliz; Leora había encontrado, en alguien con la elegancia desenvuelta que ella siempre había temido y odiado, la primera mujer con la que podía hablar de Dios y del precio de la felpa. Salieron de sí mismos sin que se rieran de ellos.

A medianoche, cuando los encantos de la bacteriología y de la felpa estaban empezando a palidecer, sonó fuera de la casa un estruendo de bocina de automóvil, y poco después irrumpió un individuo gordo y colorado que les fue presentado como el señor Schlemihl, presidente de la Compañía de Seguros del Cinturón Cerealero de Nautilus.

Era todo un personaje de la aristocracia de Ashford Grove, más incluso que Clay Tredgold, pero, aunque penetró como un bárbaro invasor en el salón azul y plata, Schlemihl era cordial:

—Me alegro de conocerle, doctor. Bueno, Clay, me alegro muchísimo de que hayas encontrado otro intelectual con el que hablar. Yo, Arrowsmith, soy simplemente un pobre y viejo vendedor de seguros. Clay siempre anda hablando de lo tonto y lo inculto que soy. Bueno, Clay, querido, ¿me vas a hacer un cóctel o no? ¡Vi que estaban las luces encendidas! ¡Te vi aquí hablando y explicando lo listo que eres! ¡Vamos! ¡Mezcla!

Tredgold mezcló, extensamente. Antes de que hubiese acabado, apareció también, sin ser invitado, el joven Monte Mugford, bisnieto del santificado pero patilludo Nathaniel Mugford, que había fundado el Colegio Mugford. Se preguntó por la presencia de Martin, le encontró humano, le dijo que él era humano, e hizo todo lo posible, de un modo bastante competente, para ponerse a la altura con los cócteles.

Sucedió así que, a las tres la mañana Martin, estaba cantando ante un público laudatorio la balada que había aprendido de Gustaf Sondelius:



*Tenía unos ojos oscuros y errantes,  
y le colgaba en bucles el cabello,  
era una buena chica, una chica decente,  
pero del género bohemio.*

A las cuatro, los Arrowsmith habían sido aceptados por el círculo más frenéticamente elegante de Nautilus, y a las cuatro y media fueron llevados a su casa por Clay Tredgold a una velocidad que no era ni legal ni apropiada.

#### **IV**

Había en Nautilus un club de campo que era el eje de lo que llamaban la Sociedad, pero había también una tribu de tal vez doce familias en el sector de Ashford Grove que, aunque iban al club de campo a jugar al golf, miraban por encima del hombro a los otros jugadores, se mantenían aislados y se consideraban más de Chicago que de Nautilus. Se turnaban recibándose unos a otros, daban por supuesto que todos eran bienvenidos en cualquier fiesta que diese cualquiera de ellos, y a ninguna de esas fiestas se invitaba a nadie que no perteneciese al Grupo, salvo migrantes de ciudades mayores y autónomos esporádicos como Martin. Eran una apretada y pequeña guarnición en una ciudad pagana.

Los miembros del Grupo eran muy ricos, y uno de ellos, Montgomery Mugford, sabía un poco sobre su bisabuelo. Vivían en mansiones Tudor y villas italianas tan nuevas que las extensiones cicatrizadas de césped no habían hecho más que empezar a crecer. Tenían grandes coches y grandes bodegas, aunque no contenían nada más que ginebra, whisky, vermut y unas cuantas botellas sagradas de un champán bastante dulce. Todos los miembros del Grupo estaban familiarizados con Nueva York (paraban en el St. Regis o en el Plaza, iban a comprar ropa y a descubrir pequeños restaurantes elegantes) y cinco de las doce parejas habían estado en Europa; habían pasado una semana en París, proponiéndose ir a galerías de arte y yendo, en realidad, a los engaños más caros de Montmartre.

Martin y Leora se encontraron con que eran bienvenidos en el Grupo como parientes pobres. Les invitaban a cenas corales, a comidas dominicales en el club de campo. Fuese cual fuese el acontecimiento, siempre acababa en viajes rápidos en coche a algún sitio, en tomar unas copas, y en insistir en que Martin volviese a «hacer esa imitación del doctor Pickerbaugh».

Además de andar en coche, beber y bailar con la Victrola, la principal diversión del Grupo eran las cartas. Curiosamente, en aquel grupo completamente inmoral, no había coqueteos; hablaban con una libertad considerable de «sexo», pero todos parecían monógamos, todos felizmente casados o temerosos de no parecerlo. Sin embargo, cuando Martin llegó a conocerles mejor oyó rumores sobre maridos que tenían «asuntos» en Chicago, de esposas que cogían hombres jóvenes en hoteles en Nueva York, y olfateó un desasosiego frenético por debajo de la calma sexual superficial.

No se sabe si Martin llegó a aceptar alguna vez del todo como erudito-caballero al Clay Tredgold que estaba dedicado a todo lo relativo a la astronomía salvo estudiarla, o a Monte Mugford como el aristócrata de noble cuna, pero admiró los coches del Grupo, sus baños con ducha, los vestidos de la Quinta Avenida, los bombachos de tweed y las casas decoradas un tanto impersonalmente por jóvenes de Chicago. Descubrió nuevas salsas y cubertería de plata vieja. Empezó a considerar la ropa de Leora no simplemente una cosa práctica con la que cubrirse, sino una posible expresión de sensibilidad y buen gusto, y se daba cuenta con irritación de lo descuidada que era ella.

En Nautilus, sola, diciendo raras veces mucho sobre sí misma, Leora se había ido creando una pequeña vida propia, muda e intensa. Pertenecía a un club de *bridge*, e iba solemnemente sola al cine, pero su ambición era conocer Francia y eso era algo que la fascinaba. Se trataba de un viejo deseo, de origen misterioso y mantenido durante mucho tiempo en secreto, pero ahora súbitamente suspiraba:

—Sandy, la única cosa que quiero hacer, tal vez dentro de diez años, es ver la Touraine y Normandía y Carasona. ¿Crees que podremos?

Raras veces había pedido Leora algo. Martin se sintió conmovido y desconcertado al verla leer libros sobre Bretaña, al sorprenderla con una gramática francesa muy simplificada, diciendo: «*J'ay... j'aye...* maldita sea, no hay manera!».

—Lee, querida —le dijo— si quieres ir a Francia... ¡Escucha! ¡Algún día iremos allí con un par de mochilas a la espalda y recorreremos ese viejo país de un extremo a otro!

—Sabes que si te aburríes, Sandy —dijo ella agradecida pero dudosa—, siempre podrías ir a ver el trabajo que hacen en el Instituto Pasteur. Oh, me gustaría vagabundear, solo una vez, entre altas paredes enyesadas, ir a uno de los pequeños cafés estrambóticos que hay allí y ver pasar a los hombres con esos fajines rojos tan raros y esos pantalones azules abombados. ¿Crees de verdad que podremos alguna vez?

Leora era extrañamente popular en el Grupo de Ashford Grove, aunque no poseyese nada de lo que Martin llamaba su «elegancia». A ella siempre le faltaba un botón por lo menos. La señora Tredgold, que cuando mejor carácter tenía era cuando era la menos piadosa de las mujeres, la adoptó decididamente.

Nautilus había dudado siempre de Clara Tredgold. La señora de Almus Pickerbaugh decía que «no ha participado en ninguna actividad para la mejora de la ciudad». Se había

contentado durante años con cultivar sus rosas, hacerse sus sorprendentes sombreros, cuidarse las manos con crema de almendras y escuchar las historias indecorosas de su marido... y había sido durante años una mujer solitaria. En Leora percibió una despreocupación interesada igual a la suya. Las dos mujeres pasaban tardes sentadas en la solana, leyendo, arreglándose las uñas, fumando cigarrillos, sin decir nada, en una atmósfera de confianza mutua.

Con las otras mujeres del Grupo, Leora nunca tenía tanta intimidad como con Clara Tredgold, pero les gustaba, sobre todo porque era una herética cuyos vicios, el fumar, la indolencia, su gusto por las palabrotas eficaces, perturbaban a la señora Pickerbaugh y a la señora de Irving Watters. El Grupo solía aprobar todo lo que era anticonvencional... salvo las cosas anticonvencionales de tipo económico que podían ser una amenaza para su fácil y cómoda riqueza. Leora tomaba el té, o un cóctel, sola con la joven y nerviosa señora de Monte Montgomery, que había sido la debutante de pies más ligeros de Des Moines cuatro años antes, y a la que le resultaba odiosa ahora la llegada de su segundo bebé; y fue con Leora con la que la señora Schlemihl, aunque públicamente juguetona y serena con el cebón de su marido, estalló diciendo: «Si ese hombre se atreviese incluso solo a ponerme la zarpa encima, a acercarse a mí... ¡a babosearme! ¡No soporto estar aquí! ¡Pasaré el invierno en Nueva York... sola!».

Al infantil Martin Arrowsmith, tan indigno de las viejas y tranquilas sabidurías de Leora, no le gustaba que la aceptasen en el Grupo. Cuando aparecía con un corchete desabrochado o con el pelo como un nido de cuervo, él se preocupaba y le hacía comentarios sobre su «dejadez» que más tarde lamentaba.

—¿Por qué no puedes dedicar un poco de tiempo a procurar estar atractiva? ¡No tienes otra cosa que hacer, demonios! ¿Es que ni siquiera puedes coserte un botón, Dios Santo?

Pero Clara Tredgold se reía: «Leora, yo creo que tienes una espalda muy bonita, pero ¿te importa que te recoja el pelo por detrás antes de que vengan los otros?».

Después de una fiesta que duró hasta las dos, en que la señora Schlemihl había llevado el vestido nuevo de Lucile's y Jack Brundidge (durante el día presidente y director de ventas de la Compañía de Harinas de Maíz) había bailado lo que afirmó beligerantemente que era una polca polaca, cuando Martin y Leora se dirigían a casa en un coche prestado del Departamento de Sanidad, él masculló irritado: «Lee, ¿por qué no te tomas alguna vez la molestia de fijarte en la ropa que llevas? Esta mañana mismo... o ayer por la mañana... ibas a arreglarte ese vestido azul, y que yo sepa lo único que has hecho en todo el santo día ha sido estar sentada leyendo, y luego vas y sales con ese traje bordado ratonesco...».

—¡Para el coche! —gritó ella.

Martin frenó, asombrado. Los faros hicieron ridículamente importante una valla de alambre espinosa, una mata de algodoncillo, una sombría extensión de carretera de grava.

—¿Quieres que me convierta en una beldad de harén? —exigió Leora—. Podría. Podría ser una fresca. Pero nunca me he tomado la molestia. Mira, Sandy, no estoy dispuesta a pelearme contigo. O soy la esposa tonta y descuidada que soy, o no soy nada. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres una princesa real como Clara Tredgold o me quieres a mí, que me importa un pito a dónde vamos o qué hacemos siempre que estemos juntos y nos apoyemos? Te preocupas mucho. Estoy harta de esto. Venga, di. ¿Qué quieres?

—Solo te quiero a ti. Pero no puedes entender... no soy simplemente un arribista... quiero que los dos seamos iguales en cualquier cosa en la que nos metamos. Desde luego no veo por qué deberíamos ser inferiores a esta gente, en *nada*. ¡Querida, salvo tal vez Clara, son solo contables ricos! Pero nosotros somos auténticos soldados de fortuna. Esa Francia que amas tanto... ¡algún día iremos allí, y el presidente francés estará esperando en la estación para recibirnos! ¿Por qué tenemos que dejar que alguien haga algo mejor de lo que podemos hacerlo nosotros? ¡Técnica!

Hablaron durante una hora en aquel sitio insulso, entre las venenosas hileras de alambre espinoso.

Al día siguiente, cuando Orquídea entró en el laboratorio y suplicó, con la añoranza de la juventud: «Oh, doctor Martin, ¿no va a volver nunca por nuestra casa?». Él la besó tan briosa, tan alegremente, que hasta una jovencita moderna y alocada podría haberse dado cuenta de que era insignificante.

## V

Martin comprendió que era probable que fuese el próximo director del departamento. Pickerbaugh le había dicho: «Su trabajo es muy satisfactorio. Solo hay una cosa que le falta a usted, amigo mío: entusiasmo por unirse a la gente y dar un tirón largo y un tirón fuerte, los dos al mismo tiempo. Pero quizás eso le venga cuando tenga más responsabilidades».

Martin procuró buscarle el gusto a lo de dar tirones largos y fuertes al mismo tiempo, pero se sentía como un hombre al que le obligan a llevar unos leotardos amarillos en un desfile cívico.

«Jolines, puede que me vea en apuros cuando me convierta en director», se decía irritado. «Me pregunto si los habrá que consiguen lo que la gente llama “triunfar” y luego les parece odioso... Bueno, de todos modos, pondré en marcha un sistema decente de estadísticas vitales en el departamento antes de que se me echen encima. ¡No cederé! ¡Lucharé! ¡Conseguiré triunfar!»



## CAPÍTULO 23

Puede que fuese un ansia de dar una dosis concentrada de inspiración tan potente que ningún ciudadano de Nautilus se volviese a atrever jamás a estar enfermo, o tal vez que el doctor Pickerbaugh desease una pequeña y razonable publicidad para su campaña electoral, pero la verdad es que la Feria de la Salud que el buen hombre organizó fue sobrecogedora.

Consiguió una asignación extra de la Junta de Concejales; presionó a todas las iglesias y asociaciones para que cooperasen; hizo prometer a los periódicos que publicarían a diario tres columnas de alabanzas.

Alquiló el «tabernáculo» de madera bastante maltrecho en el que el reverendo señor Billy Sunday, el evangelista, había erradicado recientemente todo pecado en la comunidad. Preparó una serie de novedosas iniciativas. Los boy-scouts debían hacer instrucción allí a diario. Había una cabina de la Asociación Pro Templanza de Mujeres Cristianas en la que clérigos eminentes y otros fisiólogos demostrarían los males del alcohol. En una cabina bacteriológica, y pese a sus protestas, Martin (con una astrosa chaqueta blanca) tenía que hacer cosas divertidas con tubos de ensayo. Una dama antinicotina de Chicago se ofreció a matar un ratón cada media hora inyectando en él papel de cigarrillo pulverizado. Las gemelas Pickerbaugh, Arbuta y Gladiola, que tenían ya seis años de edad, debían mostrar al público cómo había que cepillarse los dientes, y así lo hicieron, hasta que un granjero de sesenta años del que habían inquirido cariñosamente: «¿Se lava usted los dientes todos los días?», dio una respuesta atronadora: «No, pero voy a daros unos azotes en el trasero todos los días y empezaré ahora mismo».

Ninguna de estas novedades era tan emocionante como la Familia Eugénica, que se habría ofrecido voluntariamente, por solo cuarenta dólares al día, para dar ejemplo de los beneficios de las prácticas sanitarias.

Eran padre, madre y cinco hijos, todos tan bellos y fuertes que habían estado recientemente presentando refinadas exhibiciones acrobáticas en el Circuito de Cursos de Verano. Ninguno de ellos fumaba, bebía, escupía en la acera, utilizaba lenguaje impropio ni comía carne. Pickerbaugh les asignó la caseta principal en el estrado que había ocupado en tiempos, sacerdotalmente, el reverendo señor Sunday.

Había exposiciones rutinarias: cabinas con gráficos y banderolas y folletos. El Octeto Salucito de los Pickerbaugh dio recitales y hubo conferencias a diario, la mayoría de ellas de Pickerbaugh o de su amigo el doctor Bissex, entrenador de fútbol y profesor de Higiene y de la mayoría de las otras materias en el Colegio Mugford.

Fueron invitadas a acudir y a «transmitir sus mensajes» una docena de celebridades, entre las que se incluían Gustaf Sondelius y el gobernador del estado, pero sucedió, por desgracia, que ninguno de ellos pareció tener posibilidad de desplazarse hasta allí aquella semana concreta.

La Feria de la Salud se inauguró con éxito y multitudes. Hubo un pequeño malentendido el primer día. La Asociación de Maestros Panaderos habló con firmeza a Pickerbaugh sobre el cartel: «Demasiado pastel produce piorrea» de la caseta de la dieta. Pero ese cartel imprudente y destructor de la prosperidad se retiró inmediatamente, y la feria pasó a anunciarse a continuación en todas las panaderías de la ciudad.

El único participante que no se sentía feliz era, al parecer, Martin. Pickerbaugh había preparado para él un laboratorio expositivo que, salvo porque no tenía agua corriente y porque las normas antiincendios le prohibían utilizar cualquier tipo de llama, era exactamente igual que uno real. Martin vertía, a lo largo de todo el día, una solución de tinta roja de un tubo de ensayo a otro, examinaba cuidadosamente con su microscopio nada en absoluto y contestaba a las preguntas de personas que querían saber cómo mata uno las bacterias después de que las ha capturado cuando andaban nadando por ahí.

Leora era su ayudante, muy guapa y recatada con un uniforme de enfermera, exasperante en extremo cuando se reía por lo bajo al oír a Martin maldecir entre dientes. Encontraron un amigo en el bombero de servicio, un individuo espléndido con historias sobre los gatos del parque de bomberos y sin tendencia alguna a hacer preguntas sobre bacteriología. Fue él el que les mostró cómo podían fumar sin problema. Detrás de la exposición Limpieza y Prevención de Incendios, que consistía en una Casa Sucia en miniatura con fechas rojas que mostraban dónde podría iniciarse un incendio y una Casa Limpia extremadamente barnizada, había una alcoba con una ventana rota que se llevaba el humo de sus cigarrillos. A aquel santuario se retiraban Martin, Leora y el bombero aburrido una docena de veces al día, y conseguían así soportar la semana.

Sucedió otra desgracia. El sargento de policía que acudió, no para vigilar sino para ver el espectáculo encantador del ratón agonizando víctima de papel de cigarrillo, se detuvo delante de la cabina de la Familia Eugénica, se rascó la cabeza, corrió a la comisaría de policía y regresó con ciertas fotografías.

—Hum —le dijo a Pickerbaugh—. Esa Familia Eugénica. ¿No fuman ni beben ni nada?

—¡En absoluto! Y fíjese en su magnífica salud.

—Hum. Será mejor que les vigile. No estropearé su espectáculo, doctor... nosotros, la gente del ayuntamiento, tenemos que estar unidos. No les echaré de la ciudad hasta después de la feria. Pero son la banda Holton. El hombre y la mujer no están casados, y solo uno de los críos es suyo. Han estado en la cárcel por vender licor a los indios, pero su especialidad, antes de entrar en la educación, solía ser el timo sexual. Mandaré a un agente de paisano para que les vigile. Menudo espectáculo que ha organizado usted aquí, doctor.

Debería dar a esta ciudad una última lección sobre el valor de los métodos sanitarios actualizados. ¡Buena suerte! Por cierto, ¿ha elegido ya a su secretario para cuando vaya al Congreso? Tengo un sobrino que es un hacha en mecanografía y taquigrafía, y es un chico inteligente y sabe mantener la boca cerrada sobre las cosas que no son de su incumbencia. Se lo mandaré para que tenga una charla con usted. Hasta la vista.

Pero salvo una vez que cazó al padre de la Familia Eugénica aliviando la tensión de ser públicamente sano a base de un largo, gorgoteante y extático trago de una petaca, Pickerbaugh no encontró nada malo en su conducta, hasta el sábado. Todo marchó sobre ruedas, hasta entonces.

Nunca una feria había sido una lección moral comparable a aquella, ni obtenido tanta publicidad. Todos los periódicos del distrito electoral le dedicaban columnas, y en todas ellas, incluso en las de los periódicos de tendencia demócrata, se mencionaba la campaña de Pickerbaugh.

Luego, el sábado, el último día de la feria, llegó la tragedia.

Llovió muchísimo, el techo se llenó de goteras y a la señora que estaba al cargo de la Cabina de la Casa Saludable, en la que también había goteras, hubo que llevarla a casa amenazada de neumonía. Al mediodía, cuando la Familia Eugénica estaba haciendo una demostración de vigor perfecto, su vástago más pequeño tuvo un ataque epiléptico y, antes de que se calmara la agitación, la dama antinicotina de Chicago fue atacada por una dama contraria a la vivisección, también de Chicago, cuando asesinaba triunfalmente a un ratón.

Alrededor de las dos damas y del desdichado ratón se congregó una multitud. La dama contraria a la vivisección llamó a la dama antinicotina asesina, desvergonzada y atea, todo lo cual soportó la dama antinicotina, que se limitó a llorar un poco y a llamar a la policía. Pero luego la dama antivivisección clamó: «Y en cuanto a sus pretensiones de saber algo de ciencia, ¡usted no es ninguna científica!». La dama antinicotina saltó entonces con un grito de su estrado, hundió sus dedos en el cabello de la dama antivivisección y manifestó con toda claridad: «¡Te demostraré ahora mismo si sé algo de ciencia!».

Pickerbaugh intentó separarlas. Martin, situado felizmente con Leora y su amigo el bombero al lado, no mostró ningún deseo de hacerlo. Ambas damas se volvieron contra Pickerbaugh denostándole, y, cuando se las llevaron, él se convirtió en el centro de un millar de risillas, corriendo claramente el peligro de no llegar nunca al Congreso.

A las dos, cuando había amainado la lluvia, cuando los visitantes de después de comer habían llegado y la historia de las damas anti corría de boca en boca, el bombero se retiró detrás de la exposición Limpieza y Prevención de Incendios para el cigarrillo que se fumaba cada hora. Era un bomberito muy soñoliento y desdichado; pensaba en la agradable estación de incendios y en las interminables partidas de *pinacle*. Tiró la cerilla, que no estaba bien apagada, en el porche trasero de la Casa Limpia modelo. La Casa Limpia había sido limpiada tan primorosamente que era como leña empapada de keroseno. Brotó una llamarada y, en un instante, el inmenso y sombrío Tabernáculo ardió histéricamente. La



multitud corrió hacia las salidas.

Naturalmente, la mayoría de las salidas originales del Tabernáculo habían sido bloqueadas con cabinas. Hubo un pánico vociferante y algunos niños empezaron a resultar pisoteados.

Almus Pickerbaugh no era ni cobarde ni lento. De pronto, como surgido de la nada, atravesó el Tabernáculo al frente de sus ocho hijas, cantando «Dixie», la cabeza alta, los ojos terribles, los brazos extendidos en súplica. La multitud se detuvo débilmente. Y él, con la voz de un capitán de barco, consiguió que se tranquilizaran y le siguieran al exterior y luego se precipitó de nuevo en las temibles llamas.

En el edificio empapado por la lluvia no había prendido el fuego. El bombero, con Martin y el jefe de la Familia Eugénica, combatían las llamas. Lo único que resultó destruido fue la Casa Limpia, y la multitud que había huido aterrada volvió llena de asombro. Su héroe era Pickerbaugh.

Al cabo de dos horas, los periódicos de Nautilus vomitaban números especiales que explicaban que Pickerbaugh no solo había organizado la lección más grande sobre la sanidad pública nunca vista, sino que además, gracias a su valor y a su capacidad de mando, había salvado a cientos de personas de ser aplastadas, lo que sería, más tarde, probablemente la única cosa del todo exacta que se haya dicho sobre el doctor Almus Pickerbaugh en diez mil columnas de publicidad periodística.

Ya fuese para ver la feria, a Pickerbaugh, los encantadores restos de un desastre u otra pelea entre las damas anti, lo cierto es que media ciudad se empeñó en acudir al Tabernáculo aquella noche y cuando Pickerbaugh ocupó el estrado para su discurso de clausura fue aclamado frenéticamente. Al día siguiente, cuando emprendió la última semana de su campaña, era el mandamás de todo el distrito.

## *II*

Su adversario era un abogadillo quisquilloso cuya fuerza residía en su experiencia. Había sido senador del estado, vicegobernador, juez de condado. Pero el lema demócrata, «Pickerbaugh el candidato improvisado» quedó ahogado por la admiración hacia el héroe de la Feria de la Salud. Se paseaba en su automóvil proclamando: «Me presento porque quiero el cargo, pero porque quiero tener también la posibilidad de llevar a toda la nación mis ideales de salud». Había carteles por todas partes que decían:

Para el Congreso

PICKERBAUGH,

*el médico poeta de pelo en pecho.*

*Haz que gane esta elección*

*y libraré de gérmenes a toda la nación.*

Se celebraron actos multitudinarios. Pickerbaugh era amplio y vago respecto a sus proyectos políticos. Sí, se oponía a que entrásemos en la guerra europea, pero aseguraba, lo aseguraba sin lugar a dudas, que era partidario de utilizar toda la fuerza de nuestro Gobierno para poner fin a aquella terrible calamidad. Sí, era partidario de unas tarifas elevadas, pero debían ajustarse de manera que los campesinos de su distrito pudiesen comprarlo todo barato. Sí, era partidario de sueldos altos para todos los trabajadores, pero se mantenía firme como una roca, como un peñasco, como una morrena, para proteger la prosperidad de todos los fabricantes, comerciantes y propietarios de bienes raíces.

Mientras atronaba esta campaña grande, discurría en Nautilus otra más pequeña y mucho más hábil, para reelegir como alcalde a un tal señor Pugh, amado jefe de Pickerbaugh. El señor Pugh se sentaba bonitamente en los escritorios y era agradable y prometía cosas a todo el mundo que iba a verle; eclesiásticos, jugadores, veteranos de la reserva, representantes de circos, policías y damas de razonable virtud... todo el mundo salvo quizás los agitadores socialistas, de los que protegía firmemente a la asediada ciudad. Pickerbaugh elogiaba en sus discursos a Pugh por «esa firme integridad y esa pronta comprensión con la que su señoría había respaldado todos los movimientos dirigidos a la prosperidad pública», y cuando Pickerbaugh (con toda honestidad) suplicó, «señor alcalde, si yo voy al Congreso debe usted nombrar en mi lugar a Arrowsmith; él no sabe nada de política pero es incorruptible», Pugh hizo su promesa y reinó la amistad en la tierra... Nadie dijo nada en absoluto sobre el señor F. X. Jordan.

F. X. Jordan era un contratista con un generoso interés por la política. Pickerbaugh le llamaba tramposo, y la última vez que había sido elegido Pugh (había sido en una Plataforma de Reforma, aunque desde entonces se había convencido a la reforma de que debía portarse bien y ser práctica), tanto Pugh como Pickerbaugh habían calificado a Jordan de «fuerza maligna». Pero el alcalde Pugh era muy bondadoso y en la elección del momento no dijo nada que pudiese herir los sentimientos del señor Jordan, y ¿qué podía hacer el señor Jordan a cambio, más que hablar favorablemente sobre el señor Pugh en los hogares donde se vendía alcohol ilegalmente y en las casas de mala fama?

La noche de las elecciones, Martin y Leora figuraban entre los que aguardaban los resultados en casa de los Pickerbaugh. Estaban confiados. A Martin nunca le había emocionado gran cosa la política, pero se sentía entonces estimulado por la nerviosa pretensión de indiferencia de Pickerbaugh, por el informe telefónico desde la oficina de la prensa: «Este es el Ayuntamiento de Willow Grove... ¡Pickerbaugh por delante, dos a

uno!», por las multitudes que pasaban ante la casa aullando: «¡Pickerbaugh, Pickerbaugh, Pickerbaugh!».

A las once, la victoria estaba asegurada y Martin, con las tripas debilitadas por la inseguridad, comprendió que era ya director de salud pública, con la responsabilidad de setenta mil vidas.

Miró melancólicamente hacia Leora y halló seguridad en su sonrisa muda.

Orquídea había estado estirada y distante con Martin durante toda la velada, y desenfadadamente habladora y afectuosa con Leora. Entonces le arrastró hasta el salón de atrás y «así que me iré a Washington... ¡y a usted no le importa nada!» dijo, los ojos turbios y cándidos e indefensos. Él la abrazó murmurando: «¡Niña querida, no puedo dejar que te vayas!». Cuando volvía andando a casa pensaba menos en lo de ser director que en los ojos de Orquídea.

Por la mañana refunfuñó: «¿Es que nadie aprende nunca nada? ¿He de vigilarme y seguir siendo un idiota toda la vida? ¿Acaso no acaban terminando todas las historias?».

No volvió a verla después de eso, salvo en el andén de la estación.

Leora reflexionó sorprendentemente después de que se hubiesen ido los Pickerbaugh: «Sandy, querido, sé lo que sientes por la pérdida de tu Orquídea. Es algo así como si se fuese la Juventud. Es un bombón, sin duda. De verdad, entiendo muy bien lo que sientes, y te comprendo perfectamente... Es decir, siempre, claro, que no vuelvas a verla en la vida».

### **III**

Sobre el anuncio del Nautilus Cornfield había este vigoroso titular:

**GANÁ ALMUS PICKERBAUGH**

*El Primer Científico Elegido para el Congreso*

*Colega de Darwin y Pasteur*

*Consigue un puesto en la dirección de*

*la Nave del Estado*

La dimisión de Pickerbaugh debía tener efecto inmediatamente; explicó que iba a Washington antes de que se iniciase su período en el cargo, a estudiar métodos legislativos y poner en marcha su propaganda para la creación de un Ministerio de Sanidad nacional. Había una lucha considerable en torno al nombramiento de Martin en su lugar. Klopchuk, el lechero, estaba furioso; Irving Watters susurraba a otros médicos colegas suyos que Martin era probable que ampliase las clínicas gratuitas socialistas; F. X. Jordan tenía a un médico joven y razonable como candidato suyo. Fueron los miembros del Grupo de Ashford Grove, Tredgold, Schlemihl, Monte Mugford, los que lo consiguieron.

Martin acudió a ver a Tredgold y le preguntó, preocupado: «¿Me quiere la gente? ¿Debo luchar contra Jordan o dejarlo?».

—¿Luchar? —dijo Tredgold balsámicamente—. ¿Por qué? Yo poseo una buena parte de las acciones del banco que ha prestado varias sumas sustanciosas al alcalde Pugh. Déjame a mí.

Martin fue nombrado al día siguiente, pero solo como director interino, con un salario de tres mil quinientos dólares en vez de cuatro mil.

No se le ocurrió siquiera pensar que había sido nombrado por lo que él habría llamado una «política tramposa».

El alcalde Pugh le llamó y le dijo:

—Doctor, ha habido una cierta oposición a usted, porque es usted joven y mucha gente no le conoce. No me cabe la menor duda de que podré otorgarle el nombramiento completo más tarde... si comprobamos que es usted competente y popular. Entretanto será mejor que procure no hacer nada temerario. No tiene más que venir aquí y pedirme consejo. Yo conozco mejor que usted esta ciudad y a la gente que cuenta en ella.

#### *IV*

El día que Pickerbaugh salió para Washington se organizó una fiesta. De doce a dos, en el Armory, la Cámara de Comercio proporcionó a todos los que llegaron un almuerzo de salchichas de Frankfurt calientes, donuts y café con goma de mascar para las mujeres y puritos Little Dandy de Scheweinhugel hechos en Nautilus.

El tren salió a las tres y cincuenta y cinco. La estación estaba llena hasta los topes, para asombro de los inocentes pasajeros del tren que miraban boquiabiertos desde las ventanillas.

Junto a la plataforma trasera, sobre un peligroso cajón de embalaje, se encontraba el

alcalde Pugh. La Banda Corneta de Plata de Nautilus interpretó tres selecciones patrióticas, luego Pickerbaugh se situó en la plataforma, rodeado de su familia, y se le llenaron los ojos de lágrimas contemplando a la multitud.

—Por una vez —tartamudeó—, creo que no puedo hacer un discurso. Maldita sea, ¡estoy completamente bloqueado! Pensaba hablar muchísimo, pero lo único que puedo decir es: «¡Os quiero a todos, estoy tremendamente agradecido, os representaré lo mejor que pueda, vecinos! ¡Que Dios os bendiga!».

El tren partió, Pickerbaugh diciendo adiós mientras podía verles.

Y Martin le dijo a Leora: «Oh, es un tipo estupendo. Él... ¡No, nada de eso! El mundo siempre está dejando que haya tipos que impongan estupideces solo porque son de buen corazón. Y aquí he estado sentado yo detrás como un cobarde, sin decir nada, viendo cómo soltaban esa ventolera de palabrería por todas partes. Oh, maldita sea. ¿Es que no hay nada simple y natural en este mundo? En fin, vamos al despacho, y empezaré a hacer las cosas conscientemente y horriblemente mal».

## CAPÍTULO 24

No puede decirse que Martin mostrase gran habilidad para la organización, pero con él el Departamento de Salud Pública cambió completamente. Eligió como ayudante suyo al doctor Rufus Ockford, un animoso joven recomendado por el decano Silva de Winnemac. El trabajo rutinario, reconocimiento de bebés, cuarentenas, folletos, avisos y carteles antituberculosis, continuó como antes.

La inspección de las cañerías y de los alimentos pasó a ser tal vez más rigurosa, porque Martin carecía de la alegre fe de Pickerbaugh en los inspectores legos, a uno de los cuales sustituyó, para considerable enfado de la colonia de alemanes del distrito de Homedale. Se planteó también la eliminación de ratas y pulgas, y pasó a considerar las estadísticas vitales como algo más que un registro de nacimientos y muertes. Tenía ideas sobre su valor que le resultaban de lo más divertido al empleado del Departamento de Sanidad. Quería un registro de la influencia de la raza, la ocupación y una docena de factores más en la tasa de morbilidad.

La principal diferencia pasó a ser que Martin y Rufus Ockford se encontraron con muchísimo ocio. Martin calculó que Pickerbaugh debía de haber utilizado la mitad de su tiempo en la tarea de ser inspirador y elocuente.

Cometió su primer error al encomendar a Ockford que pasase parte de la semana en la clínica gratuita de la ciudad, además de los dos médicos que trabajaban allí media jornada. Eso provocó un ataque de furia en la Asociación Médica del condado de Evangeline. Irving Watters se acercó a la mesa de Martin en el restaurante.

—He oído que has aumentado el personal de la clínica —le dijo.

—Sí.

—¿Piensas aumentarlo aún más?

—Podría ser una buena idea.

—Oye, Mart, mira. Como sabes, la señora Watters y yo hemos hecho todo lo humanamente posible por daros la bienvenida a Leora y a ti. Me alegra hacer todo lo que pueda por un condiscípulo de Winnemac. ¡Pero al mismo tiempo, hay límites, sabes! No es que ponga objeciones a que ofrezcas servicios clínicos gratuitos. Me parece que es una buena cosa tratar gratis a la maldita clase pobre holgazana y piojosa, y dejar a los que dejan a deber y no pagan fuera de los libros de los médicos normales. Pero al mismo tiempo, si empiezas a convertir en una práctica alentar a un montón de gente que puede permitirse

pagar, a ir y recibir tratamiento gratuito, y atacas prácticamente la integridad de los médicos de esta ciudad, que han dedicado Dios sabe cuánto de su tiempo a la caridad...

La respuesta de Martin no fue ni prudente ni competente: «Irve, querido, ¡por qué no te vas al infierno!».

Después de ese incidente, no se hablaban ya cuando se encontraban.

Martin descubrió que podía sumergirse beatíficamente en el laboratorio sin perjuicio de su trabajo rutinario. Al principio se dedicaba solo a trajinar por allí, pero no tardó en ponerse en marcha, olvidándose de todo salvo de su experimento.

Estaba ensayando con cultivos aislados de diversas lecherías y de diversas personas, pensando principalmente en Klopchuk y en los estreptococos. Descubrió accidentalmente que la producción de hemolisina era muy abundante en la sangre de cordero, en comparación con la sangre de otros animales. ¿Por qué disolvían los hematíes de la sangre de los corderos los estreptococos con más facilidad que los hematíes de la sangre de los conejos?

No cabe duda de que un atareado bacteriólogo del Departamento de Sanidad no tiene ningún derecho a desperdiciar el tiempo público satisfaciendo su curiosidad, pero el sabueso rastreador que había en Martin expulsó al rutinario fiel.

Dejó a un lado el examen de un número amenazadoramente creciente de esputos tuberculosos y se dedicó a intentar aclarar el asunto de la hemolisina. Quería que el estreptococo produjese su veneno destructor de sangre en cultivos de veinticuatro horas.

Fracasó bella y emocionantemente, y se pasó luego horas sentado meditando. Probó primero con un cultivo de seis horas. Mezcló el fluido flotante de un cultivo centrifugado con una suspensión de glóbulos rojos y lo introdujo en la incubadora. Cuando volvió, dos horas después, los glóbulos rojos estaban disueltos.

Telefonó a Leora: «¡Lee! ¡Tengo algo! ¿Puedes preparar un bocadillo y bajar hasta aquí a última hora?».

—Por supuesto —dijo Leora.

Cuando apareció, le explicó que su descubrimiento era accidental, que la mayoría de los descubrimientos científicos eran accidentales, y que ningún investigador, por grande que fuese, podía hacer algo más que comprobar el valor de los resultados que había obtenido al azar.

Había madurez y bastante irritación en el tono con que lo explicaba.

Leora se quedó sentada en un rincón, rascándose la barbilla, leyendo una revista médica. De vez en cuando le calentaba café, sobre una indecisa llama Bunsen. Cuando

llegó por la mañana el personal de la oficina, encontraron algo que solo raras veces había ocurrido durante el régimen de Almus Pickerbaugh: el director del departamento estaba trasplantando cultivos y en una mesa larga estaba su esposa, dormida.

—Pon orden aquí, Rufus —le gritó Martin al doctor Ockford—, y hazte cargo por hoy del departamento... yo no estoy... estoy muerto... y o, oye, lleva a Leora a casa y fríele un par de huevos, y podría estar bien además un emparedado Denver del Sunset, ¿lo harás?

—Por supuesto, jefe —dijo Ockford.

Martin repitió su experimento, probando los cultivos para hemolisina después de dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce, catorce, dieciséis y dieciocho horas de incubación. Descubrió que la máxima producción de hemolisina se daba entre las cuatro y las diez horas. Intentó extraer la fórmula de producción... y se quedó desolado. Bufaba de rabia, sudaba. Descubrió que sus matemáticas eran pueriles, y que toda su ciencia estaba oxidada. Desperdió mucho tiempo con la química, padeció con las matemáticas y empezó lentamente a reunir sus resultados. Creía que podría tener un artículo para la revista de enfermedades infecciosas.

Almus Pickerbaugh había publicado artículos científicos... muchos. Los había publicado en la *Revista Médica del Medio Oeste* (era uno de sus catorce directores). Había descubierto el germen de la epilepsia y el germen del cáncer... dos gérmenes del cáncer completamente distintos. Solía llevarle una quincena hacer un descubrimiento, escribir el artículo y que se lo aceptaran. Martin carecía de esa facilidad admirable.

Experimentaba, reexperimentaba, maldecía, mantenía levantada a Leora, le enseñó a hacer cultivos, y le disgustaron sus opiniones sobre el agar. Fue grosero con la taquígrafa; el pastor de la iglesia congregacionista Jonathan Edwards no pudo conseguir que fuese a hablar a la clase de Biblia ni una sola vez; y pasaron meses sin que tuviese terminado su artículo.

El primero que protestó fue Su Excelencia el alcalde. De vuelta de una partida extremadamente agradable de *chemin de fer* con F. X. Jordan, cuando atajaba por la calleja de detrás del ayuntamiento, el alcalde Pugh vio a Martin a las dos de la madrugada introduciendo melancólicamente tubos de ensayo en la incubadora, mientras Leora fumaba sentada en un rincón. Al día siguiente le llamó para regañarle.

—Doctor, no quiero entrometerme en su departamento... mi especialidad es no entrometerme nunca, pero desde luego me sorprende que después de haber sido adiestrado por un promotor de setenta caballos de potencia como Pickerbaugh, no sepa usted que es una completa estupidez pasar tanto tiempo en el laboratorio, cuando sabe que puede contratar a un empleado de laboratorio de primera por treinta pavos a la semana. Lo que debería hacer usted es burlarse un poco de esos quejicas que andan siempre criticando a la administración y tratarles como se merecen. Vaya usted a hablar a las iglesias y a los clubs, y ayúdeme a difundir las ideas por las que luchamos.



«Tal vez tenga razón», consideró Martin. «Soy un bacteriólogo horroroso. Lo más probable es que no consiga nunca terminar este experimento. Mi trabajo aquí es impedir que los que mascan tabaco escupan. ¿Tengo derecho a desperdiciar el dinero del contribuyente en cualquier otra cosa?»

Pero esa semana leyó, en un comunicado emitido por el Instituto McGurk de Biología de Nueva York, que el doctor Max Gottlieb había sintetizado anticuerpos *in vitro*.

Se imaginó al saturnino Gottlieb, no disfrutando del triunfo ni mucho menos, sino con la puerta cerrada, denostando a los periódicos por sus informes exagerados sobre su trabajo; y, al imaginarlo, se hizo claro y patente que Martin era como un alférez estacionado en una isla desierta que se entera de que su antiguo regimiento va a partir camino de una agradable guerra en la frontera.

Luego estalló la furia de los McCandless.

## II

La señora McCandless había sido en tiempos una «criada»; luego enfermera, luego confidente, luego esposa del inválido señor McCandless, mayorista de alimentos y propietario de inmuebles. Cuando él murió ella lo heredó todo. Hubo un pleito, por supuesto, pero ella tenía un abogado excelente.

Era una mujer hosca, sin gracia, turbia y mezquina, incluso ninfomaniaca. La alta sociedad de Nautilus no la invitaba, pero en su salón sin ventilar, en el sofá mohoso, recibía a vejstorios astrosos, flatulentos y casados, a un joven policía al que prestaba a menudo dinero y al político-contratista F. X. Jordan.

Esta señora poseía, en Swede Hollow, la casa de pisos de alquiler más sucia de Nautilus. Martin había hecho un mapa de tuberculosis de estos pisos de alquiler y, en pláticas con el doctor Ockford y Leora, los había tachado de madrigueras asesinas. Quería destruirlos, pero la autoridad policial del director de sanidad pública era imprecisa. Pickerbaugh había disfrutado de la posesión de un gran poder solo porque nunca lo utilizaba.

Martin solicitó una orden judicial para demoler los pisos de la señora McCandless. El abogado de ella era también el abogado de F. X. Jordan, y el testigo más elocuente contra Martin era el doctor Irving Watters. Pero dio la casualidad de que, debido a la ausencia del juez titular, pasó a decidir sobre el caso una persona ignorante y honesta que invalidó el requerimiento judicial obtenido por el abogado de la señora McCandless y comunicó al Departamento de Sanidad Pública que podía utilizar los métodos que las ordenanzas municipales dispusiesen para las emergencias.

Esa noche Martin comunicó al joven Ockford: «¿No supondrás ni por un momento, verdad, Rufus, que la señora McCandless y Jordan no apelarán? Librémonos de esos pisos mientras sea relativamente legal hacerlo, venga».

—Por supuesto, jefe —dijo Ockford, y añadió—: Bueno, siempre podremos irnos a Oregón y ejercer allí como médicos si nos dan la patada. Además, podemos confiar en nuestro inspector sanitario. Jordan sedujo a su hermana, hace unos seis años.

Al amanecer, una brigada dirigida por Martin y Ockford, con monos azules, alegres y alborotadores, invadió los pisos de McCandless, sacó a los inquilinos a la calle y empezó a echar abajo los frágiles edificios. A mediodía, cuando aparecieron los abogados y los inquilinos estaban ya en pisos nuevos requisados por Martin, la brigada de derribo prendió fuego a las plantas más bajas y, en media hora, el edificio quedó aniquilado.

F. X. Jordan acudió al escenario de los hechos después de comer. Un sucio Martin y un Ockford cubierto de polvo estaban tomando un café que les había llevado Leora.

—Bueno, muchachos —dijo Jordan—, os habéis echado el problema encima. Pero si alguna vez queréis repetir el asunto, utilizad dinamita y ahorraréis un montón de tiempo. En fin, me caéis bien muchachos... siento mucho tener que haceros lo que tengo que haceros. Pero que los santos os ayuden porque es solo cuestión de tiempo el que aprendáis a no hacer diabluras con la sierra circular.

### *III*

Clay Tredgold admiró su incendio provocado de novatos y comentó con regocijo: «¡Estupendo! Voy a apoyar al Departamento de Sanidad Pública en todo lo que haga».

A Martin no le complació demasiado la promesa, porque el grupo de Tredgold era un tanto exigente. Habían decidido que Martin y Leora fuesen espíritus libres como ellos, y divertidos, pero habían decidido también, mucho antes de que los Arrowsmith hubiesen accedido a una existencia auténtica al trasladarse a Nautilus, que el Grupo tenía un monopolio de toda la Libertad y la Diversión, y esperaban que los Arrowsmith comparecieran a los cócteles y al póquer todas las noches de sábado y domingo. No podían entender por qué Martin podía querer pasar el tiempo en un laboratorio, trabajando duramente con algo llamado «estreptolisina», que no tenía nada que ver con cócteles, coches de motor, molinos de viento de acero o seguros.

Una noche, tal vez una quincena después de la destrucción de los pisos de McCandless, Martin estaba trabajando tarde en el laboratorio. Ni siquiera estaba haciendo experimentos que pudiesen haber divertido al Grupo, como nublar líquidos con colonias bacterianas, o cambiar cosas de color. Estaba simplemente sentado a una mesa, buscando

en unas tablas logarítmicas. No estaba Leora y Martin murmuraba: «Maldita sea, ¿por qué tuvo que ponerse mala hoy?».

Tredgold y Schlemihl y sus esposas se dirigían a la Old Farmhouse Inn. Habían telefoneado al piso de Martin y se habían enterado de dónde estaba. Desde la calleja de detrás del ayuntamiento pudieron atisbar y verle, taciturno y abandonado.

—Sacaremos de ahí a ese muchacho para que se divierta un poco. Primero, vayamos a casa y preparemos unos cuantos cócteles y vendremos con ellos a darle una sorpresa —fue la inspiración que tuvo Tredgold.

Media hora después, Tredgold entró en el laboratorio con mucho alboroto.

—¡Bonita manera de pasar una noche de primavera a la luz de la luna, joven Arrowsmith! Venga, vamos a ir todos a bailar un poco. Coge el sombrero.

—Jolines, Clay, ya me gustaría, pero la verdad es que no puedo. Tengo que trabajar; no tengo más remedio.

—¡Tonterías! No seas bobo. Has estado trabajando demasiado. Mira... echa un vistazo a lo que te trae papá. Sé razonable. Tómate un buen cóctel y verás las cosas con una nueva luz.

Martin aceptó esto último sin problema, pero no pasó por ello a ver las cosas con una nueva luz. Tredgold no aceptaba un No. Martin siguió negándose, afectuosamente, luego con cierta acritud. Schlemihl, que estaba esperando fuera, presionó el botón de la bocina y lo mantuvo presionado, causando un clamor exigente e indignante que hizo gritar a Martin: «¡Por amor de Dios, sal y dile que pare ya con eso, quieres, y dejadme en paz! ¡Tengo que trabajar, me oyes!».

Tredgold le miró fijamente un momento.

—¡Por supuesto que sí! No acostumbro a imponer mis atenciones a la gente. ¡Perdóname por molestarte!

Cuando Martin se dio cuenta hoscamente que debía disculparse, el coche ya se había ido. Al día siguiente y a lo largo de la semana, esperó que Tredgold telefonara y Tredgold esperó a que telefonara él, y cayeron en un círculo vicioso de hostilidad. Leora y Clara Tredgold se vieron una o dos veces, pero se sentían incómodas, y una quincena después, cuando el médico más destacado de la ciudad cenó con los Tredgold y atacó a Martin calificándole de joven engreído y estrecho de miras, ambos escucharon y asintieron.

La oposición a Martin cobró fuerza inmediatamente.

Varios médicos estaban en contra de él, no solo por la ampliación de las clínicas gratuitas sino porque rara vez solicitaba su ayuda y nunca su consejo. El alcalde Pugh

consideraba que carecía de tacto. Klopchuk y F. X. Jordan le atacaban calificándole de deshonesto. A los periodistas les caía mal por su secretismo y su esporádica brusquedad. Y el Grupo había dejado de defenderle. Martin era más o menos consciente de todas estas fuerzas, e imaginaba que dudosos hombres de negocios, vendedores de helados y de leche en malas condiciones, propietarios de tiendas sin las condiciones sanitarias adecuadas y de pisos sucios, hombres que habían odiado siempre a Pickerbaugh pero que habían tenido miedo a atacarle a causa de su popularidad, estaban agrupándose tras ellas para destruir todo el Departamento de Sanidad Pública... En aquel período llegó a apreciar el valor de Pickerbaugh y amó al departamento como un soldado.

El alcalde Pugh acabó insinuando que Martin se ahorraría problemas dimitiendo. Pero él no estaba dispuesto a dimitir. Ni a acudir a los ciudadanos mendigando apoyo. Hacía su trabajo y se apoyaba en la seguridad de Leora, procurando ignorar a sus detractores. Pero era imposible.

En las noticias de la prensa y en comentarios irónicos de tres líneas de los editoriales se dejaban caer insinuaciones sobre su despotismo, su ignorancia, su inexperiencia. Una anciana murió después de recibir tratamiento en la clínica y el forense insinuó que había sido culpa «del ayudante favorito de nuestro todopoderoso funcionario de sanidad». En algún lugar surgió el apodo «el aprendiz de zar» para Martin, y la idea cuajó.

En las murmuraciones de las comidas de los clubs, en discusiones en la asociación de padres y profesores, en una protesta directa firmada que se remitió al alcalde, se acusaba a Martin de una inspección de la leche demasiado estricta, de una inspección de la leche insuficientemente estricta; de permitir que se dejase basura sin recoger, de perseguir y acosar a los recogedores de basura agobiados de trabajo; y cuando se produjo un caso de viruela en el barrio bohemio, hubo quien dijo que Martin había ido hasta allí personalmente para poner el asunto en marcha.

Por imprecisos que fuesen los ciudadanos sobre la naturaleza de la maldad de Martin, en cuanto perdieron la fe en él la perdieron completa y alegremente, y dieron la bienvenida al rumor, en apariencia de origen espontáneo, de que había traicionado a su benefactor, su amado doctor Pickerbaugh, seduciendo a Orquídea.

Este interesante toque de inmoralidad puso en contra suya a todas las iglesias de moda. El pastor de la iglesia congregacionista Jonathan Edwards pronunció un sermón sobre «El pecado en las altas esferas», aludiendo en él a «cierto individuo que, mientras finge estar salvaguardando como un zar a la ciudad de peligros completamente imaginarios, hace guiños al vicio secreto que impera en lugares ocultos; cierto individuo que se alía con las fuerzas de la corrupción y del mal y con los indeseables que viven a costa de los honestos pero engañados trabajadores; cierto individuo que no puede levantarse, como un hombre de verdad entre los hombres, y decir: “Tengo un corazón limpio y unas manos limpias”».

Si bien es verdad que algunos de los miembros de la alborozada congregación pensaron que se refería al alcalde Pugh, y otros se lo aplicaron a F. X. Jordan, los

ciudadanos avispados vieron que era un valeroso ataque contra el monstruo de la lujuria traicionera, contra el doctor Arrowsmith.

Hubo exactamente dos religiosos en toda la ciudad que le defendieron: el padre Costello de la iglesia católica irlandesa y el rabino Rovine. Daba la casualidad de que eran muy buenos amigos y que no tenían relaciones muy amistosas con el pastor de la iglesia congregacionista Jonathan Edwards. Intimidaron a sus congregaciones; los dos dijeron: «La gente anda por ahí criticando a nuestro director de sanidad. Si queréis formular acusaciones, hacedlo abiertamente. No estoy dispuesto a escuchar insinuaciones cobardes. ¡Permitidme que os diga que esta ciudad es afortunada por tener un funcionario de sanidad que es un hombre honrado y que sabe de verdad algo!».

Pero sus congregaciones eran pobres.

Martin comprendió que estaba perdido. Intentó analizar su impopularidad.

«No es solo un complot de Jordan y el enfado de Tredgold y la columna vertebral débil de Pugh. Es culpa mía. No soy capaz de salir y adular a la gente y conseguir que me dé permiso para ayudar a velar por ella. Y no estoy dispuesto a explicarles lo importantísimo que es mi trabajo... que es hoy la única cosa que les preserva a todos ellos de morir inmediatamente. Parece ser que un funcionario en un estado democrático tiene que hacer esas cosas. Pues bien, ¡yo no estoy dispuesto a hacerlo! Pero en fin, tengo que idear algo o castrarán todo el departamento.»

Tuvo una inspiración. Si estuviese allí Pickerbaugh podría aplastar, o suavizar amorosamente, a la oposición. Recordó lo que le había dicho al despedirse: «Bueno, hijo mío, aunque me voy a Washington, este Trabajo estará tan próximo a mi corazón como lo ha estado siempre, y si realmente me necesitase, no tiene más que avisarme y vendré dejándolo todo».

Le escribió insinuando que le necesitaba mucho.

Pickerbaugh contestó a vuelta de correo (¡el bueno de Pickerbaugh!). Pero la respuesta fue: «No sabe lo mucho que siento no poder abandonar Washington en este momento; estoy seguro, sin embargo, de que exagera usted en su vehemencia la fuerza de la oposición; escríbame libremente, cuando quiera».

—Era mi último cartucho —le dijo Martin a Leora—. Estoy liquidado. El alcalde Pugh me despedirá, en cuanto regrese de su viaje de pesca. He fracasado de nuevo, querida.

—No es ningún fracaso, y tienes que comer un poco de ese magnífico filete, y lo que haremos ahora... En realidad es hora ya de que nos pongamos en marcha... no soporto estar parada en un sitio —dijo Leora.

—No sé lo que voy a hacer. Tal vez pudiese conseguir un trabajo en Hunziker. O volver a Dakota e intentar ejercer allí. Lo que me gustaría es convertirme en un campesino

y conseguir una escopeta grande y echar a todos los ciudadanos cristianos entusiastas del lugar. Pero, por el momento, seguiré aquí. Aún podría ganar... solo harían falta un par de milagros y la intervención divina. ¡Oh Dios, qué cansado estoy! ¿Volverás al laboratorio conmigo esta noche? Esta vez lo dejaré pronto, de verdad... tal vez antes de las once.

Había terminado su artículo sobre la investigación de la estreptolisina, y se tomó un día libre para ir a Chicago y charlar sobre él con uno de los directores de la *Revista de Enfermedades Infecciosas*. Cuando salió de Nautilus se sentía confuso. Se había sorprendido alegrándose de librarse de Wheatsylvania y de poder irse a la gran Nautilus. El tiempo marchaba hacia atrás, el progreso estaba aniquilado y se sentía perdido en un laberinto de futilidad.

El director de la revista ensalzó su artículo, lo aceptó y solo propuso un cambio. Martin tenía que esperar a que saliera su tren. Recordó que Angus Duer estaba en Chicago, en la Clínica Rouncefield, una organización privada de médicos especialistas que compartían costes y beneficios.

La clínica ocupaba catorce habitaciones de un edificio de veinte plantas construido (o así lo recordaba desde luego Martin) a base de mármol, oro y rubíes. La sala de recepción, centrada sobre una vasta chimenea de piedra, era como el salón de un magnate del petróleo, pero no se trataba en modo alguno de un lugar de ocio. La joven de la puerta le pidió a Martin los síntomas y la dirección. Un botones corrió con su nombre a una enfermera, que voló a las oficinas interiores. Antes de que apareciese Angus, Martin tuvo que esperar un cuarto de hora en una sala de recepción más pequeña, más rica y aún más desconcertante. Por entonces estaba tan sobrecogido que habría permitido que los cirujanos de la clínica le operasen de cualquier mal que se les pudiese ocurrir en el momento.

En la Facultad de Medicina y en el Hospital General de Zenith, Angus Duer había sido bastante eficiente, pero ahora tenía diez veces más seguridad en sí mismo. Se mostró cordial; invitó a Martin a salir a tomar un té casi como si de verdad quisiese hacerlo; pero Martin se sentía a su lado joven, rústico e inepto.

Se lo ganó comentando: «¿Irving Watters? ¿Estaba en Digam? No estoy seguro de acordarme de él. Ah, sí... era uno de esos idiotas que son la maldición de todas las profesiones».

Cuando Martin le explicó esquemáticamente su conflicto en Nautilus, Angus propuso: «Lo mejor que podrías hacer sería venirte aquí, al Rouncefield, con nosotros como patólogo. Nuestro patólogo se va de aquí a unas semanas. Podrías hacer el trabajo, perfectamente. ¿Estás ganando tres mil quinientos al año ahora? Bueno, yo creo que podrías conseguirte cuatro mil quinientos, para empezar, y luego, más adelante, podrías convertirte en miembro asociado de la clínica y participarías en todos los beneficios. Dime si te interesa. Rouncefield me dijo que buscara alguien».

Con este recurso de reserva y agradecido a Angus, Martin regresó a Nautilus e inició la guerra. Cuando el alcalde Pugh volvió no le despidió, pero nombró por encima de él,

como director titular, a un amigo de Pickerbaugh, el doctor Bissex, entrenador de fútbol y director sanitario del Colegio Mugford.

Lo primero que hizo el doctor Bissex fue despedir a Rufus Ockford, lo que le llevó cinco minutos; luego salió para hablar en un acto de la Asociación de Jóvenes Cristianos, después regresó apresuradamente e invitó a Martin a dimitir.

—¡Y un cuerno! —dijo Martin—. Vamos, sea sincero, Bissex. Si quiere despedirme, hágalo, pero dejemos las cosas claras. Yo no dimitiré, y si me echa creo que llevaré el asunto a los tribunales, y puede que consiga sacar a la luz cosas suficientes sobre usted y sobre Su Excelencia y sobre Frank Jordan como para que tenga que andarse con mucho cuidado con lo que hace aquí.

—¡Vamos, doctor, qué forma de hablar! Por supuesto que no le despediré —dijo Bissex, en el tono del que ha hablado con estudiantes difíciles y con equipos de fútbol perezosos—. Siga con nosotros todo lo que quiera. Solo que, por razones de economía, ¡he de reducir su salario a ochocientos dólares al año!

—Está bien, redúzcalo y váyase al cuerno —dijo Martin.

Le pareció muy bien y muy original cuando lo dijo, pero menos ya cuando Leora y él descubrieron que, con el alquiler fijado por contrato, no podrían vivir con menos de mil dólares al año por muchas economías que hiciesen.

Viéndose ya libre de responsabilidad, empezó a formar su propia facción, para salvar el departamento. Reunió al rabino Rovine, al padre Costello, a Ockford, que iba a seguir en la ciudad ejerciendo la medicina por su cuenta, al secretario del Comité Obrero, a un banquero que consideraba a Tredgold «un fresco», y al dentista de la clínica del instituto, un tipo excelente.

—Con gente como esa respaldándome, puedo hacer algo —se ufanó con Leora—. Voy a mantenerme firme. No puedo consentir que el Departamento de Sanidad Pública se convierta en una Asociación de Jóvenes Cristianos. Bissex tiene toda la palabrería de Pickerbaugh sin su honradez y su vigor. ¡Puedo derrotarle! No soy gran cosa como ejecutivo, pero estaba empezando a visualizar un departamento que sería sólido y no gaseoso... que salvaría a niños e impediría epidemias. No cederé. ¡Ya verás!

Su comité presentó una petición al Club Comercial, y durante un tiempo estuvieron seguros de que el reportero jefe del *Frontiersman* iba a apoyarles, «tan pronto como pudiera conseguir que su director se sobrepusiese al miedo a un conflicto». Pero la beligerancia de Martin estaba debilitada por la vergüenza, porque nunca tenía dinero suficiente para pagar las facturas, y no estaba acostumbrado a que le acusasen tenderos airados, a recibir cartas de apremio, a tener que estar discutiendo en la puerta con cobradores impertinentes. Él, que había sido un dignatario de la ciudad unos días antes, tenía que soportar: «¡Ya está bien, pague usted de una vez, sinvergüenza, o llamaré a un policía!». Cuando la vergüenza se había convertido en terror, el doctor Bissex redujo

súbitamente su salario otros doscientos dólares.

Martin irrumpió en la oficina del alcalde para discutir el asunto y se encontró a F. X. Jordan sentado con Pugh. Era evidente que ambos sabían de la segunda reducción y que lo consideraban muy gracioso.

Convocó a su comité. «Llevaré esto a los tribunales», bramó.

—Magnífico —dijo el padre Costello; y el rabino Rovine dijo: «Jenkins, ese abogado radical, llevaría el caso gratuitamente».

El prudente banquero comentó: «No tendrás nada que puedas llevar a los tribunales hasta que no te despidan sin causa. Bissex tiene perfecto derecho a bajarte el sueldo todo lo que quiera. Las regulaciones municipales solo fijan el sueldo del director y de los inspectores. Tú no tienes nada que decir».

Martin protestó con un floreo melodramático: «¡Y supongo que no tengo nada que decir si ellos destruyen el departamento!»

—Absolutamente nada, si la ciudad no se esfuerza por impedirlo.

—¡Bien, pues me esforzaré yo! ¡Estoy dispuesto a morir de hambre antes que renunciar!

—Te morirás de hambre si no renuncias, y tu mujer también. Bueno, mi plan es el siguiente —dijo el banquero—. Pasa al ejercicio privado de la medicina aquí, yo te financiaré para que consigas un consultorio... y cuando llegue el momento, quizás de aquí a cinco o diez años, nos reuniremos de nuevo y conseguiremos colocarte como director titular.

—Diez años esperando... ¿en *Nautilus*? Ni hablar. Estoy liquidado. Soy un completo fracaso... ¡a los treinta y dos años! Dimitiré. Me iré de aquí —dijo Martin.

—Sé que me encantará Chicago —dijo Leora.

#### IV

Martin escribió a Angus Duer. Fue nombrado patólogo en la Clínica Rouncefield. Pero, escribió Angus, «no podrían de momento ver del todo la manera de pagarle cuatro mil quinientos al año, aunque estaban contentos de llegar a dos mil quinientos».

Martin aceptó.



## V

Cuando los periódicos de Nautilus anunciaron que Martin había dimitido, los buenos ciudadanos se rieron: «¿Dimitido? Le echaron a patadas, eso fue lo que pasó». Uno de los periódicos incluyó una cándida indirecta:

*Es probable que en nosotros, los animales humanos pecadores, sea inevitable una cierta dosis de hipocresía, pero cuando un funcionario público intenta presentarse como un santo mientras se entrega a todos los vicios, e intenta ocultar su grosera ignorancia y su incompetencia valiéndose de influencias políticas, y se convierte en un espectáculo lamentable no siendo capaz de hacer bien ni siquiera lo de utilizar las influencias políticas, entonces hasta el más empecatado de todos nosotros, viejos bribones, empieza a clamar pidiendo el hacha.*

Pickerbaugh escribió a Martin desde Washington:

*Lamento muchísimo que haya dimitido de su cargo. No sabe usted hasta qué punto me siento decepcionado, después de todos los esfuerzos que hice para enseñarle y para que se familiarizase con mis ideales. Bissex me informa de que, debido a la crisis de las finanzas municipales, tuvo que reducirle temporalmente el sueldo. En fin, yo, personalmente, habría preferido trabajar para el Departamento de Sanidad Pública sin cobrar nada durante un año y ganarme la vida como vigilante nocturno que renunciar a luchar defendiendo todo lo que es decente y constructivo. Lo siento. Le estimaba mucho, y su deserción, el que vuelva a ejercer en privado la medicina solo por la ganancia monetaria, el que se venda por lo que supongo que es un emolumento muy elevado, constituye uno de los mayores golpes que he tenido que soportar últimamente.*

## VI

Mientras iban de camino a Chicago, Martin pensaba en voz alta:

—Nunca imaginé que pudiesen darme una paliza como esta. No quiero volver a ver

jamás en la vida un laboratorio ni una oficina de sanidad pública. Lo único que me interesa ya es ganar dinero.

«Supongo que lo más probable es que esa Clínica Rouncefield no sea nada más que una trampa dorada... asustar a los pobres millonarios para que pasen por todos los exámenes y pruebas y tratamientos fantásticos que pueda soportar una clientela. ¡Espero que sea eso! Espero ser un médico de un grupo comercial el resto de mi vida. ¡Espero tener el buen sentido de serlo!

»Todos los hombres sabios son bandidos. Son leales a sus amigos, pero desprecian a los demás. ¿Por qué no, cuando la masa en general les desprecia si *no son* bandidos? Angus Duer tuvo el sentido de darse cuenta de esto desde el principio, desde que estaba en la Facultad de Medicina. Probablemente sea un técnico perfecto como cirujano, pero sabe que lo único que consigues es aquello a lo que le puedes echar el guante. ¡Hay que ver los años que me ha llevado a mí aprender lo que él supo desde del principio!

»¿Sabes lo que haré? Trabajaré en la Clínica Rouncefield hasta que gane unos treinta mil al año, y entonces llamaré a Ockford y pondré en marcha una clínica propia, yo como internista y jefe de todo asunto, y ganaré todo el dinero que pueda.

»Sí señor, si lo que la gente quiere es un poco de curación y un montón de tapicería, lo tendrán... y pagarán por ello.

»Nunca pensé que llegaría a fracasar así... que llegaría a convertirme en un comerciante y no querer ser nada más. ¡Y no quiero ser nada más, créeme! ¡Se acabó!»

## CAPÍTULO 25

Luego, durante un año, cada día más largo que una noche sin sueño, aunque el año entero transcurriera a toda prisa sin acontecimientos ni estaciones ni anhelos, Martín fue un mecánico fiel en aquella fábrica médica, la más competente, la más limpia y efectiva y sin atractivo, la Clínica Rouncefield. No tenía ningún motivo de queja. La clínica tal vez hiciese demasiados exámenes radiológicos a mujeres socialmente dislocadas que necesitaban hijos y fregar suelos más que pequeñas y bonitas radiografías; es posible que enfocase todas las amígdalas con una visión demasiado codiciosa y sanguinaria; pero, desde luego, ninguna fábrica podría haber estado mejor equipada o ser más gratificadamente cara, y ninguna podría haber conducido a su crudo material humano a través de tantos procesos con tanta rapidez. El Martín Arrowsmith que había mirado por encima del hombro a Pickerbaugh y al viejo doctor Winters sentía hacia Rouncefield y Angus Duer y los otros preclaros y despiertos especialistas de la clínica solo el respeto del pobre e inseguro por el rico y astuto.

Admiraba la firmeza de propósito de Angus y la estabilidad de su método.

Angus practicaba a diario la natación o la esgrima; nadaba velozmente y era un demonio imparable con la espada. Se acostaba siempre antes de las once y media; nunca tomaba más de una copa al día; y nunca leía ni decía nada que no contribuyese a su promoción como brillante y joven cirujano. Sus subordinados sabían que el doctor Duer no dejaría nunca de llegar a tiempo, adecuadamente bien vestido, absolutamente sereno, muy frío y atrocemente desagradable con cualquier enfermera que cometiese un error o buscase una sonrisa.

Martín se habría sometido sin miedo al dorado y fogoso arrancador de amígdalas de la clínica, se habría sometido a Angus para cirugía abdominal o a Rouncefield para cualquier operación de la cabeza o del cuello, siempre que estuviese del todo seguro de que la operación era necesaria, pero nunca era capaz de elevarse hasta la fe de la clínica en que cualquier porción del cuerpo sin la que la gente pudiese concebiblemente continuar funcionando debía, sin lugar a dudas, ser extirpada sin demora.

El auténtico fallo de ese año suyo de Chicago era que no vivía a lo largo de todo su día de trabajo. Con manos rápidas, y una décima parte de su cerebro, efectuaba análisis de sangre, de orina y wassermanns, además de las raras necropsias, y durante todo ese tiempo estaba muerto, en un ataúd de azulejos blancos. En medio de los balidos de Pickerbaugh y la vigilancia constante de los mirones de Wheatsylvania, había vivido, se había enfrentado al entorno. Ahora no había nada a lo que enfrentarse.

Después del horario de trabajo, casi vivía. Leora y él descubrieron el mundo de las

librerías y de las tiendas de grabados y los teatros y los conciertos. Leyeron novelas y libros de historia y de viajes; hablaban, en cenas organizadas por Rouncefield o por Angus, con periodistas, ingenieros, banqueros, comerciantes. Vieron una obra rusa y oyeron a Mischa Elman, y leyeron al Rabelais que Gottlieb amaba. Martin aprendió a flirtear sin puerilidad, y Leora fue por primera vez a una peluquería y a una manicura, e inició sus lecciones de francés. Había llamado a Martin un «cazador de mentiras», un «buscador de la verdad». Decidieron entonces, hablando del asunto en su exiguo apartamento de dos habitaciones y cuarto, que la mayoría de la gente que se calificaba a sí misma de «buscadores de la verdad» (personas que andan de aquí para allá parlotando sobre la Verdad como si fuera una cosa separable y tangible, como las casas o la sal o el pan) más que encontrar la Verdad lo que quería era curar su prurito mental. En las novelas, aquellos buscadores de la verdad buscaban el «secreto de la vida» en laboratorios que no parecían estar provistos de llamas Bunsen ni de reactivos; o se iban, con gran dispendio y mucha incomodidad derivada de trenes asfixiantes y serpientes indeseables, a monasterios del Himalaya para aprender de sabios sin asepsia que la Mente puede hacer toda clase de cosas edificantes si uno se pasa la minucia de treinta o cuarenta años comiendo arroz y mirándose el ombligo.

A estos elevados planteamientos Martin respondía: «¡Sandeces!». Insistía en que no había ninguna Verdad sino solo muchas verdades; que la Verdad no es un pájaro de colores que hay que perseguir entre las rocas y agarrar por la cola, sino una actitud escéptica hacia la vida. Insistía en que nadie podía esperar más que, a base de obstinación o de suerte, tener la clase de trabajo con la que disfrutase y una capacidad para familiarizarse mejor con los hechos y los datos de ese trabajo que el empleado medio.

Su filosofía mecanicista no le persuadía de que estuviese progresando adecuadamente. Cuando intentaba compararse con los expertos de la clínica o con sus amigos profesionales, se sentía aún más incómodo de lo que se había sentido con las burlas desconcertantes del doctor Hesselink de Groningen. En las comidas de la clínica conocía a cirujanos de Londres, Nueva York, Boston; hombres con limusinas y posiciones sociales y la brusquedad ofensiva del individuo que tiene numerosos compromisos, o la tranquilidad aún más ofensiva de la persona a la que le divierten los que son inferiores a ella; técnicos destacados, lectores de artículos en congresos médicos, ejecutivos y controladores, sin miedo a operar con un centenar de médicos mirando, o a dar órdenes corteses y absolutamente inapelables a los subordinados; capitanes generales de la medicina, que nunca dudaban de sí mismos, grandes sacerdotes y curadores; hombres maduros y sabios y cautelosos y de una cordialidad amorfa.

Ante sus aladas presencias, Max Gottlieb parecía un anciano cascarrabias, Gustaf Sondelius un charlatán, y la ciudad de Nautilus indigna de una guerra apasionada. Cuando la suave cortesía de estas personas le acariciaba, Martin se sentía como un peón.

En largas horas de creciente franqueza y lucidez, analizaba con Leora la cuestión de «¿Qué es este Martin Arrowsmith y adónde va?», y admitía que la visión de los Cirujanos Famosos perturbaba su antigua fe en que era, en cierto modo, un individuo superior. Era Leora la que le consolaba:

—Se me ha ocurrido una descripción encantadora de tus malditos Cirujanos Famosos. Ya sabes lo educados e importantes que son y lo cautelosamente que sonríen... pues bien, ¿no te acuerdas que dijiste una vez que el profesor Gottlieb llamaba a toda esa gente «hombres de alegría medida»?

Recordó la frase; la entonaron los dos; y la convirtieron en una canción zumbante e impía:

—¡Hombres de alegría medida! ¡Hombres de alegría medida! ¡Malditos sean los grandes ejecutivos, los hombres de alegría medida, malditos sean los hombres de sonrisas cautelosas, malditos sean los hombres que dirigen los negocios, oh, maldita sea su alegría medida, malditos sean los hombres de alegría medida, oh, maldita sea su alegría medida y *malditas* sean sus sonrisas cautelosas!

## II

Mientras Martin, en un proceso discontinuo, dejaba de ser el muchacho de Wheatsylvania para convertirse en un hombre maduro, sus relaciones con Leora pasaron de la audacia leal chico-chica a la solidez perdurable. Tenían ese conocimiento mutuo que solo alcanzan los casados, unos pocos de ellos, con el que pese a todas las diferencias eran partes indisolubles de un todo comparables a lo que son el ojo y la mano. Su identificación no significaba que habitasen siempre en una beatitud color de rosa. Como estaba tan íntimamente encariñado con ella y tan seguro de ella, como la cólera y las injusticias apasionadas y vehementes son solo modos de expresar confianza, a Martin le irritaba a veces tanto Leora y se sentía tan quejoso a veces con ella como no habría podido soportar estarlo con ninguna otra mujer, ninguna encantadora Orquídea.

De vez en cuando se marchaba después de una discusión, negándose a contestar a sus preguntas, y la dejaba sola varias horas, disfrutando del conocimiento de que estaba haciéndola sufrir, de que ella estaba sola, esperando, quizás llorando. Como la amaba y además estaba encariñado con ella, se enojaba cuando era menos sedosa, menos suave, que las mujeres con las que se relacionaba en la clínica.

La señora Rouncefield era una vieja patosa y digna... a su lado Leora era resplandeciente y exquisita. Pero la señora Duer era de ámbar y hielo. Era una joven rica, vestía con distinción, hablaba en un tono burlón y melodioso de academia de señoritas, era ambiciosa y no estaba atribulada por la posesión de un corazón ni un cerebro. Era, de verdad, lo que creía ser la señora de Irving Watters.

En el sencillo esplendor del grupo de elegantes de Nautilus, la señora de Clay Tredgold había mimado a Leora y se había reído de ella cuando le faltaba una hebilla en el zapato o tronchaba un infinitivo, pero la señora Duer de zapatillas de oro estaba habituada a

reírse de la despreocupación con las risillas más corteses e inofensivas e inconfundibles.

Una vez que volvían en taxi de casa de los Duer, Martin dijo furioso:

—¿Es que no vas a aprender nunca? Me acuerdo que una vez en Nautilus paramos en una carretera del campo y hablamos hasta... oh, maldita sea, hasta cerca del amanecer, y tú ibas a esforzarte y a fijarte bien, pero ya estamos otra vez, con la misma cosa... Dios Santo, ¿no podrías siquiera tomarte la molestia de darte cuenta de que tenías una mancha de hollín en la nariz esta noche? ¡Se dio cuenta la señora Duer, claro, inmediatamente! ¿Por qué has de ser tan torpe? ¿Por qué no puedes tener un poco de cuidado? ¿Y por qué no puedes hacer un esfuerzo, además, por tener algo que decir? ¡Estuviste allí sentada toda la cena sin hacer nada...! ¡Solo estar allí sentada tan tranquila! ¿Es que no quieres ayudarme? La señora Duer probablemente ayudará a Angus a convertirse en presidente de la Asociación Médica Americana, en unos veinte años, ¡y por entonces supongo que tú me habrás hecho volver a Dakota como ayudante de Hesselink!

Leora había permanecido acurrucada a su lado en la insólita opulencia de un taxi. Se incorporó después de oír esto y, cuando habló, había perdido la independencia despreocupada con la que normalmente contemplaba la vida:

—Querido, lo siento muchísimo. Salí esta tarde, salí y fui a que me hicieran un masaje facial, para estar guapa para ti y luego, como sabía que a ti te gustaba la conversación, cogí ese librito de pintura moderna que me compré y lo estudié con todas mis fuerzas, y luego esta noche no pareció en ningún momento que se pudiera llevar la conversación hacia el tema de la pintura moderna...

Martin sollozaba, con la cabeza de ella apoyada en el hombro:

—¡Oh, pobrecita niña, asustada y acosada, intentando parecer una persona adulta con esos cazadores de dólares!

### *III*

Después del primer deslumbramiento ante el azulejo blanco y la astucia activa de la Clínica Rouncefield, Martin empezó a querer atar unos cuantos cabos sueltos de su investigación sobre la estreptolisina.

Cuando Angus Duer lo descubrió dijo: «Mira una cosa, Martin, me alegra que no hayas abandonado el interés por la ciencia, pero yo en tu caso creo que no perdería demasiadas energías en una cosa que no pasa de ser simple curiosidad. El doctor Rouncefield estaba hablando el otro día de ello. Nos alegraría que pudieses hacer toda la investigación que quisieses, solo que nos gustaría que en lo que investigases fuese en algo

práctico. Podrías hacer, por ejemplo, una tabulación de los análisis de sangre en un par de cientos de casos de apendicitis y publicarlo, eso serviría para algo, y tal vez pudieses conseguir una mención de la clínica, y recibiríamos todos un poco de crédito... y entonces tal vez pudiésemos subirte el sueldo hasta los tres mil al año».

Esta generosidad tuvo como consecuencia que se extinguiese en Martin el deseo de hacer cualquier tipo de investigación.

«Angus tiene razón. Lo que él quiere decir es que como científico estoy acabado. Lo estoy. Nunca volveré a intentar hacer algo original.»

Fue por entonces, cuando Martin llevaba un año en la clínica, cuando se publicó su artículo sobre la estreptolisina en la *Revista de Enfermedades Infecciosas*. Entregó separatas a Rouncefield y a Angus. Ellos le dijeron cosas sumamente agradables que indicaban que no habían leído el artículo, y sugirieron de nuevo lo de las tabulaciones de análisis de sangre.

Envió también una separata a Max Gottlieb, al Instituto de Biología McGurk.

Gottlieb le escribió con aquella letra suya tan negra de trazos alargados:

*Querido Martin:*

*He leído con gran placer tu artículo. Las curvas de la relación de producción de hemolisina con la edad del cultivo son iluminadoras. Le he hablado de ti a Tubbs. ¿Cuándo vendrás a trabajar con nosotros... conmigo? Aquí están esperándote tu laboratorio y un sueldo. La última cosa que yo quiero ser es un místico, pero pensé cuando vi tu membrete delicadamente grabado de una clínica y un tal Rouncefield que deberías de estar cansado ya de intentar ser un buen ciudadano y dispuesto a volver a trabajar. Nos alegraría mucho, y también al doctor Tubbs, que pudieses venir.*

*Sinceramente tuyo,*

*M. Gottlieb.*

—¡Me va a entusiasmar Nueva York, estoy segura! —dijo Leora.

## CAPÍTULO 26

El edificio McGurk. Una pared escarpada e impecable, treinta pisos de cristal y piedra caliza, al fondo del apretado triángulo desde el que Nueva York gobierna una cuarta parte del mundo.

Martin no se sintió sobrecogido por su primera visión de Nueva York; tras un año en el Loop<sup>[9]</sup> de Chicago, Manhattan parecía un lugar tranquilo. Pero cuando contempló desde el ferrocarril elevado la torre Woolworth, se sintió entusiasmado. Para él nunca había existido la arquitectura; los edificios eran moles más grandes o más pequeñas que contenían más o menos objetos interesantes. Su comentario arquitectónico más apasionado había sido: «Es un chalet bonito; debe de ser un sitio agradable para vivir». Pero en esta ocasión comentó: «Va a ser estupendo poder ver esa torre todos los días, con nubes y tormentas y demás por detrás de ella... tiene que resultar muy agradable».

Llegó allí por Cedar Street, entre camiones atronadores que transportaban mercancías procedentes de todo el mundo; llegó a las puertas de bronce del Edificio McGurk y a un pasillo de terracota excesivamente coloreada, con murales de indios andinos, piratas a toda vela por el Caribe, cargamentos de oro protegidos y las sólidas murallas de Cartagena. Al final del pasillo de Cedar Street, una calle privada de una manzana de longitud, estaba el Banco de los Andes y las Antillas (presidente del Consejo de Administración, Ross McGurk), en cuya santidad de costra dorada pelirrojos exportadores yanquis libraban giros sobre Quito, y los empleados se dirigían en jadeante español a voluminosas mujeres. En el extremo de Liberty Street un cartel indicaba: «Oficinas de pasajeros, Empresa Naviera McGurk, viajes semanales al Caribe y a América del Sur».

Martin, que había nacido en la pradera, que nunca se había alejado mucho de un paisaje de maizales, se veía transportado a tierras resplandecientes y a empresas portentosas.

En la hilera de ascensores de enrejado de bronce había uno etiquetado «Directo a Instituto McGurk». Entró en él orgulloso, sintiéndose ya una parte de aquella institución divina. Se elevaron rápidamente, y solo tuvo vislumbres de medio segundo de puertas de cristal esmerilado con carteles de empresas mineras, madereras, de ferrocarriles centroamericanos.

El Instituto McGurk puede que sea la única organización de investigación científica del mundo que tenga su sede en un edificio de oficinas. Dispone de las plantas 29 y 30 del Edificio McGurk y la azotea está dedicada a su colección de animales y a senderos de baldosas, a lo largo de los cuales (por encima del mundo de taquígrafas y contables y



afanosos caballeros que desean vender elegantes prendas de vestir a los opulentos patricios argentinos) pasean absortos científicos que sueñan con la ósmosis en la espirogira.

Martin se daría cuenta más tarde de que la sala de recepción del instituto era más pequeña, pero de un refinamiento más imponente, con sus paneles blancos y sus sillas Chippendale, que el vestíbulo de la Clínica Rouncefield. En ese momento, sin embargo, no se fijó siquiera en ella, ni reparó tampoco en la voz entrecortada de la chica que le atendió, porque en lo único que pensaba era en que estaba a punto de ver a Max Gottlieb, al que hacía cinco años que no veía.

Cuando llegó a la puerta del laboratorio, miró ávidamente.

Gottlieb seguía teniendo las mejillas chupadas como siempre, la misma piel oscura, la nariz aguileña y huesuda, unos ojos fieros e imperativos, pero el cabello había encanecido, se le hundía la carne en las comisuras de los labios, y a Martin le dieron ganas de llorar al ver la poca agilidad con que se levantaba. El viejo le miró fijamente, posándole una mano en el hombro, pero solo dijo:

—¡Ah! Qué bien... tu laboratorio está tres puertas más allá por el pasillo... Pero tengo una cosa que objetar al excelente artículo que me mandaste. Dices en él: «La regularidad del índice de desaparición de la estreptolisina parece indicar que debe buscarse una ecuación...».

—¡Pero es posible, señor!

—¿Entonces, por qué no estableciste la ecuación?

—Bueno... no sé. No tenía los conocimientos matemáticos suficientes.

—¡Pues no deberías haberlo publicado hasta que los tuvieses!

—Yo... Mire, doctor Gottlieb, ¿de verdad cree usted que sé lo suficiente para trabajar aquí? Tengo un gran deseo de triunfar.

—¿Triunfar? He oído esa palabra. ¿Es inglés? Oh, sí, es una palabra que utilizan los estudiantillos de la Universidad de Winnemac. Significa aprobar los exámenes. Pero aquí no hay ningún examen que aprobar... Martin, hablemos claro. Tú sabes un poco de técnica de laboratorio; has oído hablar de esos bacilos; no eres un buen químico y tus matemáticas... ¡puf!... ¡son algo horrible! Pero tienes curiosidad y eres obstinado. No aceptas reglas. Así que creo que podrás ser un científico muy bueno o muy malo, y si eres lo suficientemente bueno, serás popular con las señoras ricas que gobiernan esta ciudad, Nueva York, y podrás dar conferencias para ganarte la vida o incluso convertirte, si consigues ser lo suficientemente convincente, en rector de una universidad. Así que, de cualquier modo, será interesante.

Media hora después estaban discutiendo ferozmente: Martin aseguraba que el

mundo entero debía dejar de guerrear y comerciar y escribir e ir directamente a los laboratorios a observar nuevos fenómenos; Gottlieb, por su parte insistía en que había ya demasiados científicos complacientes, que la única cosa necesaria era el análisis matemático (y con frecuencia la destrucción) de fenómenos ya observados.

El tono era belicoso, y Martin se sentía feliz todo el tiempo porque estaba seguro de haber llegado a casa.

El laboratorio en el que hablaban (Gottlieb paseando, sus largos brazos fantásticamente anudados tras la delgada espalda; Martin subiendo y bajando de altos taburetes) no era nada notable: un fregadero, un banco de trabajo con hileras de tubos de ensayo numerados, el microscopio, unos cuantos cuadernos y gráficos de iones de hidrógeno, una grotesca serie de matraces conectados con tubos de cristal y goma en una mesa de cocina ordinaria al fondo... Sin embargo de vez en cuando, en medio de sus diatribas, Martin miraba a su alrededor reverentemente.

Gottlieb interrumpió el debate:

—¿Qué trabajo quieres hacer aquí?

—Bueno, señor, me gustaría ayudarle, si puedo. Supongo que está usted aclarando algunas cosas sobre la síntesis de anticuerpos.

—Sí, creo que puedo provocar reacciones de inmunidad de acuerdo con la ley de acción de masas. Pero tú no vas ayudarme. Tienes que trabajar por tu cuenta. ¿Qué quieres hacer? Esto no es una clínica; ¡con pacientes desfilando limpiamente en hilera!

—Quiero encontrar una hemolisina para la que haya un anticuerpo. Para la estreptolisina no hay ninguno. Me gustaría trabajar con la estafilolisina. ¿Le importaría que hiciese eso?

—A mí me da igual lo que hagas... siempre que no me robes los cultivos de estafilos de la nevera ni te dediques a andar por ahí con aire misterioso y que el doctor Tubbs, nuestro director, piense que andas detrás de algo grande. ¡En fin! Solo una sugerencia: cuando te atasques en un problema, tengo una magnífica colección de novelas policíacas en mi oficina. Pero no. Debería ser serio... al menos hoy, que acabas de llegar...

«Tal vez sea un chiflado, Martin. Hay muchos que me odian. Hay complots contra mí... ¡oh, tú crees que son cosas que yo me imagino, pero ya verás! Cometí muchos errores. Pero hay una cosa en la que siempre me mantengo puro: la religión del científico.

»Ser un científico... No es solo un trabajo distinto, de manera que un hombre podría elegir entre ser un científico o ser explorador o vendedor de acciones o médico, rey, o labrador. Es una mezcla de emociones muy oscuras, como el misticismo, o querer escribir poesía; hace a su víctima completamente distinta del buen hombre normal. El hombre normal no se preocupa mucho de lo que hace, solo de que debe comer y dormir y hacer el

amor. Pero el científico es profundamente religioso... es tan religioso que no aceptará cuartos de verdad, porque son un agravio para su fe.

»Para él todo debería estar sometido a leyes inexorables. Se opone por igual a los capitalistas que piensan que su estúpido acaparamiento de dinero es un sistema y a los liberales que piensan que el hombre no es un animal de pelea; considera al promotor empresarial estadounidense y al aristócrata europeo y desdeña toda su palabrería. ¡La desdeña! ¡Toda ella! ¡Odia a los predicadores que explican sus fábulas, pero no es demasiado amable con los antropólogos y los historiadores que solo pueden hacer conjeturas, y sin embargo tienen el descaro de llamarse científicos! ¡Oh, sí, es un hombre al que toda la gente afable y de buen corazón debería naturalmente odiar!

»Se opone por igual a los ridículos quiroprácticos y curadores por la fe que a los médicos que nos quieren arrebatarnos nuestra ciencia antes de que pase por las pruebas que ha de pasar y corren de aquí para allá, convencidos de que curan a la gente y desbaratan todas las claves con sus pisadas; y más aún que a los hombres que son como cerdos, más aún que a los idiotas que ni siquiera han oído hablar de la ciencia, odia a los pseudocientíficos, a los presuntos científicos, como esos psicoanalistas; y aún más que a esos cómicos científicos del sueño odia a esos hombres tan populares a los que se les da acceso a un reino limpio como la biología y que lo único que conocen es un manual y cómo discursar ante bobalicones. Él es el único revolucionario auténtico, el científico auténtico, porque solo él sabe lo poco que sabe.

»No debe tener corazón. Debe vivir iluminado por una luz clara y fría. Sin embargo, hay una cosa curiosa: en realidad, en privado, no es frío y sin corazón... es muchísimo menos frío que los Optimistas Profesionales. El mundo ha estado gobernado siempre por los Filántropos: por los médicos que quieren utilizar métodos terapéuticos que no comprenden, por los militares que quieren algo de lo que defender a su país, por los predicadores que quieren hacer que todo mundo les escuche, por los buenos fabricantes que aman a sus trabajadores, por los estadistas elocuentes y los escritores de tierno corazón... ¡y fíjate en qué bonito embrollo infernal han convertido el mundo! ¡Es posible que esta sea precisamente la época del científico, que trabaja e investiga y nunca anda por ahí gritando lo mucho que quiere a todo mundo!

»Pero recuerda siempre que no todos los hombres que trabajan en ciencia son científicos. ¡Lo son muy pocos! Los demás son... ¡secretarios, agentes de prensa, simpatizantes! Ser un científico es como ser un Goethe: es algo que nace contigo. A veces creo que tú tienes un poco de ello que nació contigo. Si lo tienes, solo hay una cosa... no, hay dos cosas que debes hacer: trabajar el doble de lo que puedas y no dejar que la gente te utilice. Procuraré protegerte del Éxito. Es todo lo que puedo hacer. En fin... debería desear, Martin, que seas muy feliz aquí. ¡Que Koch te bendiga!».

## II

Martin pasó cinco minutos de éxtasis en el laboratorio que iba a ser suyo: pequeñito pero eficiente, el banco de trabajo exactamente de la altura adecuada, un fregadero apropiado con grifos de pedal. Cuando cerró la puerta y dejó su espíritu volar y llenar aquel minúsculo espacio con su propia esencia, se sintió seguro.

Ningún Pickerbaugh, ningún Rouncefield podrían irrumpir allí y sacarle a rastras para ser explicativo y plausible y público; estaría libre, no le llamarían para envolver paquetes ni para dictar cartas apresuradas, para esas cosas que los hombres llaman trabajo.

Miró fuera por la ancha ventana que había encima del banco y vio que tenía allí la codiciada Torre Woolworth, para seguir contemplándola y disfrutando. Encerrado en la alegría de la precisión, no estaría sin embargo aislado del fluir de la vida. Tenía, hacia el Norte, no solo la Torre Woolworth sino el Edificio Singer, la majestuosa arrogancia del Edificio de la City Investing. Hacia el Oeste, navegaban altos barcos, trajinaban remolcadores, pasaba el mundo entero. Al fondo de su acantilado, las calles bullían enfebrecidas. De pronto, amó a la humanidad lo mismo que amaba a las limpias y decentes hileras de tubos de ensayo, y rezó la oración del científico:

—Dame Dios mío una visión clara y líbrame de la precipitación. Dame Dios mío una aversión serena e implacable a toda presunción y a todo el trabajo pretencioso y a todo el trabajo hecho descuidadamente y dejado inconcluso. Dame Dios mío una inquietud por la que no pueda ni dormir ni aceptar la alabanza hasta que los resultados que haya observado se correspondan con los resultados que haya calculado o que descubra con piadosa alegría mi error y arremeta con él. ¡Dame Dios mío la fuerza necesaria para no confiar en Dios!

### *III*

Subió andando hasta su insignificante hotel situado en la Treinta, y a lo largo de todo el trayecto las multitudes se fijaban en él... Aquel joven sonriente, delgado, pálido, de ojos negros que avanzaba entre ellos, medio corriendo, sin ver nada pero viéndolo todo en un borrón: gallardos edificios, calles sucias, tráfico incesante, soldados de fortuna, idiotas, mujeres guapas, tiendas frívolas, cielo batido por el viento. Sus pies corrían al ritmo de la melodía de: «¡He encontrado mi trabajo, he encontrado mi trabajo, he encontrado mi trabajo!».

Leora estaba esperándole... Leora, cuyo destino era siempre esperar por él en crujientes merecedoras de habitaciones baratas. Cuando entró a toda prisa ella sonrió, y se le iluminó el cuerpo entero, dulce y esbelto. Antes de que él hablase le gritó:

—¡Oh, Sandy, qué contenta estoy!

Luego interrumpió los panegíricos que Martin dedicó a Max Gottlieb, al Instituto McGurk, a Nueva York, a los encantos de la estafilolisina, con un humilde: «Querido, ¿cuánto te van a pagar?».

Él se detuvo bruscamente.

—¡Jolines! ¡Me olvidé de preguntarlo!

—¡Oh!

—¡Pero bueno, escucha! ¡Esto no es una Clínica Rouncefield! No puedo soportar a esos buitres que lo único que piensan es en ganar dinero...

—Lo sé, Sandy. Me da igual, de verdad. Solo me preguntaba qué clase de piso podremos permitirnos, para poder empezar a buscar. Sigue. El doctor Gottlieb dijo...

Hasta tres horas después, a las ocho, no salieron a cenar.

#### *IV*

La ciudad de la magia habría de convertirse para Martin no en una ciudad ni en ningún tipo de cosa mágica sino solo en un trayecto: su piso, el metro, el instituto, un restaurante barato favorito, unas cuantas calles de lavanderías y charcuterías y cines. Pero esa noche fue una nebulosa maravilla. Cenaron en el Brevoort, del que le había hablado Gustaf Sondelius. Esto era en 1916, antes de que el país hubiese pasado a ser sano y estéril, y el Brevoort era un tumulto de uniformes franceses, caviar, Louis, corbatas balanceantes, Nuits St. Georges, ilustradores, Grand Marnier, agentes del servicio secreto británico, corredores de bolsa, conversación y Martell, V.O.

—¡Qué magnífica pandilla de locos! —exclamó Martin—. ¿Te das cuenta de que ahora podemos dejar de ser respetables? ¡No nos están vigilando ni Irving Watters ni Angus! ¿Sería demasiada locura que tomáramos una botella de champán?

Martin despertó al día siguiente pensando que tenía que haber alguna trampa en alguna parte, lo mismo que había sucedido en Nautilus y en Chicago. Pero cuando se puso a trabajar, era como si estuviera en un mundo perfecto. El instituto proporcionaba eficientemente todo el material y los servicios que él podía desear (animales, incubadoras, recipientes de cristal, cultivos, caldos) y contaba con un técnico bien formado; un «garçon», le llamaban en el instituto. Le dejaban realmente solo; le impulsaban realmente a hacer trabajo individual; se relacionaba realmente con hombres que no pensaban en carteles

poéticos o en operaciones de dos mil dólares sino en coloides y esporulación y electrones y las leyes y energías que los gobiernan.

En ese primer día pasó a saludarle el jefe del Departamento de Fisiología, el doctor Rippleton Holabird.

Holabird, aunque Martin había encontrado su nombre destacado en revistas de fisiología, parecía demasiado joven y demasiado guapo para ser el jefe de un departamento: alto, delgado, desenvuelto, de fino bigote recortado. Martin había sido educado en la escuela de Cliff Clawson; no había comprendido, hasta que oyó el rápido saludo de bienvenida del doctor Holabird, que la voz de un hombre puede ser encantadora sin afeminamiento.

Holabird le condujo a través de los dos pisos del instituto, y Martin contempló todas las maravillas con las que siempre había soñado. Aunque no fuese muy grande, McGurk podía compararse en equipamiento con Rockefeller, Pasteur, McCormick, Lister. Martin vio habitaciones para esterilizar recipientes y preparar caldos de cultivo, para el soplado de vidrio, para el polariscopio y el espectroscopio y una cámara de combustión con paredes de acero y cemento. Vio un museo de patología y bacteriología al que deseó ardientemente poder aportar algo. Había un Departamento de Publicaciones, en el que se publicaban los informes del instituto y la *Revista Americana de Patología Geográfica*, a cargo del director, el doctor Tubbs; había un cuarto para fotografía, una biblioteca espléndida, un acuario para el Departamento de Biología Marina y (una idea del propio doctor Tubbs) una hilera de laboratorios que se invitaba a los científicos extranjeros de visita a utilizar como propios. En aquel momento estaban ocupando laboratorios allí un biólogo belga y un bioquímico portugués, y en una ocasión, se enteró Martin emocionado, había estado allí Gustaf Sondelius.

Luego Martin vio la centrifugadora Berkeley-Saunders.

El principio de la centrifugadora es el mismo de la desnatadora. Recoge como sedimento los sólidos esparcidos por un líquido, como, por ejemplo, bacterias en una disolución. La mayoría de las centrifugadoras, son aparatos manuales o hidropulsados del tamaño de una coctelera grande, pero este noble artefacto tenía metro veinte de altura, funcionaba con electricidad, el cuenco central estaba encerrado en una plancha de blindaje asegurada con palancas como la escotilla de un submarino; todo ello instalado sobre una columna de cemento.

—Solo existen tres de estas —explicó Holabird—. Están hechas por Berkeley-Saunders en Inglaterra. La velocidad normal de una centrifugadora, como sabes, incluso de una buena, es de unas cuatro mil revoluciones por minuto. Esta hace veinte mil por minuto... es la más rápida del mundo. ¿Qué le parece?

—¡Cielos, y te dan este material para trabajar! —exclamó Martin. (Lo hizo realmente, bajo la distinguida influencia de Holabird, dijo «cielos», en vez de «jelines».)

—Sí, McGurk y Tubbs son los hombres más generosos del mundo científico. Creo que le resultará muy agradable estar aquí, doctor.

—Sé que sí... me gustará. Y, cielos, es muy amable por su parte enseñármelo todo así.

—¿Es que no se da cuenta de lo que estoy disfrutando con esta oportunidad de demostrar mis conocimientos? No hay ninguna forma de egoísmo tan agradable y tan segura como ser un cicerone. Pero aún tenemos que ver la auténtica maravilla del instituto, doctor. Venga por aquí.

La auténtica maravilla del instituto no tenía nada visible que ver con la ciencia. Era el Salón, donde comía el personal y en el que se celebraban de vez en cuando cenas científicas, con la señora McGurk como anfitriona. Martin se quedó boquiabierto y echó la cabeza hacia atrás mientras su mirada hacía un recorrido desde el suelo resplandeciente hasta el techo negro y oro. El salón se elevaba toda la altura de las dos plantas del instituto. Adosada a la elevada pared, por encima del estrado en el que comían el director y los siete jefes de departamento, había una galería tallada para los músicos. En los paneles de roble de las paredes había retratos de los pontífices de la ciencia, con túnicas carmesí, amén de un mural enorme de Maxfield Parrish,<sup>[10]</sup> y encima de todo ello una araña de lámparas eléctricas de un centenar de bombillas.

—Jolines... ¡Cielos! —dijo Martin—. ¡Nunca imaginé que pudiese haber una habitación como esta!

Holabird fue generoso. No sonrió.

—Bueno, tal vez sea demasiado espléndido. Es la obra favorita de Capitola... Capitola es la señora de Ross McGurk, la esposa del fundador; es una mujer magnífica sin duda alguna, pero le encantan los movimientos y las asociaciones. Terry Wickett, uno de los químicos de aquí, llama a esto el «Salón Bonanza». Pero te inspira cuando vienes a comer cansado y sucio. Ahora vamos a ver al director. Me dijo que le llevase a verle.

Después del esplendor babilónico del Salón, Martin esperaba que el despacho del doctor A. DeWitt Tubbs fuese una especie de baño romano, pero era, salvo por un banco de laboratorio que había al fondo, lo más estrictamente práctico que había visto en su vida.

El doctor Tubbs era un hombre entusiasta, bigotudo como un terrier, muy culto, y tal vez el exponente americano más poderoso de la cooperación en ciencia, pero era también un hombre de mundo, muy remilgado en cuanto a botas y chalecos. Se había graduado en Harvard, había estudiado en el Continente, había sido profesor de Patología en la Universidad de Minnesota, rector de la Universidad Hartford, representante oficial del Gobierno en Venezuela, director del *Weekly Statesman* y presidente de la Liga Sanitaria y, por último, director de McGurk.

Era miembro de la Academia Americana de las Artes y las Letras y de la Academia

de Ciencias. Obispos, generales, rabinos liberales y banqueros melómanos cenaban con él. Era uno de los Hombres Distinguidos a los que los periódicos recurrían para opiniones magistrales sobre todos los temas.

Te dabas cuenta antes de que se hubiese dirigido a ti y que hubiese hablado diez minutos de que estabas ante uno de los pocos dirigentes de la humanidad que podían discursar sobre cualquier rama del conocimiento, pero que eran capaces al mismo tiempo de controlar asuntos prácticos y conducir a la tambaleante humanidad hacia ideales sanos y razonables. Aunque un Max Gottlieb pudiese demostrar en sus investigaciones un cierto talento, su estrechez de miras, su humor agrio y carnavalesco le impedían desplegar la visión amplia de la educación, la política, el comercio y todas las demás nobles materias que caracterizaba al doctor A. DeWitt Tubbs.

Pero el director fue tan cordial con el insignificante Martin Arrowsmith como si Martin fuese un senador de visita. Le estrechó la mano cordialmente; se levantó con una sonrisa; su voz de barítono era melosa.

—Doctor Arrowsmith, confío en que seamos capaces de hacer algo más que limitarnos a decirle que es usted bienvenido aquí; ¡confío en que le demostremos hasta qué punto es usted bienvenido! El doctor Gottlieb me cuenta que tiene usted una aptitud natural para la investigación enclaustrada, pero que ha estado trabajando en los campos de la práctica médica y de la salud pública antes de centrarse en el laboratorio. No hace falta que le diga que me parece muy acertado que haya hecho usted ese amplio recorrido preliminar. Hay demasiados presuntos científicos que carecen de la visión experimentada que proporciona la coordinación de todos los campos intelectuales.

Martin se quedó asombrado al descubrir que había estado haciendo un amplio recorrido.

—Supongo que querrá usted, sin duda, tomarse un cierto tiempo, tal vez un año o más, para ponerse en marcha, doctor Arrowsmith. No le pediré ningún informe. Mientras el doctor Gottlieb considere que está usted mismo satisfecho con sus progresos, yo estaré contento. Solo si hubiese algo en lo que pudiese aconsejarle, desde una trayectoria tal vez algo más prolongada en la ciencia, sepa usted, por favor, que será para mí una satisfacción poder ayudar, y estoy seguro del todo de poder decir lo mismo del doctor Holabird, aquí presente, aunque él en realidad debería estar celoso, porque es uno de nuestros trabajadores más jóvenes (de hecho yo le llamo mi *enfant terrible*) pero usted, creo, solo tiene treinta y tres años, ¡así que le deja muy atrás!

—Oh, no, doctor —sugirió Holabird alegremente—, hace mucho tiempo que me han dejado atrás. Olvida usted a Terry Wickett. Él tiene menos de cuarenta.

—O. ¡Él! —murmuró el doctor Tubbs.

Martin nunca había oído menospreciar a un hombre tan venenosamente con tanta educación. Se dio cuenta de que Terry Wickett podría ser una serpiente incluso en aquel



paraíso.

—Bueno —dijo el doctor Tubbs—, tal vez podría gustarle echar un vistazo por aquí, por mi sección. Me enorgullezco de mantener nuestros ficheros y archivos de correspondencia con la misma falta de imaginación que si fuese un agente de seguros. Pero hay un cierto toque exótico en estos gráficos.

Cruzó la habitación para mostrar un juego de cajones estrechos llenos de cianotipos científicos. No explicó qué eran aquellos gráficos, y Martin nunca llegaría a saberlo. Luego señaló al banco de trabajo que había al fondo de la habitación y confesó riéndose:

—Ahí puede ver usted lo ineficaz que soy en realidad. Sigo afirmando que tengo que abandonar todos los gozos idílicos de la investigación patológica por los cuidados menos fascinantes pero tan importantes y tan fatigosos de la dirección. Sin embargo la debilidad del *genus homo* es tal que a veces, cuando debería estar ocupándome de cuestiones prácticas, me obsesiono con algún concepto patológico probablemente absurdo, y tan ridículo soy que no puedo esperar a recorrer el pasillo hasta mi laboratorio oficial... tengo que tener siempre un banco de trabajo a mano y un experimento en marcha. ¡Ay, me temo que no soy el personaje moral que aparento ser en público! ¡Aquí estoy, casado con la actividad directiva, y aún anhelo a mi primer amor, la señora Ciencia!

—Yo creo que es magnífico que tenga usted aún ese anhelo —aventuró Martin.

Estaba preguntándose qué experimentos en concreto habría estado haciendo últimamente el doctor Tubbs. No parecía que el banco se utilizase mucho.

—Y ahora, doctor, quiero que conozca usted al verdadero director del instituto: mi secretaria, la señorita Pearl Robbins.

Martin ya se había fijado en la señorita Robbins. No podías dejar de fijarte en la señorita Robbins. Tenía treinta y cinco años y era escultural, una diosa color crema. Se levantó para darle la mano (la estrechó de un modo firme y competente) y para gritar con su gloriosa voz de contralto: «El doctor Tubbs me elogia tanto solo porque sabe que si no no le prepararé su té de la tarde. El doctor Gottlieb nos ha hablado tanto de su inteligencia que casi me da miedo darle la bienvenida, doctor Arrowsmith, pero tengo que dársela».

Luego, con una gloriosa sensación de bienestar, Martin se instaló en su laboratorio que daba a la Torre Woolworth. Aquellas maravillas le mareaban... ¡y eran suyas, ahora! En Rippleton Holabird, tan alegre y elegante pero tan distinguido, tenía la esperanza de encontrar un amigo. El doctor Tubbs le parecía un poco sentimental, pero su amabilidad y los elogios de la señorita Robbins le habían conmovido. Se sentía envuelto en una niebla de futura gloria. De pronto, abrió ruidosamente la puerta un individuo de rostro duro, pelirrojo, con camisa de cuello blando, de unos treinta y seis años o... treinta y ocho.

—¿Arrowsmith? —gruñó el intruso—. Me llamo Wickett, Terry Wickett. Soy químico. Estoy con Gottlieb. Bueno, vi que la Gallina Sagrada te estaba enseñando el

parque zoológico.

—¿El doctor Holabird?

—El mismo... bueno, tienes que ser más o menos inteligente, si Papá Gottlieb te dejó entrar. ¿Cómo va el comienzo? ¿De qué clase vas a ser tú? ¿Uno de los pájaros educados que utilizan el instituto para la escalada social y se hacen con una mujer rica, o un pelagatos como Gottlieb y como yo?

El graznido de Terry Wickett era el sonido más irritante que Martin había oído en su vida. Le contestó con una voz curiosamente parecida a la de Rippleton Holabird:

—No creo que tengas que preocuparte por eso. ¡Da la casualidad de que yo ya estoy casado!

—Oh, por eso no te preocupes, Arrowsmith. Los divorcios son baratos, en este país. Y qué, ¿te enseñó la Gallina Sagrada a Gladys la Bella?

—¿Cómo?

—Gladys la Bella, o la Centrifugadora Galopante.

—Ah, te refieres a la Berkeley-Saunders...

—A eso me refiero, el alma de mi alma. ¿Qué te parece?

—Es la mejor centrifugadora que he visto en mi vida. El doctor Holabird dijo...

—¡Demonios, es natural que él diga algo! Fue el que consiguió que el viejo Tubbs la comprara. Le encanta, a la Gallina Sagrada le encanta.

—¿Y por qué no? Es la más rápida...

—Por supuesto. La centrifugadora más rápida de todos los *Vereinigten*,<sup>[11]</sup> y hecha con el mejor acero de palillo de dientes. El único problema es que siempre hace saltar los fusibles y esparce los bichos de tal manera que necesitas una máscara de gas si tienes que usarla... ¿y te encantaron el viejo y querido Tubbsy y la sin par Pearl?

—¡Por supuesto que sí!

—Magnífico. Por supuesto Tubbs es un tonto del culo iletrado, pero de todos modos hay que reconocer que no tiene manía persecutoria, como Gottlieb.

—Wickett, mira... ¿es doctor Wickett?

—Bueno... doctor en Medicina, doctor en Filosofía, pero de todos modos un

químico de primera clase.

—Está bien, doctor Wickett, me parece una vergüenza que un hombre de tus dotes tenga que estar relacionándose con idiotas como Gottlieb y Tubbs y Holabird. Y acabo de llegar de una clínica de Chicago donde todo el mundo es sensible y encantador. ¡Te recomendaría con mucho gusto para un trabajo allí!

—Pues no estaría mal. Al menos me ahorraría toda la simpática charla de las comidas en el Salón Bonanza. En fin, lamento haberte cabreado, Arrowsmith, pero la verdad es que me pareces muy bien.

—¡Gracias!

Wickett sonrió obscenamente (pelirrojo, hosco, enjuto) y dijo:

—Por cierto, ¿te contó Holabird cómo fue herido en el primer mes de la guerra, cuando era mariscal de campo o enfermero de un hospital o algo así en el ejército británico?

—¡No, no lo hizo! ¡No mencionó la guerra!

—¡Lo hará! Bueno, amigo Arrowsmith, espero que pasemos muchos años felices juntos, jugando a los pies de Papá Gottlieb. Hasta luego. Mi laboratorio estaba justo al lado del tuyo.

«¡Imbécil!» Decidió Martin, y, «bueno, puedo soportarle siempre que pueda recurrir a Gottlieb y a Holabird. Pero... ¡idiota engreído! ¡Jolines, así que Holabird estuvo en la guerra! Y le licenciaron por invalidez, supongo. ¡Tengo que hacerle pagar a Wickett por eso! “¿Te contó lo de que fue un gran héroe en la maldita guerra?”, dijo, y yo le contesté inmediatamente: “Siento desilusionarte”, dije, pero el doctor Holabird no mencionó la guerra.» ¡El muy idiota! En fin, no le dejaré fastidiarme.

Y de hecho, cuando Martin se reunió con el personal a la hora de comer, Wickett fue el único al que no encontró cortés, aunque sus saludos fuesen breves. No distinguía en principio a sus compañeros de trabajo uno de otro; durante días la mayoría de los veinte investigadores constituía solo una mancha. Confundió al doctor Yeo, jefe del Departamento de Biología, con el carpintero que había ido a instalar estanterías.

El personal ocupaba en el Salón dos largas mesas, una en el estrado, otra debajo: pequeños grupos de insectos bajo aquel techo inmenso. No eran particularmente nobles de aspecto, aquellos posibles darwins y huxleys y pasteurs. No había entre ellos platones de amplia frente. Salvo Rippleton Holabird y Max Gottlieb y quizás el propio Martin, parecían tenderos comiendo: jóvenes bruscos sin rasgos; viejos de gruesos bigotes; y hombrecillos debiluchos con gafas, cuyos cuellos de camisa no se juntaban. Pero había en ellos una calma firme; no había, en opinión de Martin, ningún anhelo de dinero en sus voces ni ningún desasosiego de envidia y de murmuración escandalosa. Hablaban con gravedad o frívolamente de su trabajo, la única clase de trabajo que, dado que se convierte en parte de

la cadena de datos descubiertos, es eterno, por mucho que se olvide el nombre del trabajador.

Cuando escuchaba a Terry Wickett (grosero y malhablado como siempre, que se autodenominaba «el chico químico», que hablaba de «este pintoresco instituto» y de «nuestro nuevo y buen hermanito Arrowsmith») debatiendo con un hombre flaco de tenue barba (el doctor William T. Smith, ayudante de bioquímica) sobre la posibilidad de aumentar los efectos de todas las enzimas con dosis de rayos X, cuando oía a un miembro asociado vituperar a otro por sus ideas de química celular y criticar a Ehrlich como «el Edison de la ciencia médica», Martin percibía nuevas perspectivas de investigación emocionantes; estaba en lo alto de una montaña, y a sus pies se extendían valles desconocidos, atractivos senderos escarpados.

## V

El doctor Rippleton Holabird y señora les invitaron a cenar, una semana después de su llegada.

Lo mismo que los tweeds de Holabird hicieron que la elegancia de Clay Tredgold pareciese envarada y pretenciosa, su cena hizo que las de Angus Duer en Chicago pareciesen mecánicas y sin alegría y un poco angustiosas. Todas las personas a las que Martin conoció en la casa de los Holabird eran Alguien, aunque tal vez un Alguien menor: un editor aceptable o un etnólogo en ascenso; y todos ellos poseían la grácil desenvoltura de Holabird.

Los provincianos Arrowsmith llegaron a tiempo, es decir, quince minutos antes de lo debido. Antes de que apareciesen los cócteles, en viejo cristal de Venecia, Martin preguntó: «Doctor, ¿qué problemas son los que está abordando ahora en su investigación fisiológica?».

Holabird se transformó en un muchacho fogoso. Con un despectivo: «¿De verdad quiere que le hable de ello? ¡No tiene que hacerlo por cortesía, sabe!», se lanzó a una exposición de sus experimentos, trazando esbozos sobre espacios en blanco de anuncios del periódico, en la parte de atrás de una invitación de boda, en la guarda de una novela dedicada, mirando a Martin exculpatoriamente, docto pero alegre.

—Estamos trabajando en la localización de funciones cerebrales. Creo que hemos ido más allá de Bolton y Flechsig. Oh, es terriblemente emocionante, explorar el cerebro. ¡Mire, vea!

Su rápido lápiz estaba dibujando un boceto del cerebro; bajo sus dedos el cerebro vivía y latía.

—La verdad es que —dijo tirando el papel— es una vergüenza aburrirle a usted con mis aficiones. Además, ya van a llegar los demás invitados. Dígame, ¿cómo va su trabajo? ¿Se siente cómodo en el instituto? ¿Encuentra que le gusta la gente?

—Todo el mundo salvo... Para ser franco, me resulta molesto Wickett.

—Ya veo —generosamente—. Tiene unos modales un poco agresivos. Pero no debe preocuparse por él; en realidad es un bioquímico extraordinariamente dotado. Está soltero... lo sacrifica todo a su trabajo. La mitad de las cosas groseras que dice no las dice en serio. A mí me detesta, pero no solo a mí. ¿No me mencionó?

—Bueno, no especialmente...

—Tengo la impresión de que anda diciendo por ahí que no hago más que hablar de mis experiencias en la guerra, lo que no es verdad en absoluto.

—Sí —en un impulso— dijo eso.

—Habría preferido que no lo hubiese dicho. Lamento mucho haberle ofendido yendo y resultando herido. ¡Procuraré no olvidarlo y no volver a hacerlo! ¡Tanto jaleo por un historial de guerra tan insignificante como el mío! Lo que sucedió fue que cuando estalló la guerra en el 14 yo estaba en Inglaterra, estudiando con Sherrington. Me hice pasar por canadiense y me incorporé al cuerpo médico y recibí lo mío a las tres semanas y me echaron, ¡y ese fue el final de mi magnífica carrera! Ahí llega alguien.

Su desenvuelta caballerosidad conquistó por completo a Martin. A Leora la cautivó también la señora Holabird, y regresaron a casa de la cena poseídos por una nueva fascinación.

Comenzó así para ellos una clara luz de felicidad. Martin se sentía tan en la gloria en su sereno trabajo en solitario como en su vida fuera del laboratorio.

Durante toda la primera semana se olvidó de preguntar cuál iba a ser su sueldo. Luego se convirtió en un juego esperar hasta final de mes. A la noche, en pequeños restaurantes, Leora y él especulaban sobre ello.

El instituto seguramente le pagaría menos de los dos mil quinientos dólares al año que había recibido en la Clínica Rouncefield, pero por las noches, cuando estaba cansado, bajaba la cifra hasta los mil quinientos, y una noche en que habían bebido Borgoña la elevó hasta los tres mil quinientos.

Cuando llegó su primer cheque mensual, impecable en su sobrecito sellado, no se atrevió a mirarlo. Lo llevó a casa para dárselo a Leora. Contemplaron el sobre en su habitación de hotel como si fuese probable que contuviera veneno. Martin lo abrió al fin temblando; lo miró y susurró: «¡Oh, qué decentes son! Me pagan... el cheque es por cuatro mil veinte dólares... ¡me pagan cinco mil al año!».

La señora Holabird, una mujer que era como una gatita blanca, ayudó a Leora a encontrar un piso de tres habitaciones con un salón espacioso, en una casa vieja cerca de Gramercy Park, y la ayudó a amueblarla con buenos muebles de segunda mano. Cuando se le permitió verla, Martin exclamó: «¡Espero que estemos aquí cincuenta años!».

Aquella fue la isla griega donde encontraron la paz. Y además tenían amigos: los Holabird, el doctor Billy Smith (el bioquímico de barbita que tenía un gusto inteligente en música y cerveza alemana), un anatomista al que Martin conoció en una comida de antiguos alumnos de Winnemac, y siempre Max Gottlieb.

Gottlieb había encontrado su propia serenidad. Tenía un pisito marrón en la Setenta que olía a tabaco y a libros encuadernados en piel. Su hijo Robert se había graduado en el City College y se había dedicado diligentemente a los negocios. Miriam seguía con la música mientras cuidaba de su padre; una chica gordita, con fuego sagrado detrás de una carne engañosa. Después de una velada de agrias dudas de Gottlieb, Martin se sentía inspirado para correr al laboratorio e intentar un millar de nuevas investigaciones de las leyes de los microorganismos, una tarea que solía iniciarse con la destrucción blasfema de todo el trabajo que había hecho recientemente.

Hasta Terry Wickett pasó a hacerse más tolerable. Martin percibió que sus diatribas y sarcasmos se debían en parte a una concepción errónea del humor a lo Cliff Clawson, pero en parte también a un resentimiento, tan grande como el de Gottlieb, contra los científicos morfológicos que etiquetan cosas con etiquetas muy bonitas, que las nombran y renombran y nunca las analizan. Wickett trabajaba a menudo toda la noche; se le veía en mangas de camisa, el encrespado cabello pelirrojo revuelto, sentado delante de una bañera de temperatura constante durante horas con un cronoscopio. De vez en cuando, era un alivio contar con su hosca e intensa concentración en vez de la elegancia de Rippleton Holabird, que exigía a Martin mantener una elegancia trabajosa cuando estaba sumergido hasta lo insondable en la investigación.

## CAPÍTULO 27

Su trabajo empezó chapuceramente. Había días en que, pese al gozo que le causaba, temía que entrase de pronto Tubbs y gritase: «¿Qué está haciendo aquí? ¡Usted no es el verdadero Arrowsmith! ¡Fuera!».

Había aislado veinte cepas de gérmenes de estafilococo y estaba trabajando con ellas para determinar cuál producía de modo más activo un hemolítico, una toxina desintegradora de la sangre, para poder conseguir una antitoxina.

Había momentos pintorescos en los que, después de centrifugar, los organismos yacían en masas nebulosas enrolladas al fondo de los tubos de ensayo; o en que los hematíes estaban completamente disueltos y el líquido opaco rojo ladrillo adquiría el color del clarete. Pero la mayoría de los procesos eran incomparablemente tediosos: extraer muestras del cultivo cada seis horas, hacer suspensiones salinas de glóbulos rojos en pequeños tubos, registrar los resultados.

Él nunca se daba cuenta de que eran tediosos.

Tubbs aparecía por allí de vez en cuando, veía que estaba ocupado, le daba una palmadita en el hombro, decía algo que sonaba a francés y hasta podría haber sido francés, y aportaba un vago estímulo; mientras que Gottlieb le decía imperturbablemente que siguiese adelante, y de vez en cuando le enardecía mostrándole sus propios cuadernos de notas (estaba llenos de cifras y abreviaturas, que parecían tan bobas como albaranes de percal) o hablando de su propio trabajo, en un vocabulario tan pagano como la magia tibetana:

—Arrhenius y Madsen han hecho una aportación en la producción de reacciones de inmunidad según la ley de acción de masas, pero yo tengo la esperanza de demostrar que las combinaciones antígeno-anticuerpo se producen en proporciones estequiométricas si se mantienen constantes determinadas variables.

—Oh sí, ya entiendo —decía Martin; y pensaba: «¡Bueno, la verdad es que no entiendo ni una cuarta parte de eso! ¡Oh, señor, ojalá me den un poco de tiempo y no mandén de vuelta a clavar carteles de la difteria!».

Cuando obtenía una toxina satisfactoria, Martin se esforzaba por hallar una antitoxina. Hizo grandes experimentos sin ningún resultado. A veces estaba seguro de que tenía algo, pero cuando comprobaba de nuevo estaba sombríamente seguro de que no era así. En una ocasión corrió al laboratorio de Gottlieb a comunicarle la obtención de una antitoxina, pero Gottlieb, con afecto y varias preguntas incómodas y el obsequio de una

caja de auténticos cigarrillos egipcios, le mostró que no había tenido en cuenta ciertas disoluciones.

Martin, con todos sus tanteos de novicio, tenía una característica sin la cual no puede haber ciencia alguna: una curiosidad amplia, indagadora, impertinente, sin exageraciones ni dramatismos, y esa curiosidad seguía guiándole.

## II

El Instituto McGurk, mientras recorría su intrascendente camino a lo largo de los primeros años de la Gran Guerra Europea, tenía por debajo de su plácida superficie una vida animada.

Martin puede que no descubriese mucho sobre el asunto de los anticuerpos, pero descubrió el secreto del instituto, y vio que detrás de su tranquila laboriosidad estaba Capitola McGurk, la Gran Inspiradora Blanca.

Capitola, la señora de Ross McGurk, se había opuesto al sufragio femenino (hasta que se enteró de que era seguro que las mujeres consiguiesen el voto), pero era una controladora total de asuntos virtuosos.

Ross McGurk había comprado el instituto no solo para glorificarse sino para distraer a Capitola y mantener sus inquietos dedos fuera de sus intereses navieros y mineros y madereros, que no habrían soportado demasiado bien las investigaciones de una Gran Inspiradora Blanca.

Ross McGurk era por entonces un hombre de cincuenta años, segunda generación de ferroviarios de California; graduado en Yale; grande, suave, digno, alegre, sin escrúpulos. Incluso en 1908, cuando había fundado el instituto, tenía ya demasiadas casas, demasiados criados, demasiada comida y ningún hijo, porque Capitola consideraba «ese tipo de cosas perjudiciales para las mujeres con grandes responsabilidades». El Instituto McGurk le proporcionaba cada año más satisfacción, más excusa para haber vivido.

Cuando llegó Gottlieb, McGurk subió a verle. McGurk había regañado de vez en cuando al doctor Tubbs; este se veía obligado a correr a su despacho cuando le llamaba como si fuese un botones; sin embargo, cuando vio los ojos saturninos de Gottlieb, McGurk se mostró interesado; y los dos hombres, el americano corpulento, atento al atuendo, poderoso, reticente y el europeo cínico, sencillo y que despreciaba el poder, se hicieron amigos. McGurk se escapaba de una reunión que trataba del comercio de una isla del Caribe entera para sentarse en un taburete alto, en silencio, y ver trabajar a Gottlieb.

«Algún día, cuando deje todo el ajetreo y espabile, me convertiré en tu *garçon*,



Max», le decía, y Gottlieb contestaba: «No sé... tienes imaginación, Ross, pero yo creo que es demasiado tarde para que te pueda enseñar lo que es la realidad. Aunque, si no te importa comer en Childs's, evitaremos ese Salón Regio tuyo tan reprobatorio, y te invitaré a comer.»

Pero Capitola no participaba en esa comunión.

Gottlieb había recuperado su arrogancia y la necesitaba con Capitola. Ella tenía problemitas muy interesantes para que los resolvieran los pensionados de su marido. En una ocasión, visitó emocionada el laboratorio de Gottlieb para explicarle que había muchísimas personas que morían de cáncer, y que él debía dejar aquella cosa «anti lo que fuese» que estaba haciendo y buscar una cura para él, porque eso sería muy positivo para todos.

Pero cuando se sintió verdaderamente agraviada fue cuando, después de que Rippleton Holabird hubiese accedido a dar una cena de medianoche en la azotea del instituto para una de sus recepciones más intelectuales, telefoneó a Gottlieb, preguntándole simplemente: «¿Sería mucha molestia para usted bajar y abrir su laboratorio, para que podamos echarle un vistazo?» Y él contestó: «¡Lo sería! ¡Buenas noches!».

Capitola protestó a su marido. Él la escuchó (al menos pareció hacerlo) y comentó:

—Cap, no importa que juegues con los peones. Ellos tienen que aguantarlo. Pero si empiezas a fastidiar a Max, simplemente cerraré todo el instituto, y luego no tendrás nada de qué hablar en el Club Colony. Y desde luego es el colmo que un hombre que vale treinta millones de dólares (al menos un tipo que ha conseguido todo eso) no pueda encontrar un pijama limpio. ¡No, no quiero un ayuda de cámara! ¡Oh, por favor, Capitola, por favor, deja de ser tan arrogante, quieres, y déjame dormir!

Pero Capitola era incontrolable, sobre todo con el asunto de las cenas mensuales que daba en el instituto.

### *III*

La primera de las Cenas Científicas que presenciaron Martin y Leora fue una particularmente importante y explicativa, porque el invitado de honor era el teniente general sir Isaac Mallard, el cirujano de Londres, que estaba en los Estados Unidos con una Delegación Militar Británica. Había dejado ya lindamente que le exhibiesen por el instituto; había sido sir isaaqueado por el doctor Tubbs y por todos los investigadores, salvo Terry Wickett; recordó haber conocido a Rippleton Holabird en Londres, o dijo que lo recordaba; y admiró a Gladys, la Centrifugadora.

La cena empezó con el hecho desdichado de que Terry Wickett, que hasta entonces

se podía confiar en que se mantuviese decentemente ausente, hizo acto de presencia, comentando a la esposa de un ex embajador: «La verdad es que no podía perderme esta comilona, con el bueno de sir Isaac aquí además. Por cierto que si yo no se lo dijese, difícilmente pensaría que mi traje era alquilado, ¿verdad que sí...? ¿Se ha dado cuenta usted de que sir Isaac está procurando no rasgar la alfombra con las espuelas? Me pregunto si aún seguirá matando a todos sus pacientes de mastoides...».

Había música abundante, y comida más abundante aún; había científicos incómodos explicando a doradas damas arrulladoras, en unas cuantas palabras, en qué era exactamente en lo que estaban trabajando y qué esperaban conseguir en los próximos veinte años; estaban las propias damas arrulladoras, comentando en tonos de lindo reproche: «Pero me temo que aún no lo ha aclarado todo lo que podría». Estaban los maridos de las damas arrulladoras (graduados universitarios, manipuladores de acciones petroleras o de la legislación de sociedades), dispuestos a explicar a cualquiera que lo deseara su opinión de que aunque las antitoxinas pudieran ser interesantes, lo que realmente necesitábamos era un buen sustituto del caucho.

Estaba Rippleton Holabird, siendo encantador.

Y en la pausa de la música, estaba de pronto Terry Wickett, diciéndole a una mujer muy importante, una de las amigas más útiles de Capitola: «Sí, su nombre se deletrea G-o-t-t-l-i-e-b pero se pronunciara Gottdamn».<sup>[12]</sup>

Pero estos marginados como Wickett y pasajeros silenciosos como Martin y Leora y miembros totalmente ausentes como Max Gottlieb eran pocos, y la cena se convirtió majestuosamente en un ágape cuando el doctor Tubbs y sir Isaac Mallard intercambiaron cumplidos y felicitaciones mutuas y a Capitola, al sagrado suelo de Francia, a la pequeña y valerosa Bélgica, a la hospitalidad estadounidense, al amor británico a la intimidad, y a las cosas extremadamente interesantes que un joven con un sentido de la cooperación podría hacer en la ciencia moderna.

Se llevó a los invitados a conocer el instituto. Inspeccionaron el acuario de biología marina, el museo patológico y el parque de los animales, a la vista del cual una alegre dama pidió a Wickett: «¡Ay, las pobrecitas cobayas y esos lindos conejillos! De veras, doctor, ¿no cree que sería muchísimo más bonito que les dejasen ustedes libres y trabajasen solo con los tubos de ensayo?».

Un popular médico, que practicaba la medicina con las mujeres ricas, ninguna de ellas del oeste de la Quinta Avenida, le dijo a la graciosa dama: «Creo que tiene usted toda la razón. ¡Y yo nunca he tenido que matar a ninguno de esos pobres animalitos para llegar a saber lo que sé!».

Wickett cogió el sombrero con increíble brusquedad y se fue.

La alegre dama dijo: «Se da cuenta, no se atrevió a responder a un argumento serio. Oh, doctor Arrowsmith, ya sé, por supuesto, lo maravillosos que Ross McGurk y el doctor

Tubbs y todos ustedes son, pero tengo que decir que estoy desilusionada con sus laboratorios. Yo esperaba que hubiese en ellos muchas retortas extrañas y hornos eléctricos y demás pero, la verdad, no veo ni una sola cosa que sea interesante, y creo que todos ustedes, la gente inteligente, deberían hacer algo para nosotros, después de habernos convencido para que viniéramos hasta aquí. ¿No puede usted o algún otro crear vida de huevos de tortuga o una cosa así? ¡Oh, por favor háganlo! ¡Se lo suplico! O al menos, pónganse una de esas chaquetas elegantes de dentista que suelen llevar».

Entonces Martin se fue también rápidamente, acompañado por una furiosa Leora, que en el taxi manifestó que se había quedado con ganas de probar la copa de champán que había visto en el bufet, y que su marido era poco menos que un idiota.

#### IV

Así, aunque satisfecho de su trabajo, Martin empezó a poner en duda la perfección de su santuario; a preguntarse por qué Gottlieb se mostraba tan ofensivo en la comida con el pulcro doctor Sholtheis, el industrioso jefe del Departamento de Epidemiología, y por qué el doctor Sholtheis tenía que aguantar los insultos; a preguntarse por qué el doctor Tubbs tenía que soltar cuando entraba en el laboratorio de uno: «La única cosa que ha de tener usted presente en todo su trabajo es el ideal de cooperación»; a preguntarse por qué un fisiólogo tan ferviente como Rippleton Holabird tenía que estar todo el día conferenciando con Tubbs en vez de trabajar de firme en su laboratorio.

Holabird había hecho, cinco años antes, un poco de investigación que había difundido su nombre en revistas científicas de todo el mundo: había estudiado los efectos de la extirpación de los lóbulos anteriores del cerebro de un perro en su capacidad para encontrar su camino a través del laboratorio. Martin había leído sobre aquella investigación antes de que hubiese pensado en ir a McGurk; a su llegada se emocionó cuando le explicó la investigación el propio maestro; pero después de oírle explicarla una docena de veces empezó a sentirse considerablemente menos emocionado, y a pensar si Holabird no seguiría siendo toda su vida «el hombre... recuerdas... el tipo aquel que consiguió tanto éxito con un experimento, no recuerdo bien lo que era, sobre la locomoción de los perros o algo así.»

Martin pasó a cavilar aún más cuando se dio cuenta de que todos sus colegas estaban secretamente agrupados en facciones.

Tubbs, Holabird y quizás la secretaria de Tubbs, Pearl Robbins, eran la casta dominante. Se murmuraba que Holabird albergaba la esperanza de que le nombrasen algún día director ayudante, un puesto que debería crearse para él. Gottlieb, Terry Wickett y el doctor Nicholas Yeo, aquel biólogo rústico de largo bigote al que Martin había tomado al principio por un carpintero, formaban una facción independiente propia y, por mucho que le desagradase el escandaloso Wickett, Martin se vio arrastrado a ella.

El doctor William Smith, con su barbita y una concepción de los hongos formada en París, se mantenía solo. El doctor Sholtheis, que había nacido en una sinagoga de Rusia pero que era por entonces el episcopaliano «Iglesia Alta» más celoso de Yonkers, estaba intentando constantemente, a su modo humilde y cortés, que Gottlieb elogiase su trabajo científico. En el Departamento de Biofísica, el afable jefe era denigrado y envidiado por su propio ayudante. Y no había en todo el instituto un solo hombre que afirmase, hubiese bebido lo que hubiese bebido, que la obra de cualquier otro científico de cualquier otro lugar fuese completamente fiable y sólida, o que hubiese uno solo de sus rivales que no le hubiese robado a él alguna idea. Ninguna camarilla de mecedora de porche de hotel de verano, ningún conciliábulo de actores formularon nunca críticas más escandalosas ni hablaron con más pasión de la estupidez absoluta de sus colegas de lo que lo hacían aquellos ensalzados científicos.

Pero esos descubrimientos Martin podía bloquearlos cerrando la puerta de su laboratorio, y tenía que recurrir a eso ahora para hacer oídos sordos a los murmullos de la intriga.

## V

Gottlieb no se desplazó por una vez hasta el laboratorio de Martin, sino que le convocó escuetamente. En un rincón de su despacho, un cuarto que daba a su laboratorio, estaba Terry Wickett, liando un cigarrillo y con una expresión sardónica.

—Martin —comentó Gottlieb—, me he tomado la libertad de hablar de ti con Terry, y hemos llegado a la conclusión de que llevas ya bastante tiempo aquí y que va siendo hora de que dejes de perder el tiempo y te pongas a trabajar.

—¡Creí que estaba trabajando ya, señor!

Toda la vasta placidez de sus días felices había desaparecido; se veía arrastrado de nuevo al pickerbaughismo.

—No, no lo estás —intervino Wickett—. Solo has estado demostrando que eres un chico inteligente que podría trabajar si supiese algo.

Mientras Martin se volvía a Wickett con una expresión de: «¿Quién demonios eres tú para...?», Gottlieb continuó:

—El hecho es, Martin, que no puedes hacer nada hasta que no sepas un poco de matemáticas. Si quieres ser algo más que un bacteriólogo de libro de cocina, como son la mayoría de ellos, tienes que ser capaz de manejar algunos de los elementos fundamentales de la ciencia. Todas las cosas vivas son máquinas fisicoquímicas. Así que, ¿cómo vas a

poder avanzar si no sabes fisicoquímica, y cómo vas a saber físicoquímica sin saber suficientes matemáticas?

—Sí —dijo Wickett—, estás segando el césped y cogiendo margaritas, no cavando.

Martin les miró.

—Pero demonios, Wickett, uno no puede saberlo todo. Yo soy un bacteriólogo, no un físico. Yo creo que uno tiene que utilizar su intuición, no solo una caja de herramientas, para hacer descubrimientos. Un buen marino podría encontrar su ruta en el mar aunque no tuviese instrumentos, y un Lusitania<sup>[13]</sup> entero de chatarra no convertiría a un novato en un buen marinero. La gente tiene que desarrollar el cerebro, y no depender solo de las herramientas.

—¡Sí, claro, pero si no hubiese cartas de navegación y cuadrantes, un marinero que navegase sin ellos sería un zoquete!

Martin se defendió durante media hora, no demasiado cortésmente, frente al diamantino Gottlieb y el granítico Wickett. Convencido todo el tiempo de que era un asqueroso ignorante.

Dejaron de hacerle caso. Gottlieb pasó a mirar sus cuadernos y Wickett se dispuso a volver a su trabajo. Martin miró furioso a Gottlieb. Aquel hombre significaba tanto que Martin podía estar tan furioso con él como podría estarlo con Leora, o consigo mismo.

—Lamento que piense que no sé nada —gruñó y salió de allí con la máxima violencia teatral. Dio un portazo en su propio laboratorio, se sintió liberado, luego hundido. Sin voluntad, como un borracho, irrumpió en el laboratorio de Wickett, protestando:

—Supongo que tienes razón. Mi fisicoquímica es nula y mis matemáticas horribles. ¿Qué voy a hacer... qué voy a hacer?

—Bueno —gruñó el azorado bárbaro—. Bueno, qué demonios, Slim, no hay problema. El viejo y yo estábamos solo pinchándote. El hecho es que él está la mar de contento con el modo cuidadoso con que has empezado. Respecto a las matemáticas... probablemente sepas más de las que saben la Gallina Sagrada y Tubbs en este momento; has olvidado todas las que sabías, y nunca supiste muchas. ¡Y qué, jolines! Ciencia se supone que significa Conocimiento (del griego, un idioma maravilloso que hablaban los viejos y buenos helenos, amigos de empinar el codo) y considerando lo mucho que a la mayoría de los tipos que se dedican a la ciencia les fastidia tener que dejar de escribir pequeños artículos enjoyados o de dar tés para conseguir algo de conocimiento, resulta que yo, comparado con ellos, soy una especie de gran promotor del progreso de la especie humana. Tampoco yo sé demasiadas matemáticas, Slim, pero si no te importa que me acerque hasta tu casa por las noches y te dé clase... ¡Gratis, me refiero!

Así se inició la amistad entre Martin y Terry Wickett; así se inició un cambio en la

vida de Martin por el que renunció a tres o cuatro horas de saludable sueño cada noche, para estudiar cosas que todo el mundo supone que sabe y casi todo el mundo no sabe.

Empezó por el álgebra; descubrió que había olvidado la mayor parte de ella; maldijo el enfrentamiento entre la infatigable  $a$  y la indolente  $b$  que camina de la  $y$  a la  $z$ ; contrató a un profesor de Columbia; y terminó la materia, con un acceso de algo parecido a interés por las ecuaciones de segundo grado, en seis semanas... mientras Leora escuchaba, observaba, esperaba, hacía emparedados y se reía con los chistes del profesor.

Al final de los primeros nueve meses en McGurk, Martin había repasado la trigonometría y la geometría analítica y estaba pareciéndole romántico el cálculo diferencial. Pero cometió el error de decirle a Terry Wickett lo mucho que sabía.

—No confíes demasiado en las matemáticas, hijo —graznó Terry. Y le desconcertó tanto con alusiones a la derivación termodinámica de la ley de acción de masas, y al potencial de reducción de oxidación, que volvió a precipitarse en una humildad furibunda, viéndose otra vez como un impostor y un don nadie.

Leyó a los clásicos de la ciencia física: Copérnico y Galileo, Lavoisier, Newton, Laplace, Descartes, Faraday. Se empantanó del todo en las «fluxiones» de Newton; habló de Newton a Tubbs y descubrió que el ilustre director no sabía nada de él. Mencionó esto alegremente a Terry y se vio contundentemente maldecido por su petulancia como un «*nouveau culte*», como un «típico converso fanático», tras lo cual volvió al trabajo cuyo fin es satisfactorio porque nunca se acaba.

Su vida no parecía nada edificante ni divertida. Cuando Tubbs se asomaba a su laboratorio, encontraba a un joven sin humor trajinando con sus pruebas de toxinas hemolíticas que no mostraba ningún don visible para la Auténtica Cosa Grande en Ciencia, que era la cooperación y el ser eficiente. Tubbs procuraba encauzarle con: «¿Está usted completamente seguro de estar siguiendo en su trabajo una trayectoria regular establecida?».

Era Leora la que soportaba el verdadero tedio.

Se quedaba sentada en silencio (una niña frágil, que solo te llegaba al hombro, ni siquiera nueve minutos más vieja que cuando se había casado, nueve años antes), o dormitaba inofensivamente, en el alargado salón de su piso, mientras él trabajaba con sus libros infectados de temibles dígitos hasta la una, hasta las dos, y despertaba cortésmente para dejarle preocuparse por ella: «Pero mira, sabes, tengo que mantener al mismo tiempo mi investigación. ¡Dios mío, qué cansado estoy!».

Ella consiguió arrastrarle fuera de la ciudad para una excursión ilegal de cinco días a cabo Cod, en marzo. Martin, sentado entre las Twin Lights, los dos faros gemelos de Chatham, comentó furioso: «Voy a volver y a decirles a Terry y a Gottlieb que pueden irse al cuerno con su famosa fisicoquímica. Ya estoy harto, ya he acabado con las matemáticas», y ella comentó: «Sí, yo lo haría, desde luego... aunque, ¿verdad que es

curioso que el doctor Gottlieb siempre parezca tener razón?».

Tan absorto estaba Martin en la estafilolisina y en el cálculo que no se daba cuenta de que el mundo estaba a punto de hacerse más seguro para la democracia. Se quedó un poco desconcertado cuando Estados Unidos entró en la guerra.

## VI

El doctor Tubbs acudió rápidamente a Washington para ofrecer los servicios del instituto al Ministerio de Guerra.

Todo el personal, salvo Gottlieb y dos más que declinaron tal honor, fueron nombrados oficiales y se les comunicó que debían comprar bonitos uniformes.

Tubbs se convirtió en coronel, Rippleton Holabird en comandante, Martin y Wickett y Billy Smith en capitanes. Pero los garçons no tenían ningún grado militar, ni más deberes castrenses que limpiar las botas de montar marrones y las polainas de cuero, que los diversos guerreros usaban según sus fantasías o sus piernas. Y a la más beligerante de todos, la señorita Pearl Robbins, que en el té mataba heroicamente no solo varones alemanes sino a todas sus mujeres e hijos viperinos, no se le reconoció perversamente su mérito y tuvo que hacerse ella misma un uniforme.

El único de ellos que llegó a aproximarse más al frente que Liberty Street fue Terry Wickett, que de pronto pidió permiso, fue transferido a la artillería y zarpó hacia Francia.

Se disculpó con Martin: «Estoy avergonzado por dejar mi trabajo de este modo, y desde luego no quiero matar alemanes... quiero decir, no más de lo que quiero matar a la mayoría de la gente... pero nunca pude resistir la tentación de participar en un gran espectáculo. Mira, Slim, no pierdas de vista a Papá Gottlieb, ¿eh? Esto le ha afectado mucho. Tiene un montón de sobrinos además en el ejército alemán, y los patriotas como Pie Grande Pearl harán una exhibición de idealismo persiguiéndole. Adiós, Slim, cuídate».

Martin había protestado vagamente por el hecho de que le metiesen en el ejército. La guerra era para él más que nada otra interrupción de su trabajo, como el pickerbaughismo, como ganarse la vida en Wheatsylvania. Pero cuando empezó a pavonearse de uniforme resultó tan gustoso que durante varias semanas se convirtió en un patriota modelo. Nunca había tenido tan buen aspecto, tieso y erguido, como de aquí. Era muy agradable que le saludasen los soldados, tan agradable como devolver el saludo con el esplendor digno, paternalista, de «todos camaradas unidos» que Martin compartía con los otros doctores, profesores, abogados, corredores de bolsa, autores y antiguos intelectuales socialistas que eran también oficiales como él.

Pero, al cabo de un mes, los placeres de ser un héroe se convirtieron en algo mecánico y Martin empezó a añorar las camisas blancas, los zapatos cómodos y prendas con bolsillos razonables. Era una molestia llevar polainas y un infierno ponérselas; el cuello le pinchaba y le tiraba de la barbilla; y era agotador para un hombre que estaba levantado hasta las tres, cumpliendo el peligroso deber de estudiar cálculo, ser rápido respondiendo a cada saludo.

Bajo la mirada disciplinaria del coronel director doctor A. DeWitt Tubbs, tenía que llevar el uniforme, o al menos partes identificables de él, en el instituto, pero al final del día se deslizaba en el hábito de volver furtivamente a la ropa civil, y cuando salía con Leora al cine tenía una agradable sensación de Ausente sin Permiso, de arriesgarse en cada esquina de la calle a detención por la policía militar y ejecución al amanecer.

Desgraciadamente, ningún policía militar se fijó nunca en él. Pero una noche que estaba mirando, de una forma loable e inocente, los restos de un pistolero al que acababa de matar otro pistolero, se dio cuenta de que estaba a su lado, mirándole furioso, el comandante Rippleton Holabird. Por una vez, el comandante fue desagradable:

—Capitán, ¿le parece que esto es cumplir con su deber, ir de paisano? Nosotros, desgraciadamente, con nuestro trabajo científico, no tenemos el privilegio de unirnos a los muchachos que están luchando de verdad, pero tenemos que cumplir las órdenes lo mismo que si estuviésemos en las trincheras... ¡En las que a algunos de nosotros nos gustaría mucho volver a estar! Capitán, espero no volver a verle nunca incumpliendo la orden de ir de uniforme, o... hum...

Martin le dijo más tarde a Leora:

—Estoy harto de oírle contar que le hirieron. No veo nada que pueda impedirle volver a las trincheras. Está perfectamente de la herida. Yo quiero ser patriota, pero mi patriotismo es cazar antitoxinas, hacer mi trabajo, no llevar un tipo determinado de pantalones o adoptar una serie concreta de ideas sobre los alemanes. Soy antialemán, claro, por supuesto... creo que probablemente sean tan malos como nosotros. En fin, volvamos y hagamos algo más de cálculo... Querida, mis noches de trabajo te aburren demasiado, ¿eh?

Leora era astuta. Cuando no podía ser entusiasta, era capaz de mantener un silencio que no incomodaba.

Martin percibía en el instituto que no era el único defensor de su país que no se sentía cómodo con el atuendo de los héroes. El más lúgubre de los miembros del personal era el doctor Nicholas Yeo, el yanqui de bigote rubio jefe del Departamento de Biología.

Yeo se había puesto el uniforme de comandante, pero no se sentía identificado con él. (Sabía que era un comandante, porque el coronel doctor Tubbs le había dicho que lo era, y sabía que aquel era un uniforme de comandante porque así se lo había dicho el que se lo había vendido.) Salía del Edificio McGurk con un aire melancólico y despectivo, una de las polainas sobresaliendo por encima de las botas de montar; y aunque lo intentase con toda



devoción, nunca se acordaba de abrocharse la guerrera por encima de las camisas de violetas que confesaba a menudo que se podían comprar muy baratas en la Octava Avenida.

Pero el comandante doctor Yeo contaba con un triunfo militar. Le explicó ásperamente a Martin, cuando se dirigían hacia el comedor, completamente militarizado:

—Oye, Arrowsmith, ¿tú te has hecho alguna vez un lío con ese asunto del saludo? Maldita sea, yo no consigo adivinar lo que significan todas esas insignias. Una vez tomé a un teniente del Ejército de Salvación por un general de la Asociación de Jóvenes Cristianos, o tal vez fuese un portugués. ¡Pero ya tengo la solución! —Yeo posó un dedo junto a su gran nariz y emitió sabiduría—: Siempre que veo a un tipo de uniforme que parece más viejo que yo, le saludo... mi sobrino, Ted, me ha entrenado, así que saludo ya bastante bien... y si no responde al saludo, pues nada, qué le vamos a hacer, yo solo pienso en mi trabajo y no me preocupo. ¡En realidad, esta vida militar no es tan dura, si enfocas el asunto científicamente!

## VII

Max Gottlieb siempre había considerado Estados Unidos, en París o en Bonn, un país que, al estar libre de la tradición monárquica, por su contacto con las realidades de los maizales, las ventiscas y las asambleas vecinales, desaprobaba con vehemencia el orgullo pueril de la guerra. Creía que había dejado ya de ser un alemán y se había convertido en un compatriota de Lincoln.

La Guerra Europea era la única cosa, aparte de su expulsión de Winnemac, que había llegado a quebrar en toda su vida su serenidad sardónica. Recordaba con placer sus meses de trabajo y de buena charla en Francia, en Inglaterra, en Italia; quería a sus amigos franceses e ingleses e italianos lo mismo que a sus antiguos *Korpsbruder* y, por supuesto, por detrás de sus burlas, quería a los alemanes con los que había trabajado duramente y bebido.

Los hijos de su hermana (los había visto en vacaciones llenas de nostalgia, cuando eran bebés, cuando eran niños, en la combativa juventud) se habían incorporado a las tropas del káiser en 1914; uno de ellos se convirtió en *Oberst*, fue muy condecorado, otro sobrevivió sin destacar por nada, y otro estaba muerto yapestaba a los diez días. Esto lo soportó con tristeza, como soportaría más tarde el que su hijo Robert se fuese a luchar contra sus primos como teniente estadounidense. Lo que abatía a este hombre, para el que abstracciones y leyes científicas eran más que la carne amable, era el arrebato de odio que se había apoderado de aquel país antimilitarista al que había emigrado precisamente por su aversión a la *Junkerdom*.

Comprobó con incredulidad que había mujeres que afirmaban que todos los

alemanes eran asesinos de bebés, universidades que prohibían el idioma de Heine, orquestas que prescindían de la música de Beethoven, profesores de uniforme chillando a empleados y los empleados sin atreverse a protestar.

No está del todo claro si lo que en realidad se resentía era su amor a Estados Unidos o su egoísmo personal, el que se hubiese equivocado tan grotescamente en sus suposiciones; es curioso que él, que había arremetido tan vigorosamente contra la educación hecha a máquina del país, tuviese que sorprenderse al ver cómo el país se entregaba alegremente a las viejas, viejísimas burlas maquinales de la guerra.

Cuando el instituto santificó la guerra, se encontró con que pasaba a ser no el gran inmunólogo impersonal sino un judío alemán sospechoso.

Ciertamente, el Terry que se fue a la artillería no le miraba hoscamente, pero el comandante Rippleton Holabird se ponía tieso y rígido siempre que se cruzaban en el pasillo. Cuando Gottlieb le insistió a Tubbs en la comida: «Estoy dispuesto a admitir todas las virtudes de los franceses... siento mucho afecto por ese pueblo tan individualista... pero basándome en la teoría de las probabilidades, sugiero que tiene que haber también algunos alemanes buenos entre todos los sesenta millones que son», el coronel director Tubbs le ordenó: «¡En estos tiempos trágicos para el mundo, no me parece demasiado apropiado pretender ser frívolo, doctor Gottlieb!».

En las tiendas y en el ferrocarril elevado, gentecilla sudorosa de rostro enrojecido le miraba furiosa al oír su acento y gruñía: «¡Ese es uno de ellos, uno de esos malditos bárbaros hunos que envenenan los pozos!». Y por muy despectivo que pudiese ser, por mucho que procurase afirmar una actitud de orgullo imperturbable, la hostilidad de la gente le corroía e iba convirtiendo al científico arrogante en un anciano inseguro, encogido, con los nervios a flor de piel.

Y en una ocasión una anfitriona, que antiguamente había estado orgullosa de conocerle, una anfitriona cuyo apellido de soltera era Straufnabel y se había casado con un miembro de la famosa y vieja familia anglicana Rosemont, cuando Gottlieb la saludó con «*Auf Wiedersehen*» le gritó: «¡Doctor Gottlieb, lo siento mucho, pero el uso de ese idioma repulsivo no está permitido en esta casa!».

Casi se había recuperado de las angustias de Winnemac y de la fábrica Hunziker; había empezado a abrirse, a recibir gente... científicos, músicos, conversadores. Ahora volvía a verse encerrado en sí mismo. Con Terry ausente, solo confiaba en Miriam y en Martin y en Ross McGurk; y sus ojos hundidos de párpados arrugados miraban siempre con tristeza.

Pero aún podía ser mordaz. Sugirió que Capitola debería poner en la ventana de su casa una bandera con una estrella por cada persona del instituto que se había puesto un informe.

Ella lo tomó en serio y lo hizo.

## VIII

Los deberes militares del personal de McGurk no consistían únicamente en llevar uniformes, recibir saludos y escuchar las lecciones de sobremesa del coronel doctor Tubbs sobre «el papel que Estados Unidos tendrá inevitablemente en la reconstrucción de una Europa democrática».

Preparaban sueros; el ayudante del Departamento de Biofísica estaba inventando alambradas electrificadas; el doctor Billy Smith, que seis meses antes había estado cantando *Studentenlieder* en Luchow's, estaba trabajando en gas venenoso que debía utilizarse contra todos los cantores de Lieder; y a Martin se le asignó la fabricación de lipovacuna, una suspensión de organismos tifoideos y paratifoideos finamente molidos en aceite. Era un trabajo sucio y aburrido. Pero Martin asumió con bastante seriedad la tarea, dedicándole casi todas las mañanas, aunque blasfemaba más de lo habitual y daba la bienvenida impíamente a artículos de revistas científicas en los que se condenaban las lipovacunas como algo de tan poco valor como las soluciones salinas ordinarias.

Se daba cuenta del sufrimiento de Gottlieb e intentaba confortarle.

El fallo más lamentable de Martin era que no se le daba demasiado bien la gente tímida ni la gente solitaria ni la gente vieja y estúpida; no era cruel con ellos, simplemente no se fijaba en ellos o le impacientaban tanto sus torpezas que les evitaba. Siempre que Leora le acusaba de eso él gruñía:

—Bueno, pero... estoy demasiado absorbido por el trabajo, o resolviendo cosas, para perder el tiempo con idiotas. Y es una buena cosa. La mayoría de la gente por encima del nivel cero se dedica demasiado a practicar un montón de vaga filantropía y, debido a eso, no son capaces de hacer nada... y la mayoría de esa condenada gente tímida tuya acaba pauperizada espiritualmente. Es la mar de fácil ser bueno y cariñoso y alabarse a uno mismo y ser, en general un inepto insustancial, en vez de aplicarse a avanzar sea como sea y a mantenerse rigurosamente centrado en el trabajo, en un trabajo que sirva para algo. Muy poca gente tiene el valor de ser honradamente egoísta... no contestar a las cartas... y reclamar su derecho a trabajar. Si esos sentimentales se hubiesen salido con la suya, no habría habido un Newton... sí, ¡ni probablemente un Cristo!... habrían tenido que renunciar a todo lo que hicieron por el mundo para dedicarse a soltar discursos y a oír los problemas de viejas chifladas. No hay nada que exija tanto valor como mantenerse firme y con las ideas claras.

Y él no tenía siquiera ese valor.

Cuando Leora se había quejado, había sido forzosamente amable con toda clase de alarmados mendigos un día o dos y luego había vuelto a su ensimismamiento. Solo había

dos personas cuya tristeza siempre podía calar en él: Leora y Gottlieb.

Aunque estaba más ocupado de lo que hubiese podido imaginar en toda su vida que podría alguien estar, con lipovacunas por la mañana, fisicoquímica a última hora del día y, en toda clase de intensas horas intermedias, con la continuación de su investigación de la estafilolisina, dedicaba el tiempo que podía a ir a buscar a Gottlieb y estimular su vanidad escuchándole reverentemente.

Luego, su investigación barrió todo lo demás, haciéndole olvidar a Gottlieb y a Leora y toda su animación con el estudio, haciéndole derivar todo su trabajo de guerra hacia los demás y confundiendo noche y día en un llameante y desquiciado manchón, al darse cuenta de que tenía algo no indigno de un Gottlieb, algo relacionado con la misteriosa fuente de la vida.

## CAPÍTULO 28

El capitán Martin Arrowsmith, MRC,<sup>[14]</sup> llegó a casa y se quejó a su buena esposa Leora: «Estoy absolutamente cansado, y me siento además desanimado. No he conseguido ni una maldita cosa en todo este año en McGurk. Estéril. Nada. Y que me cuelguen si voy a estudiar cálculo esta noche. Vamos al cine. Ni siquiera me pondré ropa humana normal. Estoy demasiado cansado».

—Muy bien, querido —dijo Leora—. Pero cenemos aquí. He comprado un pescado maravilloso esta tarde.

Durante la película, Martin manifestó su opinión, como capitán y como médico, de que parecía improbable que una madre no conociese a su hija después de una ausencia de diez años. Estaba inquieto y racional, que no es un estado de ánimo apropiado para ver cine. Cuando salieron parpadeando de aquella oscuridad iluminada solo por las sombras de la pantalla, exclamó: «Voy a volver al laboratorio. Te pondré en un taxi».

—Oh, qué barbaridad, déjalo por una noche.

—¡No puedes decir eso! ¡Llevo ya tres o cuatro noches que no me quedo trabajando hasta tarde!

—Entonces llévame contigo.

—Ca. Tengo la sensación de que voy a tener que estar trabajando toda la noche.

Liberty Street, mientras él corría por ella, estaba durmiendo bajo sus torres. Era orden de McGurk que el ascensor del instituto funcionase durante toda la noche y, de hecho, tres o cuatro de los veinte miembros del personal lo utilizaban a veces después de las horas respetables.

Esa mañana Martin había aislado una nueva cepa de bacterias de estafilococo procedentes del ántrax del glúteo de un paciente del Hospital del Bajo Manhattan; un ántrax que estaba curándose con insólita rapidez. Había puesto un poco de pus en caldo y lo había incubado. En ocho horas había aparecido un buen crecimiento de bacterias. Antes de irse cansinamente a casa había vuelto a poner el matraz en la incubadora.

No estaba particularmente interesado en él, y entonces, cuando llegó a su laboratorio, se quitó la guerrera, miró abajo, las luces del río negro azulado, fumó un poco, pensó en lo miserable que había sido su comportamiento con Leora y maldijo a Bert Tozer y a Pickerbaugh y a Tubbs y a cualquier otro que tuviese a mano en su memoria y se dirigió

luego con aire ausente a la incubadora y se encontró con que el matraz, en el que debería haber un crecimiento nebuloso perceptible, no tenía ya el menor rastro de bacterias... de estafilococos.

—¡Pero qué demonios es esto! —exclamó—. ¡El caldo está tan claro como cuando lo sembré! Pero que... ¡Que me suceda este accidente estúpido justo cuando estaba a punto de iniciar algo nuevo!

Regresó apresuradamente a su laboratorio de la incubadora, que estaba en un cuartito del pasillo, y, poniendo el matraz bajo una luz fuerte, se aseguró de que no se había equivocado, que había visto bien. Preparó impaciente una placa del contenido del matraz y la examinó al microscopio. Solo descubrió sombras de lo que habían sido bacterias: delgados perfiles, la forma aún allí pero la sustancia celular desaparecida; minúsculos esqueletos sobre un campo de batalla infinitesimal.

Alzó la cabeza del microscopio, se frotó los ojos cansados, se frotó el cuello reflexivamente... se quitó la guerrera, dejó caer al suelo el cuello duro, se desabrochó el botón de arriba de la camisa. Reflexionó:

—Aquí hay algo raro. Este cultivo estaba creciendo perfectamente, y luego se ha suicidado. Nunca oí que los bichos hicieran eso. ¡He dado con algo! ¿Qué ha causado esto? ¿Algún cambio químico? ¿Algo orgánico?

En Martin Arrowsmith no había heroísmos decorativos, no había talento para los amoríos, no había ningún ingenio exótico, ni desdichas edificadamente soportadas. No mostraba ni la elegancia pintoresca ni un mensaje moral. Estaba lleno de faltas precipitadas y de sinceridad perversa; era un joven a menudo poco amable, a menudo grosero. Pero tenía un don: una curiosidad en virtud de la cual nada le parecía ordinario. Si hubiese sido un héroe aceptable, como el comandante Rippleton Holabird, habría vertido el contenido del matraz en el fregadero, habría admitido con bonita modestia: «¡Qué imbécil! ¡He cometido algún error!», y habría seguido con sus cosas. Pero Martin, al ser Martin, se puso a pasear prosaicamente arriba y abajo por el laboratorio, rezongando. «Esto tiene que tener una causa, y voy a descubrir cuál es.»

Tuvo de pronto una idea romántica: llamaría por teléfono a Leora y le explicaría la maravilla que estaba sucediendo, y ella no se preocuparía ya por él. Recorrió el pasillo, encendiendo cerillas, intentando encontrar interruptores eléctricos.

De noche, todos los pasillos están embrujados. Hasta en un sitio tan risueñamente nuevo como el edificio de McGurk había habido un contable que se había suicidado. Martin, mientras andaba a tientas, temblaba consciente de suaves pisadas tras él, de formas que atisbaban desde las entradas de las puertas y se esfumaban insolentemente, de antiguos horrores incorpóreos, y cuando encontró el interruptor se congratuló de la bendición y la seguridad de la luz súbita que recreaba el mundo.

En la centralita de teléfonos del instituto conectó todo lo que pareció razonable.

Pensó en una ocasió que estava parlant amb Leora, però resultó que se tractava d'una veu asexual i intolerant, que deia: «Númeroo, per favor» amb una atenció tensa impossible en algú tan indolent com Leora. Després, una veu babeó: «¿Sarah?». Després, «¿No te quiero! ¿Cuelga, por favor!». Després una noia suplicó: «Sincerament, Billy, va a ir allí, però el jefe vino a las cinco y dijo...».

En cuanto al resto, era solo un borrón; las voces de siete millones de personas ansiosas por dormir o ansiosas de amor o de dinero.

—Bueno, ya está bien —comentó—, supongo que Lee se habrá ido a la cama.

Y regresó al laboratorio.

Como un detective a la caza del asesino de bacterias, se paró allí con la cabeza hacia atrás, rascándose la barbilla, rascándose la memoria en busca de casos parecidos de microorganismos que se suicidasen o que fuesen eliminados sin causa visible. Corrió escaleras arriba hasta la biblioteca, consultó a las autoridades inglesas y norteamericanas y, laboriosamente, las francesas y las alemanas. No encontró nada.

Le preocupaba la posibilidad de que pudiese no haber habido, por alguna razón, ningún estafilococo vivo en el pus con el que había sembrado el caldo... que no hubiese habido allí nada que pudiese morir. En una carrera frenética, sin detenerse a encender luces, chocando en las esquinas y resbalando en aquel suelo de baldosas demasiado perfecto, se deslizó escaleras abajo y galopó por los pasillos hasta su habitación. Encontró los restos del pus original, vertió una parte en una placa de cristal y la tiñó con violeta de genciana, depositando nerviosamente sobre ella una gota del espléndido tinte. Corrió al microscopio. Cuando se inclinó sobre el tubo de metal y centró el objetivo, en el campo de visión circular gris-lavanda afloraron a la existencia como uvas las agrupaciones de gérmenes de estafilococo, manchas púrpura contra el plano en blanco.

—¡Hay estafilos, perfecto! —gritó.

Y se olvidó ya de Leora, de la guerra, de la noche, del cansancio, del éxito, de todo, y se lanzó a disponer lo necesario para un experimento, su primer gran experimento. Estaba frenético, bastante mareado. Procuró calmarse sentándose a una mesa, entre anillos y espirales de humo de cigarrillo, a enumerar en hojitas de papel todas las causas posibles de suicidio de las bacterias... todas las cuestiones que tenía que aclarar y los experimentos que deberían aclararlas.

Podría ser que un álcali de un matraz insuficientemente limpio hubiese sido la causa de la eliminación del cultivo. Podría ser alguna sustancia antiestafilo que contuviese el pus, o algo liberado por los propios estafilos. Podría ser alguna peculiaridad de aquel caldo concreto.

Tenía que comprobar cada una de estas cosas.

Consiguió abrir la puerta de la habitación donde se almacenaban tubos y recipientes, forzando el manubrio. Cogió matraces nuevos, los limpió, los tapó con algodón y los colocó en el horno de aire caliente para esterilizarlos. Buscó otras partidas de caldo de cultivo... en realidad las robó, del suministro particular y sumamente sagrado que tenía Gottlieb en la nevera. Filtró parte del cultivo clarificado a través de un filtro de porcelana estéril y lo añadió a sus cepas habituales de estafilococo.

Y, tal vez lo más importante de todo, descubrió que no tenía cigarrillos.

Incrédulo, palpó en todos los bolsillos y después de recorrerlos uno a uno volvió a palparlos otra vez. Buscó en la guerrera militar que se había quitado; tuvo una idea animadora de haber visto cigarrillos en un cajón; no los encontró; y se dirigió desvergonzadamente a la habitación en la que estaban colgadas las batas y chaquetas de los técnicos. Registró furibundo bolsillos hasta que encontró una docena de hermosos cigarrillos en una cajetilla arrugada y aplastada.

Para comprobar cada una de las cuatro posibles causas de la desaparición de los cultivos, preparó y sembró con bacterias una serie de matraces en condiciones diversas, y los colocó en la incubadora a la temperatura del cuerpo. Hasta que dejó allí el último matraz, su mano estaba firme, su cansado rostro sereno. Estaba por encima de todo nerviosismo, libre de toda inseguridad, era un profesional haciendo su trabajo.

Eran por entonces las seis de una amplia y magnífica mañana de agosto, y cuando cesó la aceleración del trabajo, cuando los nervios tensos se relajaron, miró por la alta ventana y cobró conciencia del mundo de abajo: techos brillantes, torres jubilosas y un vapor de alta cubierta del canal que subía contoneándose por el resplandeciente río arriba.

Estaba agotado; era como un cirujano después de una batalla, como un reportero durante un terremoto, tal vez estuviese un poco enloquecido; pero no tenía sueño. Maldecía la espera inevitable a que se multiplicase la bacteria, sin la que no podía descubrir los efectos de los diversos tipos de caldos y cepas bacteriales, pero contenía su impaciencia.

Subió la ruidosa escalera de baldosas hasta el elevado mundo de la azotea. Escuchó en la puerta del zoológico del instituto. Los conejillos de Indias, despiertos y mordisqueando, hacían un ruido como el de un paño húmedo al frotar el cristal cuando se limpia una ventana. Pisó con fuerza en el suelo asustándolos, y empezaron a emitir su extraño sonido de miedo, que era como un arrullo de palomas.

Paseó furiosamente arriba y abajo, refrescado por el alto cielo, hasta que se calmó y empezó a sentir hambre. Se lanzó de nuevo al pillaje. Encontró chocolate perteneciente a un inocente técnico; invadió incluso el despacho del director y en el escritorio de la diana Pearl Robbins descubrió té y una tetera (así como lápiz de labios y una carta de amor que empezaba «Mi pequeño Ickles»). Se preparó él mismo una taza de té espantosa, luego, arrastrando el peso del cuerpo, volvió a su mesa para anotar en un mugriento cuaderno casi lleno cada uno de los pasos de su experimento.



Después de las siete, consiguió descifrar el funcionamiento de la centralita telefónica y llamó al Hospital del Bajo Manhattan. ¿Podría disponer el doctor Arrowsmith de un poco más de pus del mismo ántrax? ¿Qué? ¿Está curado? ¡Por supuesto que sí! No queda más material de ese.

Se planteó si esperar o no a que llegara Gottlieb para contarle el descubrimiento, pero decidió guardar silencio hasta que hubiese determinado si se trataba o no de un accidente. Con los ojos muy abiertos, demasiado nervioso para dormir en el metro, huyó a la parte alta de la ciudad a contárselo a Leora. ¡Tenía que contárselo a alguien! Le recorrían de nuevo oleadas de miedo, duda, seguridad; le zumbaban los oídos y le temblaban las manos.

Subió corriendo al piso; gritó: «¡Lee! ¡Lee!», antes de abrir la puerta. Y ella se había ido.

Se quedó boquiabierto. El piso respiraba vaciedad. Buscó de nuevo. Había dormido allí, había tomado una taza de café, pero se había esfumado.

Empezó inmediatamente a preocuparse por la posibilidad de que hubiese tenido un accidente, y a enfurecerse porque no estuviese allí en la gran hora. Se preparó el desayuno hoscamente... Es extraño que químicos y bacteriólogos excelentes preparen unos huevos revueltos tan acuosos, que hagan un café tan amargo y que sean tan despreocupados respecto a las cucharas sucias... Cuando terminó por fin de desayunar, estaba dispuesto a creer que Leora le había abandonado para siempre. «La he tenido muy olvidada», se lamentaba. Torpemente, un anciano ya, se dirigió al instituto, y en la entrada del metro se encontró con ella.

—¡Estaba tan preocupada! —se quejó—. No podía localizarte por teléfono. Fui hasta el instituto a ver qué había pasado.

La besó, muy competentemente, y exclamó entusiasmado: «¡Dios Santo, mujer, lo he conseguido! ¡Una cosa grande! He encontrado algo, no una sustancia química que introduzcas, quiero decir, que se coma a los bichos... los disuelve... los mata. Puede ser un gran paso nuevo en terapéutica. Oh, no, jolines, no creo en realidad que lo sea. Probablemente sea otra de mis bobadas».

Ella intentó tranquilizarle, pero él no espero. Se lanzó por las escaleras del metro, prometiendo telefonarla. A las diez estaba atisbando en la incubadora.

Había una apariencia nebulosa de bacterias en todos los matraces salvo aquellos en los que había utilizado caldo del matraz original perturbador. En estos, el misterioso asesino de gérmenes había impedido el crecimiento de las nuevas bacterias que él había introducido.

—Magnífico —dijo.

Volvió a meter los matraces en la incubadora, anotó sus observaciones, fue de nuevo a la biblioteca e investigó en manuales, actas encuadernadas de asociaciones, publicaciones periódicas en tres idiomas. Había adquirido un alemán y un francés científicos razonables. Es dudoso que pudiese haber pedido una copa en un bar o preguntado cómo se iba hasta el Kursaal en cualquiera de los dos idiomas, pero entendía la jerga científica helenística universal, y recorría los gruesos volúmenes, frotándose los ojos, que estaban llenos de fuego salino.

Recordó que era un oficial del ejército y que tenía que hacer aquella mañana lipovacunas. Se puso a trabajar, pero estaba tan nervioso que estropeó la partida, llamó imbécil a su paciente *garçon* y después de esa injusticia le envió a por una pinta de whisky.

Necesitaba un confidente. Telefonó a Leora, comió con ella lujosamente y aseguró: «Aún sigue pareciendo como si hubiese algo en el asunto». Por la tarde volvía al instituto cada hora y examinaba los matraces, pero entre una vez y otra recorría las calles, rechinando de cansancio, bebiendo demasiado café.

Y cada cinco minutos volvía a pensar, como si se tratase de una idea completamente nueva y arrebatadora: «¿Por qué no voy a dormir un poco?». Luego se acordaba, y gruñía: «No, tengo que seguir yendo allí y observar cada paso. No puedo dejarlo, porque si no tendré que empezar todo de nuevo otra vez. ¡Pero tengo tanto sueño! ¿Por qué no voy a dormir un poco?».

Accedió, antes de las seis, a una capa nueva de fuerza, y a las seis su inspección demostró que los matraces que contenían el caldo original aún no tenían ningún crecimiento de bacterias, y los que había sembrado con el pus original, lo mismo que el primer excéntrico matraz, después de empezar a mostrar un buen crecimiento de bacterias, se habían aclarado de nuevo ante el ataque lento y progresivo del asesino desconocido.

Se sentó, relajándose aliviado. ¡Lo tenía! En las conclusiones de sus primeras notas escribió:

«He observado en pus de una infección de estafilococos un principio, le llamaré provisionalmente el Principio X, que impide el crecimiento de varias cepas de estafilococos y que disuelve los estafilococos del pus en cuestión».

Cuando terminó, a las siete, apoyó la cabeza en el cuaderno y se quedó dormido.

Despertó a las diez, se fue a casa, comió como un salvaje, durmió de nuevo, y estaba ya en el laboratorio antes de amanecer. Su descanso siguiente fue una hora aquella tarde, despanzurrado en la mesa de su laboratorio, con el *garçon* de guardia; el siguiente, un día y medio más tarde, fueron ocho horas en la cama, desde el amanecer hasta el mediodía.

Pero en sueños estaba constantemente volcando una hilera de tubos de ensayo o rompiendo matraces. Descubrió un Principio X que disolvía sillas, mesas, seres humanos. Y se dedicó a aplicárselo a Bert Tozer y al doctor Bissex y a observar diabólicamente cómo

se esfumaban, pero dejó caer unas gotas por accidente en Leora y vio que desaparecía, y despertó chillando para encontrarse con los brazos de la Leora real rodeándole, mientras él gemía: «¡Oh, no podría hacer nada sin ti! Te amo tanto, aunque este maldito trabajo me tenga atado. ¡No te separes de mí!».

Ella se quedó sentada a su lado en la cama, que olía a humanidad, contenta con su vida, y él se quedó dormido otra vez para despertar tres horas más tarde dispuesto a salir para el instituto, los ojos inyectados en sangre y alerta. Ella estaba preparada para él con café fuerte, esperándole en silencio, y le miraba orgullosa mientras él agitaba los brazos, explicando:

—¡Será mejor que Gottlieb no hable más de la importancia de nuevas observaciones! El Principio X puede que no se aplique solo a los estafilos. Es posible que se pueda azuzar contra cualquier bicho... que se pueda curar con él cualquier enfermedad causada por un germen. ¡Un bicho que vive de comerse bichos! O a lo mejor es un principio químico o una enzima. En fin, no sé. ¡Pero lo sabré!

Mientras se dirigía apresurado al instituto se sentía completamente seguro de que después de años de tropiezos había llegado. Tenía visiones de su nombre en revistas y libros de texto; de reuniones científicas en las que le aclamaban. Había sido un desconocido entre los expertos del instituto, y ahora le daban pena todos ellos. Pero cuando volvió a su banco de trabajo, las aspiraciones grandiosas se esfumaron y volvió a ser el sabueso que olisquea y olfatea, el trabajador impersonal. Ante él, suprema alegría del investigador, se abrían nuevos pasos de montaña de trabajo, y sentía en su interior un poder nuevo.

## II

Durante una semana, la vida de Martin tuvo toda la regularidad de la de un soldado fugitivo en país enemigo, con la misma agitación y el mismo deseo de salir a merodear en la noche. Andaba continuamente esterilizando matraces, preparando medios de cultivo de diversas concentraciones de ión hidrógeno, copiando sus viejas notas en un cuaderno nuevo amorosamente etiquetado «Principio X, Estafilo», y añadiendo en él nuevas observaciones. Intentó, minuciosamente, con muchos matraces y muchas siembras repetidas, determinar si el Principio X se perpetuaba indefinidamente, si cuando se trasladaba de un tubo de bacterias a otro reaparecía, si, creciendo automáticamente por división celular, era un verdadero germen, un subgermen que infectase gérmenes.

Durante la semana, Gottlieb atisbó varias veces por encima del hombro de Martin, pero Martin no estaba dispuesto a informar del asunto hasta que tuviese pruebas, y hasta después de una buena noche de sueño y tal vez hasta un afeitado.

Una vez seguro de que el Principio X se reproducía indefinidamente, de manera que

se multiplicaba en el décimo tubo con los mismos efectos que en el primero, llamó ya solemnemente a Gottlieb y le puso delante los resultados, así como de sus planes de posterior investigación.

El viejo tictaqueó con sus dedos finos en el informe, lo leyó atentamente, alzó la vista y, sin perder el tiempo en felicitaciones, vomitó preguntas:

«¿Has hecho esto? ¿Por qué no has hecho eso? ¿A qué temperatura se da la máxima actividad del principio? ¿Es activo en un medio solidificado con agar?».

—Este es el nuevo programa de trabajo que tengo previsto. Creo que verá que incluye la mayoría de sus sugerencias.

—¡Hum! —Gottlieb lo recorrió y rezongó—: ¿Por qué no has previsto propagarlo en estafilo muerto? Eso es lo más importante de todo.

—¿Por qué?

Gottlieb voló instantáneamente hasta el corazón de la selva en la que Martin había estado debatiéndose muchos días:

—Porque eso mostrará si estás tratando con un virus vivo.

Martin se sintió humillado, pero Gottlieb resplandecía:

—Tienes una cosa grande. Ahora no dejes que el director se entere de esto y se entusiasme demasiado pronto. ¡Estoy contento, Martin!

Había algo en su voz que envió a Martin pavoneándose pasillo adelante, de vuelta al trabajo... y a no dormir.

No podía determinar lo que era el Principio X (sustancia química o germen), pero era indudable que funcionaba. Se podía transmitir indefinidamente; Martin determinó cuál era la mejor temperatura para él y descubrió que no se propagaba en estafilococos muertos. Cuando añadió una gota que contenía el principio a un crecimiento de estafilococos que era una película gris sobre la superficie sólida de agar, la gota quedó enseguida bellamente perfilada por manchas desnudas, al iniciar su ataque al enemigo, de manera que la placa de agar pasó a parecer cera de abeja comida de polillas. Pero al cabo de dos semanas, apareció uno de los problemas que Gottlieb le había advertido que aparecerían.

Temeroso de los centenares de bacteriólogos que se lanzarían a asesinarle en cuanto apareciese su artículo, procuró asegurarse de que se pudiesen confirmar sus resultados. Obtuvo en el hospital pus de muchos diviesos, de los brazos, de las piernas, de la espalda; intentó reproducir sus resultados... y fracasó, completamente. No aparecía ningún Principio X en los nuevos diviesos, y Martin acudió abatido a Gottlieb.

El viejo meditó, hizo una pregunta o dos, se sentó inclinado en su silla encojinada, e indagó:

—¿Qué clase de ántrax era el original?

—Glúteo.

—Ah, entonces el Principio X puede que esté presente en los contenidos intestinales. Búscalo, en gente con diviesos y sin ellos.

Martin se puso a trabajar. En una semana había obtenido el Principio de contenidos intestinales y de otros diviesos glúteos, encontrando una cantidad especial de diviesos que estaban «curándose ellos mismos»; y trasplantó su nuevo Principio, sintiéndose elevado a la gloria, admirando más que nunca a Gottlieb. Amplió su investigación al grupo intestinal de organismos y descubrió un Principio X contra el bacilo del colon. Al mismo tiempo, dio parte del principio original a un médico en el Hospital del Bajo Manhattan para el tratamiento de diviesos, y recibió de él emocionados informes de curaciones y preguntas aún más emocionadas sobre cuál podría ser aquel misterio.

Con estas nuevas victorias fue a ver a Gottlieb, y de pronto se encontró con que Gottlieb le echaba una bronca:

—¡Oh! ¡Qué bonito! ¡Qué bien! Has dejado que lo probara un médico antes de acabar tu investigación... ¿Quieres que lleguen informes falsos de curaciones a la prensa, que te telegrafíen de un sitio y de otro, y que todas las personas de este mundo que tengan un grano vengán aquí a que las cures, de manera que nunca puedas trabajar? ¿Quieres ser un hombre milagroso, y no un científico? ¿Quieres completar las cosas o no? Te dedicas a dar saltitos y a jugar con el bacilo del colon antes de haber terminado con el estafilo... antes de haber iniciado en realidad tu trabajo... antes de que hayas descubierto cuál es la naturaleza del Principio X. ¡Sal inmediatamente de mi despacho! ¡Eres un... un... un rector de universidad! ¡No tardará en llegarme la noticia de que estás cenando con Tubbs y que aparece tu foto en los periódicos como un vendedor de remedios listo!

Martin salió de allí arrastrándose y cuando se cruzó con Billy Smith en el pasillo y el pequeño químico cotorreó: «¿Detrás de algo grande? No se te ve el pelo últimamente», Martin contestó en el tono del ayudante del doctor Vickerson de Elk Mills:

—Oh... no... bueno... solo estoy tanteando, me imagino.

### III

Con la misma atención y exactamente del mismo modo impersonal que habría

observado cómo un conejillo de Indias infectado desarrollaba progresivamente la enfermedad, Martin se observaba a sí mismo, en la locura del exceso de trabajo, encaminándose hacia la neurastenia. Investigó con considerable interés los síntomas de este mal, viendo que se daban en él uno tras otro, y continuó sin cambiar de conducta, asumiendo el riesgo despreocupadamente.

De una irritabilidad que le convertía en una persona con la que era completamente imposible convivir, pasó a un nerviosismo enfermizo en el que se equivocaba cuando quería coger las cosas, derramaba los tubos de ensayo, jadeaba temeroso al oír tras él pisadas súbitas. El graznido de la voz del doctor Yeo se convirtió para él en una fiebre, un insulto, y esperaba con todo su cuerpo tenso, murmurando: «¡Cállate... cállate... oh, cállate!», cuando Yeo se paraba a hablar con alguien en el pasillo junto a su puerta.

Luego empezó a obsesionarle el deseo de leer al revés todas las palabras que veía en los carteles.

Los examinaba inmobilizado, con el hombro apoyado en una correa en el metro, en busca de palabras nuevas que pudiese leer al revés. Algunas de ellas eran sumamente agradables: «No fumar» se convirtió en un garboso y agradable «Ramuf on» y «Broadway» resultaba tolerable como «Yawdaorb», pero no le agradaron sus intentos con «Ponche», «Salud», «Aproximado»; mientras que «Fuerza» convertido en «Azreuf» era abominable.

Cuando tuvo que regresar a su laboratorio tres veces para poder convencerse de que había cerrado la ventana, se sentó, fríamente, se informó a sí mismo de que estaba al borde del precipicio, y consideró con toda la seriedad posible si debía atreverse a seguir. No fue una consideración muy positiva: estaba tan ensoberbecido por su obra en marcha que no podía tomar demasiado en serio a su yo.

Finalmente, el miedo se abatió sobre él.

Empezó con terror infantil a la oscuridad. Se quedaba despierto en la cama aterrado por los ladrones; el rumor apagado de pisadas en el vestíbulo era un asesino sigiloso; un roce no explicable en la escalera de incendios era un asesino que empuñaba una automática. Lo veía tan claramente que tuvo que levantarse de un salto de la cama y mirar afuera amedrentado, y cuando vio realmente abajo en la calle a un hombre parado, se quedó helado de pánico.

Cualquier brillo en el cielo era un incendio. Le iba a atrapar en la cama, se asfixiaría, moriría retorciéndose.

Sabía perfectamente que sus miedos eran absurdos, y ese conocimiento no impedía en absoluto que le dominasen.

Le daba vergüenza al principio reconocer su aparente cobardía ante Leora. ¿Admitir que estaba encogido como un niño? Pero cuando yacía rígido, casi chillando, sintiendo el cordón de un asesino apretándole el cuello, hasta la seguridad del amanecer, la vuelta a un

mundo fiable, y murmuraba «insomnio» y tras ello, noche tras noche, se deslizaba en los brazos de ella y ella le escudaba de los horrores, le protegía de los estranguladores, le apartaba del fuego.

Hizo una lista comprobatoria de los temores neurasténicos favoritos: agorafobia, claustrofobia, pirofobia, antropofobia, y el resto, terminando con lo que aseguraba que era «el término hechicero más estúpido y pretencioso de todos», es decir, siderodromofobia, el miedo a un viaje en ferrocarril. La primera noche, consiguió controlar la pirofobia, ya que estando en el vodevil con Leora, cuando en el escenario una bailarina encendió un brasero, se quedó esperando a que el teatro se incendiara. Miró cautamente a lo largo de la hilera de asientos (furioso consigo mismo al tiempo que lo hacía), calculó sus posibilidades de llegar a una salida, y solo se tranquilizó después de escapar a la calle.

Fue cuando se asentó la antropofobia, cuando se sintió incómodo por la gente que caminaba demasiado cerca de él, cuando, examinando prudentemente su lista y viendo cuántas fobias estaban ya comprobadas, se permitió un descanso.

Huyó a las montañas de Vermont para una excursión de cuatro días... solo, porque así sería más rápido. Se fue de noche, en coche cama, y pudo hacer unas observaciones interesantísimas sobre la siderodromofobia.

Iba tendido en una litera baja, la pequeña almohada doblada en un bulto. Le molestaba el balanceo de su ropa que colgaba a su lado de la percha, en la abertura de las cortinas verdes. La persiana estaba levantada unos quince centímetros; dejaba una mancha lechosa a través de la cual golpeaban luces amarillas, enfáticas en la ruidosa oscuridad de su pequeña celda. Temblaba de angustia. Siempre que intentaba relajarse se veía aplastado de nuevo por el temor. Cuando el tren se detuvo entre estaciones y llegó de la locomotora un silbido malhumorado e interrogante, tuvo la absoluta seguridad de que había algún problema... se había hundido un puente, había un tren delante de ellos; tal vez estuviese llegando otro en aquel momento por detrás, a punto de aplastarle a cien kilómetros por hora...

Se imaginaba un accidente catastrófico y padecía más que si se produjese de verdad, ya que imaginaba no uno sino media docena, con desdichas diversas... La rueda averiada justo debajo de él... no tenía por qué resonar de aquel modo... ¿por qué no se había dado cuenta de ello en la última estación grande aquel maldito individuo del martillo?... la rueda averiada traqueteando; el vagón precipitándose, cayendo, arrastrado de costado... Una colisión, un choque, el vagón convertido instantáneamente en un montón horrible de chatarra, aplastado, él mismo atrapado en la litera encogida, cazado entre asiento y asiento. Alaridos, gemidos agónicos, las llamas que avanzaban... el vagón girando, precipitándose de costado en un río; o él intentando salir arrastrándose por una ventanilla con el agua corriendo alrededor de su cuerpo... él de pie junto al vagón destrozado, vacilando entre mantenerse alejado y proteger su tarea sagrada o volver a rescatar a la gente y perecer.

Tan reales eran las visiones que no podía soportar estar allí tumbado, esperando. Buscó la luz de la litera y no podía encontrar el interruptor. Sacó nervioso una caja de

cerillas del bolsillo de la chaqueta, encendió una, accionó el interruptor. Se vio, bajo las sábanas, reflejado en el techo de madera barnizada de su litera como un cadáver en un ataúd. Salió de allí precipitadamente, con pantalones y chaqueta sobre la ropa interior (le había dado miedo, en realidad, confiar demasiado en el tren poniéndose el pijama), y con reacios pies descalzos caminó hasta el compartimento de fumadores. El maletero estaba acucillado en un taburete, limpiando un tremendo montón de zapatos.

Martin anheló su estimulante compañía y aventuró: «Hace calor esta noche».

—Uf...ejem —dijo el maletero.

Martin se acurrucó en el frío asiento de cuero del compartimento, y se concentró en efectuar un minucioso examen de un lavabo de metal. Se daba cuenta de que su presencia no agradaba al mozo, pero tuvo el consuelo de calcular que aquel hombre debía de hacer aquel viaje tres veces por semana, decenas de miles de kilómetros al año, sin resultar muerto al parecer, y que podría haber una posibilidad de que sobreviviesen hasta la mañana.

Fumó hasta que tuvo la lengua en carne viva y hasta que, fortificado por la tranquilidad del mozo, se rio de las catástrofes imaginarias. Acabó volviendo soñoliento a la litera.

Se puso tenso allí de nuevo en cuanto se acostó, y permaneció despierto hasta el amanecer.

Vagó por las montañas cuatro días, se bañó en fríos riachuelos, durmió bajo los árboles o en pajares, y regresó (aunque de día) con reserva suficiente de energía para aguantar hasta que su experimento hubiese pasado de ser gloria sobrecogedora a ser una rutina sana y entretenida.



## CAPÍTULO 29

Cuando el trabajo sobre el Principio X llevaba ya prolongándose seis semanas seguidas, el personal del instituto empezó a sospechar que estaba pasando algo, y a ofrecer ayuda a Martin. Él les eludió. No deseaba que le atraparan en ninguna de las facciones de ayuda mutua, aunque se sintiese a veces solo pensando en Terry Wickett, que aún seguía en Francia, y en su compulsiva y descortés entrega a la sinceridad.

No se sabe cómo se enteró el director de que Martin estaba encontrando oro.

Al doctor Tubbs ya no le hacía ilusión ser un coronel (había demasiados generales en Nueva York) y llevaba dos semanas sin tener una Idea que revolucionase ni una pequeña parte del mundo siquiera. Una mañana irrumpió en el laboratorio de Martin, con los pelos del bigote encrespados y le reprochó:

—¿Qué misterioso descubrimiento es ese que está haciendo usted, Arrowsmith? Le he preguntado al doctor Gottlieb, pero me elude; dice que quiere usted estar seguro primero. ¡Debo saber de qué se trata, no solo porque me tomo un interés muy amistoso por su trabajo sino porque soy, después de todo, su Director!

Martin tuvo la sensación de que estaban arrebatándole su única ovejita, pero no veía medio de evitarlo. Sacó sus cuadernos de notas y las placas de agar con sus manchas disueltas de bacilos. Tubbs se quedó boquiabierto, se atacó los bigotes y, tras un instante de teatral consideración, clamó:

—¿Quiere usted decir que cree que ha descubierto una enfermedad infecciosa de las bacterias, y que no me ha hablado a mí de ello? Mi querido muchacho, no creo que se dé usted cuenta del todo de que puede haber dado con el medio supremo de matar bacterias patógenas... ¡Y no me lo contó!

—Bueno, señor, quería asegurarme...

—Admiro su precaución, pero debe usted comprender, Martin, que el objetivo básico de esta institución es la derrota de la enfermedad, ¡no redactar bonitas notas científicas! *Debe* de haber dado usted con uno de los descubrimientos de una generación; precisamente lo que el señor McGurk y yo estamos buscando... Si sus resultados se confirman... le preguntaré su opinión al doctor Gottlieb.

Tras decir esto, estrechó la mano de Martin cinco o seis veces y salió precipitadamente de allí. Al día siguiente, llamó a Martin a su despacho, le estrechó la mano un poco más, le dijo a Pearl Robbins que era un honor conocerle, y después le

condujo a la cima de una montaña y le mostró todos los reinos de este mundo:

—Martin, tengo algunos planes para usted. Ha estado trabajando brillantemente, pero sin una visión completa y más amplia de la humanidad. El instituto, sabe usted, está organizado siguiendo las directrices más flexibles. No hay departamentos definidos, sino solo unidades formadas alrededor de hombres excepcionales como nuestro querido amigo Gottlieb. Si cualquier hombre nuevo tiene realmente lo que hay que tener, le proporcionaremos todos los medios, en vez de dejarle trabajar agotadoramente en una tarea individual. He dedicado una consideración muy detenida a los resultados que ha obtenido usted, Martin; he hablado de ellos con el doctor Gottlieb... aunque he de decir que él no comparte del todo mi entusiasmo respecto a los resultados prácticos inmediatos. Y he decidido someter al Consejo de Directores un plan para un Departamento de Patología Microbiana, ¡con usted como jefe! Tendrá un ayudante (un doctor con auténtica formación) y más espacio y técnicos, y me informará directamente a mí, comentará las cosas conmigo a diario, en vez de con Gottlieb. Será dispensado de todo el trabajo de guerra, por orden mía... aunque puede conservar usted el uniforme y todo lo demás. Y su sueldo pasará a ser, creo yo, si el señor McGurk y los demás directores me lo confirman, de diez mil al año en vez de cinco.

«Sí, la mejor habitación para usted sería esa grande de la planta de arriba, a la derecha de los ascensores. Ahora está vacía. Y su despacho estará al otro lado del vestíbulo.

»Y toda la ayuda que necesite. Sí, hijo mío, no tendrá ninguna necesidad de pasarse las noches despierto utilizando sus manos de ese modo inútil, podrá dedicarse solo a pensar las cosas y ocuparse de posibles ampliaciones que cubran todos los campos. ¡Extenderemos esto a todo! Dispondremos de montones de médicos en hospitales ayudándonos y confirmando nuestros resultados y complementando nuestros esfuerzos... Podemos tener una reunión semanal con todos esos médicos y ayudantes, presidida conjuntamente por usted y por mí... Si hombres como Koch y Pasteur hubiesen tenido el respaldo de un sistema así, ¡cuánto mayor *alcance* podría haber tenido su obra! *Cooperación* universal eficiente... esa es la clave de la ciencia hoy... ya ha quedado atrás la época de esa investigación individual estúpida, celosa y chapucera.

»Hijo mío, es posible que hayamos encontrado la verdadera solución... ¡otro Salvarsán! ¡Publicaremos juntos! ¡El mundo entero hablará de ello! ¡Ay, he estado despierto toda la noche pensando en nuestra magnífica oportunidad! ¡En unos cuantos meses podemos estar curando no solo infecciones de estafilos sino el tifus, la disentería! Martin, como colega suyo, no deseo ni por un momento restarle el gran mérito que le corresponde, pero debo decir que si hubiese estado usted más estrechamente aliado Conmigo habría ampliado su trabajo a pruebas y resultados prácticos mucho antes.»

Martin volvió con paso inseguro a su despacho, mareado con la visión de un departamento propio, ayudantes, los vítores del mundo... y diez mil al año. Pero tenía la sensación de que le habían arrebatado su trabajo, de que le habían arrebatado su propio yo; no iba a ser ya Martin, y discípulo de Gottlieb, sino un Hombre de Alegría Medida, el doctor Arrowsmith, Jefe del Departamento de Patología Microbiana, que llevaría varios

cuellos y daría charlas y no maldeciría jamás.

Las dudas le debilitaron. Tal vez el Principio X no se desarrollase más que en el tubo de ensayo; tal vez no tuviese gran valor para la curación humana. Él quería saber... *saber*.

Luego cayó sobre él Rippleton Holabird:

—Martin, mi querido muchacho, el director acaba de contarme lo de su descubrimiento y lo de los espléndidos planes que tiene para usted. Quiero felicitarle de todo corazón, y darle la bienvenida como un jefe de departamento y colega más... y es tan joven... solo treinta y cuatro, ¿no? ¡Qué magnífico futuro! Piense Martin —el comandante Holabird se sentó a horcajadas en una silla desdeñando su dignidad—, ¡piense en todo lo que le aguarda! Con cuántos honores le premiarán si este trabajo sale bien. ¡Es usted un cachorrillo afortunado! ¡Le aclamarán las asociaciones científicas, podría ser profesor donde quisiera, recibir premios, los grandes hombres empezarán a consultarle, ocupará un puesto espléndido en la sociedad!

«Ahora escuche usted, muchacho: Quizás sepa lo próximo que estoy al doctor Tubbs, y no veo ninguna razón por la que no debiera usted unirse a nosotros, y dirigir las cosas aquí los tres y a nuestro gusto. ¡Qué detalle el del director, el que se mostrase tan dispuesto a reconocer el descubrimiento y el que se ofreciese enseguida a ayudarlo de todos los modos posibles! Es tan cordial... y está tan deseoso de ayudar. Ahora puede usted hacerse cargo ya de verdad de las cosas. Y los tres... Podríamos lograr algún día erigir una superestructura de ciencia cooperativa que controlase no solo McGurk sino todos los institutos y todos los departamentos científicos de las universidades del país, y conseguir poner en marcha realmente una investigación eficiente. Cuando el doctor Tubbs se retire, tengo (le digo esto de modo absolutamente confidencial), tengo ciertas razones para suponer que el Consejo de Directores me considerará su sucesor. Entonces, muchacho, si este trabajo sale bien, ¡usted y yo podremos hacer cosas juntos!

»Para ser franco en todo, hay muy pocos hombres en nuestro mundo (¡piense en el pobre infeliz de Yeo!) que puedan mostrar al mismo tiempo una personalidad presentable y triunfos de primera categoría, y si usted prescindiese de algunas de sus brusquedades y de su resistencia a apreciar a los grandes ejecutivos y a las mujeres encantadoras (porque, gracias a Dios, sabe usted vestir bien... ¡cuando se toma la molestia!)... En fin, ¡usted y yo podemos convertirnos en los dictadores de la ciencia en todo el país!»

Martin no pensó en una respuesta hasta que Holabird ya se había ido.

Percibía el horror de esa cosa grosera y estridente que se llama Éxito, con su exigencia de abandonar el trabajo tranquilo y salir en procesión para que todos los ciegos devotos le manoseasen y los ciegos enemigos le cubriesen de cieno.

Huyó en busca de Gottlieb, del padre sabio y tierno, y le suplicó que le librase del Éxito y de los Holabirds y los A. DeWitt Tubbs y sus hordas de científicos que daban

charlas y discurseaban, de autores cazadores de títulos, de oradores de púlpito, de cirujanos populares, de periodistas serviles, de príncipes del comercio sentimentales, de políticos literarios, de deportistas con título nobiliario, de generales estadistas, de senadores entrevistados, de obispos sentenciosos.

Gottlieb estaba preocupado:

—Me di cuenta de que Tubbs se proponía algo idealista y sucio cuando vino hoy ronroneando a verme, pero no pensé que intentaría convertirte en un megáfono tan rápido, ¡en un día! ¡Me ceñiré los lomos y saldré a luchar contra las fuerzas de la publicidad!

Fue derrotado.

—Le he dejado a usted en paz, doctor Gottlieb —dijo Tubbs— pero, qué demonios, ¡soy el Director! Y debo decir que, quizás debido a mi notoria estupidez, ¡no consigo ver que sea tan horroroso permitir que Arrowsmith cure a miles de personas que sufren y se convierta en un hombre importante y estimado!

Gottlieb llevó el asunto a Ross McGurk.

—Max, te quiero como a un hermano, pero Tubbs es el director, y si cree que necesita a ese Arrowsmith (¿es ese jovencito delgado que veo por tu laboratorio, verdad?) no tengo ningún derecho a impedirselo. Tengo que respaldarle lo mismo que haría con el capitán de uno de mis barcos —dijo McGurk.

Martin no sería jefe de departamento hasta que el Consejo de Directores, que estaba formado por el propio McGurk, el rector de la Universidad de Wilmington y tres profesores de ciencias de diversas universidades, se reuniese y diese su aprobación. Mientras tanto Tubbs pidió:

—Mire, Martin, tiene que darse prisa y publicar sus resultados. Aplíquese a ello inmediatamente. Debería haberlo hecho ya en realidad. Reúna todo su material lo más rápido posible y envíe una nota a la Asociación de Medicina y Biología Experimental para que la publique en sus próximas actas.

—¡Pero aún no estoy en condiciones de publicar! ¡Quiero tener cubiertos todos los resquicios antes de comunicar nada!

—¡Tonterías! Eso es una actitud anticuada. Ya no estamos en la época del provincianismo sino en la de la competencia, en el arte y la ciencia lo mismo que en el comercio... ¡Cooperación con tu grupo, pero con los de fuera de él, competencia hasta la muerte! Cubra todos los huecos más tarde, no podemos exponernos a que se nos adelante otro. Recuerde que tiene que hacerse un nombre. La manera de conseguirlo es trabajando conmigo... para el mayor bien del mayor número.

Cuando Martin empezó su artículo, pensando en dimitir pero renunciando a hacerlo

porque Tubbs le parecía al menos mejor que los Pickerbaughs, tenía la visión de un mundo de pequeños científicos, trabajando cada uno de ellos en una celda sin techo. Colgado de una nube, observándoles, estaba el divino Tubbs, una gloria de bigote, listo para fulminar a cualquiera de los hombrecillos que dejasen de esforzarse y perdiesen el tiempo especulando sobre algo que no les hubiese asignado él. Detrás de su confusión de jaulas, sin que le viese el Tubbs tutelar, se perfilaba sardónica sobre un horizonte tormentoso la figura delgada y gigante de Gottlieb.

A Martin no le resultaba fácil expresarse literariamente. Se demoraba con su artículo, lo que irritaba a Tubbs, que no paraba de fustigarle. Los experimentos habían cesado; había sufrimiento y rascar de pluma y mucha rotura de papel manuscrito en la celda sin techo particular de Martin.

Por una vez no contaba con el refugio de Leora.

—¿Por qué no? Lo de diez mil al año sería espléndido, Sandy. ¡Y tanto que sí! Hemos sido siempre tan pobres, y a ti te gustan las cosas bonitas y los pisos bonitos. Y ser el jefe de un departamento tuyo... Y podrías consultar al doctor Gottlieb exactamente igual. Él es también un jefe de departamento, ¿no? Y sin embargo se mantiene independiente del doctor Tubbs. ¡Oh, a mí me parece estupendo!

Y lentamente, abrumado por el considerable aumento de respeto que se le otorgaba en las comidas del instituto, el propio Martin pasó a pensar también que era «estupendo».

«Podríamos coger uno de esos nuevos apartamentos de Park Avenue. No creo que cuesten más de tres mil al año», cavilaba. «No estaría mal poder recibir gente allí. No es que vaya a dejar que eso interfiera en mi trabajo... Pero estaría muy bien.»

Estaba aún mejor, aunque fuese angustioso al principio, el reconocimiento social.

Capitola McGurk, que hasta entonces no se había fijado en él, salvo como un objeto menos interesante que Gladys la Centrifugadora, telefoneó: «...el doctor Tubbs está muy entusiasmado y Ross y yo estamos muy satisfechos. Me encantaría que la señora Arrowsmith y usted pudiesen cenar con nosotros el jueves a las ocho y media».

Martin aceptó la real orden.

Estaba convencido de que tras vislumbrar el mundo de Angus Duer y de Rippleton Holabird había visto lujo, y había comprendido lo que eran las cenas elegantes. Leora y él fueron sin demasiado nerviosismo hasta la casa de Ross McGurk, en la Setenta Este, junto a la Quinta Avenida. Desde la calle, la casa parecía tener una cantidad insólita de gárgolas de piedra gris y de dinteles tallados y enrejados de bronce, pero no parecía grande.

Dentro, el vestíbulo de piedra abovedado se abría hacia arriba como una catedral. Se sintieron azorados ante los lacayos, sobrecogidos con el ascensor automático, oprimidos por un pasillo lleno de infolios de vitela y cofres italianos y un salón lleno de acuarelas y

reducidos a la condición rústica por el regio raso blanco y las perlas de Capitola.

Había ocho o diez Personas de Importancia, de ambos sexos, que parecían insignificantes pero que tenían nombres tan familiares como Ivory Soap.<sup>[15]</sup>

¿Le daba uno el brazo a alguna dama desconocida y la «introducía»? se preguntó Martin. Se alegró al descubrir que se entraba sin más en el comedor bajo el control de la amistosa voz de bajo de McGurk.

El comedor era bellísimo y bastante terrible, en piel estampada e histerias doradas, con colecciones de criados vigilando cómo utilizabas los tenedores de los espárragos. Martin estaba sentado (es dudoso que se hubiese enterado de que era el invitado de honor) entre Capitola McGurk y una mujer de la que solo pudo llegar a saber que era la hermana de una condesa.

Capitola se inclinó hacia él en su gran esplendor blanco.

—Dígame, doctor Arrowsmith, ¿qué es exactamente eso que está usted descubriendo?

—Bueno, es... ejem... estoy intentando determinar...

—El doctor Tubbs nos cuenta que han encontrado ustedes nuevos medios maravillosos de controlar las enfermedades —sus eles eran una melodía de ríos estivales, sus erres trino de pájaros en la enramada—. Oh, qué... ¡Qué podría ser más bello que aliviar a este triste y viejo mundo de su carga de enfermedades! Pero ¿qué es exactamente lo que esta usted haciendo?

—Bueno, es aún demasiado pronto para poder estar seguro pero... En fin, es más o menos así. Coges ciertos bichos, como por ejemplo estafilos...

—¡Ay, qué interesante es la ciencia, pero qué terriblemente difícil de entender para gente simple como yo! Pero somos todos muy humildes. Solo estamos esperando a que científicos como usted hagan el mundo más seguro para la amistad...

Luego Capitola otorgó toda su atención a su otro hombre. Martin se dedicó a mirar al frente y a comer y a sufrir. La hermana de la condesa, una mujer cetrina y flacucha, le miraba sonriente. Se giró hacia ella con triste mansedumbre (fijándose en que ella tenía un tenedor más que él, y preguntándose dónde lo habría perdido).

—Es usted un científico, según me han dicho —vociferó ella.

—Sí.

—El problema de los científicos es que no entienden la belleza. Son tan fríos.

Rippleton Holabird habría hecho mucha broma, pero Martin solo pudo tartamudear: «No, no creo que eso sea verdad», y consideró si se atrevería o no a beber otra copa de champán.

Cuando les condujeron de nuevo en rebaño al salón, después del ceremonial exclusivamente masculino, pero dolorosamente complejo, de brindar con oporto, Capitola cayó sobre él con blancas alas devoradoras.

—Querido doctor Arrowsmith, la verdad es que no he tenido la oportunidad en la cena de preguntarle qué es exactamente lo que está usted haciendo... ¡Oh! ¿Ha visto usted a mis queridos niñitos del establecimiento de Charles Street? Estoy segura de que muchos de ellos se convertirán en los científicos más fascinantes. Tiene usted que venir a darles una charla.

Esa noche le dijo furioso a Leora: «Va a ser difícil aguantar todo este parloteo. Pero supongo que tendré que aprender a disfrutarlo. En fin, bueno, piensa lo agradable que será que nosotros demos algunas cenas, con gente de verdad, Gottlieb y demás, cuando yo sea jefe de departamento».

A la mañana siguiente Gottlieb acudió pausadamente al despacho de Martin. Se quedó parado junto a la ventana; parecía evitar su mirada.

—Ha sucedido algo un poco malo —dijo con un suspiro—... quizá no del todo malo...

—¿De qué se trata, señor? ¿Puedo yo hacer algo?

—No se refiere a mí. A ti.

Martin pensó irritado: «¿Va a empezar otra vez con todo eso del peligro del éxito rápido? ¡Me estoy hartando ya!».

Gottlieb se acercó a él.

—Es una lástima, Martin, pero tú no eres el descubridor del Principio X.

—Que...

—Hay otro que lo ha descubierto.

—¡No es posible! He investigado toda la literatura científica y salvo Twort, nadie se ha aproximado siquiera a prever... Pero bueno, Dios Santo, doctor Gottlieb, eso significaría que todo lo que he hecho, todas estas semanas, ha sido una pérdida de tiempo y nada más, y que soy un imbécil...

—Bueno. En fin. D'Herelle, del Instituto Pasteur, acaba de publicar en las *Comptes*

*Rendus, Academie des Sciences*, un informe... es tu Principio X, no hay duda. Solo que él le llama «bacteriófago». Así que...

—Entonces yo...

Martin continuó la frase mentalmente: «Entonces yo no seré jefe de departamento ni famoso ni nada parecido. Vuelvo otra vez al arroyo». Y perdió toda la fuerza y todo el propósito, y la luz de la creación pasó a adquirir una tonalidad grisácea.

—Tú podrías —dijo Gottlieb—, claro está, reclamar la condición de codescubridor y pasarte el resto de tu vida luchando por conseguir el reconocimiento. O podrías olvidarlo y escribir una bonita carta de felicitación a D'Herelle y volver al trabajo.

—Oh —se lamentó Martin— volveré al trabajo. No puedo hacer otra cosa. Supongo que ahora Tubbs descartará la idea del nuevo departamento. Tendré tiempo para terminar de verdad mi investigación... quizás yo haya caído en cosas en las que no haya caído D'Herelle... y lo publicaré para corroborarle... ¡Maldito sea!... ¿Dónde está su informe?... Supongo que se alegrará usted de que me haya librado de ser un Holabird.

—Debería alegrarme. Es un pecado contra mi religión el que no lo haga. Pero me estoy haciendo viejo. Y eres amigo mío. Lamento que no vayas a disfrutar del gozo de la presunción y el éxito... por un tiempo... Martin, estaría muy bien que corroborases a D'Herelle. Eso es ciencia: trabajar y no preocuparte... demasiado... si el mérito se lo lleva otro... ¿Le dirás a Tubbs lo de la prioridad de D'Herelle, o lo hago yo?

Gottlieb se fue, mirando hacia atrás con cierta tristeza.

Tubbs acudió a quejarse: «¡Si lo hubiese publicado usted antes, como yo le dije, doctor Arrowsmith! La verdad es que me ha puesto usted en una situación muy embarazosa ante el Consejo de Directores. Por supuesto no puede plantearse siquiera ya lo de un nuevo departamento».

—Sí —dijo Martin en un tono distante.

Archivó cuidadosamente los inicios de su artículo y volvió a su banco de trabajo. Se quedó mirando fijamente un matraz resplandeciente hasta que le fascinó como una bola de cristal. Cavilaba:

«No habría sido tan malo el asunto si Tubbs me hubiese dejado en paz. Malditos sean estos viejos, malditos sean estos Hombres de Alegría Medida, estos Hombres Importantes que vienen y te ofrecen honores. Dinero. Condecoraciones. Títulos. Quieren que te vanaglories sintiéndote con autoridad. ¡Honores! Si los consigues te haces pomposo, y luego, cuando te has acostumbrado a ellos, si los pierdes te sientes un imbécil.

»Así que no me haré rico. Leora, pobrecilla, no tendrá sus vestidos nuevos y su piso y todo lo demás. Nosotros... No va a ser tan divertido ahora vivir en el viejo pisito. ¡Oh,



deja de llorar!

»Ojalá Terry estuviese aquí.

»Quiero mucho a ese hombre, Gottlieb. Podría haberse alegrado de esto...

»Bacteriófago, le llama el francés. Demasiado largo. Mejor llamarle solo *fago*. ¡Hasta consiguió ponerle el nombre, a mi Principio X! Bueno, me divertí mucho, trabajando todas estas noches. Trabajando...»

Estaba saliendo ya de su trance. Imaginó el matraz lleno de caldo nublado de estafilos. Fue hasta el despacho de Gottlieb a por la revista donde figuraba el artículo de D'Herelle y lo leyó minuciosa, entusiásticamente.

—¡He aquí un hombre, un científico! —dijo riendo entre dientes.

Y en el camino de vuelta a casa fue planeando experimentar aplicando el fago (a partir de entonces pasó a llamar así al Principio X) al bacilo de la disentería de Shiga,<sup>[16]</sup> planeando lanzar preguntas y críticas a D'Herelle, con la esperanza de que Tubbs tardase un tiempo en despedirle, y sintiendo un gran alivio al pensar que no tendría que hacer su absurdo artículo prematuro sobre el fago, que podría ser disoluto y simple y llevar cuellos blandos en vez de juicioso y serio y estar siempre espiado.

—Jolines —se dijo sonriendo— ¡menuda decepción se ha debido de llevar Tubbs! Se veía ya firmando todos mis artículos conmigo y recibiendo el mérito. Pero con este experimento de Shiga... Pobre Lee, tendrá que acostumbrarse a mis noches de trabajo, me imagino.

Leora se guardó para ella lo que pensaba sobre el asunto... o al menos la mayor parte de lo que pensaba.

## CAPÍTULO 30

Durante un año, interrumpido solo por el regreso de Terry Wickett después del Armisticio, y por las burlas de su revoltosa inteligencia, Martin siguió una rutina de trabajo pesado. Trajinaba afanoso semana tras semana efectuando complicados experimentos con fagos. Mostraba más destreza y experiencia en su trabajo (en sus manos, en su técnica) y más orden, menos agitación en su vida.

Volvió a sus noches de estudio. Pasó de las matemáticas a la fisicoquímica; empezó a entender la ley de acción de masas; se hizo tan sarcástico como Terry respecto a lo que llamaba el «tratamiento de médico de cabecera» de Tubbs y Holabird; leía mucho francés y alemán; los domingos por la tarde iba a pasear en canoa por el Hudson; y celebró una fiesta irreverente y escandalosa con Leora y Terry para conmemorar el día en que el instituto fue purificado con la venta del orgullo de Holabird, Gladys la Centrifugadora.

Martin sospechaba que el doctor Tubbs, majestuoso ya con la cinta de la Legión de Honor, le había retenido en el instituto solo por la intervención de Gottlieb. Pero es posible que Tubbs y Holabird tuviesen la esperanza de que volviese a tropezar con milagros que atrajesen la publicidad, porque eran amables con él en las comidas... le trataban cortésmente y le hacían también melancólicos reproches, y comentarios muy sustanciosos sobre la necesidad de publicar los propios descubrimientos rápidamente en vez de demorarlo.

Fue más de un año después de que D'Herelle se adelantase a Martin cuando apareció Tubbs en su laboratorio con sugerencias:

—He estado pensando, Arrowsmith —dijo.

Él le miró.

—El descubrimiento de D'Herelle no ha despertado el interés popular que yo creí que despertaría. Si hubiese estado aquí con nosotros, yo habría procurado que recibiese la atención adecuada. No ha habido casi ningún comentario. Tal vez podamos hacer algo aún. Tal como yo lo entiendo, usted ha estado siguiendo las directrices de lo que el doctor Gottlieb llamaría «investigación básica». Yo creo que ya debería ir siendo hora de que se utilizase fago en la curación práctica. Quiero que experimente usted con fago en neumonía, peste, tal vez tifus, y cuando sus experimentos estén en marcha, que haga algunas pruebas prácticas en colaboración con los hospitales. Ya basta de tanta pérdida de tiempo y tanta vanidad. ¡Empecemos realmente a curar a alguien!

Martin aún tenía miedo a que le despidieran si se negaba a obedecer. Y le conmovió

el que Tubbs continuara diciendo:

—Arrowsmith, yo sospecho que a veces cree usted que carezco del sentido de la precisión científica cuando insisto en resultados prácticos. Yo... Lo cierto es que no veo que salgan de este instituto los resultados verdaderamente nobles y transformadores que deberíamos conseguir, con los medios que tenemos a nuestra disposición. Me gustaría hacer algo grande, hijo mío, algo magnífico para la pobre humanidad, antes de dejar este mundo. ¿No puede usted dármelo? ¡Cure la peste!

Por una vez Tubbs fue una sonrisa cansada y no una vehemencia bigotuda.

Ese día, ocultándole a Gottlieb su abandono de la búsqueda de la naturaleza básica del fago, Martin se dispuso a combatir la neumonía, antes de atacar a la Muerte Negra. Y cuando Gottlieb se enteró de ello, estaba absorbido por ciertos problemas propios.

Martin curó conejos de pleuroneumonía mediante la inyección de fago, e impidió que la neumonía se extendiese alimentándolos con él. Descubrió que la inmunidad producida por el fago podía ser tan infecciosa como una enfermedad.

Estaba satisfecho de sí mismo, y esperaba que Tubbs se mostrase satisfecho también, pero pasaban las semanas sin que le hiciera caso. Estaba entregado a un nuevo entusiasmo, el más virulento de toda su vida: la organización de la Liga de Agencias Culturales.

Iba a reglamentar y coordinar todas las actividades mentales del país, mediante la creación de una oficina que dirigiría y reprendería y daría palmaditas y estimularía en general la química y la técnica del batik, la poesía y la exploración del Ártico, la ganadería y el estudio de la Biblia, los espirituales negros y la enseñanza de la correspondencia comercial. Se encontraba de pronto reunido con directores de orquestas sinfónicas, directores de escuelas de arte, propietarios de escuelas de verano, gobernadores liberales, ex clérigos que escribían sabrosa filosofía para sindicatos de prensa; en realidad todos los propietarios de la intelectualidad del país... incluyendo particularmente a un millonario llamado Minnigen, que había estado hacía poco elevando el nivel artístico de las producciones cinematográficas modernas.

Tubbs recorría el instituto invitando a los investigadores a unirse a él en la Liga de Agencias Culturales con sus fascinantes reuniones de comité y sus cenas. La mayoría de ellos mascullaban: «Otra vez está el Viejo en erupción», y se olvidaban de él, pero un ex comandante salía todas las noches a conferenciar con damas serias que vestían trajes distinguidos y se lamentaban de «la pérdida de potencial espiritual e intelectual a causa de la falta de coordinación», y se iban luego a casa en limusina.

Corrían rumores. El doctor Billy Smith cuchicheó que había ido a ver a Tubbs y había oído a McGurk chillándole: «¡Su trabajo es dirigir este establecimiento y no trabajar para Pete Minnigen, ese ladrón de tierras, pretencioso hijo del diablo que se dedica a hacer películas!».

A la mañana siguiente, cuando Martin entraba en su laboratorio, descubrió un jaleo, un cuchicheo, un estremecimiento en los pasillos, y oyó incrédulo:

—¡Tubbs ha dimitido!

—¡No!

—Dicen que se ha ido a su Liga de Agencias Culturales. ¡Ese tal Minnigen le ha dado a la liga un montón de dinero y Tubbs va a ganar el doble del sueldo que tenía aquí!

## II

Todos los investigadores del instituto, salvo los fanáticos como Gottlieb, Terry, Martin y el ayudante de biofísica, paralizaron inmediatamente sus trabajos de investigación. Hubo un aflorar de facciones, un ronroneo benevolente y cautivador de científicos que deseaban ser el nuevo Director del Instituto.

Rippleton Holabird, Yeo, el biólogo que parecía un carpintero, Gillingham, el bromista jefe de biofísica, Aaron Sholtheis, el pulido judío ruso episcopaliano de la Iglesia Alta, mostraban todos ellos expresiones de modesta buena disposición. Eran afectuosos con todos los que se encontraban en los pasillos, por muy violentas que fuesen las discusiones privadas. Se añadían a ellos no pocos de fuera, profesores e investigadores de otros institutos, que consideraban necesario acudir a consultar a Ross McGurk sobre cuestiones bastante indefinidas.

Terry le comentó a Martin: «Es probable que Pearl Robbins y tu *garçon* estén disputándose el puesto de dirección. Mi *garçon* no... la única razón de que no lo haga es, sin embargo, que acabo de asesinarle. En realidad yo creo que Pearl sería la mejor elección. Ha sido secretaria de Tubbs tanto tiempo que ha asimilado toda la ignorancia de él sobre la técnica científica».

Rippleton Holabird era el más empalagoso de todos los que pretendían conseguir el cargo, y el más ávido. Terminada la guerra, echaba de menos su uniforme y su autoridad.

—Ya sabe usted —le instó a Martin— que siempre he creído en su talento, Martin, y que sé que el amigo Gottlieb le tiene en mucha estima. Si consiguiera usted que Gottlieb me respaldara, que hablara con McGurk... Por supuesto, hacerme cargo de la dirección sería para mí un sacrificio, porque tendría que abandonar mi investigación, pero estaría dispuesto porque creo, de verdad, que debería asumir el control alguien con una Tradición. Tubbs me respalda, y si lo hiciese Gottlieb... procuraría que fuese en provecho suyo. ¡Le daría mucho más espacio en la planta!

En el instituto se sabía vagamente que Capitola abogaba por la elección de Holabird como «el único científico que hay aquí que es también un caballero». Se la veía navegar por los pasillos, una fragata, con Holabird en su estela como una chalupa.

Pero mientras Holabird resplandecía de gozo, Nicholas Yeo parecía reservado y satisfecho.

Todo el instituto se agitó la tarde en que se reunió el Consejo en el Salón, para elegir al nuevo director. Habían pasado de ser investigadores a convertirse en unas alumnas de internado. El Consejo debatió, o hizo algo enojoso, durante horas interminables.

A las cuatro, Terry Wickett corrió al despacho de Martin con: «Escucha, Slim, he tenido un soplo directo de que han elegido a Silva, decano de la Facultad de Medicina de Winnemac. Tú estudiaste allí, ¿no? ¿Cómo es ese Silva?».

—Es un viejo magnífico... ¡No! Él y Gottlieb se odian. ¡Dios mío! Gottlieb dimitirá, y yo tendré que largarme. ¡Justo cuando mi trabajo estaba yendo tan bien!

A las cinco, pasando ante puertas provistas de ojos atentos, el Consejo se dirigió al laboratorio de Max Gottlieb.

Se oyó decir valerosamente a Holabird: «Yo, por supuesto, no habría dejado mi investigación por ninguna tarea administrativa». Y Pearl Robbins informó a Terry: «Sí, es verdad... me lo dijo el propio señor McGurk... el Consejo ha elegido al doctor Gottlieb nuevo director».

—Entonces son tontos —dijo Terry—. Lo rechazará, con violencia. «¡Se atrevieron a pedirme que fuese a perder el tiempo en las reuniones del Comité!» ¡No hay nada que hacer!

Cuando se fue el Consejo, Martin y Terry entraron en el laboratorio de Gottlieb y encontraron al viejo de pie junto a su banco de trabajo, más erguido de lo que le habían visto en años.

—¿Es cierto... quieren que sea usted director? —balbució Martin.

—Sí, me lo han pedido.

—¿Pero usted lo rechazará? ¡No les dejará que le estorben en su trabajo!

—Bueno... dije que mi verdadero trabajo debía continuar. Aceptan que nombre un director auxiliar para que se ocupe de los detalles. En fin... Por supuesto nada debe interferir con mi inmunología, pero esto me da la oportunidad de hacer cosas grandes y crear un instituto científico libre para todos vosotros, muchachos. Y aquellos idiotas de Winnemac que se reían de mi idea de una Facultad de Medicina auténtica, puede que ahora vean... ¿sabéis quién era mi rival para el cargo... sabes quién era, Martin? ¡Era aquel tal

Silva! ¡Ja ja!

—*Requiescat in pace* —gruñó Terry en el pasillo.

### III

A la cena en honor de Gottlieb (la única cena que llegó a darse en honor de Gottlieb) acudieron no solo los hombres de asuntos fáciles pero espectaculares, que asistían a todas las cenas de honor, sino los pocos científicos a los que Gottlieb admiraba.

Él apareció tarde, bastante nervioso, escoltado por Martin. Cuando llegó a la mesa de los oradores, los invitados se levantaron, gritando. Él les miró tímidamente, intentó hablar, estiró sus largos brazos como para abarcarles a todos y se sentó sollozando.

Hubo cables de Europa; cartas ardorosas de Tubbs y del decano Silva lamentando no poder estar presentes; telegramas de rectores de universidades; y todo se leyó para el aplauso admirado.

Pero Capitola murmuró: «De todos modos, echaremos de menos a nuestro querido doctor Tubbs. Era tan progresista. No juegues con el tenedor, Ross».

Así que Max Gottlieb se hizo cargo del Instituto de Biología McGurk y en un mes aquel instituto se convirtió en un caos.

### IV

Gottlieb planeaba dedicar solo una hora al día al trabajo administrativo. Como director ayudante nombró al doctor Aarón Sholtheis, el criador de dalias y piadoso epidemiólogo de Yonkers. Gottlieb le explicó a Martin que, aunque por supuesto Sholtheis era un necio, era sin embargo el único hombre disponible que combinaba al menos un poco de habilidad científica con una disposición para soportar la rutina y la pomposidad y los compromisos del trabajo ejecutivo.

Era evidente que Gottlieb pensaba que seguir burlándose como siempre de todos los bulliciosos directivos le excusaba de haberse convertido también él en un directivo.

No podía limitar su trabajo oficial a una hora al día. Había demasiadas reuniones, demasiadas llamadas de personajes distinguidos, demasiados documentos que necesitaban

su firma. Se veía arrastrado a cenas; y las largas e insulsas comidas de incesante parloteo a las que un director tenía que ir, y el telefonar para concertar las citas para aquellas torturas, ocupaban horas de nervios. Sus deberes ejecutivos iban convirtiéndose cada día en dos o tres o cuatro horas, y eso le enfurecía, se veía empantanado en complicaciones de personal y economía, era aún más autocrático, más irascible; y los amables colegas del instituto, a los que Tubbs había mantenido en una paz superficial mediante la suavidad o la amenaza, se peleaban ahora abiertamente.

Gottlieb hubiera debido irradiar benevolencia, en teoría, desde el despacho que había ocupado hasta hacía poco el doctor A. DeWitt Tubbs, pero, en vez de eso, se aferraba a su laboratorio y a su exiguo despacho, lo mismo que se aferra un gato a su cojín debajo de la mesa. Intentó una o dos veces sentarse allí, en el despacho del director, y ofrecer una imagen que impusiese, pero acabó huyendo de aquella vacuidad limpia y grande y de la traqueteante máquina de escribir de la señorita Robbins a su propio cubil, que no olía a virtud progresista, sino solo a cigarrillos y papeles viejos.

A McGurk, como a toda institución científica, acudían centenares de campesinos y enfermeras sin título y carniceros de los suburbios que habían pagado mucho dinero por el billete desde Oklahoma u Oregón para conseguir que se reconociesen las curas indiscutibles que habían descubierto: aceite de siluro del Mississippi que curaba todos los casos de tuberculosis, ungüentos de arsénico que curaban todos los cánceres. Llegaban con cartas y fotografías en medio de la ropa blanca limpia y raída de sus mugrientos portatrajes y a la menor oportunidad se inclinaban sobre sus maletas y sacaban esperanzados testimonios de sus pastores; suplicaban que se les diese una oportunidad de curar al género humano, y para ellos solo pedían lo suficiente para poder mandar a La Chica al Conservatorio de Música. Estaban tan seguros, imploraban tan insensatamente, que era imposible adiestrar a los empleados de recepción para que los mantuvieran a raya.

Gottlieb se encontraba con que conseguían llegar hasta su despacho. Le daban lástima. Le robaban sus horas de trabajo, mellaban su creencia de que era duro de corazón, pero le imploraban con una desdicha timorata tal que no podía librarse de ellos sin hacer promesas y confesar después que haber sido más cruel habría sido menos cruel.

Era con la Gente Importante con la que Gottlieb era duro.

Las tareas de dirección devoraban tiempo y paz suficientes para impedir a Gottlieb seguir con los problemas, cada vez más abstrusos, de su investigación sobre la naturaleza de la especificidad; y su investigación le impedía dedicar atención suficiente al instituto para impedir que se hiciera pedazos. Se apoyaba en Sholtheis, le trasladaba las decisiones a él, pero Sholtheis, teniendo en cuenta que en cualquier caso Gottlieb se llevaría todo el mérito por el éxito en las tareas de dirección, se entregaba a su propio trabajo científico y trasladaba las decisiones a la señorita Pearl Robbins, de manera que el verdadero director era la guapa y celosa Pearl.

No había director más astuto ni más tramposo en todo el mundo habitable. Pearl disfrutaba con aquello. Confirmaba con tanta calidez y modestia ante Ross McGurk los

méritos de Gottlieb y su propia timorata devoción hacia él, ronroneaba tan gratamente ante las adulaciones de Rippleton Holabird, respondía con tanta suavidad a la tosca hostilidad de Terry Wickett impidiéndole conseguir materiales para su trabajo, que en el instituto florecían las intrigas.

Yeo no se hablaba con Sholtheis. Terry amenazó a Holabird con «atizarle». Gottlieb le pedía consejo a Martin constantemente, y después nunca lo seguía. Joust, el vulgar pero competente biofísico, que carecía del afecto que impedía a Martin y a Terry hacer reproches a Gottlieb, le dijo que era un «director asqueroso y que debería dimitir», y fue inmediatamente despedido y sustituido por alguien más complaciente.

Max Gottlieb siempre había discursado a Martin sobre «las bromas de los dioses». Entre estas bromas, Martin nunca había visto una tan punzante como esta de que la pretenciosidad y la irritante falta de imaginación que tan detestables le habían parecido en Tubbs le hubiesen convertido en un buen directivo, mientras que a Gottlieb su talento le convertía en un débil tirano; la broma de que una cosa peor que una institución demasiado dirigida y reglamentada tuviese que ser una que no estuviese en absoluto dirigida y reglamentada. Lo habría rechazado en otros tiempos con violencia, pero ahora rezaba por las noches para que Tubbs volviese.

Aunque no complicase más el funcionamiento del instituto, no cabe duda de que perturbó aún más su placidez la aparición de Gustaf Sondelius, que acababa de regresar de hacer un estudio de la enfermedad del sueño en África y que ocupó ruidosamente uno de los laboratorios de invitados.

Gustaf Sondelius, el soldado de la medicina preventiva cuya conferencia había hecho trasladarse a Martin de Wheatsylvania a Nautilus, se había mantenido en la galería de héroes de este como poseedor de una pequeña parte de la percepción de Gottlieb, algo de la firme bondad de Papá Silva, un poco de la tozuda honestidad de Terry aunque nada de su afán de burlarse de las cosas gratas, y con aquella exuberancia jovial y desbordante totalmente suya. Es verdad que Sondelius no recordaba a Martin. Desde aquella velada que habían pasado en Minneapolis, había bebido y debatido y viajado extravagantemente a oscuros pero vinosos destinos con demasiada gente. Pero se le hizo recordar, y al cabo de una semana podía verse a Sondelius y Terry y Martin paseando y cenando, o cargados de temas de discusión y de ginebra en casa de este último.

El revuelto pelo rubio de Sondelius era casi gris, pero tenía los mismos hombros anchos, la misma frente amplia y el mismo huracán de planes para hacer el mundo aséptico, sin menospreciar el goce de unas cuantas cosas sépticas antes de que desaparecieran.

Se proponía fundar una escuela de medicina tropical en Nueva York, después de terminar su informe sobre la enfermedad del sueño.

Asedió a McGurk y al opulento señor Minnigen, que era el nuevo patrón de Tubbs, y en los momentos adecuados y en los inadecuados asedió a Gottlieb.



Sondelius adoraba a Gottlieb y lo manifestaba ostentosamente. Gottlieb admiraba el coraje de Sondelius y su odio al mercantilismo, pero no podía soportar su presencia. Le aturdían su hilaridad, sus alabanzas, su optimismo saltarín, su desatino, su jactancia, su grandeza aplastante. Es posible que a Gottlieb le molestase el hecho de que aunque Sondelius fuese solo once años más joven que él (cincuenta y ocho frente a los sesenta y nueve de Gottlieb) pareciese treinta años más joven y medio siglo más alegre.

Cuando Sondelius percibía ese resentimiento, procuraba superarlo siendo más ruidoso y obsequioso y entusiasta que nunca. En el cumpleaños de Gottlieb le regaló un impresionante batín corto de terciopelo cereza y malva, y cuando visitaba el piso de Gottlieb, cosa que hacía a menudo, este tenía que ponerse aquella prenda fantasmal y sentarse tarareando mientras Sondelius le atacaba con ruidosas condenas de la sopa mediocre y los mediocres músicos... Gottlieb nunca supo que Sondelius renunciaba a cenas sociales sorprendentemente decorativas para hacer aquellas visitas.

Martin recurría a Sondelius buscando valor lo mismo que recurría a Terry buscando concentración. Valor y concentración eran cosas necesarias, en aquel período de un instituto que se había vuelto loco, si quería uno hacer su trabajo.

Y Martin estaba haciéndolo.

## V

Tras consultar con Gottlieb y tras una charla preocupada con Leora sobre el peligro del manejo de gérmenes, se había centrado en la peste bubónica, en las posibilidades de prevenirla y curarla con fago.

Oyéndole preguntar a Sondelius sobre su experiencia con epidemias de peste, podría uno pensar que a Martin la Muerte Negra le parecía deliciosa. Viéndole infestar a flacas y serpentinatas con el horror, o cacareando para ellas todo el tiempo y llamándolas con nombres cariñosos, se habría convencido uno de que estaba loco.

Descubrió que las ratas alimentadas con fago no contraían la peste; que después de aplicarles fago, el *Bacillus pestis* desaparecía de las ratas portadoras que, sin que las hubiese matado a ellas hasta entonces, albergaban y propagaban la peste crónica; y, por último, que podría curar la enfermedad. Estaba tan absorto y tan feliz y tan nervioso como los primeros días del Principio X. Trabajaba toda la noche... En el microscopio, bajo una luz solitaria, pescando con una pipeta de cristal fina como un cabello un solo bacilo de la peste.

Para protegerse de la infección que podían transmitirle las pulgas de las ratas llevaba, cuando trabajaba con los animales, guantes de goma, botas altas de cuero,

abrazaderas en las mangas. Estas precauciones le emocionaban, y para los otros miembros del personal de McGurk tenían algo de la magia esotérica de los alquimistas. Se convirtió un poco en un héroe y un mucho en blanco de burlas. Los investigadores no están más libres que los cordiales hombres de negocios de las oficinas o los viejos quisquillosos de las aldeas del tedioso vicio del comentario jovial. Los químicos y los biólogos le llamaban «La Peste», se negaban a entrar en su despacho y fingían evitarle en los pasillos.

Mientras continuaba sin interrupción de experimento en experimento, mientras se entregaba a la dramática obsesión de la ciencia, pensaba muy bien de sí mismo y se encontraba con que los demás le tomaban en serio. Publicó un cauteloso artículo sobre el fago en la peste, que se mencionó en numerosas revistas científicas. Hasta el asediado Gottlieb lo elogió, aunque pudiese prestarle poca atención y ninguna ayuda. Pero Terry Wickett mostró bastante frialdad. Solo manifestó por aquel trabajo bastante brillante de Martin suficiente entusiasmo para comentar que no estaba celoso; pasó luego a preguntar si, con su nuevo experimento, Martin continuaba su investigación de la naturaleza fundamental de todo fago, y su estudio de la fisicoquímica.

Luego Martin tuvo un ayudante verdaderamente excepcional, y ese ayudante fue Gustaf Sondelius.

Sondelius estaba desanimado con el asunto de su escuela de medicina tropical. Andaba buscando nuevos problemas. Había investigado varias epidemias y enfocaba la peste con un odio afectuoso. Cuando se enteró del trabajo de Martin se entusiasmó: «¡Oh, Dios mío! ¡Puede que consigas una cosa que sea mejor que lo de Yersin o Haffkine, que lo de todos! Es posible que cures toda la peste del mundo... esos pobres diablos de la India... millones de ellos. ¡Déjame participar!».

Se convirtió en colaborador de Martin; sin sueldo, incansable, no muy habilidoso, valioso por su ánimo siempre optimista. Amaba como Martin la irregularidad; nunca hacía por principio sus comidas a la misma hora dos días seguidos, y trabajaba por elección toda la noche y escribía poesía, poesía bastante mala, al amanecer.

Martin había sido siempre el merodeador solitario. Es posible que la cosa que más le gustase de Leora fuese su singular habilidad para ser alegremente inexistente, incluso cuando estaba presente. Al principio, la presencia perturbadora de Sondelius le enojaba, por muy interesantes que le pareciesen sus fervores respecto a las ratas portadoras de peste (a las que Sondelius no odiaba en absoluto pero que había sacrificado, con amoroso celo, por millones, con romántico ensimismamiento, mediante trampas y gas venenoso). Pero el Sondelius que era bronco en la conversación podía ser casi silencioso en el trabajo. Sabía exactamente cómo sujetar a los animales mientras Martin les administraba inyecciones intrapleurales; preparaba cultivos de *Bacillus pestis*; cuando el técnico de Martin se había ido a casa solo un poquito después de medianoche (al *garçon* le agradaba Martin y pensaba lo suficientemente bien de la ciencia, pero tenía un prejuicio en favor de lo de dormir seis horas al día y ver alguna vez a su mujer y a sus hijos en Harlem), Sondelius esterilizaba alegremente recipientes y agujas y subía hasta el zoológico de arriba para bajar víctimas.

El cambio por el que Sondelius pasó de ser maestro de Martin a ser su esclavo fue tan inconsciente, y Sondelius, pese a todo su amor al sensacionalismo pickerbaughiano, se preocupaba tan poco por lo del magisterio o lo del crédito, que ninguno de ellos consideró que hubiese habido un cambio. Se prestaban mutuamente cigarrillos; salían a las horas más inverosímiles a tomar tortitas de avena y café a un restaurante de los abiertos toda la noche; y miraban juntos al trasluz tubos de ensayo cargados de muerte.

## CAPÍTULO 31

Desde Yunnan, en China, desde los luminosos y ruidosos bazares, reptaba algo invisible al sol y vigilante en la oscuridad, se arrastraba, siniestro, incesante; se arrastraba a través de la cordillera del Himalaya, bajaba hasta los mercados amurallados, cruzaba el desierto, seguía por ríos cálidos y amarillos, penetraba en un complejo misionero estadounidense... se arrastraba, silencioso, seguro; y aquí y allá en su camino quedaba un hombre negro inmovilizado por la peste.

En Bombay, un nuevo guardia del puerto, ignorante de las cosas, habló animadamente, mientras comía su arroz con la familia, de una extraña y novedosa costumbre de las ratas.

Aquellas princesas de la cloaca, rápidas como flechas para salir a robar y para esconderse de nuevo, se habían vuelto locas. Salían por el suelo del almacén, sin que les importase la presencia del guardia, se ponían a saltar como si intentasen volar (decía jovial el guardia), y se caían directamente muertas. Las había pinchado con un palo, pero no se movían.

Tres días después, aquel guardia del puerto murió de la peste.

Antes de que muriese, zarpó del puerto en que trabajaba rumbo a Marsella un barco con una carga de trigo. No se puso nadie enfermo en él en toda la travesía; no había ningún motivo por el que no pudiese atracar en Marsella al lado de un vapor de servicio irregular, ni por el que el vapor, que zarpó hacia Montevideo con nada más sensacional que una discusión entre el sobrecargo y el segundo oficial por la cuestión de un quinto as, no pudiese atracar cerca del vapor Pendown Castle, que se dirigía a la isla de St. Hubert para añadir cacao a la carga de madera que llevaba.

En la travesía hasta St. Hubert, murió un negro de Goa y, después de él, el camarero del comedor del Pendown Castle de lo que el capitán llamó gripe. Un problema más grave fue el número de ratas que, insatisfechas con la madera como dieta, se lanzaron sobre las reservas de víveres, y luego penetraron en el castillo de proa y sin ningún motivo visible salieron a morir a las cubiertas. Antes de morir bailaban cómicamente y se amontonaban en los imbornales, lúgubres y enredadas.

Y el Pendown Castle llegó así a Blackwater, la capital y el puerto de St. Hubert.

St. Hubert es una isla pequeña del sur de las Antillas, pero viven en ella unas cien mil personas: dueños de plantaciones ingleses y sus empleados, peones hindúes, cortadores de caña negros, comerciantes chinos. Hay historia a lo largo de sus arenas y sus picos. Los

bucaneros carenaban allí sus barcos; cuando el marqués de Wimsbury se volvió loco allí dio en reparar relojes y ordenar a sus esclavos que quemaran toda la caña de azúcar.

Fue allí a donde el *beau* campesino Gastón Lopo llevó a madame Merlemont, y vivió en la elegancia hasta que los esclavos, a los que había disfrutado a menudo azotando, cayeron sobre él cuando estaba afeitándose e inmediatamente la espuma del jabón se manchó fantásticamente de sangre.

Hoy, St. Hubert es toda caña de azúcar y automóviles Ford, naranjas y plátanos y las vainas rojas y amarillas del cacao, bananeros y gomeros y selvas de bambú, iglesias anglicanas y capillas de lata, afanosas lavanderas de color en los huecos de las raíces de las ceibas lanudas, calor vaporoso y palmas reales y la siempreviva que cubre los valles de un color carmesí; hoy es toda esplendor e insustancialidad turística y cotizaciones del precio del azúcar cablegrafiadas bajo un pródigo sol.

Blackwater, una población llana y asfixiante de casas enyesadas con tejado de lata y caminos blanco hueso incandescentes, hibiscos color rojo salmón y tiendas con galería, cuyas profundidades oscuras se abren sin barreras a calles sofocantes, tiene el puerto a un lado y un pantano al otro. Pero tras ella están los montes Penrith, en cuyas alturas sanas y suavizadas por las palmeras está la casa del Gobierno, que mira hacia las velas parpadeantes.

Sir Robert Fairlamb era un tipo excelente, un narrador de historias de sobremesa, alguien que en un día pagano no fumaba nunca hasta que el oporto hubiese hecho siete rondas; pero era un gobernador execrable y un gobernador preocupado. El individuo cuyo rango social se aproximaba al suyo, el honorable Cecil Eric George Twyford, era un déspota delgado, diligente, engreído, que poseía y conocía palmo a palmo unos diez mil acres de caña en la parroquia de St. Swithin. Twyford decía que Su Excelencia era un «imbécil chiflado y roncador», y versiones de esa opinión no tardaron en llegar a Fairlamb. Luego, para destruirle por completo, la Cámara de la Asamblea, que es el órgano legislativo de St. Hubert, pasó a dividirse por el enfrentamiento entre Kellett el Pata Roja y George William Vertigan.

Los Pata Roja eran una tribu de blancos pobres escoto-irlandeses que habían llegado a St. Hubert como siervos escriturados doscientos años antes. La mayoría de ellos eran aún pescadores y capataces de plantación, pero uno, Kellett, un hombre de boca pequeña, iracundo e industrioso, había conseguido ascender de recadero de oficina a propietario de la empresa naviera, y mientras su padre aún extendía sus redes en la playa en Punta Caribe, Kellett era el azote de la Cámara de la Asamblea y un sabueso para la economía... en especial cualquier economía que irritase a su colega de legislatura George William Vertigan.

George William, al que se conocía a veces como «Viejo Jeo Win» y a veces como «El Rey de La Casa del Hielo» (ese atractivo y ruidoso bar), había nacido en un lugar llamado Little Bethel, en Lancashire. Poseía El Bazar Azul, las tiendas más grandes de St. Hubert; era él quien controlaba el contrabando de tabaco a Venezuela; estaba tan lleno de

ron y canciones y despreocupación como el mismo Kellett el Pata Roja de cifras, decencia y envidia.

Entre ellos dos se dividía la Cámara de la Asamblea. Ninguna persona respetable podía poner en entredicho sus méritos: Kellett, el hombre justo y esforzado, buen padre de familia, cuyo ascenso era una inspiración para la juventud; George William, el jugador, el borracho, el contrabandista, el mentiroso, el vendedor de telas de algodón de pacotilla, una persona que solo destacaba por su buen fondo chapucero.

El primer triunfo de Kellett en economía fue la aprobación de una ordenanza que eliminaba al cazador de ratas oficial de St. Hubert, un melancólico londinense de barrio bajo que tocaba el oboe.

George William Vertigan insistió en el debate, y después en privado ante sir Robert Fairlamb, en que las ratas destruían alimentos y podían propagar enfermedades, y por tanto Su Excelencia debería vetar la propuesta. Sir Robert estaba atribulado. Llamó al Inspector General de Sanidad, el doctor R. E. Inchcape Jones (aunque él prefería que le llamasen señor, en vez de doctor).

El doctor Inchcape Jones era un hombre joven, delgado, alto, nervioso, sin entrañas. Había llegado de Inglaterra solo dos años atrás, y quería volver a Casa, a aquella zona particular de Casa representada por los tés con tenis de Surrey. Indicó con firmeza a sir Robert que las ratas y sus pulgas, siempre fieles a ellas, transmitían enfermedades (la peste y la ictericia infecciosa y la fiebre de mordedura de rata y posiblemente la lepra), pero esas enfermedades no existían y no podían por tanto existir en St. Hubert, a excepción de la lepra, que era un castigo natural de las razas nativas exóticas. De hecho, indicó Inchcape Jones, en St. Hubert lo único que existía era la malaria, el dengue y un embotamiento bestial generalizado, y si los Pata Roja como Kellett querían morir de peste y de fiebre de mordedura de rata, ¿por qué habrían de poner objeciones a ello las personas decentes?

Así que por el poder soberano de la Cámara de la Asamblea de St. Hubert y de Su Excelencia el Gobernador, el londinense barriobajero cazador de ratas y el zascandil de su joven ayudante de color recibieron la orden de dejar de existir. El cazador de ratas se convirtió en chófer. Conducía a turistas canadienses y estadounidenses, que se detenían en St. Hubert un día o dos entre Barbados y Trinidad, por los caminos de montaña a los que consideraba más fácil llegar con un automóvil de segunda mano, y les facilitaba informaciones falsas sobre las flores. El ayudante del cazador de ratas se convirtió en respetable contrabandista y director de un coro metodista. Y en cuanto a las ratas propiamente dichas, florecieron, se sintieron más contentas en aquellas tierras, produciendo cada hembra de diez a doscientos vástagos por año.

No se las solía ver durante el día. «No está aumentando el número de ratas; las matan los gatos», decía Kellett el Pata Roja. Pero en la oscuridad retozaban por los almacenes y entraban y salían de las goletas en el muelle. Se aventuraban por el campo y prestaban sus pulgas a una especie de ardilla de tierra que era muy abundante en la aldea de Caribe.

Un año y medio después de que se eliminase al cazador de ratas, cuando llegó de Montevideo el Pendown Castle y atracó en el muelle de Councillor, lo contemplaron diez mil ojillos relucientes que brillaban entre las mercancías amontonadas.

Como una cuestión de rutina, no desde luego como algo relacionado con las muertes por lo que el capitán había llamado gripe, la tripulación del Pendown Castle colocó escudos antirratas en las amarras del puerto, pero no retiraron de noche la pasarela y, de cuando en cuando, una rata se deslizaba a tierra para buscar entre sus parientas de Blackwater alimentos más sustanciosos que la dura madera. El Pendown zarpó amigablemente hacia casa y desde Avonmouth llegó un cable dirigido al Inspector General de Sanidad Inchcape Jones comunicando que el barco estaba retenido, que habían muerto más miembros de la tripulación... y que habían muerto de peste.

En el breve cablegrama la palabra parecía escrita con un fuego que quemaba los huesos.

Dos días antes de que llegase el cable, un alijador de Blackwater había sido víctima de una enfermedad desconocida, muy desagradable, con delirio y bubas. Inchcape Jones dijo que no podía ser peste, porque nunca había peste en St. Hubert. Su colega, Stokes replicó que tal vez no pudiese ser peste, pero que no había duda alguna de que lo *era*.

El doctor Stokes era un hombre nervudo y sin humor, médico oficial de la parroquia de St. Swithin. No se quedaba en los rústicos límites de St. Swithin, que eran los que le correspondían, sino que curioseaba por toda la isla, irritando a Inchcape Jones. Se había licenciado en Medicina en Edimburgo; había servido en África, en el campo; había tenido la fiebre de la orina negra y el cólera y la mayoría de las otras aflicciones razonables; y había ido a St. Hubert solo para recuperar sus glóbulos rojos y para fastidiar al desdichado Inchcape Jones. No era un hombre afable; había derrotado a Inchcape Jones al tenis, con un saque desagradable y nada deportivo... el tipo de saque que podría esperarse de un americano.

Y este Stokes, más bien un palurdo, un pelma insufrible, ¡presumía de ser bacteriólogo aficionado! Resultaba bastante fastidioso que anduviera arrastrándose por los muelles, cazando ratas, haciendo cultivos de los vientres de sus pulgas e irrumpiendo sin solicitar cita previa con su cabeza pelirroja y su cara rojiza, flaco y desagradable, para insistir en que había peste en la isla.

—Mi querido amigo, siempre hay algún **Bacillus pestis** entre las ratas —decía Inchcape Jones en un tono amable pero vacuo.

Cuando murió el alijador, Stokes exigió irritantemente que se hiciese público de una vez que la peste había llegado a St. Hubert.

—Aunque fuese la peste, cosa que no es segura —dijo Inchcape Jones—, no hay ninguna razón para armar un lío y asustar a todo mundo. Fue un caso esporádico. No habrá ninguno más.

Hubo más, inmediatamente. En una semana, otros tres trabajadores del puerto y un pescador de Punta Caribe cayeron víctimas de algo que hasta Inchcape Jones reconoció que se parecía incómodamente a la descripción de la peste de *Enfermedades Tropicales* de Manson: «Una etapa prodromal caracterizada por depresión, anorexia, dolores en las extremidades», luego la fiebre, el vértigo, los rasgos demacrados, los ojos inyectados en sangre y hundidos, bubas en las ingles. No era una enfermedad bonita. Inchcape Jones empezó a hablar menos y a tener menos ánimos para las meriendas campestres y pasó a parecer casi tan serio y hosco como Stokes. Pero públicamente aún acariciaba la esperanza y negaba, y St. Hubert no sabía... no sabía.

## II

Para los bebedores y los vagabundos, el lugar más agradable en la ciudad más bien aburrida de tejados de lata de Blackwater es el bar del restaurante llamado La Casa del Hielo.

Está en el piso de arriba de la Agencia Naviera Kellett y la tienda donde el chino presuntamente graduado en Oxford vende caparazones tallados de tortuga y cocos que se parecen horriblemente a una cabeza reducida de los cazadores de cabezas. Salvo por la galería, donde uno come y puede ver abajo acucillados mendigos hindúes con sus calzones cortos y niños ingleses de una palidez opalina ultraterrena jugando en la sabana, toda La Casa del Hielo es una penumbra grande y somnolienta en la que solo eres medio consciente de parrillas morunas, un toque de dorado sobre paredes pintadas de blanco, una barra maciza y asombrosamente larga de caoba, máquinas tragaperras y otras mesas con plancha de mármol además de la tuya.

Allí, a la hora del cóctel, están, exangües bajo los salacots, todos los mandamases blancos de St. Hubert que no tienen la casta suficiente para pertenecer al Club Devonshire: los oficinistas de las navieras, los comerciantes sin abuelos, los secretarios de los Inchcape Jones, los italianos y portugueses que llevan contrabando a Venezuela.

Apaciguados por los cócteles de ron, esos agrios e imperativos aperitivos que alcanzan su mortífera perfección solo en virtud de las varillas de cóctel giratorias de los morenitos de la barra de La Casa del Hielo, los exiliados se serenán y toman otro cóctel, y vuelven a sentirse seguros (pues durante veinticuatro horas, desde la última hora del cóctel, no se habían sentido) de que el año que viene se irán a Casa. Sí, adelgazarán, harán ejercicio en el fresco del amanecer, dejarán de beber, se harán fuertes y triunfarán, y se irán a Casa... los lotófagos tienen lágrimas en los ojos cuando en la penumbra de La Casa del Hielo piensan en Picadilly o en las alturas de Quebec, de Indiana o de Cataluña o en los zuecos de Lancashire... Nunca se van a Casa. Pero siempre tienen nuevas horas de cóctel que les aseguran lo contrario en La Casa del Hielo, hasta que mueren, y los otros hombres perdidos acuden a sus funerales y se cuchichean unos a otros que ellos sí se *irán* a Casa.



El monarca indiscutible de La Casa del Hielo era George William Vertigan, propietario de El Bazar Azul. Era un hombre tosco y colorado, el tipo de inglés que uno ve en las Midlands, y que es o muy inconformista o muy alcohólico, y George William no era inconformista. Todos los días de cinco a siete estaba allí apoyado en la barra, nunca borracho, nunca del todo sobrio, siempre lleno de melodía y amabilidad; el único hombre que no añoraba irse a Casa, porque fuera de La Casa del Hielo no recordaba ninguna casa.

Cuando se murmuró que había muerto un hombre de algo que podría ser peste, George William comunicó a su corte que, si fuese verdad, le estaría muy bien a Kellett el Pata Roja. Pero todo el mundo sabía que en el clima de las Antillas no podía haber peste.

El grupo, que estaba temblando al borde del pánico, se tranquilizó.

Fue dos noches después cuando corrió el rumor en La Casa del Hielo de que George William Vertigan había muerto.

### *III*

Nadie se atrevía a hablar de ello, ni en el Club Devonshire ni en La Casa del Hielo ni en el parque azotado por la brisa y lavado por el mar donde se reunían los negros después de las horas de trabajo, pero todos oyeron, casi sin oír, lo de aquella muerte... y luego de la otra... y la otra. A nadie le gustaba dar la mano ni siquiera a su más viejo amigo; todo el mundo huía de todo el mundo, aunque las ratas seguían fieles allí con ellos; y por toda la isla galopaba el Pánico, que es más asesino que su hermana, la Peste.

Aún no había ninguna cuarentena, ninguna admisión oficial. Inchcape Jones vomitaba débiles proclamas de que no eran muy aconsejables las reuniones públicas demasiado numerosas, y escribió a Londres para preguntar sobre la profilaxis de Haffkine, pero ante sir Robert Fairlamb protestó: «Sinceramente, solo ha habido unas cuantas muertes y yo creo que ya ha pasado todo. En cuanto a esas sugerencias de Stokes de que quememos la aldea de Caribe, solo porque ha habido varios casos... ¡bueno, es una barbaridad! Y se me ha comunicado que si estableciésemos una cuarentena, los comerciantes tomarían las medidas más enérgicas contra la administración. Arruinaría el negocio turístico y de exportación».

Pero Stokes de St. Swithin escribió en secreto al doctor Max Gottlieb, director del Instituto McGurk, comunicándole que la peste estaba a punto de invadir y devastar todas las Antillas, y ¿haría el doctor Gottlieb algo al respecto?

## CAPÍTULO 32

Es posible que en el ensombrecido corazón de Max Gottlieb hubiese una insensibilidad diabólica a la piedad divina, al sufrimiento de la humanidad; es posible que hubiese solo resentimiento hacia los médicos que no consideraban su ciencia valiosa más que cuando resultaba útil para publicitar su propio negocio de curación; es posible que figurase en el asunto la oscura y apasionada exigencia sin escrúpulos de la intimidad del genio. Ciertamente él, que había vivido para estudiar los métodos para inmunizar a la humanidad contra la enfermedad, tenía poco interés por la utilización concreta de esos métodos. Era como un pintor fabuloso, que menospreciarse tanto el gusto popular que después de toda una vida de creación destruyese toda su obra, para que no la estropeasen ni se burlasen de ella los torpes ojos de la multitud.

La carta del doctor Stokes no fue la única noticia que recibió de que la peste estaba invadiendo St. Hubert, que mañana podría saltar a Barbados, a las Islas Vírgenes... a Nueva York. Ross McGurk era un emperador de la nueva era, mejor servido que cualquier sátrapa enclaustrado del pasado. Los capitanes de sus barcos hacían escala en un centenar de puertos; sus ferrocarriles atravesaban selvas; sus corresponsales le cuchicheaban las noticias de las próximas elecciones de Colombia, de la cosecha de caña de azúcar de Cuba, de lo que sir Robert Fairlamb le había dicho al doctor R. Inchcape Jones en el porche de su bungalow. Ross McGurk, y después de él Max Gottlieb, sabían mejor que los lotófagos de La Casa del Hielo cuánta peste había en St. Hubert.

Sin embargo, Gottlieb no se movió, siguió cavilando sobre la estructura química desconocida de los anticuerpos, interrumpido por preguntas del estilo de si Pearl Robbins tenía suficientes lapiceros, si estaría bien que el doctor Holabird recibiese a la misión científica letona aquella tarde, para que el doctor Sholtheis pudiese asistir a la conferencia anglicana sobre la «Preservación de la Hostia».

Se veía asediado por investigadores: funcionarios de sanidad, un tal doctor Almus Pickerbaugh, un congresista que se decía que era popular en Washington, Gustaf Sondelius y un Martin Arrowsmith que no podía (ya fuese por ser demasiado grande o demasiado pequeño) traspasar del todo la indiferencia concentrada de Gottlieb.

Se rumoreaba que Arrowsmith de McGurk tenía algo que podría erradicar la peste. Llegaban cartas que exigían a Gottlieb: «¿Es posible que usted, con el instrumento de salvación en sus manos, esté viendo cómo mueren en St. Hubert miles de personas desdichadas sin hacer nada? Y más aún, ¿va usted a permitir que la temible peste consiga establecer un punto de apoyo en el hemisferio occidental? ¡Mi querido amigo, este es un momento en el que debe salir de su ensueño científico y actuar!».

Luego Ross McGurk, mientras comía un espléndido bistec, insinuó, sin demasiado comedimiento, que aquella era la oportunidad para que el instituto adquiriese fama mundial.

Fuese la presión de McGurk o fuesen las exigencias del espíritu cívico, o fuese que la propia imaginación de Gottlieb se avivase lo suficiente para visualizar la remota desdicha de los negros de los cañaverales, el caso es que convocó a Martin y le dijo:

—Me llega la noticia de que hay peste neumónica en Manchuria y bubónica en St. Hubert, en las Antillas. Si pudiese confiar en que tú, Martin, utilizases el fago con solo la mitad de tus pacientes y mantuvieses a los otros como controles, en condiciones higiénicas normales pero sin el fago, para poder determinar rigurosamente su eficacia con la misma precisión que se hizo con la transmisión de la fiebre amarilla a través del mosquito, te enviaría a St. Hubert. ¿Qué me dices?

Martin juró por Jacques Loeb<sup>[17]</sup> que respetaría las condiciones de la prueba; determinaría definitivamente el valor del fago comparando entre pacientes tratados y no tratados, y tal vez se acabase así para siempre con la peste; endurecería su corazón y mantendría la vista clara.

—Conseguiremos que vaya también Sondelius —dijo Gottlieb—. Él se encargará de armar escándalo y de atribuirnos el mérito en la prensa, que es algo que se me ha dicho que debe conseguir un director.

Sondelius no solo aceptó... insistió.

Martin nunca había estado en el extranjero... no podía considerar que Canadá, donde había pasado unas vacaciones como camarero de un hotel, fuese el extranjero para él. No era capaz de convencerse de que iba a ir realmente a un país de palmeras y rostros morenos y Nochebuenas lánguidas. Tenía que trabajar haciendo fagos contra la peste a gran escala, mientras Sondelius estaba fuera encargando trajes de lino y buscando un salacot nuevo adecuado. Se sentía como el Martin normal, pero convenciones y poderes estaban considerándole.

Hubo una reunión del Consejo de Directores para asesorarles a Sondelius y a él sobre los métodos que debían utilizar. El rector de la Universidad de Wilmington renunció a una prometedora entrevista con un antiguo alumno millonario para asistir a esa reunión, Ross McGurk renunció a una partida de golf y uno de los tres científicos universitarios llegó en avión. Sacado del laboratorio para que asistiese, Martin, un científico demasiado joven con cuello blando de camisa arrugado, con los datos de los matraces de Erlenmeyer, la tierra de infusorios y los filtros estériles dándole vueltas aún en la cabeza, se vio enfrentado a los Hombres de Alegría Medida y descubrió que no estaba oculto ya en la invisibilidad de la insignificancia, sino que se le miraba como a un personaje del que se esperaba no solo que hiciese milagros sino que explicase anticipadamente lo importante y maduro y milagroso que era.

Se sentía tímido ante la gravedad antejuda de los cinco directores que ocupaban, como un Tribunal Supremo, la mesa del estrado del Salón Bonanza... Gottlieb, un poco retirado, intentaba también parecer grave y supremo. Pero Sondelius irrumpió, entusiasta y tremendo, y de pronto Martin no era ya tímido ni respetuoso con su, en otros tiempos, maestro de sanidad pública.

Sondelius quería exterminar a todos los roedores de St. Hubert, imponer una cuarentena, aplicar el suero de Yersin y la profilaxis de Haffkine y administrar el fago de Martin a todo el mundo en St. Hubert, todo inmediatamente, todo a todo el mundo.

Martin protestó. Por un momento podría haber sido Gottlieb hablando.

Él sabía, les lanzó, que el sentimiento humanitario haría imposible utilizar a aquellos pobres diablos que padecían la enfermedad como meros objetos de experimentación, pero que debía tener al menos unos cuantos casos de prueba reales, y no estaba dispuesto, ni siquiera lo estaba ante los directores, a echar a perder su experimento con un tratamiento múltiple tras el cual nunca podría saber si las curaciones se debían a Yersin o a Haffkine o al fago o a ninguno de ellos.

Los directores adoptaron su plan. Después de todo, aunque desearan salvar a la humanidad, ¿no era mejor salvarla a través de un representante de McGurk que a través de Yersin o de Haffkine o del extravagante Sondelius?

Se acordó que si Martin podía encontrar en St. Hubert un distrito que estuviese relativamente libre de peste, debería establecer allí los casos de prueba, inyectando a la mitad con fago y no inyectando nada a la otra mitad. En las zonas muy afectadas por la peste, podría administrar el fago a todo el mundo, y si la enfermedad disminuía excepcionalmente, ese hecho constituiría una segunda prueba.

Los directores no sabían si el Gobierno de St. Hubert concedería poder a Martin para experimentar y a Sondelius autoridad policial, dado que no habían solicitado ayuda. El Inspector General de Sanidad, un tipo llamado Inchcape Jones, había contestado a sus cables: «Ninguna epidemia real, no hace falta ayuda». Pero McGurk prometió que haría uso de sus numerosas influencias para conseguir que la Comisión McGurk (presidente, Martin Arrowsmith, doctor en Medicina) contase con la bienvenida de las autoridades.

Sondelius aún insistía en que la mera experimentación era cruel en una crisis como aquella, pero escuchó el furioso arrebato razonado de Martin con el entusiasmo que aquel eterno niño de cuello de toro sentía por cualquier cosa que pareciese nueva y preferiblemente cierta. No consideraba, como Almus Pickerbaugh, una diferencia de opinión científica como un ataque a su persona.

Hablaba de ir por su cuenta, aparte de Martin y de McGurk, pero cambió de idea cuando los directores murmuraron que aunque realmente deseaban que el buen hombre no interfiriese con lo del suero, le proporcionarían todo el equipo necesario para matar todas las ratas que quisiera.

Entonces Sondelius se sintió feliz:

—¡Miren, mírenme! ¡Soy el capitán general de los matadores de ratas! ¡No tengo más que entrar en un almacén para que las ratas digan: «Ahí está ese condenado del viejo tío Gustaf... ya no hay nada que hacer», y se pongan patas arriba y se mueran! Me alegro mucho de que me respalden ustedes, porque estoy arruinado... resulta que compré unas acciones petroleras y no salieron buenas... y voy a necesitar un montón de gas de ácido cianhídrico. ¡Oh, esas ratas! ¡Ya verán! Voy a tener que poner un telegrama para explicar que no puedo dar una conferencia para la que estaba comprometido la semana que viene... ¡hum! Yo dando una conferencia en un colegio de mujeres, ¡yo que puedo hablar el lenguaje de las ratas y conozco siete maravillosos tipos de ratoneras mortíferas!

## II

Martin nunca había conocido un peligro mayor que nadar en una riada cuando era interno en el hospital. Desde que despertaba hasta la medianoche estaba demasiado ocupado haciendo fago y recibiendo consejo no solicitado de todo el personal del instituto para pensar en los peligros de una epidemia de peste, pero cuando se iba a la cama, cuando su cerebro aún estaba dando vueltas a planes, se imaginaba demasiado bien la posibilidad de morir, desagradablemente.

Cuando Leora recibió la idea de que él se iba a ir a una isla asediada por la muerte, a un lugar de costumbres extrañas y árboles y rostros extraños (un lugar, donde probablemente, hablaban idiomas raros y no había películas ni pasta de dientes), se hizo cargo de dicha idea secretamente para considerarla y examinarla, del mismo modo que hacía a menudo cuando robaba cosas pequeñas de comer de la mesa y las escondía y se las comía cavilosamente a horas intempestivas de la noche, con la expresión satisfecha de una niña mala. Martin estaba contento de que ella no aumentase su desasosiego preocupándose. Luego, al cabo de tres días, habló:

—Voy a ir contigo.

—¡Ni hablar!

—Bueno... ¡voy a ir!

—No es seguro.

—¡Tonterías! Por supuesto que lo es. Puedes inyectarme tu bonito y buen fago, y entonces no tendré absolutamente ningún problema. ¡Porque tengo un marido que cura cosas, ¿verdad que sí? Voy a gastar un montón de dinero comprando vestidos de verano, aunque apuesto a que en St. Hubert no hace más calor del que puede hacer en Dakota en

agosto.

—¡Escucha! ¡Lee, querida! ¡Escucha! No creo que el fago inmunice contra la peste... ¡si fuese así me lo inyectaría yo mismo!... pero no sé, y aunque fuese prácticamente perfecto, siempre habría algunas personas a las que no protegería. Simplemente no puedes ir, querida. Y ahora déjame, que tengo mucho sueño...

Leora le cogió por las solapas, tan cómicamente feroz como un gatito boxeando, pero su mirada no tenía nada de cómica, ni su voz quejosa; era la queja secular de las mujeres de los soldados:

—Sandy, ¿es que no sabes que yo ya no puedo vivir sin ti? Podría haber vivido tiempo atrás sin ti pero, sinceramente, he dejado muy contenta que me absorbieras. Soy una mujercilla inútil, ignorante, salvo quizás para procurar que tú te sientas cómodo. Si tú no estuvieses aquí, no sabría seguro si estás bien, o si murieses y se ocupase otra persona de un cuerpo que yo he amado tanto... ¿no es cierto que lo he amado, querido?... me volvería loca. Te lo digo en serio... ¿es que no ves que hablo en serio?... ¡me volvería loca!... Mira, sabes, yo soy tú, y tengo que estar contigo. ¡Y te *ayudaré!* Te haré caldos de cultivo y todo. Sabes que te he ayudado muchas veces. Oh, no sirvo de gran cosa en McGurk, con todos esos aparatos tan complicados, pero en Nautilus te ayudaba... te *ayudaba*, ¿no?... y tal vez pueda hacerlo en St. Hubert —su voz era la voz de las mujeres con el terror de medianoche—, tal vez no encuentres a nadie que pueda ayudarte ni siquiera un poquito y yo haré la comida y todo...

—Querida, no me pongas las cosas más difíciles. Ya será bastante duro de todos modos...

—¡Maldito seas, Sandy Arrowsmith, no te atrevas a utilizar esas viejas expresiones condescendientes que han estado babeando los maridos a sus mujeres desde siempre! No soy más una esposa de lo que tú eres un marido. ¡Y un marido asqueroso! Me tienes completamente olvidada. Solo piensas que yo pinto algo cuando se te cae algún botón o se te afloja... y la de veces que eso pasa cuando una persona ha pasado por ellos y los ha cosido todos una y otra vez... y luego me chillas. Pero me da igual. Prefiero tenerte a ti que a cualquier marido decente... además. Iré.

Gottlieb se opuso, Sondelius se puso a gritar cuando se enteró, Martin estaba preocupado por ello, pero Leora fue allí y Gottlieb (su único acto de favoritismo y trapacería como director del instituto) la nombró «Secretaria y Ayudante Técnica de la Comisión McGurk de la Peste y el Bacteriófago para las Pequeñas Antillas», y le asignó zalameramente un sueldo.

### III

El día antes de que la Comisión zarpase, Martin insistió en que Sondelius recibiese su primera inyección de fago. Él se negó.

—No, no lo tocaré hasta que te conviertas a la humanidad, Martin, y se lo des a todo el mundo en St. Hubert. ¡Y lo harás! Espera hasta que les veas sufriendo a miles. Tú no has visto una cosa como esa. Entonces olvidarás la ciencia e intentarás salvar a todo el mundo. No me inyectarás hasta que no inyectes también a todos mis amigos negros de allá abajo.

Aquella tarde, Gottlieb fue a ver a Martin. Habló sin vacilación:

—Sales para Blackwater mañana.

—Sí, señor.

—Hum. Vas a estar fuera algún tiempo. Yo... Martin, eres el mejor amigo que tengo en Nueva York, tú y la buena de Miriam. Dime: al principio tú y Terry pensasteis que yo no debería haber aceptado el puesto de director. ¿No crees que hice bien?

Martin le miró fijamente, luego mintió a toda prisa y dijo lo confortante y esperado.

—Me alegro de que pienses eso. Tú has sabido desde hace mucho tiempo lo que yo he intentado hacer. Tengo defectos, pero creo que empiezo a ver que hay por fin en el instituto un auténtico tono científico, después de la caza de popularidad de Tubbs y Holabird... me pregunto cómo puedo deshacerme de Holabird, ese zangolotino de la ciencia. Ojalá no conociese a Capitola como la conoce... ¡socialmente, como dicen ellos! Pero de todos modos...

»Algunos decían que Max Gottlieb no podía hacer el trabajo infantil de dirigir una institución. ¡Uf! ¡Comprar cuadernos! ¡Contratar a mujeres para barrer! Pero no... los suelos los barren mujeres contratadas por el conserje del edificio, *nicht wahr?* Pero de todos modos...

»Yo no me enfadé cuando Terry y tú dudasteis. Soy muy capaz de permitir que todo el mundo tenga su opinión. Pero me agrada... os estimo mucho a vosotros dos, muchachos... sois los únicos hijos de verdad que tengo... —Gottlieb posó su mano sarmentosa en el brazo de Martin—. Me complace que veas ahora que estoy empezando a hacer un verdadero instituto científico. Aunque tengo enemigos, Martin, supongo que pensarás que bromeo, si te dijese que hay una conjura contra mí...

»Hasta Yeo. Yo creí que era amigo mío. Creí que era un auténtico biólogo. Pero hoy, precisamente, viene a verme y me dice que no puede conseguir erizos de mar suficientes para sus experimentos. ¡Como si yo pudiese extraer erizos de mar del aire! Dijo que le escatimaba todos los materiales. ¡Yo! Que siempre he defendido... No me importa lo que les *paguen* a los científicos, pero he defendido siempre, frente a aquel idiota de Silva y a todos los demás, a todos mis enemigos...

»¡Tú no sabes cuántos enemigos tengo, Martin! No se atreven a dar la cara. Me sonríen, pero murmuran... Ya le enseñaré a Holabird... anda siempre conspirando contra mí e intenta ganarse a Pearl Robbins, pero ella es una buena chica, ella sabe lo que estoy haciendo, aunque...»

Parecía perplejo; miraba a Martin como si no le reconociese del todo, y suplicó:

—Martin, me hago viejo... no en años... es una mentira lo de que tengo más de setenta... pero tengo mis preocupaciones. ¿Te importa si te doy consejo como he hecho tantas veces, tantos años? Aunque no seas ya un estudiante de Queen City... no, de Winnemac. Eres un hombre y eres un auténtico trabajador. Pero...

«Asegúrate de que no dejas que nada, ni siquiera tu propio buen corazón, estropee tu experimento en St. Hubert. Yo no me burlo del humanitarismo como solía hacer; ahora pienso a veces que la especie humana, vulgar y agresiva como es, puede tener de todos modos tanta gracia y tan buen gusto como los gatos. Pero para que suceda esto, tiene que haber conocimiento. Hay tantos hombres, Martin, que son buenos y solidarios; y hay tan pocos que hayan aumentado el conocimiento. ¡Tú tienes la oportunidad! Tú tienes que ser el hombre que acabe con la peste, y tal vez el viejo Max Gottlieb te ayude, también, eh, ¿no te parece?»

»No debes ser solo un buen médico en St. Hubert. Debes compadecer tanto, sí, a generaciones y generaciones futuras que puedas resistir el impulso de dejarte arrastrar por la compasión hacia los hombres que verás morir.

»Morir... será paz.

»No dejes que nada, ni la hermosa compasión ni el miedo a tu propia muerte, te impidan completar este experimento con la peste. Y como amigo mío... si haces esto, habrá servido para algo mi tarea como director. Aunque no fuese más que una sola cosa buena, para justificarme...»

Cuando Martin entró sollozando en su laboratorio, encontró a Terry Wickett esperándole allí.

—Escucha, Slim —le dijo—, solo quería comentarte que mantengas completas y al día tus notas, y que las escribas a tinta ¡aunque solo sea por la salud de san Gottlieb!

—Terry, me da la impresión de que piensas que es muy posible que no pueda volver yo mismo con las notas.

—¡Vamos, qué dices, qué mosca te ha picado! —protestó Terry débilmente.



La epidemia de St. Hubert debió de aumentar, porque un día antes de que zarpase la Comisión McGurk, el doctor Inchcape Jones proclamó la cuarentena en la isla. La gente podía ir allí pero nadie podía salir de allí. Hizo esto a pesar de la indignación del gobernador, sir Robert Fairlamb, y las protestas de los hoteleros que vivían de los turistas, de los ex cazadores de ratas que les llevaban en coche, de Kellett el Pata Roja que les vendía billetes y de todos los demás representantes del mundo de los negocios de St. Hubert.

## V

Además de sus ampollas de fago y de sus jeringuillas Luer para las inyecciones, Martin hizo preparativos personales para los trópicos. Compró, en diecisiete minutos, un traje Palm Beach, dos camisas nuevas y, como St. Hubert era una posesión británica y como había oído que todos los británicos llevaban bastón, se compró uno que el tendero le garantizó que era tan bueno como un roten auténtico.

## VI

Martin, Leora y Gustaf Sondelius zarparon una mañana de invierno en un vapor de seis mil toneladas, el St. Buryan, de la Naviera McGurk, que llevaba maquinaria y harina, bacalao y automóviles a las Pequeñas Antillas y volvía de allí con melaza, cacao, aguacates, asfalto de Trinidad. Hacían el viaje de ida y vuelta una veintena de turistas de invierno, pero solo una veintena, y hubo poco agitar de pañuelos.

La naviera McGurk tenía su muelle en Brooklyn Sur, en un distrito de anónimas casas pardas. El cielo era incoloro por encima de la nieve sucia. Sondelius parecía muy contento. Cuando llegaron a un muelle lleno de pieles y cajas y desconsolados pasajeros de tercera, miró desde su atestado taxi y proclamó que la proa del St. Buryan (todos ellos podían verla) le recordaba la del vapor español que había tomado en las islas de Cabo Verde. Pero para Martin y Leora, que habían leído sobre el drama de la despedida, sobre camareros corriendo con montones de flores, duques y divorciadas a los que se entrevistaba, y orquestas tocando el himno nacional, el St. Buryan no tenía nada de romántico y su despreocupación tipo transbordador les pareció decepcionante.

Solo Terry acudió a despedirles, con una caja de dulces para Leora.

Martin no había subido nunca a una embarcación mayor que una lancha motora. Miró desde el muelle el muro negro del costado del vapor. Al subir por la pasarela tenía clara conciencia de que estaba separándose de la tierra segura y familiar, y le azoraba la indiferencia de pasajeros más experimentados, que miraban abajo desde la barandilla. A bordo ya, tuvo la sensación de que la cubierta de proa parecía el patio de atrás del local de un chatarrero, que el St. Buryan se inclinaba demasiado hacia un lado, y que se balanceaba indeseablemente incluso allí, en el puerto.

Bramó despectiva la sirena; se soltaron amarras. Terry permaneció en el muelle hasta que el vapor, con Martin y Leora y Sondelius arriba, los estómagos apretados contra la barandilla de la borda, le dejaron atrás; luego bruscamente se alejó con paso firme.

Martin comprendió que partía hacia el peligroso mar y la peligrosa peste; que no podría ya abandonar el barco hasta que llegasen a una isla lejana. Aquella estrecha cubierta, con sus líneas de alquitrán entre las tablas, era su único hogar. Además, en la brisa que soplaba en el amplio puerto, sentía un frío brutal y pensó: ¡Que Dios me ayude!

Cuando el St. Buryan era remolcado hacia el río, cuando Martin estaba sugiriendo a su Comisión: «¿Qué tal si bajamos y vemos si podemos conseguir un trago?» se oyó el rumor de un taxi que llegaba apresurado al muelle, y se bajó de él un hombre alto y flaco que echó a correr... pero tan débil, tan vacilantemente... y comprendieron que era Max Gottlieb, que les buscaba, alzando dudoso un delgado brazo a modo de saludo, y que al no verles en la barandilla de la borda, se volvía y se alejaba tristemente.

## VII

Como representantes de Ross McGurk y sus diversas obras, malas y benévolas, disponían de dos suites de lujo en la cubierta del barco.

Martin pasó frío en Sandy Hook, se mareó en cabo Hatteras y se cansó y se relajó entre una cosa y otra; Leora pasó frío con él y se mareó de una forma muy propia de una dama, pero no estaba nada más que cansada. Insistió en transmitir información de la guía de las Antillas que había comprado diligentemente.

Sondelius estaba notoriamente presente en todo el barco. Tomaba té con el capitán, hablaba el dialecto de Liverpool con la tripulación y celebraba conferencias intelectuales con el misionero negro del entrepuente. Se le oía... siempre se le oía: cantando en la cubierta de paseo, defendiendo el bolchevismo frente al contra maestre, discutiendo sobre la combustión de petróleo con el primer oficial, y explicando al camarero del bar cómo había que hacer un *gin-tonic*. Organizó una fiesta para los niños del entrepuente y le pidió prestado al primer oficial un volumen de navegación para estudiar entre fiesta y fiesta.

Aportó cierto encanto a la cauta y vulgar travesía del St. Buryan, pero cometió un error. Fue cortés con la señorita Gwilliam; intentó alegrarla en una aventura aparentemente solitaria.

La señorita Gwilliam procedía de una de las mejores familias de su zona de Nueva Jersey; su padre era abogado y coadjutor, su abuelo había sido un sólido granjero. El que no se hubiese casado, a los treinta y tres, se debía exclusivamente a la preferencia de los jóvenes modernos por las chicas alocadas que bailaban *jazz*; y era no solo una joven dama delicada y reservada sino también cantante; de hecho, iba a las Antillas para preservar para la posteridad reverente las maravillas del arte primitivo en las baladas nativas que recogería y cantaría para un público embelesado... sin más condición previa que la de que aprendiese a cantar.

La señorita Gwilliam estudió a Gustaf Sondelius. Era una persona estúpida, que no se parecía nada a los caballerosos agentes de seguros y jefes de oficina a los que ella solía tratar en el club de campo, y lo que era aún peor, no le pedía su opinión sobre el arte y las buenas formas. Sus historias sobre generales y gente de esa clase podían desecharse como mentiras, porque ¿no se relacionaba acaso con sucios maquinistas? Necesitaba por todo ello alguna que otra suave pero alegre reprimenda.

Cuando estaban los dos en la barandilla de la borda y él declaró con su ridículo sonsonete sueco balanceante que hacía una noche magnífica, ella comentó: «Bueno, señor Maleducado, ¿ha hecho usted alguna nueva gracia de las suyas hoy? ¿O le ha dado usted a otro una oportunidad de hablar, por una vez?».

Se quedó plácidamente atónita cuando él se alejó de allí con paso firme, sin muestra alguna de la reverencia obediente que cualquier ejemplo de feminidad americana cultivada tiene derecho a esperar de todos los varones, los extranjeros incluidos.

Sondelius acudió a Martin lamentándose: «Slim... si puedo llamarte así, como Terry... creo que tú y tu Gottlieb tenéis razón. No merece la pena salvar a los idiotas. Es un gran error ser natural. Debería ser siempre uno pomposo y conservador, ineficaz, como el amigo Tubbs. Así le respetarían a uno hasta las solteronas de Nueva Jersey con tendencias artísticas... ¡Qué extraña es la vanidad! Yo que he sido maldecido y golpeado por tantos Grandes, que me sacaron una vez de una prisión turca para fusilarme, nunca me sentí tan enojado con ellos como con esta muchacha presumida. ¡Ay, la presunción! ¡Ese es el enemigo!».

Pareció recuperarse de esa experiencia con la señorita Gwilliam. Se le vio discutiendo con el médico del barco sobre suturas en cráneos de negros, e inventó un juego de cricket de cubierta. Pero una noche que estaba sentado leyendo en el «salón social», inclinado, con unas gafas traidoras y la boca encogida, Martin pasó caminando junto a la ventanilla y vio incrédulo que Sondelius estaba haciéndose viejo.

Martin, sentado junto a Leora en una silla de cubierta, la estudiaba, contemplaba detenidamente su pálido perfil, después de años en que ella había sido algo que se daba por supuesto. Cavilaba sobre ella al mismo tiempo que lo hacía sobre el fago; decidió con gravedad que no le había hecho el caso debido, y decidió con gravedad empezar a ser a partir de entonces un buen marido.

—Bueno, ahora que tengo una posibilidad de ser humano, Lee, me doy cuenta de lo sola que debes de haberte sentido en Nueva York.

—Pues no me he sentido.

—¡No seas tonta! ¡Por supuesto que has estado sola! Bueno, cuando volvamos, me tomaré un poco de tiempo todos los días y saldremos... saldremos de paseo e iremos al cine y todo. Y te mandaré flores, todas las mañanas. ¿Verdad que es un alivio estar simplemente sentados aquí? Pero me pongo a pensar y me doy cuenta de que puede que te haya tenido olvidada... Dime, cariño, ¿ha sido horriblemente aburrido, verdad?

—Claro. Cómo no.

—No, *cuéntame*.

—No hay nada que contar.

—Vamos, suéltalo, Leora, estamos los dos aquí y yo tengo la primera posibilidad en once mil años de pensar en ti, y voy y te hablo con franqueza y confieso lo descuidado que he sido y lo poco que me he ocupado de ti... y que pienso enviarte flores...

—¡Mira, Sandy Arrowsmith! ¡Haz el favor de no fastidiarme! Quieres darte el lujo de torturarte pensando que soy una pobre esposa de cuento, castigada y desdichada. Estás haciendo todo lo posible por sentirte mal... sería terrible que cuando volviésemos a Nueva York siguieses en el trabajo y te dedicases a procurar que yo lo pasara bien. Te lanzarías a ello como un toro. Yo tendría que sentirme agradecidísima por las flores todos los días... ¡los días que no te olvidases!... y me imagino cómo me obligarías a salir al cine cuando yo quisiese estar en casa y dormir...

—Bueno, demonios, de todo lo...

—¡No, por favor! Eres bueno y te quiero mucho, pero eres tan mandón que siempre tengo que estar haciendo lo que tú quieres, aunque sea sentirme abandonada. Pero... Tal vez yo sea perezosa. Tal vez prefiera solo andar holgazaneando a tomarme el trabajo de vestirme bien y caer simpática a la gente y todas esas cosas. Me gusta estar en casa... demonios, ojalá hubiese mandado que pintasen la cocina mientras estamos fuera, es una

cocinita muy mona... y hago como que leo mis libros franceses, y salgo a dar una vuelta, y miro los escaparates, y me tomo una gaseosa con helado, y así se pasa el día. Sandy, te quiero muchísimo; me esforzaría por hacerme la terriblemente maltratada si pudiese, para que tú pudieses disfrutar con ello, pero no se me da bien contar mentiras educadas, solo se me dan bien las pequeñas, como la que te conté la semana pasada... Te dije que no había comido ningún dulce y que no tenía dolor de estómago, y me había comido medio kilo y estaba tan mala como un cachorrillo... Qué demonios, soy una buena esposa, ¡y tanto que lo soy!

Pasaron de mares grises a otros violeta y plata. Al oscurecer se plantaban en la barandilla de la borda y él sentía la vastedad del mar, de la vida. Siempre había vivido en su imaginación. Cuando andaba a ciegas entre la multitud, un joven marido anónimo corriendo a comprar carne asada fría para cenar, su bóveda craneana había sido tan amplia como la bóveda del cielo. No veía las calles, veía microorganismos grandes como monstruos de la selva, miles de matraces nublados con bacterias, él mismo dando órdenes a su garçon, Max Gottlieb felicitándole impresionantemente. Sus sueños se habían aferrado siempre a su trabajo. Ahora, con no menos pasión, despertaba en el barco, en el mar misterioso, en presencia de Leora, y le gritaba, en la cálida oscuridad del invierno del trópico:

—¡Querida, este es solo el primero de nuestros grandes viajes! Muy pronto, si triunfo en St. Hubert, empezaré a contar como científico, e iremos al extranjero, ¡a tu Francia y a Inglaterra y a Italia y a todas partes!

—¿De veras, tú crees? ¡Oh, Sandy! ¡Ir a *sitios*!

## IX

Él nunca lo supo pero durante una hora, en su camarote medio iluminado por las lámparas del salón de más allá, ella le observó dormido.

Martin no era guapo; era grotesco como un cachorrillo durmiendo en una tarde de calor. Tenía el pelo revuelto, la cara hundida en la almohada arrugada que había rodeado con ambos brazos. Ella le miraba, sonriendo, las comisuras de los labios estiradas como pequeñas flechas disparadas.

«¡Me encanta así, cuando huele a humanidad! ¡No te das cuenta, Sandy, que tenía razón viniendo! Estás muy cansado. Esto podría acabar contigo, y solo yo podría cuidarte. Nadie conoce todas tus manías... el asco que te dan las ciruelas y otras cosas más. Te cuidaré noche y día... al menor susurro tuyo, despertaré. Y si necesitases bolsas de hielo y lo que sea... Conseguiré hielo también, ¡aunque tenga que colarme en la casa de algún millonario y birlárselo del whisky! ¡Amado mío!»

Movió el ventilador eléctrico para enfocarlo mejor hacia él, y caminando de puntillas pasó al insulso salón. No contenía mucho más que una mesa redonda, unas cuantas sillas y un vaso sibarítico y un aparador de caoba cuyo propósito nunca se descubrió.

«Es tan... ¡Oh! Tan soso. Supongo que debería arreglarlo un poco de alguna manera.»

Pero no tenía ningún talento para la ordenación de sillas y cuadros que aporta humanidad a una habitación muerta. Nunca en su vida había dedicado tres minutos a colocar flores. Miró dubitativa, sonrió y apagó la luz y volvió con él.

Se echó sobre la colcha de su litera, en la languidez del trópico, una figura menuda en un camisón frívolo. Pensó: «Prefiero un dormitorio pequeño, porque Sandy está más cerca y no me siento tan asustada por cosas. ¡Qué hombre tan mandón es! Algún día me voy a hartar y le voy a decir: “¡Vete al diablo!”. Lo haré ¡y tanto que lo haré! Querido, nos iremos a Francia juntos, tú y yo solos, ¿verdad que sí?»

Y se quedó dormida, sonriendo, una figurilla tan pequeña...

## CAPÍTULO 33

Vieron brumosas montañas y, en sus flancos, las fortificaciones coronadas de palmeras construidas en los viejos tiempos contra los piratas. En Martinica eran casas de rostro blanco como la Francia provinciana, y un bullicioso mercado lleno de mujeres de color con pañuelos escarlata y azul ultramar. Pasaron la caliente St. Lucía y Saba, que es toda ella un volcán solitario. Devoraron papayas y frutos del árbol del pan y aguacates, comprados a nativos color café que llegaban hasta el costado del barco en nerviosos y pequeños botes; sintieron la languidez de las islas y el agobio asfixiante del calor antes de aproximarse a Barbados.

Justo más allá estaba St. Hubert.

Ninguno de los turistas había sabido lo de la cuarentena. Estaban furiosos porque consideraban que la empresa iba a ponerles en peligro. Sentían la peste en el viento tibio.

El capitán les tranquilizó, en un discurso oficial. Sí, pararían en Blackwater, el puerto de St. Hubert, pero anclarían lejos del puerto; y si bien a los pasajeros que se dirigían allí se les permitiría desembarcar, en la lancha del médico del puerto, no se permitiría a nadie de St. Hubert abandonar la isla... nada de aquel pozo de peste tocaría el vapor salvo el correo oficial, que desinfectaría el médico del barco.

(El médico del barco estaba preguntándose, mientras tanto, cómo desinfectar el correo... veamos... azufre ardiendo en presencia de humedad, ¿era eso?)

El capitán se había adiestrado en el arte de la oratoria través de sus discusiones con patrones de puertos, y los turistas se tranquilizaron. Pero Martin comentó en un murmullo a su Comisión: «Yo no había pensado en eso. Una vez que lleguemos a tierra, seremos prácticamente prisioneros hasta que cese la epidemia... si es que cesa alguna vez... prisioneros con la peste a nuestro alrededor».

—¡Claro, por supuesto! —dijo Sondelius.

## II

Dejaron Bridgetown, el agradable puerto de Barbados, por la tarde. Cuando llegaron a Blackwater era de noche, tarde, y la mayoría de los pasajeros estaban dormidos. Martin

salió a la cubierta vacía y húmeda y le pareció irreal, áspera y hostil, y del inminente campo de batalla no vio más que unas cuantas luces de costa más allá de unas aguas inquietas.

Había algo timorato e ilícito en su llegada. El médico del barco corría arriba y abajo, parecía perturbado; se podía oír al capitán gruñendo en el puente; el primer oficial subió rápidamente a conferenciar con él y desapareció de nuevo abajo; y no había nadie para recibirlos. El vapor esperaba, balanceándose en el oleaje, mientras la costa parecía eructar una miasma caliente.

—¡Y aquí es donde vamos a desembarcar y a *quedarnos!* —masculló Martin a Leora, mientras estaban allí parados junto a sus maletas, sus cajas de fago, en el puente balanceante de un negro luminoso, junto al extremo de la escala de portalón.

Salieron pasajeros de bata, charlando: «Sí, este debe de ser el lugar, esas luces de allá. Debe de ser terrible. ¿Qué? ¿Va a desembarcar alguien? Ah, claro, esos dos médicos. Son muy valientes, desde luego. ¡La verdad es que no les envidio!».

Martin oía.

Desde la costa se dirigió hacia el barco una luz cabeceante, rodeó la proa y se deslizó hasta el extremo de la escala de portalón. A la luz de una linterna que sostenía un camarero al pie de las escaleras, Martin pudo ver una pequeña lancha cubierta, tripulada por marineros oscuros con uniforme naval y sombreros de paja negros barnizados y con cintas, al mando de un hombre que parecía escocés con una especie de gorro de uniforme picudo, pero con una chaqueta de civil.

El capitán descendió por las balanceantes escaleras del costado del barco. Mientras la lancha se bamboleaba, su húmedo techo de lona relumbrando, celebró una larga y quejosa conferencia con el comandante de ella y recibió una bolsa de correo, la única cosa que subiría a bordo.

El médico del barco la recibió con aversión del capitán, gruñendo: «¿Dónde puedo encontrar ahora un barril para desinfectar estas malditas cartas?».

Martin y Leora y Sondelius esperaban, sin otra opción.

Se les había unido una mujer delgada vestida de negro a la que no habían visto en toda la travesía... uno de esos pasajeros misteriosos cuya existencia no adviertes hasta que salen a cubierta para desembarcar. Al parecer iba a la costa. Estaba pálida, le temblaban las manos.

El capitán les gritó: «¡Está bien... está bien... está bien! Pueden irse ya. Deprisa, por favor. Tengo que continuar... Maldito engorro».

El St. Buryan no había parecido grande y lujoso, pero era un castillo, firme frente a las tormentas, su costado una muralla inmensa; cuando Martin bajó por la escala



balanceante, pensó de pronto: «Ahora llegan los problemas; es como ir al patíbulo... te llevan... no hay posibilidad de resistirse», y: «Estás dejando que se desboque la imaginación; ¡basta ya!» y: «¿Es demasiado tarde para hacer quedarse atrás a Lee, en el vapor?». Y un angustiado: «Oh, Señor, ¿estarán manejando con cuidado los camareros el fago?». Luego estaba en la pequeña plataforma cuadrada del final de la escalera de portalón, el costado del barco elevándose sobre él, iluminado por los redondos ojos de buey de los camarotes, y alguien le ayudaba a subir a la lancha.

Cuando subió a bordo la mujer desconocida de negro, Martin vio a la luz de la linterna cómo apretaba los labios una vez, luego todo su rostro palideció, como el de alguien que esperase sin esperanza.

Leora le apretó la mano, fuerte, cuando la ayudó a subir.

Él murmuró, mientras sonaba la sirena del vapor: «¡Rápido! ¡Aún puedes volver atrás! ¡Debes!».

—¿Y dejar esta bonita lancha? ¡Vamos, Sandy! ¡Mira qué motor más elegante tiene!... Jolines, ¡estoy muerta de miedo!

Mientras la lancha petardeaba, giraba en redondo y se dirigía hacia la criba de luces de la costa, mientras balanceaba su proa y bailoteaba en el oleaje, el oficial de cabello rubio le preguntó a Martin:

—¿Son ustedes la Comisión McGurk?

—Sí.

—Bien —parecía complacido pero frío, una voz ocupada y sin humor.

—¿Es usted el médico del puerto? —preguntó Sondelius.

—No, no exactamente. Yo soy el doctor Stokes, de la parroquia de St. Swithin. Actualmente todos nosotros somos todo. El médico del puerto... en realidad murió hace un par de días.

Martin soltó un gruñido. Pero su imaginación había dejado de agitarle.

—Supongo que es usted el doctor Sondelius. Conozco su trabajo en África, en el África oriental alemana... también yo estuve allí. ¿Y usted es el doctor Arrowsmith? Leí su artículo sobre el fago de la peste. Me impresionó mucho. Ahora tengo precisamente la oportunidad de decir antes de que desembarquemos... Tendrán que contar con oposición. Inchcape Jones, el Inspector General de Sanidad, ha perdido la cabeza. Anda dando vueltas sin dirección, sajando bubas... le da miedo quemar Caribe, donde está la mayor parte de la infección. Arrowsmith, tengo una idea de lo que querrá usted quizás hacer experimentalmente. Si Inchcape protesta, venga a mi parroquia... si aún sigo vivo. Stokes,

así es como me llamo... maldita sea, hombre, ¿qué estás haciendo? ¿Es que quieres ir a Venezuela?... Inchcape y Su Excelencia tienen tanto miedo que ni siquiera quieren quemar los cadáveres... hay cierto prejuicio religioso entre los negros... cosas de magia y brujería o algo así.

—Comprendo —dijo Martin.

—¿Cuántos casos de peste tenemos ya? —preguntó Sondelius.

—Dios sabe. Tal vez un millar. Y diez millones de ratas... ¡tengo tanto sueño!... en fin, bienvenidos caballeros... —agitó los brazos en una histeria seca—. ¡Bienvenidos a la Isla de las Hespérides!

Blackwater salió balanceándose de la oscuridad hacia ellos, frágiles cabañas bajas en una llanura baja y cenagosa que olía a lodo pegajoso. La mayor parte de la población estaba a oscuras, a oscuras y malévolamente silenciosa. No se veía un solo rostro en el puerto en penumbra... almacenes, la estación de tranvías, hoteles míseros... y vararon contra el atracadero, desembarcaron, sin que los oficiales de aduanas les prestasen atención. No había ningún vehículo y los empleados de los hoteles que en otros tiempos habían atosigado a los turistas que desembarcaban del St. Buryan, fuese cual fuese la hora, estaban muertos o escondidos.

La delgada y misteriosa pasajera se esfumó, alejándose tambaleante con su maleta... no había dicho una palabra y nunca volvieron a verla. La Comisión, con Stokes y el policía del puerto que había pilotado la lancha, transportó el equipaje (Martin haciendo esos detrás con una caja de fago) por las calles de balcones llenas de baches hasta el Hotel San Marino.

Uno o dos rostros, cosas desencarnadas de labios aterrados, les miraron desde las entradas de las callejas; y cuando llegaron al hotel, cuando se pararon delante de él, una cansina caravana cargada de maletas y cajas, la directora de ojos saltones les examinó desde una ventana antes de admitirlos.

Cuando entraban, Martin vio bajo una farola la primera muestra de vida: una mujer llorando y un niño desconcertado siguiendo a un carro abierto en el que había amontonada una docena de cuerpos rígidos.

—Y yo podría haberlos salvado a todos, con el fago —se dijo en un susurro.

Tenía la frente fría, aunque grasienta de sudor, mientras hablaba con la directora de habitaciones y comidas, al tiempo que rezaba porque Leora no hubiese visto las Cosas que había en aquel lento y rechinante carro.

«La habría estrangulado antes de dejarla venir, si hubiese sabido», pensaba temblando.

La mujer se disculpó: «Debo pedirles, caballeros, que suban ustedes mismos sus

cosas a las habitaciones. Nuestros empleados... No están aquí ya».

Martin nunca supo qué había sido del bastón que con tan oronda vanidad había comprado en Nueva York. Estaba demasiado ocupado vigilando las cajas de fago y lamentándose: «Este material tal vez hubiese salvado a todo el mundo».

Stokes de St. Swithin era un hombre reticente y duro, pero después de que hubiesen subido la última maleta, apoyó la cabeza en la puerta, dijo: «Dios mío, Arrowsmith, estoy tan contento de que estén aquí», y se alejó de ellos corriendo... Uno de los policías del puerto, negro, inexpresivo dijo, en un inglés de las Antillas con un poco del acento de Picadilly: «Señor, ¿tiene usted algún otro orden para yo? Con su permiso, nosotros nos iremos ya a casa. Señor, en la mesa está el whisky que el doctor Stokes ha dicho que mi trajera».

Martin le miró fijamente. Fue Sondelius el que habló.

—Muchísimas gracias, muchachos. Aquí hay una libra para que os la repartáis. Ahora a dormir un poco.

Se despidieron, pero no se fueron a dormir.

Sondelius divirtió a los principiantes cuanto pudo durante media hora.

Martin y Leora despertaron a una mañana ardiente, esplendorosa, verde y carmesí, pero fantasmalmente silenciosa; despertaron y se dieron cuenta de que a su alrededor había una tierra extraña, que aún no habían visto, y ante ellos el trabajo que en la lejana Nueva York había parecido dramático y gozoso y que apestaba ahora a osario.

### **III**

Les llevó una especie de desayuno una negra que les echó un vistazo temeroso desde la puerta antes de entrar.

Sondelius acudió desde su habitación, ataviado con una bata de seda apasionada. Si en algunos momentos, con gafas y encorvado, había parecido viejo, ahora era joven y bullicioso.

—Bueno, Slim, ¡creo que vamos a tener un poco de trabajo aquí! ¡A mí que me dejen las ratas! Ese Inchcape... ¡intentar controlarlas con estriknina! ¡Un noble melón! Leora, cuando te divorcies de Martin, cástate conmigo, ¿eh? Dame la sal. ¡Dormí bien, vaya que sí!

La noche antes Martin apenas se había fijado en la habitación. Ahora le chocaba lo que consideró su exotismo: las paredes altas de madera pintada de un azul acuoso, los amplios espacios sin muebles, la buganvilla de la ventana, y el calor implacable en el patio, y el tintineo metálico de las hojas de los palmitos.

Más allá de las paredes del patio estaban las plantas superiores de una tienda china con galería y la claraboya de violento colorido de El Bazar Azul.

Sentía lo que debería ser un clamor de aquel mundo exótico, pero era solo un silencio recriminatorio, y hasta Sondelius se quedó callado, aunque se puso en marcha. Regresó a su habitación, se vistió con ropa de seda de Surat, que había usado por última vez en la costa oriental de África, y regresó con un salacot que había comprado en secreto para Martin.

Martin, con chaqueta de lino y casco fungiforme, pertenecía más a los trópicos que a sus propios rudos prados nortños.

Pero su satisfacción al parecer extranjero se vio interrumpida por la aparición del Inspector General de Sanidad, doctor R. E. Inchcape Jones, delgado pero con mejillas de manzana, preocupado y apresurado.

—Por supuesto ustedes, amigos, son bienvenidos, pero en realidad, con todo lo que tenemos que hacer me temo que no podremos dedicarles la atención que sin duda esperan —dijo indignadamente.

Martin buscó la respuesta adecuada. Fue Sondelius quien habló de un primo inexistente que era un especialista de Harley Street,<sup>[18]</sup> y quien explicó que lo único que necesitaban era un laboratorio para Martin y una oportunidad de matar ratas para él. ¡Cuántas veces, en cuántos países, había halagado Gustaf Sondelius a procónsules y persuadido a los paganos para que se dejaran salvar!

En sus manos el Inspector General de Sanidad se hizo prácticamente humano; miraba como si pensara de verdad que Leora era bonita; prometió que tal vez pudiese dejar a Sondelius encargarse de sus ratas. Volvería aquella tarde y les conduciría a la casa que se había dispuesto para ellos, Penrith Lodge, en las aisladas y seguras montañas que había detrás de Blackwater. Y (se inclinó galantemente) creía que a la señora Arrowsmith le parecería aquel alojamiento un *bungalow* estupendo, con tres criados bastante aceptables. El mayordomo, aunque un tipo de color, había sido en tiempos sargento de mesa.

Muy poco después de irse Inchcape Jones llamaron a la puerta, que se abrió para dejar pasar a un discípulo de Martin en Winnemac, el doctor reverendo Ira Hinkley.

Martin se había olvidado de Ira, aquel fornido cristiano que había intentado salvarle durante las horas, por lo demás melifluas, de disección. Le recordó confusamente. Ira entró, grande y desmañado. Sus ojos miraban fija y enloquecidamente, y su voz era seca:

—Hola, Mart. Ya ves, aquí está el viejo Ira. Tengo a mi cargo todas las capillas de la Hermandad de la Santificación de aquí. ¡Ay, Mart, si supieras lo perversos que son los nativos, y lo mentirosos, y cantan canciones indecentes y cometen toda clase de vilezas! Y la Iglesia Anglicana les deja revolcarse en sus pecados! Solo estamos nosotros para salvarles. Me enteré de que veníais. He estado trabajando mucho, Mart. He aleccionado a los pobres diablos azotados por la plaga, y les he dicho cómo el fuego del infierno ruge a su alrededor. ¡Oh, Mart, si supieras como sangra mi corazón al ver que estos ignorantes no se arrepienten y se encaminan a la tortura eterna! Sé que no puedes tomarte ya las cosas a broma después de todos estos años. Acudo a ti con los brazos abiertos, a pedirte que no solo confortes a los que sufren sino que salves sus almas de los lagos ardientes de azufre a los que ha condenado el señor de los ejércitos, en su misericordia eterna, a los que blasfeman contra su Evangelio, otorgado por su gracia...

Fue de nuevo Sondelius quien se llevó fuera a Ira Hinkley, no demasiado descontento, mientras Martin solo podía rezongar: «Bueno, ¿cómo es posible que ese maníaco haya llegado aquí? ¡Esto va a ser horroroso!».

Antes de que volviese Inchcape Jones, la Comisión se aventuró a su primer recorrido por la población... Eran una Comisión Científica, pero fueron todo el tiempo solo el bullicioso Gustaf y el dubitativo Martin y la despreocupada Leora.

A los ciudadanos se les había dicho que en la peste bubónica, a diferencia de en la neumónica, no hay ningún peligro de contacto directo con gente que esté desarrollando la enfermedad, mientras se evite el contacto directo con los gérmenes, pero ellos no lo creían. Se tenían miedo unos a otros y les tenían aún más miedo a los forasteros. La Comisión se encontró con una calle que se moría de miedo. Los postigos estaban cerrados, calientes parches entablillados al sol; y el único tráfico era un tranvía vacío con un conductor asustado que aceleró la marcha al verles para que no subiesen. Tiendas de ultramarinos y bares y droguerías estaban abiertos, pero los empleados miraban hacia fuera tímidamente desde sus profundidades en penumbra, y cuando la Comisión se acercó a un puesto de pescado, el único cliente huyó, alejándose de ellos.

En una ocasión, una mujer, nunca explicada, una mujer con el cabello suelto y desmelenado, corrió a su lado gritando: «Mi hijito...».

Llegaron al mercado, un centenar de puestos bajo un largo tejado de chapa ondulada, con columnas de piedra que portaban los fatuos nombres de los comisionados que lo habían construido... votando la asignación para que se construyera. Debería de haberse oído allí la algarabía de joviales compradores y vendedores, pero en todas aquellas casetas pintorescas solo había una negra con una hilera de escobas de varitas, un hindú con harapos grises acuclillado ante una docena de hortalizas, toda su riqueza. El resto era vacío y patatas podridas desperdigadas y papeles tirados.

Al fondo de una lúgubre calle de carbonerías, encontraron una plaza pública y había allí una quietud que no era la del sueño, sino de muerte antigua.

La plaza estaba rodeada de mangos que la bañaban de oscuridad y que bloqueaban una tímida brisa y retenían el calor... un calor rancio y sin vida tan agobiante que hacía que aquel silencio lascivo resultase con él aún más desalentador. A través de un hueco en los mangos malignos vieron una casa encalada de la que colgaba un crespón negro.

—Hace demasiado calor para andar caminando. Tal vez fuese mejor volver al hotel —dijo Leora.

#### IV

Por la tarde apareció Inchcape Jones con un Ford, cuyo carácter familiar resultaba aún más grotesco en aquel mundo espeluznante, y les llevó a Penrith Lodge, las frescas colinas que había detrás de Blackwater.

Atravesaron un apiñado sector nativo de chozas de bambú y tiendas que eran solo cabañas sin pintar negras y maltrechas, sin puertas, sin ventanas, desde cuyos recovecos les miraban con resentimiento rostros oscuros. Pasaron, a la máxima velocidad corcoveante de su chófer de color, por delante de un edificio nuevo de ladrillo frente al cual desfilaban, armados con rifles gallardos, policías negros de guantes blancos, salacots blancos y guerreras escarlata.

Inchcape Jones suspiró.

—La escuela. Convertida en la casa de la peste. Hay cientos de casos ahí. Y muertos cada hora. Tiene que haber una guardia... los pacientes caen en delirios e intentan escapar.

Les siguió cuando se alejaban un olor a podredumbre.

Martin no se sentía por encima de la humanidad.

#### V

El *bungalow* de Penrith Lodge, con amplios porches y techo bajo, entre brillantes acacias rojas y alegres palmeras sagúes, se alzaba en lo alto de una cumbre, mirando por encima de la fea llanura de la población hacia el oleaje del mar. En sus ventanas, las celosías de caña cuchicheaban y tintineaban y las altas habitaciones desnudas estaban animadas con presuntos pañuelos caribes... Había pertenecido al médico del puerto, muerto tres días atrás.

Inchcape Jones aseguró a la dubitativa Leora que no estaría tan segura en ningún otro sitio; era una casa a prueba de ratas y el médico había contraído la peste en el muelle, había muerto sin regresar siquiera a aquel *bungalow* que tanto amaba y en el que, siendo como era un soltero profesional, había celebrado las fiestas más escandalosas de St. Hubert.

Martin tenía consigo equipo suficiente para un pequeño laboratorio, y lo instaló en un dormitorio con gas y agua corriente. Al lado estaba el dormitorio suyo y de Leora, luego un apartamento que Sondelius convirtió en hogareño inmediatamente desperdigando por él sus ropas y las cenizas de su pipa.

Había dos doncellas de color y un mayordomo ex soldado, que les recibieron y deshicieron sus maletas como si la peste no existiese.

Martin se sentía perplejo con su primer visitante. Era un joven negro singularmente apuesto, de movimientos rápidos, de ojos inteligentes. Él, como la mayoría de los estadounidenses blancos, había hablado mucho sobre la inferioridad de los negros y no había aprendido absolutamente nada sobre ellos. Le miró interrogante cuando el joven explicó:

—Me llamo Oliver Marchand.

—¿Y?

—Doctor Marchand... he obtenido mi título en Howard.

—Oh.

—¿Me permite que le dé la bienvenida, doctor? Y puedo preguntarle antes de irme rápidamente... tengo tres casos de familias de funcionarios aisladas al fondo de la colina... ¡Oh, sí, en esta crisis permiten que un médico negro practique incluso entre los blancos! Pero... el doctor Stokes insiste en que D' Herelle y usted tienen razón al llamar a un organismo bacteriófago. Pero ¿qué me dice de lo que afirma Bordet de que se trata de una enzima?

Luego, durante media hora, el doctor Arrowsmith y el doctor Marchand se olvidaron de la peste, olvidaron incluso la peste más cruel del miedo racial, dibujaron gráficos.

—Debo irme, doctor —dijo Marchand con un suspiro—. ¿Puedo ayudarle de algún modo? Es un gran privilegio conocerle.

Saludó quedamente y se fue, un animal bello y joven.

—Nunca pensé que pudiera haber un médico negro... ¡Ojalá la gente no deje de mostrarme lo mucho que no sé! —dijo Martin.

Mientras Martin preparaba su laboratorio, Sondelius estaba trabajando alegremente, investigando los fallos de la administración de Inchcape Jones, que resultaron ser casi todos los que eran posibles.

Una epidemia de peste hoy, en un país civilizado, no es ya un asunto de gente muriendo en las calles y de conductores gritando: «Retirad a vuestros muertos». La lucha contra ella se desarrolla como la guerra moderna, con teléfonos en vez de caballos de guerra espumeantes. El antiguo horror adopta un rostro de eficiencia. Hay oficinas, ficheros, exámenes bacteriológicos de pacientes y ratas. Hay, o debería haber, un solo director con poderes extraordinarios. Hay cuantiosos fondos, se informa al público mediante carteles, folletos y prensa, hay brigadas de matadores de ratas, una brigada de técnicos de desinfección, aislamiento de pacientes para que los parásitos que portan los gérmenes no se los transmitan a otros.

En la mayoría de estos aspectos, Inchcape Jones había fallado. Para aceptar la existencia de la peste, en primer lugar, había tenido que luchar con los comerciantes que controlaban la Cámara de la Asamblea, que habían clamado que una cuarentena les arruinaría, y que se negaban ahora a otorgarle poder absoluto e intentaban manejar la epidemia con un Consejo de Sanidad, que era algo peor que pilotar un barco durante un tifón por medio de un comité.

Inchcape Jones era bastante valeroso, pero no sabía convencer a la gente con halagos. Los periódicos le llamaban tirano, no le ayudaban a ganarse al público para que tomase precauciones contra las ratas y las ardillas de tierra. Había intentado fumigar unos cuantos almacenes con dióxido de azufre, pero los propietarios se quejaron de que los humos manchaban las telas y la pintura; y el Consejo de Sanidad le ordenó esperar... esperar un poquito... esperar y ver. Había intentado que se examinase a las ratas, para determinar dónde estaban los centros de infección, pero los únicos bacteriólogos de los que disponía eran Stokes, que estaba agobiado de trabajo, y Oliver Marchand; e Inchcape Jones había explicado a menudo, en agradables cenas, que no confiaba en la inteligencia de los negros.

Estaba al borde de la locura; trabajaba veinte horas al día; se decía a sí mismo que no tenía miedo; se recordaba que poseía una medalla de servicios distinguidos honestamente ganada; anhelaba tener a alguien aparte de un consejo de comerciantes Pata Roja que le diese órdenes; y en la confusión de su cerebro sin sueño veía constantemente las colinas de Surrey, a sus hermanas en la rosaleda y los sillones de mimbre y la mesa de té al lado de la pista de tenis de su padre.

Luego Sondelius, aquel cabildero vil y a menudo mentiroso, aquel soldado inmoral del Señor, irrumpió allí y se convirtió en dictador.



Aterrorizó al Consejo de Sanidad. Citó sus propias experiencias en Mongolia y en la India. Les aseguró que si no dejaban de hacer política, la peste podría quedarse para siempre en St. Hubert, de manera que no podrían contar ya con los cariñosos dólares de los turistas y los placeres del contrabando.

Amenazó y halagó, y contó una historia que ellos nunca habían oído, ni siquiera en La Casa del Hielo; y consiguió que se nombrase a Inchcape Jones dictador de St. Hubert.

Gustaf Sondelius se situó luego detrás del dictador, extremadamente cerca de él.

E inmediatamente empezó la matanza de ratas. En virtud de una orden firmada por Inchcape Jones, detuvo al propietario de un almacén que había declarado que no iba a permitir que se destruyeran sus reservas de cacao. Se dirigió al almacén con sus policías, corpulentos negros instruidos en la Gran Guerra, los puso de guardia y bombeó dentro gas de ácido cianhídrico.

La multitud se agolpó tras el cordón policial, preguntándose, dudando. No podían creer que estuviese pasando algo allí dentro porque todas las fisuras y grietas de las paredes del almacén habían sido adecuadamente rellenadas y no se apreciaba ningún olor a gas. Pero en el tejado sí había grietas y agujeros. El gas ascendió a través de él, incoloro, diabólico, y de pronto un buitre que volaba en círculo por encima se inclinó hacia adelante, se precipitó de costado y fue a caer muerto entre los espectadores.

Un hombre lo alzó del suelo, asombrado.

—Muerto, no hay duda —murmuró todo el mundo. Miraban a Sondelius, que se movía entre los soldados, con respeto.

Su equipo de cazadores de ratas inspeccionaba los almacenes antes de bombear gas dentro de ellos, pero en el tercero se había quedado dentro un vagabundo, que estaba allí durmiendo y al que no vieron, y cuando se abrieron ansiosamente las puertas después de la fumigación, no solo había miles de ratas muertas sino también un vagabundo muerto y muy tieso.

—Pobre tipo... enterradle —dijo Sondelius.

No hubo ninguna investigación.

En La Casa del Hielo, con un cóctel de ron delante, Sondelius reflexionó: «Me pregunto, Martin, cuántos hombres he asesinado así. Cuando estaba desinfectando barcos en Antofagasta, siempre encontrábamos después dos o tres polizones. Se escondían demasiado bien. Pobres tipos».

Sondelius sacaba a rastras de su trabajo a contables y mozos de cordel para perseguir las ratas con veneno, trampas y gas, o para matarlas de hambre cerrando con pantallas y hormigón establos y almacenes. Trazó un mapa de las ratas de la ciudad en verde y rojo

violentos. Quebrantó todas las leyes de la propiedad efectuando incursiones en las tiendas para proveerse de suministros. Asustó y halagó alternativamente a los dirigentes de la Cámara de la Asamblea. Visitó a Kellett, les contó cuentos a sus hijos y casi lloró explicando el buen luterano que era... y habitualmente (aunque no en casa de Kellett) bebía demasiado.

La Casa del Hielo, el más pacífico y oscuro de todos los bares, con sus frescas mesas de mármol, sus paredes blancas con un toque dorado, no se había cerrado, aunque solo los borrachos más viejos y los rufianes más jóvenes, recién llegados de Casa y que añoraban angustiosamente Peckham o Walthamstow, Peel Park o la calle Mayor de Cirencester, estaban lo suficientemente desesperados para ir allí, y de los empleados del local solo quedaba un corpulento camarero de Jamaica. Era casualmente el mezclador más divino de todos ellos del ponche del patrón, el combinado espumoso de Nueva Orleans y el cóctel de ron. Sondelius aclamó sus obras maestras, el único tranquilo entre los asustados clientes que acudían ahora no a soñar sino a trasegar y huir. Después de pasarse el día matando ratas y desinfectando casas, se sentaba con Martin, con Martin y Leora, o con cualquiera al que pudiese convencer para que se quedase.

Para Gustaf Sondelius, un duque era igual de importante que un zapatero, y Martin se sentía a veces celoso cuando le veía volverse a un empleado de un comisionista de cacao con la misma sonrisa que le dedicaba a él. Sondelius hablaba horas y horas, de Shanghai y de epistemología y de la pintura de Nevinson; cantaba horas y horas la letra grosera de las canciones de los negros de las plantaciones, y atronaba: «¡Uf, cuántas ratas he matado hoy en el muelle de Kellett! No creo que un pequeño cóctel vaya a destrozar demasiadas celullillas en los riñones de un hombre honrado».

Era alegre, pero nunca con la alegría reprobatoria e indignante de un Ira Hinkley. Se burlaba de sí mismo y de Martin y de Leora y de su trabajo. Comiendo en casa nunca se fijaba en lo que comía (aunque sí en lo que bebía), lo que en Penrith Lodge era deseable, en vista de los intentos de Leora de combinar los puntos de vista de Wheatsylvania con las normas de los criados antillanos y la ausencia de entregas diarias. Gritaba y cantaba... y tomaba precauciones para su trabajo entre ratas y entre sus frágiles pulgas: botas altas, muñecas con abrazaderas y la banda de caucho en el cuello que él mismo había inventado y que se conoce en toda tienda de suministros tropicales hoy como el Protector de Cuello Antiparásitos Sondelius.

Sucedió que fue él, sin que Martin ni Gottlieb se dieran cuenta siquiera, el combatiente más brillante contra la epidemia, así como menos pomposo y por tanto menos apreciado, que ha conocido el mundo.

Eso pasaba con Sondelius; en cuanto a Martin, solo tenía por el momento una embarazosa sensación de futilidad y de miedo al miedo.

## CAPÍTULO 34

Convencer a los miembros de la aristocracia almacenera de St. Hubert de que debían someterse a una prueba en la que la mitad de ellos podrían morir, para que se pudiese acabar (quizás) para siempre con la peste, era una empresa imposible. Martin lo discutió con Inchcape Jones, con Sondelius, pero sin resultado, y empezó a pensar en una campaña política lo mismo que habría pensado en un experimento.

Había visto los sufrimientos que causaba la peste y (aunque se resistiese aún) se había sentido tentado a olvidar el experimento, a abandonar la posible salvación de millones por la salvación inmediata de miles. Inchcape Jones, un poco tranquilizado gracias a la intimidación mesurada a la que Sondelius le sometía, y capaz ya de atenerse a una sana rutina, condujo a Martin hasta la aldea de Caribe, que, debido a su plaga de ardillas de tierra infectadas, estaba proporcionalmente más castigada que Blackwater.

Salieron de la capital velozmente por carreteras de blancura de concha torturantes para los ojos envenenados de sol; dejaron atrás las barracas polvorientas de los arrabales y se adentraron en un territorio fresco con bosques de bambú y palmitos, lleno de cañaverales. Descendieron desde la cima de un cerro por una carretera curvada hasta una playa donde atronaba el oleaje en cuevas de piedra caliza. Parecía imposible que aquella costa gozosa pudiese estar amenazada por la peste, la criatura babosa de los callejones oscuros.

El automóvil cortó a través de un viento alisio cantarín que hablaba de velas limpias y hombres desdeñosos. Pasaron luego bordeando las espumosas olas que batían al pie de Punta Caribe, donde, alrededor de esa solitaria palmera real que hay en el extremo, tarareaba alegre el viento. Se deslizaron después en un valle caliente y llegaron a la aldea de Caribe y al horror espeluznante.

La peste había sido en Blackwater descorazonadora; en Caribe era el final de todas las cosas. Las pulgas de las ratas habían encontrado gordos hogares en las ardillas de tierra que tenían madrigueras en todos los huertos de la aldea. En Blackwater había habido desde el principio un aislamiento de los enfermos, pero en Caribe la muerte estaba en todas las casas, y la aldea estaba rodeada por policías militares, con bayonetas, que solo dejaban entrar y salir a los médicos.

Martin fue conducido por la fétida calle de casitas de techo de palma y paredes de tablillas de bambú cubiertas de excremento de vaca, casitas compartidas por las gallinas y las cabras. Oía gritar a hombres en pleno delirio; vio una docena de veces ese rostro de terror (ojos inyectados en sangre y hundidos, rostro demacrado, boca abierta) que indica la presencia de la Muerte Negra; y contempló en una ocasión a una niña de belleza exquisita

al borde de la muerte, la lengua negra y a su alrededor el olor de la tumba.

Huyeron de allí, hasta Punta Caribe y el viento alisio, y cuando Inchcape Jones preguntó: «¿Puede usted hablar realmente de experimentar después de eso?», Martin movió la cabeza, mientras intentaba recordar la visión de Gottlieb y todos sus pequeños planes: «La mitad deben recibir el fago, a la otra mitad debe privárseles rigurosamente de él».

Le vino al pensamiento que Gottlieb, en su aislada inocencia, no se había dado cuenta de lo que significaba obtener permiso para experimentar en medio de la histeria de una epidemia.

Fue a La Casa del Hielo; echó un trago allí con un aterrado oficinista de Derbyshire; recuperó la imagen de los ojos hundidos y suplicantes de Gottlieb; y juró que no cedería a una compasión que al final haría fútil toda compasión.

Dado que Inchcape Jones no era capaz de entender que era necesario efectuar el experimento, visitaría al gobernador, al coronel sir Robert Fairlamb.

## II

Aunque la Casa del Gobierno era oficialmente la residencia principal de St. Hubert, no era más que un bungalow con techo de paja un poco mayor que el que tenía Martin, Penrith Lodge. Cuando lo vio, Martin se sintió más tranquilo, y subió hasta las amplias escaleras, aunque eran las nueve de la noche, como si se hubiese acercado a visitar a un vecino en Wheatsylvania.

Le paró un sirviente jamaicano de sobrecogedora cortesía.

Él explicó que era el doctor Arrowsmith, jefe de la Comisión McGurk, y que lo sentía mucho pero que debía ver inmediatamente a sir Robert.

El sirviente le estaba sugiriendo, con sus modales más suaves y más irritantes, que en realidad el doctor, ejem, haría mejor en ir a ver al Inspector General de Sanidad, cuando un rostro amplio y rojizo y una voz amplia y rojiza se proyectaron sobre la barandilla de la galería, con un retumbante: «¡Dile que suba, Jackson, no seas imbécil!».

Sir Robert y lady Fairlamb estaban terminando de cenar en la galería, en una mesita redonda llena de café y licores y estrellada de velas. Ella era una insignificancia nerviosa y frágil; él era más bien gordo, muy colorado, valeroso sin la menor duda, y estaba absolutamente aterrado; y en un período en el que ninguna lavandera se atrevía a ir a ninguna parte, su camisa vespertina era de un blanco luminoso.

Martin llevaba su ahora amado traje de lino, con una camisa floja y arrugada que Leora había estado proponiéndose lavar.

Explicó lo que quería hacer... lo que debía hacer, si el mundo quería librarse de una vez del absurdo de tener que padecer la peste.

Sir Robert escuchó tan afablemente que Martin pensó que entendía, pero al final bramó:

—Joven, si yo estuviese mandando una división en el frente, con una operación muy importante, una operación terrible, en marcha, y un empleado del Ministerio de Guerra me pidiese que pusiera en peligro todo el asunto para que pudiese ensayar alguna preciosa y pequeña invención suya, ¿puede usted imaginarse lo que le contestaría? No hay mucho que yo pueda hacer ya... esos medicuchos se han hecho cargo de todo... pero en la medida de lo posible me aseguraré de impedir que ustedes viviseccionistas yanquis vengan aquí a utilizarnos como un montón de sangrientos... perdona, Evelyn... sangrientos cadáveres. ¡Buenas noches, señor!

### *III*

Gracias a la habilidosa presión de Sondelius, Martin pudo presentar su plan a un Consejo Especial compuesto por el gobernador, el Consejo de Sanidad temporalmente en suspenso, Inchcape Jones, varios amables miembros de la Cámara de la Asamblea y el propio Sondelius, asistiendo en la condición extraoficial que le había resultado tan útil en todo el mundo para enmascarar una alegre tiranía. Sondelius llevó incluso al médico negro, Oliver Marchand, no sobre la base de que fuese la persona más inteligente de la isla (que daba la casualidad que era la razón de que Sondelius le llevase) sino porque «representaba a los peones de las plantaciones».

El propio Sondelius era tan opuesto a los fríos experimentos de Martin como Fairlamb; creía que todos los experimentos deberían realizarse, con instrumentos no del todo claros para él, en el laboratorio, sin perturbar el manejo de las atractivas epidemias, pero era incapaz de perderse un drama como la inocente reunión del Consejo Especial.

Se convocó la reunión con una semana de antelación... con decenas y decenas muriendo cada día. Martin, mientras esperaba por ella, fabricaba más fago y ayudaba a Sondelius a matar ratas, y Leora escuchaba hasta la medianoche sus debates e intentaba hacerles reconocer que había sido una sabia medida dejarla ir a ella. Inchcape Jones ofreció a Martin el cargo de bacteriólogo del Gobierno, pero él se negó porque eso podía desviarle de su objetivo.

El Consejo Especial se reunió en la Casa del Parlamento, y todos los asistentes se

esforzaron por ocultar su yo simple y doméstico de siempre, procurando todos ellos parecer jueces. Acudieron también además todos los médicos de la isla que pudieron encontrar tiempo para hacerlo.

Mientras Leora escuchaba desde el fondo del local, Martin se dirigió a ellos, sin que se le pasara por alto el espectáculo del pequeño Mart Arrowsmith de Elk Mills tomado en serio por los regidores de una isla tropical encabezados por un sir Algo. Junto a él estaba Max Gottlieb, y como apoderado de él intentaba reverentemente explicar que la humanidad siempre ha renunciado a la posible grandeza debido a que alguna crisis, alguna guerra o unas elecciones o la fidelidad a un mesías que en el momento parecía imponente, impiden la búsqueda paciente de la verdad. Intentó explicar que él podría (quizás) salvar a la mitad de un distrito determinado, pero que para que quedara demostrado de forma definitiva el valor del fago, la otra mitad debía quedarse sin él... aunque, les explicó habilidosamente que, de todos modos, la mitad desafortunada recibiría los mismos cuidados que se le habían estado prestando hasta el momento.

La mayoría del Consejo había oído que él poseía una cura mágica para la peste que, por razones desconocidas y probablemente deshonorosas, no quería utilizar, y no estaban dispuestos a aceptarlo. Hubo mucha discusión bastante desconectada de lo que él había dicho, y de ella resultó solo el hecho de que todo el mundo salvo Stokes y Oliver Marchand estaban en contra suya; Kellett estaba furioso con aquel americano, sir Robert Fairlamb desaprobaba la propuesta vigorosamente, y Sondelius admitió que aunque Martin era un joven muy decente, era un fanático.

Irrumpió en su discusión una furia en la persona de Ira Hinkley, misionero de la Hermandad de la Santificación.

Martin no le había visto desde la primera mañana en Blackwater. Se quedó boquiabierto cuando le oyó decir:

—Caballeros, sé que casi todos ustedes son de la Iglesia Anglicana, pero les ruego que me escuchen, no como ministro sino como doctor en Medicina cualificado. Oh, la cólera de Dios está sobre vosotros... Pero quiero decir una cosa: fui condiscípulo de Arrowsmith en los Estados Unidos. ¡Le conozco muy bien! Era un desastre tal que fue expulsado de la Facultad de Medicina. ¡Un científico! ¡Y su jefe, ese tal Gottlieb, fue expulsado de la Universidad de Winnemac por incompetencia! ¡Les conozco! ¡Mentirosos y necios! ¡Que hacen escarnio de la rectitud! ¿Les ha dicho alguien salvo el propio Arrowsmith que es un científico cualificado?

El rostro de Sondelius pasó de la curiosidad a la estólida cólera escandinava. Se levantó y gritó:

—¡Sir Robert, este hombre está loco! ¡El doctor Gottlieb es uno de los siete científicos vivos más distinguidos, y el doctor Arrowsmith es su representante! Me declaro de acuerdo con él, completamente. Como habrán podido ver por mi trabajo, soy totalmente independiente de él y solo estoy al servicio de ustedes, pero conozco su valía y le sigo, con

toda humildad.

El Consejo Especial expulsó a Ira Hinkley, por la más indigna de las razones (en St. Hubert los blancos no estiman gran cosa los éxtasis santos de los negros de las capillas de la Hermandad de la Santificación), pero solo aprobaron por votación «considerar el asunto», mientras aún seguían muriendo decenas y decenas cada día, y tanto en Manchuria como en St. Hubert rezaban por verse aliviados del antiguo dolor torturante.

Fuera, cuando el Consejo Especial se fue, Sondelius vociferó dirigiéndose a Martin y a la indignada Leora: «¡Qué combate tan magnífico!».

—Gustaf, te has unido a mí ya —contestó Martin—. Lo primero que vas a hacer ahora es venir a que te ponga una inyección de fago.

—No. Dije que no me pondría tu fago hasta que se lo dices a todo el mundo, Slim. Y no lo haré, a pesar de que haya engañado a tu Consejo.

Cuando estaban delante de la Casa del Parlamento, un pequeño automóvil provisto de todo salvo confort y potencia se paró a su lado y se bajó de él un hombre enjuto como Gottlieb e inglés como Inchcape Jones.

—¿Es usted el doctor Arrowsmith? Me llamo Twyford, Cecil Twyford, de la parroquia de St. Swithin. Intenté venir aquí para la reunión del Consejo Especial, pero el animal de mi capataz tuvo que tomarse la tarde libre y morir de la peste. Stokes me ha explicado sus planes. Me parece muy bien. Es un disparate seguir teniendo peste. ¿El Consejo se negó? Lo siento. Tal vez podamos hacer algo en St. Swithin. Buenos días.

Martin y Sondelius estuvieron mucho tiempo hablando a última hora del día. Martin se fue a la cama añorando la regularidad de trabajar toda la noche y forrajear en busca de cigarrillos al amanecer. No podía dormir, porque un Ira Hinkley imaginario no hacía más que lanzarse sobre él.

Cuatro días después se enteró de que Ira había muerto.

Hasta que se había hundido en el coma, Ira había cuidado y bendecido a su gente, la humilde congregación de color en la caliente capilla de lata, que se había convertido ahora en una casa de la peste. Iba de catre en catre, tambaleante, bajo los textos evangélicos que había escrito en la pared encalada, luego lanzó un solo grito, muy fuerte, y se desplomó junto al púlpito de pino en el que tanto había disfrutado predicando.

#### IV

Martin tuvo una oportunidad. En Caribe, donde uno de cada tres hombres estaba contrayendo la peste y solo había un médico para atenderlos a todos, decidió dar fago a la aldea entera; una larga sucesión de inyecciones, no mejorada por el conocimiento de que una simpática pulga de cualquier paciente podría transmitirle la peste.

El tedio del terror quedó olvidado cuando empezó a detectar una disminución de la epidemia y a tomar notas precisas de ella. Se estaba produciendo únicamente allí, en Caribe.

Llegó a casa y empezó a explicarle entusiasmado a Leora:

—¡Van a ver! Ahora me dejarán hacer la prueba en condiciones experimentales, y luego, cuando desaparezca la epidemia, nos largaremos a casa. ¡Será una delicia volver a tener frío! Me pregunto si Holabird y Sholtheis se habrán hecho ahora más amigos... será muy agradable volver a ver nuestro pisito, ¿eh?

—¡Sí, verdad! —dijo Leora—. Ojalá se me hubiese ocurrido mandar que pintaran la cocina mientras estábamos fuera... Creo que pondré aquella butaca azul en el dormitorio.

Sondelius estaba preocupado aunque hubiese un descenso de la peste en Caribe, porque era el peor centro de ardillas de tierra infestadas de toda la isla. Tomó decisiones rápidamente. Una noche explicó ciertas cosas a Inchcape Jones y Martin, desechó sus dudas y proclamó:

—El único modo de desinfectar ese lugar es quemarlo... quemarlo todo. Habría que hacerlo por la mañana, antes de que alguien pueda pararnos.

Con Martin como lugarteniente, reunió a su tropa de cazadores de ratas, rufianes todos ellos, con botas altas, mangas de la chaqueta atadas y negras caras de piratas. Robaron alimentos en los comercios, tiendas de campaña y mantas y hornillos de campaña del almacén militar del Gobierno, y amontonaron su botín en camiones. La hilera de camiones bajó atronando hacia Caribe, los cazadores de ratas sentados encima, cantando himnos piadosos.

Irrumpieron en la aldea, sacaron fuera a los que estaban sanos, transportaron a los enfermos en literas, les instalaron a todos en tiendas de campaña en un prado que había en lo alto del valle y después de medianoche quemaron la aldea.

Los soldados corrían entre las cabañas, prendiéndoles fuego con fantásticas antorchas. Los tejados de palmas lanzaban hacia arriba humo espeso, blanco, perezoso y muerto con corrientes de negro espectral a través de las cuales estallaban súbitas llamas. Los palmitos se perfilaban contra su resplandor. Las cabañas de sólida apariencia se convertían instantáneamente en frágiles estructuras de bambú, delgadas líneas de cristales negros, con el techo cayendo en chispas. Las llamas iluminaron todo el valle, despertaron a las aves que chillaban aterradas y convirtieron el oleaje en Punta Caribe en espuma sangrienta.



Las tropas de Sondelius, con los nativos que tenían fuerza y sentido suficientes, formaron un círculo alrededor de la aldea en llamas, gritando enloquecidos mientras mataban a bastonazos las ratas y las ardillas de tierra que huían. En el resplandor de la devastación, Sondelius era un diablo, aplastando a las desconcertadas ratas con un bastón, disparándoles cuando escapaban, y cantando para sí todo el rato las cantinelas obscenas de Bill el Marinero. Pero al amanecer estaba cuidando a los enfermos en la flamante aldea de lona, mostrando a las madres cómo utilizar los hornillos de campaña y discutiendo en un tono benevolente métodos para envenenar a las ardillas de tierra en sus madrigueras.

Sondelius regresó a Blackwater, pero Martin se quedó en la aldea de tiendas de campaña dos días más, administrando el fago, tomando notas, dirigiendo a las enfermeras improvisadas. Regresó a Blackwater a media tarde y se dirigió a la oficina del Inspector General de Sanidad, o lo que había sido la oficina del Inspector General de Sanidad hasta que había llegado Sondelius y se la había quitado.

Allí estaba Sondelius, en el escritorio de Inchcape Jones, pero por una vez no estaba ocupado. Estaba hundido en su asiento, los ojos inyectados en sangre.

—¡Ay! Lo pasamos muy bien con la ratas en Caribe, ¿verdad? ¿Qué tal está mi nueva aldea de tiendas de campaña? —gorjeó, pero su voz era débil, y se tambaleó al levantarse.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?

—Yo creo... que me ha cogido. Me saltó alguna pulga. Sí —dijo en un tono entrecortado pero extremadamente serio—, estaba pensando que me pondré yo mismo en cuarentena. Tengo fiebre desde luego, y adenitis. Mi fuerza... ¡Uf! Tengo casi sesenta años, pero de todos modos puedo levantar pesos que no puede levantar ningún marinero... ¡Y podría aguantar cinco asaltos! ¡Oh, Dios mío, Martin, estoy tan débil! ¡No estoy asustado! ¡No!

Pero se habría desplomado si no hubiese sido por los brazos de Martin.

Se negó a volver a Penrith Lodge y a los cuidados de Leora.

—Yo he aislado a tantos... me llegó el turno —dijo.

Martin e Inchcape Jones encontraron una cabaña pequeña y limpia... la familia había muerto allí, todos ellos, pero había sido fumigada. Le proporcionaron una enfermera y el propio Martin atendió al enfermo, esforzándose por recordar que en otros tiempos había sido médico, un médico que entendía de bolsas de hielo y de consuelos. Había una cosa que faltaba... una red mosquitera... y solo de eso se quejaba Sondelius.

Martin se inclinó sobre él, torturado al ver cómo le ardía la piel, lo hinchada que tenía la cara y la lengua, lo débil que era la voz cuando murmuraba:

—Gottlieb tiene razón en lo de esas bromas de Dios. ¡Uf! Las mejores son las que gastan en los trópicos. Dios los planeó tan bellos, flores y mar y montañas. Hizo que crecieran los frutos tan bien que los hombres no necesitasen trabajar... y luego se echó a reír y metió volcanes y serpientes y el calor húmedo y senilidad prematura y la peste y la malaria. Pero la broma más siniestra que le gastó al hombre fue inventar la pulga.

Sus labios hinchados se ensancharon, de su garganta caliente brotó un débil graznido y Martin comprendió que estaba intentando reírse.

Cayó en el delirio, pero entre espasmos murmuraba, con infinito dolor, con lágrimas en los ojos ante su propia debilidad:

—¡Quiero que veas cómo es capaz de morir un agnóstico!

«No tengo miedo, pero me gustaría ver solo una vez más Estocolmo y la Quinta Avenida el día que cae la primera nieve y la Semana Santa de Sevilla. ¡Y echar un buen trago de despedida! Me siento completamente en paz, Slim. Duele un poco, pero la vida fue un buen juego. Y... soy un agnóstico piadoso. ¡Oh, Martin, dale fago a la gente! Sálvala a todos... ¡Dios mío, no creí que pudiese dolerme así!»

Le había fallado el corazón. Se había quedado inmóvil en su catre bajo.

## V

Martin sentía un orgullo desdichado por el hecho de que, pese a todo lo que quería a Gustaf Sondelius, podía aún mantener la cabeza firme, podía resistirse aún a la exigencia de Inchcape Jones de que administrarse el fago a todo el mundo, podía aún hacer lo que le habían enviado a hacer.

—¡No soy un sentimental, soy un científico! —se ufanaba.

Le hacían reproches en las calles; los niños pequeños le insultaban y le tiraban piedras. Habían oído decir que estaba impidiendo voluntariamente su salvación. Los ciudadanos acudían en comités a suplicarle que curase a sus hijos, y esto le afectaba tanto que tenía que mantener constantemente ante sí la visión de Gottlieb.

El pánico aumentaba. Los que se habían mantenido serenos al principio no podían soportar la tensión de despertar de noche y ver en sus ventanas el resplandor del montón de troncos que ardían en Admirral Knob, el crematorio de emergencia donde Gustaf Sondelius y su cabellera canosa y rizada habían sido arrojados al fuego junto con un chico negro inválido y un mendigo hindú.

Sir Robert Fairlamb era un héroe torpe que exasperaba a los enfermos cuando intentaba curarlos; Stokes seguía siendo la Roca Eterna... solo dormía tres horas durante la noche, pero nunca dejaba de hacer sus quince minutos habituales de ejercicio cuando despertaba; y Leora estaba ocupada en Penrith Lodge, ayudando a Martin a preparar fago.

Fue el Inspector General de Sanidad el que se desmoronó.

Privado de su dependencia del despreciado Sondelius, hundido de nuevo en una loca falta de planes, Inchcape Jones chillaba cuando creía estar hablando bajo, y el cigarrillo que había siempre en su delgada mano temblaba de tal modo que el humo ascendía titubeante en temblorosas espirales.

Haciendo su ronda, llegó de noche a una chalupa en la que una docena de Pata Rojas se estaban escapando a Barbados, y de pronto estaba entre ellos, sobornándoles para que le dejaran ir también.

Cuando la chalupa salió del puerto de Blackwater, él extendió los brazos hacia sus hermanas y hacia la paz de las colinas de Surrey, pero cuando se perdieron de vista las asustadas luces de la población, comprendió que era un cobarde y salió de su locura, alzando su cabeza enjuta.

Exigió que diesen vuelta a la chalupa y le llevaran de nuevo a tierra. Ellos se negaron, chillándole, y le encerraron en el camarote. Entraron luego en una calma chicha; tardaron dos días en llegar a Barbados, y por entonces el mundo sabía que él había desertado.

Inchcape Jones, completamente inexpresivo, se dirigió con paso inseguro desde la chalupa hasta un hotel de la orilla del mar en Barbados y se instaló para un largo período en una habitación mugrienta que olía a cubos de agua sucia. Nunca vería a sus hermanas ni las frescas colinas. Se suicidó con el revólver que había llevado para hacer volver a los aterrados pacientes a los pabellones de aislamiento, con el revólver que había llevado en Arras.

## VI

Martin consiguió así su objetivo. Stokes fue nombrado Inspector General de Sanidad, como sucesor de Inchcape Jones, y asignó ilegalmente a Martin a la parroquia de St. Swithin, como oficial médico, con poder absoluto. Esto y la ayuda de Cecil Twyford hicieron posible su experimento.

Fue invitado a instalarse en la casa de Twyford. Su único problema era la seguridad de Leora. No sabía lo que iba a encontrarse en St. Swithin, mientras que Penrith Lodge era

tan seguro como cualquier otro lugar de la isla. Cuando Leora insistió en que, durante su experimento, aquella cosa fría que había silenciado la risa de Sondelius podría afectarle a él y él podría necesitarla a ella, Martin intentó tranquilizarla prometiendo que si había un lugar para ella en St. Swithin, mandaría a buscarla.

Naturalmente, estaba mintiendo.

—Ha sido ya bastante duro ver irse a Gustaf. ¡No voy a permitir que ella corra ningún riesgo! —prometió.

La dejó, protegida por las doncellas y el mayordomo soldado, y el doctor Oliver Marchand para pasarse por allí a echar un vistazo cuando pudiese.

## VII

En la parroquia de St. Swithin el cacao y los bosquecillos de bambú y las empinadas colinas del sur de St. Hubert dejan paso a campos de caña de azúcar ininterrumpidos. Allí Cecil Twyford, aquel hombre brusco y enjuto, gobernaba cada metro cuadrado e interpretaba todas las leyes.

Su casa, Frangipani Court, era un refugio frente al calor hediondo del llano. Era una casa baja y antigua, de piedra gruesa y paredes enyesadas; las habitaciones de paneles estaban cubiertas de porcelana, de los retratos y las espadas de trescientos años de Twyforths; y entre las dos alas había un jardín emparedado deslumbrante de hibisco.

Twyford condujo a Martin a través de un vestíbulo fresco y bajo, y le presentó a cinco corpulentos hijos y a su madre que, desde la muerte de su esposa, diez años atrás, había sido el ama de la casa.

—¿Tomamos el té? —dijo Twyford—. Nuestra invitada americana bajará en un momento.

No se le habría ocurrido decirlo, pero había jurado que, puesto que generaciones de Twyforths habían tomado té allí a una hora apropiada, ningún pánico debería impedir que siguieran tomándolo a aquella hora.

Cuando Martin entró en el jardín, cuando vio la vieja plata en la mesa de mimbre y oyó las voces tranquilas, la peste pareció vencida y comprendió que, siete mil kilómetros al suroeste del Lizard, estaba en Inglaterra.

Allí estaban sentados, grata pero no demasiado cómodamente, cuando bajó la invitada americana y se quedó mirando fijo a Martin desde la puerta de un modo tan

extraño como él la miró a ella.

Martin contemplaba a una mujer que tenía que ser hermana suya. Debía de tener unos treinta años frente a los treinta y siete de él, por su delgadez, su palidez, sus cejas negras y su cabello oscuro, era su gemela; era su yo encantado.

Pudo oír su propia voz croando: «¡Pero tú eres hermana mía!», y ella entreabrió los labios, pero ninguno de los dos dijo nada al inclinarse en la presentación. Cuando ella se sentó, Martin nunca había sido tan consciente de la presencia de una mujer.

Se enteró, antes del final del día, de que ella era Joyce Lanyon, viuda de Roger Lanyon, de Nueva York. Había ido a St. Hubert a ver sus plantaciones y había quedado atrapada por la cuarentena. Martin había oído también mencionar a su difunto marido como un joven rico y de buena familia; creyó recordar haber visto una foto de los Lanyons en *Vanity Fair*.

Ella solo hablaba del tiempo, de las flores, pero mostraba una alegría creciente que animaba hasta al taciturno Cecil Twyford. En medio de los joviales insultos que ella le dirigía al más inmenso de los inmensos hijos, Martin se giró, la miró y le dijo:

—¡Tú eres mi hermana!

—Evidentemente. Bueno, dado que eres un científico... ¿eres un buen científico?

—Bastante bueno.

—He conocido a su señora McGurk. Y al doctor Rippleton Holabird. Les conocí en Hessian Hook. Lo conoces, ¿no?

—No, yo... bueno, he oído hablar de él.

—Ya sabes. Es esa parte vieja renovada de Brooklyn donde escritores y economistas y toda esa gente, algunos de ellos casi tan buenos como los mejores, se relacionan con gente que es casi tan lista como los más listos. Ya sabes. Donde se visten para cenar pero todos ellos han oído hablar de James Joyce. El doctor Holabird es terriblemente encantador, ¿no te parece?

—Bueno...

—Cuéntame. En serio. Cecil ha estado explicando el experimento que planeas hacer. ¿Podría ayudarte yo, como enfermera o cocinando o algo, o solo te estorbaría?

—Todavía no sé. ¡Si puedo utilizarte, te aseguro que no tendré ningún escrúpulo!

—¡Oh, no seas tan serio como Cecil y como el doctor Stokes! No tienen ningún sentido del juego. ¿A ti te agrada ese Stokes? Cecil le adora, y supongo que está

sencillamente infestado de virtudes, pero a mí me parece tan seco y tan flaco y tan insípido. ¿No crees que podría ser un poco más alegre?

Martin renunció a toda posibilidad de conocerla cuando le espetó:

—¡Mira una cosa! Has dicho que Holabird te pareció «encantador». Me fastidia que te tragues sus bobadas científicas y no sepas valorar a Stokes. Stokes es duro... ¡gracias a Dios!... y probablemente rudo. ¿Por qué no? Esta combatiendo un mundo lleno de falso encanto. Ningún científico puede centrarse en su pesado trabajo y no volverse más o menos rudo. Te aseguro que Stokes es un investigador nato. Ojalá le tuviéramos en McGurk. ¿Rudo? ¡No verás que lo sea conmigo!

Twyford parecía dudoso, su madre parecía delicadamente sorprendida y los cinco vigorosos hijos no parecían nada en absoluto, mientras Martin seguía hablando, intentando transmitir su visión del bárbaro, el ascético, el despectivo acólito de la ciencia. Pero los ojos encantadores de Joyce Lanyon eran amables, y cuando habló había perdido un poco sus modales demasiado cosmopolitas de alguien que acostumbra a cenar fuera de casa:

—Sí. Supongo que es lo que me diferencia a mí, jugando a dirigir una plantación, de Cecil.

Después de cenar paseó con ella por el jardín e intentó defenderse de no sabía exactamente qué, hasta que ella insinuó:

—¡Mi querido amigo, se disculpa usted tanto de no disculparse nunca! Si quiere usted ser de verdad mi hermano gemelo, hágame el honor de decirme que me vaya al diablo siempre que quiera hacerlo. No me importa. Y respecto a su Gottlieb, que parece ser casi una obsesión para usted...

—¡Obsesión! ¡Jolines! Él...

Se separaron una hora después.

Lo que menos deseaba Martin era volver al desasosiego furtivo, pueril e irritante que había compartido con Orquídea Pickerbaugh, pero cuando se fue a dormir a una habitación con viejas láminas y una cama de cuatro columnas, resultaba inquietante saber que en algún lugar próximo a él estaba Joyce Lanyon.

Se incorporó en la cama, sobrecogido por la verdad. ¿Iba a enamorarse él de aquella mujer joven, deseable y completamente inútil? (¡Qué encantadores sus hombros, sobre el raso negro en la cena! Tenía un talento de carne radiante; hacía que la mayoría de las mujeres, incluida la frágil Leora, pareciesen toscas y gruesas. Había tras él un brillo rosado, como de una luz interior.)

¿Quería realmente que Leora estuviese allí, con Joyce Lanyon en aquella casa? (¡Su querida Leora, que era la fuente de la vida! ¿Estaría ahora, allá lejos en Penrith Lodge,

echándole de menos, en la cama despierta pensando en él?)

¿Cómo podía, incluso en la crisis de una epidemia, invitar a los formalistas Twyford a invitar a Leora? (¿Hasta qué punto era sincero? Aquella tarde había aceptado el rígido aunque amable código de etiqueta de los Twyford, pero ¿no podía acaso prescindir de él y ser francamente un Extraño?)

De pronto se había bajado de la cama, y estaba arrodillado, rezando a Leora.

## CAPÍTULO 35

La peste solo había empezado a invadir St. Swithin, pero era indudable que llegaba, y Martin, con su autoridad como oficial médico titular de la parroquia, podía hacer planes. Dividió a la población en dos partes iguales. A una de ellas, a la que llevó Twyford, se le inyectó fago de la peste, a la otra mitad no.

El experimento empezó a tener éxito. Martin veía a la remota India, con sus cuatrocientas mil muertes al año por peste, salvada gracias a sus esfuerzos. Oía decir a Max Gottlieb: «Martin, has hecho el experimento. ¡Estoy muy contento!».

La peste atacó a la mitad de la parroquia a la que no se había inyectado fago con mucha más virulencia que a los que habían sido tratados. Aparecieron unos cuantos casos entre aquellos a los que se les había administrado, pero entre los otros hubo diez, luego veinte, luego treinta víctimas diarias. Estos casos desdichados Martin los trató utilizando el fago con pacientes alternados, en el asilo de pobres un tanto desolado de la parroquia, una cabaña encalada, la más humilde frente al fondo abovedado de bananos y árboles del fruto del pan.

No podía comprender a Cecil Twyford. Aunque había considerado a sus peones como esclavos, aunque solo les había proporcionado, en su gran baronía, aquel asilo de ancianos desolado, arriesgaba su vida ahora cuidando de ellos y no solo su vida sino también las vidas de todos sus hijos.

A pesar de que Martin no la hubiese animado a hacerlo, la señora Lanyon acudió a cocinar y demostró ser una cocinera notablemente buena. Hacía también las camas; mostraba más inteligencia que los varones Twyford en la tarea de desinfectarse; y cuando trajinaba por la herrumbrosa cocina, con un vestido de guinga que había pedido prestado a una criada, perturbaba tanto a Martin que se olvidaba de rezongar.

## II

Por la noche, cuando volvían en el pequeño automóvil traqueteante de Twyford a Frangipani Court, la señora Lanyon le hablaba a Martin como alguien que hubiese compartido su trabajo, pero una vez bañada y empolvada y vestida, él le hablaba como alguien que tuviese miedo. El vínculo que les unía era su parecido, el de hermano y hermana. Decidieron, casi irritados, que se parecían en todo, salvo en que el pelo de ella era



de un negro más charol que el de él y en que ella no tenía las cejas belicosas e impertinentes de él.

Martin regresaba a menudo de noche a sus pacientes, pero unas cuantas veces la señora Lanyon y él huyeron, tanto de la estolidez familiar de los Twyford como del pensamiento de los pacientes abrasados por la fiebre, hasta la orilla de una laguna rocosa formada por una penetración del mar.

Se sentaban en una peña, rodeados del rumor de la marea curadora. Martin con el cerebro agitado por el recuerdo de los gráficos sobre las anchas tablas encaladas del asilo de ancianos, de las grietas de la pared por donde penetraba el sol, de los rostros hinchados y aterrados de los pacientes negros, de cómo uno de los hijos de los Twyford había volcado una ampolla de fago y de lo insoportable que había sido el calor en el pabellón. Pero la brisa de la laguna era refrescante y le serenaba y también era refrescante el murmullo de la marea. Martin percibía que el vestido blanco de la señora Lanyon se agitaba en torno a sus rodillas; se daba cuenta de que también ella estaba tensa y silenciosa. Se giró sombríamente para mirarla y ella exclamó:

—¡Estoy tan asustada y tan sola! Los Twyford son heroicos, pero son de piedra. ¡Me siento tan aislada!

La besó, y ella se quedó con la cabeza apoyada en su hombro. La suavidad de la manga de su vestido hizo temblar la mano de Martin. Pero ella se apartó bruscamente diciendo:

—¡No! En realidad no te importo nada. Solo sientes curiosidad. Tal vez eso sea una buena cosa para mí... esta noche.

Intentó darle seguridad, dársela a sí mismo, de que ella le importaba con una violencia extraña, pero la languidez le abrumaba; entre él y la fragancia de la señora Lanyon estaban los catres del hospital, un gran cansancio y el rostro quieto de Leora. Se quedaron callados, la mano de Martin se deslizó hasta la de ella y estuvieron así un rato sentados allí, serenos, comprendiendo, sin necesidad de hablar de qué harían.

Martin se paró ante la puerta del dormitorio de ella cuando volvieron a la casa e imaginó sus suaves movimientos por la habitación.

«No», se reconvino. «No puedo hacerlo. Joyce, las mujeres como ella son uno de los millones de cosas a las que he renunciado por el trabajo y por Lee. En fin. Eso es todo lo que hay, pues. Pero si estuviese aquí dos semanas... ¡Idiota! ¡Se pondría furiosa si llamasen! Pero...»

No podía apartar la vista de la daga de luz que brillaba debajo de la puerta; y cuando más presente la tuvo fue después de darle la espalda y dirigirse con paso vacilante a su habitación.

### *III*

El servicio telefónico de St. Hubert era el rasgo más deficiente de la isla. No había ningún teléfono en Penrith Lodge... el médico del puerto se había acostumbrado alegremente a recibir sus llamadas a través de un vecino. La peste había desbaratado también la centralita y Martin, después de intentar durante dos horas llamar a Leora, renunció.

Pero había triunfado. En tres o cuatro días volvería a Penrith Lodge. Twyford había accedido imperturbable a su propuesta de que invitase a Leora a trasladarse allí, y si ella y Joyce Lanyon llegaban a hacerse tan amigas que Joyce nunca volviese a recurrir a él cuando se sintiese sola, estaba dispuesto, estaba deseoso de que llegara... estaba casi deseoso.

### *IV*

Cuando Martin la dejó en el Lodge, en la frondosa penumbra de lo alto de la colina de Penrith Hills, Leora sintió su ausencia. Se habían separado tan pocas veces desde el día que se habían conocido, cuando ella estaba fregando el suelo en un hospital en Zenith.

La tarde era interminable; cada vez que oía un ruido se levantaba con la esperanza de que fuesen los pasos de él, y se daba cuenta de que él no llegaba, y durante todo el atardecer vacío, durante toda la noche aterradora no estarían allí en alguna parte, ni él ni su voz ni la caricia de su mano.

La cena era lúgubre. Había cenado sola muchas veces cuando Martin estaba en el instituto, pero entonces sabía que volvería su lado en algún momento antes de que amaneciese... probablemente... y habría comido algo cavilando en el rincón de la mesa de la cocina, leyendo las tiras cómicas del periódico vespertino. Esa noche tuvo que animar al mayordomo, que la servía como si fuese una cena de veinte.

Se sentó en el porche, mirando hacia abajo, hacia los tejados en sombras de Blackwater, segura de que sentía subir serpenteando en la caliente oscuridad una «miasma».

Sabía en qué dirección quedaba la parroquia de St. Swithin: más allá de aquel brillo delicado de luces de cabañas de palma que ascendían en espiral por las colinas. Se concentró allí, preguntándose si podría recibir por arte de magia una señal de él, pero no

podía captar nada que le indicase que él estuviese mirando hacia ella. Se quedó allí sentada largo rato, quieta... No tenía nada que hacer.

Fue una noche sin sueño. Intentó leer en la cama, instalando una bombilla eléctrica dentro de la pequeña tienda nebulosa de la mosquitera, pero la mosquitera tenía un roto y por él penetraban los mosquitos. Cuando apagó la luz y se quedó echada, tensa, incapaz de entregarse al sueño, incapaz de hundirse en la seguridad, mientras para sus ojos nublados los pliegues que veía a medias de la red mosquitera parecían deslizarse a su alrededor, intentó recordar si aquellos mosquitos podrían estar transmitiendo gérmenes de la peste. Cayó en la cuenta de lo mucho que había dependido de Martin para el conocimiento de cosas como aquella, como de toda filosofía. Recordó cómo se había enfadado él porque ella no era capaz de recordar si el mosquito de la fiebre amarilla era anofeles o estegomía (¿o era aedes?) y de pronto rompió a reír en la noche.

Se acordó de que le había dicho que se pusiese otra inyección de fago.

—Maldita sea, se me olvidó. Bueno, tengo que asegurarme de que me la pongo mañana.

«Hacer eso mañana... hacer eso mañana», se dijo mentalmente, un estribillo irritante e inevitable, mientras colgaba suspendida sobre el sueño, consciente de cuánto deseaba deslizarse entre los brazos de Martin.

A la mañana siguiente (ella no se acordó de ponerse otra inyección) los criados parecían nerviosos, y cuando intentó confortarles le comunicaron la noticia de que Oliver Marchand, el médico del que ellos dependían, había muerto.

Por la tarde, el mayordomo se enteró de que su hermana había sido trasladada al pabellón de aislamiento y bajó a Blackwater para ocuparse de sus sobrinas. No volvió; nadie llegó a saber qué había sido de él.

Hacia el oscurecer, Leora se sentía como si estuviese rodeada de tropas enemigas que se acercasen cada vez más a ella y huyó a refugiarse en el laboratorio de Martin. El laboratorio parecía lleno de la nerviosa y desbordante presencia de él. Se mantuvo alejada de los matraces de gérmenes de peste, pero cogió, porque era de él, un cigarrillo a medio fumar y lo encendió.

Tenía una pequeña grieta en los labios; y aquella mañana una doncella, cuando limpiaba el polvo (allí en el laboratorio, que era como una fortaleza contra la enfermedad) había tirado sin querer un tubo de ensayo, que había volcado su contenido. El cigarrillo parecía bastante seco, pero había en él gérmenes pestíferos suficientes para matar a un regimiento.

Dos noches después, cuando estaba tan desesperadamente sola que pensaba en ir caminando hasta Blackwater, encontrar un automóvil y correr a reunirse con Martin, despertó con fiebre, dolor de cabeza, las extremidades frías. Cuando las doncellas la

descubrieron por la mañana, huyeron de la casa. La dejaron, mientras la laxitud fluía a su alrededor, sola en la casa aislada, sin ningún teléfono.

Todo el día, toda la noche, la garganta crepitando de sed, estuvo acostada ansiando que llegase alguien a ayudarla. Se arrastró hasta la cocina una vez a por agua. El suelo del dormitorio era un agitado mar interminable, el pasillo una penumbra serpenteante y junto a la puerta de la cocina cayó y estuvo allí tirada una hora, gimiendo.

—Tengo que... tengo que... no puedo recordar lo que era —la voz seguía apelando al cerebro nublado.

Entre dolores, combatiéndolos, consiguió levantarse con gran esfuerzo, se envolvió en un manto astroso que había abandonado una de las doncellas en fuga, y salió tambaleante en la oscuridad a buscar ayuda. Cuando llegó a la carretera cayó y quedó tendida debajo del seto, inmóvil, como un animal herido. Se arrastró de nuevo hacia el interior de la casa a gatas y al hacerlo, mientras su cerebro se obscurecía, casi se olvidó del dolor en su anhelo de Martin.

Estaba desconcertada; estaba sola; no se atrevía a iniciar su largo viaje sin la mano de él para confortarla. Escuchó esperando oírle... escuchó... tensa en su escucha.

—¡Vendrás! ¡Sé que vendrás y que me ayudarás! Lo sé. ¡Vendrás! ¡Martin! ¡Sandy! ¡Sandy! —gemía.

Luego fue hundiéndose en el benigno coma. Dejó de haber dolor y toda la casa en sombras estaba tranquila y silenciosa salvo por su respiración áspera y trabajosa.

## V

Joyce Lanyon intentó, como Sondelius, convencer a Martin para que diese el fago a todo el mundo.

—Tengo que ser bueno y firme, aunque queráis convencerme todos. La consigna de Gottlieb. Nada me obligará a hacerlo, ni aunque intenten lincharme —se ufanaba.

Tuvo que hablarle a Joyce de Leora.

—No sé si vosotras dos os caeréis bien. Eres tan diferente, demonios. Eres muy elocuente y te gusta mucho esa «gente elegante» de la que siempre estás hablando, y a ella en cambio esa gente no le importa nada. Ella se retrae... bueno, nunca se pierde nada, en realidad, pero no habla gran cosa. De todos modos, tiene el mejor instinto para captar la sinceridad que he conocido en mi vida. Tengo la esperanza de que os caigáis bien. Me daba

miedo dejarla venir aquí porque no sabía lo que me encontraría... pero voy a acercarme hoy mismo a Penrith y traerla.

Le pidió el coche prestado a Twyford y fue hasta Blackwater y subió luego hasta Penrith con excelente ánimo. Pese a todo el asunto de la peste, podían pasarlo bien al final del día. Había uno de los hijos de Twyford que era menos solemne; él y Joyce, con Martin y Leora, podían bajar hasta la laguna y cenar allí al aire libre; podrían cantar...

Llegó a Penrith Lodge gritando: «¡Lee! ¡Leora! ¡Vamos! ¡Aquí estamos ya!».

Cuando subió corriendo hasta el porche vio que estaba salpicado de hojas y cubierto de polvo, y que la puerta de entrada estaba abierta y batiendo. Su voz resonó en un silencio desesperado. Sintió un desasosiego. Corrió al interior, no había nadie en el salón, ni en la cocina, entonces corrió a su dormitorio.

En la cama, sobre los pliegues de la mosquitera rota, estaba el cuerpo de Leora, muy frágil, completamente inmóvil. Le gritó, la zarandeó, se quedó inmóvil llorando.

Habló con ella, con un leve tono de locura en la voz, intentando hacerle entender que la había amado y que si la había dejado allí había sido solo por su seguridad...

Había ron en la cocina, y fue hasta allí y bebió varios vasos colmados de él. No le hicieron efecto.

Al anoecer salió al jardín, que estaba allí en lo alto, azotado por el viento, mirando al mar, y cavó una fosa profunda. Alzó el cuerpo ligero y rígido de ella, lo besó y lo depositó en la fosa. Anduvo vagando después toda la noche. Cuando volvió a la casa y vio la hilera de pequeños vestidos de ella en los que apreció las líneas de su cuerpo suave, se sintió aterrado.

Luego se desmoronó.

Abandonó Penrith Lodge, abandonó a los Twyford y se trasladó a una habitación situada detrás de la oficina del Inspector General de Sanidad. Al lado de su catre había siempre una botella.

Como la muerte había llegado por primera vez hasta él, decía furioso: «¡Oh, malditos experimentos!». Y, pese a la consternación de Stokes, dio el fago a todo el mundo que lo pidió.

Algún resto de honor le impidió, sin embargo, distribuir universalmente el fago en St. Swithin, dado que su experimento se había iniciado allí con tanto éxito, pero el control del experimento se lo transfirió a Stokes.

Stokes se dio cuenta de que se había vuelto un poco loco, pero solo intentó que se atuviese a su experimento una vez, cuando Martin gruñó: «¿Qué me importa a mí vuestra

ciencia?».

El propio Stokes, con Twyford, continuó con el experimento y siguió tomando las notas que debería haber tomado Martin. Al final del día, después de trabajar catorce y quince horas desde el amanecer, Stokes acudía a toda prisa a St. Swithin en motocicleta... No le gustaba nada el traqueteo y la falta de dignidad y le parecía un poco peligroso conducir por las carreteras de montaña con tantas curvas a cien por hora, pero era el método más rápido. Conferenciaba allí hasta medianoche con Twyford, le daba instrucciones para el día siguiente, ordenaba sus torpes anotaciones y se maravillaba de su hosca mansedumbre.

Mientras tanto, durante todo el día, Martin ponía inyecciones a una serie de ciudadanos asustados que hacían cola en la oficina del Inspector General de Sanidad de Blackwater. Stokes le rogó que le encargase la tarea al menos a otro médico y que se tomase todo el interés posible por St. Swithin, pero Martin experimentaba una satisfacción amarga echando por tierra toda su tarea, ayudando a hundir sus propios planes.

Con una enfermera como ayudante, se plantaba allí de pie en la oficina desnuda. Hileras e hileras de individuos, negros, blancos, hindúes, formaban una agitada cola de una manzana de largo, de diez en fondo, esperando enmudecidos, como si esperasen la muerte. Llegaban hasta la enfermera que estaba al lado de Martin y ofrecían azorados sus brazos, que ella frotaba con agua y jabón y untaba con alcohol antes de hacerles pasar a él. Martin les pellizcaba bruscamente en la piel del brazo y clavaba la aguja de la jeringuilla, maldiciéndoles por moverse, sin mirarlos nunca a la cara. Cuando le dejaban gorjeaban con gratitud: «¡Oh, que Dios le bendiga, doctor!»... pero él no les oía.

A veces estaba allí Stokes, mirando nervioso, sobre todo cuando en la cola veía peones de la plantación de St. Swithin, que debían permanecer en realidad en su parroquia bajo control estricto, para poder comprobar el valor del fago. A veces bajaba sir Robert Fairlamb para sonreír y charlar y ofrecer su ayuda... Lady Fairlamb había sido la primera persona a la que se había inyectado, y después de ella había ido una criada harapienta de la cocina, desbordante de aleluyas.

Al cabo de una quincena, Martin se cansó por fin de aquel melodrama y mandó que cuatro médicos pusiesen las inyecciones, mientras él fabricaba fago.

Pero de noche se sentaba solo, desmelenado, a beber sin parar, manteniéndose a base de whisky y rabia, liberando su alma y disolviendo su cuerpo con odio, lo mismo que en otros tiempos los ermitaños disolvían el suyo con éxtasis. Su vida era tan irreal como las noches de un viejo borracho. Tenía una ventaja sobre la humanidad normal y caduca, que no le importaba vivir o morir, porque estaba allí sentado con los muertos, hablaba con Leora y Sondelius, con Ira Hinkley y Oliver Marchand, con Inchcape Jones y con una horda sombría de negros que alzaban las manos suplicantes.

Después de la muerte de Leora había vuelto a la casa de los Twyford solo una vez, a recoger el equipaje, y no había visto a Joyce Lanyon. La odiaba. Juraba que no había sido

su presencia lo que le había impedido regresar a por Leora antes, pero se daba cuenta de que mientras él había estado charlando con Joyce, Leora estaba muriendo.

—¡Maldita escaladora social lenguaraz! ¡Nunca volveré a verla, gracias a Dios!

Estaba sentado en el borde de su catre, en aquella habitación reducida y sin ventilación, despeinado, los ojos inyectados en sangre, con un gatito callejero extraviado, al que consideraba su único amigo, dormido sobre la almohada. Al oír que llamaban a la puerta, murmuró: «No puedo hablar con Stokes ahora. Que él haga sus propios experimentos. ¡Estoy harto de experimentos!».

Pero dijo, hoscamente: «¡Vale, adelante!».

La puerta se abrió y era Joyce Lanyon, serena, elegante, segura.

—¿Qué quieres? —gruñó él.

Ella le miró fijamente; cerró la puerta; ordenó el caos de comida, papeles e instrumentos de su mesa. Empujó al indignado gatito a una estera, sacudió la almohada y se sentó a su lado en aquel catre que olía a humanidad. Luego:

—¡Por favor! Sé lo que ha pasado. Cecil va a estar una hora en la ciudad y yo quería traer... ¿No te confortará un poco saber lo que te queremos? ¿No me dejarás ofrecerte amistad?

—No quiero amistad de nadie. ¡No tengo ningún amigo!

Y siguió allí sentado, mudo, la mano de ella en la suya, pero cuando ella se fue sintió un estremecimiento de nuevo valor.

No era capaz de abandonar su dependencia del whisky, y no podía ver ningún medio de impedir que se siguiese inyectando fago a todos los que acudían a pedirlo, pero transfirió esa tarea y la manufactura de fago a otros y reanudó con el máximo rigor la observación de su experimento de St. Swithin... desbaratado como estaba ya por los habitantes de la parroquia a los que no se administraba fago en ella, pero que iban a Blackwater a por él.

No veía a Joyce. Vivía en el asilo de ancianos, pero casi siempre estaba sobrio al final del día.

## VI

El evangelio del exterminio de ratas se había propagado por la isla; todo el mundo

desde el niño de cinco años a la anciana renqueante salía a matar ratas y ardillas de tierra. Fuese por el fago o por la matanza de ratas y ardillas o por obra de la Providencia, el caso es que la epidemia fue reduciéndose y seis meses después de la llegada de Martin, cuando el mayo antillano bullía y la estación de los huracanes amenazaba ya, casi había desaparecido la peste y se levantó la cuarentena.

St. Hubert se sintió segura en sus cocinas y en sus tiendas, y en medio del fragor de la primavera la isla se regocijaba, lo mismo que se regocija un hombre enfermo cuando se libera de sus dolores por el mero hecho de vivir y estar en paz.

El que se regatease escandalosa y abusivamente en el mercado público, el que los enamorados paseasen ciegos a todos salvo a ellos mismos, el que los holgazanes contasen historias y bebiesen prolongadamente en La Casa del Hielo, el que los viejos cacareasen acuclillados a la sombra de los mangos, el que las congregaciones cantasen juntas al Señor... todo eso no era ya para ellos algo ordinario ni estúpido sino la bendición del paraíso.

La salida del primer vapor del puerto la convirtieron en una festividad. Blancos y negros, hindúes y chinos y caribes llenaban el puerto, gritando, agitando pañuelos, intentando no llorar ante el exiguo pitido de flauta de lo que quedaba de la Gran Banda de Música de Blackwater; y cuando el vapor, el St. Ia de la Naviera McGurk, soltó amarras, con su capitán en la barandilla del puente, muy erguido, saludándoles con un floreo pero con los ojos tan empañados por las lágrimas que no podía ver el puerto, sintieron que no eran ya leprosos encarcelados sino una parte del mundo libre.

En el vapor zarpó Joyce Lanyon. Martin le dijo adiós en el puerto.

Estrechándole la mano con fuerza, casi tan alta como él, le miró sin el menor embarazo, y dijo alegremente:

—Lo has superado. Yo también. Hemos estado los dos locos, por sentirnos atrapados aquí. No creo que te ayudase, pero lo intenté. Nunca había practicado como enfermera, ¿sabes? Me enseñaste tú. Adiós.

—¿No podría ir a verte en Nueva York?

—Si de verdad te apeteciese hacerlo...

Y aunque se fue, no había estado nunca tanto con él como a lo largo de aquella hora tediosa en que el vapor se fue alejando hasta perderse en el horizonte, una línea bordeada de un hilo de plata. Pero esa noche Martin huyó aterrado hasta Penrith Lodge y enterró su mejilla en el suelo húmedo encima de Leora, con la que nunca había tenido que enfrentarse ni marcar límites y a la que nunca había tenido que explicar, a la que nunca había tenido necesidad de decir: «¿No podría ir a verte?».

Pero Leora, fría en su último lecho, seria, no le contestó ni le confortó.



## VII

Martin, antes de irse, tuvo que reunir las notas de su experimento con el fago; que añadir las observaciones de Stokes y Twyford a sus propias primeras cifras precisas.

Siendo como era la persona que había dado el fago a unos cuantos miles de asustados isleños, se había convertido en un personaje. En el primer número del *Guardian* de Blackwater después de la cuarentena se le llamaba «el salvador de todas nuestras vidas». Era el héroe universal. Si Sondelius había ayudado a librarles de la peste, ¿acaso no había sido Sondelius lugarteniente suyo? Si había sido la intervención del Señor, como insistía el vehemente y viejo negro que sucedió a Ira Hinkley en las capillas de la Hermandad de la Santificación, ¿no era indudable que el Señor le había enviado a él?

Nadie prestaba atención a un seco médico escocés, diligente pero poco teatral durante la epidemia, que insinuaba que era cosa sabida que la peste se había debilitado y había cesado en muchos casos sin la ayuda del fago.

Cuando Martin estaba terminando de completar sus notas, recibió una carta del Instituto McGurk, firmada por Rippleton Holabird.

Holabird escribía que Gottlieb se encontraba «en mal estado», que había dimitido como director, suspendido sus experimentos y se encontraba ahora en casa descansando. El propio Holabird había sido nombrado director en funciones del instituto y como tal proclamaba:

*Los informes sobre su trabajo en las cartas de los agentes del señor McGurk, que las autoridades de la cuarentena han permitido que llegasen hasta nosotros, nos informan mucho más de lo que ya lo hace su propio modesto informe sobre el éxito sensacional que ha conseguido. Ha hecho lo que pocos hombres vivos podrían hacer, demostrando al mismo tiempo el valor del bacteriófago en la peste con experimentos a gran escala y salvando a la mayor parte de la desdichada población. El Consejo de Directores y yo apreciamos como corresponde la gloria que ha aportado usted, y que seguirá aportando cuando se publique su informe, al nombre del Instituto McGurk, y estamos pensando, ahora que no podemos tener durante algunos meses a su jefe titular, el doctor Gottlieb, trabajando con nosotros, crear un departamento independiente, con usted como jefe.*

«Demostrando el valor... ¡un cuerno! Solo he hecho los experimentos a medias» suspiró Martin, y: «¡Departamento! He dado demasiadas órdenes aquí. Estoy harto de

autoridad. Quiero volver a mi laboratorio y empezar de nuevo otra vez».

Le asaltó el pensamiento de que ahora probablemente ganaría diez mil dólares al año... Leora habría disfrutado con locas cenitas lujosas.

Aunque se había dado cuenta del deterioro de Gottlieb, fue una conmoción la noticia de que pudiese estar tan mal como para abandonar su trabajo, incluso por unos cuantos meses.

Se olvidó de sí mismo cuando cayó en la cuenta de que al renunciar a su experimento haciendo de salvador había traicionado a Gottlieb y a todo lo que Gottlieb representaba. Cuando regresase a Nueva York tendría que visitar al anciano y confesar ante él, ante aquellos ojos hundidos implacables, que no había completado la prueba del valor del fago.

Si pudiese haber corrido a Leora con lo de los diez mil al año...

## *VIII*

Abandonó St. Hubert tres semanas después de Joyce Lanyon.

La noche antes de su marcha, se celebró una cena, presidida por sir Robert Fairlamb, en honor de él y de Stokes. Mientras sir Robert soltaba felicitaciones toscamente y Kellett intentaba explicar cosas, y todos brindaban por él, puestos de pie, después del brindis en honor del rey, Martin sentado ya, se sentía solo, al pensar que al día siguiente dejaría atrás aquellos ojos cordiales y tendría que enfrentarse a las ásperas demandas de Gottlieb, de Terry Wickett.

Cuanto más proclamaban su gloria, más pensaba él en lo que dirían científicos desconocidos y de mentalidad estricta en lejanos laboratorios de un hombre que había tenido su oportunidad y la había desperdiciado. Cuanto más le calificaban de salvador de vidas, más desgraciado y traidor se sentía él y cuando miraba a Stokes veía en su mirada una compasión peor que una condena.

## CAPÍTULO 36

Martin regresó casualmente a Nueva York tal como había salido de allí, en el St. Buryan. El barco estaba poblado por los fantasmas de Leora durmiendo, de Sondelius gritando en el puente.

Y en el St. Buryan estaba la señorita Gwilliam, la del club de campo, que había ofendido tanto a Sondelius.

Había pasado el invierno dedicada a la importante tarea de tomar notas sobre la música nativa en Trinidad y en Caracas; o al menos de planear tomar notas. Vio subir a bordo a Martin en Blackwater y se fijó impertinentemente en los amigos que le despedían: dos ingleses, uno gordo, otro alto y delgado, y un escocés de aspecto seco.

—Sus amigos parecen todos británicos —le ilustró, después de haberle abordado como a un viejo amigo.

—Sí.

—Ha pasado usted el invierno aquí.

—Sí.

—Mala suerte verse atrapado por la cuarentena. ¡Pero ya le dije yo que era una estupidez desembarcar aquí! Debe de haber conseguido ganar mucho dinero ejerciendo como médico. Pero debe de haber sido desagradable, en realidad.

—Sí... sí, supongo que sí.

—¡Ya les dije yo que lo sería! Debería haber venido a Trinidad. ¡Qué isla tan fascinante! Y dígame, ¿cómo está el Maleducado?

—¿Quién?

—Oh, ya sabe... aquel sueco tan divertido que se ponía a bailar y todo lo demás.

—Está muerto.

—Oh, lo *siento*. Sabe, no importa lo que dijeran los demás, a mí nunca me pareció que fuese tan malo. Estoy segura de que en el fondo era una persona culta y agradable, cuando no andaba haciendo el payaso por ahí. Su esposa no está con usted, ¿verdad?

—No... ella no está conmigo. Tengo que bajar a deshacer la maleta ahora.

La señorita Gwilliam se le quedó mirando mientras se alejaba con una expresión que decía que lo menos que podía hacer la gente era aprender un mínimo de buenos modales.

## *II*

Con el calor y la amenaza de huracanes había pocos pasajeros de primera clase en el St. Buryan, y la mayoría de ellos no contaban porque no eran turistas yanquis joviales y decentes sino solo suramericanos. Como hacen los turistas cuando han ampliado y enriquecido su mente viajando, cuando regresan a Nueva Jersey o Wisconsin con el mérito de haber pasado seis meses enteros en las Antillas y en América del Sur, los miembros del remanente respetable se miraban unos a otros quisquillosos y se fijaban en aquel hombre delgado y pálido que parecía tan inquieto, que andaba todo el día dando vueltas por cubierta, al que después de medianoche se veía solo, apoyado en la barandilla de la borda.

—¡A mí me parece que ese individuo está muy nervioso, mucho! —le dijo el señor S. Sanborn Hibble de Detroit a la encantadora señora Dawson de Memphis, y ella contestó, con aquel ingenio suyo que la hacía tan popular dondequiera que iba:

—Sí, verdad. ¡Creo que debe de estar enamorado!

—¡Oh, yo le conozco! —dijo la señorita Gwilliam—. Su esposa y él iban en el St. Buryan en el viaje de ida. Ella está ahora en Nueva York. Él es una especie de médico... que no creo que sea demasiado importante. Entre nosotros, no me parece que valga gran cosa, ni ella tampoco. Se pasaron todo el viaje sentados con cara de idiotas.

## *III*

Martin estaba deseoso de volver a tener en sus manos los tubos de ensayo. Sabía que, tal como había supuesto una vez, las tareas de administración y los Grandes Asuntos le resultaban odiosos.

Cuando paseaba por cubierta, se le despejaba la cabeza y era él mismo. Se imaginaba furioso ante los críticos que no tardarían en machacar cualquier informe final que pudiese redactar. Durante un tiempo le pareció odiosa la crítica de sus colegas los trabajadores del laboratorio, lo mismo que le había parecido odioso su espíritu de emulación; le parecía odiosa la necesidad de tener que volver la cabeza y mirar por encima

del hombro constantemente a los perseguidores. Pero una noche que pasó horas en la barandilla de cubierta, admitió que tenía miedo a sus críticas, y ese miedo se debía a que su experimento estaba lleno de fallos. Arrojó por la borda todos los argumentos con los que se había protegido: «Los que nunca han pasado por la experiencia de intentar, en medio de una epidemia, mantener la calma y atenerse a las condiciones experimentales, no entienden, desde la seguridad de sus laboratorios, a lo que tiene uno que enfrentarse».

La crítica constante era buena, si no se limitaba a ser fruto del resentimiento, los celos y la banalidad...

¡No, podía ser buena aunque fuese fruto de eso! Algunos hombres tenían que ser lo que los trabajadores normales y afables llamaban «resentidos». Para ellos el resentimiento gozoso que experimentaban al aplastar lo que era casi bueno era más natural que la creación. ¿Por qué un gran especialista en demolición de edificios, que podía despejar el suelo ocupado, tenía que verse obligado a poner ladrillos?

—¡De acuerdo! —dijo alborozado—. ¡Que vengan! Tal vez me anticipe a ellos y publique una burla de mi propio trabajo. He conseguido algo, con la prueba de St. Swithin, aunque dejase que se me escaparan un poco las cosas. Llevaré mis datos a un biómetro. Él puede depurarlos. ¡En fin! Lo que quede, lo publicaré.

Se fue a la cama con la sensación de que podría hacer frente a los ojos de Gottlieb y de Terry, y durmió sin terrores por primera vez en varias semanas.

#### IV

En el muelle de Brooklyn, para asombro y ligera indignación de la señorita Gwilliam, el señor S. Sanborn Hibble y la señora Dawson, Martin fue recibido por periodistas que amable, pero vagamente, deseaban saber qué eran aquellas cosas notables que había estado haciendo con una enfermedad u otra, en una isla o un sitio parecido.

Le libró de su asedio Rippleton Holabird, que se abrió camino entre ellos con los brazos extendidos, gritando: «¡Oh, mi querido colega! Sabemos todo lo que ha pasado. Lo sentimos tanto y nos alegramos tanto de que no le sucediese nada a usted y pudiese volver con nosotros».

Fuese lo que fuese lo que Martin, bajo la sombra de Max Gottlieb, pudiese haber dicho sobre Holabird, en aquel momento se retorció las manos y murmuró: «Es agradable volver a casa».

Holabird (vestía una camisa azul con el cuello azul almidonado, como un actor) no pudo esperar a que el equipaje de Martin hubiese pasado por la aduana. Tuvo que volver a

sus tareas como director en funciones del instituto. Solo se demoró para indicar que el Consejo de Directores iba a nombrarle ya director titular, y que, por supuesto, mi querido amigo, se encargaría de que Martin recibiese todo el crédito y la recompensa que merecía.

Después de que se fue Holabird, conduciendo su impecable cupé (explicaba a menudo que su esposa y él no podían permitirse un chófer, que preferían gastarse el dinero en otras cosas), Martin reparó en la presencia de Terry Wickett, apoyado en una carcomida columna de madera del edificio del puerto, como si llevase allí horas.

Terry se acercó y masculló: «Hola, Slim. ¿Todo bien? Venga, pasemos las cosas por aduana. Fue un gran placer ver cómo el director y tú os besabais».

Mientras atravesaban las calles de Brooklyn, Martin preguntó: «¿Qué tal está haciendo las cosas Holabird como director? ¿Y cómo está Gottlieb?».

—Oh, la Gallina Sagrada no es peor que Tubbs; es incluso más educado y más ignorante... ¡Yo, mírame! Uno de estos días voy a escaparme a los bosques... tengo una cabaña en Vermont... ¡me iré a trabajar allí y no tendré que producir resultados para el director! Me han metido en el Departamento de Bioquímica. Y Gottlieb... —la voz de Terry adquirió un tono angustioso—. Supongo que está muy mal... le han asignado una pensión. Pero mira, Slim: he oído que vas a ser un jefe dorado de departamento, y yo nunca seré nada más que un miembro asociado. ¿Vas a seguir conmigo o vas a ser uno de los animalitos de compañía de la Gallina Sagrada... un héroe científico?

—Yo estoy contigo, Terry, viejo gruñón —Martin abandonó el cinismo que siempre le había parecido adecuado entre él y Terry—. No tengo nada más. Leora y Gustaf se han ido y ahora quizás Gottlieb también. ¡Tú y yo tenemos que mantenernos unidos!

—¡Eso está hecho!

Se dieron la mano, tosieron roncamente y pasaron a hablar de una cosa y otra.

## V

Cuando Martin entró en el instituto, sus colegas corrieron todos a darle la mano y a felicitarle, y aunque su alabanza era halagüeña, no hay ningún momento en que uno pueda soportar tanta como cuando vuelve a casa.

Sir Robert Fairlamb había escrito al instituto una carta glorificándole. La carta llegó en el mismo barco que Martin, y Holabird se la entregó a la prensa al día siguiente.

Los periodistas, que solo habían estado ligeramente interesados durante su

desembarco, se presentaron para hacer entrevistas y, mientras Martin se mostraba hosco y nervioso, Holabird se hacía cargo de ellos, de manera que los periódicos pudiesen proclamar que Estados Unidos, que estaba siempre salvando al mundo de una cosa u otra, había ido y había vuelto a hacerlo. Se propagó en el medio que el doctor Martin Arrowsmith no solo era un médico brujo poderoso y posiblemente una especie de trabajador de laboratorio, sino también un feroz asesino de ratas, quemador de aldeas, orador ante el Consejo Especial y vencedor de la muerte. Existía por entonces, en ciertos lugares, una duda en cuanto a lo benevolentes que habían sido los Estados Unidos con sus hermanos pequeños (México, Cuba, Haití, Nicaragua) y los directores de periódicos y los políticos estaban agradecidos con Martin por aquella prueba del espíritu de sacrificio y la tierna vigilancia del país.

Recibió cartas del Servicio Público de Sanidad; de una universidad emprendedora del Medio Oeste que deseaba convertirle en doctor en Derecho Civil; de asociaciones y facultades de Medicina que le suplicaban que acudiese a ellas como conferenciante. Aparecieron editoriales sobre su trabajo en las publicaciones médicas y en los periódicos; y el congresista Almus Pickerbaugh le envió un telegrama desde Washington diciendo, en lo que el congresista es muy probable que considerase verso: «Para a los que vienen de Nautilus poder superar, mucho ha de esforzarse uno y de trabajar». Y fue invitado de nuevo a cenar en la casa de los McGurk, no por Capitola sino por Ross McGurk, cuyo nombre nunca había recibido un blanqueado tal.

Rechazó todas las invitaciones a ir a dar conferencias y charlas, y las apresuradas instituciones que le habían invitado respondieron con mansedumbre que comprendían lo terriblemente ocupado que estaba el doctor Arrowsmith y que, si alguna vez pudiese encontrar tiempo, se sentirían sumamente honradas...

Rippleton Holabird fue elegido por fin director titular, sucediendo a Gottlieb, y procuró utilizar a Martin como la joya más preciada del instituto. Llevó a verle a todos los dignatarios de visita, a todos los Hombres de Alegría Medida extranjeros, y ellos parecieron complacidos y se esforzaron por formular preguntas. Luego Martin fue nombrado jefe del nuevo Departamento de Microbiología con el doble de sueldo que antes.

Nunca llegó a saber cuál era la diferencia entre microbiología y bacteriología. Pero no podía oponerse a nada de su glorificación. Aún estaba demasiado desconcertado... y aún más después de haber visto a Max Gottlieb.

## VI

A la mañana siguiente de su regreso, Martin había telefoneado a casa de Gottlieb, había hablado con Miriam y había recibido permiso para ir de visita al final de la tarde.

Durante todo el camino hasta la parte alta de la ciudad podía oír a Gottlieb diciendo: «¡Tú eras un hijo! Te di todo lo que sabía de honor y de verdad, y tú me has traicionado. ¡Fuera de mi vista!».

Miriam le recibió en el vestíbulo, preocupada: «No sé si debería haberle dejado venir en realidad, doctor».

—¿Por qué? ¿Tan mal está que no puede recibir visitas?

—No es eso. En realidad no parece que esté mal, solo que está débil, pero es que no conoce a nadie. Los médicos dicen que es demencia senil. Ha perdido la memoria. Y de pronto se le ha olvidado completamente el inglés. Solo puede hablar alemán, y yo no sé alemán, solo un poquito. ¡Ojalá lo hubiese estudiado, en vez de estudiar música! Pero puede que le haga bien verle a usted. Le ha tenido siempre tanto afecto. No sabe cómo hablaba de usted y del espléndido experimento que ha estado haciendo en St. Hubert.

—Bueno, yo... —no se le ocurría nada que decir.

Miriam le condujo a una habitación que tenía las paredes oscurecidas con libros. Allí estaba Gottlieb con una escuálida mano apoyada flácidamente en el brazo del gastado sillón en el que estaba hundido.

—¡Doctor, soy Arrowsmith, acabo de regresar! —murmuró Martin.

Pareció como si el anciano medio entendiera; le miró, luego movió la cabeza y gimió: «*Versteh' nicht*». Sus ojos arrogantes estaban nublados con lentas lágrimas incontrolables.

Martin comprendió que nunca podría ser ya castigado y purificado. Gottlieb se había hundido en la oscuridad confiando aún en él.

## VII

Cerró su piso (el que había sido de los dos) con una furia rápida y fría, para no correr el riesgo de entregarse a su desdicha al encontrar entre las pertenencias de Leora un millar de fragmentos de ella que la hicieran volver: el vestido que había comprado para la cena de Capitola McGurk, una chocolatina petrificada que había escondido para comer ilegalmente de noche, un recordatorio: «Comprar almendras para Sandy». Alquiló una habitación hoscamente impersonal en un hotel y se sumergió en el trabajo. No había para él nada más que el trabajo y la áspera amistad de Terry Wickett.

Su primera tarea fue comprobar las estadísticas de sus tratamientos de St. Swithin y



las nuevas cifras que aún llegaban procedentes de Stokes. Algunas de ellas eran vacilantes, algunas sugerían que el valor del fago había sido confirmado con seguridad, pero no había nada definitivo. Llevó sus cifras a Raymond Pearl, el biómetro, que estimó aún menos su valor que el propio Martin.

Había hecho ya un informe de su trabajo para los directores del instituto, sin más conclusión que «los resultados esperan el análisis estadístico con el que debería contarse antes de que se publicasen». Pero Holabird se había vuelto loco, los periódicos habían hablado de milagros, y Martin se veía asediado por peticiones de que enviase fago; preguntas sobre si no tenía un fago para la tuberculosis, para la sífilis; ofertas para que se hiciese cargo de una epidemia y otra.

Pearl había indicado que sus gratos resultados sobre la primera aplicación de fago a toda la aldea de Caribe debían ponerse en entredicho, porque era posible que cuando él había empezado a administrarlo allí la curva de la enfermedad hubiese superado ya su pico. Con esta y otras complicaciones, enfocando su trabajo apresurado en St. Hubert tan pausadamente como si procediese de alguien a quien no conociese de nada, Martin decidió que no tenía ninguna prueba adecuada y fue a ver al director.

Holabird fue amable y cortés, pero indicó con un suspiro que si se publicaba aquella conclusión, él tendría que volverse atrás de todas las cosas que había dicho sobre la hazaña que, supuestamente, había conseguido, con su inspiración, que realizase su subordinado. Fue amable y cortés, pero firme; debía suprimir (Holabird no dijo «suprimir», dijo «dejarme para una posterior consideración») los resultados estadísticos reales y emitir el informe con un sumario ambiguo.

Martin se puso furioso, Holabird se mostró delicadamente implacable. Martin corrió a hablar con Terry, proclamando que dimitiría... que denunciaría... que pondría al descubierto... ¡Sí! ¡Lo haría! Ya no tenía que mantener a Leora. Trabajaría como dependiente en una botica. Volvería inmediatamente y le diría a la Gallina Sagrada...

—¡Alto! ¡Slim! ¡Espera un momento! ¡Echa el freno al caballo! —dijo Terry—. Síguele la corriente un poco a la Gallina y veremos lo que podemos hacer los dos juntos e independientes. Entretanto dispones de un laboratorio aquí y ¡aún tienes que aprender un poco de fisicoquímica! Y, bueno... Slim, yo no he dicho nada sobre tu asunto de St. Hubert, pero tú sabes y yo sé que lo echaste todo a perder. ¿Puedes comparecer en juicio con las manos limpias si tienes que demandar a la Gallina? Aunque yo estoy de acuerdo en que es un hipócrita asqueroso, un mentiroso, un arribista, un farsante ambicioso de poder, tiene toda la razón. Aguanta. Ya inventaremos algo. En fin, hijo, no hemos hecho más que empezar a aprender ciencia; solo estamos empezando a trabajar.

Luego Holabird publicó oficialmente, bajo el sello del instituto, el informe original de Martin para los directores, con revisiones tan pintorescas como un cambio de «los resultados deberían ser analizados» por «si bien el análisis estadístico parecería deseable, es evidente que este nuevo tratamiento ha conseguido todo lo que se había esperado».

Martin volvió a enfurecerse y Terry le calmó de nuevo; y, con una furia dura diferente al apasionamiento de los tiempos en que había sabido que Leora estaba esperándole, volvió a la fisicoquímica.

Aprendió los misterios ocultos en las determinaciones del punto de congelación, en las de la presión osmótica e intentó aplicar las generalizaciones de Northrop sobre las enzimas al estudio del fago.

Le absorbieron por completo las leyes matemáticas que predecían extrañamente a los fenómenos naturales; su mundo era frío, exacto, de un materialismo austero, amargo para aquellos que apoyaban sus razonamientos lógicos en impresiones. Se burlaba cada día más de los contadores de adoquines, los rebautizadores de especies, los compiladores de datos irrelevantes. Absorto como estaba en aquello, las agradables estaciones pasaban sin ser vistas.

En una ocasión alzó la cabeza asombrado al percibir que era primavera; en otra Terry y él recorrieron caminando más de trescientos kilómetros por las montañas de Pensilvania, por caminos estivales; pero pareció solo un día después cuando llegó Navidad, y Holabird estaba cada vez más jovial y feliz con el instituto.

La ausencia de Gottlieb puede que fuese buena para Martin, porque no acudía ya al Maestro buscando soluciones a los arduos interrogantes. Cuando se enfrentó a problemas de difusión, empezó a proyectar un aparato propio y, ya fuese porque poseía un talento innato o fuese solo por su entrega furiosa al trabajo, resultó tan competente en la tarea que se ganó de Terry una alabanza casi abrumadora: «¡Vaya, eso no está nada mal, Slim!».

La seguridad para la que Max Gottlieb parecía haber nacido le llegó a Martin lentamente, después de muchos tropezones y trapiés, pero le llegó. Deseaba lograr una técnica perfecta en la búsqueda del dato absoluto y probable; deseaba tanto como cualquier Pater<sup>[19]</sup> «arder con una llama dura como una gema», y no deseaba la fama y la aceptación en la plaza del mercado, sino más bien mantenerse libre de esas necesidades, para que no le confundieran y le ablandaran.

Holabird estaba tan desconcertado como lo habría estado Tubbs por las ramificaciones del trabajo de Martin. ¿Qué creía él en realidad que era... un bacteriólogo o un biofísico? Pero le convenció la recepción que brindó el mundo científico al primer artículo importante de Martin, sobre los efectos de los rayos X, los rayos gamma y los rayos beta sobre el fago anti-Shiga. Fue alabado en París y Bruselas y Cambridge tanto como en Nueva York, por su penetración y por «la claridad y tal vez por ser anticientíficamente entusiasta, por el puro encanto y el estilo de su exposición», en palabras del profesor Berkeley Wurtz; algo que puede demostrarse con una cita del primer párrafo del artículo:

*En una publicación preliminar, he informado sobre un efecto cualitativo marcado de carácter destructivo de las radiaciones de emanaciones de radio sobre el bacteriófago*

*anti-Shiga. En el presente artículo se muestra que los rayos X, los rayos gamma y los rayos beta producen efectos inactivadores idénticos en este bacteriófago. Queda demostrado además que existe una relación cuantitativa entre esta desactivación y las radiaciones que la producen. Los resultados obtenidos de este estudio cuantitativo permiten afirmar que el porcentaje de inactivación, tal como se mide determinando las unidades de bacteriófago que persisten después de la irradiación con rayos gamma y beta de una suspensión de una virulencia determinada, depende de las dos variables, nillicuries y horas. La ecuación siguiente expresa cuantitativamente los resultados experimentales obtenidos:*

$$\log e u_0/u$$

$$K= \text{-----}$$

$$E_0 (-t_1)$$

Cuando el director Holabird vio el artículo (Yeo fue lo suficientemente depravado para llevárselo y preguntarle su opinión) le dijo: «¡Espléndido, oh, desde luego, sencillamente espléndido! Solo he podido leerlo por encima, amigo, pero ya lo leeré cuidadosamente, claro, en cuanto tenga un momento libre».

## CAPÍTULO 37

Martin no vio a Joyce Lanyon en varias semanas tras su regreso a Nueva York. Ella le invitó a cenar en una ocasión, pero él no pudo ir y no volvió a tener noticias suyas.

Su entrega al estudio de las determinaciones de la presión osmótica no le servía de nada cuando estaba sentado en su pulcra habitación de hotel y pasaba de ser el doctor Arrowsmith a ser un hombre que no tenía con quien hablar. Recordaba cómo se habían sentado junto a la laguna en el tibio crepúsculo; un día telefoneó preguntando si podría pasar a tomar el té.

Martin sabía de un modo no formulado que Joyce era rica, pero después de verla con aquel vestido de guinga, trajinando en la cocina del asilo de ancianos de St. Swithin, dejó de considerar su posición social; y se sintió incómodo cuando, con la sensación de estar sucio del laboratorio, llegó a su gran casa y se encontró con que era la señora de voz suave de muchos sirvientes. Su casa era un palacio, y los palacios, sean muy pequeños como el de Joyce, con sus solo dieciocho habitaciones, o Buckingham o el vasto Fontainebleau, son todos iguales; están asfixiados por los superfluos atributos del orgullo, son tan completos que uno no recuerda pequeños atractivos encantadores, son indiferenciables en esa impresión común que causan de magnificencia cortés e incómoda, y son, en consecuencia, absolutamente tediosos.

Pero en medio del esplendor pretencioso que Roger Lanyon había acumulado, Joyce no era tediosa. Cabe sospechar que disfrutaba mostrando a Martin lo que ella era en realidad, exhibiendo lacayos y demasiados tipos de emparedados, y diciendo muy ufana: «Oh, yo nunca sé lo que van a servirme con el té».

Pero le había dado la bienvenida, gritando: «Pareces estar mucho mejor. Me alegro muchísimo. ¿Sigues siendo mi hermano? ¡Fui una buena cocinera en el asilo de ancianos, a que sí!».

Si hubiese sido entonces suave e ingenioso, ella no se habría interesado gran cosa por él. Conocía demasiados hombres que eran ingeniosos y bien educados, de suavidad marfileña y competentes en la tarea de ayudarla a gastar los cuatro o cinco millones de dólares con que estaba cargada. Pero Martin era, al mismo tiempo, un estudioso que hacía las determinaciones de la presión osmótica casi interesantes, un hombre tenso y rápido al que ella podía imaginarse corriendo o haciendo el amor, y un joven solitario que creía ingenuamente que allí, en su blanda seguridad, ella era aún la muchacha que se había sentado con él junto a la laguna, la mujer valiente que había ido a verle a una habitación de borracho en Blackwater.

Joyce Lanyon sabía hacer hablar a los hombres. Gracias más a ella que a su propia elocuencia, Martin consiguió convertir con sus palabras el instituto en una cosa viva, describir a los miembros, sus pleitos, y el drama de rastrear siguiendo la pista de un descubrimiento.

La vida fácil de ella allí parecía insípida después de los peligros de St. Hubert, y en el desprecio de Martin por lo fácil y por las recompensas ella encontró alegría entusiasta.

A partir de entonces iba de vez en cuando a tomar el té, a cenar; pasó a conocer los usos de la casa, a los criados, a las más casi-inteligentes de sus amistades. Algunos le agradaron (y posiblemente él a ellos). Con uno mantenía un estado de guerra no declarado. Se trataba de Latham Ireland, un hombre de una elegancia dolorosa en el vestir, de unos cincuenta años, competente abogado al que le gustaba pararse de pie delante de las chimeneas y ser quedamente listo desde allí. Fascinaba a Joyce diciéndole que ella era sutil, luego diciéndole en qué estaba siendo sutil.

Martin le odiaba.

A mitad de verano fue invitado a pasar un fin de semana en la inmensa casa de campo oculta por las flores que Joyce tenía en Greenwich. Medio se disculpó por su lujo; él se sintió muy mal.

La tensión de considerar la indumentaria; de correr a comprar pantalones blancos, cuando lo que quería era vigilar los tubos de ensayo del baño de temperatura constante, de tener que esforzarse por parecer cómodo en la limusina que le recogió en la estación y de decidir a qué sirvientes dar propina y cuánto y cuándo, era desesperante para un hombre sencillo. Se sintió un patán cuando, después de haber soltado: «Espera un minuto que suba y deshaga la maleta», ella dijo gentilmente: «Oh, eso ya lo habrán hecho por ti».

Descubrió que un criado había sacado para que se pusiera, aquella primera velada, toda la pequeña reserva de ropa interior que había comprado, y que había puesto incluso una cinta de pasta de dientes en su cepillo.

Se sentó en el borde de la cama, gruñendo: «¡Esto es demasiado rico para un hombre como yo!».

Odiaba y temía a aquel criado, que andaba robando la ropa, poniéndola en lugares donde no se podía encontrar, apareciendo luego de pronto amenazadoramente cuando Martin andaba buscándola por aquella enorme habitación.

Pero su principal desdicha era que no había nada que hacer. Él no conocía más deporte que el tenis, en el que era demasiado tosco para jugar con aquella gente charlatana no identificada que llenaba la casa y que trabajaba en el golf y en el *bridge*, por lo que parecía de una forma absolutamente voluntaria. Él había conocido solo a unos cuantos de los amigos de los que ellos hablaban. Decían: «¿Conoces al amigo R. G.?», y él decía «Oh, sí», pero no tenía ni idea de quién podría ser el amigo R. G.

Joyce se mostraba tan diligente y cordial como cuando tomaban el té los dos solos, y le presentó a una desgarbada jovencita a la moda que jugaba al tenis aún peor que él, pero tenía veinte invitados (cuarenta el domingo para comer) y renunció a ciertas agradables ideas de pasear con ella por frescos prados y, después de decir emocionadamente una cosa y otra, quizás besarla. Tuvo un momento a solas con ella. Cuando se iba, le ordenó: «Ven aquí, Martin», y le llevó aparte.

—No lo has pasado bien, en realidad.

—Bueno, sí, por supuesto, yo...

—¡Por supuesto que no! Y nos desprecias, más bien, y puede que tengas razón en parte. A mí me gusta la gente distinguida y los modales corteses y los deportes y juegos agradables, pero supongo que parecen cosas triviales frente a las noches en el laboratorio.

—No, me gustan también esas cosas. En cierto modo. Me gusta ver mujeres guapas... ¡a ti! Pero... Oh, qué demonios, Joyce, yo no estoy acostumbrado a esto. He sido siempre pobre y he estado siempre ocupadísimo. No he aprendido nunca a jugar a esas cosas vuestras.

—Pero podrías perfectamente, Martin, podrías, con el empeño que tú pones en todo.

—¡Incluso en emborracharme en Blackwater!

—¡Y espero que también en Nueva York! ¡Mi querido Roger se lo pasaba tan bien de una forma inocente emborrachándose en las cenas sociales! Pero hablo en serio: si te esforzases, podrías aprender a jugar bien al *bridge* y al golf... y podrías conversar... mejor que cualquiera de ellos. ¡Si supieses lo terriblemente nueva que es la mayoría de la clase ducal de este país! Y Martin: ¿no crees que sería bueno para ti? ¿No trabajarías mucho mejor si te apartases de vez en cuando de tus tablas logarítmicas? ¿Y vas a aceptar que haya algo de lo que no seas capaz?

—No, yo...

—¿Vendrás a cenar el martes de la semana que viene, solo nosotros dos, y lo discutiremos?

—Encantado.

Durante una serie de horas, en el tren hasta el lugar donde estaba Terry Wickett de vacaciones en las montañas de Vermont, Martin estuvo convencido de que amaba a Joyce Lanyon y de que iba a aprender el arte de ser distinguido lo mismo que había aprendido fisicoquímica. Ardientemente, y sin la menor ironía, mientras estaba sentado muy tieso en un rancio coche salón Pullman con los pies encima de su maleta, se imaginó luciendo una corbata de club (adquiriendo antes presumiblemente la corbata y el club), jugando al golf ataviado con pantalones de golf y alternando con gran desenvoltura con el amigo R. G. y

mostrándose increíblemente ingenioso sobre el envejecido Rolls Royce de Latham Ireland.

Pero olvidó esas aficiones en cuanto llegó a la cabaña de la que era orgulloso propietario Terry, situada junto a un lago entre robles y arces, y escuchó algo tan real como las teorías de Terry sobre la descomposición de los derivados de la quinina.

Terry, pese a ser quizás el menos sentimental de los seres humanos, había llamado a su casa «El Descanso de los Pájaros». Poseía cinco acres de bosque, a poco más de tres kilómetros de una estación ferroviaria. La cabaña era de troncos, de dos habitaciones, con literas por lechos y hule por mantel.

—Este es el plan, Slim —dijo Terry—. Algún día daré con un medio de hacer que un laboratorio aquí rinda, fabricando suero o algo así, y levantaré un par de edificios más en el llano junto al lago, y tendré un sitio absolutamente independiente para la ciencia... dos horas al día en la parte comercial y digamos que seis para dormir y un par para comer y contar chistes verdes. Eso serán... dos y seis y dos hacen diez, si es que tengo alguna autoridad en matemáticas superiores... y quedarán catorce horas al día para investigación (salvo cuando tú tengas algo especial en marcha), sin ningún superior ni ninguno de los patrones de la asociación ni directores a los que tengas que dar satisfacción redactando informes estúpidos. Por supuesto, no habrá cenas científicas con damas en traje de noche, pero imagino que seremos capaces de poder permitirnos carne de cerdo salada en abundancia y pipas de mazorca de maíz y tu cama estará perfectamente hecha... si tú mismo te la haces. ¿Qué te parece? Venga, vamos a darnos un chapuzón.

Martin regresó a Nueva York con los planes no muy compatibles de ser el jugador de golf mejor vestido de Greenwich y de cocinar estofado con Terry en El Descanso de los Pájaros.

Pero la primera de esas dos cosas era la más novedosa para él.

## II

Joyce Lanyon estaba disfrutando de una conversión. Sus experiencias de St. Hubert y su carácter variable habían hecho que se sintiese insatisfecha con el círculo de automovilistas rápidos de Roger.

Dejó que las damas mecenas que conocía la sumaran con engaños a varias de sus Causas, y disfrutó como había disfrutado de su trabajo de guerra activo y absolutamente sin propósito en 1917, porque Joyce Lanyon era en cierto grado una Arreglista, que era un epíteto inventado por Terry Wickett para Capitola McGurk.

Y Joyce era no solo una Arreglista sino incluso una Mejoradora, pero no era una

Capitola; ni agitaba un abanico de plumas y hablaba espaciosamente ni daba salida a su pasión sexual conversando. Era delicada e incluso primorosa a veces, con un tigre dentro, aunque estaba tan alejada de la pasión de tocador perfumado y ropa interior negra como de la frescura rancia de Capitola. Lo suyo era pura seriedad lisa y blanca y carne dorada.

Detrás de todas sus razones para valorar a Martin estaba el hecho de que la única vez en su vida que se había sentido útil e independiente había sido como cocinera en un asilo de ancianos.

Podría haber continuado a la deriva, en su mundo de gentes que iban a la deriva, si no fuese por la intervención de su admirador Latham Ireland, el abogado-diletante.

—Joy —le comentó—, pareció haber una cantidad asombrosa de ese tal doctor Arrowsmith en este lugar. Como tu benigno tío...

—Latham, querido mío, estoy totalmente de acuerdo en que Martin es demasiado agresivo, absolutamente tosco, muy egoísta, bastante mojigato, absolutamente pedante y que sus camisas son atroces. Y estoy bastante convencida de que me casaré con él. ¡Casi creo que le amo!

—¿No sería el cianuro un medio más limpio de suicidarse? —dijo Latham Ireland.

### III

Lo que Martin sentía por Joyce era lo que sentiría cualquier viudo de treinta y ocho por una mujer joven y bonita y elocuente que prestase atención a su sabiduría. En cuanto a su riqueza, no había absolutamente ningún problema. ¡Él no era ningún hombre pobre que se casase por dinero! ¡Estaba ganando diez mil al año, que eran ocho mil más de los que necesitaba para vivir!

De vez en cuando recelaba de la dependencia del lujo que veía en ella. Con una inmensa habilidad le pidió que en lugar de cenar en su monumental salón jacobeano fuese con él a su propio tipo de fiesta. Ella accedió, con entusiasmo. Fueron a abismales restaurantes de Greenwich Village con velas, camareros artísticos y nada decente que comer; o a antros de Chinatown con comida y nada más. Hasta tomaron el metro... aunque después de cenar Martin solía olvidar que estaba siendo espartano y pedir un taxi. Joyce lo aceptó todo sin pestañear ni protestar demasiado.

Ella, por su parte, jugó al tenis con él en la pista de su azotea; le enseñó a jugar al *bridge*, al que, con su concentración y su memoria, pronto jugó mejor que ella y del que disfrutó asombrosamente; le convenció además de que tenía buenas piernas y que le sentaría bien la ropa de golf.



Un sereno anochecer de otoño llegó a buscarla para ir a cenar. Tenía un taxi esperando.

—¿Por qué no seguimos con el metro? —dijo ella.

Estaban en la entrada de su casa, en una calle vacuamente cara y absolutamente antiromántica que daba a la Quinta Avenida.

—¡Oh, me revienta ese metro asqueroso tanto como a ti! El que me metan los codos en el estómago no me ha ayudado nunca gran cosa a planear experimentos. Espero que cuando nos casemos disfrute en tu limusina.

—¿Es eso una propuesta de matrimonio? Yo no estoy nada segura de que vaya a casarme contigo. ¡En serio, no lo estoy! ¡Tú no tienes el menor sentido del confort!

Se casaron en el enero siguiente, en la iglesia de St. George y Martin sufrió tanto con las flores, el obispo, los parientes de voces agudas y el sombrero de copa que Joyce había exigido, como por el hecho de que Rippleton Holabird le estrechase la mano con una expresión de: «Por fin, mi querido muchacho, ha salido de la barbarie y se ha convertido en Uno de Nosotros».

Martin había pedido a Terry que fuese su padrino. Terry se había negado, y había dicho que a lo único que podría llegar, con mucho esfuerzo, sería a asistir a la boda. El padrino fue el doctor William Smith, con su barba recortada para la ocasión, y alarmante chaqué y un sombrero de copa que había comprado en Londres once años antes, pero la seguridad de ambos corrió a cargo de un primo de Joyce que estaba garantizado que tendría pañuelos extra y que era capaz de identificar la Marcha Nupcial. Había entendido que Martin había estudiado en Groton y Harvard, y cuando descubrió que lo había hecho en Winnemac y nada más, pasó a mostrarse receloso.

En su camarote del vapor, Joyce murmuró: «¡Querido, fuiste valiente! No sabía lo imbécil que era ese primo mío. ¡Bésame!».

A partir de entonces (salvo por un segundo terrible en que Leora flotó entre ellos, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho pálido y frío) fueron felices y cada uno de ellos descubrió en el otro aspectos nuevos y azarosos.

#### IV

Vagabundearon por Europa durante tres meses.

Joyce había dicho el primer día: «Resolvamos de una vez ese asunto brutal del

dinero. Yo diría que eres el menos mercenario de los hombres. He puesto diez mil dólares a tu disposición en Londres... oh, sí, y cincuenta mil en Nueva York... y si no te parece mal, cuando tengas que hacer cosas para mí, me gustaría que los utilizases. ¡No! ¡Espera! ¿Es que no te das cuenta de lo normal y decente que quiero que resulte todo? ¿No querrás ofenderme para salvaguardar tu amor propio?».

## V

No tuvieron más remedio que aceptar la hospitalidad de la Principessa del Oltraggio (anteriormente señorita Lucy Deemy Bessy de Dayton), madame des Basses Loges (señorita Brown de San Francisco) y la condesa de Marazion (que había sido la señora de Arthur Snaipe de Albany, y varias cosas más antes de eso), pero Joyce fue con él a ver los grandes laboratorios de Londres, París, Copenhague. Tuvo la satisfacción de ver cómo ganadores del Premio Nobel recibían a Su Marido, le conocían, deseaban discutir ardorosamente con él sobre el fago, y le mostraban sus trabajos de años. Algunos de ellos eran precipitados e insípidos, en opinión de Joyce. Su Hombre era más guapo que todos ellos, y solo con que fuese un poco paciente con él, podría convertirle en un maestro del polo y enseñarle a vestir bien y a conversar... pero por supuesto seguiría con la ciencia... era una lástima que no tuviese ningún título, de caballero, por ejemplo, como algunos de los científicos británicos a los que vieron. Pero hasta en los Estados Unidos había títulos honoríficos...

Mientras ella descubría y digería la Ciencia, Martin descubría a las Mujeres.

## VI

Conocedor únicamente de Madeline Fox y Orquídea Pickerbaugh, que eran Buenas Chicas Americanas, de damas de la noche rápidamente olvidadas y de Leora, que, en su indolencia, su indiferencia por la decoración y la buena fama, no era ni mujer ni esposa sino solo su propio yo, Martin no sabía absolutamente nada de las mujeres. Había esperado que Leora aguardase su llegada, obedeciese sus deseos, comprendiese sin que él tuviese necesidad de decírselas todas las cosas halagadoras que había pensado decirle. Estaba mimado, y Joyce no tuvo ningún miedo a decírselo.

No era propio de ella permanecer sentada sonriente y muda mientras él y sus colegas de investigación arreglaban el mundo. Martin se dio cuenta, a base de muchos sobresaltos, de que tenía que considerar, incluso fuera del dormitorio, las fluctuaciones y variables de su esposa, como Una Mujer, y a veces como Una Mujer Rica.

Resultaba desconcertante descubrir que mientras Leora había reclamado agriamente lealtad sexual pero no se había preocupado gran cosa de cómo pudiese darle los Buenos Días, a Joyce la dejaba indiferente el número de mujeres con las que él pudiera haberse encariñado (siempre que no la ofendiese haciendo el amor con ellas en su presencia), pero le exigía darle los Buenos Días como si de veras lo sintiese. Resultaba desconcertante descubrir con qué firmeza discriminaba Joyce entre sus caricias cuando estaba absorto en ella y su interés precipitado cuando quería irse a dormir. Le decía que podía matar a un hombre que la considerase simplemente un mueble apropiado, y enfatizaba incómodamente lo de «mataría».

Esperaba de él que recordase su cumpleaños, el vino que le gustaba, las flores que prefería y su aversión a presenciar la operación del afeitado. Quería una habitación propia; le insistía en que llamase antes de entrar; y exigía que admirase sus sombreros.

Cuando estaba tan interesado en el trabajo en el Instituto Pasteur que mandó a un empleado que la telefonara diciéndole que no podría encontrarse con ella para cenar, Joyce se puso furiosa.

—Oh, tenías que esperar eso —reflexionó él, creyendo que estaba mostrando tacto y paciencia y penetración.

A veces le enojaba que ella nunca estuviese dispuesta a salir de paseo con él inmediatamente. Por muy breve que fuese la salida, Joyce tenía que ir primero a su habitación a por los guantes blancos... permanecer allí plácidamente poniéndoselos... Y en Londres le hizo comprar polainas... e incluso ponérselas.

Joyce no era solo una Arreglista... era una Anglófila. Reverenciaba, como la mayoría de las cosmopolitas estadounidenses, a la aristocracia inglesa, adoptaba todas sus normas y creencias (o lo que ella consideraba sus normas y creencias) y atesoraba sus encuentros con ella. Tres años y medio después de la guerra de 1914-18, aún decía que despreciaba a todos los alemanes y la única pelea auténtica entre ella y Martin se produjo cuando él quiso ir a ver los laboratorios de Berlín y Viena.

Pero pese a todas sus diferencias fue un peregrinaje romántico. Se amaron sin miedo; hicieron excursiones por las montañas y regresaron para disfrutar de vastos cuartos de baño y cenas ingeniosas; se sentaron en las terrazas de los cafés y, salvo cuando él se quedaba callado al recordar cuánto había deseado Leora sentarse en los cafés de Francia, se confesaron mutuamente todos los anhelos de su mente.

Europa, la Europa de ella, la que ella siempre había conocido y amado, se la ofreció a él con mano generosa, y él, que siempre había sido sensible a los colores cálidos y al gesto delicado (cuando no estaba poseído por el frenesí del trabajo) se lo agradeció y mostró un asombro infantil. Se convenció de que estaba aprendiendo a abordar la vida de una forma fácil, desenvuelta y bella; criticó a Terry Wickett (aunque solo consigo mismo) por su provincianismo; y así, en un ocio dorado, regresaron América y a la prohibición y a los políticos decididos a proteger a toda costa al *trust* siderúrgico de los comunistas, a las

conversaciones sobre el *bridge* y los automóviles y a las determinaciones de la presión osmótica.

## CAPÍTULO 38

El director Rippleton Holabird se había casado también con una mujer rica, y siempre que sus colegas insinuaban que desde su primer trabajo apasionado en fisiología, no había hecho nada más que colocar unas cuantas flores bonitamente seleccionadas en las mesas talladas por otros hombres, era una satisfacción para él observar que aquellos pelagatos llegaban al instituto en metro, mientras él llegaba conduciendo elegantemente su cupé. Pero ahora Arrowsmith, que había sido en tiempos el más pobre de todos ellos, llegaba en una limusina con un chófer que se tocaba el sombrero y a Holabird el azúcar del café le sabía a sal.

Martin era un hombre sencillo, pero no sería exacto decir que no se relamiese los labios cuando Holabird miraba ensoñadoramente al chófer.

Su triunfo sobre él fue menor que el de poder recibir a Angus Duer y a su esposa, venidos de Chicago; presentárselos al director Holabird, a Salamon el rey de los cirujanos y a un *baronet* médico; y oír decir a Angus: «Mart, ¿te importa que te diga que estamos todos terriblemente orgullosos de ti? Rouncefield me hablaba de ello el otro día. “Puede que sea presuntuoso”, dijo, “pero la verdad es que creo que tal vez la formación que procuramos darle al doctor Arrowsmith aquí en la clínica contribuyese en cierto modo a su espléndido trabajo en las Antillas y en McGurk”. ¡Qué mujer tan maravillosa es tu esposa, amigo! ¿Crees que le importaría decirle a la señora Duer dónde consiguió ese vestido?».

Martin había oído hablar de la superioridad de la pobreza respecto al lujo, pero después de los puestos ambulantes de comida de Mohalis, después de doce años ayudando a Leora con la colada y de preocuparse por el precio de la carne, después de pasarse toda una vida esperando en el barro los tranvías, no tenía nada de desalentador disponer de un criado que produjese camisas automáticamente; ni resultaba en absoluto degradante acudir a comidas que eran siempre interesantes y, en la intimidad de su coche, apoyar una cabeza dolorida en la suavidad de la tapicería y pensar en lo listo que era.

—Mira, tener a otras personas para que hagan por ti las cosas ordinarias, te permite ahorrar mucha energía para las cosas que solo puedes hacer tú —decía Joyce.

Martin se mostró de acuerdo, luego fueron en el coche hasta Westchester para una lección de golf.

Una semana después de que volviesen de Europa, Joyce fue con él a ver a Gottlieb. Martin quiso pensar que Gottlieb salía de su cavilación para sonreírles.

—Después de todo —consideró— al viejo le gustaban las cosas bellas. Si hubiese

tenido la oportunidad tal vez podría haberle gustado también disfrutar de una Buena Posición.

Terry, sorprendentemente, se mostró de acuerdo.

—Te diré, Slim... la verdad es que a mí personalmente me fastidiaría mucho tener que vivir con criados. Pero estoy haciéndome viejo y sabio. Supongo que las distintas personas tienen gustos distintos, y la verdad es que son poquísimas entre ellas las que tienen el buen sentido de venir y preguntarme lo que debería gustarles. Pero sinceramente, Slim, no creo que vaya a cenar. He ido y me he comprado un traje... ¡Comprado! Lo tengo en mi habitación... esa condenada casera no hace más que llenarlo de bolas de naftalina... pero no creo que pueda soportar tener que escuchar a Latham Ireland haciéndose el listo.

Era, sin embargo, la actitud de Rippleton Holabird la que más preocupaba a Martin, porque Holabird no le dejaba olvidar que, a menos que quisiese dejar el instituto y ser el marido fantasma de una Mujer Rica, debía procurar no olvidarse de que él era el director.

Holabird, además de los modales encantadores que reservaba para Ross McGurk, había desarrollado el distanciamiento, esa cortesía tranquila e inhumana del Hombre de Negocios, y a la gente que se ufanaba de sus viejos y alegres tiempos de amistad la ponía educadamente en su sitio. Consideró necesario reprimir la insubordinación cuando Arrowsmith apareció en una limusina. Le otorgó una semana después de su regreso para disfrutar de ella, luego fue a verle con mucha suavidad a su laboratorio.

—Martin —le dijo suspirando— creo que nuestro amigo Ross McGurk está insatisfecho con los resultados prácticos que se están obteniendo en el instituto y, para convencerle de lo contrario, me temo que no tengo más remedio que pedirle que ponga menos énfasis en el bacteriófago por el momento y aborde la gripe. El Instituto Rockefeller tiene la idea correcta. Han utilizado a su personal de más talento y no han reparado en gastos, en problemas como la neumonía, la meningitis, el cáncer. Han aliviado ya los terrores de la meningitis, y la neumonía y la fiebre amarilla están a punto de erradicarse por completo gracias al trabajo de Noguchi, y no me cabe duda de que su hospital, con los enormes recursos de los que dispone y las personas de talento que cooperan allí magníficamente, será el primero que encuentre el remedio de la diabetes. En fin, tengo entendido que ahora andan detrás de la causa de la gripe. No están dispuestos a permitir otra gran epidemia de ella. Así que, mi querido amigo, nos corresponde ganarles en el caso de la gripe, y he decidido que nos represente usted en la carrera.

Martin estaba en aquel momento dando vueltas a un método para reproducir fago en bacterias muertas, pero no podía negarse, no podía correr el riesgo de que le despidiera. ¡Era demasiado rico! Martin el estudiante de medicina renegado podía irse y ser un mancebo de botica, pero si el marido de Joyce Lanyon se permitiese semejante locura, le seguirían los periodistas y le fotografiarían despachando en la farmacia. Y era más impensable aún convertirse simplemente en el marido mantenido de ella... un mayordomo de tocador.

Asintió, pues, no muy placenteramente.

Empezó a trabajar en la búsqueda de la causa de la gripe con un semientusiasmo casi majestuoso. En los hospitales consiguió cultivos de casos que podrían ser gripe y podrían ser catarros graves... nadie estaba seguro exactamente de cuáles eran los síntomas de la gripe; no había nada claramente definido. Dejó la mayor parte del trabajo a sus ayudantes, dándoles de vez en cuando instrucciones sardónicas de «poned cien tubos más en el medio A... ¡qué demonios, que sean mil más!». Y cuando descubrió que estaban haciendo lo que les parecía, no se mostró estricto ni les reprendió. Si no retiraba culpablemente la mano del arado era solo porque nunca lo había empuñado. En otros tiempos, su pequeño laboratorio propio había estado tan pulcro y limpio como una cocina de New Hampshire. Ahora, las varias habitaciones que tenía a su cargo eran un desastre, con largas hileras de tubos de ensayo abandonados, muchos medio vacíos y llenos de moho, ninguno adecuadamente etiquetado.

Luego tuvo su idea. Empezó a creer firmemente que los investigadores del Rockefeller habían encontrado la causa de la gripe. Fue a ver a Holabird y se lo dijo. Él, por su parte, iba a volver a su investigación sobre la verdadera naturaleza del fago.

Holabird argumentó que Martin debía de estar equivocado. Si él deseaba que el Instituto McGurk (y el director del Instituto McGurk) se apuntasen el éxito de acabar con la gripe, entonces sencillamente no era posible que Rockefeller se les hubiese adelantado. Dijo también cosas graves y críticas sobre el fago. Su naturaleza esencial, señaló, era una cuestión académica.

Pero Martin dominaba por entonces la dialéctica científica mucho mejor que Holabird, que cedió y se retiró a su cubil (o eso creyó lúgubrementemente Martin) a idear nuevas formas de fastidiarle. Durante un tiempo Martin gozó de libertad para revolcarse en su trabajo.

Dio con un medio de reproducir fago sobre bacterias muertas mediante un uso muy complicado y muy delicado de tensión parcial de dióxido de carbono/oxígeno, tan exquisito como el tallado de camafeos, tan inverosímil como pesar las estrellas. Su informe agitó el mundo de los laboratorios y aquí y allá (en Tokio, en Ámsterdam, en Winnemac) hubo entusiastas que creyeron que había demostrado que el fago era un organismo vivo; y otros entusiastas decían, en lenguaje esotérico, con fórmulas matemáticas, que era un mentiroso y un necio de siete suelas.

Fue por entonces, cuando podría haberse convertido en un Gran Hombre, cuando descuidó su propio trabajo y algunos de los deberes que le imponía el ser el marido de Joyce para seguir a Terry Wickett, lo que demostraba que carecía de sentido común, porque Terry era aún un ayudante mientras que él era jefe de un departamento.

Terry había descubierto que ciertos derivados de la quinina, cuando se introducían en el cuerpo de un animal, se descomponían lentamente en productos que eran altamente tóxicos para las bacterias, pero solo medianamente tóxicos para el organismo del animal.

Parecía adivinarse aquí todo un nuevo mundo de posibilidades terapéuticas. Terry se lo explicó a Martin, y le invitó a colaborar. Entusiasmado por las grandes cosas que conseguían, dejó de lado a Holabird (y a Joyce) y aunque era invierno se fueron a El Descanso de los Pájaros, a las montañas de Vermont. Mientras hacían excursiones por la nieve provistos de raquetas en los pies y mataban conejos, y durante todos los largos atardeceres en que estaban tumbados boca abajo delante del fuego, discursaban y planeaban.

Martin no había estado tanto tiempo envuelto en seda como para que no pudiese disfrutar engullendo carne de cerdo salada después del viento del Noroeste y de la nieve. No era desagradable verse libre de la tarea de idear nuevos cumplidos para Joyce.

Se daba cuenta de que tenían que responder a una pregunta interesante: «¿Actuaban los derivados de la quinina uniéndose a las bacterias o cambiando los fluidos corporales?». Era una cuestión simple, clara, definida, que solo exigía para poder responderla un conocimiento más profundo de la química y la biología, unos cuantos centenares de animales con los que experimentar y tal vez diez o veinte o un millón de años de pruebas y fracasos.

Decidieron trabajar con el neumococo, y con el animal que con mayor similitud reproducía la neumonía humana. Esto significaba el mono, y asesinar monos es caro y bastante lúgubre. Holabird, como director, podía proporcionárselos, pero si le ponían al tanto del asunto exigiría resultados inmediatos.

—¿Te acuerdas, Slim —caviló Terry— que hubo uno de esos ganadores del Premio Nobel, uno de esos fanáticos absolutos que en vez de ventilarse el dinero del premio se lo gastó todo en chimpancés y en otros simios, y se juntó con otro de aquellos pajarracos bigotudos y se escondieron bien para que no les persiguieran los enemigos de la vivisección y aclararon el problema de la transmisión de la sífilis a los animales inferiores? Pero nosotros no tenemos ningún Premio Nobel, desgraciadamente, y no me parece que...

—¡Terry, yo lo haré, si es necesario! Nunca me he aprovechado del dinero de Joyce, pero ahora lo haré, si la Gallina Sagrada nos corta el suministro.

## II

Se enfrentaron a Holabird en su despacho, hosca y bastante infantilmente, y solicitaron el gasto de por lo menos diez mil dólares en monos. Querían poner en marcha una investigación que podría llevar dos años sin resultados visibles... tal vez sin ningún resultado. Terry tenía que ser trasladado al departamento de Martin como codirector y sus sueldos sumados compartirse por igual.



Luego se prepararon para luchar.

Holabird les miró fijamente, reorganizó su bigote, se distanció de su actitud de Director Diligente y dijo:

—Esperen un momento, si no les importa. Tal como yo lo entiendo, me explican que a veces es necesario tomarse cierto tiempo para preparar un experimento. ¡La verdad es que debo decirles que yo fui en tiempos un investigador de un instituto llamado McGurk y aprendí varias de esas cosas por mi cuenta! ¡Demonios, Terry, y usted, Mart, no sean tan egoístas! ¡No son los únicos científicos a los que les gusta trabajar sin que les molesten! ¡Si ustedes, pobrecillos, supiesen cómo anhelo yo dejar todo este asunto de firmar cartas y poner de nuevo los dedos sobre el tambor de un quimógrafo! ¡Aquellas largas y bellas horas investigando la verdad! ¡Y si ustedes supiesen cómo he luchado con los directores del Consejo para conseguir mantenerles a ustedes libres, amigos míos! Muy bien. Tendrán los monos. Arreglen a su conveniencia lo del departamento conjunto. Y empiecen a trabajar como mejor les parezca. ¡Dudo de que haya dos personas en todo el mundo científico en las que se pueda confiar tanto como en ustedes dos, pájaros insaciables!

Holabird se levantó, recto y guapo y cordial, la mano extendida. Ellos la estrecharon bovinamente y salieron cabizbajos de allí, Terry murmurando: «¡Me ha estropeado todo el día! ¡No ha dicho nada que pudiera discutirle! Slim, ¿dónde está la trampa? Puedes apostar que hay una... ¡siempre la hay!».

La trampa no apareció en todo un año de trabajo divino. Tuvieron sus monos, sus laboratorios y sus garçons y su solaz ininterrumpido; iniciaron el trabajo más emocionante que habían abordado en toda su vida, y decididamente el más exasperante. Los monos son animales irracionales; les encanta desarrollar la tuberculosis sin absolutamente ninguna provocación; en cautividad se vuelven aficionados a las epidemias; y montan escenas maldiciendo a sus amos en siete dialectos.

—Son tan brillantes y prometedores —decía Terry suspirando—, que me dan ganas de dejarles en paz y retirarme a El Descanso de los Pájaros a cultivar patatas. ¿Tú crees que tiene sentido asesinar a estos animales llenos de vida para salvar de la neumonía a unos seres humanos mofletudos y barrigudos?

Su primera tarea fue determinar con exactitud la dosis tolerada del derivado de la quinina, y estudiar sus efectos sobre la audición y la visión y sobre los riñones, a partir de interminables análisis del contenido de azúcar y de urea en la sangre. Mientras Martin ponía las inyecciones y observaba el efecto sobre los monos y se perdía en la química, Terry trabajaba (toda la noche, todo el día siguiente, luego un trago y un sueñecito de cualquier manera y toda la noche de nuevo) en novedosos métodos para sintetizar el derivado de la quinina.

Este período fue el más difícil de la vida de Martin. Trabajar tambaleándose de sueño toda la noche, dormir en una mesa desnuda al amanecer y desayunar en la barra grasienta de un puesto de la calle eran cosas naturales y divertidas, pero explicarle a Joyce

por qué se había olvidado de su cena con una dama escultora y un abogado cuyo abuelo había sido un general confederado, eso era imposible. Se ganó una breve tolerancia explicando que había sentido grandes deseos de darle el beso de buenas noches, que agradecía el cestito de emparedados que le había enviado, y que estaba a punto de librar de la neumonía a la especie humana, una afirmación de la que saludablemente él mismo dudaba.

Pero después de que se saltó cuatro cenas seguidas; después de que ella le gritase furiosa: «¿Puedes imaginarte lo horroroso que fue para la señora Thorn que faltase un hombre en el último minuto?», después de que ella le hubiese dicho quejosa: «No me importó tanto tu falta de consideración las otras noches, pero esta, en que yo no tenía nada que hacer y estaba en casa sola y te esperaba»... entonces empezó a sentirse angustiado.

Martin y Terry empezaron a producir neumonía en sus monos y a tratarlos, y tuvieron éxito, lo que les hizo salir a bailar solemnemente al pasillo. Eran capaces de salvar invariablemente de la neumonía a los monos cuando la infección había durado solo un día, y a la mayoría de ellos en el segundo día y el tercero.

Complicó sus resultados el hecho de que un cierto número de monos se recuperaran solos, y reseñaron esto con cifras de aspecto simple pero que costaron días de rigidez y dolor de hombros en la mesa ante los papeles... un hombre desmelenado y sin cuello sentado, mientras el otro paseaba entre hediondas jaulas de monos, chistándoles, llamándoles Bess y Rover y mascullando plácidamente: «¡Oh, me morderías, ¿verdad que sí?, querida!». Y todo el tiempo, amables pero implacables como los dioses, inyectándoles la mortífera neumonía.

Entraron así en una altiplanicie poblada de fallos. Estudiaron en el tubo de ensayo la descomposición de los productos de neumococos... y fracasaron. Elaboraron fluidos corporales artificiales (cuidadosa, laboriosa, inadecuadamente), comprobaron los efectos del derivado en gérmenes de esa sangre artificial... y fracasaron.

Luego Holabird se enteró de su éxito previo, y cayó sobre ellos con laureles y furia.

«Tenía entendido», dijo, «que habían encontrado una cura para la neumonía». ¡Magnífico! El instituto podría atribuirse el mérito de curar aquella enfermedad indeseable y Terry y Martin publicarían enseguida sus hallazgos amablemente (mencionando a McGurk).

—¡No lo haremos! ¡Oiga, Holabird! —replicó Terry— ¡Yo creí que iba a dejarnos en paz!

—¡Lo he hecho! ¡Casi un año! Hasta que completasen ustedes la investigación. Y la han completado ya. Es hora de que dejen que el mundo sepa lo que están haciendo.

—¡Si lo hiciese, el mundo no sabría más de lo que yo sé! No hay nada que hacer, jefe. Quizás podamos publicar de aquí a un año.

—Publicarán ahora algo...

—Está bien, Gallina. El bendito momento ha llegado. ¡Me voy! ¡Y soy tan educado que lo hago sin decirle lo que pienso de usted!

Así fue como Terry Wickett abandonó McGurk. Patentó el proceso de sintetización del derivado de la quinina y se retiró a El Descanso de los Pájaros, a construir un laboratorio con sus pequeños ahorros y a iniciar una vida de investigación independiente manteniéndose con una venta limitada de sueros y de su medicina.

Para Terry, sin esposa y sin criados, esto fue bastante fácil, pero para Martin no era sencillo.

### *III*

Martin asumió que dimitiría. Se lo explicó a Joyce. Cómo iba a compaginar una casa en la ciudad y un castillo en Greenwich con la colaboración con Terry en camisa de franela en El Descanso de los Pájaros era algo que no se había planteado aún del todo, pero no iba a ser desleal.

—¡Es increíble! ¡La Gallina Sagrada echa a Terry pero no se atreve a tocarme! Esperé solo porque quería ver a Holabird imaginarse qué haría yo. Y ahora...

Estaba explicándoselo a ella en el coche (el de ella), camino de casa de regreso de una cena en la que él había estado tan alegre y tan encantador con una importante viuda que Joyce había pensado: «¡Qué idiota fue Latham Ireland al decir que no podía llegar a ser una persona refinada!».

—¡Soy libre, demonios, por fin soy libre, porque he preparado el terreno para algo por lo que merece la pena ser libre! —dijo Martin lleno de entusiasmo.

Ella posó su mano delicada en la de él y le rogó:

—¡Espera! Necesito pensar. ¡Por favor! Cállate un momento.

Luego dijo:

—Mart, si fueses a trabajar con el señor Wickett, tendrías que estar dejándome sola constantemente.

—Bueno...

—La verdad es que no creo que estuviese nada bien... y especialmente ahora, porque creo que voy a tener un bebé.

Él emitió un sonido de sorpresa.

—Oh, no voy a hacerme la madre llorona. Y no sé si estoy contenta o furiosa, aunque creo que me gustaría tener un bebé. Pero es algo que complica las cosas, ¿sabes? Y personalmente, lamentaría mucho que dejases el instituto, que te proporciona una posición sólida, para llevar una vida furtiva. Querido, he sido bastante buena contigo, ¿no? ¡Me gustas realmente, sabes! No quiero que me abandones, y lo harías si te fueses a ese sitio horrible de Vermont.

—¿No podríamos buscar una casita cerca y pasar allí parte del año?

—Posiblemente. Pero debemos esperar hasta que concluya este trabajo brutal de tener un Chiquitín, podemos pensarlo luego.

Martin no abandonó el instituto y Joyce no pensó en lo de buscar una casa cerca de El Descanso de los Pájaros hasta el punto de llegar a hacerlo.

## CAPÍTULO 39

Al marcharse Terry Wickett, Martin volvió al fago. Efectuó un falso comienzo e hizo el peor trabajo de su vida. Había perdido su fiera serenidad. Le afectaba demasiado la dura experiencia de una vida social profesional, y nunca podía llegar a entender del todo aquel fenómeno esotérico de la cena social, de la penosa tarea de entretener a gente que ni le agrada a uno ni le parece interesante.

Mientras había contado con un refugio, el de poder hablar con Terry, no le habían irritado en exceso las nulidades bien vestidas, y durante un tiempo había disfrutado con el juego teatral de conseguir que la Gente Bien le aceptara. Ahora la razón le asediaba.

Cliff Clawson le mostró hasta qué punto se había enredado su vida.

Martin, cuando había llegado por primera vez a Nueva York, había buscado a Cliff, cuya bulliciosa animación había sido su consuelo entre los Angus Duers y los Irving Watters de la Facultad de Medicina. No hubo manera de encontrarle, ni en la agencia de automóviles para la que había trabajado en tiempos ni en ningún otro lugar de Automobile Row.<sup>[20]</sup> Martin llevaba catorce años sin verle.

Luego le llevaron a su laboratorio de McGurk una tarjeta negra y roja:

### *CLIFFORD CLAWS*

*(Cliff)*

### *INVERSIONES PETROLERAS GARANTIZADAS*

*DE PRIMERA*

*Higham Block*

## *Butte*

—¡Cliff! ¡El bueno de Cliff! ¡El mejor amigo que haya tenido nunca un hombre! ¡Aquella vez que me prestó dinero para ir a ver a Leora! ¡El bueno de Cliff! ¡Jolines, necesito a alguien como él, estando como estoy sin Terry y rodeado de tanta gente fina! —dijo Martin entusiasmado.

Salió a toda prisa de su despacho pero se detuvo bruscamente al ver a un hombre que estaba diciéndole, bastante alto, a la chica de recepción:

—¡Caramba, hermanita, vosotros los pájaros científicos sí que os lo montáis bien! Nunca me he tropezado con una cosa tan rumbosa como esto que tenéis aquí, salvo en las malditas oficinas de las empresas inversoras... y no había visto nunca en ningún sitio una muñequita tan linda como tú. ¿Qué te parece si salimos a cenar una de estas bonitas noches? Espero hablar contigo bastante a menudo ahora... soy un gran amigo del doctor Arrowsmith. De hecho, también yo soy médico... en serio... un auténtico sierrahuesos... fui a la Facultad de Medicina y todo. ¡Ah! ¡*Aquí* está el muchacho!

Martin no había previsto los cambios de catorce años. Estaba impresionado.

Cliff Clawson, a los cuarenta, estaba gordo. Tenía la cara sudorosa y fofa, la carne pálida; la voz era áspera; vestía una chaqueta deportiva a cuadros con cinturilla atrás, tensa en los hombros hinchados y en las voluminosas caderas.

Gritó, mientras aporreaba la espalda de Martin:

—¡Bien, bien, bien, bien, bien, bien! ¡El amigo Mart! ¡Ay, maldito desgraciado, sinvergüenza! ¡Ay, maldito desgraciado, sinvergüenza! ¡Ay, condenado ladrón de gallinas! ¡Te aseguro pedazo de alfeñique, que no estás ni un día más viejo que cuando te vi por última vez en Zenith!

Martin se daba cuenta de la burlona mirada de reojo de la, en tiempos, humilde recepcionista.

—Bueno, demonios, vaya, qué alegría volver a verte —y se apresuró a conducir a Cliff a la intimidad de su despacho.

—Tienes muy buen aspecto —mintió, cuando estuvieron en un lugar seguro—. ¿Qué ha sido de tu vida? Leora y yo hicimos todo lo posible por localizarte, cuando vinimos a Nueva York. Bueno... ¿estás enterado de, de lo de ella?

—Si, leí lo de su fallecimiento. Qué mala suerte. Y lo de tu magnífico trabajo en las Antillas... ¿en qué sitio fue? Supongo que ahora eres un gran hombre... famoso perseguidor de la peste y todo ese asunto, y un científico de fama mundial. No creo que te acuerdes ya de los viejos amigos.

—¡Oh, no seas tonto! Es... es... es estupendo volver a verte.

—Bueno, me alegro de saber que no has contraído la *capitus enlarginatus*, Mart. Jolines, me dije, si entro allí, me dije, y el amigo Mart me mira por encima del hombro, le diré a la cara las cosas como son, para que se entere, después de todos los cumplidos que le están dedicando las damas de la alta sociedad. Me alegro de que sigas teniendo la cabeza en su sitio. Pensé en escribirte desde Butte... estuve allí vendiendo unas acciones petroleras que no valían nada y tuve que salir pitando para ahorrarles a los inspectores el problema de examinar mis libros. «Bueno», pensé, «me sentaré y le escribiré a ese bribón condenado y le haré sentirse bien explicándole cuánto me alegra que haya hecho ese trabajo tan estupendo». Pero ya sabes cómo son las cosas... el tiempo vuela sin que te des cuenta... ¡Pero bueno, esto es *excellentus*! Tendremos la oportunidad de vernos mucho ahora. Estoy metido en un asunto de inversión con un tipo aquí, en Nueva York. ¡Un asunto de mucho dinero, amigo mío! Te sacaré y te enseñaré a pedir una buena comida uno de estos días. Bueno, cuéntame lo que has estado haciendo desde que volviste de las Antillas. Supongo que trazando planes para conseguir llegar a ser el jefe o el presidente o como le llamen al asunto en este famoso instituto.

—No... yo, ejem, bueno, no tendría ningún interés en ser director. Prefiero trabajar en mi laboratorio. Yo... Tal vez te gustaría que te hablase de mi trabajo con el fago.

Alegrándose al descubrir algo de lo que podía hablar, Martin trazó un esbozo de sus experimentos.

Cliff se dio una palmada en la frente con una mano gorda y gritó:

—¡Espera! Verás, tengo una idea... y tú entras perfectamente en ella. Tal como yo veo las cosas, el querido y buen Público General está empezando a oír hablar de ese bac... ¿cómo se llama?... bacteriófago, ¿no? ¡Escucha lo que te digo! ¿Te acuerdas de aquel viejo sinvergüenza de Benoni Carr, que yo presenté como un gran farmacólogo en aquel banquete de la facultad? Pues resulta que anoche cené con él. Está dirigiendo un sanatorio en Long Island... una buena idea, también... es prácticamente un contrabandista de licor; recibe a un montón de gente que gasta dinero a lo grande allí y les da todo el material que quieren, ¡con receta, absolutamente legal y seguro! ¡Menudas fiestas montan allí, con señoras y todo! ¡Créeme, el tío Cliff está muy enfermito con toda clase de males y va al Sanatorio Carr a curarse de todos ellos! Pero verás, mira lo que te digo: suponte que él o alguien, el que sea, se monta un nuevo tipo de curación... llamémosle fagoterapia... bueno, ¡le corresponde al tío Cliff inventar los nombres que atraparán los dólares generosos! Los pacientes se sientan en un cuartito con vapor y toman pastillas hechas con fago, ¡con solo un poquito de estricnina añadido para animar los corazones! ¡Menuda innovación! ¡Hay millones ahí! ¿Qué te parece?

Martin se sentía casi impotente.

—No, lo siento, pero es que yo estoy en contra de eso.

—¿Por qué?

—Bueno, yo... Sinceramente, Cliff, si no entiendes, no sé cómo puedo explicarte cuál es la actitud científica. Quiero decir... así es como Gottlieb solía llamarle... actitud científica. Y como yo soy un científico... al menos tengo la esperanza de serlo... no podría... Bueno, colaborar con algo así...

—Pero, pobre piojo, ¿acaso piensas que yo no entiendo lo que es la actitud científica? ¡Jolines, también yo he estado en una sala de disección! ¡Vamos, cangrejo miserable, por supuesto que no había esperado que tú relacionases tu nombre con una cosa así! Tú te mantendrías en segundo plano y nos pasarías toda la droga, y conseguirías un montón de publicidad para el fago en general de manera que la Buena Gente picaría más fácil, y nosotros haríamos todo el trabajo duro.

—Pero... espero que estés hablando en broma, Cliff. Si no estuvieses hablando en broma, te diría que si alguien intentase montar una cosa así, ¡le denunciaría y conseguiría que le metiesen en la cárcel, fuese quien fuese!

—Bueno, jolines, vale, no te pongas así...

Cliff le miraba por encima de las gordas almohadillas de debajo de los ojos. Parecía dubitativo:

—Supongo que tienes derecho a impedir que otros tipos te birlen un material que es tuyo. Vale, está bien, Mart. Cada uno es cada uno. Pero te diré una cosa que podrías hacer, sin embargo, si no hiere también tu tierna conciencia: podrías invitar al bueno de Cliff a tu casa a cenar, para que conociera a la nueva mujercita sobre la que he leído en los ecos de sociedad de las revistas. ¡No sé si te acuerdas ya, viejo pirata, que hubo tiempos en que te alegrabas mucho de que el pobre y gordo y viejo Cliff te proporcionase algo de comer y un sitio para dormir!

—Oh, sí, claro. ¡Por supuesto! Nadie ha sido nunca más decente que tú conmigo; nadie. Mira. ¿Dónde vives? Le preguntaré a mi mujer qué compromisos tenemos y te telefoneo mañana por la mañana.

—Así que dejas que la señora se ocupe del programa de trabajo por ti, ¿eh? Bueno, yo nunca me meto en los asuntos de nadie. Estoy en el Hotel Berrington, habitación 617... recuerda eso, 617... y mira a ver si puedes telefonarme mañana antes de las diez. Oye, menudo bombón ese que tenéis ahí a la puerta. ¿Qué te parece? ¿Qué posibilidades tiene el tío Cliff de sacarla a comer y de ligar con ella?

Martin, tan mojigato como el científico más viejo y más serio del instituto, alegó



rápidamente: «Oh, es de muy buena familia. No creo que debas intentarlo. De veras, preferiría que no lo hicieras».

La mirada que le lanzó Cliff era penetrante, pese a toda su gordura.

Con una cordialidad excesiva, con un aplauso excesivo cuando Cliff comentó: «Será mejor que vuelvas a trabajar y pongas un poco de sal en el rabo a unas cuantas bacterias», Martin le guio hasta la sala de recepción, pasando sin problema delante de la recepcionista, y hasta el ascensor.

Luego estuvo sentado en su oficina largo rato absolutamente descorazonado.

Se había imaginado durante años a Cliff Clawson como otro Terry Wickett. Veía que Cliff era tan diferente de Terry como de Rippleton Holabird. Terry era hosco, era agrio, era coloquial, despreciaba muchas cosas estupendas y simpáticas, ofendía a mucha gente estupenda y simpática, pero esas asperezas constituían el cilicio con el que defendía su consagración a una tarea tan sagrada como jamás había conocido ningún monje encapuchado. Pero Cliff...

—¡Haría un servicio al mundo matando a ese hombre! —se decía Martin, preocupado—. ¡Fagoterapia en un sanatorio falso! Le soporto solo porque soy demasiado cobarde para arriesgarme a que vaya diciendo por ahí que «ahora que he triunfado, les doy la espalda a los viejos amigos». (¡Triunfar! ¡Menuda chapuza de trabajo! ¡Cenas! ¡Hablar con mujeres estúpidas! ¡Enfadarse porque no te han invitado a la cena del embajador portugués!) No. Llamaré por teléfono a Cliff y le diré que no podemos invitarle a casa.

Luego recordó la lealtad de Cliff en los viejos tiempos difíciles, y con qué alegría había compartido con él todas sus patéticas ganancias.

—En fin, ¿por qué *debería* entender él lo que siento por el fago? ¿Acaso su plan es peor que el de muchas empresas farmacéuticas respetables? ¿Hasta qué punto me ofendí yo de una forma hipócrita, y hasta qué punto me ofendí porque no reconoció la elevada posición social del rico doctor Arrowsmith?

Dejó a un lado el asunto, volvió a casa, explicó casi francamente a Joyce qué opinión era probable que se formase sobre Cliff, y propuso que se le invitase a cenar solo con ellos dos.

—Mi querido Mart —dijo Joyce—, ¿por qué me insultas insinuando que soy tan pretenciosa que me ofendería por su jerga grosera y por una ética mercantil muy parecida a la del abuelo de mi querido Roger? ¿Piensas que nunca he salido de los salones? ¡Creía que tú me habías visto fuera de ellos! Es probable que me caiga muy bien ese Clawson tuyo, en realidad.

Al día siguiente de que Martin le hubiese invitado a cenar, Cliff telefoneó a Joyce:

—¿La señora Arrowsmith? Bueno, aquí el amigo Cliff.

—Lo siento pero no le entiendo.

—¡Cliff! ¡El amigo Cliff!

—Lo siento muchísimo pero... quizás sea una mala conexión.

—Vamos a ver, soy el señor *Clawson*, que voy a ir a cenar ahí...

—Oh, por supuesto. Perdóneme.

—Bueno, vamos a ver, lo que quiero saber es lo siguiente: ¿va a ser simplemente zampar el pan casero o toda una *soiree*? En otras palabras, bonita, ¿me visto natural o me pongo el traje de pingüino? Porque lo tengo, ¿sabes?... ¡con rabo de golondrina y todo el equipo!

—Yo... quiere decir... Oh. ¿Que si se ha de vestir para la cena? Yo tal vez lo haría.

—¡Vale! Ahí estaré, engalanado como un bar el día de la inauguración. Les mostraré a todos la mejor hilera de botones enjoyados que hayan visto en su vida. Bueno, será un gran placer conocer a la señora de Mart, a lo mejor llegamos a cantar incluso lo de «Hasta que volvamos a vernos» o «Au Reservoir».

Cuando Martin llegó a casa, Joyce le recibió con:

—¡Querido, no me siento capaz! Ese hombre debe de estar loco. De veras, querido, hazte cargo tú de él y déjame irme a la cama. Además: vosotros dos no vais a querer que esté yo allí, querréis hablar de los viejos tiempos y lo único que haré yo será estorbar. Y faltando como faltan solo dos meses para que llegue el bebé, yo debería acostarme temprano.

—Oh, Joy, Cliff se ofenderá muchísimo, y ha sido siempre tan decente conmigo y... Y tú me has preguntado muchas veces sobre mis primeros tiempos. ¿No *quieres* —quejumbrosamente— oír hablar de ellos?

—Está bien, querido. Intentaré ser un rayito de sol para él, pero te advierto que no voy a tener demasiado éxito.

Acabaron convenciéndose de que Cliff sería escandaloso, bebería demasiado y le daría palmadas en la espalda a Joyce. Pero cuando apareció para cenar se mostró desconcertantemente educado y florido... hasta que se puso un poquito borracho. Cuando Martin dijo «maldita sea», le reprendió con: «Yo por supuesto soy solo un palurdo, pero no creo que a una dama como aquí la princesa le guste que digas esas cosas».

Y: «Bueno, nunca me imaginé que un provinciano como el joven Mart se casase con

el verdadero artículo de lujo».

Y: «¡Bueno, no debió de costar poco amueblar este salón, verdad, seguro que no!».

Y: «¿Champán, eh? Bueno, desde luego estáis haciendo sentirse orgulloso al pobre amigo Cliff. Majestad, dígame a su mayordomo que le diga al lacayo que le diga a mi secretaria la dirección de su proveedor de material de contrabando, ¿lo hará, por favor?».

Animado por la bebida, aunque seguía manteniendo rigurosamente su vocabulario elegante y moral, Cliff explicó su pequeña trastada de vender pozos de petróleo desprovistos de él y de escapar antes de que apareciesen los representantes de la ley; habló de la astuta maniobra de incorporarse a iglesias con el propósito de vender acciones a sus miembros; y de la experiencia edificante de ayudar al doctor Benoni Carr a captar a una viuda rica y senil para su sanatorio, prometiendo proporcionar consulta médica procedente del mundo de los espíritus.

Joyce estaba callada todo el rato, y se mostraba tan soberbiamente correcta como para hacer sentirse mal a cualquiera.

Martin se esforzaba por establecer una relación entre ellos, y no era capaz de hacer ningún comentario elevado sobre lo extraño que era que un hombre se ufanasen de sus propias ruindades, pero sintió una cólera fría cuando Cliff masculló:

—Dijiste que al viejo Gottlieb no le sonreía ya la suerte.

—Sí, no está muy bien.

—Pobre tipo. Pero supongo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de lo tonto que eras cuando pensabas que no había nadie como él en este mundo. Sinceramente, lady Arrowsmith, este muchacho se creía que Papá Gottlieb era la caraba en bicicleta... y le pido perdón por usar una expresión tan vulgar.

—¿Qué quieres decir? —dijo Martin.

—¡Oh, yo a Gottlieb le tengo muy calado! Por supuesto tú sabes tan bien como yo que era muy amigo de hacerse publicidad, de presumir de que todo el universo mundo estaba al tanto del científico riguroso que era, y no paraba de darse aires y de soltar aquellos chistes de listillo sobre filosofía y sobre los médicos normales, que según él eran unos tipos feroces. Pero hay una cosa que aún es peor que eso... estando en San Diego me tropecé con un tipo que había sido instructor de Botánica en Winnemac, y ese tipo me contó que Gottlieb, con todo aquel asunto suyo del anticuerpo, nunca reconoció el mérito de un tipo... bueno, un ruso que fue el que hizo la mayor parte de ese trabajo y al que Papá Gottlieb le robó todo el material.

El que en aquella acusación contra Gottlieb hubiese una pizca de verdad, el que supiese que el gran dios había sido a veces poco generoso, no hizo más que aumentar la

cólera que mantenía el puño de Martin apretado sobre el regazo.

Tres años antes, no habría podido contenerse, pero era ya una persona adaptable. Había asimilado el adiestramiento a que le había sometido Joyce para que fuese desagradable de una forma tranquila en vez de ruidosa; y su único comentario fue: «No, Cliff, creo que estás equivocado. Gottlieb ha llevado la investigación del anticuerpo mucho más allá que todos los demás».

Antes de que hubiesen servido en el salón el café y los licores, Joyce rogó, con sus modales más encantadores: «Señor Clawson, ¿le importaría a usted mucho que yo me fuese a la cama? Me alegra muchísimo haber tenido la oportunidad de conocer a uno de los amigos más antiguos de mi marido, pero no me encuentro muy bien y creo que sería mejor descansar un poco».

—Madame la Princesa, ya he notado que miraba usted de reojo.

—¡Oh! En fin... ¡Buenas noches!

Martin y Cliff se acomodaron en grandes sillones en el salón e intentaron interpretar el papel de viejos amigos felices por haberse encontrado de nuevo. No se miraban.

Después de que Cliff hubo maldecido un poco y contado tres consistentes chistes verdes, para demostrar que no se había echado a perder y que se había mostrado fino y elegante solo para complacer a Joyce, masculló:

—¡Uf! Así que así son las cosas, como suele decirse. En fin, ya vi que tú señora no conectaba conmigo. Estaba tan cordial como un iceberg. Pero qué demonios, no me importa. Va a tener un crío y por supuesto las mujeres, todas ellas, se vuelven un poco locas cuando les pasa eso. Pero...

Eructó, puso cara de listo y trasegó su quinto coñac.

—Pero lo que yo nunca podría imaginarme... no te preocupes, no voy a criticar a la señora. Es tan buena como las mejores que hacen. ¡Pero lo que no puedo entender es cómo después de vivir con Leora, que era como tiene que ser, puedes aguantar a una culilinda como esta Joyce!

Entonces Martin estalló.

La pesadumbre de no ser capaz de trabajar, aquellos meses desde que Terry se había ido, le había corroído.

—Escucha una cosa, Cliff. No voy a aceptar que critiques a mi esposa. Si no te gusta, lo siento mucho, pero me temo que en este asunto concreto...

Cliff se había levantado, sin demasiada seguridad, aunque había firmeza en su voz y

en la mirada.

—Está bien. Ya me figuraba que me mirarías por encima del hombro. Por supuesto, yo no tengo una mujer rica que me dé dinero. Soy solo un pobre vagabundo. No pertenezco a un sitio como este. No soy tan fino como para poder hacer de mayordomo. Tú sí. Muy bien. Te deseo suerte. ¡Y por lo demás, puedes irte derecho al infierno, mi joven amigo!

Martin no le siguió hasta el vestíbulo.

Cuando se quedó solo allí sentado masculló: «¡Asunto concluido, gracias al cielo!».

Se dijo que Cliff era un truhán, un idiota y un gordo manirroto; se dijo que Cliff era un cínico que no sabía nada, un borracho sin atractivo, y un filántropo que era generoso solo porque alimentaba así su vanidad. Pero esas verdades admirables no impidieron que el asunto siguiese doliéndole, lo mismo que la extracción del apéndice no le habría resultado menos dolorosa por el hecho de que le hubiesen dicho que se trataba de un apéndice malo, un apéndice sin delicadeza y sin valor.

Él había querido a Cliff... le quería aún y siempre le querría. Pero no volvería a verle más. ¡Nunca!

¡Qué impertinencia la de aquel tunante fofo! ¡Burlarse de Gottlieb! ¡Qué grosería! La vida era demasiado corta para...

—Pero bueno... sí, Cliff es un grosero, pero yo también lo soy. Es un tramposo, pero ¿no fui un tramposo yo al falsear mis cifras de la peste en St. Hubert... y un tramposo aún peor porque recibí alabanzas por ello?

Subió hasta el dormitorio de Joyce. Estaba echada en su inmensa cama de cuatro columnas, leyendo *Peter Whiffle*.<sup>[21]</sup>

—¡Fue todo bastante horroroso, ¿verdad querido?! —le dijo—. ¿Se ha ido ya?

—Sí... ya se ha ido... He echado al mejor amigo que he tenido... le he echado prácticamente. Dejé que se marchara, le dejé marchar pensando que era un farsante y un fracasado. Habría sido más honrado haberle matado. ¡Oh, por qué no podrías haber sido alegre y natural con él! ¡Fuiste tan terriblemente educada! Se sentía incómodo y encorsetado, y se mostró peor de lo que es en realidad. No es más brutal que... es muchísimo mejor que los financieros que encubren su verdadero carácter con una capa de suavidad... ¡Pobre diablo! Apuesto a que debe de estar ahora pateando la calle bajo la lluvia y diciendo: «El único hombre al que he querido en toda mi vida y por el que he intentado hacer cosas se ha vuelto contra mí, ahora él... ahora él tiene una mujer encantadora. ¿De qué vale ser siempre honrado?». Eso debe de estar diciendo... ¿Por qué no podrías haber sido sencilla y natural y guardarte por una vez tus modales elegantes?

—¡Escucha una cosa! Te desagradaba a ti tanto como a mí, y no voy a tolerar que

me eches la culpa! Tú te has elevado por encima de él. Tú que siempre estás hablando de la importancia de los Hechos... ¿no puedes afrontar ese hecho? No es culpa mía, por una vez al menos. Puede que recuerdes, mi rey de los hombres, que tuve el buen sentido de proponer que no debería estar presente esta noche; que no tenía por qué conocerle.

—Oh... bueno... sí... jolines... pero... Bueno, supongo que sí. Bueno, en fin... se acabó, y eso es lo que hay.

—Querido, entiendo cómo te sientes. ¿Pero no es bueno que haya terminado? Dame un beso de buenas noches.

—*Pero* —se dijo Martin, cuando se sentó sintiéndose desnudo y perdido y sin hogar, envuelto en la bata de libélulas doradas sobre seda negra que ella le había comprado en París...pero si hubiese sido Leora en vez de Joyce... Leora se habría dado cuenta de que Cliff era un tunante, y lo habría aceptado como un hecho. (¡Hablar de que tú enfrentas los hechos!) Ella no habría insistido en permanecer allí sentada como un juez. Ella no habría dicho: «Esto es diferente de mí, así que es malo». Ella habría dicho: «Esto es diferente de mí, así que es interesante». Leora...

Tuvo una visión precisa y aterradora de ella, tendida allí sin ataúd, bajo el mantillo de un jardín en Penrith Hills.

Salió de ella para gruñir: «¿Qué fue lo que dijo Cliff? “Tú no eres su marido... tú eres su mayordomo... eres demasiado fino”. ¡Tenía razón! Toda la cuestión es: No se me permite ver a quien yo quiero. He sido tan listo que me he convertido en el esclavo de Joyce y del Sagrado Holabird».

Aunque siempre iba a hacerlo, no volvió a ver nunca a Cliff Clawson.

## II

Sucedió que los abuelos paternos tanto de Joyce como de Martin se habían llamado Joe, así que le pusieron a su hijo John Arrowsmith. Ellos no lo sabían, pero cierto John Arrowsmith, marinero de Bideford, había muerto en el asunto de la Armada Española, llevándose con él a cinco valerosos dones.

Joyce sufrió horriblemente y renovó así todo el amor que Martin sentía por ella (amó lastimeramente a aquella muchacha esbelta e inteligente).

—¡La muerte es un juego mejor que el *bridge*... no tienes ningún compañero que te ayude! —dijo ella, cuando la estiraron grotescamente en un asiento de tortura e indignidad; cuando tenía la cara verde por el dolor, antes de que le administraran el anestésico.

John Arrowsmith tenía la espalda recta y también las extremidades (pesó sus buenos cuatro kilos al nacer) y tenía unos ojos alegres cuando dejó de ser una larva cruda y arrugada y se convirtió en un hombre-niño. Joyce le adoraba y Martin le tenía miedo, porque se daba cuenta de que aquel minúsculo aristócrata, aquel niño nacido para la auto-aprobación de los ricos, le trataría algún día condescendentemente.

Tres meses después de tener el niño, Joyce estaba más activa que nunca usando y desechando servidores y sombreros y *emigrés* rusos.

### III

Joyce tenía un gran respeto a la ciencia pero no entendía nada de ella. Le pedía a menudo a Martin que le explicase su trabajo, pero cuando él empezaba a hacer esquemas con la uña del pulgar sobre el mantel, con una sonrisa resplandeciente, ella le interrumpía con un gracioso: «Querido... perdona... solo un segundo... Plinder, ¿no hay más jerez?».

Cuando volvía a él, aunque le mirara amablemente, había perdido ya el entusiasmo.

Iba a su laboratorio, le pedía que le enseñase los matraces y los tubos de ensayo y le rogaba que la obligase a entender, pero nunca se sentaba allí a observar durante horas en silencio.

De pronto Martin, en su cenagoso y vacilante trajinar en el laboratorio, tocó tierra firme. Se puso a investigar los efectos del fago sobre la mutación de especies bacterianas (muy bellas, muy delicadas) y después de meses de tanteo durante los que había sido un ciudadano honrado, un marido casi bueno, un jugador de *bridge* excelente y un trabajador chapucero, conoció de nuevo la felicidad de la locura tensa y excelsa.

Necesitaba trabajar por las noches, todas las noches. Durante sus tanteos torpes y sin inspiración no había habido nada que le retuviese en el instituto después de las cinco, y Joyce se había acostumbrado a que huyese a su lado. Ahora mostraba una desagradable capacidad para ignorar compromisos, para responder con brusquedad a invitados encantadores que le pedían que explicase todo sobre la ciencia, y hasta para olvidarse de ella y del bebé.

—¡Tengo que trabajar por las noches! —decía—. No puedo tener ya un horario regular y normal cuando estoy atrapado en un experimento importante, lo mismo que tú no podías atenerte a un horario regular y normal y ser cortés cuando estabas gestando al bebé.

—Lo sé pero... Querido, te pones tan nervioso cuando estás trabajando de este modo. Cielo santo, me da igual que ofendas tanto a la gente olvidando las citas... en fin, después de todo, ojalá no lo hicieras, pero sé que eso puede ser inevitable. Aún así, dime,

¿ganas tiempo a la larga poniéndote tan nervioso y tan tenso? Pienso solo en tu salud. ¡Oh, ya lo tengo! ¡Espera! ¡Ya verás qué gran científica soy! No, no te lo explicaré... ¡aún no!

Joyce tenía riqueza y energía. Una semana después, ruborosa, esbelta, alegre, amorosa, le dijo después de cenar: «¡Tengo una sorpresa para ti!».

Le condujo a las habitaciones vacías que había encima del garaje, detrás de la casa. Durante esa semana, utilizando a una veintena de trabajadores de la empresa suministradora de equipo científico más refinada e inmaculada del país, había creado para él el mejor laboratorio bacteriológico que Martin había visto en toda su vida: suelo de mosaico blanco y paredes de ladrillo esmaltado, nevera e incubadora, tubos de ensayo y matraces, tinturas, microscopio, una bañera perfecta de temperatura constante... y un técnico, formado en Lister y Rockefeller, que tenía su dormitorio detrás del laboratorio y que comunicó que estaba dispuesto a servir al doctor Arrowsmith durante el día o durante la noche.

—¡Ya está! —gorjeó Joyce—. Ahora, cuando no tengas más remedio que trabajar de noche, no tendrás que bajar hasta Liberty Street. Puedes duplicar tus cultivos o como les llames. Si te aburres en la cena... ¡perfecto! Puedes venir aquí después y trabajar hasta todo lo tarde que quieras. ¿Estás... estás de acuerdo, querido? ¿Lo he hecho bien? Me he esforzado todo lo posible... contraté a la mejor gente que pude...

Martin, mientras la besaba, cavilaba: «¡Haber hecho esto por mí! ¡Y ser tan humilde!... ¡Y ahora, maldita sea, *nunca* podré escaparme y estar solo y aislado!».

Joyce le pidió tan alegremente que le indicase algún defecto que, para otorgarle el novedoso placer de ser humilde, comentó que la centrifugadora era inadecuada.

—¡Espera, amigo mío! —gorjeó ella.

Dos noches después, a su regreso de la ópera, le condujo a los garajes de suelo de cemento que estaban debajo de su nuevo laboratorio y en un rincón, lista para instalarse, había una centrifugadora de segunda mano pero adecuada, de lo más adecuada, la obra maestra de la gran empresa Berkeley-Saunders... de hecho ni más ni menos que Gladys, cuya expulsión de McGurk por sus sucias maneras había movido a Martin y a Terry a salir a emborracharse magnánimamente.

Fue menos fácil para él esta vez estar agradecido, pero se esforzó por conseguirlo.

#### IV

Tanto en el sector literario-económico como el sector Rolls Royce de las amistades de Joyce corrió el rumor de que había una nueva diversión en un mundo agotado... acudir



al laboratorio de Martin y verle trabajar, siempre muy silenciosos y reverentes, salvo quizás cuando Joyce murmuraba: «¡No es adorable cómo enseña a sus queridas bacterias a decir “Polly bonita”!».

O cuando Latham Ireland les hacía estremecerse explicando que los científicos no tenían sentido del humor, o Sammy de Lembre hacía un comentario en su maravilloso remedo de *jazz*:

*Zeñó Bacilily, no me zonría, eh*  
*porque ez un microbio, y vamo¿ por usté.*  
*El zeñó doctó Arrowsmith le va a atrapar,*  
*y en la cárcel le va a encerrar,*  
*a que cante allí en su zelda*  
*el blues de la Bazteria.*

El primo de Joyce de Georgia burbujeó: «Mart está tan majo con todos esos jarroncitos suyos... ¡Pero por qué será que se pone tan loco cuando le dices que el problema que él tiene es que no va lo suficientemente a menudo a la iglesia!».

Mientras, Martin intentaba concentrarse.

Acudían en rebaño desde la casa a su laboratorio solo una vez por semana, lo que no era ciertamente suficiente para perturbar a un hombre resuelto... solo suficiente para mantenerle constantemente esperando por ellos.

Cuando intentó serenamente explicarle a Joyce estas cosas, ella dijo: «¿Te molestamos esta noche? Pero te admiran tanto...».

Él comentó: «Está bien», y se fue a la cama.

## V

R. A. Hopburn, el eminente abogado de patentes, comentó malhumorado a su esposa

cuando salían en coche de la mansión Arrowsmith-Lanyon:

—No importa que un anfitrión te dé con la puerta en las narices, si cree que eres un zoquete, pero sí importa que ponga cara de aburrido cuando osas exponer una opinión cualquiera... ¡No te parece un imbécil, fuera de su estúpido laboratorio!... ¿Cómo demonios crees que pudo Joyce llegar a casarse con él?

—No puedo imaginarlo.

—A mí solo se me ocurre una razón. Por supuesto ella podría...

—¡No, por favor, no seas sucio!

—Bueno, de todos modos... ella que podría haber escogido entre un montón de tipos bien educados, agradables, inteligentes... y *quiero decir* inteligentes, porque ese Arrowsmith puede saber mucho sobre gérmenes, pero no distingue una sinfonía de un platito de rábanos picantes... no creo que yo sea demasiado quisquilloso, pero la verdad es que no entiendo por qué deberíamos ir a una casa cuyo dueño parece disfrutar claramente contradiciéndote... Pobre diablo, la verdad es que lo siento por él; es posible que ni siquiera se dé cuenta de cuándo está siendo grosero.

—No. Quizás. Lo que duele es pensar en el bueno de Roger... tan alegre, tan fuerte, un verdadero *calavera*...<sup>[22]</sup> y tener que aguantar que un extraño, un palurdo sin educación se siente en su sillón, sin ser capaz siquiera de apreciar su cuadro de Pol Roger... ¡Qué habrá visto Joyce en él! Aunque tiene los ojos bonitos y unas manos curiosas y fuertes...

## VI

La actividad constante de Joyce le sacaba de quicio. Era difícil saber por qué estaba tan ocupada; tenía un ama de llaves excelente, un noble mayordomo y dos niñeras para el bebé. Pero decía a menudo que no le estaba permitida nunca su única ambición: sentarse y leer.

Terry la había llamado en tiempos La Arreglista, y aunque a Martin no le había gustado, cuando oía sonar el teléfono gruñía: «Oh, Señor, ahí está La Arreglista... quiere que vaya a tomar el té con alguna gallina ilustre».

Cuando intentaba explicar que tenía que estar libre de compromisos, ella sugería: «¿Es que eres un hombrecillo tan débil e indeciso que el único medio que tienes de mantenerte concentrado es escapando y escondiéndote? ¿Te dan miedo los grandes hombres que pueden hacer grandes cosas y al mismo tiempo parar y jugar?».

Él tendía a ponerse ofensivo, particularmente ante la definición que ella hacía de los Grandes Hombres, y cuando él se ponía acalorado y grosero, ella se convertía en la gran dama, de manera que él se sentía como un criado impertinente y se volvía más grosero aún.

Entonces le daba miedo de ella. Se imaginaba huyendo junto a Leora, y los dos, gente pequeña y asustada, consolándose mutuamente y ocultándose de Joyce en rincones acogedores.

Pero Joyce era bastante a menudo su compañera, buscando nuevas diversiones como sorpresas para él, y su hijo era un orgullo que les unía. Él se sentaba a observar al pequeño John, regocijándose de su fuerza.

Fue a principios de invierno, después de que ella hubiese llevado regimiento al bebé al Sur a pasar un par de semanas, cuando Martin hizo una escapada de una semana a ver a Terry en El Descanso de los Pájaros.

Encontró a Terry cansado y un poco agrio, después de meses trabajando absolutamente solo. Había construido al lado de la casa una barraca para laboratorio, y un tosco establo para los caballos que utilizaba en la preparación de sueros. No se dedicó a explicar apasionadamente los detalles de su investigación, como habría hecho en otros tiempos, y hasta la noche, en que se pusieron a fumar delante de la tosca chimenea de la cabaña, arrellanados en asientos hechos con barriles mullidos con piel de alce, no pudo Martin arrancarle confidencias.

Se había visto obligado a dedicar mucha parte de su tiempo a las tareas domésticas y a la producción de los sueros con los que cubría sus gastos. «Si hubieses estado tú aquí conmigo, podría haber conseguido algo.» Pero su investigación del derivado de la quinina había continuado sólidamente, y no lamentaba haber abandonado McGurk. Le había resultado imposible trabajar con monos; eran demasiado caros y demasiado frágiles para soportar el invierno de Vermont; pero había ideado un método para usar ratones infectados con neumococo y...

—Oh, ¿de qué vale contarte esto a ti, Slim? No te interesa, porque si te interesase estarías aquí trabajando conmigo desde hace meses. Has elegido entre Joyce y yo. Está bien, pero no puedes tenernos a los dos.

—Siento mucho haber venido a interrumpirte, Wickett —gruñó Martin; y salió de la cabaña dando un portazo.

Anduvo dando traspiés por la nieve, tropezando en la oscuridad con tocones de árboles, conociendo el calvario de su última hora, la hora del fracaso.

—He perdido a Terry ahora (¡aunque no aguantaré su impertinencia!). He perdido a todo el mundo, y no he tenido nunca en realidad a Joyce. Estoy completamente solo. ¡Y solo puedo trabajar a medias! ¡Estoy liquidado! ¡No me dejarán nunca volver a trabajar!

De pronto, sin necesidad de formularlo, supo que no iba a ceder.

Volvió con paso firme a la cabaña e irrumpió en ella, gritando:

—¡Escucha, viejo cascarrabias, tenemos que trabajar juntos!

Terry estaba tan conmovido como él; ninguno de ellos andaba lejos de las lágrimas; y gruñeron los dos mientras se daban fuertes palmadas mutuas en los hombros: «¡Vaya par de tontos que estamos hechos, peleándonos solo porque estamos cansados!».

—¡Volveré y trabajaré contigo, sea como sea! —juró Martin—. Conseguiré un permiso de seis meses en el instituto y haré que Joyce se instale en algún hotel cerca de aquí o haga *alguna* cosa. ¡Sí! Trabajar de verdad otra vez... *¡Trabajar!*... Ahora dime: Cuando yo venga aquí, qué es lo que haremos...

Estuvieron hablando hasta el amanecer.

## CAPÍTULO 40

El doctor Rippleton Holabird y señora habían invitado a cenar solo a Joyce y Martin. Holabird estaba de lo más encantador. Admiró las perlas de Joyce y cuando estuvieron servidos los pichones se volvió a Martin con amistoso entusiasmo:

—Bueno ¿querrán Joyce y usted escuchar con atención lo que he de decirles? Están pasando cosas, Martin, y quiero que usted..., ¡no, es la ciencia la que lo quiere!, participe en ellas como le corresponde. No necesito decir, por otra parte, que se trata de algo absolutamente confidencial. El doctor Tubbs y su Liga de Agencias Culturales están empezando a conseguir maravillas, y el coronel Minnigen ha sido extraordinariamente generoso.

«Han utilizado en la Liga exactamente el mismo tipo de meticulosidad y de parsimonia en las que usted y el querido y buen Gottlieb han insistido siempre. Llevan ya cuatro años elaborando planes. Da la casualidad de que yo sé que el doctor Tubbs y el Consejo de la Liga han celebrado maravillosas reuniones con rectores de universidad y directores de periódicos y señoras destacadas de clubs y dirigentes sindicales (los serios y razonables, por supuesto) y expertos en eficiencia y los eclesiásticos y publicitarios más progresistas, y todas las demás figuras distinguidas de la opinión pública.

»Han elaborado así gráficos clasificando todos los intereses y ocupaciones intelectuales, con los métodos y materiales e instrumentos, y especialmente los objetivos... las finalidades, los ideales, los propósitos morales... que se corresponden con cada uno de ellos. ¡Una cosa verdaderamente admirable! En fin, un músico o un ingeniero, por ejemplo, podría mirar su gráfico correspondiente y decir con exactitud si está progresando con la suficiente rapidez, para su edad, y si no, dónde está su problema y el remedio. Con esta base, la Liga está en condiciones de ponerse a trabajar e impulsar a todos los que trabajan con el cerebro a afiliarse.

»Es indiscutible que el Instituto McGurk debe participar en esta coordinación, que considero uno de los mayores avances del pensamiento que ha conseguido hacer la humanidad. Vamos a lograr al fin que todas las actividades espirituales del país anteriormente caóticas se correspondan realmente con el ideal americano; ¡vamos a hacer que sean tan prácticas e insuperables como la fabricación de las cajas registradoras! Tengo ciertos motivos para suponer que puedo unir a Ross McGurk y a Minnigen, ahora que los intereses madereros de ambos no están ya enfrentados, y si lo consigo, probablemente deje el instituto y ayude a Tubbs a dirigir la Liga de Agencias Culturales. Entonces necesitaré un nuevo director de McGurk que trabajará con nosotros ayudando a sacar a la Ciencia del monasterio para ponerla al servicio de la Humanidad.»

Por entonces Martin comprendía ya todo lo relacionado con la Liga salvo qué era lo que la Liga estaba intentando hacer.

Holabird continuó:

—Yo ya sé Martin, que siempre se ha burlado un poco del Espíritu Práctico, ¡pero tengo fe en usted! Creo que ha estado demasiado influido por Wickett, y ahora que él se ha ido y ha visto usted más de la vida y el mundo de Joyce y mío, creo que puedo convencerle para que adopte (¡sin que deje a un lado ni mucho menos el rigor en su trabajo de laboratorio, por supuesto!) un punto de vista más amplio.

«Estoy autorizado para nombrar un director ayudante, y creo que no me equivoco al decir que me sucedería como director titular. Sholtheis quiere el puesto y el doctor Smith y Yeo se lanzarían a por él también, pero ninguno de ellos me parece que sea del todo gente de Nuestro Tipo, y ¡se lo ofrezco a usted! Estoy convencido de que en un año o dos será el director del Instituto McGurk!»

Holabird estaba engrandecido, era como alguien que otorgase el favor regio. La señora Holabird estaba seria, como alguien presente en una ocasión histórica y Joyce estaba extasiada antes el honor que se concedía a su Hombre.

—Bu-bueno, tengo que pensarlo. Es una cosa tan inesperada...

Holabird disfrutó tan desbocadamente durante el resto de la velada pintando una era en la que Tubbs y Martin y él regirían, coordinarían, reglamentarían y harían útil todo el mundo de la inteligencia, desde el diseño de pantalones a la poesía, que no llegó a ofenderle el silencio de Martin. Gorjeaba entusiasmado: «Háblelo con Joyce, y comuníqueme su decisión mañana. Por cierto, creo que nos libramos de Pearl Robbins; aunque ha sido útil, ahora se considera indispensable. Pero eso es un pequeño detalle... ¡Oh, tengo fe en usted, Martin, mi querido muchacho! ¡Ha crecido y se ha tranquilizado y ha ampliado sus intereses tanto este último año!».

Ya en su coche, en aquella habitación encortinada móvil bajo la luz del techo de cristal, Joyce le miraba resplandeciente.

—¡Verdad que es absolutamente maravilloso, Mart! Y estoy convencida de que Rippleton puede conseguirlo. Imagínate de director, de jefe de todo ese gran instituto, ¡cuando solo hace unos cuantos años no eras más que un principiante allí! Pero ¿no he ayudado quizás yo, solo un poco?

Martin sintió de pronto que le resultaba odioso el terciopelo azul y oro del coche, la caja dorada de cigarrillos habilidosamente oculta, toda aquella prisión blanda y suave. Deseó estar fuera de allí, enfrentándose al invierno al lado del chófer invisible (¡Su Propia Clase!). Intentó dar la impresión de que estaba meditando, con una actitud valoradora y sobrecogida, pero solo estaba siendo cobarde, resistiéndose a iniciar la matanza. Lentamente:

—¿Te gustaría de verdad verme de director? —dijo.

—¡Por supuesto! Todo eso... Oh, ya sabes; no significa solo la prominencia y el respeto, sino el poder para conseguir cosas buenas.

—¿Te gustaría verme dictando cartas, concediendo entrevistas, comprando linóleo, comiendo con idiotas distinguidos, aconsejando a otros de cuyo trabajo no sé una palabra?

—¡Oh, no te ensoberbecas así! Alguien tiene que hacer esas cosas. Y eso es solo una pequeña parte del asunto. ¡Piensa en la oportunidad de estimular a alguien más joven que quiera tener una oportunidad de hacer cosas espléndidas en ciencia!

—¿Y renunciar a mi propia oportunidad?

—¿Por qué necesitas hacerlo? Serás el jefe de tu propio departamento igual que ahora. E incluso si lo dejases... ¡Qué terco eres! Es todo falta de imaginación. Crees que porque has empezado en una pequeña rama de las actividades mentales, no hay nada más en este mundo. ¡Es igual que cuando te convencí de que porque salieras de tu appestoso laboratorio una vez por semana o así, y pusieras realmente a prueba tu poderosa inteligencia jugando al golf, no iba a detenerse inmediatamente el mundo de la ciencia! ¡No tienes ninguna imaginación! ¡Eres exactamente igual que esos hombres de negocios a los que estás constantemente maldiciendo porque no existe para ellos nada en este mundo fuera de sus fábricas de jabón o de sus bancos!

—Y tú aceptarías realmente que dejase mi trabajo...

Vio que ella, pese a toda su decidida complacencia nunca había entendido qué era lo que él buscaba, no había comprendido una palabra sobre el efecto asesino que había tenido en Gottlieb su trabajo como director.

Se quedó callado de nuevo y antes de que llegasen a casa ella solo dijo:

—Sabes que soy la última persona capaz de hablar de dinero, pero la verdad es que tú que tan a menudo sacas a colación lo de que te revienta depender de mí, deberías tener en cuenta que como director ganarías mucho más que... ¡Perdóname!

Huyó y entró antes que él en su palacio, en el ascensor automático.

Él subió lentamente las escaleras, murmurando: «Sí, es la primera oportunidad que he tenido de contribuir realmente a los gastos de aquí. ¡Desde luego! ¡Quieres coger su dinero pero no hacer nada a cambio y luego llamarle “devoción a la ciencia”! Bueno, tengo que decidir de una vez...».

No pasó por el torbellino de decidir; saltó a la decisión sin él. Se dirigió al dormitorio de Joyce, y al entrar le irritó la pretenciosidad de sus colores discretos. La triste impresión que le causó verla sentada allí, cavilosa, en el borde de su diván, le hizo

contenerse, pero dijo:

—No voy a aceptarlo, aunque tuviese que dejar el instituto... y Holabird me obligará a irme. No me dejaré enterrar en esa impostura pomposa de dar órdenes y...

—¡Mart! ¡Escucha! ¿No quieres que tu hijo esté orgulloso de ti?

—Hum. Bueno... No, no iba a estar orgulloso de mí por ser un petimetre, un charlatán de feria...

—No seas vulgar, por favor.

—¿Por qué no? En realidad últimamente no he sido lo suficientemente vulgar. Lo que debería hacer es irme a El Descanso de los Pájaros inmediatamente y ponerme a trabajar con Terry.

—Ojalá tuviese algún medio de mostrarte... ¡Oh, sabes que tienes los puntos ciegos más increíbles para ser un «científico»! Ojalá pudiese hacerte ver lo débil y fútil que es todo eso. ¡La naturaleza! ¡La vida sencilla! La vieja discusión. No es más que esa actitud absurda y cobarde de unos pretenciosos cansados que se refugian en alguna colonia esotérica y creen que están acumulando fuerza para enfrentarse a la vida, cuando lo único que hacen es huir de ella.

—No. Terry tiene su casa en el campo solo porque no puede vivir más barato aquí. Si pudiéramos... si él pudiera permitírselo, probablemente estaría aquí, en la ciudad, con *garçons* y todo lo demás, como en McGurk, pero sin ningún director Holabird, por supuesto... ¡y ningún director Arrowsmith!

—¡Solo con un director Terry Wickett malhablado, maleducado y profundamente egoísta!

—Bueno, vaya por Dios, me dejas que siga...

—¿Necesitas dar énfasis a tus argumentos añadiendo un «por Dios» en cada frase, Martin, o tienes unas cuantas expresiones más en ese vocabulario tuyo tan científico?

—Bueno, tengo vocabulario suficiente para expresar la idea que estoy considerando de irme con Terry.

—Mira una cosa, Mart. Te sientes muy virtuoso con lo de querer irte y vestir una camisa de franela y ser especial y muy, muy puro. Imagínate que todo el mundo pensara de ese modo. Imagínate que todos los padres abandonaran a sus hijos siempre que su pequeña alma bonita les doliese. ¿En qué se convertiría el mundo? Imagínate que fuésemos pobres y tú me abandonases y tuviese que mantener a John trabajando de lavandera...

—¡Probablemente sería bueno para ti pero terrible para la colada! ¡No! Te pido



perdón. Eso era una respuesta obvia. Pero... supongo que es precisamente ese argumento el que ha impedido a casi todo el mundo, todos estos siglos, ser otra cosa que una máquina de digestión y propagación y obediencia. La respuesta es que hay muy pocos siempre, sean cuales sean las condiciones, que estén dispuestos a abandonar una cama blanda por una litera en una cabaña con el fin de ser puros, como tú has dicho muy adecuadamente, y esos de nosotros que son pioneros... ¡Oh, este debate podría seguir eternamente! Podríamos demostrar que yo soy un héroe o un idiota o un desertor o cualquier cosa que quieras, ¡pero el hecho es que he visto de pronto que debo irme! Quiero mi libertad para trabajar, y en este preciso momento voy a dejar de quejarme del asunto y a tomarla. Has sido generosa conmigo. Te lo agradezco. Pero nunca has sido mía. Adiós.

—Querido, querido... hablaremos de este asunto por la mañana, cuando no estés tan excitado... ¡Y hace una hora estaba tan orgullosa de ti!

—Está bien. Buenas noches.

Pero antes de la mañana, cogiendo dos maletas y una bolsa con sus ropas menos refinadas, dejando para ella una tierna nota que fue la cosa más difícil que había escrito en su vida, besando a su hijo y murmurando: «Ven a mí cuando crezcas, amigo», se fue a un hotel barato. Cuando se echó en aquella cama de hierro rechinante, se lamentó por su amor. Antes del mediodía había ido al instituto, había dimitido, había recogido algunos de sus aparatos propios y notas y libros y materiales, se había negado a contestar a una llamada telefónica de Joyce y había cogido un tren para Vermont.

Encogido en el asiento de felpa roja del vagón de segunda (él que últimamente había viajado en sedosos automóviles privados), sonreía satisfecho ante la perspectiva de no tener que soportar más cenas sociales.

Subió hasta El Descanso de los Pájaros en un trineo de carga. Terry estaba partiendo leña, en un revoltijo de nieve salpicada de virutas.

—Hola, Terry. Vengo a quedarme.

—Está bien, Slim. Oye, hay un montón de platos en la cabaña que hay que fregar.

## II

Martin se había ablandado. Vestirse en la fría cabaña y lavarse con agua helada era un calvario; caminar durante tres horas a través de la nieve blanda le agotaba. Pero el gozo de que se le permitiera trabajar veinticuatro horas al día sin abandonar un experimento en

su momento más sustancioso para arrastrarse hasta casa a cenar, de enzarzarse con Terry en discusiones tan crípticas como la teología y tan enfurecidas como la indignación de un borracho, le arrastraban y le hacían sentirse cada vez más fuerte. Meditaba a menudo sobre la posibilidad de ceder ante Joyce hasta el punto de permitirle construir un laboratorio mejor para ellos, y una vivienda más civilizada.

Pero con solo un criado, o dos como máximo, y solo un cuarto de baño decente y sencillo...

Ella había escrito: «Te has portado muy groseramente y cualquier intento de reconciliación, si es que fuese posible ya, que más bien lo dudo, debe venir de ti».

Él contestó, describiendo los resonantes bosques invernales y sin mencionar la palabra mediadora Reconciliación.

### III

Martin y Terry querían profundizar en el estudio del mecanismo exacto de la acción de sus derivados de la quinina. Esto resultaba difícil con los ratones que había conseguido poder utilizar Terry en vez de monos, a causa de su tamaño. Martin había llevado consigo cepas de *Bacillus leprosepticus*, que causa la pleuroneumonía en conejos, y la primera tarea que emprendieron fue investigar si su compuesto original era efectivo contra este bacilo, así como contra el neumococo. Descubrieron profanamente que no lo era; y emprendieron profana y pacientemente una búsqueda de infinita complejidad de un compuesto que lo fuese.

Se ganaban la vida preparando sueros que vendían bastante a regañadientes a médicos de cuya honestidad estaban seguros, negándose en redondo a tratar con los vendedores de medicamentos populares. Recibían así sumas sorprendentemente grandes y entre toda la gente lista se pensaba que eran de una astucia demasiado esquivada para ser sinceros.

A Martin le preocupaba tanto lo que consideraba su traición a Cliff Clawson como su abandono de Joyce y John, pero esta preocupación solo la tenía cuando no podía dormir. Habitualmente, a las tres de la mañana, llevaba a Joyce y al sincero Cliff a El Descanso de los Pájaros; y lo habitual era que a las seis, cuando estaba friendo el beicon, los olvidara.

Terry el bárbaro, una vez libre de las risas disimuladas y la persecución del éxito de Holabird, era un compañero de acampada fácil. Le daba igual la litera de abajo que la de arriba, y hasta que Martin estuvo endurecido para soportar el frío y la fatiga, asumió más de lo que le tocaba cortando leña y haciendo acopio de suministros, y hacía la colada de ambos muy melodiosa y hábilmente.

Tenía el talento suficiente para darse cuenta de que ellos dos solos, allí encerrados juntos una estación tras otra, se pelearían. Planeó con Martin que la estructura del laboratorio debería ampliarse para incluir ocho (¡pero nunca más!) investigadores inconformistas y no domesticados como ellos, que deberían colaborar en los gastos del campamento fabricando suero, pero haciendo por lo demás trabajo propio independiente... ya fuese la estructura del átomo o incluso una refutación de los resultados obtenidos por los doctores Wickett y Arrowsmith. Dos rebeldes, un químico que no estaba atrapado en ninguna empresa farmacéutica y un profesor universitario, se incorporarían el otoño siguiente.

—Es algo así como una vuelta a los monasterios —masculló Terry— salvo que nosotros no intentamos resolver nada para nadie más que para nuestros egos estúpidos. ¡No hay que preocuparse! Cuando este lugar se convierta en un santuario y empiecen a arrastrarse hasta aquí un montón de chiflados, tú y yo nos largaremos, Slim. Nos internaremos más en los bosques, o si nos sentimos demasiado viejos para eso, probaremos a enseñar en una universidad o con Dawson Hunziker o incluso con el reverendo Dr. Holabird.

El trabajo de Martin empezó por primera vez a ir por delante del de Terry.

Sus matemáticas y su fisicoquímica eran ya tan sólidas como las suyas, su indiferencia a la publicidad y a los colgajos floridos igual de grande, su laboriosidad igual de fanática, su ingenio para idear nuevos aparatos comparable como mínimo y su imaginación mucho más ágil. Tenía menos facilidad pero más pasión. Lanzaba hipótesis como chispas. Empezaba a hacerse cargo, incrédulamente, de su libertad. Aún determinaría la naturaleza esencial del fago; y a medida que se hacía más fuerte y más seguro (y sin duda menos humano) veía ante él innumerables investigaciones en quimioterapia e inmunidad; suficientes aventuras para mantenerle ocupado durante décadas.

Le parecía que aquella era la primera primavera que había visto y saboreado en toda su vida. Aprendió a bucear en el lago, aunque la primera zambullida era un calvario de frío feroz. Pescaban antes del desayuno, cenaban en una mesa bajo los robles, podían caminar treinta y tantos kilómetros sin detenerse, tenían por atentos vecinos arrendajos azules y ardillas; y cuando habían estado trabajando toda la noche, salían a contemplar cómo asomaba serena la aurora al otro lado del lago dormido.

Martin se sentía empapado de sol y profundo de pecho y tarareaba sin parar.

Y un día divisó, por debajo de sus gafas nuevas de montura de cuerno ya casi de mediana edad, un gigantesco automóvil que subía arrastrándose por la carretera del bosque. Del automóvil, alegre y competente en ropa de *tweed*, se bajó Joyce.

Él sintió deseos de huir por la puerta de atrás de la cabaña del laboratorio. Pero fue a recibirla a regañadientes.

—¡Es un sitio muy agradable, de veras! —dijo ella y le besó amistosamente—.

Bajemos a pasear a la orilla del lago.

En un lugar tranquilo y silencioso de olas y ramas de abedul, se sintió impulsado a echarle el brazo por los hombros.

—¡Cuánto te he echado de menos, querido! —exclamó ella—. Estás equivocado en muchas cosas, pero en esto tienes toda la razón... debes trabajar y no dejar que te moleste un montón de gente estúpida. ¿Te gustan mis pantalones de tweed? ¿Verdad que van bien con el paisaje? ¡He venido a quedarme, sabes! Construiré una casa cerca de aquí; puede que justo al otro lado del lago. Sí. Ese será un sitio estupendo, allí en aquella especie de pequeña meseta, si puedo conseguir el terreno... probablemente sea propiedad de algún horrible y viejo campesino tacaño. ¿Te lo imaginas? Una casa baja y amplia, con numerosas galerías y toldos rojos...

—¿Y muchos visitantes?

—Imagino que sí. A veces. ¿Por qué?

—Joyce —dijo él desesperadamente—, yo te amo. Deseo muchísimo, en este momento, besarte como se debe hacer. Pero no permitiré que traigas a un montón de gente... y probablemente habría alguna asquerosa lancha motora armando escándalo. Nuestro laboratorio se convertiría en un chiste. Sería un albergue de carretera. La nueva sensación. ¡Bueno, Terry se volvería loco! ¡Tú eres encantadora! Pero quieres un compañero de juegos y yo quiero trabajar. Lo siento, pero no puedes instalarte aquí. No.

—¿Y nuestro hijo va a quedarse sin tu cuidado?

—Él... ¿podría cuidar de él si muriese?... ¡él es un buen chico, también! ¡Ojalá no quiera ser un Hombre Rico!... tal vez dentro de diez años se venga aquí conmigo.

—¿Para vivir así?

—Claro... a menos que yo haya ido a la quiebra. Entonces no vivirá tan bien. ¡Ahora tenemos carne prácticamente todos los días!

—Ya veo. Y supongo que tu Terry Wickett debería casarse con alguna camarera o alguna palurda medio tonta... ¡por lo que me has contado, debe de soñar con un tipo de chicas así!

—Bueno, o él y yo le pegaríamos, juntos, o sería la única cosa que podría desligarme.

—¿No estás quizás un poco loco, Martin?

—¡Oh, sí, del todo! ¡Y cómo disfruto de ello! Aunque tú... ¡Mira una cosa, Joy! ¡Nosotros estamos locos pero no estamos chiflados! Ayer vino aquí un «curador esotérico»

porque creía que esta era una colonia libre, y Terry le hizo andar treinta y tantos kilómetros y luego creo que le tiró al lago. No. Jolines. Déjame pensar —se rascó la barbilla—. No creo que estemos locos. Somos granjeros.

—Martin, es demasiado infinitamente divertido descubrir que estás convirtiéndote en un fanático e intentando evitar todo el tiempo ser un fanático. Has abandonado el sentido común. Yo soy el sentido común. ¡Creo en bañarse! ¡Adiós!

—Oye, escucha una cosa. Jolines...

Ella se fue, razonable y triunfante.

Cuando el chófer maniobraba entre los tocones del claro, Joyce volvió la vista hacia allí un momento desde el coche y se miraron uno a otro, a través de las lágrimas. Nunca habían sido tan francos, ni se habían sentido tan destrozados como en aquella única mirada sin coraza que evocaba cada broma, cada ternura, cada crepúsculo que habían conocido juntos. Pero el coche continuó rodando sin detenerse y él recordó que estaba haciendo un experimento...

#### IV

Cierta noche de mayo, el miembro del Congreso Almus Pickerbaugh estaba cenando con el presidente de los Estados Unidos.

—Cuando termine la campaña, doctor —dijo el presidente—, espero verle a usted como miembro del gabinete... ¡el primer ministro de Sanidad y Eugenesia del país!

Esa noche, el doctor Rippleton Holabird se dirigía a un grupo de célebres pensadores convocados por la Liga de Agencias Culturales. Entre los Hombres de Alegría Medida del estrado estaban el doctor Aarón Sholtheis, nuevo director del Instituto McGurk, y el doctor Angus Duer, jefe de la Clínica Duer y profesor de Cirugía en la Facultad de Medicina de Fort Dearborn.

El trascendental discurso del doctor Holabird estaba siendo transmitido por radio a un millón de amantes de la ciencia que escuchaba fervorosamente.

Esa noche, Bert Tozer de Wheatsylvania, Dakota del Norte, asistía a una reunión de oración de mitad de semana. Su nuevo sedán Buick le esperaba fuera, y escuchaba con satisfacción modesta decir al ministro:

—Los justos, los Hijos de la Luz, recibirán una gran recompensa y sus pies caminarán por un sendero de alegría, dice el Señor de los Ejércitos; pero los que se burlan, los Hijos de Belial, serán muy pronto pasados a cuchillo y arrojados a las tinieblas y a la perdición, y los populosos emporios serán olvidados.

Esa noche, Max Gottlieb estaba sentado solo e inmóvil, en un cuartito oscuro encima de una ruidosa calle urbana. Solo sus ojos estaban vivos.

Esa noche, la cálida brisa languidecía a lo largo de la cresta de la colina de balanceantes palmeras donde las cenizas de Gustaf Sondelius estaban perdidas entre la escoria, y donde una depresión en un jardín señalaba la tumba de Leora.

Esa noche, después de una cena excepcionalmente alegre con Latham Ireland, Joyce admitió: «Sí, me divorciaré de él, debo casarme contigo. ¡Lo sé! ¡Él nunca llegara a ver lo egoísta que es pensar que es el único hombre de este mundo que siempre tiene razón!».

Esa noche, Martin Arrowsmith y Terry Wickett se balanceaban en una tosca barca, una barca extraordinariamente incómoda, en el agua del lago, lejos de la orilla.

—Tengo la sensación de que estuviésemos empezando en realidad a trabajar ahora —decía Martin—. Este nuevo asunto de la quinina puede resultar muy bueno. Si seguimos con él dos o tres años es posible que consigamos algo definitivo... ¡aunque probablemente no lo consigamos!

## EL AUTOR



*Sinclair Lewis*

*(Sauk Center, 1885 - Roma, 1951)*

Novelista y dramaturgo estadounidense. Estudió en la Universidad de Yale y trabajó como reportero y editor literario durante algunos años, en los que fue discípulo de Upton Sinclair. Realizó también colaboraciones humorísticas en diversas revistas y trabajó como secretario de redacción del *Transatlantic Tales*. Su primera novela célebre fue la satírica *Calle Mayor*, que dividió las opiniones de la crítica. Lewis cambió la tradicional visión

romántica y complaciente de la vida estadounidense por otra mucho más realista, e incluso amarga. Supo retratar como nadie la vida del americano medio. Entre sus obras destaca *Babbit*, publicada en esta colección, y la obra que ahora presentamos, *Doctor Arrowsmith*, por la que recibió el premio Pulitzer, que él rechazó. En 1930 recibió el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose en el primer escritor estadounidense que obtenía este importante galardón.

*This file was created*

*with BookDesigner program*

*bookdesigner@the-ebook.org*

*21/09/2013*

**notes**

[1] High Church (Iglesia Alta) es el sector de la Iglesia anglicana que conserva más prácticas rituales similares a las católicas. (*N. del T.*)

[2] «Zoquetes» en alemán. (*N. del T.*)

[3] «Jackass» significa en inglés «asno». También puede aludir Lewis al séptimo presidente del país, Andrew Jackson (1767-1845) a quien sus enemigos aplicaron el mote en unas elecciones y que lo asumió como símbolo, se convertiría más tarde en símbolo del partido demócrata. (*N. del T.*)



[4] «Sandy» es en inglés nombre propio (de Sandro), pero significa también «arenoso», «cubierto de arena». (*N. del T.*)

[5] *Dummköpfe* significa en alemán «imbéciles», «tontos». (*N. del T.*)

[6] William Ashley «Billy» Sunday (1862-1935) jugador de béisbol estadounidense, figura destacada de ese deporte durante la década de 1880. Tras su conversión al evangelismo se consagró a la vida religiosa, llegando a ser el predicador evangelista más famoso e influyente del país durante las dos primeras décadas del siglo XX. (*N. del T.*)

[7] La palabra que se representa en la pantonimia, «triste», es *doleful*, con «*dole*», limosna, el mendigo y «*full*», lleno, el cuenco lleno de maíz. (*N. del T.*)

[8] Famoso y selecto barrio de Boston en el que abundan las casas victorianas. (*N. del T.*)

[9] Zona comercial histórica del centro de Chicago. (*N. del T.*)

[10] Maxfield Parrish (1870-1966), pintor e ilustrador estadounidense de la primera mitad del siglo xx, caracterizado por los tonos recargados y por una fantasía neoclásica idealizada. (*N. del T.*)

[11] Alemán, de *Die Vereinigten Staaten*, es decir, los Estados Unidos. (*N. del T.*)

[12] *Gott* significa en alemán Dios y *lieb* amado. Wickett convierte el *lieb* en el inglés *damn*, maldito. (*N. del T.*)

[13] El Lusitania era un lujoso trasatlántico británico del período que hacía la línea

entre Estados Unidos y Europa. Su hundimiento por los alemanes en 1915 fue una de las causas de la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*)

[14] Medical Research Council (Consejo de Investigación Médica). (*N. del T.*)

[15] Ivory Soap (Jabón Marfil). Se trata de un jabón blanco, que flota, de gran calidad y popular aún hoy en el país. (*N. del T.*)

[16] Kiyoshi Shiga (1871-1957), médico y bacteriólogo japonés; describió el género de bacterias *Shigella* (*Shigella dysenteriae*), el agente causante de la disentería infecciosa; su descubrimiento le permitió desarrollar un suero eficaz para el tratamiento de la misma. (*N. del T.*)

[17] Jacques Loeb (1859-1924). Célebre fisiólogo y biólogo alemán que emigró a Estados Unidos. Profesor en la Universidad de Chicago y luego en la de California, se incorporó después al Instituto de Investigación Médica Rockefeller de Nueva York. Se considera que sirvió de modelo a Lewis para el personaje de Max Gottlieb. (*N. del T.*)

[18] Se trata de una calle de Londres en la que abundaban consultorios privados de médicos y cirujanos eminentes y que pasó por ello a usarse para aludir a los especialistas de la profesión médica. (*N. del T.*)

[19] Walter Horatio Pater (1839-1894) crítico y escritor inglés. (*N. del T.*)

[20] Zona de Broadway en la que se concentraban los concesionarios de las empresas de automóviles. Entre los años 1950-1970 fueron trasladándose a la Eleventh Avenue. (*N. del T.*)

[21] Novela de Carl Van Vechten (1880-1964), escritor y fotógrafo estadounidense. (*N. del T.*)

[22] Miembro de una célebre, y selecta, sociedad secreta estudiantil de antiguos alumnos de la Universidad de Yale. (*N. del T.*)